
LA
CORONA
NANCY BILYEAU

Londres, 25 de mayo de 1537. Cuando se anuncia una muerte en la hoguera, las tabernas de los alrededores de Smithfield encargan barricas de cerveza adicionales, pero cuando quien va a morir en la hoguera es una mujer y además de noble cuna, llegan carros de cerveza. Yo viajaba en uno de esos carros el viernes de la semana de Pentecostés, en el vigésimo octavo año del reinado de Enrique VIII, para ofrecer plegarias por el alma de la traidora condenada a morir: lady Margaret Bulmer.

Cuando la joven novicia Joanna Stafford, hija de la primera dama de la reina Catalina de Aragón, se entera de que su querida prima Margaret va a ser ejecutada públicamente en la hoguera, rompe el voto de clausura y se escapa del monasterio del priorato de Dartford. Sin embargo es detenida junto con su padre, sir Richard Stafford, también presente en la ejecución, y acusados ambos de intentar sabotearla, son encerrados en la Torre de Londres. El padre de Joanna sufre atroces torturas mientras la novicia es tratada con amabilidad y respeto, pero su trato privilegiado se debe al interés que sus dotes intelectuales suscitan en el arzobispo de Winchester. La novicia tendrá que realizar un importante encargo: buscar una misteriosa reliquia portadora de enormes poderes, la corona del primitivo rey de la cristiandad Athelstan, hecha con las espinas de la corona de Cristo. La responsabilidad del cierre de los monasterios de Inglaterra y la vida de su padre están ahora en las manos de Joanna…

OceanofPDF.com

Nancy Bilyeau

La corona

Joanna Stafford - 1

ePub r1.0
Titivillus 09.01.2023

OceanofPDF.com

Título original: *The Crown*
Nancy Bilyeau, 2012
Traducción: Alejandro Palomas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Índice de contenido

Cubierta

La corona

Primera parte
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15

Segunda parte
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25

26
27
28
29
30
31

Tercera parte
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46

Cuarta parte
47
48
49
50
51
52

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

OceanofPDF.com

Para mi marido, que creyó.

OceanofPDF.com

Primera parte

OceanofPDF.com

1

Londres, 25 de mayo de 1537

Cuando se anuncia una muerte en la hoguera, las tabernas de los alrededores de Smithfield encargan barricas de cerveza adicionales, pero cuando quien va a morir en la hoguera es una mujer y además de noble cuna, llegan carros de cerveza. Yo viajaba en uno de esos carros el viernes de la semana de Pentecostés, en el vigésimo octavo año del reinado de Enrique VIII, para ofrecer plegarias por el alma de la traidora condenada a morir: lady Margaret Bulmer.

Oí el grito del carretero cuando yo avanzaba por la calle Cheapside, con el esbozo del mapa de Londres que había copiado en secreto de un libro dos noches antes. Me movía con más premura desde que había llegado a esa calle ancha y adoquinada, y aun así me temblaban las piernas. Había pasado la mañana vadeando entre el fango.

—Smithfield… ¿Alguien con destino a Smithfield? —Fue una voz jovial, como si el lugar de destino fuera una feria del Día de San Jorge. Justo delante de mí, enfrente de una curtiduría, vi al dueño de esa voz: un hombre fornido que hacía girar a cuatro caballos enganchados a un carro de gran tamaño. Una media docena de cabezas se asomaron a mirar por encima de las barandillas.

—¡Aguardad! —grité tan alto como pude—. Yo deseo ir a Smithfield.

El carretero se volvió bruscamente. Sus ojos escudriñaron la multitud. Agité la mano y en su rostro se dibujó una sonrisa húmeda. Cuando me acerqué, se me encogió el estómago. Me había jurado no hablar con nadie durante todo el día, y no buscar tampoco ayuda de ningún tipo. El riesgo de que me descubrieran era demasiado grande. Pero Smithfield estaba extramuros, hacia el noroeste, todavía a una considerable distancia.

Cuando llegué junto él, el carretero me miró de arriba abajo y su sonrisa se desvaneció. Yo llevaba un grueso vestido de lana, el único del que había podido disponer para el viaje, compuesto por un corpiño y una falda más

propios para finales de invierno que para primavera, y menos aún para un día en que las oleadas de calor quedaban ancladas entre capas de espesa niebla. El barro me había empapado el enmarañado dobladillo. Agradecí que nadie pudiera ver lo que ocultaba la gruesa tela y descubrir mi camisola empapada en sudor.

Sin embargo, yo sabía que no eran solo mis desaliñadas vestiduras las que provocaron la pausa en el carretero. Para muchos mi aspecto resulta extraño. Tengo el cabello negro como el ónix pulimentado y los ojos marrones con pintas verdes. Mi piel olivácea no se ha enrojecido al llegar el Día de San Swithun, ni ha palidecido en Adviento. He heredado el color de piel de mi madre española, aunque no así sus delicados rasgos. No, mi rostro es el de mi padre inglés: la frente ancha, unos pómulos prominentes y una barbilla fuerte. Es como si el desencaje del matrimonio de mis padres se debatiera asimismo en los cimientos de mi rostro, a la vista de todos. En un país de muchachas pálidas y de rostros sonrosados, destaco como un cuervo. En un tiempo eso fue algo que me preocupaba, pero a los veintiséis años habían dejado de importarme tan nimias cuestiones.

—Un chelín por el viaje, señora —dijo el carretero—. Pagad y partiremos.

Su petición me cogió por sorpresa, aunque naturalmente no debería haber sido así.

—No tengo monedas —balbuceé.

El carretero soltó una risotada.

—¿Creéis acaso que hago esto por diversión? Me estoy quedando sin cerveza y debo ganar dinero para pagar el carro —dijo, golpeando un barril de madera que tenía a su espalda. En el extremo más alejado del carro vi que sus pasajeros estiraban el cuello para poder verme.

—Esperad —dije, y busqué a tientas el pequeño monedero de tela que llevaba en el bolsillo que había cosido al vestido. Rebuscando con los dedos en su interior encontré un fino anillo. No quería darle nada mejor. Todavía me esperaban sobornos importantes.

Le tendí el anillo.

—¿Bastará? —Un instante más tarde su mirada ceñuda se convirtió en júbilo, y el fino anillo de oro de mi difunta madre desapareció en la sucia

palma del carretero.

Cuando subí a la parte trasera del carro, vi asomar la lástima y el desprecio al rostro de los demás pasajeros. Seguramente el valor de mi anillo superaba la cantidad que había pagado por el viaje. Encontré un montón de paja limpia en el rincón y bajé la vista, intentando evitar sus miradas curiosas en cuanto el carro reemprendió la marcha.

Un codo se clavó en mi costado. Una rechoncha mujer de mediana edad, la única que viajaba en el carro, se acercó hasta donde yo estaba. Sonrió y me tendió un trozo de pan negro. Yo no había probado bocado desde la cena de la noche anterior. Normalmente, me jactaba de las punzadas del hambre y de mi férreo control sobre mi débil carne mortal, pero mi misión requería cierta dosis de energía. Un bocado de comida y un trago de cerveza aguada de su cantimplora de madera insuflaron fuerzas renovadas a mi cuerpo entumecido.

Me recosté contra la baranda. Pasamos por delante de un mercadillo que aparentemente no vendía más que especias y yerbas. Ahora que por fin había dejado de llover, los vendedores retiraban las mantas con las que mantenían secos sus estrechos puestos. Una densa mezcla de borraja, salvia, tomillo, romero, perejil y cebollinos impregnó el aire para disolverse en cuanto nos alejamos traqueteando de allí. Los vivos olores de la ciudad regresaron. Una hilera de edificios de cuatro plantas apareció a la vista, más prósperos que los que había visto hasta entonces. El cartel de un orfebre colgaba en una esquina.

Un joven que iba sentado delante de mí en el carro me sonrió y dijo, a voz en grito, dirigiéndose a todo el pasaje:

—Damos las gracias al rey Hal por quemar a una joven belleza en Smithfield. La última persona que murió en la hoguera fue un viejo y feo herrero.

Una bola de pan que había tragado me subió por la garganta y me tapé la boca.

—Pero ¿es de verdad una belleza? —preguntó otro.

Un anciano de lechosos ojos azules hizo girar entre sus dedos un largo pelo que tenía en el centro de la barbilla.

—Conozco a alguien que ha visto a lady Bulmer en carne y hueso y sí, es hermosa —dijo despacio—. Más que la reina.

—¿Qué reina? —gritó uno de los hombres.

—Las tres —respondió otro. Una risa nerviosa recorrió el carro. Burlarse de los matrimonios del rey, del divorcio de su primera esposa y de la ejecución de la segunda para poder dejar lugar a la tercera, era un crimen. Se habían llegado a cortar manos y orejas por ello.

El anciano se retorció con más fuerza aún el pelo de la barbilla.

—Lady Bulmer debe de haber ofendido al rey gravemente para que haya decidido quemarla a la vista del pueblo y no ordenar que le corten la cabeza en Tower Hill o que la cuelguen en Tyburn.

El joven dijo entonces:

—Han traído a todos los nobles y a la alta burguesía a Londres, a todos los seguidores de Robert Aske —dijo el joven—. Para aplicarles la justicia del rey. Ella es la primera en morir.

Se me aceleró la respiración. ¿Qué dirían esos londinenses, qué me harían, si se enteraban de quién era y de dónde venía? Una cosa era segura: jamás llegaría a Smithfield.

Busqué en mis plegarias algo que me diera fuerza. «Oh, Dios, mi señor, ayúdame a ser obediente sin reserva, pobre sin servilismo y casta sin compromiso».

—¡La Bulmer es una rebelde apestosa! —gritó la mujer que había compartido conmigo su pan—. Es una papista del norte que ha conspirado para derrocar a nuestro rey.

«Humilde sin pretensión, jubilosa sin depravación, seria sin afectación, activa sin frivolidad, sumisa sin amargura, honesta sin duplicidad».

—En el norte entregan sus vidas por las viejas formas. Querían proteger los monasterios —dijo el anciano con un tono afable.

Todos estallaron en mofas.

—Esos gordos monjes ocultan frascos de oro mientras los pobres se mueren de hambre fuera de sus muros.

—Dicen que una monja tuvo un bebé de un cura.

—Las monjas son furcias. Y las que no, están lisiadas…, son idiotas, repudiadas por sus familias.

Oí un ruido entrecortado. Fue mi propia risa, amarga y desprovista de alegría… e ignorada, pues en ese instante se oyó un grito que procedía de algún punto situado justo fuera del carro. Un pilluelo corrió junto a nosotros, tan deprisa que adelantó a nuestros caballos. Una mirada aterrada por encima del hombro reveló que el pequeño no era un niño, sino una niña con el rostro sucio y el pelo mal cortado.

Una bola de fango cruzó el aire y le golpeó en el hombro.

—Ayyyy —aulló la pequeña—. ¡Maldita sea!

Dos fornidos muchachos pasaron a la carrera y entre risas junto al carro. En cuestión de un minuto le habían dado alcance. Los hombres del carro vitorearon, atentos a la persecución.

La presa de los muchachos se desvió corriendo de la calle hacia una hilera de tiendas.

Otra niña le hizo señas desde un portal:

—¡Por aquí! —gritó. La pilluela desapareció dentro y la puerta se cerró con un portazo tras ellas. Los muchachos llegaron segundos más tarde y la aporrearon, pero estaba cerrada con llave.

Cerré los ojos. Vi correr a otra niña. Ocho años, jadeante, con una punzada en el costado y avanzando por un estrecho sendero entre altos setos de tejo, buscando una salida.

Oí que alguien gritaba mi nombre, pero no pude verle.

—¡Corre, corre, Joanna!… ¡Nos toca jugar al tenis! —gritaban mis primos, tan fuertes, tan severos—. Ven, pequeña, seguro que tú puedes —tronó la despreocupada voz de mi tío Edward Stafford, tercer duque de Buckingham y el cabeza de familia—. Debes hallar la salida por ti misma. No podemos mandar a nadie tras de ti y arriesgarnos a perder a otra hija.

Estaba atrapada en el laberinto de mi tío, que acababa de ordenar su construcción. «He contratado para su diseño a mejores monjes que los que utilizó el cardenal Wolsey», repetía una y otra vez. Ese día, el 4 de septiembre, coincidiendo con la celebración del cumpleaños del segundo duque de Buckingham —mi abuelo, fallecido tiempo ha—, se había inaugurado el laberinto. Nos taparon los ojos a todos los primos y nos llevaron al centro del laberinto. Luego nos quitaron las vendas y nos

apremiaron para que echáramos a correr con el fin de ver quién llegaba primero.

—¡Recorred el laberinto! ¡Recorred el laberinto! —gritaba mi tío desde el otro lado de los altos y serpenteantes setos.

Yo era una de las más pequeñas y de inmediato quedé rezagada, a la cola del grupo. Muy pronto me encontré sola. Corría de un lado a otro con la esperanza de ver abrirse los muros de setos y salir a los jardines, pero mi instinto había resultado siempre erróneo y no había hecho sino adentrarme más y más en la maraña verde del laberinto.

—¿Qué te ocurre, Joanna?

—¡Piensa, niña, piensa!

Las voces sonaban cada vez más cerca, más impacientes.

—No seas tonta, Joanna —gritó uno de los pequeños Stafford. Uno de los mayores le ordenó callar.

Me había convertido en el centro de atención, cosa que siempre había odiado. ¿Había girado a la derecha en aquella esquina, o quizá a la izquierda? El pánico me había hecho olvidar los senderos por los que ya había transitado.

Me daba vueltas la cabeza con el aroma de las rosas. Docenas de arbustos rojos severamente domesticados punteaban el laberinto. La estación prácticamente tocaba a su fin y los pétalos de las rosas estaban raídos y habían perdido su consistencia. Y la hora del día ya no era la de máximo frescor. Pero eran demasiados los arbustos, y había pasado por delante de ellos demasiadas veces. Casi podía saborear esas empalagosas, polvorientas e imperiosas rosas.

Doblé una esquina a toda prisa y me di de bruces con Margaret.

Las dos fuimos a dar al suelo entre risas, con las cuentas de nuestras pomposas mangas ahuecadas. En cuanto pudimos liberarnos, ella me ayudó a levantarme: Margaret era un año mayor que yo y unos cuatro centímetros más alta, y siempre cien veces más lista y más hermosa. Mi prima. Mi única amiga.

—Margaret, ¿dónde estás? —gritó el duque de Buckingham—. Espero que no te hayas escapado y hayas vuelto a entrar al laberinto a buscar a Joanna.

—Oh, se va a enfadar contigo —dije—. No deberías haberlo hecho.

Margaret me guiñó el ojo. Luego me sacudió el polvo del vestido de fiesta e hizo lo mismo con el suyo antes de sacarme de allí, sin soltarme en ningún momento la mano.

En la entrada del laberinto se habían reunido todos: lo que parecía el clan de los Stafford al completo, además del plantel de nuestros criados y lacayos. Mi tío, el duque, el preeminente par de Inglaterra, vestía hilo de plata y llevaba una larga pluma de avestruz en el sombrero. Su hermano menor, sir Richard Stafford, mi padre, estaba de pie a su lado. Una extensa sombra que se alargaba sobre el jardín casi les daba alcance. La proyectaba la torre cuadrada que se cernía sobre nosotros. El castillo de Thornbury, sito en Gloucester, había sido construido para prevenir los asaltos. No de un enemigo extranjero, sino de generación tras generación de los codiciosos reyes Plantagenet.

Margaret fue directa al duque, sin ningún temor.

—Veis, padre, he encontrado a Joanna —dijo—. Ahora podéis jugar al tenis. —Él nos miró a las dos con las cejas arqueadas mientras todo el mundo esperaba, tenso.

Pero el duque de Buckingham se rio. Besó a su adorada hija, su bastarda, criada junto con los cuatro hijos de su sumisa duquesa.

—Sé muy bien que eres capaz de cualquier cosa, Margaret —dijo.

Mi padre también me abrazó con fuerza. Había estado haciendo deporte todo el día y recuerdo ahora que olía a sudor, a barro y a hierba seca y pisoteada. Me sentí tremendamente aliviada y feliz.

El carro con destino a Londres arrancó bruscamente y se zarandeó, arrojándome sobre la paja y poniendo punto final a mi ensueño.

Habíamos dejado atrás las murallas de la ciudad para tomar una callejuela aledaña. Las ruedas del carro quedaron atascadas en el fango. Los caballos que tiraban de él relincharon, el conductor maldijo y los embravecidos hombres se desplazaron a la parte trasera del vehículo.

—No importa —me dijo la mujer—. Casi hemos llegado a Smithfield.

Seguí al grupo hasta el final de la calle y bajé después con ellos por otra repleta de tabernas. La calle desembocaba en un enorme claro llano rebosante de gente que había llegado ya y que esperaba la ejecución del día.

Eran cientos de ellos: hombres y mujeres, marineros y costureras, además de niños. Una familia se abrió paso a empujones delante de mí, la madre con una cesta de pan y el padre con un niño sentado en los hombros.

De improviso, un espantoso hedor me impregnó la nariz, la garganta y los pulmones. Se me llenaron de agua los ojos. Era peor que cualquier cosa que hubiera respirado en Londres. Me llevé la mano a la garganta en llamas al tiempo que dejaba escapar un grito.

—Allí, al este, están los mataderos —dijo la mujer con la que había viajado en el carro—. Cuando el viento sopla hacia aquí, la sangre y las vísceras pueden llegar a ser fétidas. —Me tocó el codo—. Ya veo que no estáis acostumbrada a Smithfield. Venid conmigo, no os separéis de mí.

Negué con la cabeza, parpadeando. No tenía intención de presenciar el final de la vida de Margaret en compañía de semejante criatura sin corazón. La mujer se encogió de hombros y se fundió con la chusma. Me quedé sola.

Temblorosa, volví a meterme la mano en el bolsillo y saqué la carta, la que Margaret me había escrito días antes del estallido de la rebelión del norte, a la que conocemos por la Peregrinación de Gracia. Desdoblé el terso rectángulo de papel de color crema y, como siempre, admiré su letra delicada e inclinada.

Mi queridísima Joanna:

He sabido por mi hermano que tienes intención de ingresar en la Orden de las Dominicas del priorato de Dartford y jurar los votos para convertirte en esposa de Cristo. Te admiro sobremanera por tu elección de una vida de santidad. Prendo velas de más durante la misa matinal para honrarte, querida prima.

Cuánto me gustaría que pudieras encontrar el modo de conocer a sir John, mi segundo esposo. Es un hombre bueno, honrado y sincero, Joanna. Me ama. Me venera. Por fin he hallado paz en el norte, la misma que espero que halles tú en el priorato de Dartford.

No puedo evitar pensar que vivimos tiempos duros, aterradores y desdichados. Quienes sirven a Dios como

ordena nuestro Santo Padre son objeto de mofa y de persecución. La herejía lo invade todo. En el norte las cosas son distintas. Todas las noches rezo tres plegarias. Le pido a Dios que proteja nuestros monasterios. Busco la salvación para el alma de mi padre. Y rezo para que llegue el día en que vuelva a verte, Joanna, y en el que me abraces y me perdones.

Escrita en mi casa solariega de Lastingham, York, el último jueves de septiembre.

Tu prima y querida amiga por siempre,

Margaret Bulmer

Volví a guardarme la carta, me cubrí la cabeza con la capucha, todo lo que me fue posible para no dejar a la vista un solo mechón de pelo, y me adentré en Smithfield.

OceanofPDF.com

2

De pie en la linde del claro, lleno de gente deseosa de disfrutar viendo morir a Margaret en la hoguera, me acordé de algo que le había oído decir a mi padre sobre Smithfield.

—Allí fue donde la corte de los Plantagenet celebró en su día sus justas más magníficas, Joanna. Por eso eligieron ese lugar. No lejos de los palacios había un «campo llano». De ahí el nombre[1].

Mi padre no era un hombre muy dado a las palabras. Aun así, se le daba bien describir una justa. Había sido campeón en sus años de juventud y uno de los mejores contendientes de justa del reino. Eso había sido antes de la ejecución de mi tío, el duque, por alta traición cuando yo tenía diez años, y de que expulsaran a mi padre de la corte. Antes del declive de los Stafford.

Hacía muchos años que mi padre ya no participaba en ninguna justa, pero los recuerdos eran nítidos. Yo cerraba los ojos y le oía relatar la historia, sintiéndome como si estuviera a lomos de un caballo: tronando al galope por la pista que dividía en dos una valla de madera baja. La armadura de plata resplandecía al sol. Un escudo en la mano izquierda, una lanza en la derecha. A lo lejos, un contrincante se acerca… cada vez más… hasta que el otro caballero está a tan solo unos metros y allí van las lanzas, entrechocando con un tremendo crujido.

Cuando imaginaba el momento en el que se producía el contacto, ese instante en el que un hombre moría si una lanza se colaba bajo la armadura, me echaba a temblar y mi padre sonreía. Su fugaz sonrisa era como la de un niño, a pesar de que su densa mata de pelo castaño mostrara ya algunos mechones canos.

Hacía mucho tiempo que no veía esa sonrisa. Cuando el año anterior le dije que quería convertirme en novicia y jurar mis votos, él discutió conmigo e intentó hacerme cambiar de opinión, aunque no insistió demasiado. Vio que yo era sincera en lo referido a mis deseos de alcanzar una vida más elevada, alejada del clamor de las voces humanas y del

contacto con un hombre. Mi padre escribió las cartas pertinentes y, no sin cierta dificultad, costeó mi dote para entrar en el priorato. Lo hizo para que me sintiese feliz, puesto que no conocía otro modo de hacerlo.

Y durante algunos meses en Dartford fui feliz. En la vida contemplativa encontré la certeza y un propósito, la gracia que tanto había anhelado, aislada del egoísmo y de la vanidad, de la absurda pompa del mundo. Pero era una felicidad frágil. Había llegado a una vida religiosa que no solo estaba en claro declive —era mucha menos la gente que ingresaba en los monasterios que en siglos anteriores—, sino que era blanco de un enérgico ataque. Nuestro rey había roto con el Santo Padre. En los dos últimos años, las abadías y los monasterios más pequeños de Inglaterra habían cerrado sus puertas y sus monjas y monjes habían terminado en la calle. La priora Elizabeth tranquilizó a las hermanas diciéndonos que las casas religiosas mayores como la nuestra serían respetadas y permanecerían intactas, pero el temor a una nueva oleada de cierres se cernía sobre los pasadizos de piedra, el jardín del claustro, e incluso los dormitorios de Dartford.

Hacía apenas una semana, de camino a vísperas, que había oído su nombre susurrado por primera vez, delante de mí, en el pasillo sur. «La mujer que ayudó a liderar la segunda rebelión del norte, lady Margaret Bulmer…».

—¿De quién habláis? —no pude evitar gritar, y las dos hermanas que caminaban juntas se detuvieron y se volvieron a mirarme. Una novicia no debía, bajo ningún concepto, dirigirse a sus superioras de ese modo.

—Perdonadme, hermana Joan y hermana Agatha. —Bajé ostensiblemente la cabeza, entrelacé las manos y alcé la vista para estudiar sus rostros. La hermana Joan, la *circator* o encargada de hacer cumplir las normas, me miraba con fría desaprobación. Pero la hermana Agatha, la responsable de las novicias, no pudo resistirse a la tentación de compartir su chismorreo.

—Han llevado a los últimos cabecillas rebeldes a Londres y los han juzgado en Westminster —dijo. Su voz fue un breve susurro—. Les han declarado culpables a todos. Colgarán a los hombres, incluido sir John Bulmer. Sin embargo, su esposa, por ser una dama, arderá en la hoguera de Smithfield. Es el deseo del rey.

Me incliné a un lado y tendí la mano para agarrarme al húmedo muro de piedra y evitar caerme.

—Sí, ¿no es terrible? —dijo la hermana Agatha, riéndose entre dientes.

Pero los perspicaces ojos de la hermana Joan no me perdían de vista.

—Hermana Joanna, ¿conocíais a lady Bulmer antes de venir a Dartford? —preguntó.

—No, hermana. —Así de sencillo: un grave pecado cometido.

La hermana Agatha prosiguió.

—Siempre me pregunto qué es de ellos… después. ¿Permitirán que la familia de lady Bulmer se lleve su pobre cuerpo para que puedan enterrarlo, a pesar de que su crimen sea el de alta traición?

La hermana Joan le dedicó una mirada adusta.

—Esos no son asuntos de nuestra incumbencia. Estoy segura de que la familia de la dama dispone de medios suficientes para sobornar a los guardias después si es necesario. Son las almas lo que aquí nos ocupa, no la carne mortal.

Habíamos llegado a la iglesia. La hermana Joan y la hermana Agatha se inclinaron ante el altar y ocuparon los asientos que tenían asignados. Yo hice lo propio y me dirigí al banco de novicias situado en primera fila. Mi lugar, por ser la más joven de la congregación, estaba junto al escalón del presbiterio. Mi voz se elevó en cántico. Di todas y cada una de las respuestas correctas en los cánticos del oficio.

Y, sin embargo, en mi mente había pergeñado un plan. Sabía que nuestros aterrados parientes Stafford no se harían cargo de la situación de Margaret ni de su entierro, y no pude soportar pensar que moriría sola y aterrada, sin la presencia y las plegarias de un ser querido que aliviara su sufrimiento y que se ocupara después de que su pobre cadáver no cayera en el olvido. Dios deseaba que yo fuera testigo de su muerte, estaba plenamente convencida de ello.

Abandonaría el monasterio de Dartford y viajaría a Londres, a Smithfield, y puesto que la Orden de las Dominicas imponía normas estrictas de clausura para las novicias y también para las monjas, tendría que irme sin permiso.

Estaba asustada, sí. Las consecuencias derivadas de quebrantar la clausura eran muy graves. De hecho, la única ofensa mayor era la violación de nuestra castidad. Durante los dos días siguientes vacilé, dudaba de mi decisión. Busqué la luz en la plegaria.

En maitines, a medianoche, por fin me llegó la iluminación. Normalmente las novicias de Dartford se acostaban a las nueve, con órdenes de descansar, pero yo estaba tan preocupada que mis ojos no llegaron a cerrarse esa noche. Entré en fila a la iglesia con las demás y, entre el padrenuestro y el avemaría, recibí la iluminación. Todas mis dudas y mis temores se desvanecieron, como si de repente estuviera bajo una cascada, purificada por el arroyo más puro. Iría a Smithfield. Todo saldría bien. Levanté los brazos y giré las palmas hacia arriba en dirección al altar, con las mejillas impregnadas de gratitud.

Cuando subíamos pesadamente la escalera de regreso a los dormitorios para disfrutar de unas pocas horas más de sueño hasta laudes, la hermana Christina, la novicia de más edad, me propinó un codazo.

—¿Habéis hallado la verdad divina? —susurró—. Eso me ha parecido.

—Quizá —respondí.

—Quiera Dios que yo reciba la misma bendición —dijo la hermana Christina con voz airada. Era extraordinariamente devota y a veces llevaba un cilicio bajo su hábito de novicia, aunque había sido amonestada por ello. En el priorato se intentaba evitar que las novicias buscaran la mortificación de la carne. No estábamos preparadas para ello.

La hermana Winifred, la otra novicia, que había profesado su fe hacía tres meses, me apretó el brazo.

—Me alegro por vos —dijo con su voz dulce y cadenciosa.

Me preparé para marcharme en secreto. La noche previa a la ejecución de Margaret dormí apenas una hora. En la densa oscuridad de nuestro dormitorio de novicias, me puse el mismo vestido que llevaba puesto el día del otoño anterior que mi padre me había llevado a Dartford. Bajé sigilosamente la escalera y me dirigí a las cocinas. Sabía que una de las ventanas tenía la cerradura rota. Me colé por ella y crucé corriendo los jardines, pasando por el granero, dejando a un lado al mozo de cuadras dormido y saliendo por la puerta. Temía sobre todo ser descubierta al llegar

a la gran garita de la fachada principal, pues en ocasiones nuestra portera asignaba a un vigilante al puesto. Para evitar la garita, salvé por un punto más bajo el muro de piedra que rodeaba el priorato. Subí por la pendiente, sintiendo la humedad de la hierba bajo los pies, hasta salir al sendero que llevaba por entre los bosques al camino principal.

La luna se ocultaba tras una espesa capa de nubes. Estaba todo muy oscuro en el sendero, bajo los árboles. Solo se oía el canto de las criaturas nocturnas, que en ningún momento parecieron molestas por mi presencia. No, era como pasar entre las filas de un coro indisciplinado: los grillos y otros estridentes insectos se encargaban de la parte de los sopranos mientras que los sapos y los búhos tocaban el bajo. Su jubilosa serenata no me satisfizo. Mi misión era de una gravedad letal y, por muy ridículo que pueda parecer admitirlo, me sentía objeto de burlas en el bosque. Me alegró ver que, al llegar al camino principal, hacia el este el cielo empezaba ya a clarear. Pronto, el impetuoso coro nocturno guardaría silencio.

Con un par de pendientes de noble dama tintineando en el bolsillo, el adormilado guardián del Hedge House Wharf me ayudó a subir a un bote, aunque a regañadientes.

—Espero que la joven dama sepa lo que hace —masculló. No le respondí. Cuando el bote se deslizaba, adentrándose en el curso del río Darent, dejando atrás la lonja, me pareció oír el leve tañido de las campanas del priorato llamando a maitines, aunque quizá fueran imaginaciones mías.

Dartford está a casi un día de viaje a pie de Londres, a dos horas a lomos de un buen caballo y a más de cuatro por agua. El río Darent serpentea y caracolea antes de desembocar en el Támesis. No es el modo que la mayoría elegiría para viajar a Londres, pero temía que me vieran en la ciudad si intentaba alquilar algún vehículo. Tenía que desaparecer el tiempo suficiente como para completar mi misión.

Poco después de partir, la lluvia repiqueteaba sobre la superficie del río y el remero me arrojó un largo manto para que me cubriera con él la cabeza. La última persona que había utilizado el manto había comido pescado en salazón; todavía conservaba el olor. Una neblina espesa, fría y blanca me envolvió en el río. Prácticamente no veía nada. Tan solo se oía el punteo de las gotas sobre el agua y los rítmicos gruñidos del hombre que estaba

sentado detrás de mí cada vez que sacaba los remos del agua gris. Saqué mi crucifijo y el rosario de madera de mi bolso y empecé a rezar el rosario.

«Margaret, allá voy. No te abandonaré».

La neblina se disipó para desvelar un cielo apagado. Cuando el lecho del río se ensanchó, otros botes de diversos tamaños se unieron al nuestro. Algunos remeros llamaron a gritos al mío, y acompañaban sus gritos con comentarios groseros respecto a que su pasaje era una joven que viajaba sola. Yo seguí pasando las cuentas de madera con los dedos, haciendo caso omiso de la tosca estupidez de los hombres. En cuanto llegamos a puerto, muy al sur del Puente de Londres, salté a tierra. Mi mayor temor era llegar demasiado tarde al lugar de mi cita.

Ahora que por fin estaba allí, me di cuenta de que obviamente había llegado a Smithfield antes de la ejecución, pero en ningún caso había esperado encontrar semejante gentío y confusión. Tan solo veía a la chusma congregada en el lugar, riendo y bebiendo entre gritos. Caminé entre el gentío de acá para allá, buscando alguna señal que me indicara el lugar donde había de celebrarse la ejecución.

Cuando llegué a un concurrido círculo de hombres que no dejaban de gritar, se me aceleró el pulso. Me abrí paso a empellones, intentando encontrar algún claro.

En el centro del círculo no había ninguna persona, sino un pollo. Deforme y ensangrentado, con los ojos parpadeantes de terror, tenía una pata atada a un tocón de madera. Un hombre con el rostro salpicado de marcas de viruela que estaba plantado delante de mí blandió un bate de madera sobre su cabeza, preparándose para su objetivo.

El hombre agitó el bate con un gruñido sordo y golpeó con él al ave.

—Por las llagas de Cristo, ¿qué has hecho, pedazo de idiota? —gritó el hombre que estaba a mi lado mientras se limpiaba de la mejilla una mancha de goteante líquido rojo. El ave había sido golpeada con tanta fuerza que un géiser de sangre le había salpicado por entero.

Sin preocuparse lo más mínimo, el tipo de la cara marcada se adentró torpemente en el círculo.

—¡Es mi almuerzo! —aulló—. ¡Y ni siquiera es Martes de Carnaval!

Bajé la mirada y vi mis oscuras faldas salpicadas de sangre roja y fresca.

—Dulce Madre María —gemí, retrocediendo y resbalando en un charco de barro. Mientras me caía, me agarré del brazo de una joven que estaba a mi lado.

Fue un error. Con el rostro enrojecido y un fardo de lavandera colgando del hombro, me apartó de un manotazo al tiempo que chillaba:

—¿Me estáis robando?

—*Madame*, solo pretendía no caerme —dije—. Disculpadme.

Alguien se rio. Unas cuantas cabezas se giraron.

Una oleada de aliento fétido y caliente me chamuscó un lado del cuello y en el mismo segundo dos gruesos brazos me rodearon la cintura desde atrás. Intenté soltarme, pero no lo conseguí.

—Hola, muñeca —gruñó una voz.

Por fin, logré zafarme del abrazo del desconocido.

—Quitadme las manos de encima —le ordené.

Mi agresor me hizo girar en redondo y por fin le vi. Era casi medio metro más alto que yo y tenía el torso como una barrica. Una barba grasienta le ocultaba el rostro, salvo por un par de ojos saltones y una nariz torcida hacia la izquierda.

—¿No te gusto? —se burló, atrayéndome con fuerza contra su áspera ropa y babeándome la frente, demasiado borracho como para encontrarme los labios.

Contuve mi repulsión y dije, muy calmada:

—Señor, he venido a rezar por el alma de la pobre dama. ¿Os unís a mí? ¿Rezamos juntos?

Su mirada beoda pareció difuminarse. Yo sabía que había tocado algo. Hasta los patanes más brutos pasaban algunas mañanas de rodillas en la iglesia, respondiendo a las súplicas de una esposa o de una madre.

Pero la lavandera gritó:

—¡Prendedla! ¿A qué esperáis?

El hombre me agarró del brazo. Yo me retorcí y me volví. Vi que un grupo se congregaba a nuestro alrededor, pero nadie le detuvo. Nadie

acudió en mi ayuda. Golpeé hacia atrás con el pie izquierdo y le di en la espinilla, y la muchedumbre se rio.

Me propinó una bofetada. Fue sin duda un golpe desmañado, aunque lo bastante violento como para arrojarme tambaleándome de espaldas sobre el fango. Se abalanzó entonces sobre mí, al tiempo que su inmensa tripa me dejaba el cuerpo sin aire. Con una mano me agarró las muñecas, sujetándolas sobre mi cabeza. Con la otra me palpó la cintura, subiendo más y más. Me debatí cuanto pude, aunque en vano.

«Hoy hace diez años», caí entonces en la cuenta. «Han pasado casi exactamente diez años».

Los hombres y las mujeres se acercaron, formando un círculo, propinándose codazos entre sí y riéndose. Cerré los ojos mientras me hundía cada vez más en el fango de Smithfield.

OceanofPDF.com

3

Quise morir. Recé para que se me llevara la muerte, y cuando era ya incapaz de ver nada más, sentí de pronto un golpe sordo, un crujido, y el dolor agudo de una rodilla contra mi muslo. Luego nada. Ya no lo tenía encima. Abrí los ojos y vi una maraña de cuerpos y oí un enjambre de maldiciones.

Como pude me puse a cuatro patas, con los miembros temblorosos, y gateé entre dos personas hasta que por fin me levanté. Una mano me agarró del brazo y empezó a tirar de mí.

—¡No, no, basta! —grité.

—Tengo que sacaros de aquí —dijo una voz, y entonces alcé la vista. No era mi agresor, sino un alto joven de anchos hombros, con el pelo castaño claro cortado a cepillo.

—¿Dónde está vuestra gente? —preguntó—. ¿Os habéis perdido?

—No pienso responderos. Dejadme en paz.

—¿Dejaros en paz, decís? —Se echó a reír. El sonido de su risa me cogió por sorpresa. No era la risa de un joven bruto, sino la de un cínico anciano—. Os he salvado. ¿Es que no os dais cuenta? Os he arrancado a esa bestia de encima y le he dado una buena tunda.

—Yo no he visto nada.

—En ese caso, deberéis fiaros de vuestra fe, señora. Estoy aquí para ayudaros. —Sacó un odre de agua de un bolsillo, un pañuelo blanco del otro y lo mojó—. Seguramente desearéis lavaros la cara.

Cogí el pañuelo y me lo llevé al rostro. Su frescor obró en mí el efecto de un tónico. Me lo pasé por las mejillas y la frente, limpiándome con él la saliva, el fango, el sudor y las salpicaduras de sangre del ave muerta.

—Gracias, señor. —Le devolví el pañuelo—. Os agradezco vuestra ayuda. —Esperé a que el joven siguiera su camino, pero se quedó donde estaba, estudiándome con atención. Tenía los ojos azules, del mismo color que los jacintos que mi madre había mandado traer de España y que había

cultivado en los jardines. A pesar de que la ropa que vestía era respetable, desde luego no era lujosa, pues vi las costuras a lo largo de las mangas que indicaban que la prenda había sido retocada y remodelada para él. No tenía dinero suficiente para permitirse algo hecho a medida.

—¿Dónde está vuestra gente? —insistió.

—Estoy sola.

—¿No os acompañan familiares ni criados? ¿Sois acaso… una noble dama?

Me miró a la espera de una confirmación. No lo negué.

—¿Y cómo habéis podido venir hoy a Smithfield? Es una locura. Debéis permitirme que os saque de aquí de inmediato. Una mujer sola, joven, con vuestro aspecto… —Su voz se apagó.

Negué con la cabeza, incómoda.

—Por favor, no tenéis nada que temer de mí. Me llamo Geoffrey Scovill. Soy agente del orden de mi parroquia.

A nuestra espalda, dos ancianos que habían estado hablando a voz en grito empezaron a pelearse.

—¿Lo veis? —insistió Geoffrey—. La chusma es villana.

—Si el gentío es tan vulgar, ¿qué os trae aquí?

Sonrió ante mi repentina pregunta, y unas leves arrugas aparecieron alrededor de sus ojos. Por fin tuve la certeza… No era tan joven como había creído en un primer momento. Estaba más cerca de los treinta años que de los veinte.

—El representante del buen orden me ha enviado para observar y tomar nota de la justicia del rey. Esa mujer incitó a la rebelión contra nuestro soberano.

Una hirviente oleada de rabia me recorrió.

—Ver morir a una mujer… ¿Eso os complace?

—Por supuesto que no.

—Es madre —dije—. Tiene un niño y una hija, ¿lo sabíais?

Geoffrey Scovill se balanceó adelante y atrás sobre sus talones, incómodo.

—Es una gran pena que la condenada sea una mujer, pero hay que dar ejemplo. Lady Margaret Bulmer ha cometido alta traición. Es un peligro

para todos.

—¿Un peligro? —Mi voz incrementó su volumen—. No pretendía hacer daño a nadie. Ella y los demás tan solo deseaban conservar algo, un modo de vida que durante años ha sido honrado y da consuelo a pobres y a enfermos. Se alzaron en rebeldía porque sentían apasionadamente su causa. Nunca pretendieron derrocar al rey, solo llamar su atención sobre sus agravios. Querían que el rey les escuchara.

De nuevo esa risa de anciano cínico.

—Oh, les escuchó, no hay duda. Recibieron la absoluta atención de Su Majestad.

Me alejé, furiosa ante sus burlas.

Él me siguió, tirándome de la manga.

—Aguardad, señora. Todos estamos al servicio del rey. Si él desea introducir cambios en la religión, es nuestro incontestable deber obedecer y confiar en la guía de su autoridad legal y espiritual. ¿No estáis de acuerdo?

—Convengo en que el pueblo debe obediencia a su ungido soberano —mascullé.

Le alivió oírlo.

—Debéis ver entonces que si no se castiga a los rebeldes ni a los traidores, ¿qué clase de mensaje sería ese? La monarquía se debilitaría y todos quedaríamos sumidos en el caos. Y, aun así, semejante castigo puede resultar desgarrador… —Entrecerró los ojos, clavando la mirada en la distancia, y me ofreció el brazo—. Quizá si veis esto, cambiaréis de parecer.

—No tengo intención de cambiar de parecer. He venido a ver la ejecución de la prisionera.

—En ese caso, permitid que os enseñe el lugar donde se celebrará.

Difícilmente podía rechazar la ayuda que precisamente necesitaba. Geoffrey Scovill nos condujo habilidosamente entre la densa muchedumbre hasta que por fin alcanzamos una valla improvisada. Había otra unos seis metros más adelante que creaba un camino entre las dos.

Geoffrey Scovill señaló a la izquierda y vi, al fondo del camino, un inmenso montón de leños de ramas arracimados alrededor de un barril alto. De la parte superior de este emergía un poste.

—Allí es donde la quemarán —dijo.

Inspiré hondo, intentando ocultar mi temor.

—Como agente del orden, conozco bien las distintas formas de ejecución. Esta es la forma más lenta de morir en la hoguera. Sería más compasivo traerla aquí y cubrirla con las ramas. Así lo hicieron en Francia cuando ejecutaron a Juana de Arco. Hoy, lady Margaret Bulmer sufrirá mucho más que Juana.

—¿Por qué me decís esto? —pregunté.

—Porque este no es lugar para vos. —Me sacudió por el hombro, desesperado por hacerme cambiar de parecer.

Desde el otro extremo del camino se escucharon fuertes gritos.

—¡Aquí viene! ¡Aquí viene!

—Demasiado tarde —le dije a Geoffrey Scovill.

La multitud se apartó a la derecha y yo hice lo propio. Geoffrey se quedó detrás de mí. Difícil darle esquinazo. Había un mar de cabezas flotantes en mitad del camino y más de una docena de soldados acercándose a nosotros. Vestían armadura y cargaban estacas sobre los hombros.

Al final del grupo, un soldado llevaba un caballo negro al que le habían atado algo que arrastraba tras él.

Geoffrey hizo un ruido junto a mí.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Viene sentada en una banqueta —gimió.

No entendí lo que decía. Los caballos se acercaron, tirando de una larga tabla de madera cuya base se arrastraba por el fango. Todo el mundo señalaba a la tabla.

—¡Quemad a la furcia papista! —chilló una anciana. Otros se hicieron eco de sus gritos. El caballo negro, encolerizado por la conmoción, pivotó hacia la otra valla. Pude ver por fin a la persona que estaba atada a la tabla, boca arriba, con los brazos en cruz, formando una T. El corazón me martilleó en el cuerpo cuando observé detenidamente a la persona que iba atada a la tabla. Había ido a Smithfield para nada. La mujer no era Margaret. Aquella pobre criatura condenada era demasiado vieja y pobre. Vestía una camisola gris, larga y desgarrada, y tenía la cara magullada, con el pelo mal cortado que le colgaba hasta las orejas.

Los soldados le desataron las muñecas y los pies y la levantaron de la banqueta. La mujer se tambaleó en el fango y a punto estuvo de caerse. Uno de los soldados la sujetó y le señaló la pira. Ella se quedó inmóvil durante unos segundos, tensó los hombros y echó a andar hacia el lugar de su ejecución. El modo en que tensó los hombros hizo que me sintiera un poco mareada.

Justo en ese momento, el sol por fin perforó los enturbiados bancos de nubes grises, bañando Smithfield con su luz. Un rayo rebotó en la cabeza de la prisionera, reflejándose en un mechón de oro rojizo.

Entonces vi a mi Margaret.

La muchedumbre rugió: «¡Traidora!» y «¡Furcia!» y «¡Papista!» cuando ella se acercó. Me agarré a la valla y tiré de ella para avanzar, delante de la gente que le gritaba. Un hombre me golpeó al tiempo que me retorcía delante de él. Apenas noté el golpe. Miré por encima del hombro: la chusma había engullido a Geoffrey Scovill.

Me arrodillé en el fango y saqué la cabeza por un hueco que encontré en la valla.

—¡Margaret! ¡Margaret! ¡Margaret! —grité.

Ella siguió avanzando, renqueante, y vi que tenía los ojos entrecerrados. Grité de nuevo su nombre, y lo hice alzando de tal modo la voz que creí que los músculos de la garganta se me desgarrarían. Margaret parpadeó y miró hacia el lugar de donde procedían mis gritos.

Algo se aceleró en su mirada. Se acercó a mí.

La gente arracimada a mi alrededor rugió en señal de aprobación. Podían por fin observar más detenidamente a la prisionera. Dos de los soldados echaron a andar hacia ella. Segundos más tarde la habían prendido y se la llevaban.

Margaret me miró a los ojos. Vi moverse sus labios, pero no oí lo que dijo.

Busqué en mi vestido y cogí mi rosario. Metí el brazo por el hueco de la valla y le arrojé las cuentas de madera, que aterrizaron en el fango a sus pies. Cuando se arrodilló para recogerlas, una vieja se asomó por encima de la valla y le escupió. El salivazo fue a darle en el pecho izquierdo.

—¡Arde, furcia papista! —chilló la vieja.

Los soldados cogieron a Margaret. Uno le gritó algo a la vieja bruja. Solo habían visto el salivazo. Vi que Margaret recogía las cuentas y el diminuto crucifijo y hacía con ellos una bola que se pegó al cuerpo.

Cuando los hombres la obligaron a girar sobre sus talones en dirección al cadalso, ella miró por encima del hombro y me vio al tiempo que yo agitaba el brazo entre sollozos.

—Joanna —gritó. Y se la llevaron.

Los soldados exigieron silencio y los abucheos remitieron. Aunque el oficial de barba gris leía de un pergamino, yo alcancé tan solo a oír algunas frases sueltas: «culpable de alta traición… incitación a la rebeldía… conspiración para iniciar una guerra… el deseo de Su Majestad». En cuanto el hombre terminó de leer y bajó el pergamino, los soldados volvieron a coger con fuerza a Margaret.

Me levanté, pero me sobresalté al notar una mano en el hombro. Era Geoffrey Scovill. Había vuelto a encontrarme.

Nos quedamos mirando cómo los soldados subían a Margaret a lo alto de una barrica y la ataban al poste por la parte superior del pecho y de la cintura. Otros hombres apilaron alrededor de sus pies los leños grandes, las ramas más pequeñas y las astillas. Margaret estaba demasiado lejos como para que pudiera verle con claridad la cara, pero me pareció que sus labios se movían en oración. Esperé que todavía conservara las cuentas del rosario.

—¡Ahhhh! —rugió el gentío al unísono. Un segundo más tarde vi por qué: un hombre bajo se adelantó correteando con una llameante antorcha en la mano. Saludó con una inclinación de cabeza a los soldados que estaban de pie en semicírculo alrededor de la hoguera y prendió fuego a las ramas que rodeaban el barril.

—Cristo, ten piedad; Cristo, ten piedad —susurré antes de empezar a rezar la plegaria dominica de la Salvación, la que me había preparado para decir en el momento de su muerte. Al menos podría llevar a cabo esa labor.

Un nuevo grito recorrió la muchedumbre.

—¿Qué hace ese hombre?

—¿Adónde va?

Me volví hacia el griterío justo a tiempo de ver que un hombre pasaba corriendo por delante de mí hacia Margaret. Era un hombre alto y corpulento de poco más de cincuenta años, un caballero con las mejillas surcadas por las lágrimas.

—¿Qué hacéis? —Geoffrey me cogió del brazo para retenerme.

—¡Soltadme! ¡Soltadme! —Logré zafarme de su mano—. Tengo que ayudarle.

—¿Ayudarle? ¿A santo de qué, por el amor de Dios? —preguntó Geoffrey.

—Porque ese hombre es mi padre —dije con las mejillas también húmedas por las lágrimas mientras me impulsaba para saltar la valla y aterrizaba al otro lado.

Cuando logré saltar la valla, mi padre ya casi había alcanzado a Margaret, pero los soldados echaron a correr tras él y vi que uno de ellos le golpeaba en el hombro con una estaca.

—¡No, no le hagáis daño! —grité, y un soldado se volvió de espaldas, perplejo al verme.

—¡Atrás! ¡Atrás! —dijo, agitando su propia estaca hacia mí como si fuera un perro enloquecido. Vi tras él un enjambre completo de soldados que intentaban derribar a mi padre.

—¡No, padre! ¡No! —volví a gritar, y él levantó bruscamente la cabeza. A pesar de que tenía por lo menos a tres guardias encima, pudo ponerse en pie—. Márchate, Joanna —pudo chillar antes de recibir una patada en el pecho y volver a caer de espaldas.

Alguien me agarró del brazo e intenté liberarme de esa mano, pero era Geoffrey Scovill. Había saltado la valla para seguirme.

—Regresad —suplicó.

Tres guardias cargaron contra nosotros. Vi alzarse una estaca antes de que cayera sobre la cabeza de Geoffrey. El joven agente del orden cayó al fango, inconsciente.

Oí entonces un grito enojado y me volví a mirar. Mi padre había vuelto a liberarse y corría directamente hacia Margaret. Justo en el instante en que un soldado le alcanzó y le golpeó en la espalda con una estaca, mi padre sacó algo de su jubón. Algo pequeño.

Cuando cayó de rodillas delante de ella, vi que arrojaba una bolsa oscura a las llamas que lamían ya el cuerpo de Margaret, que se retorcía sobre el barril.

Unos segundos después se produjo una enorme explosión. Fue como si una docena de tormentas cayeran sobre el suelo a la vez. Una lluvia de espantosas espirales negras ondeó hacia mí. Y todo se volvió negro.

OceanofPDF.com

4

Vi ponerse el sol tras las torres de las iglesias de Londres. La fina llovizna había remitido. A última hora de la tarde, el sol se había convertido en un orbe feroz, que perforaba todas las nubes y devoraba la niebla pegajosa que se pegaba a los pies, a las ruedas y a los cascos de los caballos. Mientras contemplaba ese sol temblando sobre el atestado horizonte hacia el oeste, me picaron y me escocieron los ojos, aunque no habría sabido decir si era a causa de los rayos del sol o del humo negro que horas antes había cubierto Smithfield.

Estaba sentada de espaldas en una fluvial gabarra real con las muñecas esposadas. No podía ver adónde me dirigía. Aun así, percibí la seguridad de las palas de los cuatro remeros y su profundo movimiento. Esos hombres, con las libreas verdes y blancas de la Casa de los Tudor, conocían mi destino. Y estaba segura de que también lo conocían los demás barcos del río Támesis, incluidos los londinenses de las orillas. Cada vez que pasábamos por delante de alguien, notaba las miradas curiosas deslizándose sobre mí y oía también el murmullo del chismorreo: «¿A quién han prendido ahora?». Una anciana que arrojaba jarras de porquería al río me estuvo observando todo el tiempo que pudo, torciendo el cuello mientras se asomaba de tal modo al río que casi temí verla precipitarse al agua.

Durante todo el tiempo me mantuve sentada muy erguida y quieta, con los hombros tan atrás y la barbilla tan en alto como había aprendido a tenerlos desde que había empezado a andar. No quería mostrar mi temor. Y sobre todo no quería que nadie viera al hombre que, tumbado en el suelo de la barcaza, apoyaba su cabeza vendada sobre mi falda. Me dolían las pantorrillas a causa de la presión de la cabeza de Geoffrey Scovill, pero no podía mandarle de nuevo al suelo mojado de la barcaza. Su rostro desencajado, sus ojos cerrados, el hilo de sangre seca en su mejilla derecha me llenaban de una culpa espantosa. Tenía demasiado en qué pensar, demasiado por lo que rezar, demasiadas cosas que quería intentar

comprender antes de llegar al lugar al que me estaban llevando y sin embargo allí mismo, sobre mi regazo, tenía una dificultad inmediata a la que debía atender.

Justo en el momento en que el sol desaparecía y un mortecino crepúsculo bañaba el río con una luz entre naranja y violeta, Geoffrey se despertó con un gemido.

No iba esposado y tendió la mano para tocarse confundido el vendaje que le envolvía la cabeza. Despacio, temblorosamente, se incorporó y se volvió a mirarme antes de levantarse para tomar asiento. Una mirada velada por la incertidumbre encontró la mía. Temí el inminente enfrentamiento.

—¿Sabéis dónde estáis? —pregunté.

El reconocimiento iluminó su rostro.

—Creo que en una de las gabarras del rey —dijo con la voz rasposa—. ¿Por qué?

Miré hacia delante, clavando los ojos en un par de remeros sentados en la proa y me volví de espaldas a mirar a los dos restantes. La gabarra era tan larga que resultaba imposible que pudieran oírnos.

—Me han arrestado con mi padre, y creo que a vos también —dije, bajando la voz.

Se lo tomó mucho mejor de lo que me había temido. Su rostro mantuvo la calma.

—¿De qué cargos se nos acusa?

—No lo sé —respondí—. Les di mi nombre y también el de mi padre, y después de eso se ausentaron durante un largo rato, dejándome bajo la custodia de la guardia. Nos subieron a una carreta y nos llevaron a un edificio, pero parecieron cambiar de parecer y nos trajeron al río. Hemos estado metidos en la carreta durante dos horas antes de subirnos a este barco. No he vuelto a ver a mi padre. Sabía que estaba malherido, mucho más que vos, pero nadie me decía nada.

Inspiré hondo, intentando mantener la calma.

—¿Cuál era su estado? —preguntó Geoffrey.

Negué con la cabeza, presa de la frustración.

—No lo sé. Después del trueno había mucho humo por todas partes. Cuando por fin se disipó, vi a mi padre en el suelo, aunque desde la

distancia. No tardaron en moverle y ya no he vuelto a verle.

—¿El «trueno»?

—Mi padre arrojó algo al fuego, a Margaret. Una bolsa. Por eso debió de echar a correr hacia ella. Hubo un gran estruendo, como un trueno, y mucho humo.

Geoffrey asintió.

—Por supuesto.

—¿Sabéis lo que era?

—Pólvora —dijo sin dudarlo, y me acordé entonces de que era un agente del orden, de modo que esa clase de cosas debían de resultarle familiares—. Cuando sentencian a un criminal a morir en la hoguera y el rey desea mostrar compasión por él, permite que el reo lleve encima una bolsa de pólvora atada al cuello. La bolsa prende y estalla. Acelera así la muerte y acorta el sufrimiento, pero la cantidad de pólvora debe estar medida y mezclada con precisión. Al parecer, vuestro padre utilizó demasiada.

Tragué saliva.

Geoffrey me miró más detenidamente.

—La habéis llamado «Margaret». ¿Conocíais entonces a la prisionera?

No me pareció que tuviera sentido seguir ocultando las cosas.

—Lady Margaret Bulmer era mi prima —dije—. He venido a rezar por ella. No sabía que mi padre también estaría en Smithfield.

—¿No sois del norte? —preguntó con una voz más entera—. ¿No participasteis en la rebelión contra el rey?

—Por supuesto que no. Margaret se fue a vivir al norte hará ahora unos cuatro años, y se casó allí con sir John. No he vuelto a verla desde entonces. Está demasiado lejos para viajar hasta allí. Nos hemos limitado a comunicarnos por carta, y en este último año tan solo nos hemos escrito una. No sé nada de la rebelión. Y no entiendo por qué Margaret pudo haberse implicado en ella.

Geoffrey frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué vuestro padre y vos os habéis arriesgado a asistir a su ejecución, comportándoos de este modo? ¿Por qué arriesgar tanto? No tiene sentido.

No respondí. Se oía el chapoteo de los remos al sumergirse en el agua del río y el leve trino de una risa de mujer cuando la gabarra se deslizó por delante de una casa solariega construida junto a la orilla. Al otro lado de los muros de la casa, por imposible que pudiera parecer, la gente festejaba.

Las siguientes palabras de Geoffrey volaron de su boca, afiladas como una bofetada.

—Van a llevarme a la Torre de Londres porque he salido en vuestra ayuda, señora, de modo que creo tener derecho a saberlo todo.

—¿A la Torre? —susurré.

—Sí, claro… ¿Adónde si no? —preguntó, impaciente—. Por eso se han retrasado tanto antes de embarcarnos en el Támesis. Deben esperar hasta que la marea sea exactamente la adecuada para cruzar el puente que lleva a la puerta del río. Pero casi hemos llegado, si recuerdo bien la curva que traza el río. Contadme, vamos.

En el fondo también yo sabía que era allí donde la gabarra me llevaba. A decir verdad, no me sorprendió. Sin embargo, al oír el nombre del viejo castillo me recorrió un escalofrío. Me acordé entonces de un juego al que solían jugar mis primos, con sus espadas de juguete. «A la Torre, a la Torre», gritaban al perdedor del combate. «Cortadle la cabeza».

El crepúsculo se fundía ya con el cielo de la noche. Era esa hora incierta que llega justo después de que el sol se desvanezca, pero cuando las estrellas todavía no han encontrado su lugar en el cielo. En el centro del Támesis, lejos de las antorchas recién prendidas de la orilla, el aire era denso y oscuro. No podía ver con claridad la cara de Geoffrey y eso me ayudó a explicarme mejor.

—Margaret era más que una prima para mí. Cuando éramos niñas, era mi única amiga —dije—. No podía permitir que se enfrentara sola a esta muerte tan horrible, sobre todo después de todo lo que ha hecho por mí. Había algo en particular que quería hacer por ella después de su muerte, pero no he tenido la oportunidad. En cuanto a los motivos de mi padre, los desconozco. Hace meses que no hablamos. Pero os aseguro que no es un hombre de política. Odia y teme todo lo que tenga que ver con ella. —Inspiré hondo y proseguí—. ¿Os dice algo el apellido Stafford?

Lo pensó durante un instante.

—¿No era el apellido familiar del duque de Buckingham?

—Sí —dije. Y luego—: Era el hermano mayor de mi padre.

La voz de Geoffrey sonó entonces cauta y desprovista de emoción.

—El tercer duque de Buckingham fue juzgado y ejecutado por alta traición hace quince años.

—Dieciséis —le corregí, como si importara.

—Y le arrestaron por conspirar para derrocar al rey, movido por su parentesco cercano, con el objetivo de apoderarse del trono. Había quien creía que tenía más derecho al trono que el propio Enrique Tudor.

—Supongo que no es este el momento de decir que nosotros sabíamos que mi tío era inocente de todos los cargos, ¿me equivoco? —pregunté.

Geoffrey gruñó.

—No.

Llegó entonces la pregunta que yo esperaba.

—¿De modo que también vos sois pariente cercana del rey?

—No soy una mujer de la corte —dije a la defensiva—. La última vez que estuve en presencia del rey fue hace diez años.

Geoffrey repitió entonces:

—¿Estáis emparentada con Enrique VIII?

Suspiré.

—Mi abuela y la del rey Enrique eran hermanas.

—¿Y vuestra prima Margaret?

—Era la hija de mi tío, el duque. —Tragué saliva y continué hablando —: Hija ilegítima del duque.

Fue entonces el momento de guardar silencio y mirar por la borda de la gabarra.

—Gracias —dijo por fin—. Ahora empiezo a entender.

—Pero no podéis entenderlo todo —dije, bajando la voz.

Noté que los remos empezaban a mover la gabarra en una dirección distinta. Habíamos reducido la marcha y yo necesitaba que Geoffrey lo supiera todo antes de que fuera demasiado tarde.

—Soy novicia del priorato de Dartford en Kent —dije apresuradamente —. He abandonado mi congregación en secreto antes del amanecer para poder llegar a Londres. No espero que me permitan regresar, pero si eso

ocurre, tengo intención de jurar mis votos definitivos a finales del año que viene.

Geoffrey guardó silencio. Y luego oí que decía algo. Al principio creí, horrorizada, que lloraba. Pero no, parecía más que se hubiera atragantado.

La ira me ardió en las venas cuando por fin entendí lo que era. Risa: se había doblado sobre sí mismo, agitándose de risa.

—¿Cómo os atrevéis a burlaros de mí? —dije.

Negó con la cabeza y se dio una fuerte palmada en la rodilla, como si intentara poner fin a la risa, aunque en vano.

—Vengo a Londres en representación de mi señor a una ejecución pública —dijo, más dirigiéndose al río que a mí—. Salvo a una joven del peligro y me retienen un par de hermosos ojos marrones. ¿Y veis lo que ocurre? Ah, Geoffrey…

Sus palabras me dejaron perpleja.

—Aquí termina vuestra demostración de caballerosidad —siseé—. Os dije en Smithfield que me dejarais en paz, y no quisisteis oírme. Lo que os ocurra ahora es…

De pronto, Geoffrey dio un salto hacia delante y me cogió por los hombros.

—Cerrad los ojos y no os volváis —susurró. Su aliento caliente caracoleó en mi oído.

No pude creer que me hubiera tocado. Haciendo uso de mis manos esposadas como si de una porra se trataran, le empujé, apartándole a un lado, y Geoffrey cayó al suelo de la gabarra, golpeándose la cabeza y soltando un grito de dolor.

Y entonces, como sintiéndome obligada a hacerlo, me volví.

El barco había reducido la velocidad al acercarse a un gran puente. Ardía una antorcha en intervalos de seis o siete metros, creando una hilera de luces elevadas que cruzaban el ancho y oscuro río.

Entre las antorchas había picas con cabezas cortadas clavadas en lo alto.

Debía de haber una docena de ellas, aunque solo vi una con claridad, la que estaba más cerca de mí. La carne podrida de las cabezas era negra. El parpadeo de una antorcha próxima le rellenó los huecos vacíos de los ojos y

se coló en la boca abierta. Dio la sensación de que la cabeza volvía a la vida y me sonreía, encantada.

Un gran estruendo me saturó los oídos y el sudor se me heló en la piel. Cerré los ojos, apretándolos con fuerza para intentar así borrar la espantosa visión, pero fue demasiado tarde. Tenía el estómago revuelto, como si un animal rebelde brincara en mi interior. Me incliné hacia delante y me agarré al borde del barco con las manos esposadas.

—Ayúdame, Virgen María —balbuceé.

Intenté contenerme durante lo que se me antojó una eternidad, aunque fue en vano. Doblándome sobre mí misma, vomité en el suelo de la gabarra un hilillo amargo, prácticamente nada, pues no había probado bocado desde que subí al carro que me había llevado hasta Smithfield y de eso habían pasado varias horas. Entre toses, me limpié la saliva de la barbilla con el dorso de la mano temblorosa.

Los remeros hicieron pasar el barco por debajo del puente. El agua lamía los arcos de piedra lisa. Me estremecí, sabedora de que justo encima de mí estaban dispuestas las cabezas de los ejecutados.

Mis ojos se abrieron de pronto al sentir el suave contacto de una mano sobre el hombro. Cogí el pañuelo de Geoffrey, el mismo que me había ofrecido en Smithfield. Me limpié con él el rostro.

Miré a Geoffrey.

—Siento que os esté ocurriendo esto —dije.

—Lo sé. —Una sonrisa curvó sus labios, aunque no fue una sonrisa burlona ni enojada. Geoffrey miró por encima de mi hombro. La sonrisa se desvaneció. Vi que se le tensaba el cuerpo entero.

Nuestro barco viraba. Entramos por un estrecho canal, flanqueado por altos muros. Una inmensa oscuridad cuadrada se cernió sobre nosotros, engullendo las estrellas bajas y las nubes de suave tono grisáceo. Era, sin lugar a dudas, la Torre.

—Es la corona o la cruz —dijo Geoffrey Scovill bajando tanto la voz que apenas pude oírle debido al sonoro chapoteo de los remos.

—¿Cómo decís?

—Todos debemos elegir lo que para nosotros es prioritario, aquello a lo que debemos lealtad por encima de todo —dijo—. Los rebeldes del norte

han elegido la cruz. —Echó la cabeza hacia atrás, señalando con el gesto hacia el temible puente—. Y ya habéis visto a lo que eso lleva.

No fue necesario preguntarle a Geoffrey Scovill dónde tenía puesta su lealtad. Para él la elección era sencilla. En cuanto a mí, no pude evitar pensar en sir Tomás Moro, esa alma lúcida y valiente que había declarado en el patíbulo: «Muero siendo el fiel servidor del rey, aunque lo soy antes de Dios». Me pregunté si habría sido sencillo para él abrazar el martirio.

En los escasos minutos que restaron antes de llegar a la puerta del río de la Torre, me limité tan solo a rezar. Recé por el alma de Margaret, por la recuperación de mi padre y por la libertad de Geoffrey Scovill. Recé para que la fuerza y la sabiduría guiaran mis palabras y mis actos. Recé para que me fuera concedida la gracia.

Dos grupos de hombres nos aguardaban en un estrecho muelle de piedra labrado en un enorme muro de ladrillo. A ambos lados de un arco abovedado ardían varias antorchas y la puerta de entrada estaba abierta de par en par.

El grupo más numeroso, todos ellos ataviados con lustrosos uniformes de rojo y oro, ayudaron a los remeros de nuestro barco a acercar la gabarra a la orilla hasta colocarla en paralelo al muelle. Cuando la amarraron, un hombre se agachó y me tendió una mano, poniendo especial cuidado en no cruzar su mirada con la mía.

En cuanto mis pies tocaron el muelle, uno de los hombres del grupo menos numeroso se adelantó. Era joven, tenía una barba pulcramente recortada y unos ojos brillantes y nerviosos.

—Señora Joanna Stafford, quedáis a partir de ahora bajo la custodia de la Torre —gritó más alto de lo que parecía necesario. Era una zona ostensiblemente pequeña—. Guardias, llevadla dentro.

Oí un sonoro golpe sordo a mi espalda y me volví. Geoffrey estaba tumbado a los pies de un guardia real sobre el muelle.

—¿Se ha desvanecido? —preguntó el joven oficial.

—Sí, lugarteniente —respondió el guardia real, contrariado.

—Le hirieron en Smithfield —les dije—. Se llevó un fuerte golpe en la cabeza. Es inocente de crimen alguno. Su nombre es Geoffrey Scovill.

Todos actuaron como si yo no hubiera hablado.

Los guardias se agacharon y levantaron a Geoffrey antes de llevárselo sin la menor contemplación, cruzando con él bajo el arco con los pies por delante. Al pasar, vi una mancha de sangre fresca que se extendía bajo el vendaje de Geoffrey. Debía de haberse golpeado de nuevo la cabeza contra el muelle de piedra.

—No es necesario que os diga que necesita los cuidados de un médico —le dije al lugarteniente.

—No estáis aquí para darnos órdenes, señora —replicó con los labios delgados y prietos a causa de la ira—. Estáis bajo arresto.

—¿Y de qué cargos se me acusa? —repliqué—. ¿Bajo la autoridad de quién he sido arrestada?

Un movimiento procedente del extremo más alejado del muelle captó mi atención. Otro hombre se adelantó. Era mucho mayor, tendría unos sesenta años, y cuando se acercó hasta adentrarse en el círculo de luz de las antorchas, vi que vestía costosos terciopelos de color verde oscuro y que sus ahuecadas mangas tenían un corte profuso. De su cuello colgaba una gruesa cadena de oro. Un atuendo de esas características era más apropiado para un importante acto de la corte, o de una celebración. Lo ridículo de su vestimenta quedaba todavía más acusado por un rostro amargo y desprovisto por completo de alegría.

—Soy sir William Kingston, el alguacil de la Torre —dijo con una voz atonal—. Estáis aquí por orden expresa de Su Majestad.

—¿Cómo es posible? —pregunté.

Sir William se acercó todavía más y vi entonces las profundas arrugas de agotamiento que le surcaban el rostro.

—Tras los disturbios ocurridos en Smithfield, se ha enviado a un mensajero a Greenwich, donde el rey y la reina residen en este momento —dijo—. El rey ha sido puesto al corriente de la situación y ha decidido que vos, vuestro padre y el tercer miembro implicado en lo sucedido seáis trasladados a la Torre a la espera de una completa y detallada investigación.

—¿Está mi padre aquí, en la Torre? —pregunté—. ¿Cómo se encuentra?

Sir William no respondió. Se limitó simplemente a tender la mano y, con un largo brazo enfundado en terciopelo, señaló hacia el oscuro arco.

—Ha llegado el momento de entrar, señora Stafford —dijo.

Tanto el alguacil como el lugarteniente aguardaron para ver mi reacción. Había oído historias sobre prisioneros a los que arrastraban entre gritos al interior de la Torre. No tenía intención de ser una de ellos.

Incliné la cabeza y me volví hacia el arco, y, con la guardia real desfilando delante de mí y el resto de los hombres a mi espalda, entré en la Torre de Londres.

OceanofPDF.com

5

Castillo de Stafford, abril de 1527

—No quiero casarme.

Margaret tenía diecisiete años y yo, dieciséis. Era de noche y tarde, y estábamos en mi dormitorio. Tumbadas juntas en la cama, en camisón, acurrucadas muy cerca la una de la otra para combatir el frío. A pesar de que era primavera, hacía frío en mi habitación. Después de la Pascua, estaba prohibido encender la chimenea durante la noche. Esa era una de las muchas muestras de ahorro que practicábamos en el castillo de Stafford.

Tiré de una manta hacia arriba y nos tapé con ella hasta la barbilla mientras intentaba encontrar el comentario adecuado. Horas antes, me había entristecido al oír los planes de boda de Margaret, pues eso significaba que empezaría a verla incluso menos, aunque resultaba egoísta decirlo. Y después de haberla escuchado confesar que ni siquiera quería convertirse en esposa, yo estaba confundida.

De repente, tuve una idea.

—No quiero ser dama de honor de la reina —dije.

Margaret negó con la cabeza.

—No te culpo por ello.

Ese mismo día, durante el almuerzo que se celebró en el gran salón, se había hablado de nuestros respectivos destinos. El gran salón era una estancia que ya apenas se utilizaba para comer, pero se había hecho un esfuerzo para la ocasión. Mi prima Elizabeth, la duquesa de Norfolk, había llegado de visita, con la intención de pasar con nosotros quince días, sin su esposo, naturalmente. Había llegado no solo acompañada de Margaret, su dama de compañía favorita, sino también de Mary, su hija de ocho años, y, por extraño que pueda parecer, de su cuñado, Charles Howard. Aunque a mí nunca me había gustado demasiado Elizabeth, que era mayor que yo y muy altiva, y tampoco sentía ninguna simpatía por los Howard, me alegraba sobremanera la visita, pues me devolvía a Margaret.

Los Stafford y los Howard habían sido en su día las dos familias ducales más prominentes de Inglaterra. El enlace de Thomas Howard, heredero del ducado de Norfolk, con Elizabeth, hija del duque de Buckingham, era sin duda un matrimonio glorioso. El prometido de Margaret era mucho mayor que ella, y viudo, pero era un valor en alza en la corte y comandante en los campos de batalla de Francia, Escocia e Irlanda. Margaret había aceptado su mano y había prometido a Dios que le honraría y le obedecería.

Qué bendición que no pudiera ver el futuro que le esperaba: la ejecución de su padre, la ruina de la familia Stafford y la desgracia de su matrimonio.

Después de la ejecución del duque de Buckingham en 1521, sus propiedades, todos sus castillos, las tierras y los ingresos pasaron a manos del rey, con una excepción: el castillo de Stafford, la residencia familiar construida sobre una colina durante el reinado de Guillermo el Conquistador. Yo había vivido allí casi toda mi vida. A Henry, el hijo mayor del duque, le habían permitido conservarlo y sacar beneficios de las tierras circundantes. Se instaló en el castillo semiderruido con su familia, además de mi padre, mi madre y yo. El resto del clan de los Stafford, los primos, las tías y los tíos, incluida Margaret, se habían dispersado. Elizabeth insistió en que Margaret se fuera a vivir con ella para hacerle compañía, y Margaret así lo hizo. Aunque nos escribíamos muy a menudo, yo solo veía a Margaret cuando volvían de visita al castillo de Stafford. Mi padre viajaba a Londres una vez al año para mantener la pequeña casa que había podido conservar en la ciudad, pero mi madre y yo nunca le acompañábamos. Ya no teníamos dinero para viajar.

Yo no entendía el motivo del matrimonio de Margaret. Ella no solo parecía triste ante el futuro enlace, sino que durante la cena Elizabeth se mostró realmente desolada por la noticia.

—Ese William Cheyne es uno de los esbirros de mi esposo —dijo Elizabeth al tiempo que airadas manchas rojas llameaban en sus enjutas mejillas blancas—. Ha pedido casarse con Margaret y el duque se la ha concedido sin consultarme. Está encantado de que Cheyne la acepte sin dote alguna.

—Entonces, ¿es un matrimonio por amor? —preguntó Ursula Pole Stafford, la esposa de mi primo Henry. Estaba en avanzado estado de

gestación: su tercer embarazo en cinco años.

—¡Margaret apenas ha intercambiado con él unas cuantas palabras! —exclamó Elizabeth—. Ah, no soporto la idea de perderla en manos de un tosco y joven esposo. ¿Cómo voy a poder conciliar el sueño sabiendo los crímenes que ese hombre puede estar cometiendo contra una muchacha inocente?

Margaret se levantó y acarició el hombro de Elizabeth.

—Callad, no os preocupéis —dijo. Como siempre, Margaret se preocupaba más por su frágil hermanastra mayor que por ella misma.

Todo podría haber salido bien de no haber sido por Charles Howard, el muchacho de diecisiete años que estaba sentado al otro lado de Elizabeth.

—Vamos, duquesa —dijo con voz cansina—, ¿acaso no es cierto que algunas damas disfrutan de los crímenes nocturnos?

Elizabeth se apartó de él. Le temblaba el labio inferior. Acto seguido, y para sorpresa general, se levantó bruscamente y empezó a remangarse las largas mangas del vestido.

—¿Veis esto? —gritó. E, instantes después, cuando se subió más y más la manga, lo vimos: un cardenal alargado, no demasiado visible y de color amarillo violáceo que le moteaba el flaco brazo derecho—. He visto a mi esposo, y el duque me ha ordenado que ceje en mis muestras de oposición, que debo vivir con él y volver a compartir su lecho. Le he preguntado dónde pondría a su furcia y entonces me ha hecho esto.

Nos quedamos allí sentados, horrorizados, mientras la duquesa se volvía a derecha y a izquierda, mostrándonos el brazo al tiempo que daba muestras de cierto orgullo extraño y terrible que yo no alcancé a entender. Por su puesto, si su padre, el duque de Buckingham hubiera estado vivo, Norfolk jamás habría osado pegar o humillar a su esposa de ese modo. Todos lo sabíamos.

La pequeña Mary Howard bajó la mirada hacia su plato, y yo me pregunté qué opinión le merecía su padre.

—Calmaos, hermana —suplicó mi primo Henry. Lo que más les importaba a Henry y a Ursula era mantener a salvo a la familia y evitar cualquier controversia y crítica para que jamás volviera a producirse ningún tipo de sospecha.

Por primera vez habló mi madre con su inglés de marcado acento.

—Duquesa, os agradecemos que hayáis intercedido por Joanna ante la reina.

Todas las miradas se fijaron en mí al tiempo que yo me movía, incómoda, en mi silla.

Elizabeth asintió.

—A pesar de todo, la reina sigue fiel a vos —le dijo a mi madre, que esbozó una sonrisa triunfal.

Cuando mi madre era más joven que yo, a la temprana edad de apenas catorce años, había abandonado su país como dama de honor de la reina Catalina de España, que debía casarse con el príncipe Arturo de Inglaterra para convertirse en reina de la isla que era su reino. Catalina se había casado con Arturo, que había muerto joven, y después con el hermano de este, Enrique, y finalmente había sido reina. Mi madre Isabella le había servido con devoción durante todo el tiempo, y seis meses después de la coronación de Catalina, se había casado con el apuesto primo del rey, mi padre, sir Richard Stafford, uno de los atletas más aventajados del reino. Otra boda que había empezado con las más altas expectativas.

Nací poco antes de que pasaran dos años, y enseguida me enviaron al castillo de Stafford, en el que permanecí al cuidado de ayas, tutores y criadas. El sitio de mi madre estaba con la reina, y yo solo la veía unas cuantas veces al año. No era una situación en absoluto inusual.

El duque de Buckingham fue arrestado y juzgado y murió en el patíbulo cuando yo tenía diez años. A partir de entonces todo cambió. Los Stafford al completo dejaron de ser bienvenidos en la corte. Uno de mis tíos mayores fue encarcelado con Buckingham, aunque finalmente le habían dejado en libertad. A mis padres jamás se les acusó de ningún crimen, pero sí se les desterró de la corte. A mi madre la obligaron a retirarse al campo, lejos de la reina, que lo era todo para ella. Dado que el grueso del cuerpo de la servidumbre del castillo de Stafford había quedado ostensiblemente reducido, mi madre decidió criarme ella misma. Mi lejana y glamurosa madre estaba de pronto a mano, infeliz… y muy atenta a mí.

Elizabeth arrugó la nariz sin apartar la vista de su plato.

—Este venado no está mal, pero ¿acaso no van a servir pescado? —se quejó.

Nosotras, que vivíamos durante todo el año en el castillo de Stafford, nos estremecimos. Mi padre había pasado dos días cazando desde el amanecer al anochecer para asegurarse de poder ofrecer caza fresca a nuestros huéspedes. Él no estaba tan descontento como mi madre con la vida en el campo. Manifestaba un enérgico interés en la administración de las propiedades, las granjas y los animales. Cuanto más tiempo pasaba al aire libre, menos veía a mi madre, que no dejaba de recriminarle su comportamiento. A mí padre y a mí su letanía de quejas nos provocaba una profunda tristeza.

—Esto no es el castillo de Arundel, hermana —replicó malhumoradamente Henry.

Elizabeth suspiró y se volvió hacia mi madre.

—Espero que hayáis instruido bien a Joanna. La corte es ahora mucho más permisiva que cuando vos estabais allí. No la casa de la reina, que es una santa, sino…

Mi padre, que estaba sentado a mi lado, me pasó el brazo por los hombros y los apretó.

—Joanna es la mejor joven del mundo entero —dijo con firmeza—. Nadie tiene por qué temer jamás por su virtud.

Me sonrojé. Aquella era la conversación más bochornosa que podía mantenerse durante un almuerzo. Desde su lado de la mesa, Margaret sonreía compasiva.

Charles Howard soltó una risilla.

—No es de las damas de relajada virtud de quien debe temer la reina, bien lo sabemos.

Elizabeth le lanzó una mirada admonitoria y su cuñado se calló. No capté en absoluto el significado de sus palabras.

No veía la hora de poder quedarme a solas con Margaret en mi dormitorio para consolarla y hacerle preguntas sobre su prometido. En cuanto nos retiramos, le pregunté si era cierto que apenas conocía al hombre con el que debía casarse.

—Solo he hablado con él una vez —dijo—. Pero no deja de mirarme. Hace que me sienta extraña. —Una leve arruga se dibujó entre sus ojos—. Cuéntame eso de que vas a entrar a servir a la reina —dijo ansiosa por cambiar de tema.

—Mi madre no habla de otra cosa desde hace años. No ha dejado de instruirme sin respiro: bordado, danza, música, vestuario, comportamiento, cuatro lenguas. Tengo que ser absolutamente perfecta… Todo depende de ello. —Se me revolvió el estómago.

Margaret retiró la manta hacia los pies de la cama.

—Me traen sin cuidado las normas. Voy a encender el fuego —anunció —. Y después nos cepillaremos el pelo la una a la otra.

Usó una vela para encender la vieja leña de la chimenea, y diez minutos más tarde Margaret estaba sentada delante del fuego mientras yo le pasaba un cepillo por el espeso pelo rojo y dorado que le cubría la espalda hasta la cintura. Yo sabía que para ella era un lujo que alguien la atendiera, pues ella se ocupaba personalmente día y noche de atender a Elizabeth.

—Tu padre es muy bueno contigo —dijo con suavidad.

—Sí —concedí.

Intenté frenéticamente encontrar algo que decir para consolarla, pero no se me ocurrió nada. La madre de Margaret, que había sido criada en otro de los castillos del duque, había muerto hacía mucho tiempo.

Dijo entonces con voz queda:

—Creo que si mi padre estuviera aquí me permitirían tomar los votos.

—¿Es eso lo que deseas? —Yo jamás había pensado en tomar los votos. Margaret y yo éramos pías: esa era una de las cosas que nos diferenciaba del resto de nuestros primos. Aun así, las monjas me resultaban unas criaturas tristes y misteriosas, teñidas de escándalo. Años atrás, una de nuestras tías se había visto arrastrada por su esposo a un priorato —con la aprobación del duque de Buckingham— porque se había comportado escandalosamente en la corte. Corrieron incluso rumores de que había flirteado con el rey. Había regresado al lado de su marido tras un corto periodo.

Margaret me tomó mis manos en las suyas, entusiasmada.

—La primavera pasada, viajé a Durham con mi hermana para asistir a una procesión. —Yo recordaba ese viaje. Mi madre había dicho que el duque pegaba terriblemente a su esposa en su casa de Londres y que ella había huido al santuario de Saint Cuthbert en busca de alivio y de socorro a sus desgracias—. Era un sepulcro tan glorioso… Te habría impresionado tanto como a mí, Joanna. Pero a pesar de que Elizabeth es una de las mujeres más honorables del reino, no pudimos acercarnos demasiado al sepulcro por ser mujeres. Eso afligió a mi hermana. De ahí que la semana siguiente la duquesa recibiera permiso para que visitáramos un pequeño priorato de las inmediaciones y conociéramos a la priora. Pasamos con las hermanas el Viernes Santo, Joanna. Subimos de rodillas a la cruz con las monjas y fue todo muy… hermoso. Muy inspirador. Estar entre mujeres devotas y bondadosas entre sí. Oh, tenían el júbilo grabado en el rostro y parecían en paz cumpliendo con la misión de Dios. Y Joanna, algunas de las hermanas son muy cultas. Les encanta leer como a ti…, estudian latín y los manuscritos sagrados. Ser una de ellas, estar a salvo de toda tentación…

—¿Tentación? —pregunté, confundida—. ¿Qué es lo que te tienta?

Me miró durante un instante.

—¿Tú deseas casarte, Joanna?

—No —respondí, sorprendida ante mi propia vehemencia—. No he conocido a ningún hombre con el que desee casarme. Todos los hombres que veo carecen de la alcurnia suficiente, y están tan lejos de… de…

Con una sonrisa, Margaret cogió el ejemplar de *La morte d'Arthur* que estaba encima de un taburete junto al fuego.

—¿De sir Galahad y los caballeros?

—¿Es acaso un error desear encontrar a un hombre que sea valeroso y virtuoso? —pregunté.

La puerta de mi habitación se abrió de pronto y Charles Howard entró a la estancia sin contemplaciones. Con una espada de madera en la mano —que sin duda le había quitado a uno de mis jóvenes primos—, apostilló mientras se acercaba a nosotras:

—¡En absoluto!

Yo volví a la cama de un salto y me deslicé debajo de una manta.

—¿Escuchando detrás de la puerta otra vez, Charles? —suspiró Margaret—. ¿No tenéis nada mejor que hacer?

—De hecho, no. Esta es una casa muy aburrida. —Charles hizo una profunda reverencia y cuando volvió a incorporarse tenía los ojos brillantes —. Necesitáis mi compañía.

Esperaba que volviera su atención a Margaret. Era muy cautivadora y los hombres no podían dejar de mirarla allí donde iba. Pero no fue así: Charles viró hacia mi cama, acariciando el poste del dosel.

—Podría ayudaros a prepararos para los hombres de la corte —dijo—. Necesitaréis aprender algunos trucos para conseguir el importante enlace con el que vuestra madre cuenta.

—¡Marchaos ahora mismo! —chillé, enterrándome todavía más bajo las mantas—. O llamaré a mi padre.

Charles se rio, volvió a ejecutar una reverencia y regresó sin volverse hacia el pasillo.

—Habéis desperdiciado vuestra mejor oportunidad —dijo con un floreo final—. Buenas noches.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, emergí de entre las sábanas.

—Es odioso —dije.

—Oh, no es tan malo —contestó Margaret, encogiéndose de hombros —. Charles es el hijo menor de una familia muy numerosa. No es una situación fácil para él.

—¿Cómo puedes decir eso? Es cruel.

Margaret se quedó callada durante un largo instante. Se mordisqueaba el labio inferior… y yo sabía lo que eso significaba. Tenía un plan. Y en cuanto a mi prima se le metía una idea en la cabeza, era muy difícil disuadirla.

—Joanna, quiero darte una cosa. —Se quitó del cuello un delicado collar del que colgaba una medalla—. ¿Lo conoces?

—Por supuesto. Te lo dio tu padre. Es del sepulcro de santo Tomás Becket.

—Vayamos a verlo junto al fuego —dijo.

La seguí, ya más calmada.

—Siempre pienso en la historia de su muerte —dijo, acercando la medalla al fuego para que pudiéramos verla mejor. Cuatro hombres vestidos con armaduras de caballeros estaban de pie debajo de un árbol de ondulante follaje—. El rey Enrique II odiaba al arzobispo Becket. En una ocasión, exclamó: «¿Es que nadie va a librarme de este turbulento sacerdote?». Estos cuatro hombres acudieron a su llamada. —Yo conocía la historia. A todos los niños de Inglaterra nos la enseñaban, pero mientras se la oía contar de nuevo a Margaret, me pareció que tenía para ella un significado especial—. Los hombres fueron a Canterbury y ocultaron sus espadas debajo de un sicomoro que estaba junto a la iglesia. Luego entraron y le dijeron a santo Tomás que saliera con ellos, pero él se negó, de modo que ellos salieron y cogieron sus espadas y volvieron a entrar a la iglesia y le despedazaron. Le martirizaron y profanaron un lugar sagrado.

Tirité, incluso a pesar de que notaba en la piel el intenso calor del crepitante fuego de la chimenea.

Margaret me puso la medalla en la palma de la mano.

—Quiero que la conserves.

—Margaret, no puedo aceptar tu medalla. Le tienes demasiado cariño.

Mi prima vaciló, como temerosa de verbalizar lo que intuía.

—Quiero que estés protegida en la corte —dijo.

Yo sabía lo mucho que Margaret odiaba al rey que había destruido a su padre. Jamás acompañaba a su hermana a la corte.

—Estaré siempre con la reina Catalina —le recordé—. Mi madre confía ciegamente en la reina. No hay nada que pueda ocurrirme mientras esté a su servicio.

—Sí, Joanna, la reina es una mujer pura y noble. Pero ¿aceptarás esta medalla?

El modo en que las llamas casi extinguidas se reflejaron en sus grandes ojos me puso nerviosa.

Cogí el delicado collar con su medalla de santo Tomás y me lo puse sobre la cabeza.

—La llevaré, prima. Y ahora, ¿puedes dejar de preocuparte por mí?

Margaret me estrechó entre sus brazos.

—Gracias —susurró, y cuál fue mi asombro cuando sentí el frío de sus lágrimas en la mejilla.

OceanofPDF.com

6

La Torre de Londres, mayo de 1537

Yo sabía que algo no iba bien, pues la cama era demasiado ancha.

Todas las mañanas, justo antes del amanecer, el subsacristán tocaba la campana, y yo me sentaba y me persignaba antes de palpar a tientas, buscando el lado de mi jergón relleno de paja. El jergón estaba sobre el suelo, contra la pared del dormitorio de las novicias, junto al de la hermana Winifred y, al otro lado, al de la hermana Christina.

En nuestra habitación, sumida en la más absoluta oscuridad, encontrábamos los hábitos doblados y colocados horas antes a un lado de los jergones y nos vestíamos a toda prisa. En cuestión de minutos, una luz amarilla se colaba por debajo de la puerta de madera: se acercaba el farol encendido. Las veinticuatro monjas de Dartford pasaban por delante de nuestra habitación de dos en dos, de camino a laudes. Esperábamos a que pasara el último par antes de ocupar nuestros puestos decretados al final de la fila y bajar por la escalera de piedra hacia la iglesia.

Pero esa mañana mis dedos hallaron el jergón hondo y amplio cuando los tendí hacia el borde. Y no fue solo eso. Una luz intensa y cálida me impedía abrir del todo los ojos. El sol había salido ya, pero eso era imposible. Ninguna monja ni ninguna novicia del priorato de Dartford se saltaba jamás los laudes. Aunque tuviéramos el estómago revuelto, o la garganta en llamas, o las lumbares acalambradas a causa de las maldiciones de la luna, recorríamos los pasillos de piedra para acudir a las primeras plegarias del día. De lo contrario nos enfrentábamos al más severo de los castigos en la sala capitular.

Quise levantarme y descubrir qué era lo que no había ocurrido y así poder redimirme, pero me invadía una extraña pesadez. No podía abrir los ojos. Era como si la cama tirara de mí hacia abajo. Una parte de mí se resistió, pero básicamente anhelaba rendirme a ese negro y dulce vacío.

Un rato más tarde el vacío se abrió y me vi rodeada de pronto de un grupo de gente que se empujaban entre sí a mi alrededor, riéndose y maldiciendo con los rostros enrojecidos a causa del alcohol, en un campo sucio. Volvía a estar en Smithfield.

—Estás soñando —dije en voz alta—. Nada puede hacerte daño. —Y en efecto, esta vez mis pies parecían flotar sobre el fango. Yo me movía sin dirección fija, desplazándome de un lado a otro como el rayo. Invisible.

Entonces la vi, y verla me clavó al suelo. Ella se movía delante de mí, pero conocía demasiado bien ese andar orgulloso, el modo en que echaba atrás la espalda y se cuadraba de hombros cuando algo la contrariaba. Quería verla, tocarla, pero al mismo tiempo estaba aterrada. Ya no me sentía protegida por la seguridad de un sueño. La escena se había vuelto real.

La llamé, pero ella no me oyó.

—Ayúdame, mamá —chillé—. No dejes que me lleven a la Torre.

Mi madre se volvió y fijó en mí la mirada.

—Lo prometiste —dijo, muy sería—. Prometiste que jamás revelarías el secreto a nadie.

Me tensé.

—¿A quién te refieres?

Hubo un destello en los ojos negros de mi madre.

—Sabes muy bien a quién me refiero, *Juana. Era una promesa sagrada*[2].

Fue mi turno de negar con la cabeza.

—No, mamá. No. No pudiste enterarte. No estabas allí. ¡Ya habías muerto!

Fue como si al decir esas palabras hubiera formulado un hechizo y la hubiera rechazado, pues se fundió con la muchedumbre para ser reemplazada por sir William Kingston.

—No quiero ir a la Torre —dije.

—No irás.

Más manos sobre mí, y acto seguido me arrojaban a un pequeño montículo de ramas con una estaca clavada encima. Me ataron a la estaca, rodeándome la cintura con rasposas cuerdas. Enseguida los hombres se marcharon y las llamas anaranjadas empezaron a lamer las astillas que

estaban a mis pies. Me rodeó un círculo de gente que no dejaba de mofarse de mí, vitoreando mi muerte como lo habían hecho con la de Margaret.

Intenté liberarme de las cuerdas, pero estaban demasiado apretadas. El humo se elevaba en una columna en derredor. En cuestión de segundos, sería presa de un dolor agónico.

—¡Dios, ayudadme, por favor! —chillé—. Os lo suplico…, perdonadme, salvadme.

El humo se dividió en sendas paredes y una figura flotó desde las alturas: un hombre hermoso que vestía la coraza de una armadura de plata. Se deslizó hacia mí. Tenía el pelo rizado y rubio, la piel como la porcelana y los ojos azules. Sobre los rizos llevaba una corona de oro. Perpleja, le reconocí. El arcángel Gabriel, el mensajero de Dios, que había bajado a buscarme.

—No sentirás dolor —dijo.

Las llamas trepaban ya por mi cuerpo. A pesar de que me habían consumido los brazos y las piernas, y hasta el pelo, no sentía nada. Me reí, tan grande era el alivio que me embargaba. Sabía que era una impertinencia reírme en presencia del más poderoso de los arcángeles, el mismo que había puesto fin a Sodoma, pero Gabriel también se reía. Mi ropa cayó, deshecha, al suelo y floté en el aire. Empezamos a girar juntos. Bailábamos en el cielo.

Alguien más me sacudía. Aunque no logré verle las manos, sí pude sentirlas.

El luminoso cielo azul en el que giraba empezó a oscurecerse, y el arcángel Gabriel empezó a su vez a temblar.

—No —grité, pero todo se hizo añicos, como un barco que se parte en mil pedazos al chocar contra las rocas. Mi ángel me abandonó. Lo último que alcancé a vislumbrar de él fue su corona de oro.

Entonces me desperté.

Me encogí, apartándome del rostro de mujer que tenía a medio metro de mí. Era tan vulgar y fea como Gabriel era sutilmente hermoso. Me miraba con unos ojos hundidos bajo unas pobladas cejas, torva como un demonio.

—No me hagáis daño. —Mi voz sonó muy ronca. Sentía los miembros laxos y pesados.

—Por supuesto que no os haré ningún daño —dijo—. Solo intentaba despertaros. Tenéis que comer algo. Ha pasado demasiado tiempo.

Poco a poco volví a recuperar la conciencia. Había visto arder a Margaret en Smithfield; mi padre provocó un altercado, resultó herido y se lo habían llevado; me habían arrestado con el pobre Geoffrey Scovill y nos llevaron después a la Torre de Londres. Debía de haber dormido un rato hasta que me había despertado esa mujer que, ahora que por fin podía verla tras haber puesto cierta distancia con mi sueño, no era un espantoso demonio sino una mujer de aspecto común y de mediana edad, vestida con ricos brocados y con un elaborado tocado francés en la cabeza.

—¿Quién sois? —pregunté.

—Soy lady Kingston. Y ahora comeréis algo. ¿Bess?

Llamó y una segunda mujer, más joven y más entrada en carnes, apareció con una bandeja de madera. El fuerte olor acre a espeso caldo de pescado me golpeó como el fuego de cañón. Cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo ansiaba probar bocado.

—Intentamos daros algo de comer ayer —dijo lady Kingston mientras la criada llamada Bess ponía la bandeja junto a mi cama y se marchaba.

—¿Ayer?

—¿No os acordáis? Habéis dormido durante dos noches y un día. Ayer intentamos despertaros. Tomasteis un poco de vino y volvisteis a quedaros dormida. Os cambiamos el vestido, pues el que llevabais estaba demasiado sucio para que pudierais dormir con él. —Me di cuenta entonces de que llevaba una larga camisola de algodón. Lady Kingston señaló a un parduzco vestido gris que estaba al pie de la cama—. Sé que no es propio de vuestra posición, pero estoy demasiado ocupada.

—No tiene importancia —dije mientras tomaba mi primera cucharada. Lady Kingston frunció los labios mientras me veía comer. De pronto se me ocurrió que una mujer que se ocupaba de las labores de su marido en la celda de una prisión con vestiduras tan elaboradas como las suyas probablemente no vería con buenos ojos mi indiferencia hacia los dictados de la moda. Pero no podía preocuparme de eso. Lo único que realmente me importaba era el caldo. Cada humeante cucharada me devolvía las fuerzas.

Cuando terminé la sopa, recorrí la estancia con la mirada. Estaba encerrada en un espacio enorme —debía de tener poco menos de trece metros de largo—, con un agrietado suelo de tarima y altos muros de piedra. El sol se colaba por una serie de ventanas con barrotes situadas a media altura de la pared. Los únicos muebles eran mi cama, una mesilla y la silla de lady Kingston.

Mi rostro debió de revelar la pregunta.

—Normalmente no tenemos aquí a los prisioneros —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero quedan pocas habitaciones vacías y no queríamos instalaros con los hombres.

Me erguí en la cama.

—¿Está mi padre en la Torre?

Lady Kingston cogió la bandeja y la puso con cuidado sobre la mesa. Me dedicó una mirada firme al tiempo que volvía a sentarse.

—Habéis dicho algunas cosas antes de que os despertara —dijo—. Llamabais a vuestra madre, pero también llamabais a otras personas. ¿He oído quizá algo de un ángel?

—Estaba soñando.

—Ah, ¿sí?

La criada, la tal Bess, apareció a su lado.

—Sir William manda decir que se requiere vuestra presencia en las habitaciones del lugarteniente —murmuró.

—Muy bien. —Lady Kingston se levantó muy tiesa—. Bess, prepárala.

Cuando lady Kingston cruzó presurosa la larga estancia, me mordí el labio. ¿Para qué me estarían preparando? Mientras los últimos vestigios de mi extraño sueño se desvanecían, un temor glacial se apoderó de mí.

En cuanto la puerta se cerró tras lady Kingston, Bess me cogió la mano.

—No le digáis nada, os lo suplico.

La estudié más detenidamente. Debía de tener unos treinta años. Las profundas marcas de viruela que salpicaban sus mejillas y la barbilla eran un claro indicador de que había sufrido un violento brote de la enfermedad y de que esta a punto había estado de matarla. Aun así, lo que más me impactó fueron sus ojos. Brillaban, resplandecían y hasta chispeaban. Mi presencia parecía extasiarla.

—¿Por qué? —pregunté, intentando soltar mi mano de sus húmedos dedos.

—Ella espía para él. —Las palabras emergieron en un febril torrente—. Lady Kingston calma a las mujeres y les da de comer, y hace preguntas, y parecen muy inocentes, pero ella lo anota todo para su marido, todo lo que dicen, y luego sir William le escribe a Cromwell.

—¿Y eso te parece tan sorprendente? —pregunté.

—Deberíais haberla oído con la reina Ana. Aquí la reina se volvió loca cuando el rey ordenó que la arrestaran. Gritaba y lloraba, y se reía. Sí, se partía de risa. No podía parar. Lady Kingston se sentaba con ella día y noche y la calmaba. Y anotaba cada una de sus palabras. Luego me enteré de que las utilizaron todas contra ella durante el juicio.

Salté de la cama y me liberé de Bess de un tirón.

—No vuelvas a hablarme de Ana Bolena —dije. Me aparté de ella y me golpeé la cabeza contra algo. Era una anilla inmensa clavada a la pared.

—¿Qué es eso? —Me froté la cabeza.

Bess sonrió, acercándose a mí.

—Supongo que debía de servir para encadenar al elefante.

—¿Qué has dicho?

—El elefante.

Negué con la cabeza, volviendo a apartarme de ella.

—Eres tú la que ha perdido la cabeza.

—No, no, no —dijo—. Os digo la verdad. No estamos en la Torre Blanca. No os tienen encerrada con los rebeldes del norte ni con ningún otro prisionero. No sabían dónde meteros, de modo que finalmente mandaron traer una cama a la Torre Oeste. Estamos en la casa de fieras.

—¿Cómo?

—¿No habéis oído hablar de las fieras regias? En esta habitación tenían al elefante que Luis de Francia regaló al rey Enrique III. Era el único elefante. Cuando murió, ya no hubo otro. Pero el rey estaba muy orgulloso de él y le construyó esta habitación para que viviera en ella.

Entendí de pronto que quizá Bess estaba diciendo la verdad.

—Más adelante tenían aquí a mujeres —prosiguió—. Quizá por eso la han elegido para vos. Cuando el rey Eduardo I necesitaba dinero para hacer

la guerra, hacía traer a mujeres judías a la Torre y sus padres o sus maridos tenían que pagar para que las liberara. Si no lograban reunir el dinero suficiente, las judías se morían de hambre.

—Eso es pecado.

Bess pareció sorprendida.

—No eran cristianas. Además eran extranjeras.

Era la clase de mujer inglesa que mi madre española más había despreciado.

El sonido de gritos masculinos se coló por las ventanas. Bess se volvió para ver y después me miró de nuevo.

—Debéis confiar en mí. Yo creo en los viejos ritos, en los que también vos creéis —dijo, visiblemente ansiosa—. Sois una sierva de Cristo y os ayudaré cuanto pueda. —Empezó a tirar de una delicada cadena que llevaba alrededor de su grueso cuello—. Debo enseñaros algo.

—No es necesario que me enseñes nada.

Se sacó del todo la cadena. Llevaba colgando un medallón y lo abrió.

—Mirad esto. —Jadeaba de excitación.

Alcancé a ver un mechón de cabello de color marrón oscuro.

—Es de ella —susurró—. De la hermana Barton. Estuvo en la Torre hace tres años.

Miré de hito en hito la evidencia de la hermana Elizabeth Barton, que experimentaba toda suerte de profecías con las que había maravillado a la cristiandad entera.

Bess preguntó entonces.

—¿La conocisteis?

—No, era benedictina y yo soy dominica —dije con suma cautela—. La ejecutaron antes de que yo ingresara en mi priorato.

—Yo sí la conocí. Hablé con ella tres veces en su celda. —Bess estaba henchida de orgullo—. Era la mujer más santa de Inglaterra y la más valerosa, ¿no creéis? Manifestarse públicamente contra de divorcio del rey…

Bajé la cabeza.

—Y pagó por ello un precio terrible.

—Sí, la colgaron. Yo lo vi. —Bess me puso la mano en el hombro—. Por eso sienten curiosidad por vos. Quieren saber si tenéis visiones sobre el rey. Si ese es el motivo de vuestra presencia en Smithfield. Recordad que lady Kingston estaba muy interesada en vuestro sueño.

Me sacudí su mano de encima.

—No tengo visiones. Dios no hace uso de mí de ese modo.

Gritaron más hombres. Corrí a las ventanas, pero estaban casi a un metro, demasiado altas para que pudiera ver por ellas.

—Tráeme la silla —le grité a Bess—. Podría ser mi padre, o Geoffrey Scovill.

—Oh, no, no podéis mirar por la ventana vestida con una camisola —dijo.

—Solo mi rostro resultará visible.

Bess me miró sin ocultar su temor pero aceptó. Arrastró la silla hasta la ventana.

Mi habitación daba a una extensión de hierba bien cuidada y a un grupo de edificios. El mayor de ellos, con diferencia, era un antiguo castillo blanco y cuadrado. En el césped, una fila de seis hombres pasaron caminando pesadamente con las manos encadenadas. Los guardias reales, todos ellos gritando, los rodeaban.

—Se llevan a algunos prisioneros —dije.

—Sí, están trasladando a más rebeldes del norte a Tyburn para ejecutarlos allí —dijo Bess, de pie a mi lado—. ¿Veis a sir William y a lady Kingston?

Mis ojos escudriñaron el patio hasta que por fin vi a la alta y entrometida pareja.

—Oh, sí.

—Él fue guardia real en su juventud, ¿lo sabíais? —dijo Bess—. El rey le ha ascendido una docena de veces. Hará cualquier cosa que le pidan. Sir William lloró el día que ejecutaron a sir Tomás Moro. Era amigo suyo. Aun así, y a pesar de todo, él fue quien le llevó hasta el verdugo.

Yo seguía atenta a los prisioneros.

—¿Conoces a esos hombres? —pregunté—. ¿Podría ser alguno de ellos sir John Bulmer?

—No lo sé, señora. Pero sir John es un hombre alto con una barba blanca.

Escudriñé la fila. Un hombre que respondía exactamente a esa descripción estaba colocado casi al final. Pero me sorprendió, pues parecía tener casi sesenta años. Dos veces la edad de Margaret. Aun así, aquel era el marido al que ella tanto amaba. Ambos no tardarían en reunirse, por la gracia de Dios.

Un caballo relinchó al otro lado de los Kingston. Vi que lady Kingston saludaba con una reverencia. El caballo trotó a lo largo de la fila de prisioneros y cuando miré al hombre que lo montaba, sentí que la náusea se apoderaba de mi vientre. Era un hombre mayor, más que sir William Kingston y que sir John Bulmer, pero montaba su caballo como un jovencito. Los guardias reales saludaron con una inclinación de cabeza.

De pronto, el caballero alzó la mirada. Aunque estaba a una gran distancia, su mirada encontró la mía y se sobresaltó al reconocerme. El caballero giró en redondo y espoleó a su caballo al tiempo que yo bajaba dando un traspié de la silla.

—¿A quién más habéis visto? —preguntó Bess.

Había visto al hombre que había dirigido el ejército del rey en la derrota de los rebeldes del norte, desgraciadamente casado con mi prima Elizabeth y el par de mayor rango del reino.

—Es el duque de Norfolk —contesté—. Y me temo que viene a verme.

OceanofPDF.com

7

Thomas Howard, tercer duque de Norfolk, era presa del enojo incluso antes de mirarme.

Oí el presuroso golpeteo de pasos delante de mi celda y acto seguido entró por la puerta, apartando a un lado al guardia real que la había abierto para permitirle el paso.

—¿Qué hace ella aquí, Kingston? —dijo el duque por encima del hombro. Su voz fue un gruñido ronco.

Sir William y lady Kingston entraron corriendo tras él, pero se detuvieron junto a la entrada, creyendo que quizá se extralimitarían en sus funciones si se acercaban demasiado.

—Excelencia, en este momento hay muy pocas habitaciones libres en esta parte de la Torre —dijo sir William desde su distancia de seguridad.

—He tenido que cruzar un maldito foso de leones para llegar hasta aquí —replicó el duque—. Me tiene sin cuidado a quién tuvierais que sacar ni dónde tuvierais que meterlos, pero la señora Stafford jamás debería haber sido encerrada en una maldita casa de fieras.

Yo sabía —toda Inglaterra lo sabía— que era un hombre de fuerte temperamento y proclive a los arrebatos de rabia. Para mi propia vergüenza, el carácter fuerte era también una de mis faltas más lamentables. Mi madre me había castigado no en pocas ocasiones por ello. En Dartford, nuestra priora había rezado conmigo para combatirlo.

—Humilde y creyente. Humilde y creyente —susurré con la mirada baja, aferrándome a las palabras de santa Catalina de Siena.

El duque se dirigió al centro de la enorme sala. Nerviosa y vacilante, seguí donde estaba, junto al muro de ventanas. La silla que me había ayudado a mirar al patio estaba de nuevo arrimada a la mesa.

Contemplé su sencilla ropa de montar, sus botas cubiertas de fango. Algo temblaba en su mano derecha. Entendí que era una fusta. Había entrado con ella. Por fin alcé la mirada hasta el rostro del duque de Norfolk.

Me observaba, ceñudo. Sus ojos escudriñaron las paredes, el suelo desnudo y la cama del rincón hasta que por fin se posaron sobre mí.

Puesto que no se me ocurrió nada más, me incliné lentamente en una completa reverencia propia de la corte, apoyándome durante un segundo sobre la rodilla izquierda y bajando la cabeza hasta tocarme el esternón con la barbilla.

Cuando volví a alzarla, el duque se había acercado a mí. Parecía mucho mayor que la última vez que le había visto: el pelo oscuro y profusamente entreverado de blanco y un rostro delgado salpicado de arrugas. Los ojos, que recorrieron mi cuerpo de arriba a abajo, eran más vivos que el resto de su semblante. Esos ojos negros y parpadeantes, tan hundidos en ese rostro como el pergamino gastado, eran sin duda una visión inquietante.

Por supuesto, me reconoció. Habíamos estado el uno en presencia del otro en media docena de ocasiones. Vi también la desaprobación. Fui dolorosamente consciente de mi andrajosa túnica gris y de mi desparejado corpiño, demasiado grande para mí, que mostraba las manos de otra mujer bajo los brazos y que Bess apenas había alcanzado a atar antes de salir apresuradamente de la celda. No había tenido tiempo de peinarme y mis ondulantes trenzas negras se derramaban por doquier: sobre mis hombros y cubriéndome la espalda.

—Podría pasar por una criada —siseó el duque—. Kingston, ¿qué pretendéis con esto? Lleva dos días encerrada. ¿Por qué parece una pazpuerca? ¡Esta joven desciende del mismísimo rey Eduardo III!

Sir William se disculpó y se inclinó ante el duque, y su esposa se desplomó en una reverencia, aunque no antes de lanzarme una asesina mirada de resentimiento. Yo era un motivo de vergüenza para mis carceleros, lo cual sin duda empeoraría para mí las cosas.

Con un juramento silenciado, el duque tomó asiento en la silla.

—Oigamos pues, Señora Stafford. ¿Qué hacíais en Smithfield?

Junté las manos delante de mí.

—Excelencia, lamento profundamente las molestias que he causado. Solo deseaba estar presente en la ejecución de mi prima, lady Bulmer.

—Ah, lady Bulmer, lady Bulmer. Mi piadosa cuñada. —Sus delgados labios dibujaron una sonrisa—. Vos sabéis que Margaret no tenía derecho a

llamarse así, ¿eh? No estaba casada con Bulmer.

Parpadeé, perpleja.

—Eso no es cierto.

El duque cruzó una mirada con sir William, que ya entonces se había acercado a nosotros acompañado por su esposa.

—¿Creéis que os miento, señora? —El primer tono de amenaza teñía ya su voz.

Me mordí el labio.

—No, Excelencia.

—Su auténtico marido, William Cheyne, el hombre con quien la casé hace diez años, seguía vivo cuando Margaret empezó a cohabitar con Bulmer en el norte. ¿No lo sabíais?

—El señor Cheyne murió —insistí.

—El despreciable proxeneta murió de sífilis en abril de 1535. Aun así lo cierto es que Cheyne era su esposo legal y seguía vivo en 1534, cuando ella se instaló en casa de sir John Bulmer, ese gangrenoso rebelde. Mis hombres no han logrado hacerse con ningún documento que dé fe de que Margaret volviera a casarse allí.

—Estoy segura de que existe alguno —dije, haciendo lo imposible por no parecer bravucona.

—Bueno, quizá se casaran después de 1535, pero para entonces ella ya había dado a luz al hijo de Bulmer. —Esperó a que yo asimilara sus palabras—. Parecéis totalmente ajena al comportamiento corrupto de vuestra prima. Estabais todavía por aquel entonces en el castillo de Stafford, ¿no es así? Todavía no habíais ingresado en el priorato de Dartford, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Vemos pues que desconocíais los detalles de su vida reciente. No pudisteis por tanto ser una compañía íntima. Por otro lado, me han dicho que escapasteis de vuestra orden dominica sin el permiso de la priora, y que vinisteis a Londres y junto con vuestro padre os pusisteis en ridículo durante su ejecución. Interferisteis con la administración de la justicia del rey, lo cual constituye un crimen.

—Me pareció necesario, Excelencia.

—¿Por qué, señora Stafford? —preguntó, alzando más la voz—. ¿Por qué era necesario?

No proferí palabra alguna. Era imposible que aquel endurecido cortesano y comandante comprendiera lo que yo había intentado hacer por Margaret ni la importancia de mi sacrificio.

—¿Y vuestro padre? —insistió el duque—. ¿Por qué era necesario para él?

—No lo sé —balbuceé—. No nos habíamos comunicado antes del… de la ejecución. Ni tampoco después. Me sorprendió verle en Smithfield. Y a él le ocurrió lo mismo.

El duque se inclinó hacia delante en la silla. Su mano apretaba con tanta fuerza la fusta que la piel de los nudillos se le tiñó de blanco.

—Vuestro padre a punto estuvo de inmolarse con pólvora. ¿Por qué demonios iba a hacer algo así por la bastarda de su difunto hermano?

Me estremecí al oír sus feas palabras.

—Si vuestro padre no os ordenó ir a Smithfield, ¿fue quizá otra persona quien lo hizo?

—No, Excelencia.

—¿No respondisteis al dictado de vuestras visiones? —El duque se volvió a mirar a los Kingston. Lady Kingston debía de haber compartido brevemente nuestra conversación con sir William, tal y como Bess ya había anticipado.

—Mi decisión fue tomada con el beneficio de la oración, pero no, no soy objeto de ninguna suerte de visión santa.

El duque negó con la cabeza.

—Eso no tiene ningún sentido para mí ni para nadie, a menos, claro está, que vuestros actos tengan otro propósito, un propósito político. ¿Vuestro padre y vos pretendíais lanzar una advertencia sobre la rebelión e incitar a la desafección?

—No, Excelencia, no era esa mi intención —dije con firmeza—. Soy una ciudadana leal. Me guiaban motivos personales.

El duque guardó silencio durante un largo instante. Un pájaro graznó al otro lado de la ventana, en el patio. Otro le respondió. Y luego un tercero. Había unos cuantos. Alguien en las inmediaciones debía de darles de comer.

Cuando el duque de Norfolk volvió a hablar, sus palabras fueron cautas y mesuradas:

—No creo en vuestra sinceridad, señora Stafford. Sería mucho mejor que me lo confesarais todo, pues soy pariente vuestro por matrimonio. El próximo hombre que os interrogue quizá no sea tan considerado con vuestra cuna ni con vuestra posición.

Retorcí la tela de mi vestido entre las manos. ¿De qué me imaginaban culpable?

—Os he dicho todo lo que hay que saber, Excelencia —dije.

Ocurrió muy rápido. El duque saltó de la silla con el brazo en alto, convertido en un fugaz borrón. Zas. La fusta golpeó la mesa de madera que estaba a apenas un par de metros de mí.

—¡Por la sangre de Cristo, no tengo tiempo para esto!

No me moví. Los Kingston no se movieron. El duque se quedó donde estaba, temblando.

—Muy bien, Kingston, procederemos como estaba planeado —dijo por fin.

Mi corazón se aceleró al ver que los Kingston salían presurosos de la habitación. Oí voces masculinas procedentes del pasillo y oí también que alguien daba una serie de órdenes. Pero el duque no salió. Tampoco siguieron a su espalda los guardias reales. Nos quedamos solos, él y yo. El duque se paseó ceñudo de un lado a otro bajo las ventanas, como si pensara en otra cosa. En algo desagradable.

Manteniendo mi tono de voz tan humilde como me fue posible, dije:

—Excelencia, ¿puedo preguntaros algo?

Su mirada volvió a posarse en mí, aunque a regañadientes y visiblemente molesto.

—Habéis hablado de mi padre —insistí—. ¿Le habéis visto?

Gruñó.

—Sí.

—¿Y cuál es su estado?

—¿Su estado? —El duque se detuvo a ponderar su respuesta, y entonces una sonrisa retorció sus rasgos macilentos—. Digamos que no es ya el más apuesto de los Stafford.

Al principio sentí dolor, como si me hubieran pateado violentamente. Pero enseguida llegó la rabia a inundarme el corazón, la mente y cada centímetro de mi cuerpo. Apenas podía respirar, ver ni oír. La intensidad de la rabia me entumeció los dedos.

Desde una distancia amortiguada oí que se abría la puerta y sir William volvió a entrar, esta vez sin su esposa y llevando algo. El duque tendió la mano para que se lo entregara.

—Señora Stafford, os enseño esto —dijo secamente. Puso delante de mí sobre la mesa la carta de Margaret, la misma que yo había llevado a Smithfield. Por supuesto, habían registrado mi vestido.

El duque leyó en voz alta la carta de Margaret. Su voz afilada hizo mofa de sus palabras, del modo en que me felicitaba por desear convertirme en monja y en que lamentaba la supresión de los monasterios y de los prioratos del norte.

Mientras él la leía, yo pensaba en la caza. Cuando mi padre daba con el rastro de un jabalí en el bosque, un grupo de jóvenes criados le seguía. Es difícil matar a un jabalí, de modo que cuando mi padre veía uno, los criados lo perseguían, azuzándolo y confundiéndolo, uno tras otro, por turnos, hasta que, debilitado y asustado, el animal caía en un matorral y se encontraba allí con las afiladas armas, los cuchillos y las lanzas.

El silencio se hizo denso en la habitación de la Torre. Me di cuenta de que el duque había parado de leer y que Kingston esperaba mi respuesta.

—Sí, llevé la última carta de mi prima a Smithfield —respondí con frialdad.

El duque hizo oscilar algo más entre los dedos: era el collar con la medalla de Tomás Becket que Margaret me había regalado años atrás. Yo lo había cosido al forro del monedero para mantenerlo a salvo el día antes de partir hacia Smithfield.

—¿Qué significa esto? —preguntó el duque.

Negué con la cabeza, anhelando arrancar el colgante de sus dedos gastados.

El duque rugió:

—Me diréis por qué llevasteis esto a Smithfield.

De pronto, en vez de ser un pecado y un impedimento, la rabia fue para mí una aliada. No iba a amilanarme delante de Thomas Howard, fueran cuales fueran sus actos.

—El colgante fue un regalo que ella me hizo hace diez años —dije—. Se me ocurrió que después de su muerte, si conseguía reclamar su cuerpo al demostrar que soy familiar suyo, vería enterrar con él a Margaret.

—Muy conmovedor. Pero sospechamos que su significado es otro.

El duque empezó a pasearse por la estancia: se alejó media docena de pasos y dio media vuelta en dirección a mí mientras Kingston le observaba, tenso.

—Tomás Becket desafió a su rey. Antepuso al papa al rey tal y como lo hizo Margaret y el resto de los rebeldes, y tal como vos lo estáis haciendo ahora. Trajisteis esto a Smithfield como símbolo de vuestro desafío.

Negué con la cabeza, pero él no lo vio. El ritmo de sus pasos se aceleró, sus palabras también. Resonaron contra los largos muros de mi celda.

—Cuando el rey me ordenó que liderara su ejército al norte para vencer a los malditos traidores que se habían alzado en armas contra su soberano, me encargó también un cometido especial, señora Stafford. ¿Sabéis lo que ordenaba su carta? «Provocar una ejecución tan terrible entre un buen número de habitantes de cada una de las villas, pueblos y aldeas hacedores de la ofensa a fin de ofrecer un espectáculo aterrador».

Sus dos últimas palabras quedaron suspendidas en el aire.

—Los cuervos están ocupados en el norte, señora. Se dan un banquete con los hombres… y también con las mujeres. Sí, también con las mujeres…, que cuelgan de los árboles y de las horcas que levantamos junto al camino. Esos estúpidos campesinos, al final terminaron por suplicarme que les perdonara la vida. Gritaban que se habían equivocado. Y pedían si no podía el rey perdonarles. No tuve piedad de ninguno de ellos, señora. De ni uno solo.

La saliva se le había acumulado en las comisuras de la boca y vi cómo le bajaba por la barbilla mientras vociferaba.

—¿Por qué lo hicieron? ¿Por qué desafiaron a Su Majestad, su ungido monarca?

Se volvió hacia mí.

—Lo hicieron por vos, Joanna Stafford. Lo hicieron por todas las monjas, los monjes y los frailes. Querían ver restauradas sus abadías y reinstaurado su santoral. Jamás aceptaron que el rey se divorciara de Catalina de Aragón ni aceptaron tampoco a su nueva reina. Se negaban a jurarle obediencia como jefe de la Iglesia de Inglaterra. Fueron a la batalla con pendones de Jesús en la cruz, y los soldados ostentaban emblemas con las cinco llagas de Cristo. Una peregrinación santa, decían. Una Peregrinación de Gracia. ¿Cómo osan esas alimañas darse esos aires de santidad? Su cabecilla, Robert Aske, ese apestoso leguleyo… colgará encadenado en York mientras le veo morir, señora Stafford. Pero contaban con otros cabecillas de la nobleza norteña, como sir John Bulmer y su «esposa», mi maldita cuñada. Presencié la evidencia en su juicio. Ella animó a su esposo a liderar a los hombres para alzarse en rebeldía contra el rey. Ella le dijo: «Los Comunes quieren una cabeza». Y le dijo también que si los Comunes no se alzaban, la familia tendría que huir a Escocia. Dijo que antes despedazada que regresar a Londres.

Semejantes palabras de desesperación no parecían propias de Margaret. Sospeché que se trataba de un falso testimonio. Y no era mi única sospecha.

—Observé a Margaret en Smithfield y era obvio que había sido objeto de un trato vejatorio —dije.

—No fue torturada, si es eso lo que sugerís —se apresuró a aclarar el duque—. Y sus declaraciones fueron formuladas en el norte, delante de su capellán y otros testigos, hombres que dieron libre testimonio durante el juicio. ¿Sabéis lo que dijo de mí? —Apretó sus dientes amarillos—. Dijo, y no una sino dos veces, que deseaba mi cabeza. Menuda lealtad familiar. Ah, pero ha pagado por sus crímenes. Tuvo una muerte terrible. Vos lo visteis con vuestros propios ojos.

Me estremecí ante su crueldad, pero no me achiqué.

—Sí —dije—, y aunque esa «evidencia» sea cierta, si esa constituye la peor de sus ofensas, sigo sin entender por qué fue tan severo su castigo. Por qué solo ella, de entre todas las esposas de los cabecillas rebeldes del norte, fue condenada a morir en la hoguera delante de la canalla.

Algo se movió en los ojos del duque y supe entonces que había algo más en el arresto y en la ejecución de Margaret, otra serie de verdades se

ocultaban tras las que me habían contado.

Pero antes de que pudiera añadir nada más, el duque cayó sobre mí con sus ojos negros echando humo y su estrecho torso agitándose violentamente.

—Vuestra querida prima ya no está entre nosotros. Vos sois ahora quien nos ocupa, Joanna Stafford. ¿Y pretendéis que crea que una novicia de un priorato, una muchacha criada en el seno de una familia noble que es un nido de traidores a la corona, podría ser leal al rey Enrique VIII?

Me mantuve en silencio.

—Mirad a esta joven, Kingston —gritó—. Dicen que las mujeres de la familia Howard son problemáticas, pero son las hembras Stafford, como mi maldita esposa y esta muchacha que veis aquí, las peores de este reino.

Se inclinó aún más sobre mí.

—Podría fustigaros aquí y ahora y nadie me culparía por ello. Nadie me detendría. Lo sabéis, ¿verdad?

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera hacer nada por silenciarlas.

—Y sé que disfrutaríais con ello.

Segundos más tarde estaba tumbada boca abajo en el suelo, con un zumbido resonando en mis oídos y un terrible escozor en la mandíbula. El duque me había propinado un puñetazo. Supuse que lloverían sobre mí más golpes, y que usaría su fusta. ¿Me mataría con sus propias manos, allí en la Torre, mientras Kingston miraba?

No ocurrió nada. Alcé la vista y sir William Kingston se había interpuesto entre ambos. No dijo nada, no levantó la mano contra el duque ni me tendió una mano para ayudarme, sino que simplemente se quedó allí, con su rostro serio y pálido. Norfolk se había vuelto de espaldas a mí. Le temblaban los hombros.

Despacio, volví a ponerme en pie, sin la ayuda de nadie.

—Kingston, traedle —dijo el duque en voz baja. Seguía de espaldas a mí, y por primera vez me di cuenta de que no era un hombre alto. Kingston le sacaba una cabeza.

Sir William asintió, fue hacia la puerta y llamó dos veces. La puerta se abrió de par en par y el lugarteniente entró en la sala. Era el mismo hombre

que me había recibido en la puerta del río. Llevaba a otro hombre del brazo al que prácticamente empujó dentro.

Era Geoffrey Scovill.

OceanofPDF.com

8

Geoffrey tenía mucho mejor aspecto que la última vez que le había visto, cuando se lo llevaron, inconsciente, del muelle de entrada a la Torre. Un vendaje adecuado había reemplazado el apósito improvisado que yo le había hecho. Obviamente lo habían limpiado y le habían dado de comer durante su encarcelamiento. Se quedó cuan alto era, con las manos libres de esposas, delante de nosotros.

Pero no me miraba a los ojos. Miró abajo primero y desvió después la mirada, hacia un rincón de la habitación.

«Qué grave error haber acudido en mi ayuda», pensé. A fin de cuentas, era uno de ellos. Había ido a Smithfield a asegurarse del cumplimiento de la administración de la justicia del rey. Geoffrey Scovill sería un estúpido si no se distanciaba de mí. No me había parecido que lo fuera.

Su llegada insufló energías renovadas en el duque, que le señaló con la fusta y me preguntó:

—¿Cuál es vuestra relación con este hombre?

—No existe relación alguna —me apresté a responder.

—¿No estaba acaso a vuestro lado durante la ejecución, cuando os apresurasteis a intervenir en ella? —insistió Norfolk—. ¿Qué conspiración organizasteis?

—Ninguna, Excelencia. Poco antes de la ejecución conocí al señor Scovill cuando acudió en mi ayuda. Otro hombre, un rufián, intentó hacerme daño, y él lo impidió. Intentaba convencerme para que me marchara de Smithfield cuando llevaron a lady Bulmer al patíbulo. Tan solo estaba preocupado por mi seguridad. Cuando el soldado de la guardia le golpeó, el señor Scovill intentaba hacerme volver a la multitud para protegerme.

—Qué caballeroso. —El duque sonrió. Odié esa sonrisa burlona de delgados labios. Prefería su rabia, incluso sus golpes, a eso—. De modo que

atrajisteis a un fornido joven protector en Smithfield. No me parece el modo en que una monja debería comportarse.

Geoffrey levantó bruscamente la cabeza. Por fin me miró directamente a los ojos y se quedó boquiabierto. Con mi pelo y mi ropa desaliñados y el cardenal que me había salido en el labio, debía de ofrecer sin duda un espectáculo digno de lástima.

El duque hizo una mueca desdeñosa.

—Aunque, claro, todavía no erais monja, ¿no es así, Joanna? Seguís siendo una novicia, ¿eh? Y esa podía haber sido vuestra última posibilidad con un hombre. Me parece un candidato más que aceptable para ese honor.

Geoffrey Scovill liberó de un tirón su brazo de la mano del lugarteniente y se movió en dirección al duque, con sus ojos azules fulgurantes de rabia. Había picado el anzuelo. En cuestión de un instante habría desafiado al duque de Norfolk, y para alguien de su posición, el error sería irrevocable.

—Vuestra Excelencia se equivoca del todo —dije con mi voz más dura, volviéndome hacia el duque para abortar el arrebato de Geoffrey—. No he tenido un trato significativo con este hombre. ¿Cómo podría haber sido de otro modo? Deberíais saber lo suficiente de él como para ser consciente de que no es más que un simple plebeyo. Jamás podría entablar una relación personal con persona semejante. Vos mismo decís que soy de noble familia y que desciendo de los reyes Plantagenet. Este hombre es un insecto.

Me volví hacia Geoffrey. Se había quedado plantado donde estaba, con los ojos brillantes. Pero no pude decir ni hacer nada, ni siquiera mandarle una señal, por muy sutil que fuera, con el propósito de hacerle saber que actuaba así para absolverle.

—Lleváoslo, lugarteniente, y sacadle de la Torre —dijo Norfolk, encogiéndose de hombros, como si ordenara que arrojaran un montón de ropa al río. Me sentí aliviada, pero la victoria fue sin duda pesarosa. Mis falsas palabras habían provocado dolor y jamás tendría la posibilidad de explicarle el porqué de mi reacción ni de expiar mi culpa.

Un extraño sonido rasposo llenó la habitación. Miré en derredor, confundida. Era la sibilante risa del duque de Norfolk.

—Merecía la pena intentarlo, ¿eh, Kingston?

—Sí, Excelencia —respondió sir William.

Contuve el aliento cuando entendí la verdad.

—Sabíais que Geoffrey Scovill nada tenía que ver con ningún crimen antes de traerle a esta habitación. Solo queríais ver cómo reaccionaríamos a vuestras groseras preguntas.

Kingston desvió la mirada, incómodo. El duque, sin el menor atisbo de disculpa.

—Ya había ordenado que le investigaran, sí —dijo—. Tan solo hemos observado una pequeña falta en sus actos.

Noté que me ardía la cara. Con toda la calma que fui capaz de reunir, dije:

—No he hecho nada malo. No soy culpable de traición alguna, Excelencia, ni de conspiración. Quizá haya cometido la torpeza de haber ido a Smithfield y haber intentado detener a mi padre, pero nada más. No tenéis derecho a hostigarme ni a hacerme daño, ni a mí ni a nadie relacionado conmigo. Algo conozco sobre las leyes de este reino. Debéis llevarme a juicio o dejarme en libertad.

El rostro del duque se tornó amargo, pero no levantó la fusta ni volvió a pasearse como una fiera por la habitación. Era posible, solamente posible, que yo hubiera ganado y que siguiera los pasos de Geoffrey Scovill y pudiera salir de la Torre.

Llamaron bruscamente a la puerta.

Kingston dejó pasar al lugarteniente, que se acercó a toda prisa a Norfolk con lo que parecía ser un fajo de cartas. Los tres se retiraron al rincón y empezaron a pasarse documentos entre sí.

Cuando el duque de Norfolk se volvió de nuevo hacia mí, en sus ojos ardía un nuevo impulso.

—Cuando me enteré de que os habían arrestado en Smithfield, señora Stafford, me acordé de haber oído a mi esposa hablando de vos. Hace diez años, para ser más exacto. Me dijo que ibais a ser dama de honor de la reina Catalina de Aragón, que puesto que vuestra madre había venido de España formando parte de su entorno, era de esperar que vos, su única hija, mantuvierais esa tradición. Y os habían permitido alojaros en la corte. ¿Me equivoco?

Con la boca seca como el polvo, tan solo pude asentir.

—¿Qué ocurrió, señora?

No dije nada. No había hostigamiento suficiente, ni método de tortura, capaz de obligarme a confesar lo que había ocurrido durante el único día que había estado al servicio real diez años atrás.

—No se os consideró lo bastante buena, ¿no es así? Por algún motivo, la corte no quedó satisfecha con vos. Por eso regresasteis al castillo de Stafford, ¿verdad?

Asentí, presa del alivio al ver que proseguía.

—¿Y qué fue luego de vos?

—Cuidé de mi madre. Enfermaba a menudo. —Dos frases que no alcanzaban a resumir un pequeño atisbo de lo que había sido mi vida durante esos años: las habitaciones a oscuras, las cataplasmas empapadas en hierbas, los tés y las infusiones y las sangrías que jamás servían de nada.

El duque continuó, dirigiéndose más a sir William y al lugarteniente que a mí.

—Cuando Catalina de Aragón se divorció y se exilió, no permitieron que sus doncellas favoritas la atendieran. Pero al final, cuando agonizaba, la majestad del rey fue magnánima. Volvieron a llamar a sus dos damas españolas para que la atendieran. María de Salinas, que se había casado con un inglés y que se había convertido en la condesa de Willoughby, e Isabella Montagna, que hizo lo mismo y se convirtió en lady Stafford.

El duque bajó la vista hacia otra de sus cartas.

—He aquí el informe del embajador español. Esta fue una de las cartas de Chapuy, interceptadas y copiadas antes de que saliera de Inglaterra. —Una sonrisa burlona del duque—. La carta al emperador Carlos decía: «La reina, vuestra bendita tía, murió en brazos de sus damas, la condesa de Willoughby y la señora Stafford». En ese momento creí que se trataba de un error de escritura, que en realidad se refería a lady Stafford. Solo eso.

El duque inspiró hondo.

—Soy un hombre detallista, señora Stafford. Ya sea en los preparativos para la batalla o cuando interrogo a un prisionero de la nación. He solicitado los documentos recientes relacionados con la familia residente en el castillo de Stafford y esto es lo que acabo de recibir hace apenas un instante. —Sostuvo en alto una carta. No alcancé a leer su firma—. Dice:

«Isabella, lady Stafford, murió el 5 de noviembre de 1535», lo cual me resulta harto interesante, porque Catalina de Aragón murió el 7 de enero de 1536. Dos meses más tarde.

Ya no gritaba. Su voz sonaba calmada, casi afable.

—Fuisteis vos, Joanna Stafford, quien acudió a atender a Catalina de Aragón al castillo de Kimbolton y cuidó de ella durante las últimas semanas de su vida, ¿no es cierto?

Me enfrenté a su firme mirada con una mirada igual de firme.

—Sí —respondí—. Así es. El requerimiento llegó una semana después de la muerte de mi madre y acudí en su lugar. Es lo que mi madre habría deseado.

Norfolk asintió despacio.

—Servisteis personalmente a la mujer que ha sido la causa de gran disputa. ¿Cuántas personas han muerto por su culpa? El cardenal Fisher. Tomás Moro. ¿Sabéis dónde he estado esta mañana, antes de venir a la Torre? En Newgate. Hay allí siete monjes cartujos encadenados, señora Stafford, y he dado orden de que no se les dé más comida. Se han negado a prestar el Juramento de Supremacía a Enrique VIII como cabeza de la Iglesia, por encima del papa. Por eso morirán de hambre.

Señalándome con el dedo, añadió:

—Catalina de Aragón murió en vuestros brazos y después vos decidisteis tomar los votos sagrados para seguir así las viejas formas que ella tanto amaba. Y esperáis que alguien crea que vinisteis a Smithfield sin un solo atisbo de intención traicionera.

No parecía esperar una respuesta, y yo no se la di.

—Dará ahora comienzo una detallada investigación de vos, Joanna Stafford. «Llevadme a juicio», habéis pedido, como si yo fuera vuestro maldito paje. Quedaos tranquila, señora. Lo tendréis.

El duque pasó los dedos por su fusta.

—Mi misión aquí ha concluido, Kingston, y ahora debemos actuar con toda la premura posible. —Se dirigió con grandes zancadas a la puerta, con los otros dos hombres a su sombra. Cuando la abrió de par en par, se detuvo y me dedicó una última mirada de absoluto regodeo.

—Hoy es un día de inmensa felicidad para el rey, nuestro señor.

La puerta se cerró con un portazo tras ellos y, por vez primera desde que me había despertado esa mañana, me quedé sola en mi celda de la Torre. Me desplomé en el suelo, de rodillas, y bajé la cabeza.

Dios, Nuestro Señor, era sabedor de mi inocencia. Jamás había planeado ninguna suerte de conspiración ni había tramado traición alguna. Como todos los miembros de la familia Stafford, había prestado el Juramento de Supremacía al rey hacía dos años. Mi primo Henry, ansioso por dar prueba de nuestra absoluta lealtad, había insistido en que fuéramos la primera de las antiguas familias del reino en hacerlo. Y después, cuando fui convocada, cuidé de una mujer débil y abandonada a la que mi madre —y gran parte de la cristiandad— reverenciaba, pero no había habido en ello ninguna intriga política. Yo no era una persona política.

Quizá el Señor me estaba poniendo a prueba por alguna razón que yo era incapaz de ver. De ser así podía aceptarlo, pero anhelaba una señal de gracia. Cuando había rezado por mi decisión de ir a Smithfield, me había sentido plena con la convicción de mi misión, con esa sensación intensa y espléndida que nos embarga cuando el orden florece sobre el caos. Había seguido el dictado de la llamada de mi alma, pero esa llamada me había llevado hasta la cruel multitud de Smithfield y de ahí a la Torre de Londres para caer en manos de unos hombres que querían atraparme y atormentarme. ¿Dónde había errado? ¿Dónde estaba mi ofensa a Dios? La palpitante molestia que sentía en mis rodillas se agudizó hasta convertirse en un dolor feroz y aun así seguí rezando, suplicando que se me colmara, si no de propósito, al menos de una sensación de calma y de la certeza de que estaba en manos de Dios.

No sé cuánto tiempo estuve de rodillas, pero cuando volví a oír el sonido de unos pasos, mis plegarias no habían obtenido respuesta. Me levanté justo antes de que el joven lugarteniente y Bess, la criada, entraran.

—Van a trasladaros a la Torre Beauchamp —dijo el joven.

Al salir vi sobre el césped del patio que un amasijo de jirones de nubes se perseguían entre sí contra un cielo azul. Una brisa cálida me acarició el cabello. Seguí al lugarteniente por un sendero perfectamente recortado con Bess caminando un paso por detrás, en dirección a un edificio de piedra de tres plantas situado al oeste de la fortaleza blanca y cuadrada. Una fila de

moreras con las ramas tachonadas de hojas de color verde claro bordeaba el sendero. Debajo de una de ellas, un niño agitó una rama con fuerza. Las bayas blancas cayeron en una lluvia de suaves golpes sordos sobre una manta oscura que había extendido en el suelo.

¿En qué parte de la Torre Verde se llevaban a cabo las ejecuciones? Hombres valerosos habían encontrado allí la muerte —Moro y Fisher—, así como infames criminales. La bruja Ana Bolena había sido ejecutada en el patio un año antes, así como su infame hermano, George Bolena. Había sido uno de los cinco hombres condenados por haber cometido adulterio con la reina.

Pero en ese momento no podía pensar en George ni en Ana Bolena si quería conservar la cordura.

Clang. Clang. Clang. Clang.

El sonido de las campanas se extendió sobre el patio. Miré, intentando dar con la iglesia de la que procedían y sacar fuerza de ella, pero no vi nada.

—Son las campanas de Saint Paul —dijo Bess.

—¿Tan cerca está? —pregunté.

—No, pero el sonido viaja con el viento, y hoy las campanas deben de sonar por…

El lugarteniente se volvió de pronto para hacerla callar con su mirada.

En cuanto entramos a la Torre Beauchamp, me llevaron a una escalera circular de piedra con los escalones desgastados por el exceso de uso. En la segunda planta giramos por un estrecho pasillo. A intervalos regulares las paredes estaban marcadas con puertas de madera y barrotes insertados en la mitad superior. No miré dentro de ninguna al pasar. No oí ninguna voz, ni un solo sonido, pero supe con absoluta certeza que cada una de las celdas alojaba a un prisionero.

Al llegar al fondo del pasillo, el lugarteniente me indicó que le siguiera por un arco por el que desembocamos en otro pasillo aún más largo. Al pasar por delante de una puerta, oí sollozar a un hombre. Era un sollozo roto y apenas audible.

Fue ese lastimero sonido el que me robó todo el valor. Me dio vueltas la cabeza y tendí la mano hacia la pared para no perder el equilibrio.

—¿Señora Stafford? —gritó el lugarteniente desde el fondo del pasillo con su duro y joven rostro desprovisto de compasión.

Bess me apretó el codo. Me acordé de mi tío, el duque de Buckingham. Me había impresionado la dignidad que había demostrado cuando había estado encarcelado allí, en la Torre. Me obligué a recorrer el resto del trayecto.

La celda era más pequeña y oscura que mi alojamiento anterior: rectangular, con un receso de arco de medio punto al fondo, dos estrechas ventanas labradas en la piedra, una chimenea desnuda en una pared y una cama contra la otra. Me ardieron los ojos y la nariz a causa de un fuerte olor. Era sosa cáustica, que se había empleado hacía menos de una hora en el suelo y las paredes, en los que relucían todavía algunos trozos mojados.

—Os traeré el almuerzo —murmuró Bess antes de salir.

Miré por la ventana. Lo que se veía era una pasarela elevada y exterior que circundaba lo alto del muro del castillo, una barbacana que unía la estructura de una torre con la de la siguiente. Al otro lado, el inmenso muro de piedra, la muralla de Guillermo el Conquistador, bloqueaba todo lo demás. Me resultaba imposible ver una sola brizna de hierba del patio.

—Tengo una petición —le dije al lugarteniente, que estaba plantado junto a la puerta, impaciente.

—¿Sí?

—¿Podríais traerme pluma y papel para informar a mi familia y a la priora de mi orden de que estoy aquí confinada?

—Sir William Kingston ha dado órdenes precisas de que no debéis disponer de ningún medio de correspondencia. Él se encargará de que todos sean informados.

Se volvió para salir.

—Esperad —dije con la voz quebrada—. ¿No puedo tampoco tener libros? Creía que a los prisioneros se les permitía tener libros.

El lugarteniente vaciló.

—¿Los escritos de Tomás de Aquino? —me apresuré a decir antes de que él decidiera negar mi petición—. ¿Qué mal puede haber en ello?

—No puedo prometeros nada —dijo—. Comunicaré vuestra petición a sir William —dijo, y se marchó.

Instantes más tarde, Bess volvió a aparecer con una bandeja de comida: pan y un gran trozo de queso.

Fue entonces cuando oí los cánticos. Eran débiles aunque hermosos: muchas voces, al menos cien, unidas en una única canción.

—Bess, ¿es eso un *tedeum*? —pregunté, sorprendida.

—Sí —respondió—. Es la corte. El rey ha ordenado entonar el *tedeum*. Allí es donde han ido lady Kingston y sir William. Todos los que sirven al rey han sido convocados en Saint Paul.

—¿Por qué?

Me miró durante un instante.

—Es por la reina Juana —dijo—. Está encinta y todos deben celebrarlo. El rey está convencido de que esta vez tendrá por fin a su hijo y heredero. Esta esposa vencerá… —Su voz se apagó.

«Allí donde las demás han fracasado». Eso fue lo que pensé, lo que cualquiera habría pensado. Su primera esposa, Catalina de Aragón, repudiada después de haber podido tan solo concebir a una hija. La segunda, la bruja Bolena, ajusticiada cuando no había podido hacerlo mejor.

En voz alta, dije, cautelosa:

—Un príncipe sería un motivo de gran júbilo para nuestro reino.

Bess asintió, pero sus ojos siguieron preocupados. Se encogió de hombros. El nervioso y chismoso ánimo de esa misma mañana había desaparecido.

—¿Te han castigado por dejarme mirar por la ventana? —pregunté.

—Oh, no. A lady Kingston solo le importaba la llamada real a Saint Paul. Temía que sir William se viera retenido aquí hasta muy tarde y que no llegaran a tiempo.

—Entonces, ¿por qué estás tan preocupada?

Negó con la cabeza.

—No puedo decíroslo.

—Por favor, Bess.

Miró por encima del hombro hacia la puerta y se me acercó a hurtadillas para decirme al oído:

—He oído lo que sir William le ha dicho a mi señora antes de que salieran hacia Saint Paul. El duque de Norfolk le ha dicho que atraparos, a

vuestro padre y a vos, en un acto de traición sería de un inmenso valor para el rey. Y que obrando así quizá todos los Stafford puedan ser finalmente aplastados y la corona se verá libre de más desafíos. Que si lograban «doblegaros»… —Bess guardó silencio.

—Sigue.

—Que en ese caso habría una recompensa para el duque y para sir William. El rey estaría agradecido y con toda seguridad les daría tierras.

Las voces de la corte vibraron más agudas en el coro final del *tedeum*, las palabras en latín que dan las gracias más humildes a Dios. La música quedó lentamente silenciada.

—Gracias, Bess —susurré—. No diré nada. Por favor, llévate la comida.

Cuando ella cogió la bandeja, vi que una lágrima le surcaba la mejilla.

Me derrumbé sobre la estrecha cama de paja y me volví de cara a la pared. No cerré los ojos ni moví un solo músculo. Me quedé mirando la pared de piedra mientras veía cómo la luz se apagaba contra ella. La noche caía ya. Los guardias reales de la Torre se gritaban unos a otros, dándose órdenes en la barbacana del castillo y en el pasillo. Oí la palabra *hogueras*.

Después de un rato, los hombres dispararon un cañón para saludar al rey en su momento de júbilo: una, dos, tres veces más. El sonido de los cañonazos fue atronador. Un ligero olor acre se coló por la ventana, quizá procedente de las hogueras festivas, o quizá del cañón. Sin embargo, durante todo ese rato las paredes de mi celda jamás temblaron. Las paredes de la Torre son las más gruesas del reino y nunca, nunca tiemblan.

OceanofPDF.com

9

Yo no podía saber en aquel momento que esa primera noche en la Torre Beauchamp iba a ser la primera de muchas. Pasé la noche entera paralizada por el terror hasta que la oscuridad dejó paso al alba. Al día siguiente, entraba y salía de un estado de vigilia, aunque raramente me levanté de la cama. Ignoré por completo las ocasiones en que periódicamente se abrió la puerta de la celda y un guardia real empujó dentro las bandejas de comida para volver después a recogerlas, intactas. No dejaba de pensar en esos monjes cartujos y en cómo morirían poco a poco de hambre en Newgate defendiendo sus convicciones. ¿Cómo iba a probar bocado mientras ellos sufrían? ¿Y por qué iba tan siquiera a desear vivir? Me interrogarían, sería objeto de escarnio y de la incredulidad reiterada del duque de Norfolk y de otros hombres detestables, hasta que hubieran reunido las evidencias que consideraran suficientes para destruirnos a mí, a mi padre y a los demás miembros de la familia Stafford.

Sin embargo, la segunda mañana, cuando la puerta se abrió y una mujer depositó una bandeja de madera con comida, me acerqué tambaleándome a ella. La mujer no era Bess. Esta era mayor y más alta, con el rostro alargado y el pelo negro cubierto prácticamente en su totalidad bajo un tocado blanco. Me abalancé sobre la comida —el duro trozo de queso— como un animal. Aunque me avergoncé de mi debilidad, no podía negar ese deseo de vivir, aun en el caso de que el resto de mi existencia fuera a ser aterradora… y breve. Después de comer, volví a tumbarme en la cama y dormí varias horas seguidas sin tan siquiera soñar.

Desperté ya entrado el día, físicamente recuperada, aunque consumida por el miedo. ¿Sería ese un día de más interrogatorios? ¿El día en que habían decidido «doblegarme»? Recé y esperé, atenta al sonido de posibles pasos que se acercaran por el pasillo, pero nadie, salvo los guardias reales y los criados, apareció.

Y así siguieron las cosas un día tras otro. Por la mañana aparecía la criada con su tocado blanco, cuyo nombre, como supe más adelante, era Susanna. Y ya entrada la tarde acudía uno de los guardias reales que trabajaban en la Torre Beauchamp, Henry o Ambrose, con la cena. La comida estaba casi rancia y la cerveza, amarga. Comía y bebía muy poco.

Una semana más tarde, el guardia llamado Ambrose me puso al día de mi situación.

—Si queréis comida decente, algunos muebles o leña para la chimenea, cualquier cosa, debéis pagarla —dijo—. Son las normas.

Un instante después, no pude contener la risa.

—¿Veis aquí alguna moneda o alguna joya, señor? —pregunté.

—Vuestra familia —dijo, pacientemente—. Os ayudaré a llevar y traer las cartas entre vos y ellos y a facilitar las gestiones necesarias. Son las familias las que pagan.

Negué violentamente con la cabeza.

—No me pondré en contacto con nadie. No sería de rigor.

Parpadeó, sorprendido.

—Creía que erais de familia noble —dijo.

—Ya no —mascullé—. Ya no. —Me volví de espaldas al guardia. Le oí alejarse por el pasillo y, un instante después, cómo le contaba a otro mi negativa a mejorar mi situación. Alcancé a oír también retazos de conversación delante de mi celda, pero a partir de ese día mi situación ya no me perteneció… ni tampoco a mi padre. Una mañana se llevaron al prisionero que no dejaba de sollozar al fondo del pasillo. A pesar de que sus lágrimas habían sido para mí una terrible tortura, descubrí que había algo peor que oír llorar a un hombre, y era dejar de oírle. ¿Qué otro destino podía aguardarle salvo la muerte?

Una mañana, muy temprano, estaba acostaba en mi cama, medio dormida y apática, cuando de pronto se abrió la puerta y apareció lady Kingston elegantemente vestida. Llevaba para la ocasión un tocado inglés tachonado de diminutas joyas.

—¿Estáis bien, señora Stafford? —preguntó.

Me encogí de hombros. La pregunta me pareció obviamente ridícula.

—Parecéis enferma. —Su rostro se tiñó de preocupación, y se me ocurrió que quizá fuera esa una de las muchas artimañas que empleaba para conseguir confidencias, de modo que no dije nada.

Me puso algo en las manos. Mi sorpresa fue mayúscula cuando vi que eran varios libros. Las cubiertas llevaban grabada «*La Summa Theologica* de Tomás de Aquino».

—Gracias —susurré, acariciando las cubiertas.

—¿Qué más necesitáis? —preguntó.

—Ahora que tengo esto, nada, lady Kingston.

Me miró durante un minuto.

—Qué inusual que una dama no me pida nada —dijo con una extraña vehemencia en sus palabras.

Salió presurosa de la celda, y de no haber sido por los libros que tenía en las manos, habría pensado por lo extraño del encuentro que acababa de tener un sueño. Una hora más tarde recibí otra visita. El lugarteniente entró en mi celda y, con su habitual aspereza, me ordenó que le siguiera. Fui presa de una oleada de temor, mezclada con amargura. Haberme hecho entrega de libros la víspera de mi destrucción parecía cruel, incluso para la Torre.

El lugarteniente me condujo por un camino distinto del que habíamos recorrido para llegar a la celda, y salimos a la barbacana del castillo. Parpadeé con fuerza al sol cuando salí. No estaba acostumbrada a la luminosidad. La recorrimos por entero —unos diez metros— y entonces se detuvo. Esperé a que abriera la puerta, pero él se volvió hacia mí y me llevó de regreso a nuestro punto de partida. Volvió a detenerse.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunté.

—Debéis hacer ejercicio, señora Stafford —dijo—. Sir William y lady Kingston así lo ordenan.

—¿Por qué?

No respondió. Se limitó a indicar hacia delante con un gesto de la cabeza y no me quedó más remedio que acompañarle, de un extremo a otro de la barbacana. Si estiraba el cuello en el extremo más alejado, podía ver las moreras del patio, ya mucho más cubiertas de hojas.

—¿Podéis decirme algo de mi padre? —pregunté.

—No, y si insistís en vuestra pregunta, os llevaré de vuelta a vuestra celda —replicó abruptamente.

Fue sin duda el paseo menos agradable que había dado jamás. Aun así, no tenía el menor deseo de regresar a mi confinamiento. Silencié cualquier otra pregunta hasta que el lugarteniente estuvo a punto de marcharse.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí, en la Torre?

Esperaba que se negara a ofrecerme una respuesta o que se limitara simplemente a darme una cifra estimativa.

—Veintitrés días. —Me llamó la atención que tuviera preparada la cantidad exacta.

La semana siguiente, mis condiciones de confinamiento mejoraron ostensiblemente. Susanna o los guardias me trajeron cordero estofado con potaje, carne de res hervida, capones asados o alondras, todo ello servido en platos de peltre y acompañado de cerveza. Se materializaron muebles, una silla y una mesa. Me limpiaban la celda con más frecuencia. Cubrieron el suelo de piedra con estores nuevos. Incluso me facilitaron ropa de cama limpia.

—¿Quién asume el coste de todo esto? —pregunté a Ambrose.

Se encogió de hombros y abrió las manos.

—Alguien con posibles —gruñó.

Pasaba la mayor parte del día leyendo, enriqueciendo mi latín y absorbiendo la sabiduría de Tomás de Aquino. Estudié su interpretación de las cuatro virtudes cardinales: la prudencia, la templanza, la justicia y la fortaleza. Encontré un significado especial en las creencias sobre la determinación personal. En ausencia de la misa y en la negación de los Sagrados Sacramentos, sus enseñanzas me confortaban más allá de toda medida.

Una vez a la semana, el lugarteniente aparecía para llevarme a dar silenciosos paseos por la barbacana. Yo agradecía verme libre de la celda, a menudo calurosa y mal ventilada. No había duda de que al lugarteniente le molestaba cumplir con su obligación. Yo ansiaba saber por qué los Kingston insistían en que hiciera ejercicio, quién pagaba mi comida y por qué nadie me interrogaba, pero sus rígidos hombros mientras avanzaba sin

perderme de vista por delante de mí eran una señal inequívoca de que no recibiría respuesta alguna.

Me quedé perpleja cuando un día rompió su silencio con una pregunta.

—¿Qué hacíais todo el día encerrada en un priorato? —preguntó.

«Buscar la unión extática con un Dios que es todo amor, sabiduría y misericordia», a punto estuve de contestar. Lo que respondí, en cambio, fue:

—Observancias religiosas.

—¿Acaso no basta con la misa? ¿No es suficiente adorar a Dios en una iglesia? —preguntó el lugarteniente—. ¿Qué pueden conseguir todas esas monjas y esos monjes apartados del mundo?

—Nos congregamos en una comunidad para buscar la gracia mediante la oración y la obediencia —dije, pacientemente—. En Dartford nos regimos por las mismas reglas de san Benedicto tal y como lo hacen en los demás prioratos y monasterios: las hermanas se reúnen en ocho horas fijas: maitines, laudes, prima, tercia, sexta, nona, vísperas y completas. A ello hay que añadir la misa. Cantamos y salmodiamos. Rezamos por las almas de los difuntos.

El lugarteniente entrecerró los ojos.

—Y si alguien paga al priorato dinero suficiente, ¿recibe plegarias adicionales para su salvación… o perdón por pecados no cometidos?

Entendí entonces la fuente de su hostilidad. Esas eran las ideas de quienes pretendían destruir la Iglesia católica, de aquellos que juraban que la salvación debía ser recibida únicamente mediante la fe.

Con una sonrisa burlona dijo:

—Una vez alguien me explicó que las monjas aprenden latín, estudian y escriben libros.

—Es cierto —admití con los dientes apretados.

El lugarteniente se detuvo.

—Durante todos estos años, los ricos monjes y monjas estaban cómodamente sentados en sus abadías, cantando, escribiendo y salmodiando su latín, ¿y para qué? ¿De qué sirve? El purgatorio no es más que una superstición: eso es lo que dicen las nuevas enseñanzas. Todos esos cánticos de intercesión de los monasterios cuyo objeto es acortar los sufrimientos del purgatorio… —El desprecio le contrajo el rostro—.

Cuando morimos, nuestras almas aparecen de inmediato ante Dios creador y juez.

Retrocedí, alejándome del lugarteniente, de su odio y de su herejía. Sus palabras eran las de un luterano.

El lugarteniente se percató de mi reacción. Una sonrisa se dibujó en su rostro cuando se inclinó hacia mí, acercándose más.

—Sé lo que estáis pensando. No, no soy un luterano, pero Lutero sí tenía una visión acertada de las mujeres. Martín Lutero dijo: «Las mujeres deberían quedarse en casa, sin moverse, ocuparse de los quehaceres domésticos y parir y criar a los hijos». En mi opinión, ese es su único cometido.

—Y ahora que he oído vuestra opinión —dije con voz ronca—, me gustaría volver a mi celda.

Con una inclinación de cabeza, el lugarteniente accedió a mi demanda.

Una noche el cielo se abrió, vertiendo cortinas de lluvia sobre la Torre. El trueno restalló en los cielos. Mientras, pegada a la ventana, disfrutaba de las frescas y aguijoneantes gotas en mi rostro, la puerta se abrió de pronto y vi a Bess plantada en el umbral con mi bandeja. Solté un grito de entusiasmo, y en su rostro salpicado de marcas de viruela se dibujó una sonrisa.

Mientras comía, ella me contó que sus asignaciones la habían mantenido apartada de mí. Susanna estaba a cargo de los prisioneros de la Torre Beauchamp, y ella de los de la Torre Blanca, además de estar siempre al servicio de lady Kingston.

—Hemos estado tan ocupadas con lady Douglas que no había trabajado tanto en toda mi vida.

—¿Lady Douglas?

—La sobrina escocesa del rey. ¿No lo sabíais? Lleva meses aquí. Se prometió con un caballero de la corte sin el permiso del rey, de ahí que el rey mandara traerlos. Se considera un acto de traición que un miembro de la familia real se ocupe de concertar su propio matrimonio, debido a la sucesión. —Bess suspiró—. Es muy difícil complacerla debido a…

En ese momento restalló un nuevo trueno, silenciándola, al tiempo que una ráfaga de viento se colaba desde el exterior.

—¿Por qué no estás empapada? —pregunté, curiosa, viendo el vestido seco de Bess.

—Los edificios están comunicados por túneles subterráneos —respondió—. Pero no puedo quedarme mucho rato. Levantaría sospechas. Si he podido venir ha sido solo porque hoy es el día que Susanna va a Southwark a visitar a su familia.

—Pero ¿qué ocurre con mi situación? ¿Qué sabéis?

—Ni una palabra —dijo—. Escucho a diario, pero lady Kingston no os ha mencionado. Ni ella ni nadie.

Dos semanas más tarde, Bess logró visitarme nuevamente y, una vez más, no disponía de ninguna información que pudiera darme.

—Es muy extraño. Es como si ni siquiera estuvierais aquí —dijo.

Eso era. «Ya no existo», pensé sin escuchar ya mientras Bess parloteaba sobre lady Douglas y sus ataques de llanto.

Atrás quedó el calor del verano. Empezó a refrescar por la noche. Un día, durante uno de mis paseos vespertinos con el lugarteniente, vi un estallido de hojas doradas en las moreras. Ver esa prueba del paso del tiempo provocó en mí una insoportable tristeza. ¿Qué habría sido de mi padre? ¿Qué estaría ocurriendo en el priorato de Dartford? Se me hizo un nudo en la garganta y las lágrimas surcaron mis mejillas. El lugarteniente fingió no darse cuenta.

Ese día dio comienzo el periodo más difícil de mi estancia en la Torre. La aflicción me abatió en lo más profundo, en cuerpo y alma. Ya no podía concentrarme en los escritos de Tomás de Aquino. Algunos días ni siquiera me levantaba de la cama. De noche, siempre a la hora en que mis miedos se tornaban más urgentes, me abandonaba al llanto. Pensaba mucho en mi madre. Durante los últimos años de su vida, su salud había menguado, cierto, pero también su ánimo se había visto afectado. Dormía en habitaciones sumidas en la oscuridad. Todavía sentía el temor en mi corazón cuando recorría el pasillo del castillo de Stafford con su bandeja en las manos, sabiendo que empujaría su puerta y la encontraría de nuevo derrengada sobre la cama, desesperada y apática. De pronto sentí que una oscura afinidad me unía a ella.

Todo cambió cuando, una fría noche, después de la hora en que retiraban la bandeja con la cena, me sorprendió un tintineo de llaves al otro lado de la puerta.

Bess irrumpió en la celda con los ojos hinchados.

—Vuestro padre está en la Torre —dijo, jadeante.

—¿Qué? —Corrí a su encuentro.

—He oído que sir Richard Stafford está cautivo en la Torre Blanca, en el sótano. Le han traído hace dos días. Algo os ocurrirá mañana.

Tomé la mano de Bess en la mía.

—Bess, quiero que me cuentes exactamente lo que has oído. No olvides nada.

—He ido a recoger la mesa y lady Kingston ha dicho: «¿Es cierto que va a venir a examinar mañana a Joanna Stafford?». Y sir William ha respondido: «Así es, por eso hace dos días mandaron traer a su padre. Norfolk le ha trasladado para ocuparse de los Stafford. Aparte del rey, él es el único hombre al que Norfolk respeta».

—¿Eso es todo?

—Sí. Nada más. Pero antes he oído decir a uno de los guardias que había un hombre nuevo, un noble, en el sótano de la Torre Blanca. Debe de ser vuestro padre.

Toda mi lasitud, mi desesperanza y mi temor se desvanecieron como por encanto para ser reemplazados por una feroz y rabiosa determinación. «Mi padre está vivo. Mi padre está aquí. Tengo que encontrar un modo de verle».

Bess dijo, muy seria:

—Señora Stafford, podrían fustigarme y marcarme a fuego por esto, pero os he traído papel y pluma. Si le escribís un mensaje, yo se lo llevaré y le pediré una respuesta.

Mientras clavaba en ella la mirada, el plan cristalizó en mi mente, perfectamente diseñado.

—No, Bess —dije—. Vas a llevarme a ver a mi padre esta noche. Y conozco un modo de hacerlo.

OceanofPDF.com

10

—Deja de temblar, Bess. —La luz de la vela parpadeó y se agitó contra los oscuros muros debido a la precariedad del pulso con que la sostenía.

—Lo siento, señora Stafford. No puedo evitarlo. —La fuerte voz de Bess reverberó en el largo túnel.

—No utilices mi verdadero nombre, te lo ruego.

Bess bajó la cabeza y me arrepentí de haberla regañado. Pero ella estaba arriesgando su vida por mí, y me veía en la obligación de hacer todo lo que estuviera en mi mano para protegerla.

Ras. Ras. Ras.

El sonido procedía de algún lugar situado detrás de mí, como si unas largas uñas descascarilladas se clavaran en una estaca de madera. Esta vez no me volví a mirar. Bess me había advertido de que las alimañas correteaban por el túnel subterráneo.

—Constantemente liberamos a más gatos, pero son los gatos los que desaparecen y no las ratas.

Desde el momento en que había puesto los pies en el fétido túnel las había oído, sobre todo a nuestra espalda, pero a veces vislumbraba alguna delante: una cola larga y lustrosa agitándose al cruzar el estrecho pasadizo, justo al borde de nuestro tembloroso círculo de luz proyectado por la vela.

—Ratas y cuervos —masculló Bess—. Las amigas de mi hermana creen que me doy aires de grandeza. Bah. Esto está lleno de ratas y de cuervos. Nada que ver con la clase de palacio real que ellas imaginan.

La dejé hablar. Sus nerviosos refunfuños quizá la ayudaran a calmarse.

Hacía poco menos de una hora que había logrado convencerla para que me ayudara con mi misión. Con una improvisada toca blanca, me hice pasar por Susanna, cargada con un fardo de sábanas limpias. El prisionero que iba a ser interrogado al día siguiente por el duque de Norfolk necesitaba ropa de cama limpia, eso era lo que le diríamos a quien preguntara. Susanna y yo éramos de altura y corpulencia similares, y teníamos el mismo pelo negro.

Si bien Susanna tenía cinco años más que yo, de noche, con la mirada baja y llevando la toca que la caracterizaba, albergaba la esperanza de poder hacerme pasar por ella, escabulléndome tras Bess. Ella era una criada de la prisión, mientras que Bess servía a lady Kingston. Supuestamente Susanna debía ir detrás.

Hasta el momento solo nos habíamos cruzado con un guardia que comprobaba unos documentos en la planta principal de la Torre Beauchamp. Yo había sostenido el fardo tan alto como había podido, de modo que mi rostro había quedado prácticamente oculto. Funcionó tan bien como había suplicado en silencio que ocurriera. El guardia nos miró y volvió a concentrarse en sus documentos. En cuestión de minutos, Bess había abierto la puerta que daba acceso al túnel subterráneo y bajábamos la escalera.

En el otro extremo estaba la Torre Blanca… y mi padre.

Tantas eran las veces que había pensado en él, que de repente me parecía irreal que por fin pudiera verle cara a cara, hablar con él y pedirle consejo sobre lo que debía hacer al día siguiente durante mi interrogatorio. Bess había dicho que solo podríamos pasar juntos unos minutos. Me preocupaba que no fuera tiempo suficiente, y me preocupaba también que no tuviera ocasión de formularle la pregunta que desde hacía meses me rondaba en la cabeza. Era, desafortunadamente, la misma que el duque de Norfolk me había lanzado con toda su crueldad: «Vuestro padre a punto estuvo de inmolarse con pólvora. ¿Por qué demonios iba a hacer algo así por la bastarda de su difunto hermano?». Yo sencillamente no lo sabía. Mi peor temor era que, sin la compañía de su esposa ni la de sus hijos, mi padre hubiera enloquecido un poco en el castillo de Stafford. Si, gracias a algún milagro, ambos terminábamos siendo liberados de la Torre, me había jurado que haría de él el centro de mi vida. No había posibilidad alguna de regresar a Dartford. Las ofensas que había cometido contra la Orden de las Dominicas eran demasiado graves. Pero si podía cuidar de mi padre, ya fuera en el castillo de Stafford o donde él lo considerara oportuno, jamás dejaría de dar gracias a Cristo por sus muestras de compasión. En mi mente veneraba una imagen en la que me veía sirviendo sopa con un cucharón en

un cuenco a mi padre mientras él me sonreía, recuperada la salud, con sus lebreles a los pies y un fuego ardiendo en la chimenea.

Bess se detuvo de pronto y tropecé con ella. A punto estuvo de soltar su anillo de llaves.

Dos ratas enormes se agazapaban delante de nosotras, en el centro del suelo del túnel. No se escabulleron como las demás. De hecho, se giraron un poco para enfrentarse a nosotras y, al hacerlo, la luz de la vela se reflejó en sus feroces ojos rojos.

—Que el Señor nos asista —susurró Bess—. Son como demonios, ¿no os parece? Es un mal augurio. Lo sé.

Tenía que ahuyentar a esas ratas, de lo contrario Bess se acobardaría. Despacio, la rodeé para ponerme delante. Con el corazón acelerado, di un paso adelante, luego otro.

Las ratas no se movieron.

—¡Fuera! —grité, estampando el pie con fuerza en el suelo a apenas unos centímetros de sus cabezas.

Por fin eso las ahuyentó. Las dos corrieron hasta un agujero abierto al pie de la pared del túnel y metieron sus cuerpos hinchados por él. La segunda rata se detuvo cuando pasaba por él, como atascada, sacudiendo con su gruesa cola el lado del agujero como un látigo antes de desaparecer.

—Gracias —dijo Bess. A la luz de la vela, estaba pálida como el marfil y vi burbujear pequeñas gotas de sudor sobre su labio superior.

—¿Ya casi hemos llegado? —pregunté.

—Sí…, mirad. —Levantó el pábilo para proyectar la luz un poco más lejos y mostrarme así los escalones que aparecieron al fondo. Al hacerlo, su mano volvió a temblar y me miró al tiempo que en su rostro se dibujaba una disculpa. Las dos sabíamos que era en el interior de la Torre Blanca donde corríamos el mayor riesgo de ser descubiertas.

Me coloqué el fardo sobre la cadera izquierda y le puse en el hombro la mano derecha.

—«Mirad, bendecid al Señor, siervos del Señor. De noche alzad las manos a los lugares sagrados y que el Señor os bendiga. Os lo suplico, oh, Señor, escuchadme; prestad atención a mi voz cuando os imploro. Y protegedme por siempre. Amén».

—Qué hermoso —susurró Bess.

Esbocé una sonrisa triste.

—Las palabras de santo Domingo, el fundador de mi orden.

—Espero no fallaros, señora.

—Has hecho ya por mí más que nadie desde… —Mi voz se apagó justo en el momento en que el joven rostro de Geoffrey Scovill destelló ante mí, con sus ojos brillantes de dolor tras haber sido blanco de mi insulto, esas últimas palabras que había oído de mis labios. Pero no tenía sentido pensar en eso en aquel momento. Aparté a Scovill de mis pensamientos.

—Adelante, Bess.

Subimos los escalones y, al llegar a lo alto, Bess abrió con su llave la puerta que daba acceso a la Torre Blanca.

Entramos a un vestíbulo enorme. La luz de la vela de Bess ni siquiera alcanzaba a iluminar la pared del fondo del vestíbulo. No se oía ni un ruido. Yo sabía que sir William y lady Kingston tenían sus habitaciones en la Torre Blanca, como las tenía también lady Margaret Douglas, la sobrina del rey caída en desgracia, y quizá también otros más abajo, además de mi padre. Sin embargo, en aquel espacio espeluznantemente silencioso, parecíamos estar totalmente solas.

Bess y yo cruzamos presurosas el suelo de piedra. El aire parecía mucho más fresco que en el húmedo túnel y una ligera brisa me acarició la nuca descubierta, aunque no pude vislumbrar ninguna ventana. A juzgar por la silueta prominente de un muro de madera, supuse que se trataba de un inmenso baluarte. Con un escalofrío, sentí la fortaleza del creador del castillo: la grandeza, pero también el temor y la codicia de Guillermo el Conquistador. Había diseñado esa ciudadela hacía quinientos años para albergar su orgullo normando y aplastar a los sajones. El lugar donde estábamos debía de haber sido un enorme salón de banquetes o de recepciones para los primeros reyes. Combatí el absurdo temor de que el propio conquistador en persona se abalanzara sobre mí desde las sombras, con su armadura de cota de malla tintineando contra el suelo liso.

Cruzamos una serie de salas de techos abovedados. Las ventanas, estas más grandes, dejaban entrar más luz de luna. Alcancé a ver el pálido resplandor de una débil luz dorada y escarlata procedente del otro extremo

de una de las salas. No procedía de la luna ni de una vela, sino que era un resplandor totalmente distinto. Tiré del brazo de Bess.

—Es la capilla —se apresuró a decir sin detenerse. De modo que eran vidrieras. Anhelé poder acercarme y rezar por la divina ayuda, pero por supuesto no había tiempo.

Instantes más tarde, vi parpadear otra luz a lo lejos, más intensa que la de una vela. Oí un paso, luego otro, y acto seguido apareció un guardia. En ese caso era uno alto con una larga barba negra.

—Hola, Tom —gritó Bess.

Levanté el fardo hasta cubrirme con él la parte inferior del rostro, a pesar de que al hacerlo me dolieron los brazos.

—Bess, ¿eres tú? Nunca te veo aquí abajo. —La voz de Tom era afable.

—Tenemos que llevarle sábanas limpias al noble caballero del pasillo sur —dijo.

—¿Esta noche?

—Su Excelencia, el duque de Norfolk, le interrogará mañana. No le gusta que los caballeros y las damas apesten, ya lo sabes.

Tom no dijo nada. Se me aceleró aún más el corazón. No aparté la vista de la silla vacía. No quería cruzar una mirada con él.

—Por mis barbas, ¿es esa Susanna? —soltó de pronto, con la voz impregnada de excitación.

No pude respirar, ni tan siquiera mover un solo músculo.

La voz de Bess sonó tensa.

—No sabía que fueras amigo de Susanna.

—Hace más de un año que no te veo. Te tienen siempre metida en la Torre Beauchamp, ¿no es así, mujer?

Seguí sin decir ni hacer nada. Me había quedado helada.

—¿Por qué no dices nada? —Tom dio un paso firme hacia mí—. ¿Sigues enfadada por lo del primero de mayo?

—No —respondí con voz queda.

Le miré a la cara y noté sus ojos marrones clavándose en los míos. Me obligué a esbozar una sonrisa.

Por extraordinario que parezca, él sonrió a su vez. Le faltaban dos dientes.

—Estás muy flaca, Susanna.

Bess, cuya voz se tornó aguda de pronto, dijo entonces:

—Tenemos trabajo, Tom.

—Sí, yo mismo os llevaré a la celda —dijo, cogiendo el juego de llaves.

—No —se apresuró a decir Bess—. Solo dame la llave de la celda.

—Ahí abajo está oscuro —dijo Tom—. No he encendido las antorchas. ¿Por qué no dejáis que os ayude?

No se me ocurrió nada que decir, y a Bess tampoco. En silencio, le seguimos por una serie de pasillos. Tenía manchado y hasta un poco desgarrado el uniforme rojo y dorado. Me di cuenta de ello cuando se detuvo a encender la primera antorcha. Iba más desaliñado que el resto de guardias que yo había visto hasta entonces. Supuse que quizá los hombres asignados al turno de noche en la Torre eran de menor rango.

Tom tarareaba una canción mientras avanzaba hacia la celda de mi padre, volviéndose cada cierto tiempo a sonreírme, como si yo pudiera reconocer la canción. Yo siempre asentía. Estaba preparada para el momento en que entrecerrara los ojos, me estudiara más atentamente y se diera cuenta de que no era la mujer que él creía. Pero no lo hizo.

Después de lo que se me antojó una eternidad, Tom se detuvo y encendió con la suya una antorcha clavada en el muro. Aporreó la puerta de madera que estaba junto a la antorcha.

—¡Prisionero, atended! —tronó—. Tenéis compañía.

Tom abrió la puerta con su llave. La puerta se abrió de par en par dejando a la vista un espacio negro. Bess se deslizó tras de mí con su pequeña vela. Vislumbré una cama situada en el rincón sobre la que yacía un largo cuerpo inerte.

—Tenéis razón, aquí apesta —dijo Tom—. ¿Necesitáis ayuda?

—Es trabajo de mujeres —dijo con firmeza Bess—. Déjanos con él. Solo nos llevará diez minutos.

Tom gruñó.

—Bien. No debería abandonar mi puesto tanto tiempo. —Retrocedió hasta la puerta y la cerró tras de sí. Oí girar la llave en la cerradura.

Bess dejó su pábilo en el suelo junto a la puerta y me cogió las sábanas de las manos.

—Yo me encargo del trabajo mientras vos habláis —dijo.

Crucé corriendo la celda.

—Padre, despertad, soy yo, Joanna. Por favor, despertad.

Estaba tumbado boca abajo, cubierto por una manta, y le sacudí por el hombro. Lo noté en los huesos. Había perdido peso.

No se despertó y de pronto fui presa del pánico. ¿Habría encontrado mi padre la muerte en su celda? Alargué la mano hacia su pelo espeso. Apenas podía verle a la débil luz de la vela. Su cabeza por fin se movió bajo mis dedos. Se volvió y abrió los ojos.

Aquel hombre no era mi padre.

—¡No! —aullé—. No puede ser.

Bess voló a mi lado.

—¿Qué ocurre?

—No es mi padre.

—Pero eso no puede ser —insistió—. A menos que…

—¿Qué?

—No hemos dicho «Stafford». Debe de haber otro caballero en este pasillo, y Tom ha dado por hecho que este era el hombre al que iba a interrogar Norfolk. Oh, no.

Me golpeé el muslo con el puño.

—Tenemos que conseguir que Tom nos lleve hasta mi padre.

—No, no, señora. —Bess negaba con la cabeza—. No podemos. Parecerá demasiado extraño. Mucho me temo que ya sospeche que hay algo raro en todo esto.

Una especie de graznido nos interrumpió. Sobresaltadas, entendimos que procedía del hombre que yacía en el lecho y que nos escuchaba mientras hablábamos.

—Os conozco —dijo con una voz ronca—. Joanna. Stafford. ¿Qué hacéis aquí?

Bajé la vista. Nada en él me resultó familiar: un par de ojos enormes y oscuros en un rostro macilento. Los pómulos sobresalían del resto de sus rasgos y tenía los labios agrietados y blancos.

—Soy Charles —dijo con una voz rota y jadeante—. Charles Howard.

Bess contuvo el aliento.

—¡El hombre que intentó casarse con lady Margaret Douglas!

No podía dar crédito a lo que veían mis ojos. El temerario y bravucón joven Howard que se había mofado de mí años atrás en el castillo de Stafford en nada se parecía a aquel esqueleto.

—Charles, ¿fuisteis vos? ¿Fuisteis vos quien sedujo a la sobrina del rey? —pregunté.

Cerró los ojos y asintió.

—¿Sabe vuestro hermano que estáis tan enfermo? ¿Ha sido informado el duque de Norfolk?

Se estremeció y temí que estuviera siendo víctima de una convulsión. Pero se reía. Por fin, en cuanto vi el modo en que se le torcía la boca, reconocí en él a Charles.

—Basta —dije, acariciando su hombro tembloroso—. Tan solo conseguiréis poneros peor.

—Los pulmones se me pudren, Joanna, y la muerte me ronda. Ese es el deseo de mi hermano. Y lo que todo el mundo desea. El mejor modo de solucionarlo.

—¿Solucionar qué?

—Mi traición. —Se encogió de hombros para recuperar el aliento—. Nuestra traición. Pero cuánto me amaba ella. Los poemas que escribía… —Su voz se disolvió en toses cargadas de flemas.

Bess se movió junto a mí.

—Y también ella os ama, señor. Lo sé. La he atendido personalmente. —Sus palabras me dejaron perpleja. Bess me había hablado tan solo de una joven enfadada que vertía toda su ira contra el castigo que le había impuesto su ilustre tío. Pero íntimamente le agradecí su bondad.

En efecto, Charles pareció extraer fuerzas de aquellas palabras de Bess.

—¿De verdad me ama todavía? —Sus palabras llegaron más rápidas—. Creía que también ella deseaba verme muerto. Así podría casarse con otro hombre, con el permiso del rey. —Parpadeó y nos miró, más alerta esta vez —. Pero ¿por qué habéis venido?

Bess dijo:

—Decídselo vos, señora, mientras cambio las sábanas. Primero tendremos que levantarle de la cama.

Entre las dos levantamos su pobre cuerpo de la cama, tarea harto fácil pues prácticamente había quedado reducido a nada. Le instalamos en la silla de la celda, y le conté que Margaret había muerto en la hoguera, le hablé de nuestros arrestos, del interrogatorio del duque de Norfolk y de la noticia que Bess había oído y que, por error, nos había llevado a su celda.

—¿Un hombre al que mi hermano respeta, además del rey? —Charles parecía sorprendido—. Para él todo el mundo es idiota.

Negué con la cabeza.

—Esperaba que mi padre tuviera la respuesta.

Bess preguntó entonces:

—¿Podría ser el arzobispo Cranmer? ¿O Cromwell? Ambos han estado aquí interrogando a prisioneros.

Charles se detuvo a pensarlo.

—Sí, esos son los dos hombres más importantes del reino. Pero mi hermano odia al arzobispo de Canterbury y al lord custodio del Sello Real con toda su alma. No les tiene el menor respeto, y jamás se lo tendrá.

—¿Los odia? —pregunté, sorprendida.

—Su Excelencia, mi amado hermano, desprecia a los hombres de plebeya cuna que han sido ascendidos por el rey. Y ambos son enemigos de la vieja fe. De modo que no está en su mismo bando.

—Pero al duque le trae sin cuidado la vieja fe. Lideró los ejércitos contra la rebelión —dije, confundida—. Ordenó colgar a todos los rebeldes.

—Mi hermano jamás se negaría a cumplir una orden del rey, pero prefiere la vieja fe. —Charles se encogió de hombros—. Es como Gardiner.

—¿El arzobispo de Winchester? —preguntó Bess.

—En efecto, el mismo. Winchester el Taimado. Si hay algún hombre al que mi hermano respeta, es él. Pero está en Francia. El rey se enfadó con él y le nombró embajador permanente. No puede ser Gardiner quien venga a veros.

Empezó a toser de nuevo. Fue un espantoso desgarro. Cuando se quitó la mano de la boca, vi en ella sangre fresca.

Alguien aporreó en ese instante la puerta.

—¿Habéis terminado? —gritó Tom desde el pasillo.

—Danos un minuto —chilló Bess. Y, volviéndose hacia Charles Howard, le dijo—: Señor, debemos volver a acostaros.

Él asintió.

—Os deseo suerte —susurró mientras volvíamos a acostarle en sus sábanas limpias.

Besé su mejilla frágil y ardiente.

—Adiós.

Bess me esperaba junto a la puerta. La cogí de la manga.

—Deja que intente convencer a Tom para que me lleve hasta mi padre —supliqué—. Podemos decir que también él necesita que le cambiemos las sábanas. Ya hemos llegado hasta aquí.

Negó con la cabeza.

—No funcionará, señora. Lo presiento. Nos descubrirá cuando…

La puerta se abrió de pronto y Tom asomó la cabeza.

—¿Todo listo?

—Sí —dijo Bess—. Ya solo nos queda llevar las sábanas sucias a que las quemen.

—Dejadlas en el pasillo —dijo—. Yo me ocuparé.

Salimos con paso cansino. Él cerró la puerta a nuestra espalda, hizo girar la llave en la cerradura y se quedó allí quieto. No inició el regreso. Abrí la boca para instarle a que lo hiciera, pero la cerré. Cuando Tom me miró, había algo peculiar en sus ojos. Y yo ya no tenía mi fardo de ropa tras el que ocultarme.

—He hablado con el oficial de guardia —dijo despacio—. No tenía noticia de que hubiera órdenes de limpiar la celda de lord Howard ni ninguna otra a esta hora de la noche. Siempre puede hacerse por la mañana. Ya me parecía a mí que no tenía mucho sentido.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Nos dieron esas órdenes —dijo Bess—. Ya lo verás.

Tom le dedicó una mirada burlona.

—¿No le habréis traído quizá una carta de amor de lady Douglas?

—Por supuesto que no —respondió Bess, indignada—. Registra tú mismo la celda.

—No creo que lo haga —dijo Tom, posando la mirada en mí.

Oí una débil descarga en mis oídos.

Él inclinó bruscamente la cabeza hacia delante.

—Vamos.

Le seguimos por el pasillo. Fui mirando las puertas de madera a medida que avanzábamos. ¿Estaría mi padre detrás de alguna? Había perdido todo en mi apuesta por dar con él. Y no solo eso. Había arrastrado a Bess conmigo. Frenéticamente, intenté encontrar algún modo de salvarla y disculpar su implicación, pero nada parecía plausible.

Llegamos al puesto de vigilancia de Tom. Esperaba que llamara a algún otro guardia para vernos desfilar hacia nuestro destino.

No lo hizo.

Tom me agarró de brazo y me atrajo hacia él. Su rasposa barba me arañó la frente.

—Ven conmigo, Susanna. —Intenté zafarme de él, pero no pude.

Bess preguntó entonces:

—¿Qué estás haciendo, Tom?

—Vosotras dos no andáis metidas en nada bueno, pero no hablaré. Lo único que exijo a cambio es pasar un rato con Susanna y después os devolveré a las dependencias de los criados para que terminéis de pasar allí la noche, y nadie se enterará de lo ocurrido.

—No —dije.

—Vamos, Susanna, si ya lo hemos hecho antes. Ya sé, ya sé que estaba muy borracho esa noche, pero me acuerdo de la dulzura de tu boca. Y ahora estoy sobrio del todo, cariño.

—No dejaré que te la lleves —aulló Bess.

—Puedes mirar, si quieres, Bess. No me importa —dijo Tom.

Todo ocurrió en una décima de segundo. Bess pisoteó la cara interna del pie derecho de Tom y él me soltó, dando un grito y encorvándose a causa del dolor, y luego Bess juntó los puños a modo de porra y le golpeó en la nuca con ellos. El estómago de Tom golpeó el suelo con fuerza.

—¡Corre! —Bess me cogió y las dos echamos a correr como alma que lleva el diablo, adentrándonos en la oscuridad de la Torre Blanca.

OceanofPDF.com

11

Bess y yo regresamos corriendo por las salas abovedadas. Tan deprisa lo hacíamos que me ardían los pulmones. Jamás había corrido de ese modo. Ya no teníamos la vela, pero la luz de luna que entraba por las ventanas bastaba para guiarnos. Y Bess, a Dios gracias, conocía al dedillo la fortaleza.

Doblamos una esquina precipitadamente. Bess se arrojó contra el muro de piedra y se agarró a los ladrillos con las dos manos para sujetarse. En un primer momento, creí que estaba sin resuello y que había parado para recuperar el aliento, pero ella negó la cabeza, indicándome que guardara silencio.

Me incliné hacia delante al sentir una punzada en el costado.

—¿Lo oís? —preguntó, articulando su pregunta sin voz.

Segundos más tarde, allí estaban: fuertes pisadas que se acercaban a la carrera. Asentí, asustada.

Ella hizo una mueca.

—A la capilla —susurró.

Avanzamos sigilosamente, mirando atrás a la espera de encontrarnos con la alta y aterradora sombra de Tom. ¿Nos seguía solo? Me sorprendió que no hubiera alertado a nadie más y que no nos hubiera ordenado detenernos.

En cuestión de minutos, habíamos llegado al portal de medio punto y Bess tiró de mí hacia dentro tras de sí.

Era sin duda un lugar de dolorosa hermosura: las elegantes columnas de piedra bordeando los largos bancos, el techo elevado, las tres vidrieras de colores filtrando la luz de la luna dulcemente coloreada. Hacía mucho tiempo que no oía misa. Casi me mareé cuando me agarré al primer banco que tuvimos a mano. Nos deslizamos al centro de uno situado a medio camino del altar y nos arrodillamos en el suelo muy juntas. Vi que Bess se

mordisqueaba el labio y supe entonces que intentaba pensar qué hacer mientras nos ocultábamos.

Oí algo. Fue apenas un susurro, tan débil que llegué a dudar de mis sentidos. Me volví a mirar a Bess. No parecía haberse dado cuenta. Debían de haberme traicionado los nervios.

Transcurrió otro minuto. Alcé la vista hacia la vidriera más próxima. Alcancé tan solo a ver el rostro de una hermosa mujer rubia. No me cupo duda alguna: era la Virgen María. Y sin embargo esa mujer inclinaba la cabeza de un modo vanidoso y habríase dicho que casi con orgullo. Se parecía a alguien cuyo retrato yo había admirado antes. Una joven y resplandeciente reina Plantagenet que había servido de inspiración al artista.

Volví a oír el ruido. Esta vez Bess reaccionó. Me cogió la muñeca y la agarró con fuerza, clavándome las uñas en la piel. Resistí sin un parpadeo.

—¿Susanna? ¿Bess? —La voz de Tom no era más que un simple susurro acercándose a nuestra espalda, justo al otro lado de la puerta de la capilla.

Cerré los ojos.

—Estáis ahí dentro, ¿verdad, muchachas?

Bess se tensó.

—Lo siento. Sé que os he asustado —dijo con tono conciliador—. Me he equivocado. He perdido la cabeza. Salid y olvidemos lo dicho.

Las uñas de Bess se retiraron de mi brazo como si estuviera a punto de levantarse, y en ese momento abrí los ojos.

—¡No, Bess! —le dije, articulando las palabras sin voz.

Sentí algo frío en la mano. Era su juego de llaves.

Pegó su boca a mi oído y susurró:

—Señora, saldré y le mantendré alejado de vos. Le diré que os habéis adelantado y que yo quería rezar. Él me acompañará a las dependencias del servicio y os buscará durante el camino. Jamás imaginará que habéis vuelto a la Torre Beauchamp. Está en la dirección opuesta.

Negué con un violento movimiento de cabeza.

—No puedo volver a mi celda sin ti.

—Claro que podéis. Usad el túnel. No podréis entrar a la Torre Beauchamp desde el exterior a esta hora de la noche. —Me apretó aún más

las llaves contra la palma de la mano—. Dejadlas en vuestra celda, debajo de la cama. Ya encontraré yo el modo de entrar mañana.

Antes de que pudiera decir nada más u obligarla a arrodillarse de nuevo, Bess se había puesto en pie de un salto y había echado a correr hacia el extremo del banco.

—¿Eres tú, Tom? —preguntó—. No pienso salir si vas a comportarte conmigo como un animal.

—¿Dónde está Susanna? —Su voz sonó más dura que segundos antes.

—Yo estaba aterrada y necesitaba entrar a la capilla, pero ella ha seguido directamente a acostarse a las dependencias de los criados. Ya sabes que no es muy dada a rezar.

—Ah, ¿sí?

Me temblaron los dedos, cerrados alrededor del llavero. Tom no creía a Bess. En cuestión de un minuto todo habría pasado.

De repente se oyó la voz de un segundo hombre procedente de algún lugar más alejado de la Torre.

—¿Quién anda ahí? Identificaos.

—Soy Thomas Sharard, señor. Escoltando a Bess en una misión nocturna.

Oí los apresurados pasos de Bess cuando salía de la capilla y luego dos pares de pasos que se alejaban. Distinguí entonces voces masculinas seguidas de la de Bess, aunque no pude entender lo que decían. No parecían agitadas ni enojadas. De algún modo u otro, Bess se estaba saliendo con la suya. El trío de voces sonó cada vez más débil y entendí que se alejaban. Después de unos cuantos minutos más, ya no se oyó nada.

Cuando intenté levantarme, me fallaron las rodillas y caí, derrengada sobre el banco, presa del pánico. ¿Cómo lograría regresar en secreto a la Torre Beauchamp si ni siquiera era capaz de tenerme en pie en la capilla? Se me pasó por la cabeza quedarme en la Torre Blanca toda la noche y probar suerte al amanecer, pero me acordé entonces de que las rondas siempre venían a visitar mi celda de la Torre Beauchamp justo al romper el alba. Era imposible que llegara allí a tiempo, pasando por delante de todos los guardias a plena luz del día, todavía intentando hacerme pasar por Susanna.

Tenía que partir enseguida…, esa noche. Y tenía que hacerlo sola.

Volví sobre mis pasos, cruzando las salas abovedadas. Una llevaba a la siguiente en línea recta, de modo que no vi en ello demasiada dificultad. Encontré el camino de regreso al gran vestíbulo y lo crucé a toda prisa. Mis ojos se habían adaptado a la oscuridad. Distinguí los muros y las almenas de piedra. Y resultó de una facilidad sorprendente encontrar la puerta de madera del túnel subterráneo. Del llavero de Bess colgaban diez llaves. La segunda con la que probé abrió la puerta.

El mismo olor nauseabundo del túnel me envolvió de nuevo. La oscuridad era total escaleras abajo y no llevaba conmigo ninguna vela.

Avancé temblando, cerré tras de mí la puerta y empecé a bajar los escalones, palpando los muros de madera al tiempo que descendía. Mi pie tocó por fin el fondo, pero el pánico pudo conmigo. Retrocedí. No soportaba la idea de abandonar los escalones. Allí varada oí los rasguños de las ratas. Eran legión. Casi pude sentir su bigotudo aliento en las piernas.

—María, madre de Dios, protégeme —dije en voz alta, pero se me quebró la voz. Yo no era más que una mujer menuda y enclenque plantada en el umbral del mal.

Inspiré hondo. Bobadas. Eran tan solo animales y tenía que mantenerlos a raya.

Grité entonces:

—No os interpondréis en mi camino. ¡Soy Joanna Stafford y nada me detendrá!

Bajé de un saltó al suelo del túnel con los dos pies y me obligué a avanzar, adentrándome en la oscuridad al tiempo que pasaba una mano por el muro de piedra húmedo y desmoronado y extendía la otra hacia delante.

Lo repetí una y otra vez:

—Soy Joanna Stafford y nada me detendrá. —Estaba harta de huir, ocultarme y amilanarme. Un nuevo hálito de temeridad me corría por las venas.

En tres ocasiones durante mi recorrido por el negro túnel mi pie tocó algo vivo, un cuerpo caliente y oscilante. Y en los tres casos lo aparté de un puntapié y seguí adelante.

Tropecé con un escalón. Ni siquiera me importó el dolor agudo que sentí en la espinilla al caer, pues significaba que había llegado al final.

Encontré la llave correcta y entreabrí apenas la puerta. Debía de ser por lo menos medianoche, pero los guardias hacían la ronda toda la noche. Bess me lo había dicho.

Vi brillar una luz en el pasillo de la Torre Beauchamp. Abrí un poco más la puerta. A unos siete metros de mí, un segundo hombre estaba sentado exactamente en el mismo sitio que otro había ocupado horas antes con las piernas extendidas. Entre el guardia real y yo mediaba la escalera circular que subía hasta mi celda. No se me ocurría el modo de llegar a esas escaleras sin ser vista.

Esperé mientras pensaba, con los dedos pegados a la puerta, cuando un burbujeo me sobresaltó. La puerta se abrió de par en par con un sonoro crujido. Tiré de ella hacia mí y esperé, tiritando.

Pero el guardia no reaccionó. Y entonces entendí por qué: roncaba.

Me humedecí los labios y me deslicé hasta adentrarme por el pasillo, avanzando tan silenciosamente como pude. Un paso, luego otro. El guardia volvía a roncar. Era un sonido grave y húmedo. Roncando así, el hombre debía de estar enfermo. Tal era la fuerza de sus ronquidos que le temblaban hasta los pies.

Logré llegar a las escaleras. Mi vía crucis prácticamente había concluido.

Los escalones de la escalera circular estaban alisados a causa del exceso de uso, un detalle en el que ya había reparado el día que me habían llevado por primera vez a la Torre Beauchamp. Y ese era precisamente el problema: solo había pisado las escaleras en una ocasión esa tarde de mayo y caminando con dificultad detrás de Bess, sin prestar la menor atención a nuestra ruta. Estaba demasiado concentrada en sujetar las sábanas e intentar hacerme pasar por Susanna, no en la posibilidad de que fuera a necesitar volver sobre mis pasos.

De repente no sabía adónde ir.

«Recuerda», me obligué a pensar. «Recuerda cuántos escalones bajaste y dónde giraste». Cerré con fuerza los ojos y los abrí para observar la

escalera circular que subía tres plantas. Mi celda estaba en la segunda, pero ¿en qué dirección? Cada planta tenía dos arcadas.

Elegí la arcada de la izquierda del descansillo de la segunda planta. De acuerdo con lo que fui capaz de recordar, me pareció la decisión acertada.

Pero me equivoqué.

Tardé un rato en darme cuenta —mientras recorría un pasillo tenuemente iluminado y luego otro— de que estaba en un error. Al principio, intenté convencerme de que iba en la dirección correcta, pero un arco rectangular recién pintado me obligó a admitirlo: no lo había visto antes. Giré sobre mis talones, buscando la escalera circular para volver a empezar desde el principio, pero ni siquiera eso pude encontrar.

Me apoyé contra un muro y pegué la cabeza a la piedra. Me dolía el cuerpo a causa del cansancio. No recordaba cuándo había sido la última vez que había comido o bebido algo.

Pero no me detuve demasiado tiempo a descansar. Tras una breve plegaria, me aparté de la pared de un empujón, decidida a reemprender la búsqueda. Recorrí otros cuantos pasillos silenciosos y oscuros, intentando reprimir la frustración. Podía traducir tomos de latín, hablar español y francés, bordar a la perfección, tocar música, cabalgar a campo abierto y calcular sumas, pero jamás había poseído el menor sentido de la orientación. Ya no lo había tenido al perderme en el laberinto de mi tío años atrás, y seguía careciendo de él.

Me vi de pronto al fondo de un largo pasillo y tiré con fuerza de la gran puerta, que no se me resistió.

La noche se abatió sobre mí para acunarme en su mano.

OceanofPDF.com

12

Había emergido al exterior y me encontraba en la barbacana del muro del castillo por la que me había paseado todas las semanas con el lugarteniente.

Un millar de estrellas brillaban en el despejado cielo de octubre, ejecutando en el cielo sus sombrías y pequeñas danzas cuyos diseños solo Dios podía desentrañar. Avancé unos pasos, alejándome un poco más de la puerta, y me volví a un lado y a otro, tiritando a merced de la fría brisa nocturna. Hacía mucho tiempo que no veía las estrellas. Inspiré hondo: percibí el olor húmedo y cenagoso del Támesis y también de algo acre. ¿Qué era? No era un olor agradable, aunque sí conocido, y que tenía algo que ver con el río. Por fin lo reconocí: anguila asada. Alguien había pescado anguilas entre sus redes y las asaba en la orilla del río. Debía de ser un fuego enorme para que el olor impregnara el aire a tan altas horas de la noche. Jamás habría imaginado que saborearía ese olor. Jamás me habían gustado las anguilas. Se me formó un nudo en el estómago al darme cuenta de que aquel podía ser mi último cielo nocturno. Cada vez más, mi libertad se me antojaba una quimera.

Reuní la voluntad suficiente para volver a la puerta. Sobresaltada, me di cuenta de que se había cerrado a mi espalda sin que yo me percatara. Y la encontré cerrada. Tiré de ella con fuerza. Nada.

Intentando recobrar la calma, probé las llaves una a una. Ninguna funcionó. Corrí hasta la otra punta de la barbacana y descubrí que también la otra puerta estaba cerrada con llave. Bess no me había dado las llaves de la barbacana. Obviamente suponía que no las necesitaríamos.

Estaba atrapada allí fuera, en aquella estrecha pasarela, a decenas de metros del suelo.

Me invadió la rabia contra mí misma y contra mi propia estupidez. Me derrumbé en el suelo de ladrillo de la barbacana y me rodeé las rodillas con los brazos al tiempo que me balanceaba adelante y atrás entre sollozos.

Por primera vez en mi vida, flirteé con la idea de quitarme la vida. Ni que decir tiene que enseguida repudié el peor de los pecados mortales, como lo habría hecho cualquier cristiano. Imperdonable. Un eterno purgatorio. Una desgracia de la que ninguna familia podría recuperarse. Pero mi mente no dejaba de volver una y otra vez a esa posibilidad. El dolor sería breve. Por fin me vería libre del terror y de la persecución. Bess estaría a salvo.

En apenas unas horas, los hombres vendrían a doblegarme. Y allí estaba yo, doblegada ya en espíritu. Bien podía ahorrarle al duque de Norfolk y a su desconocido acompañante el esfuerzo de doblegarme en cuerpo. Me encogí en el suelo durante horas, sin atreverme a ponerme en pie de nuevo por temor a saltar al vacío desde el borde de la barbacana.

Por supuesto que recé. Pero no fueron más que débiles súplicas. Y, como con todas las desesperadas plegarias que había murmurado desde mi paso por Smithfield, tan solo encontraron el silencio como respuesta. Cuando por fin el largo arrebato de llanto concluyó, me sumí en un denso abotargamiento. Aquel suelo estaba demasiado frío y demasiado duro como para poder dormir en él, por mucho que me dolieran todos los huesos a causa del agotamiento.

Una lluvia de gritos suaves y dulces me sacó de mi abotargamiento. Eran los pájaros del río que se saludaban entre sí. Me levanté y miré al este. Sí, el cielo empezaba a teñirse de gris, anunciando el alba. Más pájaros trinaron. Volaron sobre mi cabeza. Sus alas batían con un rápido zum, zum, zum, zum. La imagen de esas felices criaturas planeando sobre el muro de una prisión tocó algo dentro de mí.

No estaba dispuesta a rendirme.

Mi única esperanza, aunque mínima, era ocultarme detrás de la puerta. Me acordé de que cuando el lugarteniente paseaba conmigo de un lado a otro de la pasarela, las puertas normalmente estaban abiertas hacia afuera. Si eso era lo que ocurría ese día, podría esperar a que se presentara la ocasión y rodear sigilosamente la puerta para regresar corriendo a mi celda.

Ocupé mi lugar junto a la puerta, en el lado hacia el que sabía que se abriría. El cielo gris se tiñó de un tono naranja pálido. Hacia el este, el sol

ardiente asomaba ya sobre el confín del horizonte. Sentía que el frío había empezado a remitir.

Oí voces: dos hombres que se acercaban desde el otro extremo de la pasarela. Me pegué a la pared. Las voces aumentaron en intensidad. Tintinearon las llaves. La puerta se abrió de par en par.

—Mi esposa parirá dentro de tres horas —dijo un hombre—. Puede que antes de la cena.

La puerta se estampó contra mi vientre. Me tapé la boca para amortiguar el grito.

Un pie pateó algo en la parte inferior de la puerta. No se cerró.

—Ya, pero no siempre va tan deprisa —dijo otro hombre, que estaba a unos centímetros de mí—. Quizá nos aguarde una larga espera.

Siguieron andando. Oí que la otra puerta se abría y se cerraba. Luego, el silencio. Esa sería mi única oportunidad.

Rodeé la puerta. Nadie a la vista. Corrí pasillo adentro. Oí a los prisioneros despertarse en sus celdas. Seguí sigilosamente a un criado de ojos somnolientos que cargaba una cesta por un pasillo. Cuando pasé a toda prisa por su lado mirando al suelo, él no me dijo nada.

En cuestión de minutos había llegado a mi celda. Me temblaban las manos mientras buscaba la llave correcta. Bess debía de habérmela dado. Por fin la encontré. Cerré con llave la puerta tras de mí y me acerqué tambaleante a la cama. La habitación daba vueltas cuando me arranqué la toca y la escondí debajo del camastro al lado de las llaves.

Me sumergí en la nada —no hubo sueños ni tampoco temor hasta que me despertó una voz. Y un par de manos que me sacudían con fuerza.

Al abrir los ojos vi el rostro teñido de pánico de lady Kingston.

—¿Qué os ocurre, señora Stafford? —imploró—. ¿Estáis enferma?

Negué con la cabeza. Me costaba demasiado esfuerzo hablar.

—Estáis helada y juraría que tenéis el vestido mojado. ¿Cómo es posible? Que Jesús nos asista. —El vestido de color azul celeste que llevaba no le favorecía. Le hacía parecer varios años mayor de los que tenía la última vez que la había visto.

Se volvió bruscamente de espaldas.

—Bess, trae vino y comida, vamos. —Mi propia Bess se adelantó con los ojos brillantes de alivio.

Bess fue dándome de comer en silencio mientras lady Kingston me limpiaba el rostro con un paño caliente antes de ponerme a toda prisa un vestido limpio y cepillarme el pelo.

—¿Por qué tiene que venir justamente hoy que la reina Juana ha caído en cama? —masculló.

—Ah, ¿es entonces la reina la que está dando a luz? —pregunté.

—¿Y quién si no? —replicó lady Kingston—. Ayer muy temprano empezó a tener dolores. Dicen que está sufriendo mucho.

Oí un estallido de voces procedentes del exterior. Un grupo de hombres se acercaba. Por extraño que parezca, fui presa de una leve aprensión. El hecho de que hubiera podido huir de la barbacana del castillo esa mañana y llegar a mi habitación sin ser descubierta era una señal de algo. El maestro de caballerizas del castillo de Stafford era un hombre aficionado al juego. De hecho, era famoso por ello. Cualquier clase de juego. «Va a cambiarme la suerte», siempre me decía con un exagerado guiño. ¿Podía ser que mi suerte estuviera a punto de cambiar?

La puerta de mi celda se abrió de pronto y sir William Kingston hizo su entrada. Su esposa y él se miraron y cierta suerte de mensaje gravemente intricado se cernió sobre ambos. Ella asintió y se acercó corriendo a su lado.

A punto de entrar en la pequeña habitación estaba el duque de Norfolk, que no vestía su ropa de montar sino que iba envuelto en pieles, con los dedos relumbrantes de anillos tachonados de joyas. Apenas miró en mi dirección. Su rostro era la viva imagen de la tensión.

Se me aceleró el pulso cuando el tercer hombre entró con grandes zancadas en la celda. Debía de rondar quizá los cuarenta años. Vestía una larga e inmaculada sotana y un gorro negro sobre el cabello oscuro, pulcramente cortado y salpicado de canas. Sus ojos, de color miel, brillaban bajo unas cejas oscuras. Tenía la nariz larga y los labios carnosos. No era un hombre alto ni bajo, guapo ni feo.

El hombre me miraba como si no hubiera nadie más en la estancia. Algo parecía temblar bajo sus plácidos rasgos. Si hubiera tenido que definirlo, lo habría llamado «excitación».

El duque de Norfolk se aclaró la garganta.

—Señora Stafford, este es el arzobispo de Winchester —dijo—. Desea haceros algunas preguntas.

Saludé con una grave reverencia.

El obispo se volvió hacia Norfolk y, para mi sorpresa, le vi darle una suave palmada en el brazo.

—No es necesario que os quedéis, Thomas —dijo, empleando una voz baja y afable—. Sé que tenéis asuntos urgentes que atender. —Norfolk asintió y se marchó. El obispo hizo un gesto que a mis ojos resultó levemente imperioso hacia los Kingston y hacia Bess, que se habían retirado al rincón—. Todos podéis marcharos. Seguiré con esto solo. Será más eficaz.

Uno tras otro, los tres salieron de la celda arrastrando los pies.

El obispo se volvió y me sonrió. Fue una sonrisa breve y fría.

—Mi nombre de pila es Stephen Gardiner, hermana Joanna —dijo—. A pesar de que hace años que frecuento la corte, creo que no nos conocemos.

Negué con la cabeza. Sentí un gran alivio al oír el nombre por el que me llamaban en el priorato. Quizá por mi condición de simple novicia, nadie lo había empleado jamás en la Torre.

El obispo Gardiner dio un paso más hacia mí y me examinó.

—Parecéis estar muy sudada, hermana. Espero que no hayáis enfermado. Hay enfermedades de sudores en la ciudad. Si habéis estado expuesta a cualquier clase de contagio después de todas mis instrucciones, habrá consecuencias.

No había alzado la voz. Sin embargo, fue precisamente esa sensatez —la calma y la mesura con las que se expresó— la que me dio tranquilidad.

—Me encuentro perfectamente —dije.

—Entiendo que vuestra estancia en la Torre no ha sido fácil para vos. —Suspiró—. No hubo modo alguno de evitarlo. No he podido llegar antes a Londres. Solo el nacimiento del heredero del rey ha sido motivo de peso suficiente como para permitirme pedir permiso y abandonar mis obligaciones en Francia.

—¿De modo que me han retenido aquí durante todos estos meses sin que nadie me interrogue porque debíamos esperar a que regresarais a

Inglaterra? —pregunté, confundida.

No respondió.

—¿Habéis sido entonces vos quien ha pagado mi comida durante todos estos meses?

El obispo de Winchester cerró los ojos y asintió imperceptiblemente. Solo una vez.

Sentí que me fallaban las rodillas y me arrodillé delante de él con las manos entrelazadas.

—Obispo Gardiner, creedme, os lo ruego. No soy culpable de ningún crimen contra el rey. Quería a mi prima, Margaret Bulmer, y tan solo pretendía honrar nuestro vínculo familiar asistiendo a su ejecución. Jamás he conspirado contra Su Alteza. Hice el Juramento de Supremacía. Soy una súbdita leal y fiel.

El obispo se inclinó sobre mí y acarició mis bucles negros, que llevaba recogidos en la nuca. A pesar de que no hubo en el gesto el menor atisbo de lascivia, sentí que se me erizaba la piel. Me tocó como lo habría hecho un cazador que acariciara su mejor lebrel.

—Me pregunto si no seréis vos la trampa que traerá sobre mí la deshonra —caviló en voz alta.

OceanofPDF.com

13

Estaba sentada en la silla de mi celda, tal y como me habían ordenado. El obispo Gardiner estaba de pie delante de mí con las manos entrelazadas. Yo no podía hacer otra cosa que mirar, pues jamás había visto a un hombre con los dedos tan largos. El obispo empezó a tamborilear ambos índices entre sí. No decía nada. Se limitaba simplemente a tamborilear.

—¿Obispo Gardiner? —dije por fin.

—Os gustaría ver a vuestro padre, sir Richard Stafford.

Fue como si hubiera extraído la idea de mi cabeza.

—Oh, sí, sí. Me gustaría… mucho —balbuceé—. ¿Sería posible, obispo?

—Cuándo y cómo le veréis depende tan solo de vos, hermana Joanna —dijo—. Todo depende de vos. —Una vez más, me fijé en su plácida conducta y en su excitación, tensamente contenida.

El tamborileo entre sus índices se repitió tres veces más.

—Decidme todo lo que sabéis de mí.

Eso fue del todo inesperado… y difícil. Lamenté no haber prestado más atención a los chismes que circulaban por el castillo de Stafford sobre los hombres del consejo del rey. Todos ellos se desdibujaban en mi mente, ya fueran clérigos, nobles, soldados o secretarios. Yo sabía que Gardiner había sido ordenado cuando la verdadera fe había sido impoluta en Inglaterra. No era un obispo hereje. Aun así, era el consejero de confianza del rey y aliado del duque de Norfolk. Había muchos motivos para recelar de él.

—Fuisteis en un principio el hombre del cardenal Wolsey. Estabais a su servicio, y cuando el cardenal fue… —Intenté recordar la secuencia de acontecimientos.

—¿Proscrito por el rey, despojado de todo su poder y arrestado por traición? —preguntó el obispo Gardiner con una voz fría.

—Sí, sí, cuando el cardenal… se marchó, vos os convertisteis en un hombre importante para el rey. —Sentí que me ruborizaba. No podía

recordar los detalles y odiaba parecer tan ignorante—. El rey os nombró obispo de Winchester y miembro de su consejo. Y ahora sois su embajador principal en Francia.

El obispo esbozó una sonrisa tensa.

—¿Es eso todo lo que sabéis sobre mí? Confieso estar hasta cierto punto sorprendido.

—No soy una persona política —mascullé.

—Yo sí lo soy, hermana Joanna. Estudié en Cambridge. Llevaba allí siete años cuando dejé mi puesto para convertirme en el nuevo secretario de Wolsey. Todavía recuerdo la noche antes de que él llegara para entrevistar a los hombres que optaban al cargo. Yo deseaba con todas mis fuerzas que me seleccionara. No dormí ni siquiera una hora. Y entonces… ocurrió. El cardenal Wolsey vio al instante la promesa que había en mí. Sabía que podía llegar lejos.

La emoción le embargó la voz. Aunque sus palabras estaban colmadas de orgullo, había algo más. ¿Podía ser quizá una sombra de vergüenza? Me sentí como si le estuviera espiando en el confesionario.

—Ascendí muy rápido al servicio del cardenal —prosiguió—. Y todo por mi gran conocimiento de la ley. Yo era abogado y profesor, un respetado estudioso de la ley. Y como tal viajé a París y a Roma. He estado cinco veces en Roma desde entonces, y he pasado muchas horas en los archivos papales.

Hizo una pausa, como si deseara que la importancia de ese dato calara en mí. Me moví en la silla, incómoda. No conseguía imaginar de qué modo sus viajes del pasado —o nada que perteneciera a su historia personal— podía tener alguna relación con mi interrogatorio.

—No hay nadie en Inglaterra que posea un mayor conocimiento del canon y del derecho civil que yo. De ahí mi gran utilidad. El rey quería divorciarse de Catalina de Aragón y la gente le negaba ese derecho, de modo que Su Majestad decidió recurrir a la ley del reino. Yo era quien podía proporcionarle las soluciones… legales. Fui yo quien argumentó el caso del rey delante del propio papa Clemente.

En ese momento me recorrió un escalofrío. El divorcio del rey y Catalina de Aragón era lo que había sumido a nuestro país en el caos y yo

estaba en presencia de uno de sus arquitectos.

—Qué fácil resulta leeros el rostro, hermana Joanna. Me miráis como si fuera el mismísimo Lucifer.

Avergonzada, bajé la mirada.

—Sé que servisteis a Catalina de Aragón tras el divorcio, durante el último mes de su vida, como una de sus damas de honor. —Suspiró—. No, jamás podríais llegar a comprender mis actos. Sería injusto de mi parte pretenderlo. Dejémoslo así: sirvo a la Casa de los Tudor. —Hubo un atisbo de ferocidad en el modo en que dijo «Tudor».

El obispo Gardiner volvió a tamborilear con sus largos dedos en tres ocasiones, esta vez más deprisa.

—No tenéis un gran conocimiento de los acontecimientos actuales, de modo que será mejor que hablemos del pasado, ¿os parece? ¿Tenéis conocimientos de historia? ¿De la historia inglesa?

Asentí.

—¿Habéis oído hablar de Eduardo III? ¿De su hijo, el Príncipe Negro? ¿Y de Ricardo Corazón de León? ¿O del príncipe Arturo, el difunto hermano de nuestro rey?

Al oír esa lista, me pregunté por vez primera por el estado mental del obispo Gardiner.

—¿Sabéis de la existencia de esos hombres, hermana Joanna? —repitió pronunciando cada palabra como si yo fuera estúpida—. Responded, os lo ruego.

—Sí, pero ¿qué importancia tienen?

—Eduardo III fundó vuestro priorato hace casi doscientos años. Seguramente estéis al corriente de ello.

—Sí, obispo —dije.

—Para él era de vital importancia que se fundara una orden de monjas cerca de Londres, junto a la corte. Y no una orden cualquiera. Tenían que ser dominicas. ¿Por qué era su deseo fundar el primer priorato dominico de Inglaterra?

Intenté recordar lo que me habían dicho en Dartford.

—Porque la de los dominicos es una orden muy santa, dedicada a difundir la palabra de Dios y a vivir en el compromiso.

El obispo Gardiner sonrió.

—Hay cosas que no cambian. Ni siquiera ahora. Las jóvenes novicias de una orden dominica siguen imbuidas de un gran orgullo.

Me sonrojé. El orgullo era pecado.

—Perdonadme, obispo Gardiner.

—No, no, dice mucho en favor de vuestra priora. —Continuó con su saga—. La reina Leonor de Castilla, esposa del primer Eduardo, intentó fundar un priorato en Dartford, pero no fue hasta que su nieto, Eduardo III, hizo suya la causa cuando por fin se hizo realidad. Pagó la construcción del priorato con su propio dinero. Insistió en traer de Francia a cuatro ancianas monjas dominicas para que fueran ellas las fundadoras de Dartford. La intensidad de su implicación se consideró peculiar en su tiempo. Su hermano mayor y heredero, el príncipe Eduardo, el Príncipe Negro, agonizaba. Inglaterra acababa de perder una guerra con Francia. El Parlamento había rechazado un proyecto de ley sobre nuevos impuestos. Y sin embargo, él estaba interesado en fundar el priorato de Dartford. Más que interesado. Estaba obsesionado con ello. Los embajadores extranjeros así lo comentaban en sus respectivos correos a sus países de origen. ¿Podéis explicarlo?

—No.

—Muchos de nuestros monasterios y prioratos contienen reliquias sagradas, hermana Joanna. Dartford no, ni para el consuelo de sus hermanas ni tampoco para que el priorato sea foco de peregrinaciones públicas, ¿me equivoco?

—No, no os equivocáis. —Me froté los ojos, exhausta y confusa.

—Hermana Joanna, ¿no ha llegado a vuestros oídos que haya en Dartford algo que posea un inmenso valor y que fuera guardado en el priorato en tiempos de su fundación por Eduardo III?

—No.

El obispo Gardiner se inclinó hacia delante, acercándose aún más a mí, y sus ojos escudriñaron los míos.

—¿Estáis segura? ¿Segura del todo de que no hay nada especial entre las posesiones del priorato?

De nuevo, me devané los sesos intentando encontrar una respuesta.

—Dartford es famoso por sus tapices. Las hermanas han confeccionado obras con la aguja de excepcional calidad durante generaciones.

La boca del obispo Gardiner tembló. En apenas unos segundos, todo su rostro se había teñido de escarlata. Se le hinchó una vena a un lado del cuello. Agarrándome el antebrazo con las dos manos, dijo entonces, con una voz completamente distinta, una voz áspera:

—¿Creéis acaso que he venido hasta aquí desde tan lejos y que me he tomado tantas molestias por un puñado de tapices?

Su transformación me había dejado demasiado perpleja como para poder responder.

Cerró aún más las manos sobre mi antebrazo y siseó:

—Hermana Joanna, ¿habéis visto la corona de Athelstan?

Se me encogió el estómago. Intenté obligarme a adoptar una expresión vacía, pero a juzgar por su excitación entendí que era ya demasiado tarde.

Me soltó el brazo y se rio. Fue una risotada aguda y triunfal.

—La habéis visto y sabéis de su existencia. Yo tenía razón. Tenía razón. La corona está oculta en Dartford. Oh, gracias a Cristo en Su Misericordia, yo tenía razón.

Se frotó las manos, encantado.

—Cuando supe que habían llevado a una novicia de Dartford a la Torre, una Stafford que había estado al servicio de Catalina de Aragón, una joven que había resistido los golpes de Norfolk y que había pedido después las obras de santo Tomás de Aquino, lo supe. Supe que había encontrado a mi instrumento.

El obispo Gardiner cayó de rodillas y juntó las manos en oración.

—Os doy gracias, oh, Señor, por vuestra compasión y vuestro perdón. Todo será restituido y tendrá arreglo bajo vuestra mirada.

Abrió los ojos y volvió a ponerse de pie, sacudiéndose meticulosamente la suciedad del suelo de la sotana blanca.

—Y ahora, hermana Joanna, ¿podéis decirme dónde puedo encontrar la corona de Athelstan?

—Lo siento —dije, manteniendo la calma—. Pero lo desconozco por completo.

—No, eso no es cierto —replicó—. Es obvio que no lo es. No olvidéis que soy abogado de carrera. Sé cuándo alguien me miente, sobre todo quienes carecen de práctica en el engaño, como es vuestro caso.

Negué con la cabeza.

Su expresión de triunfo se desvaneció.

—Hermana Joanna, estoy haciendo esto para ayudaros, para ayudaros a todos vosotros.

«No es cierto», me dije. «Jamás os diré nada».

—¿Dónde está la corona de Athelstan? —repitió.

—No lo sé.

—¿Quién habló de ella en el priorato de Dartford?

—Nadie.

Inspiró hondo. Vi que intentaba mantener la calma.

—Hermana Joanna, vuelvo a preguntároslo: ¿dónde está la corona de Athelstan?

Alcé el mentón para mirarle a los ojos.

—Obispo, juro que no lo sé, y juro que nadie en Dartford me ha hablado de ella. Es la verdad.

—Hermana Joanna, no puedo dedicarle días a esto cuando sé que mis enemigos vigilan cada uno de mis pasos. Por última vez, ¿qué sabéis de la corona de Dartford?

Guardé silencio.

El obispo Gardiner se volvió de espaldas a mí y se dirigió hacia la puerta de la celda.

—¡Sacadme! —gritó. Todavía de cara a la puerta, me dijo—: Recordad que lo que os ocurra a partir de ahora es responsabilidad vuestra.

Sentí que se me volvía a encoger el estómago.

El obispo salió de mi celda sin dedicarme ni una simple mirada.

Yo no sabía quién sería el siguiente que iría a verme ni adónde me llevarían, pero recé para que fuera pronto. Me sentía fragmentada por dentro: temía no ser capaz de soportar las pruebas espirituales de otro periodo de encarcelamiento. El oscuro letargo me reclamaría para siempre.

Hacía mucho tiempo que mis plegarias a Dios no habían recibido respuesta, aunque en esa cuestión en particular sí la hubo. Sir William

Kingston regresó a mi celda en cuestión de una hora y dijo:

—Acompañadme, hermana Joanna.

Le seguí sin una sola palabra. Bajamos por la escalera de piedra y salimos al patio por la puerta de la Torre Beauchamp. El sol me deslumbró de tal modo y tan desacostumbrada estaba a la luz que a punto estuve de tropezar en los escalones principales.

Kingston me llevó a otro edificio cuadrado de piedra situado en el extremo sur, más pequeño que la Torre Blanca o la Torre Beauchamp.

Una vez que llegamos dentro, volvimos a bajar directamente por una escalera. Esta desembocaba en un largo pasillo en cuyo extremo más alejado estaba el obispo Gardiner, de brazos cruzados. Clavó en mí una mirada dura y enojada.

Sir William me acompañó hasta mi interrogador y le saludó con una inclinación de cabeza.

—Obispo, no me siento cómodo con esta forma de proceder —dijo con voz queda.

—Mi autoridad lo permite —replicó el obispo, molesto. Pensó durante un instante y luego se encogió de hombros—. Si albergáis alguna duda, sois libre de marcharos. Sé que no se trata de vuestra delicada sensibilidad, sino que teméis que os culpen de cualquier error en el procedimiento.

Sir William se estremeció, aguijoneado por la pulla. Sus pasos sonaron rápidos al subir las escaleras, como si no viera el momento de alejarse de allí.

—Bienvenida a la Torre de la Campana, hermana Joanna —dijo con aspereza el obispo Gardiner. Abrió de un empujón una puerta de madera y me indicó con un gesto que le siguiera. Con el corazón latiéndome a toda prisa en el pecho, crucé el umbral.

La habitación estaba tenuemente iluminada. Dos pequeñas velas parpadeaban en el extremo más alejado. El sol brillaba en el exterior, pero allí dentro la oscuridad era la misma que la de las celdas de la Torre Blanca por las que había pasado a medianoche. Oí un goteo constante, aunque no alcancé a ver qué era ni de dónde procedía.

El obispo Gardiner me cogió del brazo y tiró de mí sin miramientos, obligándome a adentrarme más en la celda. Se me revolvió el estómago a

causa del hedor. Nadie se había molestado en fregar la estancia con sosa cáustica antes de mi llegada. Apestaba a retrete desbordado y a vómitos. Cuando mis ojos se adaptaron por fin a la semioscuridad, distinguí formas extrañas en la habitación: dos largas mesas y una gruesa columna envuelta en cadenas situada en el centro.

—No es una habitación hermosa, ¿verdad, Tobias? —preguntó el obispo —. Aunque uno termina por acostumbrarse.

Algo a mi derecha se movió. Era un hombre. No era alto y, para mi horror, iba solo parcialmente vestido. Tenía unas mallas oscuras atadas a la cintura con un cordel, y no llevaba camisa. Sus brazos musculosos brillaron en la débil luz.

—¿Cómo está nuestro… invitado? —preguntó el obispo.

—Le he perdido. —La voz de Tobias sonó como la grava.

—Ah. Bien. Ya sabes lo que hay que hacer.

El obispo me empujó hacia Tobias, que estaba plantado delante de una extraña mesa. Cuando estuve más cerca, vi que parecía una plataforma llena de cuerdas y poleas sujetas al tablero.

Me acerqué un poco más… y me quedé helada. Detrás de Tobias yacía un hombre inconsciente encima de la mesa. Tenía los brazos estirados sobre la cabeza y atados a un extremo de la mesa con correas. Los pies estaban atados al otro extremo. Debajo del torso, levantándole la parte media de la espalda unos centímetros, había unas grandes ruedas de madera. Entendí que era un instrumento de tortura: el potro.

Tobias cogió un cubo y arrojó agua al rostro del hombre.

El hombre jadeó, se atragantó y giró la cabeza hacia nosotros. Era mi padre, sir Richard Stafford, atado al potro.

Oí un grito largo y terrible. Un grito de mujer.

Mi padre me miró. El grito era mío. Una marca brillante y púrpura le cubría la mitad derecha del rostro por debajo del pómulo. Había quedado desfigurado a causa de la explosión de pólvora de Smithfield.

—Joanna, santo Dios —exclamó—. No. No. —Intentó liberarse, pero ni sus brazos ni sus piernas se movieron un solo centímetro. Estaba fuertemente atado.

El obispo Gardiner me agarró de los brazos por la espalda y los unió, sujetándome muy cerca de él. El dolor me atenazó la parte superior de los hombros.

—Hermana Joanna, ¿me diréis lo que quiero saber? —preguntó.

Las lágrimas me bañaron el rostro.

—¡Sacadla de aquí, bastardos! —gritó mi padre.

El obispo Gardiner levantó un dedo.

—¿Tobias?

Tobías estiró la mano hacia una palanca y, con un gruñido, tiró de ella. Las cuerdas entrecruzadas se tensaron y estiraron, tirando de los brazos de mi padre en una dirección y de sus pies en la otra. Se le salieron los ojos de las órbitas y su boca se abrió en un grito silencioso.

—Basta. No, basta —imploré, intentando liberar los brazos de las manos del obispo—. Os lo diré, pero por favor, os lo suplico, no volváis a hacerle daño.

El obispo Gardiner me arrastró hacia la puerta, donde Tobias no pudiera oírnos. Dijo entonces:

—Contadme lo de la corona de Athelstan ahora. O, por Dios, que desmembraremos a vuestro padre. —Incluso a pesar de la débil luz, vi que tenía de nuevo el rostro teñido de escarlata.

«Dios, perdóname por lo que estoy a punto de hacer».

—Fue la reina —balbuceé.

—¿Qué? —estalló el obispo.

—Catalina de Aragón. Fue ella la que me habló de la corona antes de morir.

Las manos del obispo Gardiner cayeron a ambos lados de su cuerpo. Su rostro se relajó, presa de la perplejidad.

—Tobias —dijo entre jadeos—, desata ahora mismo a su padre.

OceanofPDF.com

14

—Bebed este vino —me ordenó el obispo Gardiner.

Me había trasladado a una habitación de la planta principal de la Torre de la Campana. La estancia estaba amueblada con mesas, sillas y estantes llenos de libros.

La visión de mi padre desfigurado y aterrado, estirado y con los miembros tensados sobre el potro, volvió a asaltarme con abrasador detalle. Sentí que algo me golpeaba la mano. El obispo intentaba ofrecerme una copa. Me aparté de él, temblando.

El obispo suspiró y dejó el vino encima de la mesa. Percibí su impaciencia.

—Os lo contaré todo —susurré—. Pero estoy mareada.

—Cerrad los ojos. Inspirad hondo tres veces.

Hice lo que dijo. No tenía elección.

—Y ahora, hermana Joanna, empezad por el principio, por el día que llegasteis al castillo de Kimbolton para entrar al servicio de Catalina de Aragón. ¿Cuándo fue eso?

—La segunda semana de diciembre de 1535 —dije—. Llovió todo el día. Mi padre me llevó. Los caminos estaban intransitables a causa del barro. Nuestros caballos se vieron obligados a parar una y otra vez. De haber ido en carruaje o en litera, jamás habríamos llegado. Había cerca de allí una aldea, un lugar pobre, y una anciana me dio su bendición cuando preguntamos qué camino tomar para ir al castillo. «Que Dios bendiga a nuestra pobre reina Catalina». Me sorprendió. Nos habían dicho que, por orden expresa del rey, nadie debía referirse a ella como reina desde el divorcio. Pero el pueblo siempre la quiso.

—Cierto —dijo secamente el obispo—. Proseguid.

Abrí los ojos y continué:

—También me sorprendió lo pequeño que era el castillo de Kimbolton. Apenas una casa solariega menor, no un castillo, y construida en una

hondonada. Costaba creer que una reina residiera allí. —Guardé silencio bruscamente, temerosa de haberme equivocado al darle ese título, pero el obispo Gardiner me animó a seguir con un gesto de la mano—. El dueño de Kimbolton, y guardián de la reina, sir Edmund Bedingfield, salió a recibirnos. Nos esperaban. Mi padre había enviado a un mensajero con antelación, anunciando que quien iba era yo, en el lugar de mi madre. Sir Edmund me llevó a la puerta que conectaba su casa con las dependencias de la reina y se marchó. Ella no le permitía entrar en sus habitaciones porque él se dirigía a ella llamándola «princesa viuda» y no «reina».

—¿Cuántas personas había con ella?

—Tenía dos damas de honor, dos criadas, su confesor y su médico, don Miguel de la Sa. Eso es todo. Los muebles eran viejos. Los platos y los cuencos estaban agrietados. Ni siquiera tenía un tapiz en la pared. La reina estaba en cama y muy débil, aunque dijo que se alegraba de verme. Pero fue duro. Yo sabía que se estaba muriendo, por eso le habían permitido tener de nuevo con ella a su servicio español. Su aspecto estaba tan desmejorado que no la habría conocido.

—¿En qué sentido?

—Debido a todo el peso que había perdido. Le asomaban los huesos del cuerpo. Casi todo el tiempo sufría dolores. A veces tan solo tomar aire parecía dolerle…

Vacilé al recordar su sufrimiento, pero una simple mirada al adusto rostro del obispo Gardiner me obligó a continuar.

—Intenté que se encontrara todo lo cómoda posible. Hacía mucho frío. No había nevado, pero desde las marismas un viento húmedo entraba por las ventanas. Intentábamos tapar las rendijas que rodeaban las ventanas y mantener vivo el fuego, pero en esa habitación nunca llegábamos a sentirnos secos del todo. Me dijeron que no había ayuda posible.

»Un día el embajador español, Eustaquio Chapuys, fue a visitarla. Sabíamos que tenía permiso del rey para verla una última vez después de muchos meses implorando poder hacerlo. Pusimos su dormitorio tan presentable como nos fue posible y vestimos a la reina con todo nuestro cariño. No tenía joyas. Se las habían quitado para dárselas a Ana Bolena años atrás. Pero hicimos todo lo que estuvo en nuestra mano.

»Cuando el embajador entró a la estancia, ella se alegró tanto que rompió a llorar. Dijo: «Ahora puedo morir en vuestros brazos, y no como una bestia sola en un campo». Eso me avergonzó, porque yo había trabajado muy duro para que se sintiera cómoda. Aun así intenté alegrarme por ella y celebrar que alguien que había trabajado tanto tiempo por sus intereses hubiera ido a visitarla.

—¿Estuvisteis presentes durante alguna de sus conversaciones?

—El primer día estuvimos todos presentes. La reina quería dejar claro que no tenía nada que ocultar a su majestad el rey. Incluso le pidieron a sir Edmund que estuviera allí. El segundo día solo un par de nosotras nos quedamos, guardando la distancia suficiente como para poder oírles.

—¿De qué hablaron? —El obispo sentía curiosidad.

—De la hija de la reina, lady María. La reina estaba terriblemente preocupada por la princesa y por lo que el rey urdiría por haberse negado a aceptar el divorcio. El embajador juró que haría todo lo que estuviera en su mano para protegerla y dijo que el emperador Carlos, su señor y sobrino de la reina, la mantendría a salvo. No permitiría que humillaran a una princesa que era prima suya.

—Y sin embargo sí ha sido humillada, y durante años —dijo el obispo Gardiner con una voz extraña.

—Sí, el doctor De la Sa me lo contó cuando nos quedamos a solas. Dijo que el embajador Chapuys no era sincero sobre los peligros a los que se enfrentaba lady María. La ira del rey es la muerte; no hay nada más fiel a la verdad. Pero el doctor no podía culpar al embajador Chapuys, porque el temor por su hija atormentaba a la reina. ¿Y qué podía hacer por ella la reina… mientras agonizaba?

—Proseguid.

—El embajador se quedó cuatro días con nosotros. Los primeros dos días la reina parecía más fuerte, pero quizá hablar con él la agotara, porque al tercer día estuvieron juntos apenas un rato. Esa fue la noche que pasé con ella a solas.

Guardé silencio, masajeándome las manos y volví a levantar la vista hacia el obispo. Le brillaban los ojos. Sabía que estaba muy cerca de contarle el secreto.

—Cuando el embajador se despidió de la reina al tercer día, ella empezó a perder la cabeza. Hablaba de su hermano, el príncipe Juan, fallecido hacía ya muchos años. Hablaba de él como si estuviera junto a ella, asistiendo a sus lecciones infantiles. Me quedé preocupada. Le di un poco de caldo y se quedó tranquila durante un rato. Luego empezó a hablar de cuando llegó a Inglaterra a la edad de quince años para casarse con el príncipe de Gales.

El obispo se inclinó hacia delante.

—No omitáis detalle. Contadme exactamente lo ocurrido.

Tragué saliva.

—Fue la noche que el doctor De la Sa se quedó dormido. Normalmente ambos la atendíamos juntos cuando caía la noche. Ella hablaba español de noche y nosotros éramos los únicos que la entendíamos. Era entonces cuando la reina estaba más… —intenté dar con la palabra adecuada.

—¿Vulnerable? —preguntó.

Una vez más, el obispo parecía haberme leído el pensamiento.

—Tras mi llegada a Kimbolton, el doctor De la Sa dijo que uno de los dos debía estar con la reina en todo momento. De ahí que, a pesar de mi agotamiento, me quedara junto a la cama de la reina y no llamara a nadie más. Él siguió durmiendo, y yo temía que si alguna de las otras damas se percataba de mi cansancio insistiría en que me acostara. No podía permitirlo.

—¿Por qué uno de los dos tenía que estar siempre con ella?

Me sorprendió que el obispo necesitara preguntarlo.

—El veneno —respondí—. El doctor De la Sa decía que toda Europa sabía que los Bolena intentaban envenenar a la reina. Ya habían intentado envenenar a Fisher, su mejor campeón. Ni una gota de bebida ni de comida podía tocar los labios de la reina antes de haber sido probada en presencia del médico o en la mía.

—Pero ¿por qué confiaba el doctor en vos y no en las demás? ¿Acaso algunas de ellas no habían servido a la reina durante mucho más tiempo que vos?

—Por mi madre. Por mi sangre española —dije.

Las cejas del obispo se arquearon de pronto.

—¿Todos los ingleses son entonces envenenadores en potencia?

Me encogí de hombros.

—Esa era la impresión del médico. Y también la de mi madre. Que jamás pudo confiar del todo en los ingleses.

—¿Y visteis alguna señal de veneno? —preguntó.

—Ninguna —concedí—. En cualquier caso, la reina comía muy poco.

Asintió.

—Habladme de la noche en que os quedasteis a solas con ella.

—Al principio habló del rey Enrique VII, su suegro. —Hice una pausa —. Las cosas que dijo no fueron agradables. Era la primera vez que la oía criticar a alguien.

—No omitáis nada. ¿Me oís?

—Durante un rato no me di cuenta de que se refería al viejo rey Enrique. Hablaba de un mendigo. Dijo: «Era un mendigo, un mendigo en el exilio». Luego guardó silencio, antes de decir: «Nadie creía que un Tudor podría ser rey de Inglaterra». La reina lo repitió tres veces: «Un mendigo no puede ser un rey bondadoso».

»Me dijo que todos los días que él estuvo en el trono había temido perder sus riquezas. Sus palabras exactas fueron: «Era muy cruel y desconfiado. Fue cruel con su esposa y con sus hijos. Por dentro era un hombre retorcido. Y consiguió que su hijo también lo fuera».

—¿A qué hijo se refería? —Como ambos sabíamos perfectamente, Catalina de Aragón había sido enviada por sus padres para casarse con el príncipe de Gales y formar así una alianza dinástica. Primero se casó con el príncipe Arturo, pero él murió cinco meses más tarde. Después ella se casó con su hermano menor, que se convirtió en Enrique VIII.

—Era Arturo. La reina dijo: «El príncipe no pudo yacer conmigo después de casados. Le tenía demasiado miedo a su padre. Estaba aterrado. Arturo quería ser un hombre. Pero eso me llevó al priorato de Dartford».

Oí el abrupto jadeo del obispo Gardiner.

—¿Fueron esas sus palabras?

—Sí.

—¿Qué dijo después la reina?

—No mucho más. Dijo: «La leyenda era cierta. Pobre Arturo». Se quedó callada durante un buen rato. Creí que se había quedado dormida,

pero gimió y después dijo, alzando tanto la voz que creí que despertaría a las damas que dormían en la habitación contigua: «Me equivoqué. Él es peor que su padre. Dulce Jesús, protege a mi hija».

—¿Hablaba entonces del rey Enrique VIII?

—No estoy segura. Después de eso se quedó dormida.

El obispo Gardiner se quedó pensando durante un instante con las cejas arrugadas.

—Pero ¿cuándo habló de la corona de Athelstan?

—La noche de su muerte. Justo después de que el embajador se marchara definitivamente, su dama de honor, María de Salinas, por fin llegó. Como mi madre, también María había venido a Inglaterra con ella desde España y estaba muy próxima a la reina. Pero fue entonces cuando la reina empeoró mucho, mucho más. Era casi como si hubiera estado esperando a María. Inmediatamente antes de la medianoche, preguntó si ya había amanecido. Sabía que se moría y quería oír su última misa. Su confesor dijo que podíamos celebrarla de inmediato, para ella, pero la reina dijo: «No, debemos esperar hasta el amanecer». Nos citó las Escrituras, allí donde dicen que no se puede oír misa antes del alba. La reina era muy devota. Llevaba un cilicio bajo el camisón, de la Orden de San Francisco.

»Fueron las horas más largas de mi vida. Rezamos juntas todo el rato. Sollozábamos, aunque intentábamos ocultárselo. Todavía faltaban horas para el alba cuando me preguntó: «Joanna, ¿eres piadosa?». Le respondí: «Alteza, lo intento». Entonces dijo: «¿Estás soltera?». Dije: «Sí». Guardó silencio y contestó: «Deberías tomar tus votos en el priorato de Dartford». Me miró muy fijamente y todos los demás me miraron también: el médico, María de Salinas, su confesor… Dije: «Sí, *madame*». Eso pareció darle tranquilidad.

El obispo Gardiner clavó en mí la mirada.

—¿De modo que fue Catalina de Aragón quien os dio la idea?

Asentí, desafiante.

—Así es.

—Pero ¿y la corona de Athelstan? Todavía no habéis llegado a eso, hermana.

—Fue aproximadamente una hora más tarde. La reina giró un poco la cabeza. Apenas podía moverse y me miró. Me agaché y ella susurró: «Arturo, María. Dartford. La corona de Athelstan. Protege a mi hija. Prométemelo, Juana. Protege el secreto de la corona por el bien de ella. Y no se lo digas a nadie. Si me quieres, no lo digas».

Miré al suelo, presa de la angustia.

El obispo Gardiner lo repitió:

—«Arturo. María. Dartford. La corona de Athelstan. Protege a mi hija». —Se mordió el labio, pensativo—. ¿Nadie más oyó a la reina?

—Quizá, pero habló en español. El médico no estaba cerca en ese momento, y María tampoco.

El obispo inspiró hondo.

—De modo que Catalina de Aragón os envió al priorato de Dartford.

—No, no me envió —dije con voz firme—. Sugirió que tomara allí mis votos. Cuando regresé al castillo de Stafford empecé a considerar la posibilidad en serio, como un modo de encarrilar mi vocación. Tras varias semanas de oración, me pareció la decisión correcta.

—¿Alguna vez le habéis hablado a vuestra priora de la corona de Athelstan?

—Por supuesto que no.

Sus preguntas me avasallaban.

—¿Jamás os preguntasteis por qué quería la reina que profesarais específicamente en Dartford? —preguntó.

—Yo sabía que fue Leonor de Castilla la primera en promover nuestra existencia. La madre de la reina Catalina era castellana. Me pareció que tenía todo el sentido: los dominicos eran originarios de España y la reina Catalina era española. Dartford es el único priorato que las dominicas tienen en Inglaterra.

—¿Qué dijo la priora del deseo de la reina de que vos tomarais vuestros votos en Dartford?

—Jamás se lo dije —respondí.

—¿Por qué no?

Guardé unos instantes de silencio, buscando las palabras precisas.

—Vanagloriarme de ese modo de mi conversación con la reina, con una mujer agonizante, provocaría la impresión de que mi intención era llamar la atención sobre mí y colocarme en una posición especial. Quería que me admitieran por mis propios méritos.

El obispo Gardiner me miró fijamente.

—Sois una persona fuera de lo común, hermana Joanna.

No supe qué responder a eso.

Volvió el cansancio. Me pesaban los párpados. Desde la distancia le oí decir:

—Este momento, un instante en el que una pregunta así encuentra respuesta, merece quedar grabado para la posteridad.

—¿Respuesta? —pregunté sin demasiado interés.

—Sí, ahora sé que la corona de Athelstan existe. Y que está en el priorato de Dartford.

Intenté combatir el cansancio.

—Pero quizá la reina estuviera confundida. No está allí. Ni siquiera sé lo que es. Jamás he oído a nadie mencionar la «corona Athelstan». Y he estado varios meses en Dartford.

—Catalina de Aragón fue una mujer astuta y formidable, incluso en la hora de su muerte. La corona existe. Está cuidadosamente oculta y lo ha estado durante generaciones. Aunque no por mucho tiempo más.

—¿Por qué decís eso? —pregunté, presa del pánico—. ¿Vais a ir al priorato de Dartford?

Una risa grave del obispo Gardiner.

—¿Con los espías de Cromwell por doquier, vigilando todos mis movimientos? Diría que no.

Sus ojos se posaron en mí una vez más.

—No, hermana Joanna. No voy a encontrar la corona de Athelstan. Vos sois quien va a hacerlo.

OceanofPDF.com

15

No es prudente reírse de un hombre. Y desde luego lo es mucho menos reírse de Stephen Gardiner, obispo de Winchester, quien durante la última hora había dado prueba de que la tortura no le era desconocida. Sin embargo, lo que había dicho era tan absurdo que no pude evitarlo.

—¿Creéis acaso que puedo entrar al priorato de Dartford y empezar a abrir cajones y husmear en los oscuros rincones del lugar? —pregunté sin aliento—. Quebranté mis votos yendo a Smithfield. Llevo presa aquí, en la Torre, desde mayo. Me he ganado la deshonra eterna.

El obispo no se ofendió.

—¿No deseáis volver… a ser una novicia? —preguntó con voz queda.

—Aunque lo deseara, no sería posible.

—Hermana Joanna, insistís en subestimarme. Soy el obispo de Winchester. Solo tengo que escribir una carta a vuestra priora y volveréis a ser admitida sin más.

Negué con la cabeza.

—La Orden de los Dominicos no responde ante un obispo inglés.

Fue entonces él quien se rio.

—Todas vosotras, incluida vuestra priora, acatasteis el Juramento de Supremacía y obedecer al rey Enrique VIII como cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Yo soy su representante. La priora de Dartford no tiene más elección que someterse a mi voluntad.

La excitación despertó en mi vientre al pensar en retomar mi vida en Dartford. «Un corazón y un alma buscando a Dios». Esas eran las palabras de san Agustín, pronunciadas muchos siglos atrás, al fundar la primera comunidad religiosa. La priora Elizabeth me las había repetido esa primera tarde mientras estaba sentada, nerviosa, en su oficina. Era un credo muy sencillo y a la vez profundamente cierto. Oí los cánticos, olí las nubes de incienso, sentí las sedas en los dedos en la sala de tapices. Fue realmente

duro combatir el irrefrenable deseo de volver a experimentar esas sensaciones.

—Jamás sería capaz de hacer nada que perjudicara a mi orden —mascullé.

El obispo Gardiner dio una palmada sobre la mesa.

—¿Seguís desconfiando de mí?

—Jamás podrá existir la confianza entre nosotros —dije—. Habéis ordenado torturar a mi padre.

—Yo no quiero hacer daño a nadie —dijo—. Sois vos quien forzó ese encuentro. Yo me limito a cumplir con mi obligación para salvar a los monasterios de la destrucción. Soy responsable de miles de almas.

—Pero el rey ha cejado en su empeño —dije, confundida—. Suprimió las pequeñas abadías y prioratos, o los que estaban sumidos en el caos. Pero las casas mayores… están a salvo. Mi priora nos dijo que jamás disolverían nuestro priorato. Que no es posible.

La sonrisa del obispo Gardiner fue esta vez más amarga.

—¿Creéis acaso, hermana Joanna, que el señor Cromwell se conformará con haber añadido al tesoro real los ingresos procedentes de la venta de esos pequeños prioratos cuyo valor es de doscientas libras o quizá menos? ¿Que no está ávido de conseguir la destrucción de los prioratos mayores y ganar con ello las riquezas que valen un siglo entero en un momento en que las arcas reales están prácticamente vacías?

Tragué saliva. Semejante maldad superaba mi imaginación.

—Pero ¿cómo podría el hecho de encontrar una corona detener a Cromwell y al rey, si tan determinados están? Ni siquiera sé lo que es. ¿Una corona del rey?

—Ningún Tudor ha llevado jamás esa corona. De hecho, tampoco ningún Plantagenet.

—¿Es una reliquia? —pregunté.

El obispo Gardiner sonrió, aunque fue más una mueca que una sonrisa.

—Tenéis una mente astuta, hermana Joanna. —Se dirigió al otro extremo de la habitación. El sol que entraba a raudales por la ventana de parteluz le bañó el rostro.

—Es más que una reliquia —dijo con voz queda.

—¿Más? —No lo entendí.

—Cromwell, junto con su secuaz, Richard Rich, y los demás herejes… se encierran en sus estancias y se mofan de las sagradas reliquias, los santuarios y el santoral. Lo llaman superstición y conspiran día y noche para barrer a la Iglesia católica. Pero fue imposible hacer desaparecer la corona de Athelstan. No pudieron negarla. Si la tuviera en mi poder, podría presionar a Cromwell para que pusiera fin a esta destrucción.

El obispo tamborileó sus largos dedos entre sí. Esperé. Vi que intentaba determinar cuánto debía contarme y decidí no apremiarle. Junto a mí tenía una estantería llena de libros recién encuadernados. Estudié las palabras que aparecían en las cubiertas. Un hermoso ejemplar nuevo de color carmesí tenía grabadas las palabras *El príncipe*.

—La importancia de la corona de Athelstan no es tan solo el lugar que ocupa en la historia —aseguró por fin—. Recordad lo que dijo Catalina de Aragón.

—«La leyenda es cierta» —susurré—. Entonces, ¿contiene una leyenda?

El obispo palideció.

—Sí. Y una profecía. La profecía de una gran recompensa, aunque no exenta de gran riesgo. Es a la vez bendición y maldición. Tiene un poder, hermana Joanna, que no ha sido jamás liberado, pues de lo contrario cambiaría las vidas de todos los hombres, mujeres y niños que habitan Inglaterra… y allende.

El miedo me erizó la piel.

—¿Por eso debe permanecer oculta? —pregunté.

Nos sobresaltamos cuando de pronto llamaron bruscamente a la puerta. El obispo soltó una risilla y me puso una mano en el hombro, como deseoso de calmarnos a ambos. El contacto de su mano provocó en mí un escalofrío. Él no se dio cuenta.

El joven lugarteniente estaba en la puerta.

—Obispo Gardiner, vuestro secretario está aquí en compañía de dos frailes —dijo.

—¡Ah, sí! —Se volvió a mirarme—. Tengo mucho que hacer. Esperad aquí.

Cerró tras de sí la puerta.

Hacía meses que no veía a un fraile, a un monje ni a una monja. Presa de la curiosidad, miré por la ventana. En el patio, el obispo Gardiner hablaba con tres hombres. Uno, un joven sacerdote, llevaba unos documentos en la mano. Supuse que era el secretario. Los otros dos vestían sendas sotanas blancas con cinturón, cubiertas con capas negras y capuchas recogidas sobre los hombros: el hábito de la Orden de los Dominicos. Un fraile era alto, delgado y rubio. El otro era más corpulento y mucho más moreno. Ambos parecían rondar los treinta años…, mucho más jóvenes que los decrépitos frailes que yo acostumbraba a ver en el priorato de Dartford. Mientras el obispo Gardiner hablaba animadamente y sus dientes destellaban al sol, ellos escuchaban con las manos entrelazadas y las cabezas respetuosamente inclinadas.

Después de un rato, el obispo hizo pasar a los frailes al interior de la Torre de la Campana hasta la habitación en la que yo esperaba.

—Esta es la hermana Joanna, novicia del priorato de Dartford —dijo con un ampuloso gesto, como si yo fuera un cuadro nuevo que él hubiera encargado.

Los dos frailes me miraron, dubitativos. Yo no llevaba hábito de novicia.

El obispo dijo:

—Os presento al hermano Edmund. —El rubio inclinó con elegancia la cabeza—. Y al hermano Richard. —El moreno inclinó levemente la suya. Tenía unos ojos fríos y especuladores.

—Partiréis dentro de una hora —les anunció el obispo Gardiner—. Primero mandaré que os sirvan comida. Debéis comer antes del viaje. —Se volvió entonces hacia mí—. Dartford cuenta con la bendición de disponer de los servicios de estos hermanos.

—¿Dartford? —grité.

—Han sido valiosos miembros de la comunidad de los dominicos de Cambridge, que fue suprimida por Cromwell. —El hermano Richard hizo una mueca de horror al oír la palabra «suprimida». El rostro pálido del hermano Edmund no mostró reacción alguna. Gardiner prosiguió—: Hace varios meses que teníamos previsto transferirles a Dartford. Hasta ahora

vuestro priorato ha albergado a algunos frailes de la abadía de Kings Langley para que oficiaran misa, gestionaran las finanzas de las hermanas y se encargaran de otras funciones administrativas. Uno de los hermanos padece hidropesía, ¿no es así?

Asentí, perpleja al saber que la dolencia del pobre y anciano hermano George fuera tan de dominio público.

—Le han llamado para que regrese a Kings Langley, a Hertfordshire. El hermano Robert ocupará su lugar y asumirá las funciones de presidente y administrador. El hermano Edmund tiene dotes de boticario. Se encargará de la transformación de la enfermería de vuestra aldea.

La puerta que estaba detrás del obispo Gardiner se abrió de pronto, y Bess apareció acompañada de otra sirvienta, ambas con sendas bandejas de comida.

—Excelente. —El obispo se iluminó—. Hermana Joanna, es esencial que también vos comáis. Calculo que llegaréis a Dartford justo después del crepúsculo y no tenéis la certeza de que puedan ofreceros allí una comida tardía.

Me agarré a la silla tras la cual estaba plantada.

—¿Parto esta noche hacia Dartford?

—Los tres partís para allá.

—Pero la priora no sabe nada de esto. —Mi voz sonó presa del pánico.

—Ha salido un mensaje hace diez minutos a lomos del caballo más rápido en el que se le informa de que acompañaréis a estos dos buenos frailes —dijo diplomáticamente el obispo—. Los caminos están secos. El mensaje llegará un par de horas antes que vosotros. Y ahora sentaos, os lo ruego.

Me derrumbé en la silla arrimada a una mesa.

Bess sirvió la comida: bandejas con rodajas de carne, tiras de bacalao ahumado y pan. El aroma especiado de la carne —carne de pollo salteada y servida en salsa de langosta, almendras y pan tostado— impregnó la habitación. El hermano Richard se abalanzó sobre ella como si fuera el primer plato de carne que había consumido en días, mientras que el hermano Edmund comió poco.

Bess miró en derredor para asegurarse de que nadie la veía y me dedicó entonces una sonrisa entusiasmada. Para ella aquello debía de ser una noticia dichosa: no solo me liberaban, sino que además me devolvían a mi vida anterior. Me pregunté qué pensaría si llegaba a enterarse de que había roto el voto de silencio que le había hecho a la reina Catalina de Aragón en su lecho de muerte y que había accedido a ir a Dartford para traicionar la confianza de una priora.

Pero, un momento: ¿en qué instante había accedido yo a nada?

Sin dejar de darle vueltas, tomé un sorbo del vino caliente y especiado que Bess había servido y comí una rodaja de carne. Hacía muchos meses que no saboreaba nada parecido. En Dartford solo comíamos carne los días festivos, y aun en esos casos era budín de carne.

El obispo Gardiner se quedó de pie junto a la cabecera de la mesa, mordisqueando una tira de bacalao mientras hablaba con los frailes de Cambridge. Preguntó por los detalles de una nueva imprenta y quiso también ponerse al corriente de las novedades sobre el decano de la universidad. Después de que el hermano Richard contara un chisme, el obispo echó hacia atrás la cabeza y se rio.

—Ah, cuánto he echado de menos esa arrogancia dominica. —El hermano Richard le sonrió. El obispo Gardiner parecía sentirse muy relajado con los frailes. «Es partidario de las viejas formas», me había dicho Charles Howard. Nadie que hubiera presenciado la escena lo habría puesto en duda.

Sentí que alguien me miraba mientras yo observaba al obispo Gardiner. Era el hermano Edmund: sus grandes ojos marrones contrastaban de un modo peculiar con su pelo ceniciento. De pronto, tuve la curiosa sensación de que le conocía. ¿Le había visto antes en algún sitio?

Gardiner sostuvo en alto una hoja de lechuga y anunció:

—Cuando era apenas un niño y estudiaba en el seminario de París, Erasmo estuvo alojado en la misma casa que yo durante una semana. Me encargué de ayudar a servirle la comida. Le encantaba la lechuga: no os imagináis el arduo empeño que puse en ello, aderezándola con mantequilla y con vino rancio. Erasmo dijo que jamás había disfrutado de un plato servido con semejante delicadeza.

El hermano Richard se reclinó en la silla.

—¿Y no lamentáis haber servido a Erasmo con tan solícito empeño?

Gardiner negó con la cabeza.

—Sé lo que vais a decir: que Erasmo prendió la antorcha que Lutero hizo resplandecer. Pero la cuestión es más complicada de lo que parece.

Desde la puerta llegó un ruido. Allí estaba el lugarteniente, fulminándonos con la mirada. Sus ojos se detuvieron en la tonsura que coronaba las cabezas de los monjes. Para él, esa agradable reunión resultaba algo repulsivo.

Entró en la habitación a regañadientes y me puso sin contemplaciones un paquete en la mano antes de girar sobre sus talones y salir. Los ojos entrecerrados del obispo Gardiner no perdieron de vista uno solo de sus movimientos.

El paquete contenía los libros que me habían dado, los volúmenes de Tomás de Aquino. Algo más cayó al suelo: el monedero que había llevado conmigo a Smithfield, con mis pequeñas joyas y baratijas. Con el corazón en un puño, busqué el colgante de Tomás Becket y me lo enrollé a la muñeca.

Volvió a aparecer en ese momento el secretario del obispo Gardiner y ambos hablaron en voz baja en el rincón opuesto de la estancia mientras los frailes daban cuenta de su comida.

Cuando Bess retiraba los platos de la mesa, poniéndolos en la bandeja de madera, le tiré de la manga. Deslicé sin ser vista el monedero con las joyas en la bandeja. Bess lo observó y luego me miró a mí con expresión interrogante.

—Acuérdate de mí —susurré.

—La Virgen María os protegerá —susurró Bess a su vez. Vi salir su espalda sólida y fuerte de la habitación y supe que jamás podría olvidarla.

El obispo Gardiner tomó entonces el mando de la situación. Su secretario acompañó fuera a los frailes para conducirlos hasta un carro que ya les esperaba. Me dijo que yo les seguiría después de intercambiar conmigo unas últimas palabras. Me llevó al rincón de la habitación donde había estado susurrando con su secretario.

—Tened cuidado en vuestro modo de proceder, hermana Joanna —dijo —. Debéis usar la sutileza para verificar vuestra posición. No llaméis la atención siendo obvia en vuestra investigación. Es muy importante que no le habléis de mi misión a nadie. Ni a vuestra priora, ni a las hermanas, ni tampoco a los frailes que os acompañan. Absolutamente a nadie. En cuanto sepáis dónde está la corona de Athelstan, comunicádmelo solo a mí y por escrito. No debéis tocarla, ni siquiera un solo instante, ¿entendido?

Fruncí el ceño y respondí:

—No nos permiten escribir cartas ni recibirlas, salvo con permiso expreso de la priora, que tiene la potestad de leer toda la correspondencia.

—Soy consciente de ello. Ya nos hemos encargado de eso. Lindando con las tierras de Dartford, al noroeste, hay una leprosería que fue abandonada hace años, ¿no es así?

—Sí.

—Junto a la puerta principal hay una ventana que da al este. Encontraréis a su lado una abertura, una cavidad de piedra donde pueden ocultarse las cartas sin temor a que nadie las encuentre.

Me asombró su detallado conocimiento de aquel oscuro edificio. Seguramente alguien familiarizado con el priorato de Dartford —con su tierra y con las propiedades— debía de haberle dado la información pertinente. Aunque conocía exactamente lo que había fuera de Dartford, evidentemente no podía acceder al interior. No sin mí.

—Debo regresar directamente a Francia tras el bautizo del heredero del rey, siempre que el pequeño sobreviva, claro está. La reina sufre enormemente y la pobre mujer no parece estar cerca del alumbramiento. —Hizo una mueca.

Jamás le habría imaginado capaz de un atisbo de compasión por el dolor de una mujer. La sorpresa debió de quedar patente en mi rostro.

—Fui yo quien estuvo a cargo de la ceremonia del casamiento de Su Majestad y lady Jane Seymour —dijo—. Es una buena cristiana. Y ahora… vayamos a lo que nos interesa. Esperaré correspondencia vuestra cada quince días, hermana, en la que me mantendréis al corriente de vuestros progresos. No tenemos mucho tiempo. Acabo de saber que los comisarios de Cromwell están a punto de empezar una nueva ronda de visitas a los

restantes prioratos y abadías. Empezarán por Gales y avanzarán desde allí hacia el este. No se espera su llegada a Dartford hasta después de Año Nuevo. Debemos encontrar la corona antes de su llegada.

Negué con la cabeza.

—Pero los hombres de Cromwell visitaron Dartford antes de mi llegada, hace ahora dos años. Me consta que la priora no les dijo entonces nada de ninguna corona. ¿Por qué habría de actuar de otro modo esta vez?

—Los comisarios de Cromwell han sido muy minuciosos en su inventario de las propiedades monásticas, señora. Se da por hecho que hacen ese registro movidos por la codicia, de modo que el lord custodio del Sello Real sepa dónde radican las oportunidades de un mayor botín. Pero podría haber un motivo oculto.

Tras unos segundos, entendí a qué se refería y fui presa del horror.

—Las visitas a los monasterios… ¿no son entonces más que un pretexto de Cromwell para registrar los monasterios en busca de la corona?

Gardiner se estremeció.

—Los propósitos del rey Enrique se ocultan entre sí; uno alimenta a otro… y este a otro a su vez. Nadie comprende a Enrique Tudor, y absolutamente nadie puede predecir sus actos. Ni siquiera Cromwell.

—¿Y el rey sabe de la existencia de la corona y que contiene un poder místico?

—Es posible. Obviamente Su Majestad ignora que está en Dartford, de lo contrario hace años que habría echado abajo el priorato, ladrillo a ladrillo. —Me estremecí—. Quizá sepa que existe, pero no dónde está. Aun así, del mismo modo que me he cerciorado de poner los medios y el modo de buscarla con discreción —gesticuló hacia mí—, también puede que Cromwell lo haya hecho. A decir verdad, he recibido un inquietante informe en el que se me indica de que algo trama en Dartford. Por eso debo llegar antes. No podéis decepcionarme, hermana Joanna.

—¿Y si lo hago? —Tragué saliva—. ¿No volveréis a hacerle daño a mi padre?

—Vuestro padre será liberado de la Torre de Londres el día que me hagáis saber dónde está la corona —dijo con premura.

Me acerqué un paso más a él y clavé la mirada en los ojos de color miel del obispo.

—Pero si fracaso…, ¿no le haréis daño?

—Quizá hayáis logrado vuestro objetivo antes del Día de Todos los Santos. Tan solo faltan dos semanas para eso. Según tengo entendido, todas las prioras de Dartford escriben una carta para su sucesora que debería leer solamente dicha sucesora. Vuestra priora es muy anciana. Debe de haber escrito ya su carta, y en ella debe de haber incluido la ubicación exacta de la corona.

Dije entonces, con voz firme:

—Obispo, debo preguntároslo una vez más, y esta vez exijo una respuesta. ¿Está a salvo mi padre de sufrir daño alguno en vuestras manos?

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Aseguraos de que vuestra primera carta esté en su sitio el Día de Todos los Santos —dijo. Y dicho esto, pasó por delante de mí hacia sir William Kingston, que aguardaba fuera de la habitación.

En ese momento odié a Stephen Gardiner, obispo de Winchester, a pesar de que durante mi vida ya había tenido buenas razones para odiar. Pero el obispo tuvo prioridad sobre todas ellas. Mi cuerpo tembló, presa de la fuerza violenta e impotente de ese odio.

En el otro extremo de la habitación, sir William, cuyo rostro no era sino una estudiada máscara, hizo entrega a Gardiner de un documento que el obispo firmó, al tiempo que decía:

—Veo que Thomas ya ha firmado. ¿Dónde está Norfolk?

—Ocupado, obispo. Su hermano menor ha muerto en la Torre Blanca esta mañana y deben organizarse las disposiciones pertinentes.

No pude evitarlo. Dejé escapar un leve gemido de pesar. Nadie me oyó. A nadie le importaba la suerte del difunto Charles Howard.

Kingston me hizo un gesto y sujetó abierta la puerta.

—Joanna Stafford —dijo—. Os libero de la Torre.

Con mis ejemplares de Tomás de Aquino bajo el brazo y mi colgante de Tomás Becket alrededor de la muñeca, salí de la Torre de la Campana y anduve hasta el patio, donde el sol de última hora de la tarde se colaba entre las ramas de las moreras.

OceanofPDF.com

Segunda parte

OceanofPDF.com

16

—¿No queréis comprarme una manzana, fraile?

El niño, de no más de siete años, estaba en medio de la calle Watling, ofreciéndole su manzana al hermano Richard. Incluso en el crepúsculo cada vez más cerrado, la pieza de fruta resplandecía; era de un rojo intenso y seductor.

Habíamos dejado sin novedad Londres a nuestra espalda. La festividad de San Miguel había pasado hacía ya unos días; los campos de trigo y de cebada habían sido despojados de sus cosechas y los manzanos bordeaban el lado oeste del camino a Dartford, el mismo que comunicaba Londres con Dover. Aspiré el aroma de su intenso dulzor. Verme así, avanzando libre por la campiña horas después de haber estado encerrada en la Torre de Londres, se me antojaba irreal, un sueño delirante.

A pesar de que cerca del suelo las ramas de los árboles estaban desprovistas de fruta, más arriba, allí donde podía trepar un niño ágil, los globos rojos colgaban con mayor profusión. Vi al niño sentado debajo del árbol más grande, con los pies asomando al camino, cuando nuestro carro trazó una curva. El pequeño salió al camino, al encuentro del hermano Richard, para venderle su mercancía.

Sin embargo, los ojos del niño no reparaban en el hombre, sino en su caballo. En la Torre, cuando me habían llevado al encuentro de los frailes que ya me esperaban y al carro, el hermano Richard aguardaba muy erguido junto a uno de los caballos más hermosos que yo jamás había visto: uno esbelto y gris moteado de lustroso pelaje y ojos brillantes. El hermano Richard había dejado claro que no solo la yegua le pertenecía, sino que no tenía la menor intención de atarla al carro, del que tiraban corceles menos aristocráticos. Haciendo ondear su negra capa de dominico, había saltado sobre la silla y había cogido las riendas, presto a viajar hasta Dartford. Al parecer, el hermano Edmund le seguiría sentado en la parte posterior del carro que conduciría un rotundo sirviente de la Torre.

El niño, visiblemente ilusionado, dijo entonces:

—Tenemos las mejores manzanas de Kent, fraile. Os vendo una cesta por tres cuartos de penique.

—¡Largo de aquí! —replicó el hermano Richard, sin rendirse a la tentación.

Los delgados hombros del niño se encogieron y el pequeño regresó lentamente al lugar que ocupaba bajo el árbol. Obviamente, no era el momento de comprar fruta, pero el desprecio del hermano Richard me pareció grosero en exceso. Dediqué una mirada de soslayo al hermano Edmund, que no había hablado desde que habíamos salido de la Torre de Londres.

El fraile rubio asintió, como si me hubiera oído pensar.

—La supresión de nuestro monasterio es muy dura para el hermano Richard —dijo con voz queda.

—Pero tiene un lugar donde ir —apunté.

—Sí, y ambos damos gracias por las disposiciones hechas por el obispo Gardiner, que ha decidido transferirnos al priorato de Dartford. —Guardó silencio, sopesando sus siguientes palabras—. Pero lo que debéis comprender es que se esperaba que algún día el hermano Richard fuera nombrado prior en Cambridge. Estudió allí cuando era niño y profesó su fe en cuanto alcanzó la edad necesaria para ello y fue un joven extremadamente devoto. Es un auténtico teólogo: ha publicado obras que se leen en el Continente.

Miré dubitativa al hermano Richard. La experiencia me había enseñado que una lengua afilada no siempre era sinónimo de una mente avezada.

Y además estaba el baúl.

En la parte posterior del carro viajaban dos baúles. Uno era pequeño y parecía haber sufrido las inclemencias del tiempo. Contenía los suministros de la botica del hermano Edmund. El otro era grande y de color burdeos, con la cerradura y las cenefas chapadas en oro. Pertenecía al hermano Richard, pero no se me ocurría lo que podía contener. Las normas que regían la conducta dominica eran la castidad, la humildad, la obediencia y la «pobreza». Quizá en Cambridge habían seguido una serie de normas distintas.

—Y para vos, hermano Edmund, ¿resulta esto… difícil? —pregunté.

—Soy fraile y sirvo a Dios allá donde voy —respondió—. Y eso significa que compartiré de nuevo techo con mi hermana menor, Winifred.

Por eso me resultaba familiar. Tenía el mismo color inusual —pelo ceniciento y ojos marrones— que mi compañera novicia y amiga, la hermana Winifred.

—Estará encantada de veros —dije—. En una ocasión me dijo que tenía un hermano fraile y que le echaba de menos.

—Yo también la he echado de menos —añadió—. Aunque esperaba que algún día la vería orgullosa de todo lo que he logrado a los ojos de Dios, y no así, arrastrándome hasta su priorato como un mendigo.

Aunque las palabras fueron amargas, el rostro del hermano Edmund mantuvo en todo momento la calma. De hecho, sus inmensos ojos oscuros parecían sumamente serenos. Era impresionante, aunque un poco extraña, la capacidad de autocontrol del fraile.

—En cualquier caso —prosiguió—, si es necesario que nos envíen a un convento de monjas, el prestigio de Dartford está fuera de toda duda. Las dotes administrativas del hermano Richard serán de gran utilidad para asegurar la riqueza del priorato.

—¿La riqueza?

—El priorato es el séptimo establecimiento más rico de Inglaterra. ¿No lo sabíais?

Negué con la cabeza.

—El hermano Richard dice que se debe a la carta estatutaria original concedida por Eduardo III. El priorato está exento de impuestos y recibe además cien libras anuales. Me dijo que Dartford es un importante hacendado de Kent. Y no solo es poseedor de tierras de labranza, sino que recibe ingresos de molinos, comercios, casas solariegas y hasta de canteras. El priorato tiene también propiedades en Londres. El hermano Richard me confesó que en toda su vida no había visto que un rey se preocupara tanto por dotar de seguridad financiera a una institución religiosa.

—Somos muy afortunadas —mascullé.

El camino trazó una curva y pude vislumbrar brevemente el río Darent. El carro siguió avanzando entre traqueteos y un gran edificio negro apareció

ante nuestros ojos: era el asilo Lowfield, el mismo que nuestra priora supervisaba y visitaba al menos una vez por semana. Habíamos llegado a las afueras de la villa de Dartford.

A pesar de que el aire nocturno se había enfriado, sentía las manos calientes, con picores, y húmedas. Todo estaba ocurriendo muy deprisa. En cuestión de minutos me enfrentaría cara a cara con la priora Elizabeth y con el resto de las hermanas. ¿Qué les diría? ¿Qué les habría dicho ya el obispo Gardiner en la carta que me había precedido?

Cuando estaba enojada o consternada, la priora Elizabeth apartaba los ojos del objeto de su decepción, como si la visión de esa persona fuera demasiado dolorosa. Arrugaba los labios y entrelazaba las manos. El enojo jamás le duraba mucho tiempo. ¿Cuánto tardaría en volver a mirarme con esos ojos afables y sabios? Anhelaba su perdón, incluso a sabiendas de que no tenía ningún derecho a recibirlo.

Pensé también en las hermanas: en las chismosas novicias, en la hermana Agatha y en la silente señora de los tapices, la hermana Helen. Naturalmente, yo me sentía más próxima a las otras novicias. La hermana Winifred, cuyo hermano iba sentado a mi lado, era una de las personas más bondadosas que había conocido, tan altruista como mi prima Margaret. La hermana Christina, la novicia de mayor antigüedad de las tres, tenía sus momentos turbulentos. Por esa misma razón, me sentía incluso más cercana a ella; compartíamos ciertas complicidades. También ella procedía de una antigua familia. Su padre, lord Chester, era un acaudalado terrateniente de Kent que durante muchos años había sido un compañero de cacería muy apreciado por el rey. Su madre era una Neville, una familia tan respetada como los Stafford.

El hermano Richard se volvió sobre su caballo con una sonrisa.

—¡Peregrinos a la vista! —gritó.

En el borde del camino tres figuras andaban en fila, vestidas todas ellas con largas y toscas sotanas. Cuando nos acercamos, vi que los peregrinos iban descalzos.

El hermano Edmund me lanzó una mirada inquisitoria.

—Hay muchos peregrinos que se detienen en Dartford de camino a los sepulcros de Rochester y de Canterbury —dije. Señalé hacia una distante

hilera de copas de árboles sobre las que asomaba una fila de edificios altos y encalados—. Esas son las posadas donde se alojan.

El hermano Richard les gritó a los peregrinos, dirigiéndose al más alto de los tres, pero el hombre no respondió. El segundo se volvió para dar una explicación:

—Lo lamento mucho, hermano, pero mi padre no habla —dijo con la voz aguda y cortés de un muchacho de no más de doce años—. Vamos de camino al sepulcro de san Guillermo de Rochester. Allí hablará para suplicar el perdón de sus pecados.

El hermano Richard ladeó la cabeza.

—¿Pecados?

—Perdimos este año a nuestra madre a causa de la peste y la cosecha ha sido tan escasa que quizá perdamos nuestra granja. Mi padre teme haber pecado en demasía para haber sido merecedor de la desaprobación de Dios.

—Quiera Dios que encontréis la bendita misericordia que buscáis —dijo el hermano Richard. Se volvió sobre su caballo y le dijo al hermano Edmund, visiblemente entusiasmado—: ¿Habéis oído eso? Creen en los sepulcros. ¡Cristo todavía se mueve entre la gente!

El hermano Edmund asintió. Sus grandes ojos marrones eran a un tiempo tan plácidos e impenetrables que parecían gemas.

Los frailes me desconcertaban. Me habría gustado saber por qué el obispo Gardiner había sacado a esos dos para su salvación. ¿Podía ser una coincidencia que hubiera escogido Dartford como destino para ambos? Cierto que éramos el único convento de monjas dominicas de Inglaterra y que probablemente otras abadías debían de estar a punto de no poder dar cabida a más frailes. Los dominicos solo podían servir junto a los suyos. Yo había recibido órdenes de no hablar de la corona de Athelstan con ninguno de los dos y no tenía la menor intención de hacerlo. Pero ¿cómo podía estar segura de que ellos no sabían nada —aunque fuera tan solo una corazonada — de mi misión?

Mi misión. Me parecía imposible. El obispo me había dado instrucciones para que empleara la «sutileza». Yo no era una mujer especialmente sutil. Mi rostro siempre traicionaba mis emociones, y ni siquiera cuando era niña se me había dado bien el engaño. En una ocasión

había leído una historia sobre una espía que vivía en Roma durante la época de los Borgia. Tras fracasar en su cometido de descifrar los códigos secretos contenidos en una carta que había robado a un malvado cardenal, cuando estaba a punto de tomarse un vial de veneno, había sido rescatada por un marido que había huido de la prisión. Ese estúpido libro era hasta donde alcanzaban mis conocimientos sobre el arte del espionaje. Yo sabía que los espías reales existían. Thomas Cromwell, el lord custodio del Sello Real, era famoso por su red de operarios. Se decía que uno de los motivos que le habían llevado a desvalijar los monasterios era el oro necesario para vincularse con todos esos hombres. Desde los pajes de menor alcurnia a embajadores extranjeros, todos ellos trabajaban a su servicio en secreto. Del mismo modo que yo trabajaba en secreto para el obispo Gardiner. Bajé la cabeza. «Pero no por dinero», me dije con vehemencia, «sino por la vida de mi padre».

El carro aminoró la marcha. Ante nosotros estaba el centro de la villa: las posadas, la alta iglesia parroquial, el floreciente mercado, docenas de tiendas: panaderías, curtidores, carnicerías, sastres… y algunas pequeñas empresas de transporte. Pero no entraríamos a la villa. El priorato de Dartford estaba situado exactamente al norte de la villa. El estrecho camino que yo tan bien conocía emergía de entre dos elegantes olmos.

Justo en el preciso instante en que el carretero tiraba de las riendas para girar, oí campanas. Fue un sonido muy leve. Apenas le presté atención. Pero las campanas siguieron repicando… y repicando. Jamás había oído repicar campanas durante tanto rato. El carro había empezado a subir por el camino que llevaba al priorato y las campanas seguían repicando. El hermano Richard también se dio cuenta y levantó la mano. Nos detuvimos… y escuchamos. Un minuto más tarde sonaron más campanas, y esta vez más alto, superponiéndose a las primeras. Era como si las órdenes de tocarlas hubieran empezado lejos y otras iglesias, las más próximas a Dartford, también hubieran comenzado a tirar de las cuerdas para hacer sonar las suyas.

—Las campanas anuncian que es un varón —exclamó el hermano Richard.

Todos, incluido el carretero, nos persignamos.

—Es una señal de que Dios bendice este matrimonio, ¿no lo veis? —apuntó, exultante, el hermano Richard—. ¡Ahora la reina podrá ayudarnos!

Espoleó a su caballo para apresurarse por el camino que llevaba a Dartford. Miré al hermano Edmund en espera de una explicación. Él miró al carretero y dijo en voz baja:

—La reina es partidaria de las viejas formas. Apoya a los monasterios. Sin embargo, cuando a finales del año pasado intentó intervenir para pedir que nos perdonaran, el rey le ordenó guardar silencio. Con un príncipe en su regazo, podría convertirse en una respetada consejera.

Asentí, aunque lo que acaba de oír me pareció muy improbable. ¿Escucharía el rey a alguna mujer, por algún motivo? Recé una plegaria en silencio por la hija de Catalina de Aragón, lady María. Era cinco años menor que yo, huérfana de madre, declarada ilegítima por su padre y en ese momento oficialmente desplazada por un príncipe. Quizá el rey no considerara a María —ni a Elizabeth, la hija de Ana Bolena— una heredera adecuada, pero en España las mujeres podían reinar por derecho propio. La reina Isabel, madre de Catalina de Aragón, era un claro ejemplo de ello. Desgraciadamente, en nuestra isla, ser mujer tenía todavía muy poco valor.

El carro reemprendió la marcha y subió por el camino hacia el priorato. El sol acababa de ponerse en el cielo y el crepúsculo estaba en todo su esplendor: la luz violeta bañaba los campos abiertos a nuestra izquierda. Estiré el cuello, ansiosa por ver el priorato, pero un bosquecillo bloqueó mi línea de visión.

El hermano Richard, que se había adelantado, fue el primero en avistar el priorato. Le vi quedarse helado sobre la silla. Sí, hasta él estaba impresionado.

El carro dejó atrás el bosquecillo y, elevándose por encima de los muros de piedra que lo rodeaban, vi mi hogar.

Lo primero que siempre me impresionaba era la dimensión del priorato: los elevados y cuadrados muros delanteros. No era sin embargo una construcción sombría ni imponente. Los muros eran de un suave tono gris claro, construidos con pizarra de Kent. Pero lo que siempre me conmovía era la simetría de su diseño, su confiada elegancia. Cuatro grandes blasones labrados de la Orden de los Dominicos destacaban a lo largo de la parte

superior del muro. A esa hora no había luz suficiente para poder descifrar sus frontales, pero yo conocía los diseños de memoria. Escudos en blanco y negro que representaban el júbilo y la penitencia. En esos escudos florecían los lirios, símbolos de nuestra fe.

La iglesia cruciforme se alzaba tras el muro delantero, justo en el centro. Los últimos rayos agónicos de luz se reflejaban en los triángulos de vidrio emplomado. Detrás se diseminaban las construcciones más pequeñas: las dependencias de los frailes, las cuadras y la fábrica de cerveza. Todo ello perfectamente equilibrado. Siempre sería el lugar más hermoso que habían visto mis ojos.

—¿Hermana Joanna? —dijo alguien.

—Sí, ¿qué ocurre? —jadeé, enjugándome las lágrimas de las mejillas.

El hermano Richard señaló una colina lejana situada a nuestra izquierda.

—¿Es allí donde empieza la propiedad de lord Chester? —preguntó—. He conocido a su hijo menor, el obispo de Dover.

Asentí, incapaz todavía de controlarme. El hermano Edmund me examinó con su habitual expresión de calma distante. Me volví irritada de espaldas, evitando a los frailes.

Llegamos a la gran garita situada a la entrada del priorato. Estaba vacía y a oscuras. El carretero se volvió a mirarnos, sin saber qué hacer.

—Tendría que haber salido alguien a recibirnos —dijo el hermano Richard.

—La priora tiene un portero —le dije. A Dios gracias, mi voz había vuelto a la normalidad—. A veces está en la garita, pero al caer la noche suele quedarse en el vestíbulo delantero del priorato.

—¿Sin habernos dejado antorchas encendidas? —preguntó con tono acusador el hermano Richard, como si fuera yo la responsable.

El hermano Edmund dijo entonces:

—No será difícil hacerle saber de nuestra llegada. —Bajamos del carro de un salto. Con un sonoro suspiro, el hermano Richard desmontó y le dio las riendas de su caballo al carretero.

La entrada al priorato de Dartford dejaba sin aliento a la mayoría de la gente. Hasta los dos frailes parecían impresionados.

Se accedía al priorato por un arco muy elevado casi de medio punto. A ambos lados, la estatua de un rey miraba al frente: nuestro fundador, el rey Eduardo III. Sobre lo alto del arco había una piedra labrada que celebraba la Ascensión de la Virgen.

El hermano Richard llamó a la robusta puerta de madera. Esperó menos de un minuto y volvió a llamar. Nadie salió a abrir.

—No se me ocurre nada que excuse esto —dijo.

Por fin, la puerta se abrió con un crujido. Para mi alivio, Jacob, el anciano portero, salió caminando con lentitud. Frunció el ceño al mirar a los frailes. Cuando me vio, su expresión cambió, revelando su conmoción.

—Hermana Joanna, ¿sois vos? —trinó.

—Sí, Jacob —respondí.

—¿Nos os ha informado vuestra priora de nuestra llegada? —preguntó el hermano Richard.

Jacob negó con la cabeza.

El hermano Edmund dijo entonces con su voz afable:

—¿No ha llegado durante el día de hoy ningún mensajero de Londres?

—Sí, hermano. Ha llegado un mensajero.

—¿Qué os ha dicho la priora después de leer el mensaje?

Jacob miró al hermano Richard y sus ojos se abrieron como platos. La boca se abrió y se cerró como la de un pez. Yo jamás había visto así a nuestro portero…, tan perdido.

—¿Qué ocurre, Jacob? —pregunté.

Pero tampoco a mí quiso darme una respuesta.

—Llevadnos ante vuestra priora —dijo el hermano Richard.

Jacob retrocedió, apartándose de él.

—No, no.

—Llevadnos ante vuestra priora. ¡Ahora! —tronó el fraile.

Con un último boqueo, Jacob giró sobre sus talones y nos condujo al interior del priorato.

La estatua de marfil de la Virgen María en su trono resplandecía en la antecámara delantera. Esperé que Jacob girara a la izquierda y nos llevara al *locutorium*, la sala donde las monjas podían encontrarse con sus visitas, mientras él iba en busca de la priora Elizabeth. Los hombres eran frailes

dominicos, cierto, pero las reglas de la orden dictaban que ningún hombre, fuera o no religioso, tenía permitido el acceso al lugar donde residían las hermanas, a menos que hubiera sido expresamente permitido por adelantado por una priora.

Sin embargo, y para mi asombro, Jacob dio la espalda al *locutorium* y al resto de estancias donde tenían permitido el acceso las personas ajenas al priorato —el despacho principal de la priora, las habitaciones de huéspedes ocasionales y las de los residentespara dirigirse al corazón del priorato.

Sacó sus llaves al llegar a la puerta que llevaba al claustro, a la sala capitular, la iglesia, el refectorio, las cocinas y los dormitorios.

—¿Qué haces, Jacob? —pregunté.

Abrió la puerta sin responder.

—Hasta el momento no he visto sino reglas quebrantadas: primero de hospitalidad y ahora la más estricta de todas, la clausura —apuntó encolerizado el hermano Richard—. El buen concepto en que tenía a este priorato era del todo equivocado.

Miré al hermano Edmund con la esperanza de que hiciera algo para calmar a su agitado compañero, pero se mantuvo en silencio, sumido en sus propias cavilaciones.

Jacob solo me miró a mí.

—Id a la iglesia —susurró, sujetando abierta la puerta.

Los tres cruzamos el umbral, y Jacob cerró con llave la puerta a nuestra espalda.

Debía de ser la hora de completas, un oficio sagrado dominico y por ende un momento del todo inapropiado para reaparecer, más aún acompañada de dos frailes. Pero no supe qué otra cosa hacer. Obviamente Jacob había perdido el juicio. Siempre había sido un hombre profundamente devoto de la priora. No alcancé a imaginar lo que podía haberle ocurrido.

—Seguidme —dije.

Nos dirigimos hacia el claustro: el patio abierto y el jardín situados en el centro del priorato. Los pasillos bordeados de columnas se alineaban a cada lado. Instantes más tarde llegamos al pasillo más alejado que llevaba a la iglesia. La felicidad que provocaba en mí estar de regreso en el priorato se vio menguada por la confusión. Era incapaz de oír nada: ni los cánticos, ni

los coros, ni tampoco las respuestas habladas. Completas no era una comunión silenciosa.

Desde el momento de nuestra llegada percibí que algo no iba bien. De pronto me sentí abrumada por el temor.

Llegamos al arco de acceso de la exquisita iglesia de Dartford. Agachamos la cabeza y sumergimos los dedos en el agua bendita de la pila y nos persignamos. Pero no conseguía ver demasiado. Me envolvió de pronto un vaharada de humo espeso que me llenó la nariz, la garganta y los ojos. Jamás había olido tanto a la vez. Y no era solo lavanda. Detecté romero flotando en el aire. Las velas parpadeaban en el ábside, creando puntos de luz que resplandecían a través de la fragante nube. Me sentí ligeramente mareada.

Todas las hermanas de Dartford estaban en efecto allí. Las dos docenas de mujeres ocupaban ordenadamente la sillería que les había sido asignada, y presente por fin en la misma sala que ellas entendí que no estaban en silencio. Sollozaban.

A medida que la nube de incienso se disipaba, apareció a la vista un blanco rostro. Había una persona acostada sobre el púlpito. Y no eran cortinajes lo que vi, sino una larga y negra capa.

Me acerqué un paso, luego otro. Y otro más. Conocía ese perfil, esas mejillas arrugadas. Quien reposaba tumbada sobre el púlpito era la priora Elizabeth Croessner.

OceanofPDF.com

17

La hermana Joan Vane fue la primera en verme. Salió del lugar que ocupaba en la sillería y se acercó a toda prisa por el pasillo central.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó con la voz afilada—. Deberíais estar en el *locutorium*. ¿Y cómo se os ocurre traer aquí a estos frailes? —Frunció el ceño al reparar en el hermano Richard y en el hermano Edmund.

Yo estaba demasiado perpleja ante la visión de la priora como para responderle. No era capaz de asimilar lo que veían mis ojos. Había estado pensando en lo que le diría a la priora Elizabeth, imaginando las palabras que ella me dedicaría con su voz suave y educada.

La hermana Joan me cogió del brazo y me empujó hacia los frailes, que esperaban al fondo de la capilla. No me sorprendió que hubiera asumido el mando. Siempre había sido una diligente *circator*, intentando asegurarse en todo momento de que se cumplían las reglas.

—¿Es esa vuestra priora? —le preguntó hermano Richard.

—Sí —respondió la hermana Joan—. Dios se la ha llevado con Él.

Los frailes se persignaron. Yo les imité y al hacerlo sentí que me temblaba la mano derecha.

—¿Cuándo ha sido? —preguntó el hermano Edmund.

—Esta mañana —dijo ella—. Yo sabía de vuestra llegada, pero no creía que apareceríais tan poco después que el mensajero de Londres. No he tenido ocasión de decirles nada a las hermanas. Quería darles un tiempo con la priora Elizabeth antes de que se la lleven para enterrarla.

Ante la mención del entierro, un leve gemido escapó de entre mis labios. Se me agolparon las lágrimas en los ojos hasta surcarme las mejillas. La hermana Joan me ignoró.

—Me alegro de estar aquí —anunció el hermano Richard—, pues hay mucho por hacer. Conozco el procedimiento de selección de una nueva priora. Hay que escribir y enviar cartas de inmediato.

La hermana Joan alzó su prominente barbilla. Era una mujer alta, pero de pronto lo parecía todavía más.

—Eso no será necesario.

—¿No será necesario, decís? —repitió él.

—Yo soy la siguiente priora de Dartford —dijo con orgullo la hermana.

El hermano Richard clavó en ella la mirada como si estuviera loca.

—¿Con qué autoridad? —preguntó por fin.

Hubo un movimiento a nuestra espalda. Un trío de monjas estaban de pie a escasos metros de nosotros, mirándonos fijamente. Eran mis compañeras novicias: la hermana Winifred y la hermana Christina, y entre ambas estaba la corpulenta novicia, la hermana Agatha. Otras monjas se habían congregado detrás de ellas, intentando vernos.

—Edmund, ¿eres tú? —preguntó con voz temblorosa la hermana Winifred, parpadeando, presa de la confusión.

El hermano Edmund dio un paso hacia ella al tiempo que una bondadosa sonrisa le iluminaba el rostro. Cuánto se parecían.

—Sí, querida hermana —contestó.

Los ojos de la hermana Winifred alternaron fugaces su mirada entre el rostro de su hermano y el mío.

—¿Y la hermana Joanna? —preguntó, resollante—. Nos habían dicho que estabais en la Torre.

—¡Basta! —dijo la hermana Joan—. Hablaremos fuera de la iglesia. Hermana Agatha, acompañadnos. —Alzó la voz para que todas las monjas pudieran oírla—. Por favor, hermanas, el resto de vosotras permaneced aquí. Se os han asignado vuestros turnos para la vigilia nocturna de acompañamiento a nuestra guía. Al alba, la lavaremos y la amortajaremos.

Estalló al instante un nuevo coro de sollozos.

Alzando todavía más la voz, la hermana Joan gritó:

—No tardaré en volver. De momento, respetad a nuestra amada priora, aunque otros no lo hagan. —Me fulminó con la mirada.

Vi que, compungida y abrumada, la hermana Winifred se volvía hacia su compañera novicia. La hermana Christina la abrazó. Por encima de los hombros de la mujer más baja, me lanzó una furiosa mirada preñada de desconfianza.

Salí de la capilla tras la hermana Joan y la hermana Agatha y tras ellas siguieron los frailes. Me enjugué las lágrimas de las mejillas.

Un instante más tarde estábamos todos en la sala capitular, junto a la iglesia. La hermana Agatha prendió las velas, visiblemente nerviosa.

El primero en tomar la palabra fue el hermano Richard.

—Necesito saber con qué potestad habéis asumido el cargo de priora —dijo sin más preámbulos—. ¿Ha sido quizá con la del obispo de Rochester?

Los ojos de la hermana se entrecerraron.

—¿Cuál es vuestro nombre? —preguntó.

—Soy el hermano Richard.

—Bien, hermano Richard, debo deciros antes que no estoy obligada a responder ante vos de ningún modo —dijo con suavidad—. Pero tampoco es mi deseo ocultar nada, pues todo se ha hecho con absoluta propiedad. Los miembros del priorato me han elegido hoy, siguiendo una recomendación. Y no, no ha sido el obispo de Rochester, aunque podría decirse que pertenecemos a su jurisdicción. Como bien debéis saber, tampoco acudí a vuestro patrón, el obispo de Winchester. Mi autoridad procede directamente del segundo hombre del reino, el lord custodio del Sello Real y vicerregente de los Asuntos Espirituales, Thomas Cromwell.

El hermano Richard se encogió, apartándose de ella como si la hermana acabara de conjurar al mismísimo Satán. Con voz ronca, balbució:

—Pero… pero… Cromwell es el hombre que pretende destruir los monasterios.

El rostro de la hermana Joan se tiñó de escarlata.

—Mientras los monasterios se erijan en este reino, (y, hermano, todos rezamos para que la disolución no continúe), Cromwell es la autoridad a la que nos debemos. Así lo estipula el Juramento de Supremacía.

—¿Y cómo ha podido saber que aquí era necesaria una nueva priora? —preguntó el hermano Richard.

—Mi predecesora, la priora Elizabeth, enfermó este verano. Ya en septiembre era evidente que no se recuperaría. Escribí a Cromwell personalmente y le informé de la situación y de mis credenciales para el puesto. Su aprobación nos llegó por carta la semana pasada. Podéis examinarla, si así lo deseáis.

El hermano Richard y el hermano Edmund cruzaron una mirada de consternación. Yo sabía poco de los procedimientos implícitos en el proceso de selección de una nueva priora mientras la anterior agonizaba, y desconocía si la hermana había ignorado algunas de las reglas, pero sospechaba que la alarma de los frailes tenía que ver sobre todo con la implicación directa de Cromwell.

—Bien, centrémonos en el asunto que tenemos entre manos —dijo ella bruscamente—. El obispo Gardiner ha dado órdenes de que os transfieran a ambos del monasterio de Cambridge a Dartford. No tengo objeción alguna. Hermano Richard, daré orden de que mañana os hagan entrega de todos los libros contables. —Miró entonces al fraile rubio—. Vos debéis de ser el hermano Edmund.

Él bajó la cabeza.

—La enfermería que el priorato tiene en la aldea de Stanham está en precarias condicones desde hace muchos años, y la que tenemos aquí, intramuros, es también insuficiente. Si tenéis la mitad de conocimientos de los que, según el obispo Gardiner, poseéis, merecerá sin duda la pena el coste que supondrá daros comida y un techo bajo el que cobijaros.

El hermano Richard hizo una mueca. No era desde luego el modo más elegante de recibir a los nuevos miembros de una casa religiosa. Pero el hermano Edmund no mostró el menor atisbo de emoción.

—Sí, priora —dijo.

El hermano Richard habló entonces:

—Tengo un baúl que hay que trasladar a las dependencias de los frailes y un caballo que necesita una cuadra. Nuestro grupo ha venido en carro. Hay que dar de comer y de beber a los caballos antes del viaje de regreso y también hay que dar de cenar al carretero.

La priora Joan se encogió de hombros.

—Esas son cosas de las que debe encargarse el portero.

—Vuestro portero se ha mostrado inepto a nuestra llegada.

Ella puso los ojos en blanco.

—Sí, durante años la priora Elizabeth le ha mimado en demasía y ahora es prácticamente un inútil. Una de las primeras cosas que tengo intención de

hacer tras el entierro de nuestra difunta priora es jubilarle y sustituirle por un hombre joven.

El juicio de la priora me heló la sangre en las venas, pero percibí un destello de reticente respeto en los ojos del hermano Richard.

—En cuanto a vos, hermana Joanna…

Se me revolvieron las tripas.

—El obispo Gardiner me ordena que os vuelva a admitir en el priorato. Según dice, la investigación contra vos ha sido cerrada y no sois culpable de ningún crimen. —Hizo una breve pausa—. Aunque a mis ojos sois culpable de muchas cosas. Incumplisteis vuestros votos de obediencia y honradez y violasteis la regla sagrada de clausura. Habéis traído sobre nosotras la censura y la sospecha comportándoos como lo habéis hecho siendo novicia de Dartford en un momento crítico para todas las monjas inglesas. El obispo Gardiner dice que no debemos preguntaros por vuestro confinamiento en la Torre, que debe quedar en el pasado. Pero yo os digo que jamás depositaré mi fe ni mi confianza en vos. Teniéndoos aquí hoy, delante de mí, pongo en duda que debamos permitiros profesar vuestros votos definitivos y convertiros en novia de Cristo.

Miré al suelo. Me dolía todo el cuerpo, como si fuera un perro al que acabaran de patear y azotar.

—Hermana Agatha, acompañadla a cambiarse. Debe ponerse un hábito antes de que le sea permitida la entrada al dormitorio de las novicias.

—Sí, priora —dijo tímidamente la hermana Agatha.

Con la cara ardiendo, salí al pasillo tras la hermana Agatha. Deseaba con todas mis fuerzas huir de su lado y escapar del priorato de Dartford. No me veía capaz de enfrentarme a las novicias ni a las monjas. Me resultaba imposible seguir allí, sintiéndome tan odiada. Habría preferido suplicar mi pan en los caminos.

Llegamos al guardarropa y la hermana Agatha me encontró un hábito de novicia. Al ponérmelo sentí de nuevo la tosca tela en los brazos y en las piernas. Había pasado mucho tiempo. Por fin vestía el hábito blanco y el cinturón marrón de una novicia dominica.

Pero me sentía muy indigna. Me cubrí el rostro con las manos.

La hermana Agatha me acarició el brazo en un gesto torpe.

—La muerte de la priora Elizabeth debe de haber sido una conmoción para vos. Estabais muy unida a ella, ¿verdad?

Asentí, agradecida por sus palabras de condolencia.

—Me alegro de que hayáis vuelto sana y salva —dijo.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Me temo que la priora Joan no se alegra de tenerme aquí.

—Nuestra priora es una mujer de una gran determinación, pero ha asumido sus nuevas responsabilidades en tiempos difíciles —dijo la hermana Agatha—. Se ve acosada por los retos. Y ni siquiera tiene la guía de la carta de la priora Elizabeth.

—¿La carta? —pregunté entrecortadamente.

—Sí, en el priorato de Dartford existe una tradición sagrada que consiste en que cada priora escribe una carta con instrucciones y se la entrega a su sucesora para que solo ella la vea. La priora Elizabeth escribió una carta. Yo misma la vi redactarla. Pero esta mañana, cuando descubrimos que nuestra santa guía había pasado a manos de Dios, nos ha sido imposible encontrarla. La priora Joan ha ordenado registrar repetidamente la habitación, pero la carta ha desaparecido.

OceanofPDF.com

18

Doce días después de mi regreso a Dartford los pequeños Westerly me imploraron que me casara con su padre.

El jueves, al final del almuerzo, me brindé a llevar la cesta de sobras a los Westerly. Durante una semana me había ofrecido voluntaria para desempeñar la labor, pues eso me permitía hablar con los niños, por los que siempre había sentido un inmenso cariño. Y por otro lado me alejaba de las monjas y de su patente desaprobación. En la Torre de la Campana, cuando el obispo Gardiner me había hablado de mi regreso, yo anhelaba servir a Dios en el priorato de Dartford, ser de nuevo parte de algo, de algo hermoso y grande. No se me había ocurrido en ningún momento que la aceptación que había sentido allí estuviera basada en la confianza. Ahora esa confianza había desaparecido y estaba tan muerta y enterrada como la priora Elizabeth, que yacía en eterno reposo bajo el antealtar de la iglesia junto al resto de las prioras de Dartford.

Esa misma mañana, después de la misa mayor, me había confesado con las demás. Hacerlo me llenaba de angustia. El día posterior a mi regreso, había confesado todos los pecados que había cometido en Smithfield y en la Torre, salvo el de acceder al cumplimiento del encargo de Gardiner, que todavía no había verbalizado. Aunque sabía que me estaba condenando por esa omisión, no podía desvelar mi investigación. Había jurado que no la comentaría con nadie, y eso incluía al pobre y anciano hermano Philip, nuestro fraile capellán y confesor, instalado al otro lado del confesionario. Solo el temor por la vida de mi padre pudo haberme empujado a cometer un pecado semejante. No podía esperar experimentar la gracia de Dios en Dartford sin el acto purificador de la confesión sincera.

Con la cesta colgando del brazo y la garganta cerrada de puro alivio, abrí de un empujón la puerta de la despensa, que daba al jardín de las verduras y a los huertos. Más allá estaba el granero y la fábrica de cerveza de los frailes.

Lettice Westerly, la madre de los pequeños y jefa de lavanderas del priorato, era una mujer afable e incansable que había sucumbido, un mes antes de mi regreso a Dartford, a un terrible dolor de cabeza. Poco a poco había ido empeorando y en ese momento yacía en la enfermería, prácticamente inconsciente. Antes de que le golpeara la enfermedad, los niños habían sido los favoritos del priorato, y las hermanas les permitían las visitas. Ahora estaban allí a diario. Nadie se veía con ánimos de impedírselo.

—¿Niños? —les llamé.

—Hermana Joanna. ¡Estamos aquí!

Las pequeñas figuras de los Westerly se materializaron ante mis ojos. Eran como duendecillos salidos de los mismísimos matorrales.

Levanté la cesta con comida. El primero en darme alcance fue Harold, un niño fuerte y robusto. Luego apareció la menor, la pícara Martha, de no más de cuatro años y agarrada a su muñeca. La última en unirse al grupo fue Ethel, de nueve años, ensombrecida por una hosquedad de la que no podía culparle. Era lo bastante mayor como para intuir el destino más que probable que aguardaba a su familia.

Mientras sus ansiosos dedos cogían la comida, me detuve a observarles con atención: estaban más sucios que de costumbre y más desaliñados. El pelo apelmazado de Martha llevaba incluso enredada una ramita rota.

—Ethel, ¿cuándo fue la última vez que estuviste en tu casa? —pregunté. Sospechaba que dormían en uno de los edificios anexos del priorato para estar cerca de su madre. No podían estar pernoctando fuera, pues hacía demasiado frío y me acordé de que había llovido la noche anterior. No parecían mojados.

Ethel se encogió de hombros mientras se metía el trozo de pan más grande en la boca.

—No es seguro ni tampoco correcto —le recordé—. Debéis quedaros con vuestro padre en la ciudad.

Harold trinó entonces:

—Él nunca está en casa, hermana.

Miré a Ethel, esperando una confirmación.

—Ha vuelto a irse a Londres —masculló—. Dice que en Dartford no hay suficiente trabajo para un ropavejero.

Me senté en un tocón, me puse a Martha en el regazo e intenté quitarle la ramita del pelo. Ella no pestañeó a causa del dolor, a pesar de que sentí que las raíces del pelo le estiraban el cuero cabelludo. Ethel sostenía su sonriente muñeca de trapo en una mano y con la otra acariciaba la tela tosca de mi hábito. Cuando por fin le extraje la rama, ella se volvió a mirarme.

—¿Seréis nuestra madre cuando ella ya no esté? —preguntó con su dulce canturreo.

—¡Sí, sí! —Harold aplaudió—. Queríamos preguntároslo. Sois nuestra favorita. Casaos con nuestro padre. Por favor.

Acaricié el pequeño hombro de Martha.

—No, niños —dije con toda la suavidad de que fui capaz—. Sabéis que os ayudaré, pero no puedo hacer eso. Soy novicia aquí, en Dartford.

—Ya os dije que no lo haría —dijo Ethel. Pero le temblaba el labio inferior y me di cuenta de que también ella quizá había esperado que dijera que sí.

—Estoy segura de que vuestro padre es un buen hombre, pero nunca seré la esposa ni la madre de nadie —le dije.

Ethel me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Seguirá el priorato existiendo mucho tiempo más? —preguntó.

Hasta los hijos de nuestros criados dudaban del futuro de Dartford. Y eso me dejó conmovida. A veces, mientras me ocupaba de mis quehaceres diarios o elevaba la voz en cántico o en oración, la amenaza que se cernía sobre los monasterios se esfumaba de mis pensamientos. Yo más que nadie debía saber hasta qué punto era real. Pero al seguir los fieles pasos de las novicias y de las monjas que me habían precedido y que habían vivido y muerto siguiendo las reglas de san Benedicto durante siglos, me parecía imposible que esa clase de vida pudiera tener fin. Allí sentada, con los niños en los jardines de Dartford, sentí una punzada de pánico. El suelo pareció elevarse e inclinarse… inseguro no solo para mí, sino para todos nosotros. El desalmado ejército de Cromwell avanzaba día a día.

—Comeos la comida. Tengo que devolver la cesta —les murmuré.

Cuando por fin terminaron, les abracé, uno a uno, para aliviar así el golpe de mi rechazo. Ethel era como una rasposa ramita entre mis brazos.

Dentro reinaba el silencio. Todas las hermanas estaban ocupadas. Gran parte del trabajo del priorato, desde el cuidado del jardín, pasando por la panadería y la destilería al estudio del latín, se llevaba a cabo entre mediodía y las cinco. Se esperaba un incremento de las labores de limpieza. La priora Elizabeth había gobernado un priorato disciplinado, pero su sucesora había dispuesto de inmediato requisitos adicionales en lo referente a las tareas de barrer y fregar. Yo dudaba de que hubiera en toda Inglaterra un convento más inmaculado. Las hermanas que ejercían de maestras tampoco se veían excluidas del trabajo manual. Las hijas de las grandes familias de la zona asistían a lecciones vespertinas en las plantas superiores de las salas delanteras. En esos días solo aparecían ocho alumnas, cuando en su día habían sido tres veces ese número. Sin embargo, la enseñanza seguía siendo prioritaria.

Mi responsabilidad vespertina era la elaboración de tapices. Bajé corriendo por el pasillo sur hacia la sala de tapices, situada junto a la biblioteca de Dartford. La puerta de la biblioteca estaba levemente entreabierta. Era una sala cuidadosamente vigilada, debido a la fragilidad de algunos de los manuscritos. Aquel era el lugar que albergaba la venerada colección privada de libros de la priora, que debían utilizarse para el estudio en una habitación contigua. Desde el día en que había profesado mi fe, la biblioteca había sido para mí una fuente de inmensa felicidad. Aparte de las damas de la corte, eran muy pocas las mujeres inglesas que sabían leer. E, incluso para ellas, la lectura era un logro con el que se pretendía impresionar y honrar debidamente a los hombres de la familia. En los conventos, la lectura y el estudio eran un modo de honrar a Cristo, sí, pero eran también una vía de acceso a una mayor comprensión del mundo espiritual, al perfeccionamiento de nuestras mentes, que no se veían allí ignoradas sino respetadas.

Para mí suponía un maravilloso privilegio estudiar los libros de la biblioteca de Dartford, aunque en raras ocasiones la encontrara abierta y atendida. Jamás había hallado la puerta de la biblioteca abierta de par en par a mediodía.

Me asomé y no vi a nadie, aunque sobre una mesa situada en el centro de la habitación había unas velas prendidas, alejadas de cualquier libro para evitar la posibilidad de un incendio. Alguien debía de haberlas encendido antes de salir. Inspiré hondo y me deslicé dentro.

Desde la noche de mi regreso no había averiguado nada sobre la corona, ni un simple atisbo de información que pudiera ser de interés para el obispo Gardiner. Cuando no estaba sometida al escrutinio directo de las demás hermanas —cosa que ocurría en muy raras ocasiones—, buscaba pistas en el priorato. Había tenido la oportunidad de examinar los preciosos objetos guardados en un gran cofre ornamentado situado detrás del altar, pero no había encontrado entre ellos nada que pareciera una corona. Había buscado algo de importancia en todas y cada una de las habitaciones, salvo, claro está, en el despacho de la priora. Nada. En menos de una semana se cumpliría el plazo que me había dado el obispo —el Día de Todos los Santos—, y el único descubrimiento del que podría informar era la desaparición de la carta de la priora Elizabeth a su sucesora. A ojos de un extraño podía parecer que la carta había sido robada, pero solo una monja habría tenido acceso al despacho de la priora agonizante, y la idea de que una hermana de Dartford fuera capaz de haber cometido un acto semejante… Me estremecí al pensarlo. Y sin embargo, ¿cómo era posible que hubiera desaparecido una carta de esa importancia?

Aunque muy pocas eran las posibilidades de que fuera a encontrarla oculta entre los manuscritos, quizá aprendería más cosas sobre el origen y la historia de Dartford, cualquier cosa que ayudara a explicar por qué un rey había ocultado allí un objeto misterioso… y dónde encontrarlo.

Estudié detenidamente las cubiertas de los libros. La mayoría eran por supuesto devocionarios, como *El espejo de Nuestra Señora* y *El libro del vicio y de las virtudes*. Poseíamos tres manuscritos ilustrados, exquisitamente elaborados por monjes y de un inmenso valor. Pero las piedras angulares de la colección eran los libros escritos por mujeres espirituales de la Orden de las Dominicas: santa Catalina de Siena, santa Margarita de Hungría y otras.

No había nada sobre los orígenes del priorato de Dartford.

El último lugar que me quedaba por registrar era una pequeña sección de temas generales. Examiné con impaciencia los volúmenes. Uno de ellos versaba sobre contratos legales y otro sobre los reinos de los primeros Plantagenet. Y entonces lo vi: un ejemplar delgado de color marrón oscuro titulado: *De Caractacus a Athelstan*. Parpadeé varias veces. No podía creer que tuviera ante mis ojos esa palabra.

Saqué el ejemplar y lo abrí con manos temblorosas. Una rápida ojeada reveló que se trataba de una historia antigua de Inglaterra, desde los tiempos de los romanos y de la conquista de nuestra isla por el emperador Claudio. Caractacus era el gobernador celta que había desafiado a Roma. Seguían capítulos que versaban sobre la vida bajo el Imperio romano, el declive de los Césares y su partida de Inglaterra, las invasiones sajonas, los conflictos con los daneses. El libro parecía directo, rozando lo vulgar. Hojeé el último capítulo, titulado: «Athelstan, el rey único».

Tras la muerte de su hermanastro Ethelwardo, Athelstan accedió al trono en el año 925, a pesar de ser hijo de una concubina. Muchos eran los reinos que se oponían a Athelstan. Los daneses no se quedaron de brazos cruzados. Enviaron de nuevo barcos a la conquista de York, planeando bajar desde allí hacia el sur. Saquearon muchas aldeas y cometieron espantosas atrocidades, tal y como era su costumbre. Los escoceses organizaron también su propia invasión.

Durante el primer año, los nobles sajones estaban descontentos con su nuevo rey. Se decía que Edwin, el hermano menor de Athelstan, había conspirado contra él con los nobles y había sido condenado. Edwin protestó, defendiendo su inocencia, e hizo un juramento sagrado delante de los sacerdotes. Pero Athelstan mandó a Edwin al mar en un barco sin vela, comida ni agua. Nadie volvió a ver el barco.

Me estremecí un poco al pensar en el joven en el barco, desterrado de ese modo. Aterrado. Muriéndose de hambre. Qué despiadado había sido el rey Athelstan. Después retomé la lectura.

Más tarde, Athelstan lloró la muerte de su hermano. Era un monarca que mostró un espíritu implacable para con sus enemigos, pero que fue virtuoso y pío muy por encima de los demás. Asistía a misa tres veces al día. Fundó muchos monasterios y fue famoso en toda la cristiandad por coleccionar numerosas reliquias.

—¿Sois una enamorada de los libros?

Dejé escapar un grito y solté lo que estaba leyendo. El libro golpeó el suelo con un sonoro clac.

El hermano Richard estaba de pie a tan solo unos centímetros de mí. Tan absorta me hallaba que no le había oído entrar.

—¿Os he asustado? —preguntó.

—Sí, hermano. —Vi, horrorizada, que se me había quebrado la voz.

—Me complace ver las obras acumuladas durante casi dos siglos. La de Dartford es una pequeña gran colección —dijo con ese tono condescendiente tan propio de él.

—Sí, hermano. —Mi voz sonó ya calmada. Me agaché a recoger el libro.

—¿Puedo ver lo que estabais leyendo? —preguntó.

Le tendí el libro.

—Ah, no es una época de la historia sobre la que sepamos demasiado —dijo, hojeando unas cuantas páginas—. Roma…, los celtas…, los sajones…, Alfredo el Grande… —Hizo una pausa—. Y su nieto, el rey Athelstan.

Cerró el libro, pero no me lo devolvió.

—Tenéis curiosos intereses, hermana Joanna.

Bajé levemente la cabeza, me volví y salí de la biblioteca con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. Sentí sus ojos ardiendo en mi espalda.

La labor con los tapices ya había dado comienzo hacía un rato cuando entré presurosa a reunirme con mis compañeras novicias. La hermana Christina y la hermana Winifred hicieron una pausa en sus labores cuando me dirigí a toda prisa a ocupar mi sitio en el banco situado delante del gran telar de madera. No había un telar semejante en ningún priorato de Inglaterra, puesto que la mayoría de los tapices se tejían en Bruselas. Con el

cambio de siglo, una avezada priora de Dartford había conseguido llevar hasta allí el telar y había mandado construir una sala especial para albergarlo: unas ventanas más grandes que las del resto permitían la entrada de más luz en esa sala que en cualquier otra. Tres tejedoras tardaban un año entero, sentadas juntas, en tejer un tapiz de un metro y medio de longitud.

Me senté entre las otras dos novicias. No se parecían en nada. La hermana Christina era alta, con unos ojos de mirada penetrante y pómulos prominentes. Su piedad era profunda. Bajo su formidable aspecto, sin embargo, moraba un espíritu muy sensible. Percibía cosas que a otras escapaban. En cuanto a la hermana Winifred, era mucho más baja que la hermana Christina o que yo. Con sus grandes ojos acuosos y su rostro con forma de corazón, parecía infantil y el resto de las monjas tendían a consentirla. Pero yo la había visto esforzarse sobremanera para llevar a cabo tareas de gran dificultad. Era un error subestimar su determinación.

Esa tarde, mi llegada provocó tan solo una fría mirada en la hermana Christina, que en ningún momento había dado señal alguna de haberme perdonado por mis crímenes contra Dartford. La hermana Winifred, sin embargo, me sonrió. Quizá todavía hubiera alguna esperanza de ganarme su amistad.

Me preparé para la reprimenda de la hermana Agatha, que estaba sentada en un extremo de la sala, supervisando a las novicias, pero tenía el rostro cubierto de arrugas de preocupación y los ojos velados. No hizo comentario alguno sobre mi impuntualidad. Detrás de ella, la hermana Helen, que estaba a cargo de las labores de tejido, pequeña y elegante, sorteaba las sedas, también en silencio, aunque como en tres años no había pronunciado palabra, no me sorprendió.

La priora Elizabeth había recibido una dispensa especial del Continente para que la hermana Helen se quedara entre nosotras, aunque no cantara ni participara en las réplicas corales o rezara en voz alta. Así había sido desde que su hermano mayor, un monje, había muerto colgado en Tyburn por haberse negado a formular el Juramento de Supremacía al rey. Al principio, cuando el rey había atacado por primera vez nuestro modo de vida, algunos valientes monjes, frailes, monjas y abades se habían opuesto a él. Habían

sido castigados con asombrosa ferocidad. Después de eso, la mayoría habían optado por el juramento.

Quizá deseosa de compensar así su silencio, la hermana Helen se esforzaba mucho en su labor con el tapiz, que desde hacía unos veinte años era su especialidad. Sus obras eran exquisitas, originales y evocadoras. A mi llegada a Dartford yo era apenas una experta bordadora. Bajo la tutela de mi madre, había conseguido dominar los puntos más complicados. Sin embargo, no bordábamos esos tapices, sino que los tejíamos con una bobina, introduciéndolos y sacándolos por entre los hilos alabeados. La hermana Helen me había enseñado a tejer deprisa aunque con cuidado, y con ella había aprendido a pulsar los pedales con los pies. Lo más extraordinario de todo era la hermana Helen la que ideaba el diseño de cada uno de los tapices y la historia que en él se representaría. Artista de gran talento, dibujaba el diseño que habríamos de copiar y pintaba después la viñeta en tamaño real. Antes de empezar un tapiz, la viñeta se cortaba en tiras verticales y se sujetaban debajo para mostrar así los diseños. Ya habíamos tejido más de la mitad del que teníamos entre manos.

Mientras mi bobina entraba y salía del tapiz, no pensaba en mi labor sino en el libro que había descubierto. Athelstan era una persona real, un rey del tiempo de los sajones. Sin duda había poseído una corona. Pero ¿por qué iba a estar escondida en Dartford? Durante esa época oscura y turbulenta existían ya los monasterios en Inglaterra. Él mismo los había fundado. Entonces, ¿por qué el rey Eduardo III no había usado uno de ellos para ocultar la corona en vez de levantar de la nada el priorato de Dartford, tal y como había sugerido el obispo Gardiner?

Pensé en la reacción del hermano Richard cuando me había encontrado con el libro y en el modo en que sus dedos se habían cerrado con fuerza sobre el ejemplar. Enseguida había reconocido la existencia de Athelstan, aunque había sido un oscuro gobernante, nacido en los últimos días del primer milenio.

Un leve gemido procedente de la parte delantera de la sala me sacó de mis cavilaciones. Era la hermana Agatha. Las lágrimas brillaban en sus ojos juntos.

Las novicias nos miramos, sin saber qué hacer.

Como de costumbre, fue la hermana Christina la que habló. Era la de mayor antigüedad entre nosotras.

—¿Os encontráis bien, hermana? —gritó.

La hermana Agatha negó con la cabeza, como si estuviera enojada.

—No es justo…, vosotras sois jóvenes. Tenéis prósperas familias que podrán acogeros. Yo no tengo adónde ir. Mi familia ha muerto y no tengo dinero propio.

—¿A qué os referís? —preguntó la hermana Christina.

Ella negó con la cabeza de nuevo.

—No debería decirlo. Pero esta mañana he oído que los agentes de Cromwell han iniciado una nueva ronda de visitas. A los monasterios más grandes. Esperaba que eso hubiera terminado, que estuviéramos a salvo, pero los nuevos informes que llegan de Londres dicen lo contrario.

La hermana Winifred me miró, asustada. Puse cara de sorpresa, aunque por supuesto no era para mí nada nuevo. Desde Sión a Glastonbury, los temores susurrados debían de recorrer en ese mismo instante los pasillos de los grandes conventos.

—Que Dios nos proteja —exclamó la hermana Christina—. Y, hermana Agatha, no nos creáis más afortunadas que vos. Yo jamás dejaré Dartford, ocurra lo que ocurra. Si se tercia, cumpliré con la obra de Dios entre los escombros.

Miré de reojo a la hermana Christina. Había dejado de hilar y tenía la mandíbula apretada, reflejo de su determinación.

La hermana Agatha pareció reconfortada por semejante muestra de convicción.

—Sí, es realmente imposible creer que el rey pueda llegar a eliminar Dartford. Somos el priorato preferido por la nobleza. —Nos miró, ya no enojada, sino esperanzada—. La propia tía del rey fue monja aquí antes de que yo profesara.

—¿No era hermana Bridget su nombre? —preguntó la hermana Winifred.

—Sí, hermana Bridget —dijo nuestra encargada de novicias—. Era la hermana menor de la reina Isabel. La vieja reina la visitó en algunas ocasiones. Y una vez vino con su hijo, el príncipe Arturo.

Un dolor agudo me atravesó la palma izquierda. Tenía unas tijeras en el regazo. Bajé la vista: un círculo perfecto de sangre me teñía la piel. Me había cortado al oír el nombre de Arturo.

Cogí un retal y lo apreté contra la parte inferior de la palma.

—¿Cuándo fue eso, hermana? —me apresuré a preguntar—. ¿Cuándo visitaron Dartford?

La hermana Agatha lo pensó durante un instante.

—Creo que fue justo después de que el príncipe Arturo se casara con Catalina de Aragón. Dicen que la reina Isabel quería que la hermana Bridget conociera a la esposa de Arturo, por eso vinieron un día a verla.

Intentando mantener un tono de voz despreocupado, dije:

—¿Catalina de Aragón estuvo en Dartford? —El dolor de la mano empeoró. Apreté todavía más la tela contra la palma.

—Sí, sí, así es. La bendita reina Catalina era apenas una niña en aquel entonces. Hace mucho tiempo de eso. Antes de mi ingreso. —Calculó mentalmente. Pasó un minuto. A la hermana no se le daban bien las sumas —. Hará más de treinta años. Sí, eso es. ¿Veis? Tenemos lazos directos con la familia real. ¿Cómo podría el rey eliminar Dartford y ponernos en la calle?

De modo que no había sido una alucinación de la reina Catalina en su lecho de muerte. Había estado en Dartford con su joven primer esposo.

Bajé la mirada. No podía contener el flujo de sangre, de modo que tampoco podía seguir tejiendo. No debía empapar de sangre esos delicados hilos de seda blanca y celeste.

La hermana Winifred empezó a toser. Era una tos ronca, impregnada de una humedad entrecortada.

La hermana Christina y yo sabíamos lo que eso significaba y ambas nos pusimos de pie de un brinco.

—Aflojadle el hábito —sugerí.

—No, es demasiado tarde —dijo la hermana Christina.

El rostro pálido de la hermana Winifred se tornó escarlata cuando cayó de espaldas sobre el banco, jadeando y tosiendo.

—Es culpa vuestra —le gritó la hermana Christina a la hermana Agatha —. La habéis preocupado con vuestros comentarios sobre que nos van a

echar a la calle. Supuestamente debemos trabajar aquí en silencio.

La hermana Agatha balbuceó, claramente indignada:

—Soy vuestra encargada de novicias. No podéis criticarme.

Levantando a la hermana Winifred en brazos, anuncié:

—La llevaré a que la atienda el hermano Edmund.

Tras acompañar a la hermana Winifred a la puerta, me detuve, pero nadie intentó impedirme la salida. Nuestra encargada de novicias estaba ocupada en su batalla particular con la hermana Christina.

Miré a la hermana Helen, que seguía en el rincón, ordenando sus sedas como de costumbre. Pero estaba muy lejos de mostrarse indiferente. Vi que una larga lágrima le surcaba la mejilla.

OceanofPDF.com

19

Oí gritar al hombre desde el jardín del claustro.

La enfermería estaba situada en el lado este del claustro, al fondo de ese corredor. A fin de acortar la distancia, tiré de la hermana Winifred y cruzamos directamente el jardín, poniendo especial empeño en no pisar fuera de los senderos. Ella avanzaba tambaleándose a mi lado, y tuve que estar atenta a que no volcara las cestas llenas de valeriana recién cosechada o que se golpeara la cabeza contra la rama de algún membrillo. El sonido de los gritos la estremeció, pero estreché todavía más contra mi cuerpo sus agitados hombros.

—Todo saldrá bien —dije.

Cuando cruzamos las puertas de la enfermería, vi al hermano Edmund inclinado sobre un hombre, masajeándole la clavícula y el hombro. El hombre era John, uno de nuestros mozos de cuadras, que estaba sentado e inclinado hacia delante en un camastro, con la camisa aflojada y los ojos fuera de sus órbitas. Me alivió ver que era la hora en que el hermano Edmund trabajaba en nuestra enfermería y no en la que dirigía en Stanham, junto al priorato.

—Duele, hermano. Por la sangre de Cristo, duele.

—No blasfemes —murmuró el hermano Edmund. Sus dedos interrumpieron su exploración—. Ahora te recolocaré el hombro. El dolor será muy agudo, pero enseguida desaparecerá. Prepárate.

John hizo una enloquecida señal de la cruz con una mano, dejando que la otra le colgara sobre el costado. Justo cuando terminó de persignarse, el hermano Edmund cayó sobre el hombro lesionado, agitando la capa negra de fraile en el aire durante el ataque.

—¡No, hermano! —grité. Pero no me oyó, pues mi voz quedó silenciada por el chillido agónico de John, que se derrumbó en el camastro.

Cuando el hermano Edmund retrocedió para recolocarse el hábito, nos vio de pie en el rincón.

—La hermana Winifred está sufriendo otro ataque —dije.

El hermano Edmund corrió hasta su armario de roble con una llave brillando en su mano.

—Sentadla donde podáis —dijo, sin volverse.

Ayudé a la hermana Winifred, cuya asfixia se había transformado en accesos de tos sibilante, a sentarse en otro camastro. Un rizo de pelo rubio le colgaba sobre el rostro y se lo recogí bajo la toca de novicia.

—¿Cuándo ha empezado? —preguntó el hermano Edmund mientras metía con brusquedad una planta oscura en un mortero junto con la mano del mortero.

—Hará solo unos diez minutos —dije—. Estaba inquieta y enseguida ha comenzado a ahogarse.

—¿Qué es lo que la ha inquietado? —El hermano Edmund se inclinó delante del fuego bajo, cuenco en mano.

Le hablé de los lamentos de la hermana Agatha sobre el futuro del priorato.

—Entiendo. —Dejó de moler—. Voy a aplicarle el remedio. Haceos a un lado, hermana Joanna. No es conveniente que vos lo inhaléis.

Me retiré al rincón, y vi desde allí cómo la incorporaba y le ponía el humeante cuenco bajo el rostro. Yo ya había estado la semana anterior en la enfermería y le había visto administrar el mismo remedio. El hermano había ocupado su puesto acompañado no solo de muchas medicinas y pociones nuevas, sino también de nuevas aptitudes. La hermana Rachel, una monja de lengua afilada, había estado a cargo de la enfermería a su llegada y se había puesto furiosa al verse apartada de su cargo, pero hasta ella tenía que reconocer que el hermano Edmund era un boticario que se merecía todos nuestros respetos. Y para él resultaba sencillo moverse entre la enfermería del priorato y el pequeño dispensario de la aldea, pobremente atendido desde la muerte del hermano Matthew, acontecida hacía un año. Los frailes estaban acostumbrados a moverse entre forasteros. No eran monjes ni monjas, por lo que no vivían retirados del mundo.

—Respirad —ordenó—. Otra vez. Y otra.

La hermana Winifred inspiró hondo por última vez y buscó a tientas su mano.

—Gracias —gimió. Él se llevó su mano a los labios y la besó dulcemente antes de tumbarla en el camastro para que pudiera descansar. Viéndoles juntos, me asombró el parecido que existía entre los dos hermanos. Los mismos ojos marrones, las mismas pestañas claras y la boca amplia de finos labios. Pero también me di cuenta de que el hermano Edmund no tenía buen aspecto. Su piel mostraba un tono amarillento y las arrugas le circundaban los ojos.

Me acerqué sigilosamente al ardiente cuenco.

—¿Qué tratamiento es este? —pregunté.

—La *Ephedra helvetica* es un remedio, no un tratamiento —me corrigió —. La hoja de la planta crece en Italia. Un hermano suizo que viajó a Cambridge llevaba un poco para su uso personal y me habló de ella. Mando a buscarla cada seis meses. Ahora necesitaré un suministro abundante. Dartford no es el mejor clima para la hermana Winifred, pues hay demasiadas ciénagas en las inmediaciones. Pero eso no puede evitarse. De modo que deberé redoblar mi remedio.

John se movió a nuestra espalda. Mi asombro al verle sonreír fue mayúsculo.

—Estoy mejor, hermano. Teníais razón —dijo—. ¿Cuándo podré volver al trabajo?

—No levantes ni cargues ningún peso durante dos semanas —aconsejó el hermano Edmund.

Tras saltar al suelo desde el camastro, John dijo:

—Un mozo de cuadras con un solo brazo no sirve de nada. El nuevo portero es un hombre duro. Me bajará el sueldo, o quizá incluso me despida. Hay diez hombres en la ciudad que podrían ocupar mi puesto mañana mismo. El priorato es el mejor lugar donde tener un sueldo. ¿Podríais hablar con él en mi nombre? Por favor, hermano, tengo una esposa embarazada de cinco meses.

Estaba empezando a balbucear. El hermano Edmund levantó la mano.

—No te prometo nada, pero hablaré con él.

—Gracias, hermano —agradeció fervientemente John—. Para nosotros fue un gran día el de vuestra llegada a Dartford.

Cuando John se marchó, dije:

—Os profesa una sincera gratitud.

El hermano Edmund suspiró.

—Simplemente porque conozco unos cuantos tratamientos y algunas pociones eso no significa que pueda obrar milagros. Poco hay que yo pueda hacer para ayudar a los demás. Está todo en manos de Dios. —Señaló con un gesto al rincón más alejado de la enfermería, junto a su diminuta capilla. Había una manta extendida sobre dos postes. En el punto más distante vi asomar dos pies cubiertos por sendos calcetines.

—¿Lettice Westerly? —susurré.

El hermano Edmund había vuelto a su armario para devolver a su sitio la poción de hojas. Le vi sacar un pequeño monedero de terciopelo de otro cajón.

—Lo único que puedo hacer por ella es aliviar su sufrimiento —dijo mientras se acercaba al rincón donde estaba Lettice.

—¿Puedo verla? —pregunté.

El hermano retiró la manta. Durante un segundo me pareció estar viendo un cadáver. Tenía la piel cenicienta, la boca abierta y laxa y la lengua cubierta de una baba espantosamente oscura. Vi entonces cómo su pecho subía y bajaba agitadamente.

El hermano Edmund sacó una lustrosa cuenta negra de su bolsa. Levantó la cabeza de Lettice Westerly para introducirle la cuenta hasta la garganta.

—Traedme un poco de cerveza para que pueda bajarla, hermana Joanna —dijo—. Tengo que conseguir que trague.

Le serví la cerveza.

—¿Cómo se llama esta poción? —pregunté.

—No tiene nombre en latín —respondió—. Procede del este. Se la conoce con el nombre de «piedras de la inmortalidad».

Se me erizó la piel al oír ese nombre. Tenía un espeluznante poder.

—Vamos, traga, Lettice. Así, eso es. —Volvió a colocarle la cabeza sobre la almohada.

—Hermano Edmund, ¿cuánto tiempo más vivirá?

Le puso la mano en la frente y le tocó la muñeca.

—Una semana. Quizá dos.

Se me encogió el estómago al imaginar a los tres pequeños Westerly brincando hacia mí para que les diera comida.

De pronto, el hermano Edmund tomó mi mano en la suya. Me estremecí, apartándole de un manotazo, presa del temor.

—Hermana Joanna, estáis sangrando —dijo pacientemente, señalando mi palma izquierda. El trozo de tela con el que la había envuelto se había desprendido y la sangre seguía goteando.

—No es nada —dije—. Me he cortado con las tijeras, pero no es una herida profunda.

El hermano Edmund sonrió.

—¿De modo que mi hermana no ha sido la única afectada por la conversación sobre el destino de los monasterios?

—No es eso lo que me ha turbado —mascullé.

Me miró más detenidamente.

—Pero ¿sí os turbó otra cosa?

No dije nada. A pesar de lo solícito de su actitud, sentía, como me ocurría con el hermano Richard, que sus preguntas tenían un propósito oculto.

—Venid, hermana Joanna, dejad que la limpie. He visto enfermedades infecciosas terribles provocadas por un pinchazo menor que este que nadie se ocupó de atender en su momento.

Me sostuvo la muñeca y le dio la vuelta para examinar más de cerca la palma antes de limpiar la sangre con un trapo húmedo. Sus grandes y huesudas manos eran increíblemente diestras.

—¡Hermana Joanna!

Me aparté bruscamente del hermano Edmund y vi a la hermana Eleanor, la nueva *circator* del priorato. No tenía más de treinta años, pero la nueva priora la había elegido para desempeñar esa importante labor y se encargara del debido cumplimiento de las reglas. Quizá tuviera algo que ver con el hecho de que era la sobrina de la priora Elizabeth. La difunta priora la había tenido en muy alta estima, pero a menudo había desaprobado su actitud debido a su ardiente celo a la hora de servir a Dios, temiendo en todo momento por su salud. La hermana Eleanor ayunaba más días que nadie, se negaba a dormir para redoblar sus plegarias a la Virgen María y se fustigaba

con correas. Me pregunté si la priora Joan llamaba la atención a la hermana Eleanor… o si era exactamente lo contrario.

—¿Qué hacéis aquí, hermana? —preguntó con sus ojos negros echando chispas en su enjuto rostro—. Es vuestra hora de labor de tapiz.

El hermano Edmund dio un paso adelante.

—La hermana Joanna se ha perforado la piel en la sala de tapices.

La ceñuda mirada de la hermana Eleanor se afiló más si cabe al ver a la hermana Winifred sentada en el extremo de su camastro.

—¿Y ella? —preguntó—. ¿Otro ataque?

El hermano Edmund asintió.

—Hermana Winifred, ¿os encontráis lo suficientemente recuperada como para volver sola a la sala de tapices? —preguntó la hermana Eleanor con un tono que sugería que una muestra de desacuerdo sería una elección no recomendable.

La novicia asintió.

—Bien. Porque he venido a buscar al hermano Edmund y después pensaba ir a buscar a la hermana Joanna. Os esperan a ambos de inmediato en el despacho de la priora. Seguidme.

El hermano Edmund y yo cruzamos una mirada de desconcierto y salimos de la enfermería tras la hermana Eleanor. No alcancé a imaginar por qué nos habían convocado. Me pregunté si tendría alguna relación con el hecho de que el hermano Richard me hubiera encontrado en la biblioteca, leyendo el libro sobre el rey Athelstan. En cualquier caso, fuera cual fuera el motivo, finalmente tendría acceso a la última estancia inexplorada del priorato.

Menos de un minuto después de que la hermana Eleanor llamara discretamente a la puerta que comunicaba el claustro con la parte delantera del priorato, Gregory, el nuevo portero, la abrió. Jacob había sido rápidamente jubilado, tal y como lo había planeado la priora, y en ese momento vivía en una pequeña casa en la villa de Dartford. Gregory tenía apenas un tercio de la edad de Jacob y era un hombre alto con una barba pulcramente recortada. Asintió respetuosamente al ver a la hermana Eleanor e hizo caso omiso del fraile y de mí.

El despacho de la priora estaba situado en el extremo este del corredor delantero. La hermana Eleanor nos ordenó esperar sentados en el banco de la antesala y se alejó a toda prisa para completar su inspección.

Oímos voces procedentes del otro lado de la puerta de la priora. Al principio eran bajas e indistinguibles. Un instante más tarde, ganaron en intensidad y supe entonces que eran las voces de un hombre y de una mujer. Y cuando elevaron todavía más el tono, supe que se trataba de la priora Joan y del hermano Richard… y que la conversación era un intercambio furioso.

—¿Y qué os hace pensar que podéis confiar en Cromwell? —gritó el hermano Richard—. ¿Por qué aceptó vuestro soborno? ¿Creéis que eso salvará el priorato? Es la clase de hombre capaz de aceptar un soborno con una sonrisa y aun así disolvernos. Viviréis para lamentar haber negociado con él, os lo aseguro.

—¿Y vos creéis que Gardiner nos salvará? —chilló la priora Joan—. Si es así, sois el mayor de los estúpidos. Todo el mundo sabe a qué atenerse con Cromwell, pues jamás oculta su política. Pero Winchester el Taimado ha traicionado a todo aquel que ha puesto su confianza en él.

El hermano Edmund se levantó de un brinco y, acercándose a la puerta, la aporreó.

La puerta se abrió de par en par, desvelando a un hermano Richard de ojos desorbitados. Clavó la mirada en el hermano Edmund y cierta suerte de mensaje silencioso fue compartido por ambos. El hermano Richard se volvió entonces a mirarme, inspiró hondo y acto seguido nos invitó a pasar.

OceanofPDF.com

20

Seguí dentro al hermano Edmund y ambos saludamos con una inclinación de cabeza a la priora, que estaba sentada detrás de una mesa de caballete de roble que dominaba la estancia. Recorrí furtivamente la habitación con la mirada. No había vuelto a pisar la estancia desde que la priora Elizabeth estaba con vida. Además de la mesa y de unas cuantas sillas, carecía por completo de muebles. No había estanterías ni cómodas. Ningún lugar donde poder ocultar un objeto de valor.

—El motivo por el que os he convocado a ambos es haceros saber que vamos a tener invitados en el priorato de Dartford —anunció la priora.

El hermano Richard dejó escapar un extraño sonido, como si no soportara seguir escuchando, y se acercó a la ventana que daba a los extensos parterres de césped. Los labios de la priora se contrajeron.

—Lord Chester, nuestro vecino, vendrá al priorato dentro de nueve días —dijo.

—¿El padre de la hermana Christina? —preguntó el hermano Edmund.

—Así es. —Oí un débil clic, clic procedente de debajo del escritorio. Sabía lo que era. La priora llevaba una delicada cadena alrededor de la cintura de la que colgaba una bola de olor de plata. Estaba rellena de especias exóticas de olor dulzón. La hermana Agatha me había dicho que traían las especias especialmente del Lejano Oriente. Con dedos nerviosos, la priora a menudo hacía entrechocar la bola de olor contra la cadena.

—Lord Chester desea visitar Dartford el Día de Todos los Santos —dijo —. Esa noche celebraremos, como ya es habitual, la misa especial en honor de los difuntos. La misa está reservada, naturalmente, a los miembros del priorato. Pero por la tarde, antes de misa… —Alzó el mentón—. Antes de misa celebraremos un banquete de difuntos, al que lord Chester y su esposa están invitados.

Me costó creer que había oído bien. Un banquete… ¿dentro del priorato?

—¿Qué clase de banquete, priora? —pregunté.

—La clase de banquete habitual —replicó—. Comida. Bebida. Música.

El hermano Edmund y yo guardamos silencio, perplejos. El tintineo de la bola de olor se aceleró.

Un instante después, el hermano Edmund dijo:

—¿Puedo preguntar cuál es el motivo del banquete?

—¡Ja! —exclamó el hermano Richard, volviéndose desde la ventana—. Porque lord Chester así nos lo ha pedido, ese es el motivo. Y debemos cortejar a un cortesano que goza de un gran favor del rey.

La priora dijo entonces:

—Hermano Richard, la siguiente crítica de esa índole provocará que seáis transferido de inmediato del priorato de Dartford. El obispo Gardiner tendrá que contentarse con encontrar para vos otro lugar donde ofreceros refugio.

Las mejillas de la priora ardían, teñidas de escarlata, cuando fulminó con la mirada al hermano Richard. Él se enfrentó a su mirada durante un largo instante antes de bajar la vista en señal de sumisión.

—Puesto que lord Chester es el padre de nuestra novicia más antigua, es natural que desee visitarla —prosiguió, más calmada—. Creo que la elección de ese día tiene que ver con su otro hijo, que murió hace un año.

Me acordé entonces de que el noviembre anterior la hermana Christina había recibido un permiso especial para salir del priorato para asistir al funeral. Había regresado muy cavilosa y había tardado unas semanas en volver a ser la enérgica novicia de antaño.

—¿Y cómo podemos ser de ayuda la hermana Joanna y yo? —preguntó el hermano Edmund.

La priora respondió:

—Tocando música en el banquete de difuntos. Me han dicho que vos tocáis el laúd. Y que a la hermana Joanna se le da muy bien la vihuela española.

Me dejó perpleja que la priora conociera mi pasión por la música. Yo solo había tocado la vihuela en contadas ocasiones en el priorato. Era una posesión preciada. Mi madre había enviado a buscar el instrumento a España cuando yo tenía doce años y ella misma me había enseñado a

tocarlo. Yo lo había llevado conmigo y la priora Elizabeth me había animado a practicar con él, pero no había vuelto a tocarlo desde mi regreso. Me conmovió que la nueva priora hubiera reparado en mi pequeño talento.

El hermano Edmund preguntó con la misma voz apacible:

—¿No estaría mejor servido lord Chester empleando a músicos que estuvieran familiarizados con las canciones de la corte?

La priora respondió, visiblemente irritada:

—No, hermano, por supuesto que no estaría mejor servido. Ha solicitado explícitamente que toquen para él miembros del priorato.

Los frailes empezaron a hablar del plan musical con la priora, junto con otros detalles del banquete. Esos planes me incluían a mí, aunque mi interés estaba en ese momento en otro lugar muy distinto. Detrás de la priora, en la pared del fondo, colgaba un gran retrato. El lienzo había estado allí cada vez que yo había entrado en la habitación, pero jamás me había fijado en él hasta ese día.

El marco de madera estaba labrado imitando ramas entrelazadas salpicadas de hojas. El color marrón del marco brillaba como si las hojas y las ramas hubieran estado pintadas de dorado hacía más de un siglo y se hubieran ido despintando con el paso del tiempo. Pero era el hombre el que llamó mi atención. Era solemne, ni viejo ni joven, con el pelo castaño peinado con la raya en medio y colgándole sobre las orejas. No parecía un santo, ni tampoco ninguno de los grandes príncipes católicos tan reverenciados por los dominicos. Parecía más un miembro de la alta caballería, quizá uno de los héroes de Chaucer. Una túnica oscura y estampada cubría los anchos hombros y un único medallón le colgaba sobre el pecho. Su rostro era apuesto, con una nariz fina y los pómulos prominentes, pero había en su expresión cierta severidad, una fría altanería que iba más allá de esa rígida homogeneidad de los hombres pintados por los artistas en siglos pasados, antes de las innovaciones introducidas por el maestro Hans Holbein.

Me oí decir:

—¿Quién es el hombre del retrato?

La priora Joan se interrumpió, sorprendida en mitad de su frase, y se volvió a mirar.

—¿No es Eduardo III, el fundador del priorato? —preguntó el hermano Richard.

La priora negó con la cabeza.

—No. Es el hijo mayor de Eduardo III, príncipe de Gales. El rey Eduardo ordenó colgar aquí este retrato.

—¿Y por qué iba a querer tener un retrato del Príncipe Negro en esta sala? —preguntó el hermano Richard.

El Príncipe Negro. Yo había oído hablar de él recientemente, aunque no en el priorato. Un ansioso recuerdo me carcomió.

La priora abrió la boca para responder al hermano Richard cuando llamaron a la puerta. El portero le dijo que acababa de llegar un mensajero de Londres.

—Muy bien, Gregory. Hazle pasar. Hermano Edmund, podéis quedaros, pero hermana Joanna, vos podéis iros. No tardarán en tocar a sextas.

Bajé la cabeza y salí apresuradamente. Ya casi había llegado a la iglesia cuando me acordé de quién me había hablado del Príncipe Negro. Oí una vez más la voz del obispo Gardiner en mi celda de la prisión de la Torre: «¿Habéis oído hablar de Eduardo III? ¿De su hijo, el Príncipe Negro? ¿Y qué me decís de Ricardo Corazón de León? ¿O del difunto hermano de nuestro rey, el príncipe Arturo?».

Había una razón por la que el obispo Gardiner había mencionado al Príncipe Negro; había una razón detrás de todo lo que Gardiner decía. Me esforcé por dar sentido a la mención de los nombres de esos hombres. Eduardo III había fundado el priorato de Dartford. El Príncipe Negro había sido el heredero al trono, pero había muerto antes que su padre. El príncipe Arturo, hermano de nuestro rey, Enrique VIII, había visitado Dartford meses antes de su propia muerte. Sin embargo, no sabía entender la importancia de Ricardo Corazón de León. Había vivido y fallecido siglos antes que Eduardo III, y siglos después que el rey Athelstan. ¿Qué vínculo podía existir entre todos ellos?

Las dos docenas de monjas del priorato de Dartford se habían reunido en la capilla cuando me uní a ellas, ocupando mi sitio junto con mis compañeras novicias.

La hermana Winifred se inclinó hacia mí para susurrar:

—Gracias por vuestra ayuda, hermana Joanna. —Al otro lado de ella, la hermana Christina miró en mi dirección, esta vez dedicándome una mirada más amable que las que me había ofrecido desde mi regreso. Me recorrió una oleada de alivio. Con el tiempo, quizá ambas amistades volverían a florecer.

Oí un «shhhh» al tiempo que la priora avanzó con paso firme por el pasillo central hacia la parte delantera de la iglesia y alcancé a oler su bola de olor. Como la priora Elizabeth, no entraba en la iglesia hasta que todas estábamos sentadas y preparadas. Sin embargo, en muchos otros aspectos llevaba a cabo sus obligaciones como cabeza espiritual de un modo muy distinto al de la serena y difunta priora. Me costaba acostumbrarme.

Cuando se volvió a mirarnos, vi que algo había ocurrido.

—Hermanas, antes de empezar, debo compartir una terrible noticia con vosotras —dijo con su voz clara y segura.

Sentí que se me tensaba el cuerpo.

—Nuestra reina ha muerto. Juana, la consorte más amada del rey, ha muerto víctima de una fiebre contraída durante el parto. Ahora cantaremos el oficio de difuntos. Durante el mes siguiente celebraremos vigilias especiales por Su Majestad.

Me volví a mirar hacia la rejilla de hierro cubierta con la tela negra que separaba a las monjas y a los frailes en la iglesia. No pude ver al hermano Richard ni al hermano Edmund, pero me pregunté cuál debía de haber sido su reacción a tan pesarosa noticia. Habían puesto todas sus esperanzas en la mujer cuyo cuerpo yacía frío en la capilla real. La reina Juana tenía veintiocho años, uno más que yo. Debía de haber dispuesto de los médicos más expertos del reino durante el parto. Y aun así había sufrido y había muerto, envuelta en una nube de sangre y fiebre.

Hasta mis oídos habían llegado rumores de que había quien en el exterior creía que tomábamos el velo porque odiábamos a los hombres y temíamos concebir hijos. Cuánto lamentábamos la incomprensión de los demás. Ser monja nada tiene que ver con el miedo ni con el odio. Al contrario. Recordé las famosas palabras de santa Catalina de Siena: «Todo nace del amor». El amor a Dios, el amor por las demás y la devoción por quienes nos han precedido. Cuando me sentaba en mi silla sentía la

presencia de décadas y décadas de ilusionadas y jóvenes novicias, aprendiendo cánticos y plegarias. Al fundir mi alma con la suya en nuestros sagrados cumplimientos me acercaba todo lo humanamente posible a abrazar la eternidad. Dartford era el único lugar en el que había encontrado la paz espiritual o la sensación del auténtico mérito. De nuevo, fui presa de la garra del pánico. ¿Cómo podía Dios en Su misericordia permitir el final de esa clase de vida?

Me obligué a controlar mis temores y entrelacé las manos y recé por la joven reina muerta para que el alma de Juana transcurriera presurosa por los peligros del purgatorio y accediera sin demora al reino de los cielos.

OceanofPDF.com

21

A medida que se acercaba el Día de Todos los Santos, nos preparábamos para el banquete de difuntos que ofreceríamos en honor de lord Rochester. Había que cubrir las sillas con telas y acomodarlas para la mesa principal, puesto que las únicas sillas que teníamos estaban hechas de madera desnuda. Barricas y delicadas vajillas, manteles y linos bordados…, aunque extraños para una orden dominica, debíamos obtenerlos de un modo u otro. Oí al hermano Richard discutir con Gregory sobre qué animales de la granja habría que sacrificar. Se contrató a servicio adicional para la cocina, en especial a una mujer que sabía preparar platos exquisitos. Un banquete en honor de un noble debía incluir platos de carne, pero en Dartford no comíamos carne, salvo el budín ocasional, y muy poca caza.

A media tarde, en vez de dedicarme a la labor con el tapiz, me encontraba con el hermano Edmund en la sala capitular para practicar nuestra música. Nunca estábamos solos del todo. Bajo la supervisión del portero, los operarios entraban y salían, preparando la estancia para la noble compañía. Resultaba inquietante ver nuestra sala capitular convertida en un vestíbulo para la compañía de un lord, pero era el único espacio lo suficientemente amplio para ello.

A pesar de que las canciones del priorato no podían adaptarse al laúd ni a la vihuela, el fraile y yo conocíamos algunas melodías seglares y las tocábamos juntos en el rincón. Las melodías de su laúd bailaban sobre el grave y suave rasgueo de mi vihuela. A veces, dado que carecíamos de más instrumentos, se terciaba una improvisación para rellenar los huecos en las canciones. Sus ideas no dejaban de impresionarme.

El hermano sonreía sin apartar la mirada de su trabajo.

—Disfruto honrando a Dios con mi música. En mi convento era famoso por tres motivos: mi trabajo como boticario, mi humilde habilidad con el laúd y mi interés por la historia.

Le observé mientras terminaba de tensar la nueva cuerda.

—¿Qué historia? ¿La de la Orden de los Dominicos o la de Inglaterra?

—Diría que ambas.

Me mordí el labio.

—En ese caso, ¿puedo haceros una pregunta, hermano?

Alzó la vista, y como siempre me sorprendió la lisura de sus grandes ojos marrones. Un día de verano, en los jardines del castillo de Stafford, había visto un largo lagarto tomando el sol sobre una roca. Me asustó cuando me miró, impávido y sin parpadear. La mirada del hermano Edmund me inquietó del mismo modo.

Me sacudí de encima mi recelo. Desde que había descubierto el libro sobre Athelstan había encontrado cerrada la biblioteca privada de Dartford y todavía había demasiadas cosas que necesitaba saber.

—El príncipe de Gales cuyo retrato cuelga en el despacho de la priora… ¿por qué le llaman el Príncipe Negro? —pregunté.

—Sí, recuerdo que el retrato despertó vuestro interés —dijo—. Hum. No siempre se le llamó así. Es, de hecho, un nombre relativamente nuevo. Quizá tuviera que ver con su armadura… Llevaba una armadura negra en la batalla.

—¿Era un príncipe soldado?

—Sí, lideró los ejércitos de su padre el rey a Francia. Durante el reinado de Eduardo III libramos una larga guerra. ¿Lo sabíais?

Asentí.

—El Príncipe Negro, cuyo nombre era también Eduardo, conquistó muchas ciudades, ganó muchas batallas durante un periodo de años. Pero no siempre fue un príncipe misericordioso. —Una sombra cruzó el rostro del hermano Edmund—. Cometió un acto tan cruel que bien pudo ser el motivo que dio lugar a su nombre.

Vi de nuevo los ojos altaneros del príncipe.

—¿Qué fue lo que hizo, hermano?

—No es una historia hermosa. Preferiría no contarla.

Miré al fraile.

—¿Creéis acaso que solo puedo oír historias hermosas? Ya he visto y oído mucha fealdad en mi vida. —La sombra de la Torre de Londres se cernió entre nosotros.

Suspiró y dio comienzo a su relato.

—Fue durante el sitio de Limoges, una ciudad del sur de Francia que el príncipe había conquistado y que volvió a manos de los franceses cuando su ejército la dejó tras de sí. El príncipe fue presa de una ira terrible. Puso sitio a sus murallas y cuando la ciudad por fin fue suya, no perdonó a un solo ciudadano. Dicen que mandó ajusticiar a tres mil personas. Todas fueron masacradas mientras suplicaban por sus vidas. Hasta los niños encontraron la muerte.

Acaricié el lado liso de mi vihuela, intentando no dar muestras de lo mareada que estaba.

El hermano Edmund dijo entonces:

—Eran otros tiempos. En muchas crónicas de la época, se le elogiaba como un gran hombre. A fin de cuentas, fundó la Orden de la Jarretera. Semejante fortaleza era valiosa.

—Me sorprende entonces que muriera antes que su padre. ¿No falleció a causa de las heridas que recibió durante la batalla?

—Oh, no. Enfermó en Francia, no mucho antes del sitio. Dicen que tuvieron que llevarle en litera a las murallas de Limoges. Después de reconquistar la ciudad regresó a Inglaterra. Fue debilitándose muy lentamente. De hecho, tardó años en morir. Su padre, el rey, mandó a buscar a los mejores médicos de la cristiandad. Se intentaron con él todas las curas. Leí parte de la correspondencia referente a lo sucedido: siempre me han interesado los misterios de la medicina. El príncipe de Gales estaba en la flor de la vida, pero empeoraba poco a poco y nadie fue capaz de dar con un síntoma certero y reconocible de su enfermedad. No era la peste ni tampoco una descomposición pulmonar, ni sífilis. Durante un tiempo creyeron que era hidropesía, pero finalmente decidieron que no. Recuerdo un pasaje…

El hermano Edmund frunció los labios, intentando recordar.

—El médico italiano escribió: «Es como si la fuerza de su existencia mortal estuviera extinguiéndose y ningún hombre pudiera hacer nada por detenerlo».

Sentí que un escalofrío me subía por la columna.

El hermano Edmund me sonrió.

—Hermana Joanna, habéis palidecido. Vamos, probemos con otra canción.

Cogí la vihuela y retomamos nuestra práctica. Habíamos completados dos de las canciones de nuestro repertorio planificado cuando las otras novicias aparecieron en la sala capitular.

—Gracias por reuniros con nosotros, hermanas —dijo el hermano Edmund. Se volvió, aunque no del todo, para explicarme—: Creo que será mejor que dos músicos más se unan a nosotros para tocar en el banquete. No puedo pedírselo a ninguna de las hermanas de mayor antigüedad, pues temo que su dignidad se vea ofendida, pero quizá sí podría emplearos a vosotras dos. El hermano Richard me ha ayudado a obtener dos cítolas. Se tocan más fácilmente.

La hermana Christina había empezado a negar con la cabeza mientras el fraile seguía hablando.

—No, hermano Edmund, eso no —dijo.

—Puedo enseñaros a tocar una sencilla melodía —añadió él con tono tranquilizador.

—Sé tocar —respondió la hermana Christina con la frente veteada de arrugas—. No puedo tocar para mi padre. No me lo pidáis, os lo ruego.

Se volvió y salió de la sala.

El hermano Edmund dijo entonces:

—He errado en mi solicitud. No sabía que la hermana Christina sintiera aversión hacia su padre.

—¿Aversión hacia su padre? —Sus palabras me dejaron perpleja—. Eso no es cierto.

El hermano bajó la cabeza.

—He vuelto a equivocarme. Perdonad mis palabras, hermana Joanna. Y ahora, ¿intentamos tocar un poco de música? Hermana, ¿os enseño? Creo recordar que nuestra madre nos enseñó a tocar algunas canciones. No tardaréis en recuperar la práctica.

La hermana Winifred se sentó.

—Antes de empezar, necesito haceros una pregunta, hermano.

—Por supuesto. —El hermano sonrió—. Hoy parece ser un día de preguntas.

Ella se inclinó hacia delante, con una mirada tan seria como jamás la había visto.

—Cuando un priorato o una abadía son disueltos por los enviados del rey, ¿qué ocurre?

El hermano Edmund se quedó muy quieto.

—No me parece que sea prudente discutir ese tema.

—¿Puedo preguntar por qué?

El hermano tendió las manos y suavemente cubrió con ellas las de la hermana.

—No quiero angustiaros, por el bien de vuestra salud.

—Pero ya no soy una niña —dijo ella, inmutable—. Soy una novicia que ha jurado servir en Dartford, y debería saber lo que me depara el futuro.

El hermano tomó aliento.

—Cuando el rey ordena disolver una abadía, todos sus ocupantes deben partir en el plazo de un mes. Hay pensiones. Algunas suficientes, otras no tanto. Conozco a frailes que han abandonado Inglaterra para vivir en países fieles. No hay demasiados puestos disponibles, de modo que viajan de abadía en abadía, en tierras extrañas, buscando. Si se quedan aquí, pueden recurrir al sacerdocio si están dispuestos a adaptarse a los nuevos servicios. O abandonar del todo la religión y buscar nuevas profesiones…, casarse, incluso.

—Eso en el caso de los hombres. Pero ¿qué ocurre con las mujeres? —insistió ella—. Creo que tienen menos posibilidades.

El hermano y yo nos miramos.

La hermana Winifred dijo, con un leve tinte de resentimiento en la voz:

—Si la hermana Joanna puede saber estas cosas, si está capacitada para discutir los asuntos del mundo con vos, yo también lo estoy.

El hermano Edmund sonrió tímidamente.

—Sí, tenéis razón. Y ciertamente ellas tienen menos posibilidades. Las mujeres pueden viajar al Continente con la esperanza de que algún convento europeo las admita, aunque no he oído hasta ahora de nadie que lo haya hecho. Pueden buscar refugio en el seno de sus familias. O pueden renunciar a la vida religiosa y casarse y tener hijos.

La hermana Winifred lo escuchó todo con atención.

—¿Y qué ocurre con los prioratos? —preguntó—. ¿Qué es de ellos?

—Normalmente se les otorgan a cortesanos que gozan del favor del rey y de Cromwell —dijo—. Algunos prioratos se convierten en residencias particulares tal y como están; otros son demolidos por sus dueños, por su valor. Se derruyen los edificios, piedra a piedra, se funde toda la plata, el oro o las piedras valiosas, los tapices, las esculturas y los libros, incluso se llevan las vestiduras y arrancan las ventanas, por el dinero que puedan sacar de ellas.

Los ojos de la hermana Winifred se abrieron como platos. Le temblaba ligeramente el labio inferior. Aun así, nos miró sin parpadear.

—Gracias, hermano. Y ahora estoy preparada para aprender las canciones.

OceanofPDF.com

22

Durante la última comida del día en el refectorio, oí retazos de conversaciones entre las hermanas. Vi el resentimiento en sus rostros motivado por el banquete de difuntos que iba a celebrarse al cabo de tres días.

Sentada a mi lado a la mesa de las novicias, junto a la puerta, la hermana Christina apenas tocó su sopa o el pan. Me sentía protectora con ella. La creí avergonzada por la petición de su padre. Yo sabía que muchas novicias, e incluso algunas monjas, se enfrentaban al deseo de sus padres de permanecer en nuestras vidas, por mucho que estuviéramos obligadas a mantenernos apartadas del mundo exterior. No queríamos herirles, les queríamos y les honrábamos, pero nuestras vidas debían separarse de las suyas.

Reflexionar sobre el padre de la hermana Christina me llevó a pensar en el mío. El pan se volvió polvo en mi boca. Independientemente de si vivíamos juntos o no, él era mi única familia. Temía mucho por la suerte que pudiera correr en la inmisericorde Torre, el lugar que atormentaba mis sueños. Pero su liberación no estaba próxima en absoluto. Al día siguiente yo tenía que enviar mi carta al obispo Gardiner, pero poco era lo que tenía que informar. Le había fallado a mi padre.

—No, jamás habíamos celebrado un banquete en el priorato —decía—, aunque sí nos han visitado miembros de la familia real. Cuando, hace muchos años, la madre del rey visitó aquí a la hermana Bridget, a buen seguro debieron de servirle comida y bebida. Podría por tanto existir un precedente.

Vi que la hermana Anne negaba con la cabeza. Nuestro miembro de mayor antigüedad estaba sentada delante de la hermana Agatha a su larga mesa de madera. Dijo algo a la encargada de novicias, pero su voz era mucho más baja y lo único que alcancé a oír fue: «el príncipe Arturo».

Erguí la espalda sobre el duro banco de madera en el que estaba sentada. «Claro. ¡La hermana Anne!». Hice un cálculo mental de la edad que podía haber tenido en el momento de la visita del príncipe Arturo en compañía de su madre y de su esposa, Catalina de Aragón. Sí, era posible que hubiera vivido en Dartford en 1501.

En cuanto la hermana Anne se levantó de su asiento, me puse en pie y me acerqué a ella. Algunas de las hermanas más antiguas se replegaron al ver que me acercaba —se esperaba de las novicias que se comportaran de un modo reservado—, pero no me pareció que fuera a disponer de otra oportunidad para hablar con ella esa noche.

—¿Hermana Anne? —pregunté, tras saludarla con una respetuosa inclinación de cabeza.

Estaba encorvada por el peso de los años y tenía el rostro tapizado de arrugas, pero la hermana Anne me sonrió.

—Oh, hermana Joanna, ¿os encontráis bien?

—Sí, hermana. ¿Puedo acompañaros a vísperas? Os lo agradecería sobremanera.

Pareció pensarlo durante un instante antes de mirar en derredor y observar las miradas de las demás monjas. Vi que su hábito era de lino, y no de la tosca lana que llevaban las demás. Cuando las monjas envejecían mucho, recibían permiso para llevar tejidos más suaves sobre la piel.

Por fin me sonrió de nuevo.

—Por supuesto, hermana Joanna. Venid conmigo.

En cuanto llegamos al corredor y estuvimos fuera del alcance del oído de las demás, dije:

—Hermana Anne, estoy muy interesada en obtener información sobre los primeros tiempos de nuestro priorato. He oído mencionar a la hermana Agatha la visita que hizo a Dartford el príncipe Arturo. ¿Estabais vos en Dartford en aquel entonces?

—Estaba aquí, sí. —Una sombra de tristeza se deslizó sobre su rostro —. Soy la única que queda con vida de esa época. El príncipe vino con su madre, la reina Isabel, a finales de 1501. Solo tenía quince años.

—¿Pudisteis ver al príncipe?

—Oh, no. La vieja reina siempre se encontraba con la hermana Bridget en el *locutorium*. Cuando vino con su hijo y su nuera a visitar a la hermana Bridget permanecieron en esa sala. Jamás entraron al claustro.

Fui presa del desaliento. Seguimos avanzando por el corredor y pasamos por delante del lavatorio. Oí el arrastrar de pasos de las demás hermanas a nuestra espalda.

La hermana Anne prosiguió:

—En aquel entonces había otra hermana que estaba muy ansiosa por ver al príncipe con sus propios ojos. ¿Cómo se llamaba? —Se detuvo a pensar durante un momento—. Ah, sí. La hermana Isabel. Quizá no estuviera hecha para la vida del priorato. Era muy… vital. Convenció al portero para que la dejara acceder a las salas delanteras del priorato. Me dijo que solo llegó a ver al Príncipe Negro cuando él ya se marchaba, en dirección a la puerta principal. Me dijo que tenía el pelo rubio y que su esposa, la princesa Catalina, era pelirroja.

La hermana Anne se rio por lo bajo. Intenté forzar una sonrisa.

—La hermana Isabel tenía ideas peregrinas —recordó—. Dijo algo más sobre la visita del príncipe Arturo. Algo sobre su desaparición.

—¿Cómo? —Mi voz resonó en el corredor de piedra. Recuperé el control y, bajando la voz, dije—: Me interesaría muchísimo saberlo todo, hermana Anne.

—Me desagrada profundamente fomentar la necedad —dijo—, sobre todo cuando se alimenta de un comportamiento improcedente.

Con gran dificultad, me contuve para no implorarle que me contara la historia. No quería asustarla. Cruzamos el jardín del claustro. Los membrillos se encresparon a merced de la brisa nocturna.

Afortunadamente, la hermana retomó el hilo de sus recuerdos.

—La hermana Isabel dijo que estaba tan decidida que se dirigió hasta una de las salas delanteras con ventanas que daban a los parterres frontales y a la casa del guarda, para así poder ver partir a las reales visitas. Vio aparecer a la vieja reina, junto con sus damas de honor cuando las acompañaron hasta sus caballos y criados, pero ni el príncipe ni la princesa se reunieron con ella. La hermana Isabel vio que la reina saludaba con la mano en dirección a la entrada antes de partir, de ahí que concluyera que el

príncipe Arturo había decidido quedarse un tiempo más en el priorato. Minutos más tarde, la hermana Isabel regresó al corredor para intentar dar con él, pero no lo consiguió. Ni vio al príncipe ni a la princesa. Según dijo, registró todas las salas de la parte delantera del priorato. El portero dijo no haber visto a la pareja real. No habían entrado a la zona del claustro, de eso estaba seguro. Y durante ese rato tampoco había visto a la priora Elizabeth.

La hermana Anne y yo habíamos llegado a la arcada que daba acceso a la iglesia. Las otras hermanas nos miraron, curiosas, al pasar. Me apresuré a preguntar:

—¿Entonces no volvió a ver al príncipe?

—No, pero sí le oyó. Le oyó marcharse. Aproximadamente una hora más tarde oyó que en el exterior, en la parte delantera, ordenaban preparar a gritos los caballos reales. Cuando pudo encontrar una ventana, el príncipe y la princesa se alejaban a caballo.

La mayoría de las monjas habían entrado en fila a la iglesia y la hermana Anne deseaba sin lugar a dudas unirse a ellas. La hermana Rachel me miró ceñuda al entrar, seguida de la hermana Helen y de la hermana Agatha. Pero yo tenía que saberlo… todo.

—Entonces, ¿dónde estuvo ese día el príncipe Arturo? —insistí, tendiendo la mano para cogerla del brazo.

La hermana Anne se apartó, desconcertada por mi vehemencia.

—Por favor, os lo ruego: contadme el resto de la historia —susurré.

Con un último encogimiento de hombros, dijo:

—La hermana Isabel nos contó la historia en muchas ocasiones, y al final siempre decía lo mismo. Que debía de haber una habitación secreta en Dartford. Ya lo veis. Era una absoluta necia.

«Una habitación secreta en Dartford».

—Además, hace ya tanto tiempo que murió el príncipe Arturo… —caviló—. Murió demasiado joven, apenas unos meses después de su visita a Dartford. Y víctima de una enfermedad tan extraña… —Se obligó a emerger de sus cavilaciones y ocupamos nuestros sitios en la iglesia, ella entre las monjas más antiguas y más serias, y yo con las novicias.

Esa noche estaba tan distraída que olvidé dos de las réplicas durante las plegarias. Si existía alguna cámara secreta, ¿dónde podía estar situada?

Conocía la fila de salas situadas en la parte delantera del priorato. Eran habitaciones pulcras y parcamente amuebladas. ¿Entre los muros, quizá? No me parecía probable imaginar a la priora colándose en una estrecha cámara oculta, seguida de una pareja real. ¿Y qué había ocurrido en esa cámara secreta? ¿Guardaba alguna relación con la corona de Athelstan? Las palabras de la agonizante Catalina de Aragón resonaron en mi cabeza: «La leyenda es cierta. La corona de Athelstan. Pobre Arturo».

Cada vez estaba más convencida de que para descubrir el lugar donde se ocultaba la corona debía saber más sobre el rey Athelstan. Después de vísperas, murmuré una excusa a la hermana Winifred y a la hermana Christina y salí a toda prisa de la iglesia.

Me escabullí en la dirección opuesta a la del resto de las hermanas, hacia el corredor que salía del jardín del claustro en dirección a la biblioteca. La última luz del crepúsculo se filtraba desde el cielo. Un pábilo insertado en la piedra parpadeaba a la entrada de la enfermería, pero no vi señales de actividad procedentes del interior. El hermano Edmund debía de haberse retirado a las dependencias de los frailes.

Hice girar la manilla de la puerta de la biblioteca. Para mi desconcierto, se abrió. Dentro, la sala estaba a oscuras, de modo que cogí el pábilo del muro para poder ver mejor.

Corrí hasta la sección que contenía los libros de interés general. Una vez más, vi la historia de los Plantagenet, una colección de mapas. Pero donde había encontrado el ejemplar de color marrón oscuro *De Caractacus a Athelstan* había tan solo un hueco. Quizá el hermano Richard no sabía exactamente dónde colocarlo, de modo que registré toda la biblioteca, libro por libro.

No pude dar con él. El libro había desaparecido, tal y como había desaparecido la carta de la priora Elizabeth a su sucesora.

Era como si alguien estuviera al corriente de lo que yo buscaba y tuviera la potestad de mover las cosas para apartarlas de mi alcance momentos antes de mi llegada.

En ese momento oí algo. Susurros. Justo al otro lado de la puerta. Apagué el pábilo de un soplido y me quedé quieta. Él susurró quedó sumido

en el silencio. Di un paso hacia la puerta y oí algo más. Pisadas corriendo por el pasillo. Luego, silencio.

Se me aceleró la respiración y temblé de miedo. Hacía apenas unas horas había sabido de la existencia de una habitación secreta y ahora oía movimientos furtivos. Pero no podía seguir oculta en la biblioteca durante mucho tiempo más. La hermana Eleanor siempre pasaba revista por la habitación de las novicias antes de retirarse a la cama. Si no me encontraba en la mía, daría la voz de alarma.

Hice girar la manilla de la puerta, oh, muy despacio, y la entreabrí. Nada. El pasillo estaba oscuro y en silencio. Salí sigilosamente de la biblioteca y me dirigí hacia el claustro.

A mi espalda, en la enfermería, volví a oírlo. Un estallido de susurros seguidos de la risilla de una niña.

¡Los pequeños Westerly!

Irrumpí en la enfermería y allí estaban, acurrucados los tres junto al fuego que constaba apenas de unas agonizantes brasas. Harold fue el primero en verme y dejó escapar un grito asustado al tiempo que se levantaba de un brinco. Martha le rodeó con los brazos, pero rompió a reír en cuanto me vio.

—Hola, hermana Joanna —saludó Ethel, la única que mantuvo la calma.

—Niños, ¿qué estáis haciendo aquí? —dije—. Sé que queréis estar cerca de vuestra madre, pero está totalmente prohibido esconderse en el claustro durante la noche. —Recorrí la enfermería con la mirada—. ¿Dormís aquí?

—La cocinera nos deja dormir en la despensa —trinó Martha—. En cuanto amanece, nos escondemos en…

—Shhhhh —le ordenó Ethel.

Había un fardo delante de Harold. Intentó apartarlo de mi vista.

—¿Qué es eso que tienes ahí? —pregunté.

El trío guardó silencio.

Me agaché y descubrí el fardo. Para mi sorpresa, encontré un montón de bizcochos amarillos recién hechos.

—¿De dónde los habéis sacado? —pregunté.

—Nos los ha preparado la cocinera —respondió Harold.

Ethel dijo:

—Son tortas de alma. Vamos a repartirlas mañana en la ciudad, por Halloween.

Me estremecí al oírle pronunciar una festividad pagana.

Ethel dijo, desafiante:

—Cuando nos dan una torta de alma por Halloween, supuestamente debemos rezar por el alma de alguien. Es el día del año en que la pared que separa a los vivos y a los muertos es más delgada. Así conseguiremos que muchos aldeanos recen por nuestra madre para que no muera.

—No, no, no —dije, molesta por su conocimiento de las prácticas druidas—. En el priorato, nosotras rezaremos por vuestra madre como siempre lo hacemos. Dios cuidará de ella.

El labio de la pequeña Martha tembló.

—No os llevaréis nuestras tortas de alma, ¿verdad, hermana? ¿No nos impediréis que salvemos a madre?

Gemí. ¿Cómo podía hacerles comprender?

—¿Vuestro padre sigue en Londres? —pregunté.

—Todavía está en Southwark —respondió Harold.

Oí un leve jadeo sibilante procedente del rincón. El jadeo se volvió más denso, convirtiéndose en un gorjeo. La madre de los pequeños parecía haber empeorado. Harold miró a su hermana y a mí con los ojos llenos de lágrimas.

Me decidí en ese momento.

—Ahora está oscuro. En cualquier caso no podríais regresar sanos y salvos a la villa. A la despensa, niños.

—¿No nos delataréis? —suplicó Harold.

—Esta noche no, pero esta no es una solución adecuada. Rezaré para saber qué debo hacer y qué decir.

Conduje a los Westerly fuera de la enfermería, hacia la despensa de la cocina. Martha deslizó su mano en la mía mientras caminábamos. Sus dedos calientes y regordetes se cerraron sobre los míos con sorprendente fuerza.

Les instalé en su desolado rincón, que en ese momento entendí eran las dependencias habituales donde los pequeños dormían. Sacaron unas mantas hechas jirones de detrás de unas cestas.

—Comeos las tortas, niños —imploré—. No las uséis para conseguir plegarias. Va contra los deseos de Dios.

Martha me echó los brazos al cuello. Un beso húmedo me cubrió la mejilla.

—Os quiero, hermana Joanna —dijo con su voz cantarina.

—Y yo os quiero a los tres —dije. Se me quebró la voz.

Ethel me miró, perpleja.

Me arranqué los brazos de Martha de los hombros y retrocedí. Con un último y torpe gesto de la mano, dejé a los niños detrás de la despensa para regresar a mi propio lecho de novicia.

OceanofPDF.com

23

Al día siguiente nos quedamos sin sol.

Esa última semana de octubre había sido agradable. El sol de la tarde caldeaba los jardines y los cultivos, acariciando las hojas rojas y naranjas amontonadas por doquier. Las hermanas llenaban cestas con membrillos de color verde claro que habían madurado en los árboles del claustro. Casi todas las mañanas el olor agrio aunque agradable de las hogueras se colaba por las ventanas.

Sin embargo, un viento frío y feroz empezó a soplar la víspera de Todos los Santos, y con él llegaron cortinas de lluvia que arrancaron las últimas hojas de los árboles. Durante un día cualquiera en el priorato yo me habría quedado dentro, ajena a la tormenta, pero esa mañana me guardé la carta que le había escrito al obispo Gardiner en la manga del hábito y con masculladas excusas me dirigí al granero. Tras asegurarme de que nadie me veía, me acerqué con cuidado a la leprosería situada el noroeste de los terrenos del priorato, justo al otro lado de una colina coronada por altos árboles.

Me había puesto una capa para no empaparme el hábito. Podría haberme cubierto la cabeza con la capucha, pero desdeñé esa protección. Quería sentir la fría lluvia en el rostro. Anhelaba el aguijoneo del viento en los ojos.

Me sentía muy desgraciada. Había escrito y sellado mi carta dirigida al obispo de Winchester y la misiva era lamentablemente breve. Transmitía en ella que la priora Elizabeth había muerto la mañana de mi regreso y que su última comunicación se había perdido. Una historia relatada por nuestra monja de mayor antigüedad en la casa sugería que quizá existía una cámara secreta en Dartford y que, durante su visita al priorato en 1501, el príncipe Arturo podía haber entrado a esa habitación. Yo no contaba con datos precisos sobre su ubicación, pero tenía que estar en la parte delantera del priorato, no en el claustro. Allí podía permanecer escondida la corona de

Athelstan. «Sugería…, quizá…, podía…». Imaginé que un secretario le hacía entrega de la carta y al obispo rompiendo el sello, impaciente por tener noticias, con el rostro ensombrecido por la ira tras haber leído apresuradamente mi puñado de frases.

Llegué a la cima de la colina y me detuve a refugiarme bajo los árboles. Una ardilla roja huyó de mi lado, molesta conmigo porque había irrumpido en sus secos dominios entre los arbustos.

Justo debajo, en una hondonada, estaba la leprosería. Llevaba abandonada desde antes de mi llegada a Dartford, no sabía exactamente cuánto tiempo. ¿Veinte años? ¿Cincuenta? ¿Cien? La mitad del tejado se había derrumbado. Vi el campo marrón por un hueco dentado abierto en el muro posterior. La hiedra asfixiaba cada una de las ventanas desprovistas de cristales. Las trepadoras se habían colado dentro tiempo ha, ansiosas por invadir las habitaciones que en su día les habían sido negadas.

Pero ¿qué habría sido de los leprosos, esas pobres almas despreciadas? ¿Les habrían trasladado a otro hospital para que cuidaran de ellos, o quizá se habían visto empujados a encontrar rincones de Londres en los que ocultarse, asustados y enfermos? No había nadie a quien preguntar.

Mientras contemplaba el hospital, las lágrimas que me surcaban las mejillas se mezclaban con las gotas de lluvia. En un plazo de cincuenta años, quizá una muchacha contemplaría un abandonado priorato de Dartford mientras se preguntaba: «¿Qué fue de las monjas que en su día se cobijaban aquí? ¿Por qué dejarían a sus padres y renunciarían al matrimonio y a la maternidad para vivir en un lugar semejante?». No habría nadie que pudiera decirle a la muchacha quiénes éramos ni aquello en lo que creíamos: el humilde servicio a Cristo, el apoyo mutuo, el aprendizaje y la contemplación.

A mitad de camino desde la cima de la colina hacia el hospital, tropecé y caí de rodillas. Las intensas lluvias habían convertido el paisaje en fango. Me levanté y tomé un sendero más seguro hacia el portal frontal. Hacía tiempo que habían arrancado la puerta de sus goznes, sin duda para hacer leña con ella. Labrada en la piedra sobre la arcada se leía la leyenda «Leprosería de Santa María Magdalena y San Lázaro». Debajo, en letra más pequeña: «Orden de San Lázaro de Jerusalén». Era poco lo que yo sabía

sobre esa orden: una orden médica creada por los Caballeros del Temple. Las Cruzadas. A mis primos les encantaba jugar a los cruzados en el castillo de Stafford. Bajaban corriendo por los anchos pasillos, blandiendo espadas de madera y gritando: «¡Por la voluntad de Dios!».

Rápidamente encontré la ventana que me habían descrito. Palpé a los lados. Sí, existía una amplia abertura. Saqué la carta, que había sellado con cera esa misma mañana. Retiré el panel suelto, la deslicé dentro y volví a colocar el panel. Ese escondite había sido concienzudamente buscado y preparado. Por primera vez me pregunté quién acudiría a buscar mi carta y cruzaría con ella el Canal para llevársela al obispo Gardiner. ¿Quizá algún lugareño generosamente remunerado por sus molestias?

Yo no tenía ningún deseo de permanecer más tiempo en ese desolado lugar y salí de allí cruzando bajo la arcada.

Cuando había subido hasta la mitad de la colina, algo me impulsó a volverme y a leer una vez más las palabras que coronaban la arcada: «La Orden de San Lázaro de Jerusalén. Los Cruzados». Y entonces me acordé.

Ricardo Corazón de León. El rey de Inglaterra, cabeza de la Tercera Cruzada. El otro hombre mencionado por el obispo Gardiner en la Torre. «¿Habéis oído hablar de Eduardo III? ¿De su hijo, el Príncipe Negro? ¿Y de Ricardo Corazón de León? ¿O del príncipe Arturo, el difunto hermano de nuestro rey?».

A pesar de haber vivido hacía dos siglos, yo sabía más sobre la vida de Ricardo que sobre la del Príncipe Negro. Siempre me habían interesado las Cruzadas. Ricardo, *Coeur de Lion*, que había guerreado contra los musulmanes con tremenda bravura. Fue encarcelado por otro rey en el camino de regreso de Jerusalén, y logró liberarse para reclamar su trono de manos de su traidor hermano, Juan. Me acordé de que se había casado, pero no había tenido hijos antes de morir siendo un hombre de mediana edad en el sur de Francia.

«El sur de Francia».

Qué curioso. El rey Ricardo había muerto en la misma parte del mundo en la que el Príncipe Negro había enfermado por vez primera, tras haber contraído el mal que terminaría con su vida.

Mis pensamientos se agolpaban en mi cabeza cuando llegué de nuevo a los árboles. Aquello no se diferenciaba demasiado de la labor que requería cualquiera de los tapices de la hermana Helen. Al principio solo ella conocía el significado del diseño. Tejíamos allí donde el cartón nos lo permitía, pero no sabíamos qué mundo estábamos creando hasta que algunas cosas tomaban forma: hombres y mujeres, deidades y bestias, bosques y mares.

Estaba empezando a ver una difusa silueta del extraño diseño del obispo Gardiner. Con más perseverancia quizá llegara a descubrir el secreto de la corona.

Me retiré apenas unos metros del abrigo de los árboles, de regreso al priorato. Algo captó mi mirada desde un lejano punto a la derecha. Entrecerré los ojos bajo la lluvia.

El promontorio se prolongaba en la distancia hasta ensancharse y formar una colina más circular y plana, desprovista de árboles. Una mujer se alejaba de mí sobre la colina, vestida con un sencillo hábito de monja y con la capucha sobre los hombros, como la mía. Era la hermana Christina.

Me dirigí hacia ella, agarrándome de las ramas donde podía. A pesar de que la áspera corteza me dañaba las manos, tenía que impedir deslizarme por el resbaladizo suelo de la colina.

—¡Hermana Christina! —grité en cuanto emergí de entre los árboles. Ella se había detenido, pero no se volvió a mirarme. El viento debía de haberme silenciado la voz. En ese momento soplaba más frío y violento, aunque la lluvia había remitido.

Cuando ya casi le había dado alcance, volví a gritar su nombre. Esta vez dio un brinco, sobresaltada. Vi que tenía el rostro bañado en lágrimas, como debía de estarlo el mío.

—¿Qué os turba? —pregunté.

Negó con la cabeza. No quise entrometerme. Compartí su dolor por el ensombrecido futuro del priorato de Dartford. Su ancha frente se tapizó de arrugas, como el de una anciana. Tenía la nariz enrojecida a causa del frío… o del llanto. Y sus ojos de azul pizarra parecían cansados.

De pronto, me cogió la mano y la estrechó con fuerza.

—Oh, hermana Joanna, perdonadme por mi rabia contra vos.

—Merezco toda la censura que he recibido —dije—. Pero gracias, hermana Christina. He echado de menos vuestra amistad.

Nos abrazamos y nos reímos también un poco. Estábamos heladas y empapadas.

Ella me miró, pensativa.

—Estabais dispuesta a sacrificarlo todo, el noviciado y hasta vuestra vida, para honrar a vuestra prima, que murió por haberse rebelado contra la herejía. Ahora creo que lo que hicisteis fue muy valiente.

No pude soportar su halago después de apenas unos minutos de haber ocultado mi carta de espía.

—No, no, no. —Negué con la cabeza—. Me equivoqué.

Con un amplio gesto, giró en redondo sobre la colina.

—¿Sabéis qué lugar es este?

Negué con la cabeza.

Ella señaló hacia abajo, exactamente a un punto situado al lado de su pie derecho. Había una piedra gris hundida en el suelo.

—Aquí, en la colina, hubo hace siglos un convento de monjas —me dijo—. Estos son los cimientos. Podéis encontrarlos casi todos si buscáis con atención. Forman una plaza gigantesca. Venid conmigo, os lo ruego.

Seguí a la hermana Christina con los ojos fijos en la tierra húmeda. Logré distinguir las piedras que asomaban intermitentemente bajo la hierba y dibujaban una línea demasiado recta como para ser obra de la naturaleza.

—Dicen que el rey Eduardo eligió esta tierra para el priorato de Dartford debido a la existencia de un convento anterior —dijo—. Pero dudo mucho que él supiera lo que había sido de él.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

De espaldas a mí, dijo:

—Las hermanas eran miembros del culto a santa Juliana. ¿Lo conocéis?

—Sé que Juliana fue una mártir.

—Se convirtió al cristianismo y quiso vivir una vida de castidad, pero su padre era pagano. Le ordenó que se casara con un romano como él. Dicen que el diablo mismo apareció para intentar persuadir a Juliana, pero ella se mantuvo firme. Se negó a renegar de su fe y la mataron por ello. Los romanos le cortaron la cabeza.

Tirité a merced del viento. Me sentí demasiado expuesta en compañía de la hermana Christina. Más abajo, desde el priorato, podíamos ser visibles. Las ventanas de la priora daban a las colinas. Se nos permitía andar por las tierras que eran propiedad del priorato siempre que no saliéramos de ellas. Sin embargo, en un día como ese, un paseo sin duda levantaría sospechas.

Pero la hermana Christina parecía decidida a hablarme del convento desaparecido y su relato me resultó intrigante.

—¿Cuándo se construyó ese convento? —pregunté.

—No sé cuándo lo construyeron, pero sí sé que fue destruido en el siglo VIII.

«Un siglo antes del reinado del rey Athelstan», pensé. Y, en voz alta, pregunté:

—¿Por qué lo destruyeron?

Se volvió de pronto con una expresión feroz en el rostro.

—Los escandinavos, hermana Joanna. Eso sucedió cuando estaban en la cima de su poder. Los escandinavos lo invadían todo, matando cristianos. Robaron nuestros víveres y quemaron nuestras granjas. Pero su pasatiempo favorito era la violación de monjas.

Me estremecí.

—Hermana Christina, eso es terrible. Ni lo mencionéis.

Ella siguió hablando como si no me hubiera oído.

—Las hermanas debían de creer que el convento estaba lo suficientemente lejos de la costa y cerca de Londres como para estar a salvo, pero no fue así. Un grupo de escandinavos encontró este convento. Era muy pequeño, quizá habría en él ocho mujeres. Intentaron entrar para violar a las hermanas.

Me cubrí los ojos con las manos, como en un intento por protegerme de un horror que estaba ocurriendo allí y en ese mismo instante.

—Las monjas se enteraron de que los escandinavos venían de camino. Echaron el cerrojo a todas las puertas. Pero eso no detendría durante mucho tiempo a los hombres, puesto que llevaban hachas consigo. ¿Y sabéis lo que hicieron las monjas?

—Hermana Christina, no puedo seguir escuchando, os lo suplico. Cualquier historia que hable de la violación a una mujer… No puedo…

Ella me agarró de los hombros y gritó:

—¡Se prendieron fuego y murieron quemadas! Cuando el fuego se extinguió, los escandinavos hicieron añicos la puerta, pero lo único que encontraron fue carne calcinada. Se enfadaron tanto que destruyeron el convento y desperdigaron hasta el último ladrillo por el campo.

El pesado cielo gris giró a mi alrededor al tiempo que me fallaban las rodillas. Me arrodillé, presa de las náuseas.

Con una voz totalmente distinta, la hermana Christina dijo:

—Oh, hermana Joanna, no era mi intención haceros esto. Perdonadme.

Se acuclilló y me acarició la espalda, que era en ese momento presa de los jadeos.

—No creía que os turbaría tanto. Habéis estado en prisión, en la Torre de Londres. Interrogada. Creía que podía contaros esto, que soportaríais el relato. La gente de la villa de Dartford está al corriente de lo ocurrido. Se lo cuentan unos a otros de generación en generación desde hace siglos. Yo lo supe antes de ingresar en el priorato.

Me ayudó a levantarme. Inspiré hondo.

—Simplemente no puedo soportar esta clase de historias, pero vos no lo sabíais, hermana.

—Lo siento —insistió—. Entiendo entonces que no tenéis la misma visión que yo sobre la muerte de las monjas.

—Siento lástima por ellas. ¿Qué otra visión podría caber?

—Con sus muertes, compartieron el sufrimiento de Cristo de un modo especial y sagrado —dijo la hermana Christina—. Las llamas fueron purificadoras, una forma de… —intentó encontrar la palabra exacta— de divina violación. ¿Entendéis?

—No del todo —concedí.

El movimiento en la entrada del priorato interrumpió la conversación. La priora, la hermana Eleanor, y la hermana Rachel salieron al patio frío y mojado sin la protección de sus capas negras, cargadas con cestas.

—Mirad. —La hermana Christina señaló al camino del priorato que emergía de entre el bosque. Se acercaba una fila de personas. Reconocí al

hombre que lideraba el grupo. La gente más pobre de Dartford había llegado a recibir limosnas del priorato, como ocurría dos veces al mes. Era una tradición asentada desde hacía generaciones. La cabeza de nuestro priorato se encargaría de la distribución de la comida y de las monedas al otro lado de la casa del guarda.

Sin que nos vieran, la hermana Christina y yo echamos a andar hacia el priorato. Después de haber contemplado los muros semiderruidos de la leprosería y los restos del antiguo convento resultó reconfortante ver de nuevo la majestuosa entrada de Dartford.

A pesar de las innumerables ocasiones en que había pasado presurosa por delante de ellas, me detuve a examinar las estatuas de piedra del rey que flanqueaban la puerta a ambos lados. Alguien me había dicho a mi llegada a Dartford que eran dos versiones del rey Eduardo III: una joven y la otra ya anciano. La estatua de la izquierda tenía barba y llevaba largas vestiduras. La figura de la derecha estaba afeitada y vestía cota de malla y armadura y portaba una espada.

Observé más atentamente al guerrero de piedra de la derecha.

—Esperad —dije—. Antes de entrar, ¿conocéis las historias de estas estatuas?

—El anciano es el rey Eduardo III. El joven es su hijo, el Príncipe Negro. El príncipe murió antes de que el priorato abriera sus puertas.

Me quedé perpleja.

—Parecéis conocer bien la época.

Ella se encogió de hombros.

—Me crie en Dartford, ¿recordáis? Vine a tomar aquí mis lecciones cuando era niña. Lo sé todo sobre el priorato.

Señaló un retablo de tallas de piedra que coronaban la entrada.

—Prefiero la historia de la Virgen que la de los reyes.

Miré las figuras, todas ellas genuflexionadas delante de Jesús y de María. La figura de Cristo extendía las manos sobre la cabeza de su madre al tiempo que su madre se inclinaba ante él. Sobre la testa de la Virgen, labrada en profundidad en la parte posterior del muro de piedra y prácticamente cubierta de lirios, estaba la silueta de una corona. Yo jamás

había reparado en ella. Se cernía sobre el centro exacto de la arcada ojival que daba la bienvenida al priorato de Dartford.

La hermana Christina siguió la dirección de mi perpleja mirada y se iluminó cuando también ella estudió las tallas.

—Hermana Joanna, ¿también a vos os encanta la Coronación de la Virgen? ¿No es maravillosa? Su hijo la está coronando reina del cielo.

OceanofPDF.com

24

Entre la festividad pagana de Halloween y la celebración sacra del Día de los Difuntos estaba el Día de Todos los Santos. Cuando era niña siempre lo esperaba con ilusión. En misa, acurrucada con mi prima Margaret en la capilla de la familia, escuchando al cura, éramos presas del temor, aunque también de la excitación, al oír los detalles de las muertes de los mártires. Nuestra favorita era santa Inés, que a la edad de doce años había muerto devorada por los leones mientras la multitud rugía en el gran coliseo romano. Para nosotras, el martirio era poco más que un morboso juego.

Con el paso de los años, en la misa del Día de los Difuntos celebrada en el priorato de Dartford, yo honraba a las mujeres y a los hombres que habían soportado el dolor, el terror y la muerte por nuestra fe. Cromwell y los herejes que le seguían se mofaban terriblemente de nuestros santos y yo no podía entenderlo.

—En este día, más que en ningún otro, honramos a nuestros mártires —entonó el hermano Philip en el ábside de la iglesia—. Y reverenciamos sus sagrados cuerpos, convertidos en nuestras benditas reliquias en los monasterios e iglesias repartidos por toda la cristiandad. ¿Cómo podemos nosotros, los miserables que nada somos, comprender los sacrificios de aquellos que derramaron su sangre por Nuestro Señor y por la Virgen María? Le pido a san Jerónimo que nos ilumine en el día de hoy, pues fue él quien dijo: «Veneramos las reliquias de los mártires a fin de adorar mejor a Aquel por quien ellos son mártires».

Me acordé de cuando había tocado los ladrillos el día anterior, los ladrillos de los cimientos del convento de santa Juliana, semienterrados en la colina. Me estremecí mientras rezaba por las mujeres, por aquellas que habían elegido poner fin a sus vidas justo a las afueras de nuestros muros de pizarra. A mi lado, la hermana Christina gemía y se balanceaba en su banco. Compartíamos la misma intensidad en nuestra devoción.

Después de sextas, todos se desperdigaron en direcciones distintas para preparar el banquete del día siguiente. Me encontré con el hermano Edmund y con la hermana Winifred para nuestra última sesión de práctica musical en la sala capitular, pero mis dedos se movían nerviosos sobre la vihuela. Una y otra vez, me saltaba alguna nota. Fue un alivio cuando Gregory y dos sirvientes entraron fatigosamente, cargando con un tapiz enrollado. Todos dejamos de tocar para ver cómo lo colgaban detrás de la mesa principal.

El tapiz era el último que había salido del taller de Dartford y acabábamos de recibirlo en préstamo por sus dueños, una familia naviera de la zona que se había mostrado más que dispuesta a cederlo para la ocasión. Todo el mundo quería honrar a lord Chester, el ciudadano más prominente de la villa.

—Qué maravilla —dijo el hermano Edmund cuando desenrollaron el tapiz de metro y medio de longitud. La hermana Winifred y yo nos miramos sin ocultar nuestro orgullo. Ambas habíamos trabajado en *El mito de Dafne*, que había sido concluido justo antes de la Cuaresma.

La imagen representada en el tapiz estaba inspirada en una historia griega: un dios fluvial convierte a Dafne, su hermosa hija y ninfa, en árbol. La hermana Helen siempre se encargaba personalmente de completar las figuras humanas y en ese caso se había superado a sí misma: una hermosa muchacha se detiene en pleno vuelo y de sus blancos miembros brotan ramas y hojas mientras un grupo de hombres la contemplan. La hermana Helen había utilizado más de veinte tonalidades de verde solo para la confección del bosque. Yo sabía que no solo había utilizado sedas importadas de Bruselas, sino que había teñido ella misma algunos de los hilos. Unas hermosas flores brotaban de las orillas del río: narcisos, rosas y violetas. En la esquina inferior derecha, entre un estallido de lirios de agua y juncos, asomaba la cabeza de grises cabellos del padre de Dafne.

—¡Con cuidado, estúpidos! —gritó Gregory a los criados, que en ese momento intentaban colgar derecho el tapiz en la pared del fondo, detrás del centro del estrado.

—Hemos terminado con la música, ¿no os parece, hermano? —dijo la hermana Winifred. Yo ya había dejado a un lado la vihuela.

El hermano Edmund no respondió. No podía apartar la vista del tapiz.

—Es muy hermoso, ¿no creéis? —pregunté.

—Sin duda —respondió despacio—, aunque la historia de Dafne es una extraña elección como tema para un priorato. Y no me refiero solo a su creación, sino también al hecho de que se exhiba mañana durante un banquete de difuntos.

Asentí.

—Antes yo también pensaba como vos, pero la priora Elizabeth nos aseguró que los clásicos mostrados en arte no son jamás blasfemos.

El hermano Edmund abrió la boca, como si fuera a añadir algo. Miró a su hermana y luego a mí, y en ese momento pareció reconsiderar su comentario. Recobró su habitual expresión serena.

El hermano Richard le llamó desde la puerta.

—Os reclaman en la enfermería —le gritó a su compañero fraile.

El hermano Edmund entregó el laúd a su hermana y salió a toda prisa. También yo abandoné la sala capitular para continuar con mi otro cometido. En el pasillo esperaba la hermana Eleanor, que parecía incluso más seria que de costumbre. Supe enseguida por qué: seis monjas la seguían, cargando con los tesoros de nuestra iglesia. Llevaban cálices, platos y —más precioso aún— nuestro relicario. Lo habían sacado para la misa del Día de Todos los Santos y lo trasladaban a la sala capitular para dejarlo a la vista de nuestros invitados. Los objetos preciosos de un priorato eran el orgullo de la casa.

Pegué la espalda a la pared para dejar paso a la procesión. La hermana Rachel llevaba el relicario como si fuera un recién nacido. El relicario del priorato de Dartford era una pálida talla de tamaño real de la mano de una mujer que emergía de una base cilíndrica bañada en oro, tachonada de diamantes y de pequeños rubíes. Tenía más de doscientos años de antigüedad y había sido el regalo de fundación del priorato por parte de Eduardo III. Yo misma lo había tenido en mis manos. A pesar de su aspecto delicado, era de una solidez sorprendente. Los relicarios están hechos para contener reliquias —un mechón de cabello, una uña, algún hueso del cuerpo de un santo o de una santa—, pero ese nos había llegado vacío. Aun así, venerábamos su propósito y su belleza. Se me aceleró el pulso cuando la

hermana Rachel pasó por mi lado con él en las manos. Si bien el relicario era hermoso, no podía evitar que me atemorizara. A veces parecía que los dos dedos completamente extendidos fueran a agarrarme.

La hermana Eleanor le gritó a la última de las hermanas del grupo:

—Hermana Agatha, cuando hayáis llevado el cáliz, no olvidéis ir a la biblioteca a buscar nuestra *Vida de santa Matilda*.

Rápidamente di un paso al frente.

—Hermana Agatha, ¿puedo ayudaros?

La encargada de novicias se iluminó al oír mi ofrecimiento.

—Sí, hermana Joanna, ¿por qué no abrís la biblioteca y me esperáis allí? No tardaré ni un momento. —Buscó en sus bolsillos y sacó una llave de una anilla.

Me costó Dios y ayuda no echar a correr hacia la biblioteca. Me temblaba la mano cuando abrí la puerta con la llave. Una vez más, fui directa al lugar donde había encontrado el libro sobre Athelstan. Pero no encontré sino un hueco. Todavía no lo habían devuelto a su sitio.

Encima del hueco, no obstante, mis ojos se fijaron en la *Historia de los Plantagenet*. Se me ocurrió que quizá hablaría de la vida de Ricardo Corazón de León. Cuando tenía la mano sobre la cubierta, la hermana Agatha irrumpió en la biblioteca. Di un respingó y retrocedí, volviéndome hacia ella, pero la hermana no se había dado cuenta de lo que me ocupaba.

—Oh, gracias, hermana Joanna. Se trata de un manuscrito sumamente delicado y la hermana Eleanor se enfada mucho si cometo algún error.

Nos centramos entonces en la *Vida de santa Matilda*, uno de los cinco manuscritos iluminados del priorato. Los monjes debían de haber invertido varias semanas en cada una de las coloridas ilustraciones que acompañaban las páginas del texto.

Mientras intentaba torpemente deshacer los lazos que sujetaban el manuscrito a un atril, la hermana Agatha dijo:

—Lord Chester no me ha parecido nunca un hombre aficionado a los libros ni al conocimiento, aunque nadie solicita ni escucha mi opinión.

—¿Habéis estado en presencia de lord Chester? —pregunté, sorprendida.

—¿Vos no?

Pensé durante un instante y negué con la cabeza.

La hermana Agatha frunció los labios.

—Durante un tiempo nos visitaba a menudo, cosa que, supongo, no habría de resultar sorprendente, puesto que es vecino nuestro. Pero ahora que lo pienso, durante los dos últimos años, desde que su hija profesó, no ha estado en el priorato más de una vez.

Por fin consiguió liberar el manuscrito de su atril. Me acerqué un poco más para ayudarla a cargar con él.

La boca de la hermana Agatha se contrajo. Tenía algo más que decir.

—Por supuesto, la sangre nueva es beneficiosa para cualquier priorato. Nuestra priora tiene cuarenta y un años. Todavía cuenta con las fuerzas necesarias para llevar a cabo grandes cosas. Pero ¿una *circator* de treinta años? Eso no es fácil de aguantar. Y no es que me importe que la hermana Eleanor ostente un rango superior a pesar de ser mucho más joven que la hermana Rachel y que yo misma. No estriba en eso la dificultad.

Mientras la hermana Agatha seguía con su cháchara, sacamos el pesado libro de la biblioteca. Con la mano que me quedaba libre cerré la puerta a nuestra espalda. No me pidió que la cerrara con llave.

En la sala capitular, la ayudé a colocar la *Vida de santa Matilda* sobre la larga mesa, junto al relicario montado sobre un pilar de escayola. Al ver el tapiz con la imagen de Dafne, que por fin colgaba recto sobre el muro, se iluminó y se reunió con las otras hermanas, que lo contemplaban embelesadas.

—Sí, es una de nuestras grandes obras —anunció, y acto seguido frunció los labios—. Oh, pero esperad. La joven del centro. Su rostro me resulta familiar. ¿Quién es?

Con una inclinación de cabeza me aparté de las hermanas, retrocediendo hacia la puerta. Me detuve a la espera de oír gritar a la hermana Agatha que quería que le devolviera su llave.

No fue así.

Fue, por así decirlo, un pecado por omisión, me dije mientras me alejaba a toda prisa por el pasillo. En vísperas me aseguraría de devolverle la llave a la hermana Agatha.

De nuevo en la biblioteca, con una vela nueva sobre la mesa y la puerta cerrada con llave, cogí el libro sobre los Plantagenet.

Enseguida encontré un capítulo que hablaba de Ricardo Corazón de León, el segundo rey Plantagenet de Inglaterra, y lo hojeé hasta el final:

En el último año de su reinado, tras su regreso de Tierra Santa y su liberación de la prisión, Ricardo estaba muy preocupado por sus desavenencias con el rey francés sobre el territorio. El Château Gaillard de Ricardo, levantado en la orilla del Sena, era una imponente fortaleza cuya edificación se había completado en 1198. Pero su construcción había requerido una gran inversión, que había salido del tesoro de Inglaterra y del reino de Aquitania, que pertenecía a Ricardo, pues lo había recibido en herencia de su madre, la reina Leonor.

En la primavera del año 1199, Ricardo se había instalado en su corte de Aquitania cuando le comunicaron que habían descubierto un tesoro en las profundidades del suelo junto al Château de Châlus-Chabrol, no lejos de su residencia. Estaba en el territorio del vizconde de Limoges, que supuestamente debía ser vasallo de Ricardo, pero que mantenía no pocas negociaciones con el rey francés y por lo tanto no era de fiar.

Ricardo viajó a Châlus-Chabrol y reclamó el tesoro, pues estaba urgentemente necesitado de dinero. El tesoro había sido descubierto por un campesino. Tras examinar el tesoro, Ricardo dijo que estaba compuesto por monedas de oro y por objetos de gran valor y que era de origen inglés.

Lord Montbrun del Château de Châlus-Chabrol, pariente y aliado del vizconde de Limoges, se ofendió sobremanera y dijo que era imposible que el tesoro hubiera provenido de tan lejos. Públicamente declaró que Ricardo lo había robado. Esa era la opinión de una gran mayoría. Aun así, era también un grave insulto que ningún soberano podía pasar por alto. Ricardo mandó a sus ejércitos a luchar contra el caballero francés y el *château* se preparó para un asedio. Los soldados tardaron un mes en preparar todo lo necesario para el asalto.

La noche del 25 de marzo, Ricardo recorrió los muros del Château de Châlus-Chabrol. Sus hombres le imploraron que se pusiera la armadura, porque los soldados apostados en las murallas todavía tenían muchas

flechas, pero Ricardo se negó. Le gritó a un arquero apostado en la muralla y se rio y le pidió que le disparara, y el hombre así lo hizo. Su segunda flecha hirió al rey Ricardo en el hombro izquierdo. El rey regresó a su tienda y se arrancó la flecha con sus propias manos, pero la flecha se partió y una parte de ella se le quedó incrustada en el cuerpo. El rey se negó a aceptar tratamiento alguno para cerrar la herida.

Pronto empezó a tener fiebre y días más tarde se temía por su vida, pero en el que había de ser su último mandato, Ricardo expresó su deseo de perdonar al arquero y dio órdenes de que no se tomaran represalias contra él. Dijo que no merecía ser rey y que se había convertido en un hombre débil antes de que le alcanzara la flecha. Sus palabras provocaron un gran pesar entre sus nobles, que declararon que era el hombre más valiente al que habían servido.

Cuando el rey murió, el 6 de abril, en el año de Nuestro Señor de 1199, sus hombres desobedecieron su orden. Tomaron el *château*. Encontraron al arquero y lo desollaron vivo.

Toda la cristiandad lloró la muerte de tan poderoso soberano. Tenía cuarenta y dos años. Había reinado durante diez.

El libro resbaló de mis dedos. Durante un buen rato le di vueltas a la extraña muerte de Ricardo Corazón de León. ¿Por qué iba el más experimentado de los comandantes de su tiempo a ofrecerse como blanco de la flecha de un arquero apostado en lo alto de la muralla de un castillo? «Ricardo dijo que no merecía ser rey y que era un hombre débil antes de que le alcanzara la flecha». No tenía sentido.

Por fin, retomé la lectura. Hojeé el libro hasta que encontré la historia de la vida del Príncipe Negro. Hallaron el tesoro enterrado en las tierras del vizconde de Limoges. El Príncipe Negro sitió la ciudad de Limoges. Tenía que haber alguna relación entre ambos datos.

Sin embargo, aparte de lo que me había contado el hermano Edmund, no había mucho más escrito sobre el terrible asedio. La salud del Príncipe Negro empeoró después de haber asesinado a todos los habitantes de la ciudad y tras su regreso a casa. El libro decía: «Había traído a Inglaterra un barco repleto de grandes tesoros».

Pasé rápidamente las páginas hasta dar con la descripción de su muerte:

El príncipe de Gales soportó pacientemente su sufrimiento. En los últimos momentos fue atendido por el obispo de Bangor, que le apremió a pedir perdón a Dios y a todos aquellos a los que había hecho daño. Durante un instante, el príncipe se negó, pero por fin unió las manos en oración y rezó para pedir que Dios y el hombre le concedieran su perdón. Murió poco después en el palacio real de Westminster a los cuarenta y seis años.

La puerta de la biblioteca se abrió de par en par y la hermana Eleanor entró como una exhalación.

—¡Hermana Joanna! —gritó. Detrás de ella estaba la hermana Agatha, tan perpleja como la *circator*.

Devolví el libro a su lugar en la estantería. La hermana Eleanor no miró el libro, solo a mí. Sus ojos bailoteaban de rabia.

—Una vez más abusáis de nuestra confianza y quebrantáis nuestras normas. Todas estábamos al corriente de vuestros crímenes contra la Orden de los Dominicos, pero nos aseguraron que os habíais comprometido a redimiros.

Sentí que me ardía la cara.

—Hermana Eleanor, me ha perdido la lectura. Os suplico que me perdonéis. Sé que había trabajo que hacer, pero…

—Lettice Westerly ha muerto hace una hora —dijo, interrumpiéndome —. Sus hijos se han puesto histéricos. A pesar de que lo hemos intentado todo, no hemos conseguido calmarlos. Preguntaban por vos… La más pequeña os reclamaba. No podíamos encontraros.

Pasé a toda prisa por delante de ella en dirección a la puerta.

—¿Dónde están ahora los niños, hermana?

—Se han ido —dijo—. Han huido. Hemos salido a buscaros y cuando hemos vuelto habían desaparecido.

—Pero su padre está en Londres. No está en la casa de la villa —dije, frenética.

Ella asintió.

—Así es. Por eso si algo les ocurre a los pequeños Westerly, recaerá sobre vuestra conciencia, hermana Joanna.

Tragué saliva.

La hermana Agatha se inclinó hacia delante.

—Devolvedme la llave, hermana Joanna.

Obedecí.

—Leeremos vuestros crímenes delante de todas las hermanas, en la sala capitular, la semana después de nuestro banquete de difuntos —intervino la hermana Eleanor—. Vuestros castigos quedan en manos de la priora Joan. Algunas hermanas creen que jamás deberíais haber sido readmitida en el priorato de Dartford. Quizá ahora sus reclamaciones sean escuchadas.

Me uní a la búsqueda de los niños. Acorralé a Ethel, la cocinera. Ella, más que nadie, tenía que conocer su paradero. Pero entre los frenéticos preparativos para el banquete y la aflicción que la embargaba tras haber perdido a su mejor amiga, Ethel no fue de ninguna ayuda.

Los pequeños huérfanos Westerly habían desaparecido y nadie sabía dónde habían ido.

Durante la cena, los susurros que circulaban por la sala me circundaban como una tormenta. No había peor elección de monja para que supiera los detalles de mi más reciente desgracia que la hermana Agatha. A esas alturas, cualquiera con un par de orejas debía de estar al corriente de todo lo sucedido.

Comimos en silencio, sentadas a la mesa de las novicias. Yo mantenía la cabeza gacha, pues no deseaba cruzar la mirada con la hermana Winifred, que estaba situada delante de mí, ni tampoco con la hermana Christina, sentada a mi izquierda.

Casi al término de la triste comida, no pude soportarlo más. Levanté la vista y miré directamente a la hermana Winifred. Ella parecía al borde de las lágrimas.

—¿Hay algo que deseéis decirme? —pregunté.

—Oh, hermana Joanna, ¿qué os ha ocurrido? —susurró.

Mi amarga respuesta salió de mis labios antes de que pudiera hacer nada por reprimirla.

—Mucho. Muchísimo.

La hermana Christina se inclinó hacia mí.

—Contadnos —dijo, apremiante—. Debéis.

Negué con la cabeza.

—No.

—Somos vuestras mejores amigas —me apremió—. ¿Por qué no nos contáis lo que os ocurrió en la Torre para que podamos ayudaros?

Cerré los ojos.

—Lo siento —dije—. No puedo.

Esa noche, en la cama, me revolví de una pesadilla a la siguiente. Buscaba a los pequeños Westerly, respirando agitadamente entre sollozos. Pero entonces la escena cambió y me vi corriendo, asustada, por los espesos bosques con mi prima Margaret. Huíamos de una criatura demoniaca que pretendía devorarnos, pero cada vez que nos creíamos a salvo, la criatura volvía a descubrirnos.

Se oyó un grito y durante los primeros segundos creí que era parte de mi pesadilla. Luego volví a oírlo: terriblemente asustado y agónico. Abrí los ojos y entendí que el sonido era real. Se colaba por la pequeña ventana situada en lo alto del muro de nuestra habitación.

—¿Qué es eso? —gimió la hermana Winifred a mi lado, sentándose sobre el lecho.

—No lo sé —respondí con la misma voz ronca.

—Es un cerdo —dijo la hermana Christina. Su voz sonó clara, como si llevara ya un tiempo despierta. No se había incorporado, sino que seguía tumbada boca arriba, con el camastro contra la pared opuesta. En la gris penumbra alcancé tan solo a vislumbrar su perfil. La noche empezaba a clarear. En el plazo de una hora rompería el día.

—¿Un cerdo? —pregunté.

—Lo están matando para que mi padre se lo coma hoy.

Hubo un grito más y después silencio. Me quedé donde estaba, rígida, sin aliento, esperando un nuevo grito que nunca llegó. Debían de haberlo degollado.

OceanofPDF.com

25

Estaba sentada en la sala capitular entre el hermano Edmund y el hermano Richard con la vihuela en mi regazo, esperando la llegada de lord y lady Chester. Era media tarde. Por motivos que no me atreví a preguntar, el banquete de difuntos estaba programado horas más tarde que nuestro almuerzo habitual de las once de la mañana. Quizá respondía al deseo de acomodarnos a la solicitud de nuestros vecinos. O quizá se pretendía con ello disponer del tiempo suficiente para poder preparar los platos. Durante toda la mañana los aromas de las carnes asadas recorrían los pasillos, tan intensos que era imposible evitarlos. Naturalmente, había cerdo; el joven cerdo sacrificado esa misma mañana giraba en un espeto sobre el fuego de la cocina con el terror grabado en los ojos. Pero había más cosas en el menú: venado, rosbif, alondras, conejo y capón, todo ello desconocido en nuestro priorato y ajeno a nuestros sentidos. Cuando me había cruzado con la hermana Rachel en el pasillo sur del claustro, se había tapado la nariz con un paño al tiempo que le brillaban los ojos de pura furia. Se había quitado el paño de la boca para escupir la palabra «profanación» antes de volver a llevárselo a la nariz y a la boca.

Ahora la hermana Rachel estaba sentada en la misma habitación que el resto de las monjas y su rostro desprovisto de expresión no era sino un escudo de resentimiento. No cabía ni un alfiler en los bancos de piedra que rodeaban la sala en tres de sus cuatro muros. La hermana Christina esperaba entre ellas, no en la mesa principal. Nadie dijo si ella así lo había pedido o si su situación se correspondía con el rango inferior propio de una novicia. Tenía las manos fuertemente cerradas sobre su regazo, un gesto que reconocí al instante: significaba que se había encerrado en sí misma para rezar.

Me senté aparte con mis compañeros músicos en un estrecho banco. El aire frío se colaba a raudales por las grietas de las ventanas con parteluz que tenía detrás de la cabeza. Nos habían colocado a un lado de la larga mesa

principal. Yo era la que más cerca estaba de ella, con el hermano Edmund en el centro y la hermana Winifred al otro lado.

Solo había dos personas sentadas a la mesa principal: la priora Joan y el hermano Richard. Estaban muy separados el uno del otro, con dos sillas vacías entre ambos. El hermano Philip no estaba presente. En la primera misa del Día de Difuntos había dicho algunas apasionadas aseveraciones sobre el purgatorio. Sin embargo, se había declarado indispuesto para asistir al banquete. Era el único que tenía los arrestos suficientes.

Llegó la hora de la visita de lord Chester…, y pasó. Los minutos reptaban despacio.

Gregory, el portero, entró a toda prisa, saludando con una inclinación de cabeza antes de susurrarle algo a la priora al oído. Lo que la priora oyó no fue de su agrado. Negó con la cabeza y respondió algo, también entre susurros. El portero se escabulló. El hermano Richard lanzó una mirada al hermano Edmund y acto seguido, con la sombra de una sonrisa en sus labios, alzó su copa de vino para tomar otro largo sorbo.

Cabía la posibilidad de que lord Chester no acudiera, por mucho que el banquete se hubiera organizado especialmente para él. Algunos terratenientes resultaban ser gente caprichosa. Para ellos no era nada fuera de lo común cambiar los planes de aquellos a quienes tenían en poca consideración. ¿Y todos los gastos y los preparativos? De nada valían. El único motivo por el que yo esperaba que lady y lord Chester aparecieran no era por el bien de la priora ni de las monjas, sino el de su hija. Era la única hija viva que les quedaba. Hasta en momentos de temor y de disolución, los vínculos familiares tenían su peso.

Nadie hablaba. Todos esperábamos, sumidos en nuestras desdichadas cavilaciones. Odiaba verme allí sentada, esperando tocar música para un caprichoso caballero mientras los pequeños Westerly seguían sin aparecer. Además, estaba perdiendo un tiempo valioso que podría haber invertido en buscar la corona de Athelstan. ¿Cuánto se habría resentido la salud de mi padre desde que yo había salido de la Torre? Me removí en mi asiento, atormentada por la pregunta.

La ubicación de mi banco me permitía disfrutar de una visión muy próxima de nuestra priora, que no tocaba su copa ni se servía de las

bandejas de rábanos y de sal que tenía delante. Mantenía la mandíbula tensa y una mirada de recelo en los ojos. Había decidido que el banquete de difuntos ayudaría al priorato, de ahí que lo hubiera organizado, a pesar de todos los sentimientos desaprobatorios que había causado su decisión. Yo admiraba a las mujeres con carácter, y lo cierto es que admiraba a la priora Joan Vane. De pronto ella me miró, como si pudiera oír mis cavilaciones, y me bañó con su frío recelo habitual. La estima que yo sentía por la priora no era recíproca.

Cansada de su desaprobación, alcé la vista hacia el techo de la sala capitular. Examiné las tallas de piedra que rodeaban la parte superior de las cuatro gruesas columnas. Las tallas parecían lirios, el símbolo de los dominicos que ejemplifica la pureza y la dedicación de quienes profesaban nuestros votos. El rey Eduardo III debía de haber empleado a los mejores artesanos del reino para crear esos lirios de piedra. Los lirios florecían por todo el priorato: sobre la entrada de Dartford, en los blasones del muro delantero, a lo largo del borde que flanqueaba los corredores del claustro y también allí, en la sala capitular. No era fácil distinguir los detalles florales, tanto por la altura de las columnas como por las sombras proyectadas por la luz de la tarde. Parecía como si algo más asomara por encima de los lirios: líneas descendentes que confluían en un punto en concreto. Entrecerré los ojos, intentando determinar la dirección de las líneas y fue en ese momento cuando caí con tanta intensidad en la cuenta que me encogí en el banco.

Detrás de los lirios asomaba la silueta tallada de una corona.

Los lirios y la corona estaban entrelazados. ¿Por qué la había encargado el rey Eduardo III? Aunque la ubicación de la corona era un oscuro secreto, su presencia estaba proclamada en los mismísimos muros. Debía de haber un propósito en ello. ¿Significaban los lirios protección? La Orden de los Dominicos, considerada la más celosa de todas, era lo suficientemente poderosa como para mantener la corona a salvo de cualquier profanación.

Sin embargo, algo me carcomía por dentro. Había un fallo en toda esa lógica. ¿Qué había dicho el obispo Gardiner? «Y una profecía. La profecía de una gran recompensa, aunque no exenta de gran riesgo. Es a la vez bendición y maldición».

Sentí una leve descarga en los oídos al tiempo que me hacía con las distintas hebras del asunto y las entretejía.

La corona era extremadamente peligrosa. No requería la protección de nadie, sino todo lo contrario. Éramos las personas quienes debíamos protegernos de ella.

El tesoro hallado en Limoges incluía objetos de «real valor». ¿Y qué había más real que una corona? Ricardo Corazón de León había sido el primero que había encontrado la corona de Athelstan, oculta bajo tierra hasta que un campesino la había desenterrado. Y había dicho la verdad. El tesoro era en efecto inglés, pues había sido enviado a Francia por motivos que se desconocían. Cuando yacía agonizante, Ricardo no solo había perdonado al arquero, sino que a buen seguro debía de haber ordenado volver a ocultar la corona. Sin embargo, alguien tenía que haber estado al corriente de su existencia, los rumores debían de haberle sobrevivido, pues dos siglos más tarde un arrogante príncipe soldado, el hijo mayor de Eduardo III, había ido en su busca… hasta dar con ella. «Había traído a Inglaterra un barco repleto de grandes tesoros», decía el libro. «El Príncipe Negro había devuelto la corona a Inglaterra». Demasiado asustado por su poder como para destruirla, su padre, el rey, debía de haber decidido ocultar la corona de Athelstan en algún lugar sagrado. Había ordenado construir un priorato de dominicas para ocultarla en él. Y aun así alguien debía de haberlo sabido y debía de haberlo dicho, pues un joven Tudor había aparecido hacía treinta y seis años y, por tercera vez, la corona había provocado la caída de un príncipe legítimo.

«En cuanto sepáis dónde está la corona de Athelstan, comunicádmelo solo a mí y por escrito», había insistido el obispo Gardiner. «No debéis tocarla, ni siquiera un solo instante, ¿entendido?».

Tocar. Eso era. Tocar la corona era detonar la muerte, una muerte implacable contra la que nada podían los remedios con los que se intentara evitarla y los médicos a los que acudieran en busca de ayuda. Y estaba allí, en algún lugar del priorato. Oculta entre nuestros muros, o quizá bajo nuestros pies.

El obispo Gardiner había descubierto la existencia de la corona y buscaba hacerse con ella. Pero ¿por qué? ¿La anhelaba como un arma,

como un modo de debilitar mortalmente a nuestro soberano, el rey Enrique? El obispo había dicho que quería salvar los monasterios, pero también había dicho, con gran apasionamiento: «Sirvo a la Casa de los Tudor». Me acordé de pronto del apodo del obispo —Winchester el Taimado— y recordé también que era famoso por sus traiciones. O había vislumbrado la oscuridad que albergaba en su interior. ¿Era acaso posible que planeara hacerse con la corona y entregársela al rey para asegurar con ello su posición incierta y congraciarse así con Enrique Tudor? ¿O realmente deseaba servir al rey? ¿Cómo podía un hombre con una corona semejante inclinarse ante otro que ostenta una igual?

Sentí un codazo en la costilla y di un respingo en el banco. Era el hermano Edmund. Señalaba hacia la entrada con la barbilla.

Una pareja vestida completamente de negro estaba de pie en el umbral de la sala capitular. Lord y lady Chester por fin habían llegado. No tuve otra elección que dejar a un lado mis cavilaciones sobre la corona y prepararme para soportar el banquete de difuntos.

Lord Chester fue el primero en acceder a la sala. Parecía un hombre apuesto que acababa de dejar atrás la flor de la vida. Le sacaba una buena cabeza al portero, que en ese momento retrocedía, en señal de deferencia, apartándose de nuestro invitado de honor. Lord Chester vestía un largo y negro jubón bordado elaboradamente con hilo de plata, sin duda una prenda costosa. Cuando se acercó, me fijé en que el jubón se le tensaba a la altura de los botones, porque era demasiado pequeño para él. Lord Chester estaba apenas empezando a engordar y, o bien, no se había dado cuenta de ello o simplemente no quería reconocerlo. Nuestro vecino había perdido la mitad del pelo y le brillaba la calva bajo los mechones castaños y escasos. Grandes anillos tachonados de joyas brillaban en cada una de sus manos.

Caminaba lentamente. Le llevó un buen rato llegar al centro de la mesa y a la silla que, según había supuesto —correctamente, bien es cierto—, le estaba reservada.

La priora Joan se levantó.

—El priorato de Dartford os da la bienvenida a nuestro banquete de difuntos en honor del Día de Todos los Santos, lord Chester —dijo.

Él saludó con una inclinación de cabeza y contestó con una voz grave:

—Os lo agradezco, priora. —Y, sin volver la vista atrás, gesticuló descuidadamente con una mano—. Mi señora, acercaos.

Lady Chester, pálida, flaca y baja, se dirigió a la silla que estaba junto a la de él. Su corpiño y la falda, también negros, y la triangular toca estilo Tudor componían un conjunto tan severo que parecía más una de nosotras que una dama. Ni una sola joya, ni siquiera un fino anillo, adornaban su cuerpo. Las suyas eran las vestiduras del más estricto luto, que no tardé en estimar conveniente, pues la reina Juana había muerto hacía una semana y su marido servía al rey.

Lord Chester se volvió a examinar el rincón de la sala donde me encontraba. Visto así, más de cerca, no me pareció tan robusto. Tenía los ojos inyectados en sangre y la piel del cuello fláccida. Una leve tela de araña de rojas venas rotas le salpicaba la nariz.

Sonrió aprobatoriamente al ver los instrumentos musicales: mi vihuela y el resto de laúdes. Lord Chester había pedido música y nosotros estábamos dispuestos a tocar.

Y entonces eructó. El hedor a vino me golpeó como una ventolera.

Al parecer, lord Chester estaba muy ebrio.

OceanofPDF.com

26

—¿Dónde está mi hija? —preguntó lord Chester a voz en grito. Entrecerró los ojos mientras examinaba a las monjas que estaban sentadas en sus bancos de piedra labrados en los muros.

Mis ojos encontraron a la hermana Christina, que estaba sentada en el otro extremo de la sala. La tardía luz vespertina se extendía sobre su regazo y su rostro estaba sumido en sombras. Ilegible.

—Ah, allí está —dijo lord Chester—. ¿No piensas saludarme, hija?

La hermana Christina no se movió ni habló.

Lady Chester se inclinó hacia delante en su silla.

—Hermana Christina, os saludo en este día de remembranza —gritó, visiblemente nerviosa.

—Os saludo, lady Chester —respondió formalmente la hermana Christina. Unos segundos más tarde, añadió—: Y a vos, señor.

La priora Joan intervino entonces:

—Todos os damos la bienvenida, lord y lady Chester. Nos sentimos honrados de teneros invitados en el priorato de Dartford.

—Ah, eso es exactamente lo que me habría gustado decir. —Lord Chester asintió hacia todas las monjas, novicias y frailes reunidos delante de él—. Eso es exactamente, sí. Sí. Muy bien. El principio de una nueva era.

Alzó su copa de vino, como si brindara a la salud de la priora, y acto seguido tomó un largo y sediento sorbo, como si no hubiera bebido nada durante todo el día.

—Priora, hemos llegado con retraso y por ello os ruego que aceptéis mis disculpas —dijo lady Chester—. Hemos pasado a ver antes la tumba de nuestro hijo.

Lord Chester estampó la copa contra la mesa y fulminó a su esposa con los ojos. Ella desvió la mirada. Una de las hermanas tosió, luego otra. El aire vibraba, impregnado de la tensión nerviosa que flotaba en la sala.

La priora Joan volvió a hablar.

—Lord y lady Chester, no conocéis a nuestro nuevo fraile, que nos llega del convento de dominicos de Cambridge. Y este es el hermano Richard, nuestro nuevo presidente. —Señaló con un gesto al fraile que estaba sentado al extremo de la mesa—. En ausencia del hermano Philip, le he pedido que diga algunas palabras antes de que dé comienzo el banquete.

El hermano Richard se levantó y yo me erguí en el banco.

—Estamos aquí —empezó— para pensar en los fieles difuntos, aquellos que se han ido antes que nosotros a disfrutar de la vida eterna.

Lord Chester se cruzó de brazos. Su mirada era escéptica, y de haber sido otro el fraile, sin duda le habría hecho titubear.

Pero el hermano Richard no mostró el menor signo de intimidación.

—¿No es acaso la Santa Virgen quien fortalece día a día nuestra fe en la vida eterna a la que hacéis referencia? —preguntó, volviéndose directamente hacia las hermanas de Dartford con las manos extendidas. Cada gesta, buena o mala, nos influye a todos. Y cada vez que uno de nosotros reza por un alma difunta, ayuda con ello no solo a esa alma sino a todas las demás que deben purificarse en su viaje hacia el cielo para encontrar la paz y el descanso eternos. Así hoy os pido que recéis no solo por vuestros seres queridos que han compartido sus vidas con vosotros, sino por todos aquellos que se fueron antes que vosotros. Y que no les lloréis. Alegraos por ellos, pues están ahora en el reino de los cielos. Y sentíos por ello fortalecidos y apoyados en vuestra fe en Dios y en la Virgen.

Pensé en mi madre. Sí, recé para que encontrara la paz en el reino de Dios, la paz que no había podido disfrutar en vida. A mi lado, el hermano Edmund inspiró hondo y me pregunté entonces qué almas difuntas habría contemplado.

—Bendecimos pues estos alimentos que vamos a tomar —concluyó el hermano Richard antes de tomar asiento.

La priora Joan sonrió con orgullo y me pareció que también con cierta dosis de sorpresa.

—Muy elocuente, hermano —dijo lord Chester, todavía de brazos cruzados—. Y muy bien dicho. No había oído un sermón tan elegante desde

que el obispo Gardiner se dirigió a la corte el año pasado en Saint Paul antes de que le desterraran a Francia.

Perplejo, el hermano Richard miró primero al hermano Edmund y después a mí. Me sorprendió que lord Chester hubiera elegido a ese obispo en particular para formular su comparación. ¿Sabía acaso que el obispo Gardiner nos había enviado allí? Los tres nos estábamos preguntando lo mismo, sin duda…, y de pronto me di cuenta, sobresaltada, que en mis cavilaciones estaba más unida a esos dos frailes que a las monjas que llenaban la sala.

Lord Chester dio un par de palmadas.

—Y ahora es el turno de la música.

Perdí la cuenta de las veces que tocamos las canciones que conocíamos. En un santiamén habíamos terminado de tocar las cuatro que habíamos ensayado para la ocasión y tuvimos que empezar de nuevo. Y otra vez. Nadie pareció reparar en ello. Cada vez que nos miraba, lord Chester sonreía aprobadoramente viéndonos tocar. Sus ojos siempre se detenían levemente en mi vihuela, un instrumento poco conocido entre los ingleses.

La conversación en la cabecera de la mesa estaba dominaba por lord Chester. No guardaba ninguna relación con el Día de Difuntos. La charla versaba sobre su más reciente nombramiento en la corte: cuidador de los lebreles del rey. Lord Chester hablaba de los spaniels de agua y de los que no lo eran, de los harriers y de los galgos. Puesto que yo seguía tocando, me perdí la mayor parte de los detalles. Como correspondía a una esposa, Lady Chester asentía mientras él hablaba. Vi en ella escaso parecido con la hermana Christina, tanto en el físico como en su actitud. Debo decir que mi compañera novicia se parecía más a su padre.

La conversación decayó en plena celebración. Lord Chester se concentró en disfrutar con fruición de su comida. Había ido aparecido un plato tras otro, que arribaban a la sala en unas inmensas bandejas de plata. Comió rosbif, conejo y también capón. Pero fue el cerdo lo que devoró con más fruición. Aunque parecía imposible que pudiera tener tanta hambre, cogió un trozo tras otro de carne de cerdo y se los llevó a la boca hasta vaciar el plato. Sus dedos brillaban, cubiertos con la grasa del puerco, que

le goteaba desde la boca y salpicaba el delicado mantel. Y luego estaba el vino. Perdí la cuenta de cuántas veces volvieron a llenarle la copa.

Ninguno de los comensales sentados a la mesa principal mostró un apetito comparable por la comida ni por la bebida. Lady Chester se limitó a picotear de su plato. La priora y el fraile evitaron discretamente los platos de carne, limitándose al pan, el queso y la fruta. El resto no comimos nada, por supuesto. Todos habíamos tomado caldo con pan más temprano, y eso había de ser todo. No era sin embargo ninguna penalidad. Estábamos acostumbrados a pasar muchas horas —hasta un día entero— sin comer. De hecho lo agradecíamos.

La sala había quedado desprovista de cualquier vestigio de luz natural cuando por fin lord Chester estuvo satisfecho. Los criados prendieron las velas, incluido un inmenso candelabro colocado en la mesa principal. La misa que el priorato celebraba en honor de los difuntos debía dar comienzo antes del anochecer, pero obviamente tendría que retrasarse. Las normas de hospitalidad indicaban que no podíamos echar a nuestros invitados de la mesa.

Con otro de sus eructos, lord Chester retiró ostentosamente el plato a un lado. Agradecidos, dejamos los instrumentos. El banquete casi había tocado a su fin.

Lord Chester se volvió hacia la priora.

—Un gran banquete. —Sus palabras fueron casi ininteligibles.

—Me alegro de que os haya gustado, señor —respondió ella.

Él suspiró y se reclinó en la silla.

—Será una tragedia espantosa cuando el resto de abadías y prioratos se disuelvan —dijo.

Una de las hermanas contuvo un jadeo. No pude saber de quién se trataba. El hermano Edmund bajó la cabeza y a su otro lado la hermana Winifred extendió la mano, buscándole el brazo.

Pero nadie se descubrió tan perplejo como la propia priora Joan. Parpadeó y tragó saliva, como si no pudiera creer lo que acababa de oír.

—No será como antes —dijo lord Chester—. Cuando vengan los comisionados, no buscarán pruebas de laxitud en las normas, ni tampoco pecados cometidos o sumas ocultas. —A medida que iba entusiasmándose

con el tema que tenía entre manos sus palabras ya no sonaban tan incoherentes—. Vienen con la intención de comunicar en persona a la dirección de todas las casas la voluntad del rey: su dimisión. Que partáis en silencio y os disolváis por voluntad propia. Si así lo hacéis, todas y cada una de las personas que conforman la casa recibirán su correspondiente pensión: monjas, monjes y frailes por igual. Esta vez el rey no tiene intención de mostrarse tan severo. No quiere que sus cortesanos despojen los monasterios con la misma codicia obvia y vulgar de antaño. No da buena imagen. Recibirán los monasterios como regalos reales, pero las donaciones deben llevarse a cabo con discreción. Y no quiere más mártires. No más monjes y frailes muriendo de hambre o dejándose colgar en Tyburn porque se niegan a firmar el Juramento de Supremacía. Demasiada provocación.

El rostro del hermano Richard se había teñido de escarlata. Se había agarrado al borde de la mesa principal con las dos manos. Oí entonces el presuroso tintineo de la bola de olor de la priora.

Pero lord Chester hizo caso omiso de la ofensa —y del dolor que sus palabras podían provocar en cualquiera de los presentes.

—Nadie desea una nueva rebelión, ¿eh? —soltó con una risa satisfecha —. Bastantes cabezas hay ya en el Puente de la Torre. —Mientras todas nuestras miradas seguían puestas en él, se levantó—. Todos vosotros recibiréis una pensión —gritó, dirigiéndose a la sala y tambaleándose levemente.

Lady Chester tiró de su manga de tafetán negro.

—Basta, mi señor.

Lord Chester se sacudió su mano de encima y se movió hacia el lado contrario, pasando por delante del hermano Richard, que se encogió a su paso, con el rostro contraído de odio. Lord Chester no se dio cuenta. A decir verdad, le traía sin cuidado. Se movió atropelladamente hacia la larga mesa en la que estaban dispuestas las preciadas posesiones de Dartford.

—Ah, mirad todo esto —gritó—. Mirad. Una auténtica fortuna. Creedme, hay señores de la corte haciendo cola delante de las habitaciones de Cromwell en este mismo instante reclamando a gritos el priorato de Dartford. —Se golpeó el pecho con una mano—. No es mi caso. Ya soy lo

bastante rico. No necesito saquear las casas religiosas. Pero para otros un objeto como este —señaló al relicario tachonado de joyas— es demasiado tentador.

Se balanceaba adelante y atrás, y por un momento creí que se caería. Pero justo entonces recuperó el equilibrio.

—Esta noche sabré lo que contiene —anunció.

Vi que una monja se levantaba del banco. Era su hija, la hermana Christina. Sus ojos refulgían a la luz de las velas.

—Padre, no podéis tocar nuestro relicario —dijo.

—Ah, ¿no? —Se volvió hacia ella—. Tú no eres quién para decirme lo que puedo o no puedo hacer, hija. Nadie puede. Ni tú, ni la vieja arpía de la antigua priora, ni la que tenéis ahora. —Señaló a la priora Joan—. Quiero ver lo que contiene y lo veré.

La priora se levantó de un salto.

—Está vacío, lord Chester. Así fue como nos llegó. Todo el mundo lo sabe. Esa fue la voluntad de Eduardo III, el rey que fundó el priorato.

—Todo el mundo lo sabe —dijo lord Chester, imitándola con tono burlón—. Eso es lo que vos decís. Pero ¿qué pasa si no os creo? El rey no os cree. No confía en los monasterios. La gente dice que trata de conseguir dinero para el tesoro, o que sigue enfadado porque las abadías se opusieron a su divorcio, que por eso está disolviendo las casas, pero yo sé que no es así porque así me lo ha dicho en más de una ocasión. —La voz de lord Chester se elevó una octava mientras imitaba al rey—. «Guardan sus secretos en los monasterios, sus taimados propósitos. No soy yo el primer objeto de su lealtad». —Miró a la priora y entrecerró los ojos—. Y sé que guardáis secretos. Nadie conoce tan bien como yo los secretos que se ocultan en el priorato de Dartford. —Se rio—. Y esta noche descubriré uno más.

Antes de que nadie pudiera decir o hacer nada más, lord Chester se abalanzó sobre el relicario. Lo cogió con sus dedos empapados en grasa y lo hizo girar, buscando la delicada portezuela.

Me dio vueltas la cabeza. «¿Y si no está vacío?», pensé frenéticamente. «¿Y si en el interior del relicario hubiera una parte de la corona de

Athelstan? ¿Quién resultará herido, o morirá, a causa de lo que está haciendo?».

—Ah, ya lo tengo. —Abrió de un tirón la portezuela de la base del relicario y metió la mano dentro.

Por toda la sala, las monjas gimieron al presenciar la irreverencia. La hermana Christina fue hacia su padre como si quisiera detenerle, pero la hermana Agatha y la hermana Rachel la contuvieron, cada una por un lado. El hermano Richard, ya en pie, le gritó algo a la priora Joan, pero no alcancé a entender lo que le decía debido al clamor de los llantos. Lady Chester, agazapada en su silla, se había ocultado el rostro con las manos.

—No hay nada —dijo lord Chester, visiblemente enfadado—. Vacío.

La priora Joan rodeó la mesa hacia el hombre al que había invitado a un banquete de difuntos.

—Lord Chester, os exijo que volváis a dejar nuestro relicario sagrado en la mesa.

Lord Chester así lo hizo.

—Simplemente sentía curiosidad. No os preocupéis. No quiero vuestro oro ni vuestro tesoro. Jamás lo he deseado. —Se dirigió, tambaleándose, hacia la mesa principal y se echó a reír una vez más—. Siempre he preferido los tesoros humanos.

Se volvió de espaldas a la priora y al hermano Richard, que en ese momento se acercaban a él.

Para mi espanto, lord Chester se acercó trastabillando a mí.

—Tú —gritó—. ¡Novicia! ¿Cómo te llamas?

Me levanté de un salto del banco.

Se acercó más.

—¿Cómo te llamas? —repitió.

El hermano Edmund se levantó delante de mí.

—Apártate, fraile —rugió lord Chester—. ¿No sabes acaso quién soy? Soy miembro de la casa del rey y exijo saber el nombre de esta novicia.

Retrocedí contra la pared, alejándome de él, y me golpeé la cabeza contra el marco de la ventana.

—Joanna Stafford —le escupí.

—¿Stafford? —Retrocedió como un caballo asustado—. Oh, no es ese un buen apellido. No, no, no. Un muy mal apellido. El rey odia a los Stafford como odia a toda la antigua nobleza. Como la familia de mi santa esposa. —Dedicó una burlona reverencia a lady Chester, que seguía con el rostro oculto tras las manos.

Lord Chester me miró y ladeó la cabeza.

—Y no es solo eso. Eres morena, ¿verdad? No me gustan las morenas. Las prefiero rubias… como esta.

Se abalanzó sobre la hermana Winifred y la tuvo agarrada en cuestión de segundos. Le arrancó la toca de novicia y su pelo rubio oscuro cayó sobre sus hombros. La hermana soltó un chillido de temor, forcejeando entre sus brazos.

Ocurrió tan deprisa que apenas lo vi. De pronto lord Chester estaba atacando a la hermana Winifred y al instante siguiente estaba boca abajo en el suelo.

El hermano Edmund estaba de pie sobre él con el puño en alto.

OceanofPDF.com

27

Lord Chester estaba despatarrado en el suelo de la sala capitular, frotándose la barbilla.

El hermano Richard corrió hacia su compañero fraile y agarró al hermano Edmund del brazo.

—Basta, hermano. No podéis hacerlo —imploró.

Lord Chester se incorporó hasta quedarse a cuatro patas.

—Me las pagaréis, fraile. —Se movió pesadamente hasta levantarse, con la mejilla izquierda herida y un hilillo de sangre en la mandíbula—. Mandaré que os den unos latigazos por esto. Y después os colgarán en Tyburn.

Se volvió hacia la priora y hacia el hermano Richard, que estaban de pie delante de la mesa principal. Todos nos miramos, atemorizados y asqueados, esperando su siguiente movimiento. Era como uno de esos espectáculos de peleas de osos y perros, con todos nosotros alrededor de un animal fuerte, enloquecido y furioso.

Pero fue ese el instante en que lord Chester se quedó inmóvil. Miró por encima del hombro izquierdo de la priora Joan, boquiabierto, mientras contemplaba el tapiz que colgaba de la pared detrás de la mesa principal, donde había pasado horas sentado. La oscilante luz de las velas iluminaba los hilos de seda de Dafne, transformada en la profundidad del bosque.

La cabeza de lord Chester se movía adelante y atrás mientras observaba atentamente la escena y cada una de las figuras detalladas en él.

—¿Cómo habéis podido hacer esto? —preguntó por fin—. ¿Cómo?

Se volvió a mirar a las monjas. La mitad de ellas estaban de pie y la otra parcialmente encogidas en los bancos. Toda su lasciva rabia había desaparecido. Parecía inseguro, incluso intimidado.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó.

Se oyó un ruido procedente de la puerta, y era Gregory, el portero, junto con un trío de criados. John, el mozo de cuadras, llevaba una larga vara en

la mano derecha y tenía una expresión atemorizada.

—Priora, ¿qué queréis que hagamos? —gritó Gregory.

Ella levantó una mano, ordenándole esperar.

—Lord Chester —dijo—, preferiría que abandonarais el priorato ahora por vuestra propia voluntad y no que mis hombres tengan que obligaros a hacerlo. ¿Os parece?

Oí una tos sibilante. Era Winifred, con el pelo todavía suelto sobre los hombros. Estaba sufriendo un ataque. El hermano Edmund la retiró de nuestros bancos y le aflojó el cuello. En ese momento era yo la que estaba más cerca de él.

Lord Chester no dio señal alguna de haber oído la pregunta de la priora. Habló con un susurro ronco que solo yo alcancé a oír.

—¿Cómo lo habéis sabido? —preguntó—. ¿Cómo podéis haber sabido de su existencia?

Le fallaron las rodillas y se derrumbó en el suelo, inconsciente.

—¿Está muerto? —siseó el hermano Richard—. ¡Marchaos, hermano Edmund!

El fraile rubio instaló con sumo cuidado a su hermana en un banco de piedra y se acercó a lord Chester. Se arrodilló entonces junto al hombre al que había golpeado apenas unos minutos antes.

—No le hagáis daño a mi esposo —dijo Lady Chester. Se había abierto paso a empujones entre las monjas y entre los criados para llegar hasta él. Tenía la cara hinchada a causa del llanto.

—El hermano Edmund es boticario y es además un buen médico —dijo la priora.

Dando muestras tan solo de un interés médico, el hermano Edmund tomó el pulso del caballero y le levantó los párpados.

—Lord Chester está vivo —dijo sin la menor emoción—. El vino es el causante de esto. Se repondrá.

—Sí, ya ha caído antes en este estado —dijo lady Chester—. Dormirá muchas horas y será imposible despertarlo. Después volverá en sí con dolor de cabeza.

Con un gesto, la priora indicó a Gregory que se acercara.

—Sacadle de aquí, subidle a un carro y llevadle a su casa solariega. Emplead más hombres si es necesario.

—Sí —dijo el hermano Richard—. Sacadle de la propiedad lo antes posible.

—No, no, eso no, os lo ruego. —Lady Chester agarró a la priora de hombro—. No le saquéis de aquí como a un criminal cualquiera. Eso provocará un escándalo aún mayor. Tenéis habitaciones de huéspedes, ¿verdad? Dejad que pase aquí la noche. Dejad que nos quedemos. Nos marcharemos en cuanto despierte. Debe salir de Dartford por su propio pie. Será por la mañana, os lo prometo.

La priora negó con la cabeza.

Lady Chester dijo entonces:

—Está muy afectado… a causa de nuestro hijo. —Se le quebró la voz —. Todavía llora su muerte, y de eso hace ya un año. Lo que mi señor ha dicho y ha hecho aquí esta noche… Estaba fuera de sí. Ha sido por culpa del vino. Os suplico que no le saquéis así de aquí. Pensad en las consecuencias.

Hubo un airado revuelo entre el grupo de monjas presentes en la sala. La hermana Rachel saltó hacia delante como un arcángel vengador.

—Priora Joan, no puede quedarse en el priorato —gritó—. La afrenta de este hombre debe tener aquí su punto final. Es maligno. Hemos visto el mal aquí, en nuestra sala capitular. Tanto en palabra como en obra. —Señaló con un gesto a la hermana Winifred, que jadeaba, intentando respirar, en brazos de la hermana Agatha.

Un murmullo de aprobación recorrió el grupo. La hermana Eleanor parecía especialmente atormentada, atrapada entre el odio que sentía hacia lord Chester y su lealtad a la priora.

Entre sollozos, lady Chester gritó:

—¿Dónde estás, Christina? Ayúdanos, te lo ruego.

La hermana Christina se adelantó hacia su madre. Su rostro era una máscara de tormento. Se detuvo en el centro de la sala con las manos temblorosas sobre los costados.

El hermano Edmund ayudó a su jadeante hermana a llegar a la puerta.

—Independientemente de lo que decidáis sobre lord Chester, la hermana Winifred necesita ser tratada en la enfermería —dijo—. ¿Me dais vuestro permiso, priora?

Ella asintió, y los hermanos salieron.

El hermano Richard se aclaró la garganta.

—Priora, es mucho el daño que se ha cometido aquí. Temo lo que ocurra si lord Chester se queda, aunque sea solo durante una noche.

Lady Chester sollozó con más fuerza, agachada junto a su esposo.

La priora Joan frunció el ceño al ver al inconsciente lord Chester. Todos esperamos a oír su decisión.

—Gregory —dijo, dirigiéndose al portero—, que lleven a lord Chester a nuestras habitaciones de huéspedes. No están convenientemente preparadas, pero lady Chester y él tendrán que conformarse. Luego cerrad con llave las puertas del claustro para evitar que vuelvan a entrar.

Se volvió a mirarnos con la cabeza alta.

—Esta es mi decisión. Seguimos siendo una institución religiosa, comprometida con la hospitalidad por las normas de la orden, si es preciso. Devolveremos nuestros objetos sagrados —nuestro relicario, el libro y las demás posesiones— a la iglesia y a la biblioteca. Celebraremos misa por el Día de Difuntos. Seguiremos honrando a nuestras difuntas como esposas de Dios, tal y como exigen nuestros votos. Seguiremos.

El hermano Richard frunció el ceño, pero no dijo nada. Las dudas y los temores asomaron a los rostros de las demás monjas, pero todos inclinamos la cabeza en señal de obediencia a la voluntad de la priora.

La hermana Eleanor dijo entonces, alzando la voz:

—Vamos, ya habéis oído lo que hay que hacer. Coged nuestros tesoros sagrados.

La hermana Rachel se dirigió presurosa al relicario.

—Yo misma lo limpiaré —dijo con la voz quebrada—. Intentaré purificarlo.

Un grupo de monjas de mayor antigüedad recogieron el resto de objetos de la mesa. Gregory y sus hombres movieron a lord Chester para llevárselo.

Dejé la sala capitular con la hermana Christina. Ya había visto lo suficiente por esa noche para entender lo que la había llevado a Dartford

con la feroz devoción que la caracterizaba y por qué había jurado que jamás se marcharía.

Esa noche, durante la misa de difuntos, un hermano Philip serio pronunció unas palabras especiales sobre el Día de Difuntos, aunque debo decir que no resultaron tan inspiradoras como las del hermano Richard. La misa se celebró tan tarde que no tardaron en volver a sonar las campanas, convocándonos a maitines a medianoche.

Después, mientras subíamos las escaleras hacia nuestro dormitorio, intenté expresar mi compasión a la hermana Christina. No quería que interpretara mal mi silencio, confundiéndolo con alguna muestra de censura. Las ofensas cometidas por sus padres nada tenían que ver con ella.

—Hermana Christina —empecé—, en vuestra vida previa a Dartford, debió de haber…

Ella se volvió a mirarme, visiblemente angustiada.

—No me preguntéis nada. Os lo suplico, hermana Joanna. No habléis de mi familia… ni de mi padre. No puedo pronunciar una sola palabra sobre él. Vos más que nadie debéis comprender que jamás debemos hablar de él.

—Por supuesto, hermana.

Cuando nos pusimos el camisón y nos habíamos acostado, la hermana Agatha asomó la cabeza.

—La hermana Winifred dormirá en la enfermería esta noche. No se encuentra nada bien. El hermano Edmund se quedará allí y cuidará de ella.

Me miró y se estremeció y al hacerlo se le agitaron los rechonchos carrillos.

—Jamás había ocurrido algo semejante en Dartford. Jamás. No entiendo qué…

—Buenas noches, hermana Agatha —dijo bruscamente la hermana Christina, volviendo el rostro hacia la pared.

Apagué la vela de un soplido.

Tardé un buen rato en conciliar el sueño. Sentía que me sumergía en un sueño, pero, justo cuando estaba a punto de abandonarme a él, me despertaba sobresaltada y me movía, inquieta, en la cama. No conseguía acallar mi mente. Oía una y otra vez la música que habíamos tocado, veía la

mano del relicario sobre la mesa y volvía a estremecerme ante los profanos gritos de lord Chester.

Cuando las campanas tocaron justo antes del amanecer a laudes, sentía los miembros abotargados y me dolía la cabeza. Miré a la hermana Christina, que estaba sentada en el borde de su camastro, quitándose el camisón por la cabeza con movimientos tan torpes como los míos.

Al bajar por la escalera hacia la iglesia, vi que las demás hermanas también parecían agotadas y hasta ojerosas. Nadie había dormido bien en Dartford. La hermana Rachel parecía haber envejecido diez años en una sola noche.

Cuando esperaba mi turno con la hermana Christina al final de la cola para inclinarnos ante el altar y ocupar nuestro lugar en la iglesia, un largo chillido recorrió el pasillo. No se trataba de ningún animal a punto de ser degollado. Oí a una mujer. Una mujer aterrada.

La hermana Christina se quedó helada.

—Es mi madre —dijo.

La cogí y corrimos juntas, dejando atrás el jardín del claustro, hacia la puerta que llevaba a la parte delantera del priorato.

—¡Gregory! —grité, aporreando la puerta—. Déjanos entrar. Abre la puerta.

Enseguida llegó la priora Joan, acompañada de la hermana Eleanor y la hermana Agatha. Cinco pasos por detrás, estaba el hermano Richard.

—Volved a la iglesia —nos ordenó la priora a la hermana Christina y a mí.

—Pero dice que es su madre —protesté.

La puerta se abrió de par en par. Gregory estaba de pie ante nosotras con el rostro ceniciento. La hermana Christina y yo le apartamos de un empujón y corrimos hacia las habitaciones de huéspedes. Estaban situadas al oeste, al final del pasillo, en el extremo opuesto al despacho de la priora.

Cuando estábamos a punto de llegar, lady Chester salió tambaleándose por la puerta. Llevaba el mismo vestido negro de la noche anterior y se acercó a nosotras, palpando la pared como si se hubiera quedado ciega y tuviera que agarrarse a los ladrillos para no caerse. Se desplomó en brazos de su hija.

—No entréis en esa habitación, hermana Joanna. ¡Deteneos! —gritó a mi espalda la priora Joan.

No me detuve. Una vez más, desobedecí. No sé lo que me empujó a seguir adelante por ese pasillo, dejando atrás a lady Chester, para entrar en las habitaciones de huéspedes. Fue como si dentro de las habitaciones hubiera una respuesta que yo necesitaba y fuera a perecer si no la obtenía.

La segunda puerta, la que llevaba al dormitorio, estaba entreabierta y corrí dentro.

Le vi de inmediato. Lord Chester estaba parcialmente sentado en la cama. También él vestía todavía su ropa negra, sus vestiduras de luto por la reina Juana, pero las tenía empapadas de sangre. Detrás de él, el cabezal y la pared estaban salpicados de ella. Lord Chester tenía la mitad izquierda de la cabeza aplastada. Le faltaba el ojo izquierdo, que no era más que un amasijo de sangre, hueso y tejido. El derecho sobresalía en una expresión fija de triste sorpresa.

En el suelo, junto a la cama, estaba el relicario del priorato de Dartford, hecho añicos. Los fragmentos estaban también bañados en sangre. Un mechón del pelo castaño de lord Chester había quedado enredado entre los dos dedos extendidos de la mano del relicario.

OceanofPDF.com

28

La tarde siguiente fui la única novicia presente en la sala de tapices. Estaba sentada delante del telar, trabajando con los hilos celestes y blancos. La hermana Helen y yo laborábamos en silencio, solas. La hermana Christina consolaba a su afligida madre en el *locutorium*, y la hermana Winifred seguía en la enfermería. En cuanto a la hermana Agatha, desconocía por completo su paradero.

Hasta la llegada de los hombres, tenía que seguir con mis obligaciones habituales.

Durante los primeros minutos que habían seguido al descubrimiento del cuerpo hubo muchos llantos y gritos. La priora Joan y el hermano Richard habían entrado a toda prisa tras de mí y habían retrocedido, horrorizados. La priora había ordenado sellar y vigilar la habitación.

—¡Hay un asesino suelto en el priorato! —gritó la hermana Agatha en el pasillo, presa de la histeria—. Los criados deben registrar el priorato. El hombre podría estar oculto en cualquier parte.

—No seáis estúpida, a lord Chester le han matado hace unas horas —dijo el hermano Richard—. ¿Creéis acaso que un asesino actuaría y se quedaría después aquí? Hace rato que se ha marchado.

Se volvió bruscamente para enfrentarse a Gregory.

—¿Cerraste todas las puertas con llave anoche? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Gregory, ofendido—. Esa es mi principal ocupación, asegurarme de que el priorato quede cerrado. Nadie puede haber entrado en estas habitaciones de huéspedes desde el exterior… ni tampoco desde la zona del claustro. Esa puerta se cerró por ambos lados en cuanto llevamos a lord Chester a su cama, tal y como ordenó la priora. Nadie ha podido entrar ni salir. Lo juraría ante el mismísimo rey.

—¿Y las ventanas? —preguntó la hermana Eleanor.

Gregory negó con la cabeza.

—Las he revisado todas. Están perfectamente cerradas.

—¿No estaréis sugiriendo que lady Chester…? —susurró la hermana Agatha.

—¿Creéis que nos pidió que dejáramos dormir aquí a lord Chester para que pudiera matarle? —preguntó el hermano Richard.

—¡Silencio! —gritó la priora—. Basta de especulaciones y de chismes en este priorato. Avisaremos al obispo de Rochester de inmediato. Este es un asunto del que deben encargarse los tribunales eclesiásticos.

—¿Los tribunales eclesiásticos? —repitió el hermano Richard, incrédulo—. ¡Se trata del asesinato de un par del reino! Y quizá nos espere la Cámara Estrellada, o incluso la Torre.

No pude evitar encogerme.

—Os equivocáis, hermano Richard —dijo la priora—. Este crimen se ha cometido en una propiedad eclesiástica. No concierne al tribunal del rey.

El hermano Richard agitó los puños en un arrebato de frustración.

—Escuchadme. Por una vez debéis escuchar al presidente y administrador de vuestro priorato. Os imploré que no invitarais a lord Chester a Dartford y no me hicisteis caso. Anoche os pedí que le sacarais de nuestra casa y de nuevo demostrasteis desprecio por mi consejo. Pero ahora, priora, es mucho más que vuestro orgullo lo que aquí está en juego. Es el futuro del priorato, nuestras vidas. ¿Me escucharéis?

Los labios de la priora temblaron, presas de la emoción. Entonces asintió.

El hermano Richard inspiró hondo.

—Si intentamos convertir esto en una investigación eclesiástica y rechazamos la intervención de los hombres del rey, nos destruirán. Este crimen dará a nuestros enemigos una excusa para decir que los monasterios son un hervidero de vicios, crímenes y mentiras. Que operamos en secreto. Pero no deberíamos tampoco volvernos vulnerables a la Cámara Estrellada, pues allí gobiernan herejes que arden en deseos de presenciar nuestra disolución. No, debemos abrir el priorato a los hombres que dedican sus vidas a investigar esta clase de crímenes. Debemos alzar la voz, convocar al experto médico y acatar su opinión sobre cómo investigar y proceder.

—¿Al médico? —La priora Joan no parecía tenerlas todas consigo—. ¿Y dónde se encuentra esa persona? No quiero mandar a buscarla a

Londres. Esto no puede convertirse en un asunto que deba tratarse en Londres.

—Según decís, Dartford está bajo la jurisdicción del obispo de Rochester. Esa ciudad no está lejos de aquí, a un día de viaje a caballo, y es lo bastante grande como para disponer de un experto médico. Estos expertos son hombres con experiencia en asesinatos, en llevar a cabo una investigación y en examinar un cadáver. Si le mandamos llamar, debería estar aquí mañana mismo.

Recelosa, la priora Joan se volvió a mirar al dormitorio como esperando que lord Chester, con su cabeza aplastada, fuera a salir dando bandazos de la estancia.

—Que así sea —dijo sombríamente—. Gregory, envía a un hombre de confianza a Rochester con un mensaje y con nuestro caballo más veloz. Que los hombres registren hasta el último palmo de la casa en busca de pruebas que apunten a la visita de un intruso.

Se volvió a mirarnos, arracimados como estábamos en un atemorizado grupo.

—Hasta que dé comienzo la investigación, quiero que todos continuéis con vuestras labores habituales. Pero aseguraos de que nadie se queda nunca solo en ningún rincón del priorato. Debemos permanecer en grupos, o al menos en parejas.

Nos dispersamos. Después de ayudar a limpiar el refectorio, me dirigí a la enfermería para ver cómo se encontraba la hermana Winifred. Estaba en un estado lamentable: acurrucada en un camastro, tumbada de costado con las rodillas contra el pecho. Era la postura de alguien que duerme profundamente, pero cuando me acerqué vi que tenía los ojos abiertos.

—¡Hermana Winifred! —dije—. ¿Estáis bien? —Se estremeció y no me respondió.

Me volví hacia el hermano Edmund, alarmada.

—¿Podéis ayudarla?

—El tiempo y la oración la ayudarán —respondió de espaldas a mí. El fraile estaba trabajando en su alambique, agregando un puñado de hierbas a la boca del mecanismo que tenía dispuesto en una larga mesa.

—Entonces, ¿hay algo que yo pueda hacer… ahora? ¿Traerle algo de comer? ¿Lo que sea?

Negó con la cabeza. Rodeé la mesa y miré por primera vez a la cara al hermano Edmund. Nuevas arrugas de agotamiento le circundaban los ojos y las comisuras de los labios. Dudé mucho que hubiera dormido tan siquiera un minuto.

Bajé la voz a un leve susurro:

—¿Está ella al corriente del asesinato de lord Chester?

—No, no quiero decírselo todavía. —Hizo una mueca—. Oh, esto es una tragedia terrible. Terrible.

—¿Lo decís por lord Chester? —pregunté, asombrada.

El hermano Edmund asintió.

—Era un hombre brutal, disoluto y cruel, pero era una criatura de Dios. Y ahora tengo que vivir con mi pecado sin obtener su perdón.

—¿Pecado?

—La ira —dijo, desolado—. La ira me atormenta desde que era niño. He rezado, he luchado… —Su voz se apagó—. Debería haber encontrado un antídoto pacificador anoche. Siempre lamento estos lapsos.

—Hermano Edmund, no debéis reprenderos, os lo ruego —dije.

Las arrugas se suavizaron alrededor de sus ojos.

—Sois muy amable, hermana Joanna.

—¿Amable? —Me quedé perpleja—. Nadie me ha atribuido jamás semejante cualidad.

—En ese caso, nadie os ha prestado nunca mucha atención —dijo.

Su alambique siseó y chisporroteó. El hermano Edmund se volvió a lidiar con el problema que tenía entre manos, y yo salí a hurtadillas de la enfermería. No estaba acostumbrada a los cumplidos. Mi madre siempre había optado por corregirnos en vez de halagarnos. Las dos únicas personas que habían reconocido alguna virtud en mí habían sido la priora Elizabeth y, muchos años antes, mi prima Margaret. Ambas estaban muertas y enterradas.

Al día siguiente, hubo un revuelo de actividad a última hora de la mañana. Según me dijeron, el médico había llegado por fin. A media tarde, y tal y como marcaba la obediencia a mi orden, fui a la sala de tapices. Me

senté al telar e hice mi labor. El silencio era total, pues en la sala estábamos solas la hermana Helen y yo, hilando y pisando los pedales. Había demasiada fealdad y violencia en el mundo, y por fin se habían colado en nuestro priorato. Debíamos hacer lo que estuviera en nuestra mano para crear belleza.

Pero el pacífico silencio también me permitió reflexionar sobre lo que había ocurrido. No tardé en ser presa de la inquietud. La corona, sin duda peligrosa, estaba oculta allí, en el priorato. Lord Chester se había jactado de conocer nuestros secretos: «Nadie conoce como yo los secretos del priorato de Dartford». Horas más tarde moría asesinado con gran crueldad. Por primera vez me planteé si lord Chester había muerto asesinado para proteger la corona. Pero ¿quién, además de mí, conocía su existencia y sus poderes… y estaba dispuesto a actuar con tanta premura si algo amenazaba la corona?

—Her… Her… Her…

El tartamudeo ronco y apenas audible me conmocionó. Miré a la hermana Helen. Aunque costara creerlo, la monja que no había pronunciado palabra desde que su hermano había muerto encadenado en Tyburn intentaba hablarme. Parecía desesperada por hablarme. A pesar de que era un día frío, su rostro brillaba, bañado en sudor.

—¿Hermana… Joanna? —logró por fin hablar.

—¿Qué ocurre?

—Deb-b-b-b-o deciros.

La puerta se abrió en ese momento y la hermana Agatha irrumpió en la sala. Me llamó con un gesto de la mano, con el rostro sonrosado a causa de la excitación nerviosa que la embargaba.

—Os reclaman. Ahora —dijo.

—¿Dónde? —pregunté.

—En las dependencias de la priora —dijo—. Los hombres han llegado hace dos horas de Rochester y desean interrogaros.

Me recorrió una fría oleada de temor.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque sois una de las pocas que vio muerto a lord Chester.

Me volví a mirar a la hermana Helen, pero tenía la boca firmemente cerrada. Negó con la cabeza, muy levemente, y se frotó el brazo como si le doliera.

Seguí a mi encargada de novicias fuera de la zona del claustro para regresar a la parte delantera del priorato.

—¿Por qué habéis dicho «hombres» y no «hombre»? —pregunté.

—El experto médico ha llegado acompañado de otros dos hombres debido a la seriedad del crimen. Uno viejo y el otro joven.

El hecho de ser interrogada por hombres me recordó al episodio que había vivido en la Torre. Odié amargamente esa posibilidad. Era importante que no se enteraran de los meses que había pasado encarcelada en la Torre. Recé para que la priora no se lo hubiera dicho. Vertería con ello dudas sobre mi carácter y provocaría preguntas sobre por qué se me había permitido mi regreso. Lo último que el obispo Gardiner desearía era verme implicada en la investigación de un asesinato.

La hermana Agatha me acompañó dentro, pero no se quedó. Se sentó en el banco junto a la hermana Eleanor, muy seria, y a un más serio hermano Richard. La puerta se cerró entre nosotros.

La priora Joan estaba sentada muy tiesa a su mesa, y los tres hombres se habían congregado junto a la ventana. El que destacó de inmediato era un hombre alto y encorvado que vestía una larga túnica negra parecida a la que llevaban los médicos. Lucía una cadena al cuello, sujeta a una máscara que le colgaba justo debajo de la barbilla. Supuse que era el experto. Un segundo hombre hablaba con él en voz baja. Tenía el pelo canoso y era fornido. El tercero miraba por la ventana con las manos entrelazadas tras la espalda.

La priora Joan señaló a la silla que tenía delante y tomé asiento, consumida de miedo.

El hombre del pelo canoso me miró desde el lugar que ocupaba junto a la ventana. Tenía un rostro afable y despejado, como el de un abuelo.

—¿Vos sois la novicia Joanna Stafford?

—La hermana Joanna —le corrigió la priora.

El hombre que estaba de cara a la ventana se volvió. Tendría poco más de veinte años y el pelo castaño claro. El sol de la tarde le iluminaba el

rostro, revelando una leve marca roja en su frente, una herida antigua que costaba cicatrizar.

Era Geoffrey Scovill.

OceanofPDF.com

29

Apoyado en su bastón, el hombre del pelo canoso dijo:

—Hermana Joanna, soy el juez Edmund Campion, juez de la ciudad de Rochester. El médico experto Hancock ha solicitado mi implicación en este asunto debido a la delicadeza de la investigación. Tenemos ciertas preguntas que queremos que respondáis hoy. Cuando haya terminado con mis preguntas, escribiréis una declaración. Me han dicho que sabéis leer y escribir. ¿Es eso cierto?

—Sí, señor Campion —dije.

Miré a Geoffrey y esperé que diera alguna señal de que me reconocía. No lo hizo. Mostraba una expresión cortés y expectante.

Campion siguió la dirección de mi mirada hacia Geoffrey.

—Este es el señor Scovill, ayudante del buen orden de Rochester. Tiene una mente avezada y un fuerte par de piernas —repicó con su bastón—, por eso se lo he pedido prestado a su representante del orden mientras dure la investigación.

—Entiendo —dije.

Geoffrey saludó con una inclinación de cabeza, sin inmutarse.

Campion prosiguió.

—Veamos, hermana Joanna, os preguntaré sobre lo que habéis visto esta mañana en la habitación de huéspedes. Desgraciadamente, alguien había movido el cuerpo de lord Chester, como también el arma del crimen…

El médico gimió y se llevó la huesuda mano derecha a la sien.

—Como veréis, eso dificulta un poco la investigación —prosiguió Campion—. Nos vemos obligados a recrear las circunstancias de la muerte a partir de un minucioso interrogatorio.

Se interrumpió y se volvió hacia la priora.

—Hace mucho frío en esta sala, priora. ¿No tenéis medio alguno de encender un fuego?

La priora Joan arqueó las cejas.

—Esta es una casa religiosa, no un palacio. Nuestra sala caldeada de invierno, nuestro *calefactorium*, está situada al sur de la sala capitular. Si lo deseáis, podemos ordenar encender el fuego y que os acompañen allí.

Me fijé en que la priora no había mencionado que también en la enfermería había una chimenea encendida para caldear el espacio.

El juez Campion apretó la mano alrededor de su bastón.

—No os preocupéis. —Se volvió hacia mí—. Prosigamos. Os estaré muy agradecido si respondéis todas nuestras preguntas con todo detalle.

Les dije a los hombres todo lo que fui capaz de recordar: la postura de lord Chester en la cama tenía para ellos mucho interés, así como la ubicación exacta de los trozos del relicario. El médico se sentó en una silla y me preguntó por el color y la textura de la sangre y, aunque me encogí de asco, hice lo posible por describirlo. Él escribía mis respuestas en un pliego de pergamino. Campion me sonreía, complacido cada vez que yo recordaba un nuevo detalle. «Ah, muy bien», exclamaba. Geoffrey se limitaba a escuchar.

—¿Cuál era el estado de ánimo de su ojo intacto? —preguntó el médico.

Negué con la cabeza. No estaba segura de a qué se refería.

—¿Era melancólico, flemático, excitado o colérico? —preguntó.

Intenté recordar la expresión de aquel ojo. Me había formado una impresión al verlo, pero en ese momento me resultó difícil articularla.

—Diría que próxima a la melancolía —dije por fin.

—Es decir, que no era colérica. ¿Tampoco atemorizada ni enojada? —preguntó el médico, frunciendo concentradamente sus pobladas cejas grises.

—No —dije—. Estaba… sorprendido, pero no perplejo.

Geoffrey habló por primera vez.

—¿Como habría ocurrido si lord Chester hubiera muerto mirando a alguien a quien conocía?

Sí, era la misma voz. Y también el mismo hombre: Geoffrey Scovill.

Negué con la cabeza.

—No es mi deseo especular, señor —dije con el mismo tono cortés.

El juez Campion sonrió.

—Ah, pero es que eso es lo que os pedimos: que especuléis, hermana Joanna. Tenéis un ojo clínico. Hasta ahora sois vos quien nos ha facilitado

las descripciones más detalladas de su señoría. —Se volvió hacia la priora —. Os felicito por tener a una joven tan observadora e inteligente en vuestro priorato.

La priora Joan no dijo nada.

—Me ha sorprendido sobremanera ver unas dependencias tan amplias reservadas a los huéspedes del priorato, puesto que insistís tanto en mantener fuera al mundo —caviló el juez Campion.

—El sentido del *domus hospitum*…

—¿Del qué? —El mayor de los tres hombres la miró con los ojos entrecerrados.

—Una casa de hospitalidad —intervino Geoffrey.

De modo que Geoffrey Scovill sabía latín. No me había dado cuenta.

La priora aclaró entonces que disponía de un permiso especial para albergar a ciertos huéspedes. En el priorato se habían hospedado viudas deseosas de hallar consuelo espiritual. También, en tiempos de guerra, un noble local podía solicitar que su esposa y su hija se alojaran en las dependencias de huéspedes del priorato. Cuando Enrique V había conducido su ejército a Francia, las estancias se habían llenado.

Asintiendo, el juez Campion se detuvo a pensar durante un instante antes de volver a centrar en mí su atención.

—Por favor, hermana, vuestras impresiones. Sin duda debéis de haberos formado una idea.

Tragué saliva.

—¿Señor?

Cruzó la estancia, haciendo repicar el bastón contra el suelo.

—Lord Chester viene al banquete de difuntos. Come y bebe en cantidades ingentes, tanto que pierde la consciencia y le llevan a la parte delantera del priorato. Lo que no deja de sorprenderme es que se le sirviera tanto vino como para que quedara del todo inconsciente.

Ansiosa por salir en defensa de Dartford, dije:

—Ya llegó ebrio al priorato.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo lo sabéis? Nadie lo ha comentado hasta ahora.

—Le olí el aliento.

Las cejas del juez Campion se arquearon.

—Entiendo. —Miró a Geoffrey—. Habladnos de la hermana Winifred. ¿La atacó lord Chester?

Me estremecí.

—Sí.

—¿Y el hermano Edmund, que de hecho es su hermano mayor, la defendió golpeando con tanta violencia a lord Chester que este cayó al suelo?

Asentí.

—¿Y el hermano Richard?

Crucé una mirada confusa con la priora.

—¿Qué es lo que queréis saber de él? —preguntó la priora.

—El propio hermano Richard ha dicho que no deseaba la presencia de lord Chester, que se había opuesto a la idea del banquete. Que no le parecía adecuada.

La priora se movió en su silla y concedió:

—Cierto.

—De modo que ambos frailes, que llevan un mes en el priorato de Dartford, albergaban alguna forma de hostilidad hacia lord Chester.

La priora Joan dijo:

—Vuestra investigación yerra su objetivo. Estamos hablando de frailes. Jamás cometerían un acto semejante.

—Pero el hermano Edmund cometió un acto de violencia contra lord Chester apenas unas horas antes de que el caballero muriera asesinado —dijo el juez Campion, cuya voz parecía haberse endurecido—. Y anoche estuvo en la enfermería, no en las dependencias de los frailes, es decir, en un edificio separado.

Me levanté, presa del pánico.

—Jamás haría algo tan terrible como cometer un asesinato —grité—. Es imposible. El hermano Edmund es una persona buena y amable, un auténtico hombre de Dios. Ayuda a la gente.

Un denso silencio cayó sobre la habitación. El experto médico dejó de escribir y los tres hombres se miraron. El juez Campion asintió en dirección a Geoffrey Scovill, y el más joven de los tres hombres salió de las dependencias de la priora.

—Alguien ha matado a lord Chester, y ha sido un acto espantoso, cierto —dijo el juez Campion. Había retomado su talante afable y sensato, pero yo ya no me sentía cómoda con él—. Creo que todos estaremos de acuerdo en que el asesino es alguien que sentía hacia él un gran odio.

—Sin duda alguna —masculló Hancock.

—E indudablemente no estamos hablando de un ladrón que merodeara por la zona —dijo el juez Campion—. Un ladrón le habría arrancado los anillos de los dedos, pues valen una fortuna, y habría habido más ruido. Lady Chester dormía en la habitación contigua y no oyó nada. Las puertas que les separaban estaban cerradas y las paredes son gruesas, pero incluso así habría oído a su marido de haberse producido un forcejeo prolongado.

La priora dijo:

—Pero a lord Chester le mataron mientras dormía.

—No lo creo, priora. La descripción de la hermana Joanna es la de un hombre sentado en la cama en el momento del ataque. No se levantó ni intentó evitar a su atacante. Creo que alguien entró en la habitación y se comunicó con lord Chester de tal modo que su señoría no temió inicialmente por su vida. Y acto seguido un hombre fuerte le golpeó con violencia.

—Tenía enemigos en la corte —insistió la priora.

El juez Campion asintió.

—Estoy seguro de ello. Una muerte violenta, acontecida entre estos muros, mancillaría también el priorato y el modo de vida monástico en general. Cuando venía a Dartford desde Rochester sospechaba de un enloquecido reformista, deseoso de mancillar así las viejas formas. —Hizo una pausa y negó con la cabeza—. Sin embargo, para matarle aquí, el asesino tendría que haber sabido antes que lord Chester se alojaba en las dependencias de los huéspedes. Y eso fue una decisión espontánea, tomada después del banquete. ¿Cómo podía haberlo sabido alguien de fuera y, además…, cómo saber dónde encontrar las habitaciones? Está el problema de cómo logró entrar en un priorato cerrado a cal y canto. Nadie pudo tener acceso a la habitación de huéspedes desde el claustro ni desde el exterior. Y, por último, tenemos el relicario.

Me recorrió un escalofrío.

—Me resulta interesante que mataran a lord Chester con el relicario, la posesión más preciada de todas las que obran en poder del priorato, y la que lord Chester había manipulado para profanar a todas las hermanas durante el banquete. ¿No os parece que la elección del arma es cuando menos significativa?

Campion se paseó por la estancia, golpeteando el suelo con el bastón.

—Pero ¿cómo viajó el relicario desde la iglesia a la parte delantera del priorato? Alguien lo sacó de la iglesia después del último servicio de maitines, pasada la medianoche, y lo llevó a las habitaciones de los huéspedes. Vuestro portero parece un hombre fiable, y ha jurado que la puerta que separa la parte delantera del priorato y la zona del claustro estaba cerrada con llave. ¿Es él el único que tiene llave de esa puerta?

—Yo tengo mi propia llave —dijo la priora.

El médico y el juez cruzaron una fugaz mirada.

—¿Dónde estabais anoche? —preguntó el juez Campion.

—En mi habitación. Duermo separada de las demás hermanas. La llave seguía allí esta mañana, juez Campion. Y nadie ha entrado a hurtadillas en mi habitación y se la ha llevado, os lo aseguro. Tengo un sueño muy ligero.

—¿Y no salisteis de vuestra habitación entre maitines y laudes? —preguntó el juez con una voz desprovista de emoción.

—Os he dicho ya en dos ocasiones que no. —Oí el rápido tintineo de los dedos de la priora contra su bola de olor.

El juez Campion dejó de pasearse y miró por la ventana.

—¿Tenéis planos del edificio que daten de cuando se construyó el priorato? Tengo que saber cómo pudo el asesino moverse por el edificio. Tiene casi dos siglos de antigüedad. Podría haber puertas, ventanas o incluso pasadizos que no se aprecian a simple vista y que pudo haber utilizado el asesino.

Me puse rígida en la silla. «La cámara secreta».

La priora Joan dijo entonces:

—Jamás he visto esos planos.

—Tienen que existir, priora.

Oí voces procedentes del exterior del despacho de la priora. La puerta se abrió de par en par y Geoffrey Scovill entró con paso firme y con una caja

en las manos, seguido muy de cerca por un furibundo hermano Richard.

—No tenéis ningún derecho… ¡ningún derecho a hacer esto! —gritó el fraile.

—¿Qué es esto? —preguntó el juez Campion.

Geoffrey sonrió.

—Está tan alterado porque he encontrado esto junto a su camastro en las dependencias de los frailes durante mi registro. —Sacó un delgado libro de la caja y lo sostuvo en alto.

Lo reconocí enseguida: *De Caractacus a Athelstan*.

El hermano Richard intentó coger el libro, y Geoffrey, que era más alto que el fraile, lo alzó aún más sobre su cabeza con una carcajada. El juez Campion sonrió y el médico levantó la vista de su informe con una risilla. Con una agilidad atlética, Geoffrey le lanzó el libro al juez.

El juez Campion hojeó el libro.

—Parece inofensivo.

La priora Joan dejó escapar un suspiro.

—Ningún libro debería salir en ningún momento de la biblioteca de Dartford. El hermano Richard lo sabe.

El hermano Richard tenía el rostro teñido de grana. Parecía estar evitando mi mirada, aunque no alcancé a saber si se trataba de una vergüenza de índole más general.

—Además de esto —dijo Geoffrey—, he encontrado una pluma, un tintero y pergamino, pero no había ninguna carta. Hay un juego de ajedrez muy bonito. Y un hermoso baúl lleno de libros religiosos. Para el otro fraile, el hermano Edmund, no había nada. Ni una sola pertenencia.

El juez Campion le hizo entrega del libro a la priora y se volvió hacia el hermano Richard.

—Puesto que os habéis vuelto a reunir con nosotros, hermano, quizá podáis aportar algo a la discusión. Intentábamos determinar el modo en que el relicario llegó a las habitaciones de huéspedes desde la iglesia a pesar de que las puertas estaban cerradas.

—No tengo la menor idea —respondió el hermano Richard—. Este priorato es muy seguro. Cumple con todas las normas de la clausura. Sé que las hermanas jamás salen de él sin permiso.

—¿Estáis completamente seguro de eso? —preguntó Geoffrey.

No miré a Geoffrey ni a nadie.

La priora Joan dijo con voz glacial:

—Esta pasada primavera se produjo un incidente en el que se vio implicado uno de los miembros de este priorato, que salió de él sin permiso por una de las ventanas de la cocina para ayudar a un familiar. El asunto ha quedado ya olvidado… y nada tiene que ver con la visita de lord Chester.

—¿Ayudar a un familiar, decís? —preguntó el juez Campion.

—Sí, y la ventana en cuestión ya no puede abrirse —dijo la priora—. Ha sido sellada.

El juez Campion no volvió a preguntar por el tema. Se centró nuevamente en el banquete de la noche anterior, investigando cada uno de los detalles recordados, cada fragmento de conversación. La priora Joan y el hermano Richard respondieron a todas sus preguntas. Yo mantuve la mirada baja hasta que los rápidos y abruptos latidos de mi corazón se calmaron.

Solo entonces alcé la vista para mirar a Geoffrey. Le sorprendí mirándome a su vez, y no con la expresión de impávida cortesía que había mostrado hasta entonces. Había en sus ojos una expresión dolida, la misma que yo había visto en la Torre después de haberle insultado delante del duque de Norfolk. Habría dado cualquier cosa por explicárselo todo, pero era imposible.

Campion preguntaba una vez más por el tapiz.

—De modo que cuando miró el tapiz que tejieron el año pasado las hermanas os preguntó a todos los presentes en la sala: «¿Cómo lo habéis sabido?».

—Así es —dijo el hermano Richard.

—¿A qué se refería?

El hermano Richard y la priora se miraron. Ambos se encogieron de hombros.

—Me temo que estaba muy ebrio —dijo la priora.

—No —intervine—. Dijo algo más.

Todas las miradas se volvieron hacia mí. Campion, el juez, se iluminó cuando dijo:

—Ah, nuestra novicia, nuestra novicia más atenta. ¿Y cuáles fueron las últimas palabras de lord Chester?

—Dijo: «¿Cómo lo habéis sabido? ¿Cómo podéis haber sabido de su existencia?».

—¿Se refería a la hermana Winifred? —preguntó Geoffrey.

—No, miraba al tapiz cuando dijo eso. —Entendí entonces algo más—. Miraba la figura de la joven que está en el centro del tapiz.

El médico intervino.

—No estaba en su sano juicio debido al exceso de vino.

—Es muy probable —dijo el juez Campion—, pero deberíamos ver ese tapiz. ¿Es posible, priora?

—Todavía no lo hemos descolgado de la pared de la sala capitular —respondió la priora.

—Geoffrey, ¿por qué no lo hacéis ahora? —preguntó el mayor de los tres hombres—. ¿Podría alguien acompañarle a la sala capitular?

—Yo iré —me apresuré a decir.

El juez Campion me miró con los ojos entrecerrados.

—Sí, supongo que he terminado con vos, hermana Joanna. Por ahora.

Me volví hacia Geoffrey.

—Señor Scovill, ¿me seguís?

Él respondió con una inclinación de cabeza y un destello de excitación en los ojos.

—Agradezco vuestra ayuda.

Dicho eso, conduje a Geoffrey Scovill fuera de la sala.

OceanofPDF.com

30

Habíamos recorrido apenas unos metros de pasillo cuando la hermana Eleanor me gritó:

—Deteneos, hermana Joanna. —Se acercó a toda prisa hasta darnos alcance—. La priora me ha pedido que os acompañe. —Miró a Geoffrey de arriba abajo, sin poner demasiado empeño en ocultar su desagrado. Geoffrey la saludó con una sonrisa disimulada y una inclinación de cabeza.

La hermana Eleanor nos llevó a la sala capitular. Yo la seguía a una distancia respetuosa, con Geoffrey justo detrás de mí. Sentí su aliento en la nuca. Sus pasos resonaban con fuerza en el suelo de piedra.

Cuando llegamos al pasillo abierto que bordeaba el jardín del claustro, dejé de oír esos pasos. Me volví a ver por qué. Geoffrey estaba de pie junto a una columna, mirando fijamente nuestro jardín. La luz del sol parpadeaba en las delicadas hojas de los membrillos y en las hierbas pulcramente cuidadas que florecían en otoño.

—Qué hermoso es esto —dijo—. Jamás había visto nada semejante.

—Señor Scovill, si hacéis el favor… —replicó la hermana Eleanor—. Estamos muy ocupadas en el priorato.

Entré a la sala capitular, reticente a volver a esa habitación, aunque habían retirado todos los restos del banquete con excepción del tapiz. No había mesas, ni candeleros, manteles o plata. El hedor a carne se había evaporado. Geoffrey entró tan despacio como yo, recorriendo cada centímetro de la sala con la mirada como si estuviera recreando el caos de la noche previa.

Indiferente a su necesidad de concentrarse, la hermana Eleanor dijo:

—Señor Scovill, ¿cuánto tiempo más vos y los otros hombres de Rochester estaréis aquí, en el priorato?

Geoffrey estudiaba en ese momento los detalles del tapiz. Sin apartar la mirada de él, respondió:

—El experto médico suele convocar una vista tras los tres días posteriores a la llegada a la escena donde ha ocurrido una muerte sospechosa. Un jurado formado por doce lugareños debe escuchar las pruebas y decidir si se ha cometido un asesinato. Un experto médico debe acusar a un sospechoso, y si el jurado está de acuerdo, un juez puede entonces imputar a ese acusado para someterle a juicio.

Caí entonces en la cuenta de que solo restaban dos días para que fuera necesario celebrar la vista.

—¿Este tapiz está basado en alguna historia? —preguntó Geoffrey.

—Es una historia inspirada en la antigua Grecia —respondió la hermana Eleanor—. La historia de Dafne, la ninfa. Su padre, el dios de un río, la convirtió en árbol.

—¿Por qué lo hizo?

La hermana Eleanor se rio, burlona.

—No creo que esté basado en un hecho real, señor Scovill.

—Eso lo entiendo, hermana —dijo Geoffrey sin perder la paciencia—. Pero quizá estas figuras tengan un sentido más profundo. —Señaló a la figura de Dafne—. Diría que está asustada. —Se volvió a examinar los tres cazadores que estaban a la izquierda de Dafne—. ¿Se supone que debe tenerles miedo?

—No tengo la menor idea —dijo la hermana Eleanor.

—La historia no se reduce tan solo a eso —dije—. Me lo explicaron hace un par de días.

Geoffrey se volvió a mirarme.

—¿Quién?

Demasiado tarde me acordé de quién había sido.

—El hermano Edmund —mascullé.

Geoffrey asintió.

—Ah, por supuesto. El hermano Edmund.

No me gustó el modo en que lo dijo.

—¿Por qué no habláis con él? —pregunté—. Enseguida veréis la clase de persona que es.

—Os aseguro que no tardaremos en hablar con él hermano Edmund. Es el último de nuestra lista.

—De hecho, ahora que lo mencionáis —murmuró la hermana Eleanor —, sí hay algo más que concierne a este tapiz. —Entrecerró con fuerza los ojos—. La joven, Dafne, se parece a alguien que he visto antes, aunque no logro recordar de quién se trata.

—¿Usáis modelos para las figuras de vuestros tapices? —preguntó Geoffrey.

Ella negó con la cabeza.

—La hermana Agatha también dijo que le resultaba familiar —recordé.

A Geoffrey se le iluminó la cara.

—Hermana Eleanor, id, por favor, a buscar a la tal hermana Agatha y traedla aquí.

Ella me miró sin saber qué hacer.

Geoffrey agitó la mano.

—La hermana Joanna no corre peligro alguno. Quizá tenga más preguntas que hacerle sobre el tapiz, de modo que debe quedarse. Por favor, apresuraos. Como bien decís, todos estamos muy ocupados.

Instantes después la hermana se había marchado y, por fin, él y yo nos quedamos a solas.

Me aclaré la garganta y dije:

—Me complace ver que estáis sano y bien. —Qué forzado sonó.

—Vos también, hermana Joanna —dijo Geoffrey con suma cautela. Hizo una pausa antes de proseguir—. La última vez que os vi no parecíais estar sana ni demasiado bien.

—Cierto. Pero todo se ha solucionado.

—¿Cómo lo conseguisteis? —preguntó.

—Me liberaron de toda sospecha y me enviaron de regreso a Dartford —respondí.

—Qué afortunada.

No supe qué otra cosa decir. Había conseguido esa oportunidad para hablar con Geoffrey y de pronto me había quedado muda.

—Ellos no saben que estuve retenido dos noches en la Torre —dijo Geoffrey en voz baja, rompiendo el silencio—. Sir William Kingston cotejó mi nombre en las listas de los agentes del buen orden de Rochester —los registros estaban en Londres— y eso, junto con mi declaración jurada, fue

suficiente. No he sido oficialmente arrestado. Por eso cuando quedé en libertad volví a casa y le dije al representante del orden que me había hospedado en una posada de Londres. Durante muchas semanas temí que alguien apareciera o que llegara una carta, pero jamás ocurrió.

—Entiendo.

Geoffrey se mordió el labio.

—Os agradecería que no desvelarais mi implicación en vuestro caso. Podría destrozarme.

—Pero a punto habéis estado de declarar que fui yo quien se marchó de Dartford sin permiso —comenté, todavía enojada.

—Tengo un deber que cumplir aquí —dijo Geoffrey—. Mi lealtad está con el juez Campion. Debo ayudarle con esta investigación. Le debo mucho.

—Ah, ¿sí?

Geoffrey parecía incómodo. Aun así, prosiguió.

—Me paga la mayor parte del sueldo de su cuenta privada. El puesto de ayudante del buen orden no está remunerado, no sé si sois consciente de ello. El representante de Rochester es un hombre de posibles, pero yo no. De no ser por el señor Campion, sin duda perdería el puesto.

Oímos voces de mujeres que hablaban fuera, en el pasillo. Creí que se trataba de la hermana Eleanor que volvía con la hermana Agatha, pero el parloteo remitió hasta desaparecer.

—Geoffrey, tengo algo que deciros —empecé.

Sus ojos se abrieron como platos al oír que le llamaba por su nombre.

—Lo que dije sobre vos en la Torre cuando os llevaron ante mí… no era cierto. —Por fin lo había dicho. Pero Geoffrey seguía pareciendo insatisfecho.

—Entonces, ¿por qué lo dijisteis? —preguntó.

—El duque de Norfolk… Vos no le conocéis como yo. No pude salir en vuestra defensa. Le habría puesto en alerta.

Geoffrey entrecerró los ojos.

—Pero sí salisteis en defensa del hermano Edmund. Para eso no hubo ningún impedimento.

—Son circunstancias completamente distintas —protesté.

—¿Qué es lo que hace el hermano Edmund en medio de un priorato? Es eso lo que pretendo averiguar —dijo Geoffrey—. Según tengo entendido, supuestamente las monjas deben vivir separadas de los frailes y de los monjes.

—No rezamos juntos, ni tampoco comemos ni trabajamos juntos —dije.

—¿Ni dormís juntos?

Rápida como un látigo se movió mi mano. El chasquido de una bofetada reverberó en la sala capitular. Miré mi mano enrojecida, horrorizada.

Geoffrey se llevó la mano a la mejilla.

—Supongo que lo tengo merecido. —Se rio—. Para ser una casa religiosa, no se os da nada mal repartir golpes.

Antes de que pudiera responderle, la hermana Eleanor entró en compañía de una nerviosa y acalorada hermana Agatha.

—No sé en qué puedo ser de alguna ayuda —protestó la encargada de novicias.

Geoffrey señaló al tapiz.

—¿Quién es esa joven?

La hermana Agatha pareció confundida.

—Dafne. La muchacha de la fábula. Su padre la convirtió en árbol para salvarla.

—¿Para salvarla de qué? —preguntó Geoffrey.

La hermana señaló a los tres cazadores.

—De ellos. Los hombres que intentaban darle caza. —Me miró y bajó la voz—. No hablamos de sus posibles motivos.

—¿Y modelasteis a la joven a partir de alguien real? —preguntó.

—Oh, no —respondió la hermana Agatha—. No trabajamos de ese modo.

—Pero tanto vos como la hermana Eleanor habéis reconocido que os resulta familiar —insistió Geoffrey.

La hermana Agatha miró a la hermosa joven rubia del tapiz, cuyas piernas se curvaban, convirtiéndose en tronco, y de cuyos brazos brotaban hojas.

—No me di cuenta cuando tejíamos el tapiz, pero ahora, meses más tarde, cuando la miro veo a… la hermana Beatrice.

—Sí —jadeó la hermana Eleanor—. Eso es.

Geoffrey dijo entonces con voz dura:

—¿Quién es la hermana Beatrice?

—Dejó el priorato en 1535 —respondió la hermana Agatha—. Cuando vinieron los inspectores del rey, nos juntaron a todas. Dijeron que las hermanas menores de veinticinco años debían ser liberadas. No había nadie de esa edad. Los inspectores preguntaron entonces si alguien deseaba marcharse y la hermana Beatrice se ofreció voluntaria. Era novicia y dijo que deseaba irse. No dio ninguna razón. En cuanto se…

—Basta —siseó la hermana Eleanor.

—¿Conocía la hermana Beatrice a lord Chester?

—Por supuesto que no —dijo la hermana Eleanor.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Geoffrey.

—No lo sé. Supongo que con su familia. Tenían una casa cerca de Canterbury.

La hermana Agatha dejó escapar un grito y señaló, no a la joven esta vez sino a la esquina del tapiz, donde la cabeza del viejo dios del río asomaba entre las plantas acuáticas.

—¿Sabéis a quién se parece? A la priora Elizabeth.

—¿A quién? —preguntó Geoffrey.

—A nuestra anterior priora, la que falleció el mes pasado —dijo la hermana Eleanor—. Aunque eso es ridículo. Era mi tía, y yo debería saber que… —Su voz se apagó. Miré la figura y de pronto me quedé perpleja al verlo: el pelo blanco, la nariz aguileña, los grandes ojos azules. Era innegable: el dios del río se parecía a la priora Elizabeth Croessner.

—¿Quién está a cargo de la elaboración de los tapices? —preguntó Geoffrey.

Todas nos miramos.

A regañadientes, la hermana Eleanor dijo:

—La hermana Helen. Ella planifica los diseños y es ella quien personalmente teje los rostros de las figuras. Iré a buscarla y la traeré, aunque…

Geoffrey la interrumpió.

—No. Me llevaréis a verla ahora mismo.

—No sería apropiado, señor Scovill.

—Nos han dicho que contaríamos con vuestra absoluta cooperación, hermana —dijo Geoffrey—. No quiero que ninguna de vosotras habléis con ella de esto antes de que yo lo haga. ¿Dónde está ahora?

—En la sala de tapices —respondió la hermana Eleanor.

—¿Y está lejos?

La hermana negó con la cabeza.

—En ese caso, vamos.

Ya era pasada la hora habitual en la sala de tapices. No trabajábamos allí después de que hubiera desaparecido la luz natural. La labor con el telar a la luz de las velas destroza los ojos. Además, la luz imposibilita conjuntar consistentemente los colores. Pero las campanas todavía no habían tocado a oración, a buen seguro porque esos hombres estaban en el priorato, haciendo sus preguntas y manteniendo ocupada a la priora. De ahí que la hermana Helen debiera de seguir todavía en la sala de tapices. A fin de cuentas, era el lugar en el que se sentía más segura.

En efecto, la hermana Helen estaba sola detrás del telar cuando entramos. Se levantó, visiblemente confundida y con las manos llenas de las exquisitas sedas y de los ovillos de lana que mandábamos traer desde Bruselas.

—Hermana Helen, debo haceros algunas preguntas sobre el tapiz que decoraba la sala capitular durante el banquete de difuntos —dijo Geoffrey.

Ella lanzó un gemido —un sonido espantoso y gutural— y retrocedió al rincón, soltando todos sus hilos.

La hermana Eleanor fue la primera en moverse.

—No os alarméis, hermana. Por favor. No hay de qué preocuparse.

La hermana Helen se inclinó hacia delante, llevándose las manos al pecho.

—Está enferma —gritó la hermana Agatha al tiempo que la hermana Helen se desplomaba.

—Id a buscar al hermano Edmund —ordenó la hermana Eleanor a la encargada de novicias.

Me arrodillé a su lado mientras la hermana Helen se retorcía de dolor. Jadeaba, con los ojos enloquecidos de miedo, mirándonos a la hermana

Eleanor y a mí. Tras lo que pareció una eternidad, aunque probablemente fuera tan solo un minuto, se calmó y sus ojos se cerraron. Puse su cabeza sobre mi regazo y le acaricié la frente mojada.

—Oh, hermana Helen —dije, entre lágrimas. No hubo respuesta.

El hermano Edmund entró corriendo a la sala. Le tomó el pulso de las muñecas y del cuello y le levantó los párpados. Desde la puerta Geoffrey le observaba, receloso.

—Hay que llevarla a la enfermería —dijo el fraile—. Debemos trasladarla.

—Os ayudaré —anunció Geoffrey. Los dos hombres se estudiaron con desconfianza, y el hermano Edmund asintió.

—Gracias, señor —dijo.

La trasladaron juntos, cada uno agarrando un extremo de la larga mesa en la que la habían tendido. El traslado de una monja agonizante por los pasillos del priorato fue una visión terrible. Las hermanas chillaban y se santiguaban a nuestro paso y muchas se congregaron en la enfermería para estar a su lado. Algunas dijeron que habían visto a la hermana Helen poco antes, visiblemente agitada y fuera de sí, moviéndose por el priorato. El hermano Edmund tuvo finalmente que pedirles silencio, pues tanta cháchara resultaba demasiado molesta. Desde su rincón, la hermana Winifred lo observaba todo, compungida.

Decidimos que algunas de nosotras ayudaríamos en el cuidado de la hermana Helen y de la hermana Winifred durante la noche. Mi turno sería dos horas después de la oración de medianoche. «Las más jóvenes son las más fuertes y las que mejor pueden aguantar con pocas horas de sueño», decidió la hermana Agatha.

Cuando esa noche entré andando pesadamente al refectorio a cenar, me sorprendió ver a la hermana Christina sentada a la mesa de las novicias.

—Se han llevado a mi madre a casa —aclaró.

—¿Cómo está? —pregunté.

La hermana Christina negó con la cabeza.

—Perdida. Mi padre ha impuesto sobre ella su voluntad durante treinta años.

—¿Y cómo estáis vos? —Le puse la mano en el hombro. Lo tenía rígido como una piedra.

—Acudo a Dios en busca de todas las respuestas —dijo con vehemencia —. Él es quien debe mostrarnos el camino.

Al término de la cena, la hermana Agatha se acercó furtivamente a nosotras.

—¿Es cierto que ha llegado un comité de Londres para hablar con vuestra madre y con el juez?

La hermana Christina asintió, reticente.

—Sí, han venido de la corte, del consejo del rey, en cuanto les han notificado la muerte de mi padre.

—¿Y han intentado hacerse con el control de la investigación? ¿Es cierto entonces que se ha producido un enfrentamiento?

—No he estado al corriente de ello, pues me he concentrado en la oración y en el lamentable estado de mi madre —replicó la hermana Christina. La hermana Agatha se escabulló.

Tras las últimas oraciones de la noche, la hermana Christina y yo subimos por las escaleras que conducían a los dormitorios. Decidí acostarme sin quitarme el hábito e intentar descansar un rato para así ser más útil al hermano Edmund.

Cuando me acosté sobre la manta, algo se me clavó en el vientre. Retiré la manta. Encontré debajo un pliego de papel doblado y sellado.

Rompí el sello mientras la hermana Christina estaba ocupada en el lado opuesto, preparándose para dormir. Había una frase garabateada en la parte superior del pliego: «Buscad en los tapices de los Howard». No estaba firmado.

Volví a doblar el pergamino y lo escondí debajo de la almohada con el pulso acelerado. ¿Debía entregárselo al juez Campion? Al principio, ese me pareció el mejor plan, pero enseguida decidí que no lo haría. Si la persona que lo había escrito hubiera querido que la información llegara directamente a los investigadores, ¿por qué iba a dármelo a mí? No, lo habían dejado en mi cama. Tenía que haber una buena razón para ello.

El instinto me dijo que había sido la hermana Helen. El mensaje se refería a un tapiz. La hermana había intentado hablar conmigo durante el

día, pero nos habían interrumpido. Las demás hermanas la habían visto moverse, visiblemente agitada, por el priorato. Debía de haberse hecho con pluma y pergamino y haber escrito ese mensaje para dejarlo después en mi cama.

No me gustó. No me gustó ver el apellido Howard ni que me dijeran que buscara un viejo tapiz, presumiblemente tejido en Dartford y vendido después a esa familia. ¿Cómo iba a poder llevarse a cabo semejante investigación? Y si dábamos con él, ¿qué podía decirme?

Mientras seguía dándole vueltas al asunto, la hermana Rachel me sacudió por el hombro.

—Despertad, es vuestro turno de ir a la enfermería —dijo. No le conté que no había dormido un solo minuto. La seguí abajo con el pliego de papel oculto en la manga.

—No es necesario —anunció el hermano Edmund cuando llegué—. Ambas están tranquilas, de modo que no necesito ayuda. Deberíais descansar.

Insistí tanto en que debía quedarme que el hermano Edmund por fin transigió. Estaba tan agotada mentalmente que necesitaba que el fraile, ese hombre culto y perceptivo y que a menudo comprendía la naturaleza humana mejor que yo, me diera respuestas.

En cuanto la hermana Rachel se retiró a acostarse, saqué el pliego de papel.

—¿Quién ha escrito esto? —preguntó el hermano Edmund.

—No lo sé, pero creo que ha sido la hermana Helen. —Ambos miramos su rostro laxo. No podía decirnos nada.

Esperé que el hermano Edmund hiciera algún comentario, que me explicara el contenido del mensaje. Su rostro parecía inusitadamente inmóvil a la luz de las velas.

—¿Qué creéis que significa? —pregunté por fin.

—No lo sé —dijo—. Pero creo que quizá es posible que la hermana Helen observara muchas cosas aquí y que nadie se diera cuenta de ello.

«¿Como la existencia de una corona oculta?», pensé al tiempo que se me hizo un nudo en la garganta. Lord Chester se había jactado de conocer un secreto y había sido asesinado. La hermana Helen también poseía cierto

conocimiento de algo que había ocurrido en el priorato y quizá lo había transmitido empleando el dibujo elegido para un tapiz, algo relacionado con una novicia llamada hermana Beatrice y con nuestra propia y difunta priora Elizabeth. Pero en ese momento, la hermana Helen estaba inconsciente.

No le dije nada más al hermano Edmund. No podía hacerle más confidencias de las que ya le había hecho hasta el momento. A decir verdad, quizá había cometido un error habiendo hablado tanto.

Trabajamos en silencio. El fraile se movía entre las dos enfermas, cuidando de ambas mientras yo preparaba la ropa de cama y molía hierbas para las cataplasmas. El hermano estaba sentado en una silla al lado de la hermana Winifred, con el codo apoyado en la cama. Pasados unos instantes, relajó los hombros y muy despacio fue dejándose caer sobre la cama hasta apoyar la cabeza junto al delgado hombro de su hermana. Se había quedado profundamente dormido.

Prendí una pequeña vela y corrí por el pasillo. Tenía que hacer cuanto pudiera antes de que el hermano se despertara.

Con todo lo que estaba ocurriendo en el priorato, recé para que se hubieran olvidado de cerrar con llave la puerta de la biblioteca. Por una vez, mis oraciones fueron escuchadas. Abrí la puerta de un empujón y fui directamente a la sección que en su momento había albergado el libro que podía revelármelo todo.

Allí estaba. *De Caractacus a Athelstan* estaba en el estante y sobresalía medio centímetro de entre sus vecinos, como si alguien lo hubiera vuelto a dejar allí a toda prisa.

Fui rauda al último capítulo, y retomé la lectura en el punto exacto donde dos semanas antes la había interrumpido:

Athelstan sometió bajo su mandato a otros reyes y caballeros menores y construyó un gran reino. Estableció nuevas leyes en Inglaterra. Veneraba a su familia, a sus hermanastros y hermanastras. Sus hermanas eran las princesas más hermosas de toda la cristiandad. Hugo el Grande, duque de los francos y conde de París, pidió la mano de Eadhilda, la más rubia de las hermanas. El duque Hugo era un Capeto, y su hijo se convertiría en rey de

Francia y padre de la estirpe de los reyes franceses que han prevalecido en ininterrumpido linaje durante siglos.

A fin de sellar una alianza con Athelstan y convertirse así en el marido de Eadhilda, Hugo Capeto hizo hermosos regalos a Athelstan. Tenía en su poder las reliquias de Carlomagno, pues era descendiente directo del gran monarca cristiano. Regaló a Athelstan una espada, una lanza, cálices y una corona sagrada.

Había quienes se negaban a pagar tributo a Athelstan e inclinarse ante su feroz voluntad. Decían que preferían morir a convertirse en súbditos de Inglaterra. Esos reyes firmaron una alianza para destruir a Athelstan. El rey vikingo, Olaf Guthfrithsson, el rey Constantino de Escocia y el rey Owain el Aguerrido de Gales, reunieron sus ejércitos en 937 para ir al encuentro de Athelstan. La mañana de la batalla de Brunanburh, Athelstan se puso la corona que le había regalado Hugo Capeto y condujo a su ejército con sus escudos al campo. Athelstan era visiblemente inferior en número a sus adversarios, pero no tenía miedo.

Fue una gran batalla, lamentable y horrible. Athelstan condujo a sus hombres en la lucha como ningún rey lo había hecho antes. Era una fuerza magnífica, imparable por ningún ejército enemigo, o por ninguna alianza o ejércitos y que no dio una sola muestra de compasión. Al final de la batalla, salió victorioso. Se dice que los ríos de sangre nunca volvieron a empapar el terreno del modo en que lo hicieron en Brunanburh. Los cadáveres eran tan numerosos que el cuervo negro, el águila, el halcón y el lobo comieron durante varios días seguidos.

De ahí que Athelstan se convirtiera en el primer hombre en gobernar un único reino de Inglaterra, Gales y Escocia. A partir de entonces en esos territorios reinaría un único rey.

La corona. Tenía que tratarse de la misma. La corona procedía de Francia y era un regalo de un rey que había engendrado una estirpe de reyes. La había ostentado un joven rey inglés en el curso de una batalla en la que debería haber conocido la derrota y de la que había salido victorioso, una batalla que había unido nuestra isla como nunca antes, y todo ello gracias al implacable e irrefrenable Athelstan. Y después, por motivos que

yo no alcanzaba a imaginar, la corona del rey había viajado a Francia para ser enterrada en Limoges, junto a Aquitania.

Cogí la vela, que apenas ardía ya. El alba estaba por despuntar y yo tenía que estar en la enfermería cuando las campanas tocaran para convocarnos a las primeras oraciones del día.

Fuera, en el pasillo, hacía frío y reinaba una oscuridad absoluta. La mañana no estaba tan próxima como había creído. Todavía estábamos en la parte más profunda de la noche.

Cuando apenas había avanzado unos metros, la estela de una brisa fría y húmeda removió el aire. Yo no había esperado sentir algo semejante dentro del priorato. El jardín del claustro estaba demasiado alejado como para provocar esa suerte de viento. No había ventanas en los pasillos.

Me detuve y esperé. El aire había vuelto a espesarse y no se movía, y sin embargo había algo más en el pasillo. Levanté la vela y me volví a un lado y a otro. Ni rastro de persona alguna: la vela habría revelado la figura de un hombre o una mujer. Era una sensación de alerta. Sola en el pasillo de Dartford, me sentí vigilada.

Todos aquellos que habían estado en posesión de algún conocimiento de los secretos de Dartford habían sido eliminados. Minutos antes, había leído lo suficiente como para relacionar el papel del rey Athelstan y su posesión de una corona con poderes. El rey había vencido en una batalla que todos esperaban que perdiera. ¿Había sido acaso por obra de la corona?

Oí algo. No fueron palabras, ni tampoco una pisada en el suelo de piedra. El sonido se parecía más a un jadeo, pero no era aire de un cuerpo caliente y mortal. Tuve la sensación de estar en presencia de un juez severo e implacable.

La extraña y cambiante brisa volvió a deslizarse entre el aire del pasillo. Era el propio priorato. De pronto estaba despertando a la vida a mi alrededor. La corona de Athelstan se movía en el interior de las piedras y de la argamasa, ondeando hacia mí.

En ese preciso instante se me apagó la vela, como si la hubiera extinguido un aliento que no era el mío.

Eché a correr por el pasillo como alma que lleva el diablo. Al doblar la esquina, agitando los brazos presa de un pánico ciego y terrible, me di de

bruces con algo que parecía una persona.

Grité, pero fueron solo unos segundos. Una mano grande y fuerte me tapó la boca, silenciándome.

OceanofPDF.com

31

Solo fui capaz de articular una frase entera después de que el hermano Edmund me envolviera en mantas y me diera de beber cerveza.

Después de haberme encontrado en el pasillo, me había cogido en brazos mientras yo no dejaba de dar patadas y de sollozar, y me había llevado a la enfermería. Había esperado allí mientras él registraba el oscuro pasillo, armado con una larga vara que había cogido de la enfermería.

—No he encontrado a nadie, hermana Joanna —dijo—. Y ahora contadme exactamente lo que habéis visto.

Negué con la cabeza.

—No he visto a una persona —dije—. He oído algo que sonaba como una… respiración.

—¿De dónde procedía?

No supe qué responder. Ahora que por fin estaba en la enfermería bajo los cuidados del hermano Edmund, lo que realmente temía era que me tuviera por loca.

—¿Hermana Joanna?

No me atreví a mirarle a la cara.

—Era como si las paredes respiraran. Como si el priorato estuviera… vivo.

No se rio ni mostró alarma alguna.

—¿Cuánto hace que no dormís? —preguntó.

—Los servidores de Dios no necesitamos dormir —murmuré.

—Para servir mejor a Dios necesitamos dormir, comer y beber —aseveró con firmeza—. Sé de casos de hombres fuertes que han imaginado cosas aterradoras cuando se encuentran severamente debilitados. Ahora quiero que os acostéis en el camastro junto al de la hermana Winifred.

—No, aquí no —dije, alarmada.

—Debéis hacerlo. No puedo entrar a los dormitorios, de modo que no puedo acompañaros, pero no quiero que volváis a andar sola por el priorato.

—Me condujo hasta uno de los camastros—. Quizá no durmáis más de una hora, pero la necesitáis. Os despertaré para laudes.

El hermano Edmund estaba en lo cierto. Estaba exhausta. Me quedé dormida en menos de un minuto después de haberme tumbado en el camastro. Lo último que pobló mi mente fue una pregunta: «¿Por qué el hermano Edmund no me había preguntado la razón por la que había salido de la enfermería?». Pero enseguida me venció el sueño y no pude seguir pensando.

Fiel a su palabra, el fraile me despertó para que asistiera a laudes. Yo no había oído las campanas. Cumplí con el ritual de nuestra rutina matinal, torpe a causa del cansancio y de la confusión. A media mañana, miré por la ventana de la cocina y me sorprendió ver a Geoffrey Scovill caminando a lo largo del granero con el juez Campion andando atropelladamente tras él, señalando cosas con el bastón.

La hermana Agatha apareció a mi lado.

—Llevan horas aquí —susurró—. El médico se ha reunido con lady Chester. Está volviendo a interrogar a la priora. Dicen que después interrogarán a todos los criados y les tomarán declaración.

A pesar de que odiaba creer que alguno de nuestros criados fuera un asesino, me alivió ver que sus sospechas se apartaban del hermano Edmund o del hermano Richard. Al final del día siguiente les interrogarían.

—¿Se parece la joven del tapiz a la hermana Beatrice? —pregunté.

La hermana Agatha asintió.

—Oh, sí.

—¿Por qué se marchó la hermana del priorato?

Miró en derredor para asegurarse de que nadie nos oía y me contó la historia de la hermana Beatrice. La que fuera en su día novicia era la hija menor de una familia muy numerosa, de padre mercante. Unos meses después de la muerte de su padre, su madre la había enviado a Dartford.

—Nunca dijo nada bueno de su madre —susurró la hermana Agatha—. Discutían constantemente. Me dijo que su madre era una mujer despiadada. La priora Elizabeth intentó ser paciente con ella. Decía que la hermana Beatrice era una mujer con genio, y que no había que pretender sofocarlo, sino moldearlo. Era una joven hermosa…, le encantaba la música.

Sonreí.

—Por lo que decís, parece que era alguien a quien me habría gustado conocer.

—Pero cuando vinieron los comisarios del rey, fue una dolorosa vergüenza que diera un paso adelante y dijera que quería dejarnos. Nos quedamos muy sorprendidas. Aunque no había sido la más fácil de las novicias, nadie esperaba algo así.

—¿Y qué ocurrió? ¿Se marchó así, sin más? ¿Qué debió de decir su madre al enterarse?

La hermana Agatha se quedó pensativa durante un instante.

—No lo sé —dijo por fin—. Al día siguiente se había marchado. Nunca volvimos a saber de ella. —Estiró el cuello para mirar por la ventana—. Hasta ahora.

Terminé con mis obligaciones en la cocina. Canté los oficios y almorcé con las demás. Intenté seguir con mis quehaceres con normalidad, pero durante todo el día sentí que un miedo enfermizo crecía en mi interior. El temor no hizo sino aumentar cuando fui a la enfermería y me dijeron que el hermano Edmund estaba en el despacho de la priora y que volvían a interrogarle. La hermana Winifred había salido de la cama, pero se retorcía las manos, desconsolada.

Tomé las frías manos de la hermana Winifred en las mías.

—No hay de qué preocuparse, hermana. No os aflijáis, os lo ruego.

—Sí, no os aflijáis —dijo una voz a nuestra espalda.

—Oh, cuánto os he echado de menos —sollozó la hermana Winifred, arrojándose en brazos del hermano Edmund. Él le acarició la espalda y los hombros y después me sonrió. La calma refulgía en sus grandes ojos marrones.

Sentí que me embargaban oleadas de alivio.

Tras calmar a la hermana Winifred, el hermano se volvió hacia mí y dijo:

—Hermana Joanna, me gustaría enseñaros algo.

Le seguí hasta el armario de su pequeña botica. El hermano Edmund cogió un puñado de hojas oscuras de una caja que estaba en la pared y las

espolvoreó en el cuenco. Se inclinó acto seguido sobre el fuego y me enseñó lo cerca que el cuenco tenía que estar de las llamas.

—Es importante que las hojas no se incineren —apuntó.

Me acerqué a él, tanto que el calor del fuego provocó un hormigueo en mis dedos.

—¿Por qué me enseñáis esto ahora? —susurré—. La hermana no está sufriendo un ataque.

—Hermana Joanna, necesito que prestéis atención y que recordéis.

—Pero ¿por qué? —repetí—. Sois vos quien administra el remedio. ¿Por qué iba yo a necesitarlo?

Sonaron las campanas de la iglesia y me vi obligada a salir de la enfermería sin obtener respuesta. El final de la jornada llegó sin más novedades, y al día siguiente no vimos ni rastro del trío de Rochester. Al parecer los frailes habían quedado libres de sospecha, junto con el resto de los que allí vivíamos. Quizá habían encontrado al hombre que había matado a lord Chester y todavía no nos habían informado de ello.

Justo después del almuerzo regresé a la enfermería para ayudar al hermano Edmund con sus pacientes. La hermana Rachel estaba atendiendo a la hermana Helen, que seguía inconsciente. Recé un rosario con la hermana Winifred mientras el hermano Edmund le preparaba una cataplasma.

Hubo un grito a nuestra espalda.

—¡Hermano Edmund, deprisa! —gritó la hermana Rachel.

Los ojos de la hermana Helen seguían cerrados, pero jadeaba, intentando tragar aire. Un espantoso y húmedo repiqueteo resonaba en su garganta. Parecía incapaz de tomar aire. Se le contrajeron los dedos, como en un intento por conseguirlo. El hermano Edmund le abrió la boca y le aplastó la lengua. Después le frotó los brazos.

En cuestión de minutos una docena de hermanas habían entrado a la enfermería, congregándose a su alrededor. Formamos una cadena, cogidas de las manos mientras orábamos. La priora se unió al grupo, con su voz clara sobresaliendo sobre las de las demás. Pude sentir el amor que todas le profesábamos a la hermana Helen palpitando en el aire. Parecía que juntas,

invocando con semejante convicción, podríamos salvar a la hermana Helen. Un corazón y un alma buscando a Dios.

Pero ese día la voluntad de Dios fue otra.

El hermano Edmund dio un paso atrás.

—No hay nada que hacer —le dijo a la priora Joan.

No pude contener el llanto y lo mismo les ocurrió a algunas de las demás. La priora gritó entonces:

—Hermanas, escuchadme. Escuchadme bien. Recordad lo que dijo santo Domingo en su lecho de muerte: «No lloréis, pues os seré de más utilidad en el cielo». La hermana Helen estará en el cielo y cumplirá con la obra de Dios tan hermosamente como lo ha hecho aquí. Encontrará la paz verdadera. —La priora cerró los ojos y sus labios se movieron en una silenciosa e íntima plegaria.

Sus palabras me reconfortaron. La hermana Helen había sido una presencia extraordinaria en Dartford. Todas la habíamos querido y la habíamos protegido. Pero nadie podía decir que, tras la espantosa ejecución de su hermano, ella había vivido en paz.

Oí un extraño siseo a mi lado. Era la hermana Rachel.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —dijo, furiosa.

Me volví, perpleja al ver a quién se refería.

Al otro lado de la hermana Rachel, Geoffrey Scovill estaba de pie en la puerta de la enfermería. Gregory, el portero, aguardaba detrás, visiblemente afligido.

Hubo otros sonidos de estupor cuando las hermanas se dieron cuenta de su presencia. La priora Joan abrió los ojos.

—Señor Scovill, no podéis entrar en la parte de clausura del priorato sin mi expreso consentimiento —dijo—. Y venir aquí, a esta hora…, no es de recibo.

La hermana Rachel no pudo reprimirse. Señaló con el dedo a Geoffrey.

—Vos sois el causante de la muerte de la hermana Helen. Vos sois quien la ha asustado de muerte.

Unas cuantas hermanas se hicieron eco de su acusación.

—¡Él le ha hecho esto! —concedió alguien.

—No —protesté—. Eso no es cierto.

Geoffrey me lanzó una fugaz mirada y se adentró un paso en la enfermería. Llevaba algo en la mano.

—Lamento molestaros y lamento profundamente la muerte de la hermana Helen —dijo con tono sombrío—. Pero, priora, me trae hasta aquí un asunto legal urgente.

Mostró el papel que llevaba en la mano.

—Estoy aquí para llevar al hermano Edmund Sommerville a la vista convocada por el experto médico en la villa de Dartford. Se han reclutado doce hombres para que oigan las alegaciones en el asesinato de lord Chester. Se ha preparado una acusación para el hermano Edmund y el jurado decidirá si ratificarla o no.

—¡No! ¡No! —gritaron las hermanas del priorato, que ya entonces habían formado un círculo protector alrededor del fraile.

Pero el hermano Edmund no estaba dispuesto a permitirlo. Se abrió paso con amabilidad entre las hermanas hacia Geoffrey con la cabeza alta.

—Soy inocente de este crimen, pero estoy dispuesto a acatar la ley —dijo.

Geoffrey se metió la mano en el bolsillo y sacó algo. Cuál fue mi horror cuando le vi atar las muñecas del hermano Edmund.

—¿Qué ocurre? —gritó la hermana Winifred, presa del pánico—. ¿Qué es lo que ha dicho este hombre? ¿Edmund? ¿Adónde le lleváis?

El hermano Edmund dedicó una mirada triste a su hermana y se volvió luego hacia el resto de nosotras y dijo:

—Adiós.

Segundos más tarde, se había ido.

La hermana Agatha se acercó a la hermana Winifred e intentó calmarla. Era incapaz de moverme ni de hablar. Era como si mi mente se negara a aceptar lo que había ocurrido.

Instantes más tarde, Gregory, el portero, regresó. También él con un pliego de papel en la mano. Este llevaba estampado un inmenso sello rojo.

—Acaba de llegar de Londres —dijo, antes de dársela a la priora Joan.

La priora rompió el sello con el ceño fruncido. Vi que se trataba de una carta breve. La leyó mientras nosotras la mirábamos. El único sonido que

llenaba la enfermería era la hermana Winifred, que seguía llorando en un rincón, en brazos de la hermana Agatha.

La priora palideció por completo.

—¿Qué dice? —preguntó la hermana Rachel.

La priora la miró antes de mirarnos a las demás.

—La carta es de Thomas Cromwell, lord custodio del Sello Real y vicerregente —dijo—. Debido al asesinato de lord Chester, el priorato de Dartford es el escándalo del reino y debe ser reevaluado. Los comisarios superiores del rey, Layton y Legh, han modificado su calendario de visitas para venir ahora, en vez de hacerlo en primavera. Llegarán a Dartford en un plazo de tres semanas.

OceanofPDF.com

Tercera parte

OceanofPDF.com

32

La sanguijuela era distinta de las demás. La criatura de color marrón oscuro que el barbero había elegido para el rostro de la hermana Winifred era más delgada y vivaz que las tres que ya le había aplicado a los antebrazos. Se retorcía en el aire cuando el barbero la sacó de su frasco con agua y tan solo se calmó cuando se la aplicó a la mejilla izquierda, junto a la oreja.

La sanguijuela mordió. Yo siempre sabía cuándo mordían las sanguijuelas porque los ojos de la hermana Winifred se abrían como platos y entreabría los labios. A mí me habían sangrado en tres ocasiones cuando era niña y me acordé de aquella dolorosa punzada, seguida de un entumecimiento cada vez más extendido.

Me incliné hacia delante para cruzar una mirada con la hermana Winifred. Recé para que la sanguijuela le extrajera los humores enfermos de la sangre. Pero mientras la observaba, sus ojos se velaron. Allí estaba de nuevo el adormecimiento.

Dos semanas antes, el jurado de la vista celebrada en Dartford había tardado una hora en decidir que era el hermano Edmund quien debía ser juzgado por el asesinato de lord Chester. Hancock, el juez Campion y Geoffrey Scovill se lo llevaron directamente de regreso a Rochester en cuanto dio comienzo la temporada invernal de los Juicios de Assize. Oí que un desconsolado hermano Richard le contaba a la priora que jamás había oído que el acusado de un juicio por asesinato consiguiera recuperar su libertad. Todos los acusados de asesinato eran siempre declarados culpables… y morían ahorcados o en la hoguera.

Yo estaba sentada junto al lecho de la hermana Winifred cuando ella conoció la decisión del jurado convocado por el experto médico. Comprendió y dio las gracias a la priora. Pero fue entonces cuando la melancolía realmente la consumió. Pasó de hablar muy poco a no pronunciar palabra. Nos recordaba a todas a la hermana Helen. No obstante, nuestra encargada de la elaboración de tapices había formado siempre parte

activa del ajetreo del priorato. La hermana Winifred, al contrario, se negaba a salir de la cama y no quería comer. A pesar de todos nuestros esfuerzos, se había ido consumiendo alarmantemente desde que Geoffrey Scovill se había llevado al hermano Edmund. Cada vez tenía las mejillas más hundidas y las costillas parecían sobresalir, dibujando un arco, de su cuerpo. Muy pronto no quedaría nada de ella.

El sufrimiento de la hermana Winifred era tan solo la expresión más extrema del sentimiento que todas compartíamos. El temor a la llegada de los comisarios de Cromwell impregnaba el aire del priorato, mezclado con el pesar por la muerte de la hermana Helen y la repulsión provocada por el horror del asesinato de lord Chester. El ambiente era tan insoportable que dos de nuestros criados se marcharon de Dartford, aun a pesar de que el trabajo escaseaba. Los padres de las jóvenes que tomaban sus lecciones en el priorato les impidieron seguir asistiendo a sus clases, y eso resultó especialmente doloroso para mí. La nuestra era la única escuela femenina en el noroeste de Kent.

Cuando la sanguijuela se hubo llenado de sangre tembló, y el barbero la devolvió a su segundo frasco, para que nadara allí junto con las otras que se habían alimentado de la hermana. El barbero examinó a la hermana Winifred.

—No veo que haya habido ninguna mejoría de ánimo —anunció—. ¿Lo intento con otra, priora? Podría aplicarle tres sanguijuelas más por la cantidad acordada.

—No, ya es suficiente —respondió la priora Joan—. Quizá veamos alguna mejora más tarde durante el día, o quizá mañana, ¿verdad?

—Es posible —dijo el barbero en un tono que claramente sugería lo contrario.

Cuando el barbero se marchó, la hermana Rachel habló. Había retomado sus obligaciones en la enfermería, contando con mi ayuda siempre que era posible.

—Priora, sus honorarios son muy elevados, pero hay un médico en Londres que trata a los dementes. Agujerea el cráneo y provoca con ello sorprendentes mejorías. Podríamos mandar a buscarle.

—La hermana Winifred no ha perdido el juicio —repliqué, cortante.

La hermana Rachel frunció el ceño ante mi insolencia. Yo sabía que lo que más me convenía era guardar silencio, pero sencillamente fui incapaz.

—Si el hermano Edmund regresara, eso nos la devolvería y no sería preciso agujerearle la cabeza —dije.

—Es demasiado pronto para tomar esa decisión, hermana Rachel —intervino la priora—, pero la tendré en cuenta, gracias. Por ahora, seguiremos cuidando de ella. Creo que mantendremos la oración y los tiernos cuidados.

La hermana Rachel asintió.

La priora se volvió hacia mí.

—Traed un cuenco con caldo. Hacedle comer tanto caldo como podáis.

—Sí, priora —dije, alejándome a toda prisa hacia la puerta.

—¿Hermana Joanna?

Hubo algo en el tono de voz de la priora que me dejó helada.

—¿Sí?

—Nos reuniremos en la sala capitular dentro de una hora para comentar las diversas infracciones cometidas por nuestros miembros en el curso de los pasados meses. Ha pasado demasiado tiempo desde el último correctivo.

—Sí, priora.

Mientras esperaba en la cocina a que la cocinera calentara el caldo, sentía el fastidio ante la perspectiva de enfrentarme a un episodio de medidas disciplinarias, y no porque a todas luces fuera a ser yo el blanco de la mayoría de ellas. Habíamos visto la muerte dentro de esos muros, provocada tanto por causas naturales como no naturales, y uno de nosotros estaba en prisión… equivocadamente. Nos enfrentábamos a una inminente disolución. ¿Qué podía aportar una ronda de castigos?

Aun así, no servía de nada inquietarme. Fuera cual fuera la voluntad de la priora, naturalmente cumpliríamos con su voluntad.

Eché una mirada al perol que colgaba sobre el fuego. El caldo todavía no había empezado a hervir. Presa de la inquietud, deambulé por la cocina hasta que mis ojos repararon en una visión conmovedora: la muñeca de trapo de Martha Westerly, delicadamente apoyada junto a una caja de hierbas en un estante.

—¿Por qué iba Martha a olvidarse la muñeca? —me pregunté en voz alta. La cocinera, ocupada como estaba cortando verduras, se detuvo en su labor. Nos miramos, ambas presas de la tristeza al acordarnos de los pequeños Westerly.

—¿O es que os la dio a vos? —pregunté, curiosa.

—John encontró la muñeca y me la trajo —dijo la cocinera, volviendo a sus verduras.

—¿John? ¿El mozo de cuadras?

Asintió.

Me acerqué a la cocinera y le toqué con suavidad la mano para que dejara de cortar.

—¿Cuándo encontró John la muñeca? —pregunté.

Lo pensó durante un instante.

—Hermana, me la dio el día que llegaron los hombres de Rochester. —Bajó la voz—. El mozo tuvo que montar guardia esa mañana delante de la habitación en la que yacía el cuerpo de lord Chester.

Me quedé horrorizada. Los pequeños Westerly nada tenían que ver con el asesinato de lord Chester. Relacionar ambas cosas, aunque solo fuera a partir del hallazgo de la muñeca, me turbó. Me habían dicho que, el día después de que se llevaran al hermano Edmund, el padre de los Westerly había aparecido en el priorato para reclamar el cuerpo de su esposa y se había mostrado enojado al enterarse de que su esposa había sido ya enterrada en el cementerio del priorato. Habían enviado un aviso a su casa la misma noche de su muerte, pero como nadie había respondido las hermanas habían tomado la iniciativa. Para un criado era un honor que le enterraran allí, pero el señor Westerly no lo vio así. Se marchó profiriendo maldiciones y se negó a responder a cualquier pregunta sobre la seguridad de sus hijos, más allá de que eso no le concernía a nadie más que a él.

El caldo burbujeó y restalló a mi espalda sobre el fuego. La cocinera vertió un poco en un cuenco y lo llevé en una bandeja a la enfermería.

Había algo en la muñeca que no dejaba de molestarme. Al principio, no supe reconocer de qué se trataba. Me senté junto a la apática hermana Winifred, preparándome para darle de comer, cuando de pronto lo entendí.

—¿Y si hubieran visto algo? —pregunté en voz alta.

La hermana Rachel, que en ese momento medía algunas pociones curativas, dio un respingo. Un líquido púrpura se derramó sobre su mesa.

—Hermana Joanna, ¿veis lo que habéis hecho? —me regañó—. ¿De qué estáis hablando? ¿Quién vio qué?

—¿Podéis dar de comer a la hermana Winifred? —Me levanté torpemente—. Lo siento, pero es muy importante.

Sin tan siquiera esperar una respuesta, volví a toda prisa a la cocina y convencí a la cocinera para que me dejara la muñeca.

Era un grisáceo día de noviembre, y corrí a los establos sin mi capa. Pero no me importó. Por primera vez desde hacía semanas la determinación cantaba en mis venas. Me había sentido derrotada y agotada desde que se habían llevado al hermano Edmund y sobre todo estaba preocupada por el empeoramiento de la hermana Winifred. No había vuelto a saber nada sobre la corona de Athelstan y desde aquella aterradora noche en que había sentido respirar el priorato a mi alrededor, no había vuelto a percibir sus poderes místicos. La mayor parte del tiempo me desesperaba, pues tenía la sensación de que jamás daría con la corona y no dejaba de darle vueltas a la identidad del asesino de lord Chester. Jamás liberarían a mi padre de la Torre.

Pero de pronto, la mera posibilidad de descubrir algo que ayudara al priorato hizo que mis pies volaran sobre el frío y húmedo suelo.

Encontré a John sacando paja sucia de una cuadra situada al fondo del granero. Mi pregunta despertó a todas luces sus recelos.

—¿Por qué queréis saber cómo la encontré? —preguntó—. ¿Qué puede importarle a nadie la muñeca?

—Por favor, piensa —le imploré.

Evitando mi mirada, masculló:

—No lo sé. Ya hace un tiempo de eso.

—Escucha, John. Sé que puede parecer trivial, pero no lo es. La muñeca es importante.

—¿Para quién podría serlo? —preguntó.

—Para todos los que vivimos aquí, en Dartford, pero sobre todo para el hermano Edmund.

John apoyó en el suelo la horqueta.

—El hermano Edmund me curó el brazo… e impidió que el portero me despidiera —dijo—. Por la Virgen, haría lo que fuera por él.

—Entonces, dime exactamente cuándo encontraste la muñeca… y dónde.

—De acuerdo, hermana. Como sabéis, esa mañana el portero nos ordenó a Harry, el mozo de labranza, y a mí que montáramos guardia delante de la habitación de huéspedes para impedir que alguien pudiera ver el cadáver. Pasado un rato, miré hacia el fondo del pasillo y vi que había algo pequeño y blanco en el suelo. Era la muñeca. Parecía que se le hubiera caído a alguien. Llegaron las criadas y les pregunté por la muñeca. Todas se enojaron. Dijeron que la muñeca no estaba allí el día antes. Juraron que habían barrido y limpiado a conciencia y que no la habrían pasado por alto de ninguna de las maneras, de modo que me la guardé en el jubón y más tarde se la di a la cocinera.

—¿No te extrañó? —pregunté.

—¿A qué os referís, hermana?

—A que la muñeca no estuviera allí el día anterior, pero apareció esa mañana.

John levantó las manos.

—Creí simplemente que se les había pasado por alto a las criadas. No quería que nadie se metiera en problemas, sobre todo porque los hombres de Rochester llegaron justo después. Todos les tenían miedo.

Inspiré hondo.

—No creo que las criadas la pasaran por alto, John.

Pareció sinceramente confundido.

—¿Qué estáis diciendo, señora?

—¿Sabes en qué parte de la ciudad está la casa de los Westerly?

—Sí. He vivido en Dartford toda mi vida.

—Y su padre, ¿le conocéis?

Hizo una mueca.

—Stephen Westerly no es un hombre fácil. No he tratado mucho con él, pero sí, le conozco.

Le di unas palmaditas en el brazo, entusiasmada.

—Prepara dos caballos, John. Ahora debo volver al priorato, pero regresaré cuanto antes.

OceanofPDF.com

33

Cuando crucé a toda prisa la entrada de la sala capitular, todas las hermanas estaban ya allí, ocupando su lugar, sentadas en los bancos de piedra con la cabeza gacha. La hermana Rachel concluía su lectura del *Martirologio*, de pie delante del atril.

La priora y la hermana Eleanor, su fiel *circator*, que estaban de pie junto al atril, se volvieron y clavaron en mí la mirada.

—Perdonadme, priora —dije, jadeante—, pero ha ocurrido algo. Creo que es muy posible que…

—Ocupad vuestro sitio junto a la hermana Christina —me interrumpió la priora.

—Pero debo deciros…

—¡Silencio, novicia! —Su voz atronadora reverberó contra los muros de piedra.

Me senté junto a la hermana Christina. Ella vio la muñeca de trapo que seguía en mi mano y negó con la cabeza con incredulidad, como si me hubiera vuelto loca, igual que la hermana Winifred.

La priora señaló con un gesto a la hermana Eleanor.

—Podéis empezar —dijo.

Y así dio comienzo la lista de infracciones del canon. A una hermana la habían visto sonriendo durante maitines, claramente distraída cuando tendría que haber estado cantando en el oficio; otra se había dormido y no había asistido a las oraciones de medianoche y una tercera había eludido sus obligaciones con la limpieza para pasar más tiempo dedicada al estudio. La priora proclamó las penitencias correspondientes, que fueron aceptadas con humildad por las infractoras.

Todo aquello me parecía irreal. Yo sabía que nuestro priorato estaba construido sobre reglas creadas hacía muchos años por hombres y mujeres espirituales y mucho más sabios y sabias que yo. Y sabía también que las casas religiosas dependían del estricto cumplimiento de esas reglas. Pero

vivíamos en una época en que su acatamiento no iba a salvarnos de la destrucción. ¿Acaso nadie más que yo se daba cuenta de ello?

La hermana Eleanor se aclaró la garganta en una inequívoca señal.

—Y ahora debo ocuparme del caso de la hermana Joanna —dijo.

Fui hasta donde estaba la priora y me arrodillé delante de ella en el suelo de piedra. Nadie más había hecho eso durante la corrección de infracciones. Oí una oleada de incomodidad a mi alrededor.

—Os suplico que me permitáis hablar, priora —dije—. Después oiré lo que la hermana Eleanor tenga que decir y aceptaré gustosa el castigo correspondiente a cada una de las veces que he incumplido las reglas de la orden.

—Muy bien —dijo la priora a regañadientes.

De pronto, no estuve segura de cómo empezar.

—Amo este priorato —solté por fin.

La priora y la hermana Eleanor se miraron, perplejas.

—Sé que he cometido aquí pecados, grandes y pequeños, y que no merezco vuestro perdón —proseguí—. No merezco el perdón de Dios. Pero este lugar, este priorato, es un santuario de luz, de belleza y de pureza en la oscuridad. —Se me quebró la voz. Me obligué a guardar silencio—. Es grande mi deseo de serviros, priora, y de ser vuestra humilde servidora para poder así proteger a Dartford de todos nuestros enemigos.

El recelo que velaba los ojos de nuestra priora se suavizó, tan solo un poco.

—Hoy he descubierto algo. Quizá sea algo pequeño, o quizá insignificante. O puede que sea muy importante. Concierne a los pequeños Westerly, los mismos niños a los que fallé en el momento de la muerte de su madre. Sé algo sobre ellos que entiendo ahora que debería haberos comunicado antes, pero no se me ocurrió. Me refiero a que los niños podían moverse con plena libertad por este priorato, de día y de noche, con gran sutileza. Quizá una mente artera diría incluso que no eran niños inocentes. Les encontré una noche en la enfermería y no tengo la menor idea de cómo llegaron allí sin que nadie reparara en ellos.

La hermana Eleanor se movió, impaciente. Enseguida entendí que no estaban seguras de por qué les contaba eso en aquel momento.

Inspiré hondo.

—Creo que los niños no salieron de Dartford cuando murió su madre. Creo que se ocultaron en algún lugar durante al menos un día. La noche que mataron a lord Chester, quizá estuvieron en algún momento en el pasillo que llevaba a la habitación, en la parte delantera del priorato. Los niños bien podrían haber visto u oído algo… o a alguien.

—¿Qué os hace pensar eso? —preguntó la priora.

Les mostré la muñeca y les conté que la habían encontrado la mañana del asesinato junto a la habitación de huéspedes, en un lugar que las criadas habían barrido el día anterior.

—Si encuentro a los pequeños Westerly, podría preguntarles qué ocurrió —dije—. Ellos me dirán la verdad, estoy convencida. Y lo que ellos me digan podría ayudar a dejar libre al hermano Edmund de toda sospecha.

La priora negó con la cabeza.

—No nos corresponde a nosotras reunir las pruebas de un crimen —dijo —. Un jurado de hombres dio su veredicto. Aunque cueste aceptarlo, debemos acatar su decisión.

—¡Pero es que no tenían todas las pruebas! —Aunque no era esa mi intención, alcé la voz.

La priora dio un paso adelante y me tomó las manos para tirar de mí y ponerme en pie.

—Todas veíamos en el hermano Edmund a un auténtico hombre de Dios mientras sirvió aquí. Y nos aflige la melancolía de la hermana Winifred, causada por su encarcelamiento. Pero lo que se mueve ante nosotras es la voluntad de Dios y lo hace a partir de unos designios que nosotras simplemente no podemos comprender. Hay algo que todavía no habéis aprendido, hermana Joanna, y es a aceptar la voluntad de Dios.

La priora estaba en lo cierto. No podía darme por vencida.

—*Verum est notus per fides quod causa* —grité, desesperada.

La priora me miró de hito en hito.

—La verdad se conoce a través de la fe y de la razón —me apresuré a añadir, pensando en aquellas que no dominaban el latín—. Somos un priorato y veneramos la verdad divina. Santo Tomás dijo que la fe y la razón se complementan, no se contradicen. Y dijo que el intelecto debe

hallar hechos que apoyen la razón. ¿Podríais, por favor, permitirme que vaya en busca de los pequeños Westerly para reunir esos hechos?

—¿Y cómo pensáis actuar? —preguntó la priora.

—Iré con John, nuestro fiel mozo de cuadras, hasta la villa, a la casa donde vive el padre de los niños. No ha habido señal alguna de ellos desde el día del asesinato. Pero Stephen Westerly volvió a Dartford desde Londres y los niños deben de estar con él.

La priora dio tres palmadas en el aire.

—¿Y volveréis a quebrantar la regla de la clausura? ¿Es que no habéis aprendido nada?

Una voz se hizo oír a mi espalda, procedente de los bancos de piedra. La hermana Agatha dijo:

—¿Me permitís que acompañe a la hermana Joanna para asegurarnos de que se reúnan esos hechos correctamente? —La hermana Agatha se acercó y se quedó de pie a mi lado—. Priora, estaré con ella en todo momento. Disponéis de la autoridad para aprobar nuestra partida durante un breve intervalo.

La priora guardó silencio. Yo apenas podía respirar.

—Muy bien —dijo por fin—. La hermana Joanna y la hermana Agatha tienen mi permiso para ir a la villa con John, nuestro fiel sirviente, que hará las veces de guía y protector. Pero debéis volver antes de que caiga la noche, tanto si habéis encontrado a los niños como si no. Y os comunicaremos vuestra penitencia en nuestra próxima reunión.

Me volví hacia la hermana Agatha.

—Gracias —dije.

Cuando llegamos a las cuadras, los planes de viaje cambiaron. El modo más rápido de ir a la villa era a lomos de sendos caballos del priorato, pero supe entonces que la hermana Agatha no montaba desde hacía casi veinte años y ese no era el día más adecuado para una clase. John enganchó un carro a los dos caballos y la hermana y yo nos sentamos en la parte posterior. La villa de Dartford estaba tan cerca que el uso de un carro no nos retrasaría demasiado.

John sacudió las riendas y partimos, alejándonos traqueteando por el camino de acceso al priorato.

Sentada a mi lado, la hermana Agatha se tiraba nerviosa de los escasos pelos que le brotaban de la barbilla. Se me ocurrió que probablemente no había salido de Dartford desde que había ingresado en el priorato como novicia.

—¿Por qué os habéis ofrecido a ayudarme? —le pregunté.

—Esta es mi casa, hermana Joanna. Los comisarios del rey no tardarán en llegar. Quizá nos ordenen disolvernos… y sí, quizá sea la voluntad de Dios. Pero si hay algo que podamos hacer para ayudarnos, debemos intentarlo. Si podemos demostrar que el hermano Edmund no cometió ese terrible pecado, quizá con ello impidamos el cierre del priorato.

Tendí los brazos y la abracé.

—Gracias —susurré.

Ella me devolvió el abrazo al tiempo que dejaba escapar un leve cloqueo.

No había vuelto a pasar por Dartford desde el otoño anterior, cuando mi padre me había llevado al priorato. Mientras recorríamos despacio la calle Mayor, dejando atrás tiendas y posadas, los escaparates de las carpinterías, las panaderías, las pescaderías y las sastrerías, me sorprendió nuevamente lo limpia y perfectamente ordenada que estaba la villa. Si bien Dartford no era en absoluto un núcleo pequeño —de hecho, según tenía entendido, vivían allí unas mil personas— la mayoría de sus habitantes parecían conocerse. Se llamaban los unos a los otros de una acera a la otra de la calle Mayor con una sonrisa; dos robustas mujeres, una de las cuales cargaba con un fardo de pescado, se reían delante de la iglesia de la parroquia, la Santísima Trinidad.

No hubo sonrisas para nosotras. Algunos lugareños saludaron con la mano a John, que iba sentado en el pescante, azuzando a los caballos, pero la hermana Agatha y yo éramos blanco de miradas incómodas. Había quien se paraba para ver pasar nuestro carro. John se volvió y nos dijo con tono de disculpa:

—Es por la muerte de lord Chester. En la ciudad no se habla de otra cosa. —El escrutinio había puesto nerviosa a la hermana Agatha. Cuando pasamos por el laberinto de callejuelas, un grupo de hombres nos miraron

ceñudos y ella me agarró tan fuerte del brazo que llegué a sentir sus afiladas uñas atravesándome el hábito y la capa.

En el centro de Dartford, en plena calle Mayor, había una cruz. Al lado estaba el gran edificio del mercado. El gentío salía a raudales, cargados todos con sacos de grano o con cubos de pescado. Una mujer elegantemente vestida promocionaba orgullosamente una caja de quesos. John hizo girar el carro en cuanto dejamos atrás el mercado y, después de pasar por una manzana de casas con muros de entramado de madera, giró de nuevo.

La estrecha calle por la que entramos no era tan hermosa como las demás. Las casas parecían menos sólidas. Algunas tenían tejados de paja, aunque esa era una práctica que se desaconsejaba en las edificaciones de los núcleos urbanos, por temor de los incendios. Una bandada de escuálidos pollos se desperdigó delante de las ruedas del carro. Dos hombres se alejaron de nosotros, calle abajo. No vi ni rastro de los niños.

Di unos golpecitos a John en el hombro.

—¿Falta mucho para llegar a casa del señor Westerly?

John señaló la casa que estaba al final de la calle.

—Es esa de allí. Vive en la primera planta.

—¿Por qué no paras y amarras el carro, John? Haremos a pie el resto del camino. —Tenía pensado acercarme despacio a la casa.

Mientras John se quedaba al cuidado de los caballos a un lado de la calle, la hermana Agatha y yo nos acercamos a la casa. Tenía dos plantas y las paredes entramadas con muros de madera. El tejado dibujaba una pronunciada pendiente y contaba con una ancha chimenea a un lado. Al menos los niños no pasarían frío en invierno.

La puerta estaba firmemente cerrada. No había nadie fuera.

Los dos hombres que hasta entonces caminaban delante de nosotras se habían detenido. Nos miraban fijamente, recorriendo de arriba abajo nuestros hábitos y tocas de monja con los ojos. Esperé y deseé que mantuvieran la distancia, al menos hasta que estuviéramos en casa de los Westerly.

Pero no. Se me encogió el corazón cuando los hombres se volvieron y echaron a andar hacia nosotras. Uno de ellos tenía una poblada barba negra. El otro era más joven y pelirrojo.

—Hermanas, ¿qué hacéis en la ciudad? —preguntó el hombre de la barba—. ¿No van bien las cosas en el priorato?

La hermana Agatha retrocedió, asustada.

—Sabemos que se supone que no debéis salir por ahí —dijo el pelirrojo.

De soslayo vi que otros dos hombres venían hacia nosotras desde la acera de enfrente.

—¿Habrán venido a matarte, Tom? —gritó uno de los recién llegados.

John, nuestro mozo de cuadras, nos había dado alcance.

—Quedaos detrás de mí —masculló—. Son rufianes.

El hombre que había gritado su insulto intentó rodear a John. Tenía unos ojos muy acuosos y una boca burlona y de labios gruesos.

—Matasteis a lord Chester, ¿no es así? Le aporreasteis el cerebro mientras dormía bajo vuestro techo.

—Ten un poco de respeto —pidió Tom, el de la barba negra.

—¿Por qué iba a tenerlo? —replicó el hombre de los ojos acuosos. Su acompañante soltó una risilla.

John gritó entonces, valientemente:

—No os metáis con las hermanas. Han venido a ocuparse de un importante asunto que tiene que ver con el priorato. Si las insultáis, lo lamentaréis, no os quepa duda.

Golpeé con suavidad el brazo de John.

—No te enfrentes a ellos, son demasiados —susurré—. Debemos calmarles con palabras. Déjame a mí.

—No son más que un puñado de vulgares sinvergüenzas —me dijo la hermana Agatha—. No podéis dirigiros a ellos directamente, hermana Joanna.

El hombre de los ojos acuosos soltó un alarido.

—Eh, hermana, yo no me presento en vuestro priorato y os llamo fea bruja, así que os agradeceré que no os presentéis en mi calle y me llaméis vulgar sinvergüenza.

Con una maldición, Tom, el hombre de la barba, se abrió paso a empellones. Lo siguiente que vi fue un puño volando. Los gruñidos y la risa impregnaron el aire.

Miré fugazmente hacia la casa de los Westerly. No había señal de que hubiera nadie dentro. Pero necesitábamos refugiarnos del barullo. Cogí a la hermana Agatha con una mano y a John con la otra y grité:

—¡A la casa!

Pero antes de que diéramos un solo paso, un chorro de agua fría me golpeó el brazo.

Me volví y vi que los hombres que habían estado peleándose se bamboleaban, confundidos y chorreando. Un joven alto sostenía un gran cubo de madera en el aire. Era el que les había empapado.

—Señores, ¿es necesario que os golpee la cabeza ahora mismo y os lleve a rastras a ver a vuestro sacristán? ¿O quizá preferís marcharos de esta calle ahora?

Aunque me costó creerlo, el hombre era Geoffrey Scovill.

Entre gruñidos, los lugareños se dispersaron.

Geoffrey arrojó el cubo a la calle y se volvió hacia mí con una sonrisa torcida.

—Ah, hermana Joanna —dijo—, ¿qué haríais sin mí?

OceanofPDF.com

34

—¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí? —le pregunté a Geoffrey Scovill.

Se rio.

—¿Que qué hago aquí? ¿Y qué hacéis vos fuera de vuestro priorato, en plena villa, y para más señas en su parte menos respetable?

La hermana Agatha dijo con tono altivo:

—No tenemos por qué informaros de nuestros asuntos, señor Scovill.

Él respondió con una inclinación de cabeza.

—Bien. En ese caso, os dejo, hermanas.

—¡Esperad! —exclamó la hermana Agatha, presa del pánico—. No podéis dejarnos ahora. Solo tenemos a John para que nos proteja. Esos hombres podrían regresar.

Geoffrey se quedó donde estaba, cruzado de brazos. Sus ojos azules bailaron mientras esperaba.

Suspiré.

—Hermana Agatha, tenemos que contarle nuestro propósito. —A pesar de sus protestas, rápidamente le conté a Geoffrey lo que sabía de la muñeca, dónde la habían encontrado y cuándo, y cuáles eran las implicaciones del hallazgo. Él escucho atentamente.

—¿De modo que vais a interrogar ahora personalmente a los posibles testigos de un crimen tan serio como este? —preguntó—. ¿Por qué no habéis mandado un mensaje al juez Campion o al experto médico? ¿O a mí?

—Sabíamos que habíais juzgado ya —dijo la hermana Agatha.

Estudié el rostro de Geoffrey.

—Tampoco vos estáis seguro de haber arrestado al verdadero culpable —apunté—. Por eso habéis venido a Dartford. También vos seguís investigando.

Geoffrey se apresuró a decir:

—No sabía nada acerca de los pequeños Westerly. No es ese el motivo de mi presencia aquí. Pero ya que hemos coincidido, sugiero acompañaros a la casa y ser yo quien tome las riendas del interrogatorio.

—Yo haré las preguntas —insistí.

Geoffrey volvió a reírse.

—Sé que si os doy una orden no la obedeceréis, hermana Joanna, de modo que tan solo me cabe sugerir alguna suerte de cooperación entre nosotros.

—Muy bien. —Me volví hacia John—. Creo que lo mejor será que te quedes aquí a cargo de los caballos.

La hermana Agatha y yo nos dirigimos a la puerta de la casa. Ella me dedicó una extraña mirada de soslayo, que yo pasé por alto.

Llamamos, aporreando la puerta, que tardó un par de minutos en abrirse, y lo hizo apenas una rendija. Una adolescente de rostro afilado con un sucio delantal se asomó a mirar, recelosa.

—¿Eráis vos quienes participaban en la pelea de la calle? —preguntó—. No queremos problemas.

Geoffrey abrió la puerta de un empujón.

—Soy el agente del buen orden del distrito de Rochester. Tenemos algunas preguntas, aunque no para ti, sino para la familia Westerly.

—¿Están en casa? —le pregunté.

—Sí, algunos. —Nos invitó a pasar con un gesto, aunque a regañadientes. La habitación estaba tenuemente iluminada y no muy ordenada, además olía a cebollas.

El techo crujió sobre nuestras cabezas. Alcé la vista al tiempo que se me aceleraba el corazón.

La niña asintió.

—La mujer está en casa con la hija.

La hermana Agatha y yo la miramos de hito en hito.

—¿Qué mujer? —susurré.

La niña rápidamente retrocedió, retorciéndose el delantal entre las manos.

—No quiero problemas —repitió. Señaló a las gastadas escaleras que estaban a un lado de la habitación—. Es por ahí.

Subimos en fila, con Geoffrey delante. Llamó a la puerta que encontramos al final de la escalera y dijo a voz en grito:

—Tenemos que hablar con la familia Westerly.

Oí un leve frufrú procedente del otro lado de la puerta, pero nadie respondió.

—¿Y si los niños salen por las ventanas? —le susurré a Geoffrey.

Asintió y empujó la puerta con el hombro derecho. Aunque estaba cerrada con llave, la cerradura era muy precaria y se rompió fácilmente.

Rodeé a Geoffrey de un empujón para ser la primera en entrar. La sala parecía desierta. Estaba más limpia que la de la planta inferior y la luz entraba a raudales por las ventanas traseras. Había una fila de taburetes contra una pared. En el otro extremo vi una larga mesa de madera. La sala se abría a una cocina.

—¡Hermana Joanna!

Martha Westerly voló hacia mí como un pajarillo. La estreché entre mis brazos, le acaricié el espeso cabello y olí su piel. La apreté de tal modo entre mis brazos que temí partirle los huesos.

—¿Cuál es vuestro nombre? —le preguntó Geoffrey a alguien.

Me volví a mirar a la persona a la que se había dirigido. Una mujer delgada y morena estaba de pie en el rincón, junto a la cocina. Era un poco mayor que yo y llevaba puesto un delantal, más limpio que el de la niña del piso de abajo. Hubiera parecido hermosa de no haber sido por la cicatriz roja que tenía junto a la oreja izquierda… y por la mirada de terror que asomaba a sus ojos. Se había pegado a la pared, como si fuéramos un trío de asesinos.

—Soy Catherine Westerly —dijo la mujer. Tenía una voz grave y muy seca. Respiraba agitadamente. De hecho jadeaba, presa del miedo.

—¿Cuál es vuestra relación con el señor Stephen Westerly? —pregunté.

—Soy su esposa.

—Imposible —dijo la hermana Agatha—. Su esposa murió hace menos de un mes en el priorato de Dartford.

La mujer se separó de la pared.

—Soy su segunda esposa —dijo con un tono ligeramente desafiante—. Todo es legal. Leímos las amonestaciones.

—Es cierto, hermana Joanna —dijo una voz desde la puerta.

Era Ethel, que llevaba un vestido limpio… y tenía el rostro hinchado de misterio. Tras ella estaba el dormitorio, con jergones de paja en el suelo.

—Mi padre se ha casado con esta mujer. —Ethel lanzó a Catherine Westerly una mirada de resentimiento. En vez de reaccionar con rabia o de mostrarse ofendida, la madrastra de Ethel se mordió el labio y bajó la vista.

La hermana Agatha se aclaró la garganta.

—Nos alegra ver que estáis sanos y salvos, niños, a pesar de que las circunstancias sean… irregulares. Hemos venido a haceros unas preguntas.

Catherine Westerly se apresuró a decir:

—¿Sobre qué? ¿No debería mi esposo estar presente? Estará fuera todo el día, con Harold.

—Las preguntas son para los niños —dije. Dejé a Martha en el suelo e hice una señal a la hermana Agatha, que llevaba el zurrón. Asintió y sacó la muñeca de dentro.

Martha soltó un grito.

—¡Lucinda! ¡Habéis encontrado a Lucinda! —Cogió la muñeca y bailó en círculo.

Ethel me miró, confundida.

—¿Habéis venido hasta aquí para traerle la muñeca?

—¿Sabes dónde la encontramos? —repliqué.

Ethel negó con la cabeza.

—En el pasillo, delante del dormitorio donde durmieron lord y lady Chester el Día de Difuntos.

Más rápida de lo que jamás había visto moverse a nadie, Ethel echó a correr hacia la puerta del dormitorio. Cuando estaba a apenas un centímetro de la ventana abierta, Geoffrey la cogió por la cintura y la hizo bajar.

Sentamos a Ethel y a Martha, ambas aterradas, en dos taburetes. Obviamente había ocurrido algo que no querían contarnos.

—No os castigaremos —repitió Geoffrey—. Solo queremos saber lo que visteis y oísteis esa noche. Es muy importante.

—No estábamos en esa parte del priorato. No sabemos nada —dijo Ethel.

—Oídme bien, niñas. Sé que os disgustó que no estuviera allí para consolaros cuando murió vuestra madre —dije. Martha asintió y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Y tendría que haber venido a veros antes, o alguien debería haberlo hecho. Os he decepcionado dolorosamente, pero en el priorato de Dartford han ocurrido algunas cosas extrañas y aterradoras. Aunque sois muy pequeñas todavía, tenéis que saberlo.

En ese momento había captado por completo su atención.

—Debo proteger el priorato, el lugar donde trabajó vuestra madre desde los quince años, pero no puedo hacerlo sin vuestra ayuda. ¿Me ayudaréis?

La pequeña Martha miró implorante a su hermana.

Ethel soltó un gemido y dijo:

—De acuerdo, hermana Joanna.

Inspiró hondo y empezó.

—Como nadie os encontraba, huimos y nos escondimos en la fábrica de cerveza de los frailes. Hay allí una pequeña habitación en la que nadie entra. Hacía frío dentro y olía mal, pero estábamos a salvo. No queríamos irnos aún del priorato. Al día siguiente, todo el mundo corría de un lado a otro, preparándose para el banquete y nadie reparó en nosotros. Teníamos por todo el priorato muchos sitios a los que nos gustaba ir donde nadie nos veía.

Abrí la boca para preguntar más sobre esos escondites secretos, pero Geoffrey me tocó con suavidad el brazo.

Ethel prosiguió:

—Oíamos hablar del banquete a las hermanas y a los criados y supimos que casi nadie quería a ese hombre en Dartford. No nos parecía bien que estuviera allí. Y después oímos llorar a algunas hermanas. Nos enteramos de que lord Chester había dicho cosas muy feas sobre el priorato…, que no tardarían en cerrarlo. Y que había hecho daño a una de las novicias. Oímos que habíais sido vos, hermana Joanna.

Negué con la cabeza.

—Fue la hermana Winifred.

Ethel bajó la cabeza y supe entonces que no le sería fácil relatar la siguiente parte de la historia.

—No tenemos mucho dinero, hermana. Oímos decir que lord Chester llevaba cosas muy elegantes cuando llegó al banquete. Y que cayó al suelo, borracho, y tuvieron que llevarle a las habitaciones de la parte delantera…

Geoffrey dijo, muy suavemente:

—¿Se os ocurrió colaros en su habitación y quitarle uno de los anillos?

Martha se echó a llorar de nuevo.

—Lo sentimos mucho. —Le acaricié el suave bracito, intentando calmarla.

—¿Cómo accedisteis a la parte delantera del priorato si todas las puertas estaban cerradas? —preguntó Geoffrey.

—Por una ventana —respondió Ethel.

—Pero comprobamos todas las ventanas y… —Esta vez fui yo quien tocó el brazo de Geoffrey. No quería echar por tierra el buen entendimiento que habíamos conseguido con las niñas preguntándoles por las ventanas.

—¿A qué hora fue eso? —pregunté.

—No lo sé —respondió Ethel—. Mucho después de las últimas oraciones. Como habíamos dormido casi toda la tarde no estábamos cansados. Sabíamos dónde estaban las habitaciones de huéspedes, así que fuimos hasta allí intentando pasar desapercibidos. Abrimos un poco la puerta de pasillo y… —Dio un respingo en la silla, como si de repente hubiera revivido una conmoción.

—¿Qué? —preguntó George con una voz grave y alarmada.

—Había dos puertas. Una a la derecha y otra a la izquierda. Una mujer cruzaba la puerta que comunicaba con el dormitorio de la derecha.

Se me revolvió el estómago.

—¿Tienes alguna idea de quién era? —preguntó Geoffrey.

—No, señor. —Negó violentamente con la cabeza—. Estaba oscuro.

—¿Llevaba hábito? ¿Era una hermana?

—No pude verlo. Fue un… atisbo. Entró por la puerta y la cerró tras de sí. Pero sí vi que llevaba puesto algo largo y oscuro.

Los hábitos de las dominicas eran blancos, por lo que no podía haber sido una monja. A menos que la mujer llevara encima una capa.

Geoffrey se inclinó, acercándose un poco más a la pequeña.

—¿Joven o mayor? ¿Se movía muy rápido?

—Rápido, señor. Pero no sabría decir si la mujer era joven o mayor.

No pude contenerme más.

—¿Visteis algo más?

Negó con la cabeza.

—Regresamos al pasillo.

No pude evitar una mueca de desilusión. Pero los ojos de Geoffrey seguían clavados en el rostro de la pequeña.

—¿Hay algo más? —insistió, sin perder en ningún momento la calma. No sé cómo lograba mantener semejante paciencia.

—Oímos voces. De dos personas. Una era definitivamente la de una mujer.

—¿Oísteis lo que decían?

—No, señor —respondió Ethel—. Hablaron apenas un instante. En voz baja. Luego el hombre dijo: «No». No gritaba ni parecía enfadado. Solo dijo esa palabra. Pero enseguida llegó ese extraño ruido sordo de la habitación. Lo oímos al menos cuatro veces. «Bum, bum, bum, bum».

Un escalofrío me recorrió la columna. Los niños habían oído cómo asesinaban a lord Chester.

—Era tan extraño que echamos a correr —dijo Ethel—. Volvimos a la fábrica de cerveza, y a la mañana siguiente regresamos a la ciudad andando. Padre llegó la noche siguiente.

La hermana Agatha me agarró del brazo y lo sacudió.

—Era una mujer la persona que estaba en la habitación de lord Chester —dijo, visiblemente excitada—. No el hermano Edmund.

«Sí, pero qué mujer», me pregunté.

Ambas miramos a Geoffrey Scovill. Estaba sumido en sus propias cavilaciones.

—¿Qué ocurrirá ahora? —le pregunté.

—Comunicaré al juez Campion y a Hancock lo que he oído aquí. No estoy seguro de lo que ocurrirá después —dijo con cautela.

La hermana Agatha insistió en que volviéramos enseguida al priorato, pero Geoffrey dijo que tenía que hablar con Catherine Westerly unos minutos más, sin que los niños escucharan la conversación. Convenció a

una reticente hermana Agatha para que se ocupara de las pequeñas y con un gesto me indicó que le ayudara con su madrastra.

Catherine Westerly nos miró con unos ojos duros y recelosos.

—¿Qué queréis de mí?

—Antes de que os casarais con el padre de los niños, ¿dónde vivíais? —preguntó Geoffrey—. ¿Habéis dicho que era Southwark?

—¿Por qué?

—Porque creo que, antes de casaros, trabajabais para una alcahueta.

Catherine Westerly se cubrió el rostro con las manos y se volvió de espaldas hacia la pared.

—Marchaos, marchaos —gimió.

Me había quedado de una pieza. Era la primera vez que estaba en la misma habitación que una ramera.

—No os lo pregunto para avergonzaros —dijo Geoffrey con tono afable —. He visto lo aterrada que estabais cuando hemos entrado, como si os ocultarais. Además, la cicatriz que tenéis en la cara es la que las alcahuetas les hacen a las rameras que han desobedecido. ¿Acaso el señor Westerly canceló vuestra deuda cuando os trajo a Dartford?

Ella negó ligeramente con la cabeza sin descubrirse el rostro.

—Lo intentó una y otra vez, pero no pudo ganar el dinero suficiente para cancelarla. Sabía que su mujer se moría, por eso nos escondimos en Londres. Estamos casados…, eso es cierto. Tengo los documentos que lo demuestran.

Geoffrey asintió.

—Os creo, señora Westerly. Tan solo saco a colación este delicado asunto porque habrá que interrogar otra vez a los niños, oficialmente, y me temo que no os quedaréis en Dartford.

La mujer se encogió de hombros.

—Nuestro lugar de residencia es algo que debe decidir mi esposo.

—Muy bien —dijo Geoffrey—. Volveré para hablar con él en cuanto pueda. —Me tocó el hombro—. Podemos irnos.

Cuando estábamos a medio camino de la puerta, las niñas volaron a mis brazos. Martha se abrazó a mi cintura.

—No nos dejéis aquí, hermana Joanna —imploró.

Los ojos de Ethel se llenaron de lágrimas.

—Quiero ir al priorato para estar con vos y con las hermanas —susurró —. Ya tengo edad para trabajar. Aceptadme.

Se me hizo un nudo en la garganta. No podía hablar. Miré a Catherine Westerly, que lo había oído todo.

—Sí, los niños me odian —dijo sin más, tensando los hombros—. Me culpan del abandono que sufrió su madre durante su último año de vida. Pero cumpliré con mi obligación y cuidaré de ellos lo mejor que pueda. Quizá, con el tiempo, terminen por tomarme cariño.

Geoffrey se volvió hacia mí.

—Vamos. Hablaremos fuera.

Me despedí de las niñas con un nuevo beso y salí tras Geoffrey.

—No puedo permitir que una ramera críe a los niños. Es un crimen —le susurré con la voz quebrada mientras bajábamos la escalera.

—Quizá trabajar para una alcahueta sea un pecado, pero no es un crimen —dijo—. Esos burdeles son legales. De hecho, he oído decir que el obispo de Winchester es el casero de la mayoría de los burdeles de Southwark.

¿Stephen Gardiner era el propietario de las tierras en las que estaban construidos los burdeles? Enseguida me lo quité de la cabeza. Impensable.

—¿Y qué me decís de las almas de los niños? —pregunté—. Necesitan una guía espiritual, no solo comida y una cama.

Nos hallábamos delante de la casa. La hermana Agatha estaba en lo cierto: era tarde. No teníamos demasiado tiempo para volver al priorato.

Geoffrey dijo:

—Parece estar arrepentida y desear una nueva vida. Westerly debe de amarla mucho para haberla hecho su esposa y arriesgar tanto por ella.

Me estremecí. ¿Amarla? ¿Cómo podía amar a una persona semejante? Su pobre difunta esposa, Lettice, madre de sus hijos, era una mujer bondadosa, una buena cristiana.

Geoffrey miró hacia la segunda planta de la casa, como esperando ver allí los rostros de las pequeñas Westerly. Nadie le devolvió la mirada.

—No siempre podemos elegir a quien amamos —dijo con una extraña voz.

La hermana Agatha gritó en ese momento desde el carro:

—¿A qué estáis esperando? Tenemos que regresar al priorato, hermana.

—Sí, vamos, hermana Joanna —dijo Geoffrey, acompañándome hacia el carro—. Tengo el caballo en la ciudad, cerca del mercado. ¿Por qué no me lleváis hasta allí y después os acompaño yo? Me gustaría hablar con vuestra priora sobre lo que acabamos de saber.

—¿No podríais ir andando hasta el mercado? —dijo la hermana Agatha.

Me sorprendió su rudeza.

—Hermana, no deberíamos mostrarnos tan poco generosas. —Me volví hacia Geoffrey—. Por favor, venid con nosotras.

Con la hermana Agatha henchida de indignación, no fue un viaje cómodo. En cuanto Geoffrey saltó al suelo desde el carro para montar a lomos de su caballo, yo me incliné hacia la hermana para preguntarle:

—¿Por qué estáis tan enfadada con Geoffrey Scovill? Hoy nos ha sido de ayuda.

—Hermana Joanna, percibo cierta familiaridad entre vosotros dos que, como directora de novicias, debo corregir —dijo con su tono más pomposo y regañón—. Cuando conversáis con él, parecéis conoceros bien, aunque no entiendo cómo es posible. Es del todo inapropiado.

Sentí que me sonrojaba.

—Sí, hermana Agatha —dije tan tímidamente como pude.

Hicimos en silencio el resto del viaje al priorato de Dartford, con Geoffrey trotando delante de nosotras. Ese día el sol no había aparecido en ningún momento. Era una de esas húmedas tardes de noviembre en que el gris se oscurece gradualmente hasta que todo resto de luz termina por fin de extinguirse. No sé si fue lo lúgubre del día o los nervios que me atenazaban por llegar con retraso al priorato, pero no estaba tan contenta como había imaginado al obtener la prueba de que el hermano Edmund era inocente. El descubrimiento de que quizá era una mujer quien había asesinado a lord Chester con semejante furia me inquietaba.

Un inhóspito crepúsculo se cernía sobre la campiña cuando John hizo girar el carro por el camino que llevaba al priorato de Dartford. Cuando emergimos de la curva, vi una bola de luz naranja brillando en la distancia.

Me inquietó. No supe imaginar su naturaleza. Dos antorchas ardiendo en la portería no habrían iluminado la zona de ese modo.

Geoffrey espoleó a su caballo y recorrió el resto del camino al galope, adelantándose.

Cuando nos acercamos a la portería, vi que había una hoguera recién encendida delante del priorato y que dos de nuestras criadas se ocupaban de ella. La priora Joan, el hermano Richard y Gregory estaban congregados alrededor de tres desconocidos. Geoffrey había bajado de un salto de su caballo para hablar con ellos.

La hermana Agatha dijo:

—Eso no puede ser por nosotras, ¿verdad?

—No, el sol acaba de ponerse hace apenas unos instantes —dije.

Pasamos traqueteando bajo la arcada de la portería. En cuanto el carro se detuvo, salté de la parte trasera y corrí a buscar a Geoffrey.

Él se volvió a hablarme, dando la espalda a los demás.

—¿Le habéis dicho a la priora Joan lo que han contado las niñas? —pregunté.

—Todavía no —respondió, mesándose los cabellos.

—Pero es preciso que sepa que oyeron una voz de mujer, que fue una mujer esa noche.

—Ya lo saben —dijo Geoffrey.

—Pero… pero… ¿cómo? —balbuceé.

—Estos hombres han comunicado hoy al priorato que lady Chester se ha arrojado por la ventana de su casa solariega. Ha dejado una nota en la que pide perdón por su crimen. Al parecer, mató a su esposo y ahora se ha quitado la vida.

OceanofPDF.com

35

Por insistencia de mi madre, cuando era niña tuve un tutor que me enseñaba matemáticas y griego, latín, literatura y filosofía. Era un maestro excelente y lamenté profundamente el día que ya no pudimos encontrar el dinero para pagarle y se marchó del castillo de Stafford. Él me enseñó a hacer sumas complejas y recuerdo bien la sensación que me embargaba cuando resolvía una: ese chasquido en mi mente cuando todo se ordenaba, ocupando el lugar que le correspondía. Ese mismo chasquido fue el que oí cuando Geoffrey Scovill me dijo que lady Chester había matado a su marido.

Y sin embargo, un instante después, fui presa de una nueva inquietud. Lord Chester había sido un marido cruel, de eso no me cabía duda. El comportamiento que había mostrado hacia ella durante el banquete de difuntos había sido a todas luces execrable. Costaba creer que ella hubiera podido dormir mientras en la habitación contigua se llevaba a cabo un asesinato, pero yo había oído los gritos de lady Chester esa mañana y la había visto avanzar a trompicones por el pasillo, cegada por el pánico y el horror cuando se había descubierto el cuerpo. ¿Realmente era tan buena actriz? ¿Y qué ocurría con el relicario? ¿Cómo lo había sacado de la iglesia? Esa revelación respondía algunas preguntas, pero también creaba otras nuevas.

Geoffrey había vuelto a ocupar su lugar junto a la hoguera.

—Priora, esto es muy importante —dijo, alzando la voz—. ¿Algún miembro de la casa ha salido del priorato esta tarde, además de la hermana Joanna y de la hermana Agatha?

—No —respondió la priora.

—¿Estáis segura? —Geoffrey se volvió hacia el portero.

—He estado toda la tarde en la parte delantera del priorato, señor Scovill —respondió Gregory—. La puerta del claustro ha estado cerrada con llave todo el tiempo y tan solo la priora ha entrado y salido por ella.

Geoffrey asintió y se dirigió presuroso hacia su caballo.

—Esperad. —Corrí hacia él, pero Geoffrey ya había montado y sacudía las riendas—. ¿Tenéis alguna duda?

—No dudo de que lady Chester se haya quitado la vida —dijo—. Sus criados la vieron de pie en la ventana y luego cómo se arrojaba al vacío. La carta que dejó en su habitación ha sido definitoria.

—Pero hay algo más —insistí—. Contadme.

La hoguera reflejada en los ojos de Geoffrey dio a su expresión un extraño color.

—Nunca he estado plenamente convencido de que lord Chester haya sido asesinado solamente por lo que ocurrió en el banquete.

—¿Qué queréis decir?

—Acordaos de lo que él mismo dijo esa noche: «Sé que guardáis secretos. Nadie conoce tan bien como yo los secretos que se ocultan en el priorato de Dartford».

Me estremecí. Me resultó muy extraño oír en labios de Geoffrey las mismas palabras de lord Chester que yo misma me había repetido ya en una ocasión.

—¿Creéis que le asesinaron por los secretos que conocía? —pregunté.

Se recolocó el jubón.

—En este momento, mis teorías poca importancia tienen. Debo partir hacia Rochester. El experto médico y el juez deben ser informados de inmediato del suicidio de lady Rochester.

—¿Esta noche? —pregunté, alarmada—. ¿Es seguro recorrer esa distancia en la oscuridad? ¿Y qué ocurre con los salteadores de caminos?

Geoffrey se inclinó sobre mí desde su silla con una sonrisa y dijo:

—¿No queréis acaso que liberen cuanto antes al hermano Edmund? Creía que para vos eso era lo más importante.

Antes de que pudiera responderle, se incorporó en la silla y se alejó sobre su montura.

Esa noche detecté una oleada de esperanza en el refectorio y en los pasillos del priorato. Muy pronto toda Inglaterra se enteraría de que no había sido un fraile —no un miembro de una orden religiosa— quien había asesinado a un noble huésped bajo nuestro techo. Cuando los comisarios del

rey llegaran para examinar Dartford, estaríamos libres de esa mancha sobre nuestro honor.

Naturalmente, había una persona en el priorato que se había visto directamente afectada por el suicidio de lady Chester. Yo no estaba con la hermana Christina cuando le habían informado de lo ocurrido y pasaron varias horas hasta que la vi, pero tras las últimas oraciones del día, cuando llegué a las dependencias de las novicias, la encontré allí, profundamente cambiada. Su determinación y su espíritu de inteligente convicción habían desaparecido. Parecía totalmente perdida. Frágil.

—¿Necesitáis algo? —pregunté—. Siento que debería hacer algo por vos, hermana Christina. Habéis sufrido una tremenda conmoción. ¿Queréis que llame a la hermana Agatha?

—No, os lo ruego —dijo con una voz rasposa—. No quiero a la hermana Agatha y sus preguntas, ni a la hermana Rachel con sus pociones, ni tampoco a la priora con sus plegarias. La única persona a la que puedo soportar tener a mi lado sois vos, hermana Joanna. Sé que si os pido que guardéis silencio, respetaréis mis deseos, ¿verdad?

—Por supuesto.

Y no volvimos a mediar palabra.

Al día siguiente, ya tarde, llegó el obispo de Dover, tío de la hermana Christina. El obispo no había vuelto a visitar el priorato desde el asesinato de su hermano mayor, pero el suicidio de su cuñada le llevó a Dartford. La hermana Christina pasó varias horas hablando con él en el *locutorium* y salió de allí menos perdida, aunque todavía apagada. Sinceramente yo era incapaz de imaginar cómo se enfrentaría al horror de un padre asesinado y a una madre que se había quitado la vida. Lady Chester no podía ser enterrada en tierras consagradas.

Pero quien más me preocupaba era la hermana Winifred. La mañana siguiente a mi visita a la ciudad hice mi parada habitual en la enfermería y la encontré dando vueltas, muy inquieta, en la cama. Tenía la frente caliente y dos manchas rojas refulgían en sus mejillas.

La hermana Rachel dijo, visiblemente nerviosa:

—Es lo que me temía. Ha contraído una infección y no posee fuerza (o la voluntad) suficiente para expulsarla.

—¿Qué puedo hacer?

—Estoy preparando una cataplasma de consuelda. Podéis ayudarme —dijo—. Aunque os recomendaría que os mantuvierais alejada de la hermana Winifred.

—Nunca me pongo enferma. Dejad que la cuide —imploré.

Ella suspiró.

—Muy bien, pero si os perdemos a ambas, la priora se quedará muy apenada.

Obtuve permiso para pasar todo mi tiempo en la enfermería, salvo en los momentos dedicados al cumplimiento de los oficios dominicos. Sin embargo, mis cuidados no surtieron efecto. La consuelda no le proporcionó ningún alivio, como tampoco la cura que el hermano Edmund me había enseñado. Por la noche, la hermana Winifred empezó a padecer una tos húmeda. Cada vez que la oía toser se me tensaba el cuerpo.

A la mañana siguiente, mientras le refrescaba la frente con un paño mojado, no pude seguir negando mis temores. La hermana Winifred podía morir. Por enésima vez, me pregunté si la fortalecería saber que lady Chester había reconocido haber matado a su esposo y que el hermano Edmund era inocente del crimen que se le imputaba. La hermana Rachel y yo lo habíamos hablado el día anterior, pero el modo en que lady Chester había encontrado la muerte era demasiado terrible y, sin la certeza del regreso del hermano Edmund, ella era del parecer de que la noticia no haría sino confundir aún más a la hermana Winifred.

La hermana Winifred tosió, y esta vez la tos fue tan honda que se estremeció de dolor.

—Que la Virgen os cure y os proteja, hermana Winifred —susurré. Ella giró la cabeza hacia mí. Sus ojos se abrieron como platos y entreabrió los labios.

—Edmund —gimió.

—Sí, lo sé. Yo también le echo de menos —dije, pasándole el paño por su delicado cuello.

—Estoy aquí, hermana —dijo una voz conocida detrás de mí.

Me dio un vuelco el corazón. Era el hermano Edmund.

Con una fuerza que yo jamás habría podido imaginar, la hermana Winifred se incorporó y tendió sus temblorosos brazos.

—Oh, Dios me ha escuchado.

Con sus movimientos diestros y raudos, el hermano Edmund volvió a acostar a la hermana Winifred en la cama mientras le ponía la mano en la frente.

—Sí, estoy aquí, y ahora yo cuidaré de vos —dijo—. Calmaos. —Sentí que mi corazón se aceleraba de puro júbilo.

Pero entonces le vi el rostro.

El hermano Edmund había envejecido diez años en menos de un mes. Tenía la cara cubierta de arrugas y unas sombras de color violeta oscuro le colgaban bajo los ojos exhaustos. Lo peor era que sudaba. Era noviembre y aun así tenía el rostro mojado como si fuera el día más caluroso de julio.

Crucé con él una mirada, horrorizada.

—Vos también estáis enfermo, hermano Edmund.

—No, no lo estoy.

—Pero es obvio que lo estáis —insistí—. ¿Qué puedo hacer?

El hermano Edmund negó con la cabeza.

—Nada. No sois ni boticaria ni barbera, y desde luego no sois médico, hermana Joanna. Carecéis por completo de conocimientos sobre enfermedades.

Apenas podía ver, pues tenía los ojos velados por las lágrimas. Aunque era una ridiculez reaccionar de ese modo, no podía evitarlo.

El hermano Edmund no reparó en mis lágrimas. Estaba demasiado ocupado buscando en su armario de provisiones las hierbas adecuadas para tratar a la hermana Winifred. Preparó una cataplasma fresca y se la había aplicado cuando la hermana Rachel regresó.

También ella expresó su alegría por su regreso, a la que siguió la consternación por su aspecto.

—Os digo a ambas que no estoy enfermo —replicó el hermano—. Y ahora, por favor, dejad que me concentre en curar a la hermana Winifred.

Profundamente ofendida, la hermana Rachel salió arrogantemente de la enfermería. Me acordé entonces del tacto con que el hermano Edmund había manejado su llegada al priorato de Dartford en el mes de octubre y de

los esfuerzos que había hecho por suavizar la transición de reemplazarla en el puesto de curandero en jefe del priorato. De repente parecía haberse convertido en un hombre totalmente distinto.

Pero ¿acaso debía sorprenderme? Me acordé de dónde había estado durante las últimas tres semanas: en una mazmorra, acusado de asesinato. Nadie mejor que yo conocía los duros efectos que el confinamiento tenía en el cuerpo y también en el alma. Decidí no dejarme abatir por ninguna otra posible afrenta.

Bajo sus hábiles y devotos cuidados, la hermana Winifred mejoró extraordinariamente. El deslustre había desaparecido de sus ojos y se tomó cada una de las cucharadas de caldo que le di. Mientras comía, el hermano Edmund estuvo sentado en un taburete al otro lado de ella, sin apartar en ningún momento los ojos de su hermana.

—Os doy las gracias por haber cuidado de la hermana Winifred —dijo en voz baja.

Esa era la voz del hermano Edmund que yo tanto había echado en falta. Su rostro seguía brillando, bañado en sudor, pero no volví a mencionar su aspecto. No quería irritarle de nuevo.

—¿Ha sido Geoffrey Scovill quien os ha devuelto a Dartford? —pregunté.

El hermano frunció el ceño.

—No. El juez Campion me ha dejado libre. No he vuelto a ver a Scovill desde la investigación del médico. ¿Por qué lo preguntáis?

—Por nada —mascullé, y ayudé a la hermana Winifred a tomarse el caldo.

Muy poco tiempo después sonaron las campanas y corrí a la iglesia, ansiosa por decir mis oraciones y dar gracias por el regreso del hermano Edmund, pero en el pasillo, justo delante de la entrada, la hermana Agatha me llevó a un lado.

—Están aquí —susurró.

—¿Quiénes?

—Los comisarios del rey, Richard Layton y Thomas Legh. —Sus labios se curvaron en un mohín de claro desagrado—. Se alojan en la posada de Dartford junto con un numeroso grupo de hombres. Mañana por la mañana

llegarán oficialmente y empezarán a interrogar a la priora. Gracias a Dios que han soltado al hermano Edmund antes de su llegada.

Se me aceleró el corazón.

—¿Qué ocurrirá ahora? —pregunté.

—Quién sabe. —Se tiró de la barbilla—. Como dice la priora, ahora todo está en manos de Dios.

Dudo que nadie durmiera profundamente en el priorato esa noche. En la oscuridad oí dar vueltas en su camastro a la hermana Christina y entendí que tampoco ella podía conciliar el sueño. En cuanto supiera cuál era la resolución de los comisarios y los planes que tenían reservados para el priorato, le escribiría otra carta al obispo Gardiner y la dejaría en la leprosería. Había escrito una segunda carta hacía dos semanas en la que solo le ponía al corriente del asesinato de lord Chester y del arresto del hermano Edmund. Haber visto los lirios y la corona sobre la entrada y en lo alto de las columnas de la sala capitular no era algo que hubiera dado un empujón a mi investigación, como tampoco lo era la historia del rey Athelstan ni saber que había llevado durante la batalla una corona que le había regalado Hugo Capeto. Estaba segura de que el obispo ya sabía todo eso perfectamente, y yo no había regresado al priorato para descubrir los secretos de la corona, sino para dar con ella.

Si los comisarios ordenaban que nos disolviéramos al día siguiente, ¿cuánto tardarían en expulsarnos del priorato y en echar abajo las paredes? Bien podía ser un pobre albañil que trabajando a jornal derribara una pared y descubriera la corona oculta. ¿Qué se desataría en el momento en que eso ocurriera?

¿Y cómo castigaría el obispo Gardiner a mi pobre padre por mi fracaso? Volví a verle en la sala de tortura de la Torre con la cicatriz que le desfiguraba el rostro y la ira y el temor batallando en su mirada al verme. Y volví también a ver el dolor que había sufrido cuando le habían aplicado el potro.

Un sollozo escapó de mi garganta. En el otro extremo de la habitación, la hermana Christina volvió a girarse en su camastro. Quizá la había molestado, o quizá su infatigable tormento nada tuviera que ver conmigo. Dos infelices novicias a la espera de que la noche tocara a su fin.

—Hermana Christina, ¿no os encontráis bien? —susurré.

Al principio no respondió, y creí que finalmente se habría dormido. Pero entonces dijo:

—Estaba pensando en Christina.

—¿Reflexionabais sobre vuestra situación? —pregunté.

—No, no sobre mí. Pensaba en otra Christina. Aunque estoy segura de que no me llamaron así en su honor, pienso a menudo en ella porque tenemos el mismo nombre.

—¿Era inglesa?

—No, no. Nació en Lieja, hace cientos de años. Leí sobre ella en uno de los libros de la biblioteca de Dartford cuando era postulante. Desde entonces no he podido quitármela de la cabeza.

—Contadme —dije, curiosa.

—Era la menor de tres hermanas. Sus padres habían muerto y Christina, que era una niña, estaba a cargo de vigilar a los animales durante el día. Pasaba sola todo el tiempo y pensaba en Dios mientras cuidaba de ellos. Enfermó y murió y sus hermanas expusieron su cuerpo en la iglesia. Durante la misa, Christina volvió a la vida y voló como un pájaro hasta las vigas de la iglesia.

—¿Cómo puede ser?

—Fue obra de Dios. Así se lo contó a sus hermanas cuando bajó de las vigas. La habían llevado a un lugar de fuego y tormento, donde los hombres gritaban a su alrededor y ella sintió una pena tremenda por ellos. Después la habían conducido a un lugar donde el dolor era aún mayor y de sufrimientos inimaginables. Luego Christina entró a una sala del trono muy tranquila y hermosa, y Dios le habló y se lo explicó todo. El primer lugar era el purgatorio, el segundo era el infierno, y en ese momento estaba en el cielo. Dios le dio a elegir. Podía quedarse con Él o podía regresar al mundo de los mortales y padecer los sufrimientos de un mortal en el cuerpo de un inmortal y así librar a los hombres, de los que tanto se compadecía, del purgatorio. Christina eligió regresar a su cuerpo. Y desde entonces buscó en todo momento el mayor dolor que pudiera encontrar.

—¿Y no sentía nada de ese dolor? —pregunté.

—Oh, ya lo creo, hermana Joanna. Se metía en las chimeneas de las casas, se introducía en los hornos de pan encendidos y se sumergía en los calderos de agua hirviendo, y Christina lo sentía todo. Su sufrimiento era extremo, pero su carne permanecía indemne. Su piel no mostraba jamás una marca o una llaga. Estaba siempre totalmente ilesa.

—Pero debía de ser un espectáculo aterrador —dije tras un instante.

—Sí, sus hermanas estaban muy trastornadas y la tenían sujeta con cuerdas y hasta con cadenas para protegerla de sí misma. No lo entendían. —La hermana Christina guardó silencio. Cuando volvió a hablar, sus palabras sonaron lentas y empalagosas y supe entonces que estaba a punto de quedarse dormida—. Después entendieron que era una santa. Toda la campiña se enteró de su caso. Se convirtió en… predicadora… y…

Poco después, oí una respiración pesada.

Si bien la hermana Christina se había calmado al contar la historia, no pude decir lo mismo de mí. Qué relato más aterrador. Tardé un largo rato en conciliar el sueño, y tuve la sensación de haber dormido apenas unos instantes cuando las primeras campanas tocaron a laudes.

Vi que la priora asistía a laudes y a prima, pero no a tercia. Debía de estar ya reunida con los comisarios del rey. Según me habían dicho, trabajaban deprisa.

En tercia, dije mis oraciones con tal ferocidad que algunas de las demás hermanas se volvieron a mirarme. Sin embargo, el hecho de venerar a Cristo durante nuestros oficios diarios me daba la sensación de estar ayudando a fortalecer nuestro priorato. Era lo único sólido que tenía en mi vida. Si destruían Dartford, sinceramente no sabía cómo iba a ser capaz de sobrevivir.

Cuando tercia tocó a su fin, corrí al pasillo sur. Quizá el hermano Edmund requería mi ayuda en la enfermería.

Cuando hube llegado al jardín del claustro, Gregory, el portero, gritó mi nombre. Acababa de amanecer. Era una de esas mañanas de finales de otoño que brillaban con melancólica promesa. Las hojas habían caído de los membrillos, pero las ramas refulgían. Era como si los árboles lanzaran un desafío: calentadnos lo suficiente como para devolvernos la gloria y venceremos al invierno y la muerte que trae consigo.

—¡Hermana Joanna! —gritó Gregory desde el otro extremo del jardín —. Venid.

Cuando llegué a su lado, dijo:

—Os reclaman en el *locutorium*.

Retrocedí, negando con la cabeza.

—Yo no tengo visitas. Estáis equivocado.

—Los comisarios del rey os reclaman —dijo impaciente—. Desean haceros unas preguntas.

De algún modo u otro, yo había sabido en todo momento durante los agotadores retazos de sueños y la desesperación de la noche que aquello había de llegar. Por mucho que lo intentara, no había modo posible de mantenerme alejada del centro de las investigaciones y del alcance de los investigadores.

Seguí a Gregory hasta la puerta que llevaba a la parte delantera del priorato. Él la abrió y entró primero, pero un segundo después le oí soltar una maldición. Las feas palabras, tan ajenas a una casa religiosa, vibraron en el aire.

Gregory echó a andar pesadamente por el pasillo en dirección al despacho de la priora.

—¿Qué estáis haciendo? —les gritó a dos hombres que salían en ese momento de la habitación, cubiertos de polvo y de fango. Oí golpes procedentes del interior y más voces. Debía de haber unos seis hombres dentro.

Los hombres del rey no habían esperado a que se produjera una disolución formal del priorato. Estaban echando abajo el despacho de la priora ese mismo día…, en ese preciso instante.

—Atrás —advirtió a Gregory uno de los hombres—. Tenemos nuestras órdenes.

—No podéis destruir así el priorato, sin un requerimiento previo —chillé.

—Solo estamos trabajando en esta habitación —dijo un hombre—. Por ahora.

La voz de un joven resonó entonces a lo lejos.

—Tráela aquí, estúpido. —Sobresaltada, entendí que se dirigía a nuestro portero.

Rojo de ira, Gregory me condujo por el largo pasillo hacia el *locutorium*, situado a medio camino de las habitaciones de huéspedes. El joven, que tenía cara de hurón, me agarró sin miramientos del brazo y me empujó dentro.

Yo ya había estado antes en el *locutorium*. Durante mi primera semana en el priorato, tras mi regreso a Dartford, había registrado cada centímetro de la sala en busca de alguna señal de la corona escondida, y dos veces más desde entonces. En vano. Era una sala alargada y parcamente amueblada: una silla con sus mesas a un lado y un largo banco de madera al otro. Era la sala reservada para que las personas ajenas a la casa —familiares y amigos de confianza— se encontraran con las hermanas de Dartford. Las monjas se sentaban siempre en el banco para así remarcar su decisión de renunciar a cualquier medida de confort, y las visitas ocupaban las sillas. Esa mañana había dos frailes sentados en el banco: el hermano Richard y el hermano Edmund, que parecía incluso más exhausto que la víspera.

El hermano Richard me hizo un gesto y tomé asiento entre los dos. Sentía los miembros pesados y la mente confusa. Estaba pagando muy cara mi falta de sueño.

Sin embargo, teníamos compañía e iba a necesitar toda mi perspicacia. Dos hombres parecían preocupados en el rincón junto a la ventana. Debían de tener la misma edad —rondaban los cuarenta— y vestían largas y ricas pieles sobre las que lucían cadenas con medallones. Tenían toda su atención puesta en los dos cálices que estaban sobre la mesa. El más alto de los dos acercó una de las copas a la luz y la hizo girar, admirándola.

El otro, calvo y fornido, nos miró a los tres y dijo:

—¿Empezamos?

Su compañero asintió y dejó la copa en la mesa.

—Empecemos.

El alto se acercó a nosotros con una sonrisa.

—Soy Thomas Legh, abogado al servicio de Su Majestad. Este es Richard Layton, clérigo y secretario del Consejo Privado. ¿Sabéis por qué estamos aquí?

—Para examinarnos —dijo el hermano Richard.

—Sí, muy bien, hermano. Muy acertado.

Layton cogió la silla que estaba delante de nosotros y nos estudió atentamente.

El hermano Edmund se movió a mi lado en el banco. Despedía un ligero olor acre. Enseguida entendí que era sudor. Pobre hombre. ¿Por qué se empeñaba en negarme su enfermedad?

Legh dijo entonces:

—Creo que será mejor que antes de nada os pongamos en antecedentes sobre nosotros. Sobre nuestra experiencia. A finales de 1534, Thomas Cromwell declaró que formaría una comisión para examinar los monasterios (solo para reformarlos y purificarlos, como bien sabéis) y nosotros nos ofrecimos voluntarios. Nos encargaríamos de las visitas y de hacer las preguntas pertinentes. Recabaríamos todos los datos e informaríamos de si se cumplían todas las reglas, si se respetaban los votos o si había algún caso de laxitud moral o financiera.

Mientras Legh soltaba su perorata sobre el gran honor que significaba para él haber sido elegido para perseguir a quienes habían elegido una vida religiosa, yo me esforzaba por mantenerme despierta estudiando la pared que tenía a mi derecha. En el muro había labrado un gran estante, aunque estaba vacío. Me parecía recordar haber visto libros en él, pero en ese momento no había ninguno. Mi mirada ascendió distraídamente por el muro y encima del estante vi, tallados en la pared, los pavorosos símbolos de nuestro priorato: los lirios y la corona. Ciertamente estaban por doquier. En ese caso en particular, la corona estaba delante, y no al abrigo de las flores de la Orden de los Dominicos.

—Solicitamos expresamente examinar las abadías y prioratos del norte, pues conocemos bien la tierra y su gente —dijo Legh—. En el norte se reverencian los monasterios como en ninguna otra parte del país. Hemos visitado ciento veintiuna casas religiosas en menos de cuatro meses. —Hizo una pausa dramática—. Y en esas casas hemos encontrado un nivel de corrupción, despilfarro, ociosidad y abandono difícil de creer.

El hermano Edmund bajó la vista. Vi que se clavaba el pulgar derecho en la palma de la mano izquierda.

También a mí me costó mirar los rostros de esos dos hombres. Eran un par de destructores. Abundaban los rumores que apuntaban a su propia codicia, a que saqueaban las abadías a las que atemorizaban hasta someterlas a sus deseos. Pero no había duda sobre el brillo de fanatismo que iluminaba sus ojos. Sin duda se creían al servicio de la voluntad de Dios. A punto estuve de levantarme del banco para tomarles de la mano y llevarles a recorrer conmigo el priorato de Dartford para que pudieran conocer a las hermanas y hablar con ellas. Enseñaría a Legh y a Layton los lugares donde rezábamos, cantábamos y dormíamos, les contaría historias sobre los sacrificios de las hermanas y su anhelo por hallar la unión con un poder superior. Les mostraría nuestro empeño por intentar seguir las reglas de nuestra orden. Al término de esa visita, ¿podrían seguir odiándonos y despreciándonos de ese modo?

Layton entró entonces en escena, asumiendo el protagonismo hasta entonces ostentado por su colega comisario:

—¿Debemos llamaros «hermano» o «fraile»?

El hermano Richard respondió:

—«Fraile» es más correcto, pero estamos acostumbrados a que nos llamen «hermano». Es un término de respeto por cualquier hombre que haya tomado votos religiosos.

El labio de Layton se contrajo al oír la palabra «respeto».

—Muy bien, hermano. No hemos tenido el honor de investigar el priorato de Dartford ni vuestro monasterio de Cambridge en el pasado, pero fui a la universidad en mi juventud y estoy al corriente de lo que allí ocurre. —Se inclinó hacia delante—. Vuestro prior confesó haber cometido sodomía y latrocinio a un nivel tan abominable que el convento entero fue disuelto al instante.

El hermano Richard dijo con voz cauta:

—Ni al hermano Edmund ni a mí nos declararon culpables de ninguna violación de las reglas de la orden, de modo que eso no tiene ninguna relevancia en el proceso que se sigue aquí.

Legh soltó un gruñido.

—Habláis como un letrado: habéis errado vuestra profesión, hermano Richard. Centremos entonces nuestra atención en el priorato de Dartford,

donde sin duda han ocurrido acontecimientos probadamente extraños.

—Muy extraños —coreó Layton.

El hermano Richard dijo:

—En referencia a la muerte de lord Chester, ¿debo entender que estáis familiarizados con los hechos y que sabéis por tanto que ningún miembro del priorato ha sido hallado culpable?

Legh agitó la mano.

—Sí, lo sabemos todo acerca del asesinato. Hoy eso nada tiene que ver con el motivo de nuestra investigación. ¿Creíais acaso lo contrario?

El corazón me dio un vuelco. El hermano Edmund volvió a removerse en el banco. Le estaba costando un tremendo esfuerzo permanecer quieto.

—No —dijo Legh—. Os he convocado a los tres, alejados del oído de vuestra priora, para descubrir exactamente lo que os dijo el obispo Gardiner en la Torre de Londres el 12 de octubre y la verdadera razón de que os hayan enviado al priorato de Dartford.

OceanofPDF.com

36

Bajé la vista a las manos que tenía entrelazadas en el regazo. Había aprendido algunas cosas sobre cómo amagar las emociones desde que mi rostro había revelado demasiado en la Torre. Combatí mi agotamiento y puse todo mi empeño en mantener la respiración regular y el rostro calmado.

—¿No negáis que el obispo Gardiner os envió aquí? —preguntó Legh.

—Por supuesto que no —dijo el hermano Richard sin inmutarse—. Había vacantes aquí, en Dartford, que solo podía ocupar un fraile dominico. Fuimos muy afortunados al ser elegidos por el obispo de Winchester para los puestos y al gozar de su protección. —Había en su voz la sedosa promesa de una amenaza.

Legh y Layton cruzaron una mirada. Eran hombres de Cromwell, el enemigo de Gardiner. De repente tuve la sensación de estar frente a un tablero de ajedrez en el que los implacables reyes de ambos bandos habían decidido enviar a la batalla a sus dos filas de peones.

—¿El obispo os dijo que seríais presidente y secretario del priorato y que el hermano Edmund se encargaría de la supervisión de las enfermerías? —preguntó Legh.

—Así es.

—¿Y qué más os dijo sobre Dartford? Recordad que si nos mentís, los castigos son muy graves.

El hermano Edmund se inclinó hacia delante para responder:

—Nos encomendó la misión de ser un motivo de orgullo para la Orden de los Dominicos.

A los ojos de Layton asomó un destello de ira y abrió la boca para decir algo, pero en ese momento alguien llamó con brusquedad a la puerta.

El hombre con cara de hurón asomó la cabeza y dijo:

—La priora nos está dando problemas, señor.

—¿Qué clase de problemas? —replicó Legh.

—Exige saber lo que buscamos en su despacho y por qué estamos retirando la alfombra y echando abajo las paredes.

De nuevo bajé la vista, clavándola en mi regazo.

—No terminaré de acostumbrarme jamás a la arrogancia de esta gente —dijo Layton—. Dile que deje de interferir con los asuntos del rey. Volveremos a hablar con ella en breve.

—Como gustéis, señor.

—¿Y habéis hecho algún progreso en esa habitación? —preguntó Layton.

—No, señor. —El hombre se marchó.

—Probablemente se pregunta qué es lo que buscamos —dijo Layton. Se volvió hacia nosotros con una sonrisa glacial—. ¿Qué se os ocurre que podríamos estar buscando en el despacho de la priora? ¿Alguna idea?

Se hizo el silencio en la sala.

—¿No habéis tenido noticia de una reliquia o de otro objeto de sagrado valor que fue depositado en el priorato de Dartford por su fundador, Eduardo III?

Creí que iba a vomitar de miedo. Los hombres de Cromwell conocían la existencia de la corona de Athelstan, tal y como Gardiner había temido. Quizá habían confirmado recientemente que estaba oculta en Dartford. O quizá solo albergaban una vaga sospecha, y el asesinato de lord Chester les había dado la excusa perfecta para irrumpir en el priorato y buscar.

Fue el hermano Richard quien respondió.

—El obispo Gardiner jamás me habló de nada semejante, no.

Tanto el hermano Edmund como yo negamos con la cabeza.

Layton tocó el brazo de su colega comisario.

—No les sacaremos nada.

Legh nos fulminó con la mirada.

—Al parecer, Gardiner ha elegido bien a su gente. En ese caso, queda tan solo una única cuestión. —Miró a Layton, que asintió, como concediéndole su permiso.

Con una lenta sonrisa, Legh dijo:

—Me gustaría explorar en profundidad la historia de la hermana Joanna, la novicia que pasó un interesante interludio en la Torre.

Levanté la vista y la fijé en los ojos de Legh, que estaba de pie justo delante de mí.

—¿Sí, señor? —dije, todo lo calmada que fui capaz de mostrarme.

—¿Sabéis que conocí a lady Margaret Bulmer en casa de su hermana, la condesa de Westmoreland? Era una mujer muy hermosa. —Su rostro se contrajo en un mohín de desprecio—. Nadie entendía por qué eligió a John Bulmer por marido. Aunque el corazón de una mujer es el mayor misterio de todos, ¿verdad, Richard?

Layton se estremeció, visiblemente asqueado.

—No tengo el menor interés en comprender el corazón de las mujeres.

Legh volvió a concentrarse en mí.

—Las mujeres se entienden entre sí, sobre todo aquellas unidas por lazos familiares. Vos os sentíais muy unida a vuestra prima, ¿no es cierto, hermana Joanna?

—Estábamos muy unidas cuando éramos niñas, así es.

—Oh, diría que esa unión se mantuvo más allá de la infancia. A fin de cuentas, quebrantasteis el voto de clausura para ir a Londres y asistir a su ejecución en la hoguera de Smithfield. Según me han dicho, teníais una medalla de Tomás Becket con la que queríais enterrarla, lo cual resultaría conmovedor si no estuviéramos hablando de uno de los cabecillas de la rebelión contra Su Majestad. Fue un traidor de la peor calaña.

Conseguí mantenerme callada. Los esfuerzos por provocarme eran tan obvios que no iba a permitir que me manipularan de un modo tan burdo.

—Se os acusó de interferir en la justicia del rey, junto con vuestro padre, y os encerraron en la Torre, donde fuisteis interrogada personalmente por el duque de Norfolk, que recomendó que se os sometiera a un interrogatorio más minucioso. Pero es entonces cuando todo se vuelve muy… —se interrumpió, como intentando dar con la palabra justa.

—¿Turbio? —intervino Layton.

—Sí. Esa es la palabra justa. «Turbio». Estuvisteis retenida durante cuatro meses, mientras erais interrogada por el obispo Gardiner y después os liberaron rápidamente. —Se golpeó el muslo—. Qué extraño, ¿no os parece? ¿Que os liberen de la Torre? Y no solo eso: que os enviaran después de regreso al priorato de Dartford con estos dos frailes, como si nada

hubiera ocurrido. La orden llevaba la firma de Gardiner y de Norfolk. La vi con mis propios ojos en la oficina de sir William Kingston.

No pude evitar un estremecimiento al oír mencionar a Kingston.

—Oh, sí, hermana Joanna, pasamos por la Torre de camino a Dartford. —Legh, que se percató de mi repulsión, sonrió—. Ese es el motivo de nuestra preeminencia entre los comisarios del rey. Nuestra atención al detalle. Y ahora, hermana Joanna, nos diréis por qué el obispo Gardiner os liberó y os devolvió al priorato.

—Porque me halló inocente de los crímenes de los que se me acusaba y merecedora del perdón —dije.

—¿Alguien que apoya a los rebeldes contra su majestad, el rey? —gritó Layton—. ¿El miembro de una familia gravemente mancillada por alta traición? ¿Una novicia que ha quebrantado las reglas de su orden? ¿Y cómo osáis decir que sois merecedora del perdón? Vos, Joanna Stafford, sois lo opuesto de la respetabilidad.

—¡Basta! —gritó el hermano Richard—. Esto no es un juicio por traición a Joanna Stafford, ni un tribunal ante un prelado dominico. Si llegara a informarse de este proceder, no saldríais bien parado del trance.

Me quedé perpleja al ver que el hermano Richard iba tan lejos como para defenderme.

Layton tiró de la manga enfundada en piel de Legh.

—Ah, pero podemos optar por el otro camino. —Se volvió hacia mí—. Nos corresponde a nosotros investigar la castidad y la rectitud moral de quienes han jurado sus votos en Dartford, ya sean monjas o novicias.

En ese sentido yo no tenía nada de lo que preocuparme. Aliviada, dije:

—¿Sí, señor?

Hojeó sus documentos hasta que vio algo que le refrescó la memoria.

—Por ello, hermana Joanna, os pregunto por el hombre llamado Geoffrey Scovill.

La pregunta fue tan inesperada que no pude evitar un respingo.

Los ojos de Layton se iluminaron.

—Ahora nos hablaréis del joven que fue arrestado con vos en Smithfield. Entiendo que le liberaron casi inmediatamente porque era inocente de cualquier intento de traición, pues simplemente intentó

protegeros cuando la guardia del rey os apartó de las llamas. Pero me gustaría saber cómo una novicia despertó su instinto protector y cómo llegasteis incluso a conocer a un hombre en Londres.

Me sentí mareada. Ahora el hermano Richard y el hermano Edmund se enterarían de que había ocultado que conocía a Geoffrey Scovill antes de volver a Dartford, y se preguntarían por qué.

—Él… era parte de un inmenso gentío de Smithfield y… acudió en mi ayuda —balbuceé—. No hay nada más que saber.

—¿No le conocíais antes de ese día?

—No —respondí.

—¿Y no habéis vuelto a verle desde entonces?

Tenía que proteger el secreto de Geoffrey.

«Madre, María, protégeme».

—No —repetí.

Pero Layton no estaba satisfecho. Intuía que había algo que se le escapaba.

—Hermano Richard y hermano Edmund —dijo—, ¿alguno de vosotros conoce a un tal Geoffrey Scovill? Tengo entendido que es agente del buen orden de Rochester. Eso no está lejos de aquí.

«Ahora todo habrá terminado», pensé. «Decidlo y pongamos fin a esto».

Pero el hermano Richard dijo con una voz clara y calmada:

—No, señor. —Y el hermano Edmund negó con la cabeza.

Legh emitió un sonido de fastidio.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo. Debemos optar por el otro procedimiento. Ese sí resultará.

Dicho esto, Layton y Legh salieron a toda prisa del *locutorium*, dejándonos sentados en nuestro banco largo y duro.

Sentí sobre mí la mirada furiosa del hermano Richard antes incluso de volverme a mirarle.

—¿Sabéis lo que habéis hecho? —dijo con los dientes apretados—. Esa mentira podría destruiros… y a nosotros dos con vos.

—¿Por qué habéis mentido? —pregunté. Pero el hermano Richard salió hecho un basilisco de la sala sin responder.

Me volví hacia el hermano Edmund.

—Dejadme que os lo explique —imploré.

El hermano Edmund también se había puesto de pie y había retrocedido, apartándose de mí. Tenía los ojos velados por el dolor y la confusión.

—No os juzgo —masculló—. Todos somos frágiles y estamos expuestos al pecado.

Desesperada, le cogí del brazo.

—Escuchad, hermano, os lo suplico.

Se desasió de un tirón.

—Debo ir a ver a la hermana Winifred. Me necesita. —Siguió los pasos del hermano Richard y salió.

Me quedé sola.

Richard Layton y Thomas Legh se marcharon del priorato de Dartford con todos sus hombres al alba. Esperé que hubiera un anuncio en vísperas o que convocaran una reunión extraordinaria en la sala capitular. No tardarían en cerrar la casa, estaba convencida. La devastación que había sufrido el despacho de la priora no era más que el primer paso.

Aun a sabiendas de que no sería allí bien recibida, decidí ir a la enfermería antes de las últimas oraciones del día. Oí la voz suave y musical de la hermana Winifred en cuanto entré. La tos y la fiebre estaban remitiendo. La hermana estaba sentada en el jergón, hablando con el hermano Edmund, que molía hierbas en un juego de cuencos.

—¡Hermana Joanna! —exclamó en señal de bienvenida—. No os he visto desde esta mañana. ¿Sabéis que pronto podré volver al dormitorio?

El hermano Edmund no apartó la vista de sus cuencos.

—Vuestra recuperación es obra de Dios —dije.

—Pero hay una noticia aún mejor —anunció—. No van a disolvernos. Acaba de estar aquí la hermana Rachel para decírnoslo.

Me quedé perpleja.

—¿Y ha dicho por qué?

El hermano Edmund dijo:

—De hecho, están posponiendo la decisión hasta la primavera, que es el periodo originalmente reservado para la visita de los comisarios. Es entonces cuando volverán.

Aunque el corazón me dio un vuelco de alivio al ver que el hermano Edmund me hablaba, ese desarrollo de los acontecimientos me confundió. ¿Por qué esperar?

—¿Qué ocurre, hermana? —preguntó la hermana Winifred—. Esta noche no parecéis muy contenta. Tampoco el hermano Edmund. ¿Puedo ayudar en algo?

El hermano Edmund me dio la espalda, encogido de hombros. La tensión impregnaba hasta el último rincón de la enfermería.

Me incliné para besar a la hermana Winifred en la mejilla, por fin tan fría como la mía.

—Debo ir al dormitorio a ver a la hermana Christina —dije con voz queda—. Que Dios os conceda una buena noche.

Me detuve, a la espera de oír una palabra del hermano Edmund, pero solo hubo silencio. Salí de la habitación tan deprisa como me fue posible. No quería que la hermana Winifred me viera llorar.

Al día siguiente, después de la misa matinal, me escondí la carta que le había escrito al obispo Gardiner en la manga de la capa y subí la colina hacia el bosquecillo de árboles altos.

El cálido intervalo de la víspera había tocado a su fin. Un luminoso frescor impregnaba el aire. La tierra estaba dura. El invierno era inexorable. Y ahora que los árboles habían perdido todas sus hojas, la leprosería parecía más desprotegida que nunca. Aunque no tan desolada. De algún modo, en la gélida y soleada mañana, esos mismos muros parcialmente derruidos mostraban cierta dignidad.

Retiré el panel y deslicé dentro mi carta. Era hasta el momento la más importante. El obispo Gardiner tenía que estar al corriente de las incisivas preguntas que denotaban conocimiento de la existencia de la corona, el infructuoso desmantelamiento de la oficina de la priora y el prometido retorno en primavera.

Cuando casi había llegado a la arcada de la entrada, oí un chasquido detrás de mí, como si un pie hubiera pisado una pequeña rama seca. De soslayo vi que una sombra retrocedía.

Había alguien más en las ruinas.

No me sobresalté. No di muestra de haber visto ni oído nada. Regresé al bosquecillo situado en lo alto de la colina. Estaba segura de que oculta en las ruinas estaba la persona a la que Gardiner había encargado recoger mis cartas y enviarlas a Francia.

Y esa mañana iba a descubrir quién era.

Encontré un lugar donde esperar, detrás del árbol más alto y grueso. Todavía podía ver desde allí la leprosería, pero envuelta como estaba en mi capa negra, quedaba oculta a la vista.

Mientras aguardaba, se me ocurrió que la sincronía de lo que estaba ocurriendo resultaba cuando menos inquietante. ¿Cómo podía saber el desconocido que había de llevarse mi carta que ese día yo tendría una nueva, no en el día acordado —cada quince días—, sino en un día fuera de fecha cuya elección había sido provocada por los comisarios? A menos que se tratara de alguien que estaba al corriente de lo que ocurría en Dartford. No podía tratarse de un lugareño a sueldo.

Volví a ver la sombra en la leprosería. Se movía. Presa de los nervios, me agarré a la áspera corteza.

Al otro lado del hueco de la ventana vislumbré el destello de una capa negra sobre un hábito largo y blanco. Una monja, o un fraile.

Mi mente empezó a dar vueltas. El hermano Richard. Tenía que ser él. Mantenía un vínculo muy estrecho con el obispo Gardiner. Naturalmente, estaba al corriente del motivo de mi regreso a Dartford. Yo había tenido la sensación de que acechaba el devenir de mi misión desde mi llegada al priorato.

Pero justo en ese momento, la persona que enviaba mis mensajes a Gardiner apareció en la entrada de la leprosería.

Y allí de pie, con mi carta sellada en la mano, estaba el hermano Edmund.

OceanofPDF.com

37

Cuando el hermano Edmund casi había llegado a lo alto de la colina, salí de detrás del árbol para mostrarme. A pesar de que tenía la mente plagada de palabras de enojo y de perplejidad, tan solo fui capaz de pronunciar una.

—Impostor.

El hermano Edmund levantó un brazo y se cubrió con él el rostro, como si le hubiera golpeado. Retrocedió trastabillando y a punto estuvo de rodar colina abajo. Cuando recuperó el equilibrio y bajó el brazo, estaba rojo de vergüenza.

—¿Qué es lo que sabéis, hermano? —pregunté.

—No sé nada —dijo con la voz ahogada—. No rompo vuestros sellos. Las instrucciones que me dio el obispo Gardiner fueron coger vuestras cartas del lugar secreto de la ventana y disponerlo todo para enviarlas por correo a París sin demora. Yo recibo y mando paquetes constantemente porque soy boticario. Nadie lo cuestiona.

—¿Y no tenéis ni idea de por qué me han enviado aquí? —Mi voz se elevó, incrédula.

—Es cierto —insistió—. El obispo dijo que no debía preguntar jamás, que sería peligroso saberlo. No soy más que el medio de comunicación.

Negué con la cabeza.

—Pero ¿qué motivo podéis tener para hacer esto por Gardiner?

Al hermano Edmund le tembló el labio inferior.

—Eso no puedo decíroslo.

Estaba tan enfadada que literalmente bailaba de un lado a otro sobre el frío suelo.

—¿No podéis decírmelo? ¿Es eso lo que habéis dicho? —grité—. Pero ¿queréis saber por qué lo he hecho yo? ¿Por qué espío a las hermanas de Dartford? ¿Queréis saberlo, hermano Edmund?

No me respondió. Parecía realmente enfermo. Aun así, fui capaz de seguir conteniéndome.

—El obispo torturó a mi padre para obligarme a venir y a que trabajara para él. ¿Acaso vuestro estimado obispo Gardiner os facilitó ese dato?

El hermano Edmund se quedó boquiabierto.

—Por la Santísima Virgen, eso no puede ser posible.

—Le torturaron en el potro de la Torre, delante de mis propios ojos, ¡y era Gardiner quien daba las órdenes! —Las lágrimas de rabia me velaron los ojos—. El obispo me obligó a volver aquí, donde no me querían. Ya habéis oído de labios de los comisarios que me arrestaron en Smithfield y que me encarcelaron. El obispo Gardiner presionó al priorato para que me readmitieran. Mi padre sigue en la Torre. Estoy aquí porque debo encontrar algo en Dartford, algo que lleva mucho tiempo oculto. Si termino fracasando en mi misión, sabe Dios lo que será de mi padre… y de mí.

El hermano Edmund susurró:

—¿Qué es lo que busca el obispo para llegar a tan terribles extremos para conseguirlo, hermana Joanna?

—Si hubiera querido que lo supierais, os lo habría dicho —respondí. El hermano Edmund se estremeció y al verle sentí una punzada de arrepentimiento por mi crueldad.

Ninguno de los dos dijo nada. Dos pájaros de pecho rojo se posaron en la pared delantera de la leprosería y empezaron a trinar, cantando un alegre dueto. Fui presa de un impulso casi irreprimible de arrojarles algo: una piedra, la rama de un árbol, lo que fuera para hacer añicos su alegría. Sentirme presa de una ira tan asesina fue terrible.

—¿Y qué me decís del hermano Richard? —pregunté—. ¿Por qué le enviaron a Dartford?

—No estoy seguro —dijo el hermano Edmund—. No hablamos de ello, al menos no… directamente. Pero creo que Gardiner le colocó aquí para que protegiera el priorato mientras vos investigáis.

—¿Y a cambio algún día le concederán su propio monasterio… y terminará siendo nombrado prior? —pregunté amargamente.

—De hecho, no es ese el nivel de *quid pro quo* que espero —dijo una voz a nuestra espalda.

El hermano Richard emergió del bosquecillo.

—Os he seguido, hermana Joanna —dijo, sin mostrar la menor sombra de vergüenza—. Pensé que en una época de crisis había que tomar medidas más agresivas. —Se sacudió las polvorientas hojas marrones de los hombros de las vestiduras de fraile mientras se acercaba a nosotros—. Ya me he cansado de merodear entre los árboles, gracias.

Ni el hermano Edmund ni yo fuimos capaces de encontrar nada que decir.

—Tan intuitivo como siempre, hermano Edmund —prosiguió el hermano Richard—. El obispo Gardiner me dio instrucciones de proteger el priorato de Dartford y, en la medida de lo posible, de proteger a la hermana Joanna durante su investigación, lo cual ha resultado ciertamente arduo en determinados momentos. —Soltó un profundo suspiro.

—Pero ¿a qué crisis os referís, hermano? —preguntó el hermano Edmund—. Los comisarios de Cromwell se han marchado sin ordenar la disolución del priorato.

El hermano Richard propinó un puntapié al suelo.

—¿Qué duro está, verdad? Se nos echa el invierno encima. No sería fácil derruir un priorato como el de Dartford, imponente como un castillo, en una estación como esta, sobre todo si hay que cavar debajo. Semejante grado de destrucción debe esperar a la primavera, cuando la tierra se ablande.

—¿No hay modo posible de evitar ese destino? —pregunté.

Se rio, sin la menor gracia.

—Lo hay, en efecto. Creo que la priora ha sellado un acuerdo con Layton y con Legh. Ellos le han contado lo que buscan, y ella tiene intención de encontrarlo para ellos.

—¿Os lo ha dicho ella? —preguntó el hermano Edmund.

—Por supuesto que no. En parte es simple deducción y en parte es lo que he oído escuchando detrás de las puertas. El priorato goza de una prórroga hasta la primavera. Si la priora da con el preciado objeto, respetarán Dartford. Si no da con él lo derruirán, ladrillo a ladrillo.

—No, no, no —gemí.

—Pero si los comisarios no han podido encontrarlo hasta ahora, al igual que tampoco ha podido hacerlo la hermana Joanna, ¿cómo va a lograrlo

ella? —preguntó el hermano Edmund.

—No debemos subestimar a la priora —respondió el hermano Richard con tono lúgubre—. Ah, esa mujer. Qué gran incordio. —Se frotó las sienes, visiblemente cansado—. Es la combinación más peligrosa: una persona que posee un juicio terrible y una tremenda inteligencia, en igual medida. Cree que si les da a Layton y a Legh lo que quieren, salvará al priorato.

—¿Que lo salvará? —exclamé—. Para eso precisamente se construyó el priorato: para ocultarlo. Si la priora la descubre sin comprender su poder… —Mi voz se apagó en cuanto los ojos del hermano Richard se clavaron en mí.

—Obviamente, sería para mí de inestimable ayuda saber qué es eso que todos buscan —dijo—. Gardiner se niega a decírmelo.

Los dos frailes me miraron entonces con cara de grave expectación.

—Pero eso es precisamente lo que no puedo compartir con nadie —grité —. Le prometí a alguien, a un personaje de gran autoridad, que jamás revelaría una sola palabra del secreto del priorato de Dartford. Tan solo se lo dije al obispo Gardiner bajo coacción. Al final, sus instrucciones fueron muy claras: no debía decir una sola palabra a los frailes.

El hermano Richard se volvió de espaldas, angustiado.

—Hermano, nos mantiene divididos sembrando el recelo entre nosotros —dijo con suavidad el hermano Richard—. Si pudiéramos trabajar juntos, tendríamos más posibilidades de éxito, pero eso es lo que el obispo Gardiner tanto teme: la fuerza y el propósito único que da la sabiduría. El objeto en cuestión debe de poseer tales poderes que el obispo se niega a decirnos nada. Tiene tan atemorizada a la hermana Joanna, que confía solo en ella. Y tampoco a ella le revela toda la verdad.

El hermano Richard asintió. Giró la cara hacia el sol de noviembre y cerró los ojos, como sumido en la meditación. Bajo la intensa luz alcancé a ver unas canas que no había visto hasta entonces.

—El obispo Gardiner se equivoca —dijo con los ojos todavía cerrados. El hermano Edmund y yo nos miramos, perplejos—. La salvaje política de la corte ha amargado su concepto de la humanidad. —El hermano Richard abrió los ojos—. Queda poco tiempo. No se trata ya de salvar nuestros

hogares ni nuestras formas de vida. Estos monasterios no son más que ladrillo, mortero y cristal. Lo que ha sido derruido puede reconstruirse. Los proscritos pueden ser convocados de nuevo. Santo Domingo caminó descalzo y pobre entre la gente para predicar la palabra de Dios; durmió en el suelo de noche y prácticamente no comía nada. No, lo que se está destruyendo es el alma de Inglaterra. Las fuerzas más oscuras acumulan poder, que fomenta la ignorancia, el dolor y la destrucción. Todo lo que se ha creado aquí, en esta isla que es nuestro reino, toda la labor, el conocimiento y la belleza de nuestra santa Iglesia, corre ahora el más grave de los peligros.

El corazón se me aceleró en el pecho. Sí, si todo llegaba a buen puerto, el hermano Richard debería guiar a otros dominicos al servicio de Dios. Poseía un auténtico don, el don de la inspiración.

—El obispo Gardiner cree que hay algo en el priorato de Dartford —prosiguió—, algo que, en las manos adecuadas, podría poner freno a la destrucción de los monasterios.

—Pero ¿cómo? —preguntó el hermano Edmund.

—No podemos saberlo a menos que sepamos lo que es. Debéis comprender que su existencia es el motivo de que nos hayan enviado aquí. Eso explica la visita de los comisarios, con el pretexto del asesinato de lord Chester. Nosotros tres debemos ahora confiar los unos en los otros y trabajar juntos para conseguir el fin que el obispo desea por encima de todas las cosas. Nadie ha sido hasta ahora capaz de detener a Enrique Tudor. La hermana Elizabeth Barton, la monja de Kent, profetizó el divorcio del rey y la colgaron por ello. El cardenal Fisher y sir Tomás Moro se negaron a prestar el Juramento de Supremacía al rey y los ejecutaron. Murieron para convertirse en mártires, venerados en toda la cristiandad, pero eso no ha puesto freno a la determinación del rey de gobernar sobre la Iglesia. Otros se negaron y han sido torturados y también ejecutados, esos pobres abades, monjes y sacerdotes. Y poco importó. Todo el norte de Inglaterra se alzó en rebeldía, pidiendo la restauración de los monasterios y de las festividades religiosas y en protesta por la prominencia de Cromwell, y su ejército sucumbió, aplastado. Y sus líderes encontraron muertes terribles.

Pensé en mi prima Margaret y me dolió el cuerpo entero.

—Pero no logro encontrarlo —susurré—. Lo he intentado una y otra vez. No he podido.

—Dejad que os ayudemos —dijo el hermano Edmund—. Hermana Joanna, ¿no queréis decirnos lo que es para que podamos ayudaros?

Su súplica me conmovió, como también lo habían conseguido las palabras del hermano Richard. Pero no podía hablarles de la corona de Athelstan. No podía correr ese riesgo. Y no se trataba tan solo de mi seguridad. Se trataba también de la vida de mi padre. Cuánto me habría gustado poder hacérselo entender.

Un doloroso silencio impregnó el aire. Los pájaros habían interrumpido sus trinos y solo quedaba el susurro del viento entre los árboles. Sentí helados los huesos.

El hermano Edmund se aclaró la garganta.

—Hemos estado fuera del priorato mucho tiempo. Creo que deberíamos regresar.

—Lo haremos, hermano, pero concededme unos minutos más —dijo el hermano Richard—. He venido al priorato con la promesa de ayudar al obispo Gardiner en su búsqueda. Sabemos que a la hermana Joanna la guía el amor a su padre y el temor por su vida.

Le miré, sorprendida. No le había creído capaz de semejante capacidad de empatía.

El hermano Richard asintió.

—Sí, hermana Joanna, lamento que os trataran tan duramente en la Torre. Estos tiempos de desesperación han sacado lo peor del obispo Gardiner, aunque esa excusa lleva empleándose para la aplicación de métodos salvajes desde tiempos inmemoriales.

—En cualquier caso, os agradezco vuestras palabras —dije.

Se volvió hacia el hermano Edmund.

—Y ahora… contadnos. ¿Por qué os eligió el obispo Gardiner? Al menos debo saber eso.

El hermano Edmund hizo una mueca de dolor.

—A diferencia de vos, el obispo Gardiner no apeló a mis mejores instintos para convencerme —dijo, visiblemente enojado—. Mi experiencia está más en la línea de la hermana Joanna.

—Este es el momento de compartirlo —dijo el hermano Richard. Aunque el tono de sus palabras era de calma, había en él cierta sombra de orden.

Una expresión atormentada turbó el rostro del hermano Edmund.

—Habéis hablado antes del Juramento de Supremacía. De quienes se negaron a acatarlo y abrazaron por ello el martirio. Yo no quería acatarlo y renunciar al Santo Padre y jurar lealtad primero al rey Enrique VIII, un hombre obsesionado con la lujuria por la dama de compañía de su esposa. —Se mordió el labio—. Y aun así, tenía miedo. Recé para que Dios me diera valor, pero fue en vano. Había oído hablar de lo que les había ocurrido a los monjes cartujos, y no me vi capaz de enfrentarme a una ejecución por alta traición: que me colgaran y me bajaran de la horca todavía con vida para abrirme en canal y arrancarme los órganos y los intestinos ante mis propios ojos mientras sufría el más espantoso dolor.

Me balanceé en lo alto de la colina, presa del horror ante lo que el hermano acababa de describir. Colgado, descolgado en vida y descuartizado… Sí, era sin duda la más espantosa de las muertes.

—Fue entonces cuando la tomé por primera vez —dijo con una voz tan débil que apenas pude oírle.

—¿Tomar qué? —preguntó el hermano Richard.

—La flor roja de la India.

El hermano Richard contuvo el aliento.

—No, hermano. No.

Yo no tenía la menor idea de a qué se refería. ¿Cómo podía una persona «tomarse» una flor?

—¿Os acordáis de cuando estuve cuidando a Lettice Westerly y le di algo para el dolor, hermana Joanna? Os lo dije en aquel entonces.

Me llevó tan solo un instante recordar aquel nombre espeluznante.

—¿Las piedras de la inmortalidad?

Asintió.

—Cierta flor roja de Oriente obra un poderoso efecto sobre la mente. Muchos boticarios y médicos lo saben, pero en raras ocasiones la usan porque es difícil saber cuál es la dosis correcta para cada paciente. Un poco

más de la cuenta provoca la muerte. Solo la administro cuando no hay duda de que el paciente está a punto de morir.

—¿De modo que ponéis en riesgo vuestra vida cada vez que la tomáis? —pregunté, horrorizada.

—No, no, la consumo de un modo distinto: en tintura, empleando proporciones que me enseñó un monje viajero, el hermano Mark, que a su vez las había aprendido en Alemania. Me dijo que la usara con moderación para calmar los nervios y aliviar el sufrimiento del alma.

Tragó saliva. Sin duda era una historia que al hermano Edmund le estaba resultando difícil contar.

—Me atormentaba de tal modo mi cobardía por haber acatado el Juramento de Supremacía que tomé mi primera dosis el día que llegaron los hombres del rey a administrarlo. Y el hermano Mark estaba en lo cierto. Mitigó mi sufrimiento. Me tranquilizó mucho. De hecho, prácticamente ni me importó acatar el juramento. Pero no quería enfrentarme a lo que había hecho. Aunque me advirtieron de que lo tomara con moderación, tomé un poco al día siguiente.

Se rio, fue un sonido agudo, entrecortado y aterrador. El hermano Richard le acarició el hombro, pero el hermano Edmund se apartó.

—No puedo aceptar vuestra compasión —insistió—. Estoy maldito con esto, atormentado. Y lo estoy desde hace tres años.

—¿Y por qué seguís tomándola? —pregunté.

—¡Porque no tengo elección! —exclamó el hermano Edmund—. Si intento dejarlo, si dejo de tomarlo del todo, enfermo, tengo náuseas y soy presa de la agitación…, me comen los miedos y las pesadillas. Oh, no podéis imaginar las pesadillas que inflige cuando intentas liberarte de sus garras.

—Eso es lo que padecéis ahora —dije. De repente comprendí el cambio radical que habían experimentado su aspecto y su comportamiento.

Asintió.

—Escondí una pequeña porción en el hábito el día en que Geoffrey Scovill me llevó a la mazmorra de Rochester, pero lo terminé y empecé a sufrir el tormento del *addictus*.

—¿Cómo llegó a saberlo el obispo Gardiner? —preguntó el hermano Richard.

—Recibo mi droga en paquetes que me envían comerciantes venecianos. Todos los recibimos así. Hay sufrientes secretos en todos los monasterios de Europa. Y también médicos.

—Había oído rumores al respecto —dijo el hermano Richard, muy solemne.

—El obispo Gardiner tiene muchos contactos en el Continente, y creo que pagó a alguien en Venecia para saber quién recibía la flor roja aquí, en Inglaterra. Cuando vino a nuestra abadía, ya lo sabía. Al principio, lo negué, pero no le costó sacarme la verdad. —Los ojos del hermano Edmund brillaron—. Me dijo que debía acompañaros al priorato de Dartford para ejercer de boticario y ayudaros en lo que precisarais, hermano Richard. Pero entonces recibimos esas nuevas cartas por separado, ¿os acordáis? Las órdenes habían cambiado. Debíamos presentarnos en la Torre de Londres y acompañar a la hermana Joanna Stafford a Dartford. Y yo debía ocuparme de recoger sus cartas del escondite de la leprosería y mandarlas por correo a Francia sin abrirlas ni informaros de ello. Si me negaba a venir a Dartford o fracasaba en mi misión, me echarían junto con los demás frailes desplazados, pero el obispo haría además pública mi debilidad. Y quedaría condenado para los restos.

—Oh, hermano Edmund, lo siento mucho —dije.

—En esa mazmorra comprendí algo. —Su voz se quebró—. Preferiría morir a volver a sufrir el dolor del *addictus*. No volveré a pedir una nueva entrega… jamás. Rezaré para que Dios alivie mi tormento, pero si no lo hace, aceptaré mi castigo y estaré dispuesto a morir.

Sus lágrimas se tornaron sollozos. El hermano Edmund se cubrió el rostro con las manos temblorosas y se encorvó sobre sí mismo, abandonándose a la desesperación.

Al oírle llorar de ese modo y entender el peso de su sufrimiento, fui presa de las llamas devoradoras de una rabia renovada. El hermano Richard estaba en lo cierto. Nos enfrentábamos a fuerzas enemigas de una crueldad tremenda. El anhelo de poder absoluto por parte del rey había destruido demasiadas vidas: las de sus esposas, las de su gente, nobles y plebeyos por

igual, y por último la de la Iglesia. Mi tío, el duque de Buckingham, mi prima Margaret…, ambos habían conocido finales terribles. Mi propio padre se pudría en ese instante en la Torre de Londres. La que durante dos décadas había sido la santa esposa del rey, Catalina de Aragón, había muerto en el abandono. Solo Dios sabía qué destino le aguardaba a la recalcitrante princesa María. El desfile de mártires bajo el mandato de Enrique VIII era largo, larguísimo.

—Hermano Edmund —dije—. Tengo algo que deciros.

Bajó las manos y me miró. Su rostro era pura aflicción.

—Lo que el obispo Gardiner busca, lo que el rey Enrique y Thomas Cromwell buscan, es un objeto conocido como la corona de Athelstan.

Los hermanos cayeron de rodillas en oración de gratitud.

Les conté todo en la colina que se levantaba sobre la leprosería. Les conté que Athelstan había llevado puesta una preciosa corona en una batalla histórica y que en algún momento la corona había sido enviada a Francia. Que con el paso de los siglos, la habían enterrado, había sido descubierta y habían vuelto a ocultarla, revelada de nuevo y enviada una vez más a Inglaterra. Les conté lo que había leído sobre las muertes del rey Ricardo Corazón de León, del Príncipe Negro y del príncipe Arturo Tudor, todas muertes prematuras después de que todos ellos se hubieran cruzado, de un modo u otro, con la corona. Relaté la historia de cuando Arturo había ido al priorato con su esposa, Catalina de Aragón, y con su madre, la reina Isabel. Describí las tallas de la corona y de los lirios que había visto por todo Dartford, pero que sin la última carta de la priora Elizabeth Croessner había sido incapaz de determinar dónde se hallaba oculta la corona, a pesar de mi incesante búsqueda.

El hermano Edmund estaba cautivado por mis palabras. Sin embargo, también parecía confundido.

—Algo he leído sobre Athelstan y sé que fue un importante rey de la Antigüedad —dijo—. Pero ¿por qué iba una corona de un monarca francés, regalada para conseguir a una esposa, a significar tanto para él? ¿Por qué decidiría ponérsela para la batalla de Brunanburh? ¿Cómo es posible que haya adquirido tan tremendos poderes después de su muerte? ¿Y cómo podría esa corona poner freno a la disolución?

Eran las mismas preguntas que me habían atormentado a mí, y nos miramos, frustrados.

Inspiró hondo.

—Decidme todo lo que sepáis sobre cómo llegó la corona a Athelstan.

—La corona era una de las reliquias heredadas por Hugo Capeto —dije.

El hermano Edmund me agarró del brazo.

—¿Reliquias? —dijo—. ¿De qué santo?

—El libro no lo especificaba.

—¿Y de quién las heredó Hugo Capeto? —insistió. Me agarraba con tanta fuerza que sentía que me ardía el brazo.

Entonces me acordé.

—Ah, sí, las reliquias las heredó de Carlomagno. Hugo Capeto era descendiente de Carlomagno.

Durante un minuto el hermano Edmund se quedó helado. No se movía, ni siquiera parpadeó. El hermano Richard alargó la mano y le sacudió.

—¿Volvéis a estar enfermo? —preguntó—. Hermano, habladnos.

Llegó el diluvio. Lágrimas mezcladas con la risa, descontroladas. Por primera vez, el hermano Edmund me dio miedo.

—Calmaos —le imploré—. Os lo ruego.

El hermano Edmund subió a paso ligero hasta la mitad de la colina antes de volverse de espaldas y bajar a toda prisa hacia nosotros.

—¿Es que no lo sabéis? —preguntó con una luz enloquecida brillándole en los ojos—. ¿Es que no atáis cabos?

—No —dije—. Contadnos.

—Carlomagno vivió en el siglo VIII. Lideró la conversión de miles de almas a la verdadera Iglesia. Fundó catedrales, universidades, monasterios, santuarios. Tuvo el empeño, el poder y la devoción suficientes como para reunir y conservar las reliquias más sagradas de la recién descubierta Iglesia católica. ¿No sabéis qué corona obraba en su poder?

—*Ce n’est pas possible* —exclamó el hermano Richard antes de santiguarse.

—Contadme —imploré—. No lo sé.

El hermano Edmund dijo entonces:

—Era la corona de Cristo, la que llevó durante su crucifixión. Esa es, según se cree, una de las reliquias que tuvo Carlomagno: la corona de espinas.

OceanofPDF.com

38

La discusión dio comienzo en la colina desde la que se dominaba la leprosería y siguió en la biblioteca del priorato más tarde, esa misma noche, donde los tres volvimos a reunirnos. El hermano Richard se inventó una excusa para la priora: el obispo Gardiner había enviado una petición de investigación con carácter de urgencia.

—Aunque sospecha, no se atreve a contradecir a Gardiner —dijo.

«Todavía no», pensé.

Sentados alrededor de una mesa cubierta de libros y de documentos del priorato, el hermano Richard y el hermano Edmund discutían como solo dos cultos frailes dominicos podían hacerlo sobre un dato de la historia religiosa. ¿Era la corona conferida al rey Athelstan la misma que había ostentado en su día la preciosa cabeza de Cristo?

—La corona de espinas está guardada y firmemente custodiada en la Sainte-Chapelle de París —dijo el hermano Richard, visiblemente cansado —. Jamás ha estado en Inglaterra. La guardaron en Tierra Santa hasta que el cruzado rey Balduino de Constantinopla la obtuvo en el siglo XIII y se la vendió a Luis IX.

—Pero ¿no os ha extrañado nunca que Balduino desvelara la corona de espinas de Cristo justo cuando había contraído una peligrosa deuda con los venecianos? —preguntó el hermano Edmund—. Luis pagó ciento treinta y cinco mil libras por ella y saldó así las deudas de Balduino.

Me encogí, presa de la incomodidad, al pensar que un objeto sagrado había sido comprado y pagado por reyes terrenales.

—Recordad que esa venta se produjo tras la Tercera Cruzada —prosiguió el hermano Edmund. Hablar de historia le insuflaba vida: su enfermedad y sus tormentos remitieron—. Durante siglos, se habían descubierto toda suerte de reliquias y de objetos sagrados en Tierra Santa que los cruzados habían traído con ellos de regreso a Europa. Un continuo

flujo de esos objetos llegó a Occidente. ¿Y al final de todo esto, la corona de espinas aparece en el mercado internacional?

—Estáis diciendo entonces que Luis IX, el venerado san Luis, y todos los reyes de Francia que le sucedieron han sido unos estúpidos —replicó el hermano Richard—. No olvidéis que fueron dos frailes dominicos los que llevaron la corona a París. Podéis decir lo que queráis de los monarcas de Europa, pero a un fraile dominico no hay modo de engañarle. ¿Y aun así seguís empeñado en que la corona fue parte de una dote en el siglo x para obtener con ella la mano de una oscura princesa inglesa?

—¡Basta, os lo ruego! —supliqué, agitando las manos ante sus vehementes rostros—. Estoy muy confundida.

El hermano Edmund y el hermano Richard sonrieron tímidamente.

—Disculpadnos, hermana Joanna, podríamos pasarnos toda la noche debatiendo sobre estas cuestiones —dijo el hermano Edmund—. Empecemos por el principio.

El hermano Richard se levantó.

—De acuerdo. Al principio fue el… Gólgota. —Sacó un ejemplar de las Escrituras y buscó en él un párrafo. Traduciendo directamente del latín, dijo —: «Entonces Pilatos prendió a Jesús y ordenó que le azotaran. Y los soldados trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza y le vistieron con una túnica violeta y dijeron: "¡Te saludamos, rey de los judíos!", y le abofetearon. Luego Jesús se adelantó, con su corona de espinas y su túnica violeta. Y Pilatos dijo: "Mirad a este hombre"».

—La corona de espinas siempre ha representado para mí algo muy profundo sobre el sufrimiento y la humillación, pero también sobre el modo en que debemos experimentar todos el dolor para hallar la trascendencia —dijo en voz baja el hermano Richard.

El hermano Edmund asintió.

—La cruz en la que crucificaron a Jesús, los clavos que atravesaron su cuerpo, la corona de espinas, el pergamino con la leyenda «Rey de los judíos», la lanza que un romano le clavó en el costado…, esas son las reliquias de la Pasión. Tras su crucifixión, sus seguidores las conservaron en Jerusalén y durante cientos de años nada ocurrió. Pero entonces Roma se convirtió al cristianismo y santa Helena viajó a Jerusalén.

—¿Santa Helena, la madre del primer emperador cristiano? —pregunté.

—Sí, muy bien, hermana —exclamó el hermano Edmund. Yo había aprendido que Helena había ido a Jerusalén en el año 326 después de Cristo para reunir pruebas de su vida. Encontró la verdadera cruz y supervisó la construcción de una iglesia para albergarla. Durante los siglos siguientes se descubrieron otras reliquias de la Pasión y los cristianos viajaron a Tierra Santa para verlas.

El hermano Richard contó que existía constancia escrita de la existencia de la corona de espinas desde el siglo VI. Para entonces, ya habían dado comienzo las inescrupulosas actividades: los robos de reliquias, el pillaje de criptas… Se llegó a creer que incluso la parte más ínfima del cuerpo de un santo de orden menor —una uña, un mechón de cabello— tenía poderes curativos.

—Se construyeron por doquier santuarios para que los peregrinos acudieran a profesar sus votos, a curarse… y a dar a cambio sus monedas —dijo el hermano Edmund con una mueca—. Luego, en el siglo VIII llegó Carlomagno, el primer soberano de un imperio realmente cristiano de Occidente. Era un gran devoto (y muy acaudalado), coleccionista de reliquias. Personalmente, me parece muy lógico que junto con los clavos de la cruz y la lanza y las demás reliquias de la Pasión, Carlomagno obtuviera la corona de espinas, que después pasaría a manos de su descendiente, el primer Capeto.

El hermano Richard tamborileó en la mesa con los dedos.

—Hay otra explicación.

Los dos frailes se miraron, y el hermano Edmund asintió como si hubiera leído la mente de su compañero.

—La distribución.

—Hermanos, os lo ruego —intervine, irritada.

—Disculpadnos una vez más, hermana —dijo el hermano Edmund—. ¿Es posible que tanto la corona que Hugo le regaló a Athelstan como la que está ahora en París sean sagradas?

—¿Cómo?

—Según dicen, setenta eran las espinas que adornaban la corona que llevó Jesús. Hay informes que apuntan a que no se conservaron juntas, que

en algún momento la corona se rompió en dos y que las espinas se distribuyeron.

—Pero ¿quién pudo cometer semejante profanación? —pregunté horrorizada.

—El mundo de las reliquias siempre ha estado ensombrecido por la oscuridad —respondió el hermano Edmund—. Los humanos somos criaturas débiles, esclavas del orgullo y la codicia.

Su cinismo me revolvió el estómago.

—Quizá en el pasado, en tiempos en los que imperaba la ignorancia de las certezas de Dios, se cometieran algunos errores —dije—. Pero eso ya no ocurre hoy en día. Nadie pondría en duda la validez de las reliquias que albergan los santuarios de Inglaterra.

Un silencio triste y pesado se cernió sobre la biblioteca. Ninguno de los dos frailes me miró a los ojos.

—No. No puede ser cierto —grité—. No me digáis que actualmente se cuentan mentiras en los monasterios. Eso es imposible.

El hermano Edmund se sentó y se inclinó sobre la mesa.

—Hermana Joanna, sois una mujer fuerte. Debéis aferraros a vuestra fe cuando oigáis lo que voy a deciros. —Inspiró hondo—. En la abadía de Hailes de Gloucestershire hay expuesto un vial de sangre desde el siglo XIII que supuestamente contiene la sangre de Cristo.

—Sí, lo conozco, por supuesto. Mis primas, Margaret Bulmer y la duquesa de Norfolk fueron allí en peregrinación hace muchos años —dije —. No estaréis intentando decirme que…

Las palabras enmudecieron en mi garganta. Vi a Margaret delante del fuego, hablándome maravillada de la belleza espiritual que había encontrado en el curso de sus peregrinaciones.

—Los monjes usaban sangre de cerdo —dijo el hermano Richard sin la menor emoción—. Aunque había habido rumores antes, el año pasado lo reconocieron bajo presión. Hay incidentes similares en otros monasterios.

Si algo había aprendido en la vida era a aceptar la fragilidad de los hombres. Sin embargo, esa última desilusión me golpeó con brutal fuerza. Me levanté y los frailes me miraron.

—Si eso es, en efecto, cierto —dije—, y no os creo tan crueles como para que me digáis esto a menos que estéis seguros del todo, ¿qué sentido tiene entonces nuestra lucha por salvar los monasterios e impedir que Cromwell destruya nuestro modo de vida si todo está construido sobre mentiras?

El hermano Edmund se levantó de un brinco y tomó mis manos entre las suyas.

—No todo son mentiras. Existe cierta corrupción en las casas religiosas de Inglaterra, cierto. ¿Por qué creéis si no que estos comisarios han podido redactar informes que justifican la disolución de las abadías? Cualquiera que se detenga a observar con detenimiento, puede encontrar algún error. Pero también hay dedicación y genuina espiritualidad.

—Estamos en un viaje que nos ha traído a Dartford, hermana Joanna —dijo el hermano Richard—. Guiados por la sabiduría, la verdad, la justicia…, por Dios. Os obligaron a asumir esta parte del viaje, como le ocurrió al hermano Edmund, pero creo que vos creéis también en él.

Bajé la cabeza. De repente me asaltó un recuerdo de nosotras, las hermanas de Dartford, en círculo, rezando y sollozando juntas cuando una de las nuestras, la pobre y muda hermana Helen había muerto. Recordé cómo nos habíamos ayudado y de qué modo nos habíamos apoyado cuando nos enfrentamos a toda suerte de penalidades…, y siempre impregnadas de ese duro aunque hermoso, misterioso y trascendente poder de nuestra fe.

—Sí —dije, alzando la vista—. Creo.

Una oleada de alivio inundó el rostro del hermano Edmund.

—En ese caso, centrémonos en la corona de Athelstan —dijo—. ¿Estamos de acuerdo en que el monarca sajón se dejó ver con una corona que había sido en su día, de algún modo, la corona de espinas?

El hermano Richard asintió, convencido.

—Ahora la corona de Jesús carece de los poderes intrínsecos sobre los que he leído, aparte, claro está, de ser reverenciada. Por lo tanto, los aspectos peligrosos que comporta entrar en contacto con ella (las muertes bajo sospecha del rey Ricardo, del Príncipe Negro y del príncipe Arturo) deben de haberse producido después, en los tiempos de Athelstan. De algún modo ese rey dirigió su transformación. Pero debió de volverse tan

poderosa o tan incontrolable que hubo que esconderla y la necesidad de mantenerla en secreto se convirtió en vital.

Volvió a asaltarme un recuerdo.

—Lord Chester mencionó los secretos del priorato de Dartford la noche de su muerte.

El hermano Richard inspiró abruptamente.

—Así es, cierto. ¿Podría ser que un hombre tan depravado tuviera conocimiento de la existencia de la corona?

—Hubo un momento en que Geoffrey Scovill creyó que la muerte de su señoría guardaba relación con el conocimiento de un secreto del priorato —dije.

Ambos frailes fruncieron el ceño al oírme mencionar el nombre de Geoffrey, y aproveché la ocasión para contarles la historia de nuestra amistad: cómo Geoffrey me había protegido de resultar malherida en Smithfield y cómo le habían encarcelado por ello, y les conté también que me había pedido que no revelara su paso por la Torre a los investigadores para los que trabajaba.

—A pesar de haberos ayudado, no siento el menor aprecio por el señor Scovill —resopló el hermano Richard—. Y sin embargo… es cierto que hay aspectos del comportamiento de lord Chester en el banquete…, algunas de sus palabras… que también me confundieron.

—Como el tapiz —dijo pensativo el hermano Edmund—. El modo en que reaccionó al verlo fue muy extraño. Como si hubiera un mensaje que la hermana Helen había tejido en él que solo lord Chester comprendía.

El hermano Richard dijo entonces:

—¿Creéis entonces que la hermana Helen conocía la existencia de la corona en Dartford e intentaba hacérselo saber al mundo mediante los diseños de sus tapices?

Me tapé la boca con la mano.

—¡La nota! —exclamé.

—Oh, sí —dijo el hermano Edmund, reclinándose hacia atrás.

—Encontré una nota que alguien me había metido en la cama y que decía: «Buscad en los tapices de los Howard». Creo que fue la hermana

Helen quien la puso allí poco antes de desplomarse. ¿Creéis quizá que los tapices que son ahora propiedad de los Howard podrían contener pistas?

—¿Y qué me decís del tapiz inconcluso? —preguntó el hermano Richard—. ¿No podría sernos de alguna ayuda?

Negué con la cabeza.

—No hay en él ningún rostro inconcluso. La hermana Helen murió antes de avanzar hasta ese punto en la labor.

El hermano Edmund se mostró de acuerdo. Contó que también él había examinado el tapiz más reciente y no había encontrado nada en su historia ni en sus figuras que pareciera tener un significado ulterior.

—Es una lástima que no podamos ver ahora ese tapiz de los Howard —dije, frustrada.

El hermano Richard se abocó de lleno a su montón de libros mayores y de pergaminos.

—Sé qué existe un registro de los tapices de Dartford vendidos a lo largo de los años —masculló. Tardó un minuto en encontrar el libro mayor que buscaba y repasó una lista con el dedo—. Aquí está —dijo—. Tapiz de gran dimensión, mito griego, vendido al duque de Norfolk… 1533… como regalo de boda para el duque y la duquesa de Richmond… para colgarlo en el castillo de Wardour de Wiltshire, propiedad de la duquesa viuda de Richmond.

—¿Alguna descripción del tapiz, más allá del detalle de «mito griego»? —preguntó ansioso el hermano Edmund.

—Me temo que no.

Se volvieron a mirarme.

—Esto fue mucho antes de que llegarais a Dartford, hermana Joanna, pero ¿recordáis haber oído algo sobre este tapiz? —preguntó el hermano Richard.

—No —respondí, pesarosamente—. Pero la duquesa de Richmond debería poder describírmelo.

El hermano Richard me miró, receloso.

—¿Y por qué iba a hacer algo así por vos?

—Porque es prima segunda mía —dije—. Antes de casarse, la duquesa de Richmond era Mary Howard, hija del duque y de la duquesa de Norfolk.

Soy pariente de la duquesa. —Recordaba perfectamente a la hermosa muchacha pelirroja que había venido al castillo de Stafford con su madre y con Margaret y Charles Howard hacía diez años. La había vuelto a ver algunas veces después. Mary siempre ha sentido predilección por sus parientes Stafford.

—Le escribiré una carta mañana —prometí—. El duque de Richmond murió el año pasado, pero si Wardour es su residencia de viuda, debe de residir allí ahora. Pediré todos los detalles que pueda darme.

El hermano Richard sonrió.

—Ah, no hay que subestimar nunca vuestros contactos.

Me encogí de hombros. Siempre me avergonzaba al oír algún comentario sobre mis raíces Stafford.

El hermano Edmund se frotó las sienes, más preocupado que nunca.

—Es esencial encontrar la corona, pero eso es tan solo la mitad de nuestro cometido. Debemos comprender su poder. Y para eso tengo que saber más sobre su historia y por qué era tan importante para el rey Athelstan. Estoy pensando en lo que el obispo Gardiner le dijo a la hermana Joanna: «Es más que una simple reliquia. Es una bendición, y es también una maldición». Cuánto me gustaría tener conocimientos sobre el reinado de Athelstan.

—¿No hay alguna biblioteca que se os permita utilizar y en la que podáis encontrar libros y documentos de ese periodo? —pregunté.

El hermano Edmund me miró de hito en hito y su rostro se iluminó por obra del mismo fuego extraño que yo había visto en la colina desde la que se dominaba la leprosería.

—Soy un estúpido —dijo con la voz ahogada. Se acercó de un salto a una pared de libros y cogió uno de ellos con tanta ferocidad que creí que iba a arrancarle la cubierta.

Era un listado de las abadías y prioratos de Inglaterra. El hermano Edmund rápidamente encontró la página que buscaba y la golpeó con un dedo tembloroso. En lo alto de la página decía: «Abadía de Malmesbury, fundada en el año 675 después de Cristo». Vi una lista de nombres a continuación, del prior y de los monjes residentes —era sin duda una gran casa— y una descripción de las posesiones de la abadía.

El hermano Edmund señaló un párrafo.

—Mirad —dijo, conteniendo la respiración.

Leí en voz alta:

—«La abadía contiene también la tumba del rey Athelstan de los sajones, que pidió ser enterrado allí en el año 940. Aquí se conservan los documentos correspondientes a sus quince años de reinado».

—¡Su tumba! —exclamé—. ¿Dónde está Malmesbury?

—En el extremo norte de Wiltshire —dijo el hermano Edmund—. A menos de una semana de viaje de aquí.

—¡Pero no estáis en condiciones de viajar! —dijo el hermano Richard.

—Oh, sí. Solo necesito dos días más para cuidar a la hermana Winifred y asegurarme de que está recuperada del todo. Después iré a Malmesbury.

—No me será difícil explicar vuestra ausencia —dijo el hermano Richard—. El obispo Gardiner me dio una copia de su sello por si se producía alguna crisis. Previó la posibilidad de que tuviera que generar algún documento, una orden suya.

El hermano Edmund le miró detenidamente.

—¿Falsificaréis un documento?

—Soy un pragmático, como todo buen dominico —respondió el hermano Richard—. Como presidente y secretario del priorato de Dartford puedo autorizar salidas de la casa durante periodos de tiempo limitados.

—Es un plan excelente —dijo el hermano Edmund. Se sonrieron.

Fue entonces cuando hablé.

—Hermanos, es un plan excelente —dije—. Salvo por un detalle.

Los frailes habían olvidado que yo seguía en la sala. Ambos se volvieron a mirarme, sorprendidos.

—¿A qué os referís? —preguntó el hermano Edmund.

—A que yo iré con vos —dije.

OceanofPDF.com

39

Era demasiado pronto para que nevara. Tanto en los años que había pasado en el castillo de Stafford, situado en la zona central de Inglaterra, como en el tiempo que había vivido en el priorato de Dartford, al sur del país, muy pocas veces había visto nevar antes de Navidad. Pero en el camino a Wiltshire, durante el sexto día de viaje, cuando ya nos acercábamos a nuestro destino, el aire se enfrió y el cielo se encapotó, cubriéndose de un oscuro manto gris. Los copos caían sobre nosotros en una cortina inclinada, apenas un susurro de nieve al principio, para espesarse después. El invierno anterior había sido el más frío que se recordaba. El Támesis se había helado, y los más pudientes se deslizaban por el hielo en enormes trineos. El invierno en curso amenazaba con ser igual de frío.

Delante de mí, el hermano Edmund se volvió en la silla, preocupado, mientras los copos se posaban en su sombrero. Le sonreí, intentando tranquilizarle. ¿Creía acaso, después de todo lo que habíamos soportado, tanto por separado como juntos, que la nieve iba a preocuparme? No me devolvió la sonrisa, sino que sacudió las riendas y espoleó a su caballo para adelantarse un poco más.

El hermano Edmund había intentado oponerse a que fuera con él. También el hermano Richard. Ambos se habían resistido encarnizadamente a mi participación en el viaje. Sería mucho más difícil justificar mi necesidad de abandonar el priorato de Dartford que la del hermano Edmund. Existía sin duda el peligro que entrañaba un largo viaje por los caminos y, naturalmente, era harto inapropiado que un fraile viajara acompañado de una novicia.

—Pondréis en peligro toda la misión —dijo el hermano Richard con su voz más intimidatoria—. Hermana Joanna, debo insistir en que os quedéis y dejéis que el hermano Edmund viaje solo a la abadía de Malmesbury.

—En ese caso partiré sola desde Dartford y viajaré hasta allí por mi cuenta —dije—. Ya me he marchado sin permiso antes. Soy perfectamente

capaz de volver a hacerlo.

Los frailes me miraron de hito en hito, demasiado perplejos para poder hablar.

—Entiendo que posiblemente me enfrente a medidas disciplinarias o que incluso me expulsen cuando regrese al priorato —dije—. Pero ¿qué importa eso? En primavera estaremos condenados de todos modos. Con mis «contactos», como vos los llamáis, hermano Richard, deberíamos ser recibidos en el castillo de Wardour y ver con nuestros propios ojos el tapiz de los Howard. Después podemos volver a la abadía, que también está en Wiltshire, y descubrir todo lo que nos sea posible sobre el rey Athelstan. Me mandaron aquí a encontrar la corona y me ordenaron que hiciera todo lo que estuviera en mi mano para dar con ella, y eso es lo que voy a hacer.

Sin otra opción, los frailes hicieron los preparativos. El hermano Richard mostró un documento supuestamente escrito por el obispo Stephen Gardiner, con el sello del obispo, en el que se exigía mi presencia y la del hermano Edmund en Londres.

La priora Joan accedió sin una sola pregunta. Facilitó los permisos necesarios para que pudiéramos ausentarnos más de unas horas.

Debería haber visto en ello una bendición, pero su nueva complacencia me preocupó. De pie delante del priorato y dándonos sus bendiciones mientras montábamos a los mejores caballos del priorato, la priora Joan tenía la mirada perdida por encima de mi hombro, en las tierras del priorato. Entendí en ese momento que desde que los comisarios de Cromwell se habían marchado, apenas había vuelto a mirarme a los ojos.

¿Escribiría la priora personalmente al obispo Gardiner, enterándose así de que él nada sabía de nuestro viaje? Especulé con la posibilidad. Pero no había nada que yo pudiera hacer al respecto, ni modo alguno de detenerla. El hermano Richard dijo que tenía intención de no perderla de vista. Mi única esperanza era que saliera victorioso del reto de ser más listo que la formidable priora de Dartford.

Mis compañeras novicias salieron a despedirse de mí. La salud de la hermana Winifred había mejorado ostensiblemente. La víspera había regresado al dormitorio de las novicias y había retomado sus obligaciones. Por quien más temía ahora era por la hermana Christina, tan taciturna y

silenciosa, y tan desprovista de color. Me dije que la hermana Winifred y ella estarían bien en mi ausencia y que a fin de cuentas se tenían la una a la otra.

El hermano Edmund y yo nos despedimos de ellas con la mano y echamos a andar por el sendero hacia el camino principal. En cuanto perdimos de vista el edificio del priorato, nos quitamos los hábitos sin más tardar. Debajo me había puesto el sencillo vestido que llevaba el día de mi regreso a Dartford de la Torre. El hermano Edmund iba como un caballero rural. Vestirnos así había sido idea mía. Después de ver el alboroto que la hermana Agatha y yo habíamos provocado al cruzar la villa con nuestros hábitos, dudé de que pudiéramos llegar incluso a las puertas de Londres vestidos con el atavío de nuestra orden. Ya no éramos el hermano Edmund y la hermana Joanna. Nos hacíamos pasar por dos hermanos que viajaban por la campiña para atender un urgente asunto familiar.

John, nuestro mozo de cuadras, se alarmó al ver que nos cambiábamos de ropa. Había accedido entusiasmado a acompañarnos a Londres porque sentía una auténtica devoción por el hermano Edmund. Pero el pobre hombre a punto estuvo de ser presa del pánico cuando le dijimos que partíamos en una misión secreta y que no nos dirigíamos a Londres, sino a Wiltshire.

—Necesitamos que cuides de los caballos, John, que te ocupes de darles de comer y de beber y de que estén a salvo —dijo el hermano Edmund. Sobraba decir que también necesitábamos contar con la presencia de un criado, de lo contrario daríamos una impresión demasiado peculiar, y pareceríamos demasiado vulnerables a ojos de posibles ladrones.

—¿Y aun así estaremos de regreso en Dartford en dos semanas? —preguntó John—. Mi mujer está en estado, hermano.

—Sí, John. Lo sé —respondió afablemente el hermano—. Quizá tardemos algo más, pero no serán más de tres semanas, te lo prometo.

Los ojos de John se abrieron como platos al oírlo. Por un momento temí que se separara de nosotros y regresara al galope al priorato. Se lo contaría todo a la priora y nuestra misión habría concluido antes de haber llegado al camino principal.

Pero John no se marchó, sino que se unió al grupo. Y durante el viaje, resultó ser de una gran valía, pues no solo se ocupó de los caballos, sino que consiguió comida cuando se acabaron nuestras provisiones de pan y pescado en salazón y se adelantó para conseguirnos alojamiento en las posadas del camino.

Tras dejar atrás los arrabales de Londres, tomamos el ancho camino que cruzaba toda Inglaterra en dirección oeste hasta Gales. Pasamos entre bosques bajos, intercalados por campos abiertos y despojados de sus cosechas y granjas de ovejas cercadas. Pequeños puñados de hombres y mujeres cortaban los rastrojos para mezclarlos con heno para el forraje del invierno. A menudo cruzábamos algunas villas. Muchas tenían pequeñas iglesias y siempre que el tiempo lo permitía, parábamos para rezar una breve oración. Las villas de mayor tamaño ofrecían posadas para los viajeros. Yo jamás había pisado una posada. Hasta entonces, cuando había viajado con mi familia, siempre habíamos pasado la noche en casa de algún familiar, en su casa solariega o en su castillo. Algunas de las posadas eran confortables; otras eran infames, ruidosas y sucias, aunque nunca me importó. Siempre estaba exhausta tras un día de viaje por el camino mal cuidado, y caía desplomada en la cama para quedarme dormida en cuestión de segundos.

Me preocupaba que el hermano Edmund hablara tan poco. A veces temía que fuera porque seguía enfadado conmigo por haber insistido en acompañarle, pero en otras ocasiones me preguntaba si no estaría centrando todas sus fuerzas —de cuerpo y mente— en combatir su batalla personal contra su demonio. Me acordé de que cuando había confesado su enfermedad, había dicho que las pesadillas eran una auténtica tortura. Todas las mañanas, bastaba con ver su rostro —ceniciento y bañado en sudor— para saber que así seguía siendo. Las horas de duro viaje por la fría campiña siempre parecían darle fuerzas y revivirle. Al final del día era cuando más parecía ser el hermano Edmund de antes.

Una tarde, mientras compartíamos la cena, comprendí por fin la complejidad de los sentimientos que albergaba hacia el obispo Gardiner.

—Cuando me enteré de que el obispo venía en persona a Cambridge la víspera de nuestra disolución, no pude reprimir mi entusiasmo —concedió

el hermano Edmund.

—Pero ¿por qué?

—La suya es la mente más brillante que ha salido de Cambridge en los últimos cincuenta años.

Me quedé de una pieza.

—Pero, hermano Edmund, fue él quien facilitó el marco legal para que el rey pudiera divorciarse de Catalina de Aragón.

—Sí, así es, sin duda para congraciarse con el rey Enrique. Y lo consiguió. Pero nadie sabía a finales de la década de 1520 hasta dónde estaba dispuesto a llegar el rey, ni si sus intenciones reales eran anular la verdadera religión. El rey, la nobleza, los plebeyos, muchos estaban desesperados por tener un heredero varón para el reino, de lo contrario nos convertiríamos en tierra de dote de la princesa María cuando esta se casara con un rey extranjero.

Negué, frustrada, con la cabeza.

—¿Por qué nadie cree que María podría reinar en este país por derecho propio?

El hermano Edmund caviló durante unos segundos.

—¿Una reina gobernando sola? ¿Creéis que una mujer habría sido lo bastante fuerte como para reinar en este reino violento y díscolo? —Vio mi expresión—. Disculpadme, hermana Joanna. No pretendía ofenderos.

—Os disculpo. Habláis como un caballero inglés, y naturalmente no me sorprende puesto que lo sois.

Se rio.

—Y vos habláis como alguien que es mitad española. —Volvió a pensar durante un instante—. Sí, Catalina de Aragón estaba convencida del derecho de su hija a heredar la corona, como lo estaba también Carlos, su sobrino español. Y el emperador Carlos controla al papa. De ahí que nuestro rey no pudiera obtener el divorcio del Santo Padre. Tuvo que liberarse de Roma y concederse así el divorcio en calidad de cabeza de la Iglesia de Inglaterra.

—Para lo que contó con la ayuda de Gardiner —le recordé al hermano Edmund.

—El obispo intentó evitar con ello la disolución de los monasterios.

—Eso me ha dicho —repliqué amargamente.

—Pero, hermana Joanna, el obispo hizo sin duda un valiente esfuerzo. Publicó un documento en 1532, una argumentación en defensa de la estructura religiosa de Inglaterra titulada «La respuesta de los comunes» por la que a punto estuvo de perderlo todo.

Miré fijamente al hermano Edmund.

—¿A qué os referís?

—Todo el mundo consideraba que Gardiner era el siguiente en la lista para ser nombrado arzobispo de Canterbury cuando murió Warham. Sin embargo, por culpa de ese documento, irritó al rey y perdió su puesto de secretario principal. En vez de a él nombraron arzobispo a Thomas Cranmer, el aliado de confianza de Cromwell. Ambos mantienen ahora un estrecho vínculo con el rey, que en su día llamaba a Gardiner «mi mano derecha».

Me llevó un momento asimilar todo lo que acababa de oír.

—Entonces, Gardiner es sin duda partidario de la verdadera fe —dije.

Vi que una sombra cruzaba el rostro del hermano Edmund.

—¿Hay acaso algo más? —pregunté.

Asintió.

—El cardenal Wolsey eligió a Gardiner para que le sirviera, como lo había hecho con Thomas Cromwell, pero cuando el cardenal cayó en desgracia, Gardiner le abandonó del todo y se negó a ayudarle. Dicen que Cromwell vertió lágrimas por su señor, no así Gardiner, aunque le debía tanto como él.

Me acordé del extraño tono de la voz de Gardiner cuando había hablado del cardenal Wolsey en la Torre de Londres.

—Estamos implicados en los ardides de un terrible traidor —dije, bajando la vista hacia la mesa de madera salpicada de rasguños. De pronto me asaltó una idea y levanté la mirada—. No me habéis dicho una cosa: cuando Gardiner llegó a Cambridge, ¿cómo os trató? —pregunté.

El rostro del hermano Edmund se ensombreció.

—Esperaba recibir un puesto bajo las órdenes del obispo, quizá que reconociera mis esfuerzos académicos, pero Gardiner solo me quería para

que ayudara al hermano Richard primero, y después a vos. Me tiene en muy baja estima debido a mi debilidad.

Alargué tímidamente la mano y le acaricié el brazo. Estaba rígido al tacto.

—Debéis perseverar, hermano Edmund. Han pasado más de quince días desde que regresasteis a Dartford, ¿no es cierto? Quizá vuestro sufrimiento no tarde en desaparecer.

Asintió en silencio. Albergué la esperanza de que a la mañana siguiente, cuando nos encontráramos para coger los caballos, no pareciera tan devastado por el efecto de las pesadillas y el malestar. Sin embargo, mis plegarias no fueron oídas. El rostro del hermano Edmund volvía a estar ceniciento. Reemprendimos el viaje, y la cortina de copos de nieve poco hizo por aliviar su sufrimiento.

John apareció en lo alto del camino y vino trotando hacia nosotros.

—He encontrado el camino que lleva al castillo de Wardour —gritó.

El hermano Edmund y yo espoleamos a nuestros caballos para seguir a John. No tardaríamos en llegar a casa de mi prima segunda, Mary Howard Fitzroy.

A pesar de que no había vuelto a verla desde que ella tenía trece años, había oído hablar sobradamente de Mary. Su belleza y su ingenio la habían convertido en el orgullo de su padre, el duque de Norfolk. Él la adoraba casi tanto como a su heredero, el conde de Surrey. Se había esperado para Mary un brillante matrimonio y, en efecto, a la edad de quince años la habían casado con Henry Fitzroy, también de quince años y bastardo real. El duque de Richmond era hijo del rey Enrique y de Bessie Blount, dama de compañía de la reina Catalina. Durante años había corrido el rumor de que el rey estaba intentando hallar el modo de nombrar al duque de Richmond su sucesor. Pero fue en vano, porque el joven duque murió de tuberculosis, dejando a mi prima convertida en una joven viuda.

El camino que llevaba a su propiedad, el castillo de Wardour, era apenas un sendero. La nieve había dejado de caer, pero el suelo seguía mojado y avanzábamos despacio, preocupados por nuestros caballos.

El sol acababa de asomar entre las nubes cuando vimos por vez primera el castillo, enclavado en el centro del claro, con un lago brillando detrás en

la distancia. El edificio era una estructura de piedra blanca con torres y torreones, pequeñas ventanas triangulares y prominentes almenas. Cuando nos acercamos, vi que no tenía un diseño cuadrado como el priorato de Dartford, sino que era un inmenso hexágono.

Un ancho foso seco circundaba el castillo. Para llegar a la puerta principal, teníamos que cruzar un puente levadizo que, afortunadamente, estaba bajado. Pero la *portcullis*, la reja metálica con afiladas puntas que bloqueaban las puertas, también estaba bajada, impidiéndonos la entrada.

Encontramos a un hombre dormido en la garita y el hermano Edmund le despertó.

—Soy Joanna Stafford, pariente de la duquesa viuda ante la cual seré presentada hoy mismo —le informé.

El hombre me miró con la misma expresión hosca que había visto ya en muchos rostros a lo largo del camino, ya fueran granjeros o dueños de posadas. Esperé a que me dijera que la duquesa viuda no estaba en casa. Wardour no parecía habitado, en cuyo caso, insistiría de todos modos en dejar una carta para la señora del castillo. Las normas de hospitalidad exigían que debíamos ser recibidos por alguien de la casa —el secretario o alguna criada—, que debía además ofrecernos algo de beber. Esa sería nuestra oportunidad para visitar las habitaciones principales del castillo y buscar el tapiz de Dartford.

Sin mediar palabra, el hombre nos condujo hasta el puente levadizo. Apareció entonces un niño despeinado que se hizo cargo de los caballos. John aguardó rezagado para quedarse con ellos.

Cruzamos el puente levadizo. Era muy viejo. La madera crujió levemente bajo mis pies. El hermano Edmund hizo una mueca cuando también él pisó un tramo de madera debilitada. Bajo la cruda luz del sol tenía un aspecto a todas luces enfermo: unos ojos marrones ardiendo en un rostro macilento.

Alguien debía de habernos visto acercarnos desde dentro, pues la *portcullis* que bloqueaba las puertas se levantó. Las viejas cadenas oxidadas rechinaron cuando izaron la pesada reja metálica.

La puerta de doble hoja se abrió de par en par y apareció una mujer de rostro afilado.

—Es pariente de la duquesa viuda —gruñó el hombre antes de retirarse.

La mujer nos miró de arriba abajo sin disimular su desconfianza. A fin de cuentas, no íbamos ataviados como nobles. A decir verdad, su vestido era más elegante que el mío.

Le di mi nombre al tiempo que me abría paso dentro con un empujón. Era importante no pedir permiso. El hermano Edmund me siguió, cruzando tras de mí el umbral, y cuando la mujer le observó más detenidamente, su recelo se tornó inquietud. Un segundo más y llamaría a algún criado.

—Me sorprende que mi prima tenga empleada a una criada tan grosera —repliqué.

La cabeza de la mujer se giró bruscamente hacia mí y saludó con una reticente reverencia antes de conducirnos al corazón del castillo. Aunque no estaba segura de adónde nos llevaba, intenté parecer tranquila.

Pasamos por diversas galerías y por un patio antes de subir por la escalera de piedra que daba a un vestíbulo enorme construido para banquetes, bailes y para ceremonias. En el otro extremo del vestíbulo crepitaba un fuego en una chimenea tan alta que podría haber dado cabida al más alto de los hombres. Delante del fuego había una mesa y sillas. Una figura sola, una mujer de negro, estaba sentada en una silla. La criada se adelantó presurosa para decirle algo antes de retirarse a un rincón.

La sala era tan grande que nos llevó un tiempo cruzarla. Nuestros zapatos repiquetearon en la lisura del suelo. Cuando nos acercábamos a la chimenea, mi corazón empezó a latir con fuerza y a un ritmo acelerado y doloroso. La mujer que estaba sentada delante del fuego me resultó familiar.

Por imposible que pareciera, la mujer se parecía a mi prima Margaret. Yo la había visto arder en Smithfield hacía seis meses, pero el lustroso pelo entre rojo y dorado que asomaba bajo la toca francesa, el rostro alargado y oval y la delgada figura eran exactamente iguales a los de ella.

La mujer nos observaba mientras cruzábamos el vestíbulo con una copa en la mano. Cuando por fin llegamos a su lado, me acordé que era demasiado joven para ser Margaret. Era Mary Howard Fitzroy, convertida en el vivo retrato de su hermosa tía.

Me quité la capucha de la capa para mostrarme mejor y saludé con una reverencia debida a una duquesa viuda.

—Señoría —dije.

—¡Prima Joanna! —exclamó, asombrada—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Estamos cruzando Wiltshire y quería pasar a visitaros —dije con suavidad, empleando la explicación que habíamos pergeñado con antelación —. Os presento a Edmund Sommerville, mi asistente.

Él inclinó la cabeza ante ella.

La duquesa seguía confundida.

—Pero ¿no erais monja, Joanna? ¿Qué ha ocurrido? ¿Han disuelto vuestro priorato?

—No, Dartford resiste todavía. Vamos de camino a otra abadía para cumplir una misión que concierne a la Orden de los Dominicos.

—Ah, ¿sí? Me resulta muy peculiar. —Alternó su mirada entre los dos hasta que por fin la fijó en mí—. De hecho, he oído hablar de vos. Mi madre me escribió para decirme que estabais metida en cierto problema.

Intenté desviar su atención.

—Solo un poco, prima.

Pero Mary no tenía intención de conformarse con eso.

—Al parecer le dijeron que estabais confinada en la Torre de Londres y que le pusisteis las cosas difíciles a mi padre.

El hermano Edmund se tensó a mi lado. El fuego crepitó. Un leño siseó enloquecidamente.

Me arriesgué y dije simplemente:

—Sí, prima. Es cierto.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando la vi sonreír. No era la sonrisa de Margaret, sino una sonrisa astuta, casi malévola. Sentí un escalofrío: me acordé al verla del mismísimo duque de Norfolk.

—Hurra, Joanna —exclamó con una risilla. Señaló con un gesto a una botella de vino que estaba encima de la mesa—. Mandaré traer más copas. Beberemos a vuestra salud. En muy raras ocasiones tengo a alguien con quien hacerlo. Desprecio a mis vecinos y no he caído tan bajo como para beber con los criados.

Hizo un gesto y la mujer de rostro anguloso reapareció desde las sombras con dos copas. Yo no tenía el menor deseo de tomar vino, pero

habría sido irrespetuoso rechazarlo. Los tres alzamos nuestras copas y bebimos. El vino tenía un sabor intenso y potente.

—Entonces, ¿no os gusta esto? —pregunté, curiosa—. ¿Por qué seguís todavía aquí?

—Esta es mi propiedad. Según el contrato de matrimonio es mi herencia de viuda —respondió mi prima—. El resto de las tierras, las casas y el dinero de mi esposo volvieron a manos del rey.

—Pero eso es injusto y ni siquiera legal —dijo el hermano Edmund.

Mi prima Mary echó hacia atrás la cabeza y se rio.

—Sois muy divertido, señor Sommerville. —Siguió riéndose durante un buen rato. Se me ocurrió pensar cuánto vino habría tomado ya ese día—. Mi querido suegro, el rey, dijo que el matrimonio no era válido del todo porque no había sido consumado. Naturalmente, no lo había sido por orden suya. La salud de su hijo era demasiado delicada para permitir cualquier «exceso marital», tal y como lo expresó el rey, hasta que cumpliera los dieciocho años, cosa que no llegó a suceder. —Levantó una vez más su copa—. Y heme aquí, convertida en una viuda virgen con un castillo que se cae a pedazos en pleno Wiltshire.

—Pero ¿y vuestros padres? —me apresuré a preguntar. Me incomodaba que se hablara de la virginidad de las mujeres delante del hermano Edmund.

—Mi madre se pasa el tiempo dictando cartas, sobre todo dirigidas a Cromwell, con la lista de sus agravios contra mi padre y en las que describe sus crueldades. Me han dicho que al lord custodio del Sello Real la correspondencia de la duquesa de Norfolk le resulta una carga espantosa. En cuanto al duque, me mantengo fuera de su alcance, pues habla de concertarme un segundo gran matrimonio. —Apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla—. Prefiero quedarme aquí.

No supe qué decir. Tomé otro sorbo de vino y mi cabeza dio vueltas por el efecto del alcohol. Dejé la copa en la mesa. El hermano Edmund se removió en su silla.

—Prima Mary —dije—, he oído decir que os regalaron uno de los tapices de Dartford con motivo de vuestra boda, para que lo colgarais aquí, en Wardour. Nos interesaría mucho verlo.

Durante unos segundos me miró, ceñuda, y después negó con la cabeza.

—Al principio lo tuvimos aquí, en esta sala, pero después lo trasladamos al dormitorio de mi esposo. La habitación está cerrada con llave y no tengo acceso a ella. —Puso los ojos en blanco—. Ni siquiera lo tenía mientras estuvo vivo.

El hermano Edmund y yo cruzamos una fugaz mirada.

—Prima, significaría mucho para nosotros poder verlo —dije.

—Lo siento, Joanna. No es posible. ¿Más vino?

Qué obediente era y con cuánta facilidad se sometía a los deseos de su padre, el duque de Norfolk, y de su suegro, el rey.

Levanté una mano.

—No, prima Mary, no quiero más vino. Ya hemos bebido bastante vino por hoy. Creo que ha llegado la hora de que ordenéis a vuestros criados que encuentren la llave de la puerta. Esta es vuestra casa, ¿no? Y sois mitad Stafford. Los Stafford tienen agallas.

Se le sonrojaron las mejillas. Vi que la había llevado hasta el límite. Pero con un pequeño encogimiento de hombros que parecía tener ensayado, se levantó, llamó a su dama de compañía y dio la orden.

En efecto, entre sus criados poca fue la resistencia que mi prima Mary había temido. Muy poco después estábamos en el piso de arriba, dejando a un lado a su dama de honor de rostro avinagrado y entrando en el dormitorio del difunto duque de Richmond. La habitación era grande y estaba amueblada de modo espléndido. Jamás había visto un cabecero tan elaboradamente tallado. Con alegría, Mary saltó encima de la cama.

—¡Por fin! —se rio. Perdió la toca francesa y su largo y espeso cabello rojizo le cayó suelto sobre la espalda.

El hermano Edmund se separó de la cama y se acercó con grandes zancadas a una larga pared situada en el extremo más alejado, donde colgaban tres tapices.

El tapiz de Dartford estaba en el centro. Mostraba todos los rasgos de nuestra labor: la gran variedad de color, el delicado detalle y el grupo de figuras míticas.

El tapiz mostraba a dos mujeres y a un hombre. Había una mujer de pie, entre una explosión de campos de cereales, frutas y exquisitos vegetales. Llevaba de la mano a una mujer más joven y de gran hermosura que

señalaba hacia abajo, hacia el extremo contrario del tapiz, donde un hombre con barba emergía del interior de una oscura caverna. Ninguno de los tres se parecía a nadie que yo hubiera visto en el priorato de Dartford.

—¿Conocéis esta historia? —pregunté.

El hermano Edmund asintió.

—Es Perséfone.

Mi prima Mary habló a nuestra espalda.

—Sí, la novia del inframundo —dijo—. Una compañera adecuada para mí en este momento, ¿no os parece? —Se rio e intentó incorporarse—. Mi hermano, Surrey, adoraba este tapiz, como le ocurría a mi esposo. Se criaron juntos. Sí, a mi hermano le encanta este tapiz, sin duda más que el otro de Dartford, el que está en la Casa Norfolk.

—¿Los Howard tienen otro tapiz de Dartford? —pregunté.

—Sí, el de Lambeth es anterior a este, y más grande. —Por fin Mary había conseguido bajar de la cama.

—¿Y recordáis cuál es la historia que cuenta? —preguntó el hermano Edmund sin ocultar su impaciencia.

Ella entrecerró los ojos, perdiendo la mirada en la distancia como si intentara conjurar el tapiz en su mente.

—Sé que muestra a un grupo de hermanas, hermanas en plena danza.

—¿Son monjas? —pregunté, intentando mantener la calma en la voz.

—No, estoy segura de que no. —Se movió hacia delante y pasó los dedos por el borde del tapiz—. Prefiero este, el mío. Un día, Perséfone —señaló a la hermosa joven que estaba en el centro del tapiz— había salido a coger flores, y Hades, el dios del inframundo, la vio y se quedó prendado de ella y abrió un agujero en el suelo para llevarla abajo. No nos detendremos en contar lo que ocurrió entonces, pues sigo siendo doncella. —Mary dejó escapar una risilla—. Su madre, Deméter, la diosa de las cosechas, la buscó por toda la tierra y acudió a Zeus, el padre de todos los dioses, para saber lo que había sido de su hija.

El hermano Edmund siguió narrando la historia.

—Zeus sabía la verdad, naturalmente. Pero Hades era su hermano menor, de ahí que no pudiera arrebatarle del todo a Perséfone. Zeus dispuso las cosas del siguiente modo: durante seis meses al año, Perséfone viviría

con su madre y durante los otros seis, con Hades, su marido. Cuando madre e hija se reunían, el sol calentaba y las plantas crecían. Cuando Hades volvía a llevarse a Perséfone al inframundo, las plantas morían y llegaba el frío, pues Deméter siempre lloraba la ausencia de su hija y su deshonra en manos de Hades. Así es como los antiguos griegos explicaban el cambio de estaciones.

Mi prima Mary aplaudió, encantada como una niña.

—Lo contáis casi tan bien como mi hermano Surrey, y él es poeta. Sois muy erudito. Por favor, quedaos al menos unos días conmigo. Me encantaría disfrutar de vuestra compañía.

El hermano Edmund se sonrojó. Quizá jamás había recibido un cumplido de una joven hermosa. Sentí una extraña punzada.

Los ojos de Mary se fijaron en mí y sonrió malévolamente.

—¿Qué será de vos, Joanna, si todos los prioratos se disuelven? —preguntó—. ¿Dejaréis de ser monja?

—No me he parado a pensarlo —respondí.

—Supongo que debería deciros que mi hermano y yo seguimos las enseñanzas de la reforma religiosa. Así lo quiso el rey.

—¿Sabéis por qué me mandaron a la Torre, verdad, prima? Porque en mayo fui a Smithfield —dije, presa de la decepción.

Bajó la cabeza.

—Pobre tía Margaret. Sí, fuisteis la única lo suficiente valiente como para obrar así, vuestro padre y vos. —Levantó la cabeza, curiosa—. ¿Dónde está ahora vuestro padre?

—Paga el precio de quien actúa según los dictados de su conciencia y no según los de la ambición —le repliqué.

Hubo un destello en los ojos de Mary.

—Para vos es muy fácil emitir un juicio, Joanna. No vais a la corte, os ocultáis en el castillo de Stafford o en vuestro priorato. No sabéis lo que es estar en presencia del rey, ni el modo en que se enoja, así —chasqueó los dedos—, cuando alguien le desafía. No, no tenéis la menor idea de lo temible que puede llegar a ser.

—En eso os equivocáis —exclamé—. Sé mejor que nadie el temor que puede sentir cualquiera en presencia del rey.

Cuando, perplejos, Mary y el hermano Edmund se volvieron a mirarme, me mordí el labio, furiosa conmigo misma. No podía creer que hubiera revelado tanto.

Me volví hacia la puerta.

—Debemos irnos —dije.

—Pero si acabáis de llegar —protestó Mary, mirando al hermano Edmund.

—Lo siento —repliqué con voz firme.

—¿Adónde os dirigís? —preguntó con un mohín de enojo.

—A la abadía de Malmesbury —respondí. El hermano Edmund volvió a hacer una mueca. Una vez más, yo había dicho demasiado.

—Eso está lejos y los caminos no son buenos —dijo Mary—. No podréis llegar a la abadía antes del anochecer.

—Encontraremos una posada en el camino.

—¿Una posada? —exclamó, conmocionada—. Menuda idea. —Miró al hermano Edmund de arriba abajo y otra de sus maliciosas sonrisas le iluminó el rostro—. Aunque, ¿quién soy yo para interferir en vuestros planes, prima Joanna?

De repente me sentí tan avergonzada como el hermano Edmund.

Mary nos condujo de regreso por el castillo, con la escolta de su dama de compañía. En la entrada principal llamó a otro criado.

—Mandad a buscar a Luke inmediatamente. —Nos dijo entonces—: Debéis disponer de un guía que os lleve a Malmesbury. Mi muchacho conoce muy bien los caminos.

—Pero quizá no volvamos por aquí —dijo el hermano Edmund.

—Luke puede encontrar el camino de regreso desde cualquier sitio —respondió Mary.

Cuando el muchacho apareció, reconocí al joven despeinado que se había hecho cargo de nuestros caballos.

—Luke, ¿sabes llegar a la abadía de Malmesbury? —le gritó.

—Sí, señoría —respondió el muchacho, enroscándose en el dedo un mechón de pelo como si fuera un siervo de la casa.

—En ese caso, acompañarás a estas personas —ordenó Mary—. Coge un caballo veloz.

Nos despedimos. Mary nos miraba desde la puerta mientras montábamos a lomos de nuestros caballos, seguidos por John y Luke. Me despedí de ella con la mano por última vez y emprendimos la marcha. Alcancé a oír el chirrido de las cadenas del *portcullis* al bajar hasta que por fin cayó sobre el puente levadizo.

Acerqué mi caballo al del hermano Edmund.

—¿Qué pensáis del tapiz? —pregunté.

—Hay similitudes con el otro, el del banquete de difuntos. Una joven cae en las garras de un hombre y se salva, en parte al menos, gracias a una persona de edad, una figura familiar.

—¿Y qué podría tener eso que ver con la corona de Athelstan? —Puse especial cuidado en mantener baja la voz.

—No estoy seguro —respondió.

—¿Creéis que el otro tapiz de Dartford, el que está en Lambeth, nos diría algo más? ¿El que representa a todas las hermanas? Quizá sea ese el que la hermana Helen quería que viera. Parece mucho más relevante para el priorato. Habernos detenido aquí para ver este no parece haber dado ningún fruto.

El hermano Edmund ponderó su respuesta durante un momento.

—No estéis tan segura. Creo que, al elegir esas historias, la hermana Helen intentaba decir algo sobre una eterna batalla de cuya existencia en el priorato ella tenía constancia; una lucha entre los deseos terrenales y la salvación, quizá entre la bondad y la maldad.

Me recorrió un escalofrío, aunque no fue a causa de la baja temperatura.

OceanofPDF.com

40

Llegamos a la villa de Amesbury después del crepúsculo. Mi prima había estado en lo cierto sobre las dificultades que entrañaba el viaje. Nos habíamos movido despacio por Wiltshire hasta que por fin habíamos salido a un camino principal que unía Londres y Exeter. Amesbury, con su iglesia parroquial y el pequeño mercado, estaba situada en ese camino y, según nos había dicho Luke, se jactaba de ofrecer una excelente posada para viajeros.

El hermano Edmund y yo entramos fatigosamente en el establecimiento. Resultó ser sorprendentemente grande y contaba con un techo alto y encalado. El dueño nos saludó en la puerta con una expresión preocupada.

—Mi nombre es Edmund Sommerville. Mi hermana y yo buscamos alojamiento —dijo el hermano Edmund—. Necesitaremos dos habitaciones y establos para nuestros caballos, así como dependencias en el granero para dos criados. Estamos dispuestos a pagar vuestras tarifas.

—Oh, cuánto lo lamento, señor, pero solo nos queda una habitación en la posada.

No ocultamos nuestra sorpresa. Hasta el momento no habíamos tenido problemas para conseguir habitaciones separadas en las posadas, puesto que no era una época del año en la que abundaran los viajeros.

—Hay una abadía benedictina en la villa, aunque odio perder clientes —dijo el posadero—. Son buenos monjes, comprometidos con la hospitalidad. Podríais enviar allí a uno de vuestros criados para ver si tienen habitaciones libres.

El hermano Edmund negó con la cabeza. Antes de partir habíamos decidido que no nos alojaríamos en casas religiosas, por temor de que, de modo accidental, reveláramos nuestra condición.

—Ah, de modo que no sois partidarios de las viejas formas. Lamento la sugerencia —dijo el posadero, azorado.

El hermano Edmund suspiró.

—No os preocupéis. Estoy dispuesto a pagaros de más. ¿De verdad no tenéis más que una habitación?

El posadero se pellizcó las manos.

—Nada me gustaría más que poder complaceros. Esta noche tenemos alojado en la posada a un grupo numeroso. En alguna otra ocasión hermano y hermana han compartido habitación. Las estancias son espaciosas y puedo ordenar que os lleven un camastro adicional.

—No podemos volver al camino. Tendremos que conformarnos con una habitación —apremié al hermano Edmund.

—Muy bien —dijo.

—Servimos comidas calientes al otro lado de la arcada —anunció aliviado el posadero—. No se trata de una taberna, de modo que es un lugar adecuado para vuestra hermana. Y sin coste alguno, permitid que os ofrezcamos pastel de pescado caliente y cerveza.

Eso sonó mucho más tentador que uno de los mendrugos de pan frío que llevábamos en las sillas.

La sala contigua, en la que había media docena de mesas de madera, resultó ser tan agradable como nos había prometido el posadero. Ardía un fuego recién encendido. Minutos más tarde devorábamos los humeantes pasteles calientes. Un criado nos sirvió jarras de cerveza fría.

—¿Nada que ver con la clase de bebida que nos ha servido la duquesa viuda, verdad? —preguntó el hermano Edmund con una sonrisa.

Me encogí de hombros.

—Sabe bien.

El hermano Edmund me observó cavilosamente desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Vuestro carácter me parece extraordinario, hermana Joanna. En el priorato, y también ahora, durante nuestro arduo viaje, jamás os habéis quejado de las inconveniencias ni de las adversidades.

—¿Acaso no renunciamos a las comodidades y a la mundanal pompa cuando abrazamos la vida religiosa? —pregunté.

—Sí. Sin embargo, después de haber conocido a vuestra prima, se me antoja realmente singular el modo en que os comportáis.

Sentí que me sonrojaba de júbilo.

—Creía que admirabais a la duquesa viuda —dije tímidamente.

Él sonrió y dijo:

—No es la clase de mujer que despierta la admiración de un fraile dominico.

—¿Acaso un fraile admira a alguna mujer?

El hermano abrió la boca y al instante la cerró. Para mi asombro, parecía avergonzado.

Hubo un alboroto en la zona de la entrada, seguido de voces masculinas. Un instante después, se unió a nosotros un grupo de lo más extraordinario. Una docena de hombres, todos vestidos con el atuendo de fraile o de monje, encontraron dónde sentarse. Pero ninguno pertenecía a la misma orden. Eran en su mayoría benedictinos, aunque también vi a dos franciscanos y a un agustino. La única orden visiblemente ausente era la nuestra, la de los dominicos.

El de aspecto más singular era un monje cisterciense. Con un hábito blanco y un escapulario negro, el hombre era de tez pálida y tenía unos ojos celestes y un flequillo de pelo blanco, aunque no debía de tener más de treinta y cinco años. Perpleja, entendí que debía de ser albino.

El cisterciense se sentó a la mesa más próxima a la nuestra. El hermano Edmund no podía apartar los ojos del grupo.

—Os saludo en esta hermosa noche. —Su voz era meliflua—. Soy el hermano Oswald.

Al ver que el hermano Edmund se había quedado absolutamente aturdido por la llegada del grupo de monásticos, dije:

—Saludos, hermano. Somos Joanna y Edmund Sommerville. Viajamos desde Kent por un asunto familiar.

El monje sonrió.

—Es un placer conocer a tan agradable pareja. ¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—No estamos casados —dijo el hermano Edmund—. Ella es mi hermana menor.

Los ojos del hermano Oswald saltaron del uno al otro, sin duda reparando en nuestra absoluta ausencia de parecido.

—Ah, muy bien —dijo, con la misma voz dulce. Dio un largo sorbo a la cerveza que le habían puesto delante—. ¿No somos pues afortunados, hermanos? ¿No nos sonríe Dios desde las alturas? Primero oímos misa en una iglesia bendecida y después regresamos a esta posada y disfrutamos de esta generosa comida, y ahora coincidimos con estos desconocidos, dos hermanos que también están de viaje.

El resto de los hombres nos miraron y sonrieron con gran simpatía.

—¿Cuál es vuestro destino? —preguntó el hermano Edmund.

El hermano Oswald sonrió.

—La divina verdad —dijo.

—Amén, hermano. Amén —gritaron los demás hombres presentes en la sala.

—Tenemos un destino espiritual —dijo el hermano Oswald—. Recorremos el país en su busca. Ya no podemos buscarlo en las abadías, pues han disuelto nuestras casas por orden del rey. Nos han obligado a marcharnos. Pero eso no es impedimento. No, no, no. Nos hemos unido (nos han unido, sería otro modo de describirlo) para viajar como si fuéramos uno. Algún día encontraremos la respuesta y descubriremos cuál es el mejor modo de servir a Dios, y el mejor modo de vivir el resto de nuestras vidas aquí, en la tierra. Percibiremos Sus intenciones al permitir la disolución de las órdenes religiosas de Inglaterra.

El hermano Edmund y yo bajamos la vista hacia la mesa. Sus flacos hombros temblaron. Temí que perdiera el control delante de todos ellos.

—¿Puedo haceros una pregunta? —me apresuré a decir.

—Por supuesto, señora Sommerville.

Me estremecí. Era vergonzante engañar a un hombre como el hermano Oswald empleando nombres falsos. Aun así, proseguí.

—¿Vais de iglesia en iglesia, viajando por Inglaterra, buscando la iluminación a través de la oración?

—Oímos misa siempre que podemos —respondió—. Pero también buscamos a Dios en los bosques, en los campos, en los mercados, en cualquier lugar donde pueda morar Su sabiduría. Hemos venido hasta aquí, a Amesbury, en peregrinación a un lugar ancestral. Es uno de los lugares más antiguos de la tierra. ¿Habéis oído hablar de él? ¿De Stonehenge?

Me tensé en la silla.

—¿Está cerca?

—Oh, sí. Según creo, esta posada aloja principalmente a quienes vienen a visitarlo.

De niña había oído espantosas historias sobre Stonehenge, que era un templo construido por una raza de gigantes irlandeses muchos siglos atrás.

—Pero ¿no es ese un lugar de veneración druida? —pregunté.

—Abrimos nuestras mentes y nuestros corazones a cualquier señal de Dios, señora Sommerville, y tenemos entendido que Dios a veces habla a los fieles al amanecer en Stonehenge.

El hermano Edmund alzó la mirada.

—¿Al amanecer? —preguntó con voz ronca.

El hermano Oswald estudió al hermano Edmund. Los ojos celestes del cisterciense estudiaron su sombrero, como si detectara la tonsura que se ocultaba debajo.

—¿Os gustaría uniros a nuestra peregrinación matinal? —preguntó afablemente—. Se puede ir andando desde aquí. Partiremos poco después del alba.

—Oh, no, no somos dignos de acompañaros —dijo el hermano Edmund.

El hermano Oswald sonrió.

—Todos somos dignos en el amor de Dios —dijo—. Y aunque acabo de conoceros aquí esta noche, tengo la poderosa sensación de que vuestra hermana y vos estáis destinados a acompañarnos.

El hermano Edmund me miró.

—Sí lo deseáis, iremos —dije. Él asintió, agradecido.

Quedamos en encontrarnos con el hermano Oswald y con los demás al alba. La mayoría de ellos habían pagado una habitación, pero, según nos contó el hermano Oswald, otros dos hermanos y él habían decidido dormir en el suelo de las cuadras. Ese era su deseo. El hermano Oswald, cisterciense convencido, no había dormido en un lecho desde que había jurado sus votos siendo un adolescente.

El hermano Edmund y yo subimos la escalera que llevaba a nuestra habitación. Abrí la puerta. Era un espacio amplio. Tal y como había

prometido, el posadero había puesto un camastro en el suelo, delante de la cama, cubierto de mantas. Había hasta una chimenea.

El hermano Edmund vaciló, sin pasar de la puerta.

—Más que nunca estoy convencido de que esto no es de recibo —dijo —. Puedo dormir en las cuadras con el hermano Oswald y con John y Luke.

—Pero mirad este lugar —protesté—. No puedo ocuparlo yo sola.

Tras un prolongado e incómodo silencio, dijo:

—De acuerdo. Pero debemos colgar una manta junto a la cama para daros mayor privacidad.

El hermano Edmund logró colgar una manta para protegernos al uno del otro. Yo extendí otra manta sobre mi cama y me deslicé debajo. Totalmente tapada, me quité la falda y el corpiño y los dejé sobre la manta, quedándome solo con el viso puesto.

Lo único que se oía en la habitación era el crepitar del fuego en la chimenea.

—Buenas noches, hermano Edmund —dije, nerviosa.

Hubo un largo silencio. Cuando ya creía que se había quedado dormido, oí la voz del hermano:

—Buenas noches, hermana Joanna.

No concilié el sueño enseguida. Estaba tan cansada que durante un rato caí en una especie de inconsciencia. Pero de pronto me encontré en un campo. Hacía un calor delicioso. Vi por doquier flores de todos los colores. Las cogí y las metí en mi cesta. Había un parterre de flores rojas especialmente hermoso y me agaché para hacer un ramillete.

Una mano blanca me agarró la muñeca y caí, atravesando el suelo húmedo. Se formó un túnel y me precipité por él. Grité, aunque sabía que nadie podía oírme.

Me vi de pronto sentada en una cueva con los brazos alrededor de las rodillas. El agua goteaba en un estanque oscuro. Oí pasos en la cueva y empecé a respirar agitadamente. No vi acercarse a nadie, pero de pronto un hombre se arrodilló a mi lado. Sonreía, intentando calmarme.

—Ya nada malo os ocurrirá, hermana Joanna —dijo.

—¿Sabéis cómo me llamo? —pregunté.

Asintió.

Me sentí muy débil y me tumbé en el suelo de la cueva mientras el agua goteaba más deprisa en el estanque situado junto a mi cabeza. Cerré los ojos. Sabía que algo estaba a punto de ocurrirme. No quería verlo, pero tampoco quería levantarme.

Noté entonces que una suave brisa me recorría el cuerpo, haciéndolo tiritar. No tenía ninguna mano encima, solo la brisa. Me acariciaban, cosquilleándome con sus descargas dolorosamente largas. El agua goteaba más deprisa todavía en el estanque, convirtiéndose poco a poco en una cascada. Oí breves jadeos y entrecortadas respiraciones, pero no eran de un hombre, sino sonidos que bien podía producir una mujer. Sentía un cosquilleo y ardor en los miembros.

Desperté, sobresaltada. El frescor y la suave brisa habían desaparecido. Estaba enmarañada en la manta, sudada y confusa.

Una enorme oleada de vergüenza me consumió. Había tenido un sueño pecaminoso. Me volví hacia la ventana con parteluz que estaba junto a la cama. La luna brillaba en lo alto del cielo. Era plena noche.

A pesar del cansancio que me embargaba, era presa de una gran inquietud. Empecé a preguntarme si el hermano Edmund estaría dormido. De no ser así, tenía que hablar con él. Aunque era egoísta por mi parte, y sin duda estaba cometiendo un terrible error, anhelaba que me tranquilizara y me asegurara que no era una persona espantosa. Me senté en la cama. Me temblaba la mano cuando la extendí para apartar la manta que él había colgado al lado de mi cama.

Moví la manta a un lado, apenas unos centímetros, y me asomé a mirar. La luz de la luna bañaba la habitación. Pude ver con claridad el camastro en el otro extremo de la habitación. Estaba vacío. El hermano Edmund había desaparecido.

Volví a desplomarme en la cama. Finalmente debía de haberse ido a dormir a las cuadras. Me sentí confundida y un poco enfadada al ver que había actuado así después de nuestra conversación, aunque a la vez me sentí también curiosamente aliviada.

Minutos más tarde había vuelto a quedarme dormida.

Fue fácil despertarme antes del alba. Me había acostumbrado a hacerlo gracias al tiempo que había pasado en el priorato. Me vestí y bajé.

Los monjes y los frailes se habían congregado en el patio que estaba a la entrada de la posada. El hermano Edmund hablaba con los benedictinos. Vi a un lado a John y a Luke con nuestros caballos preparados.

El hermano Edmund vino hacia mí. Esperaba que dijera algo sobre su desaparición de la habitación.

—Esta peregrinación no debería llevarnos mucho tiempo —dijo con un tono frío e impersonal—. Iremos a pie con los hermanos hasta Stonehenge y después seguiremos solos a caballo. Deberíamos llegar a la abadía de Malmesbury mucho antes de que anochezca.

Asentí y esperé. Siguió sin mencionar la noche anterior. Me dio la sensación de que no parecía tan enfermo como otras mañanas. Las pesadillas no le habían atormentado.

Se inclinó hacia mí para decirme algo más en voz baja.

—Yo iré a pie con los hermanos, pero vos deberíais ir a lomos de uno de los caballos.

Retrocedí.

—¿Os han pedido los monjes que me digáis que debo separarme del grupo?

—No.

Se me tensó la garganta.

—¿Deseáis entonces que viaje apartada de vos?

—Quizá sea lo mejor —añadió.

—Si vamos a peregrinar a ese lugar ancestral, viajaré como viaja un peregrino, es decir, a pie —dije sin contener mi enojo.

El hermano a punto estuvo de decir algo, pero le aparté a un lado y me acerqué con paso firme al hermano Oswald.

—Os agradezco la invitación. Cuando estéis dispuestos, yo estoy preparada para caminar.

Cruzamos la oscura y silenciosa villa de Amesbury. Un monje franciscano abría la marcha, portando un grueso cirio. Nuestros zapatos emitían crujidos sobre el suelo helado.

Estaba tan enfadada con el hermano Edmund que me propuse caminar alejada de él. Cada vez que se acercaba a mí, yo apretaba el paso o iniciaba

una conversación con algún fraile amigable. Después del tercer intento, pareció darse por vencido y se quedó definitivamente rezagado.

Tomamos un camino que emergía de la villa y avanzamos en fila de a uno, cantando himnos. Las nubes blancas de nuestro aliento quedaban suspendidas en el aire.

El sendero recorría una serie de pequeñas y bajas colinas. Hacia el este, una débil luz fue ascendiendo despacio en el horizonte. Me volví a mirar al final de la fila de hombres religiosos. El hermano Edmund estaba situado en la parte central, y Luke y John cerraban el grupo con los caballos.

El franciscano que portaba el cirio se detuvo en lo alto de una colina y se volvió hacia nosotros antes de apagar el cirio en un gesto no exento de dramatismo. Un resplandor rojizo palpitó en el aire.

—Deprisa —gritó alguien. Echamos a correr para llegar a la cima de la colina donde estaba el franciscano. Ya no respetábamos la fila única. Cuando le dimos alcance, nos quedamos de pie en la cima hombro con hombro, todos por igual.

Desde lo alto de la colina vi en la cumbre de la siguiente un tosco círculo roto de piedras enormes, todas ellas de la misma altura, dispuestas alrededor de un puñado de otras más pequeñas. Era lo más extraño que había visto nunca. Y sin embargo me resultaba familiar. Como el fragmento de un sueño que hubiera tenido hacía años y que se hubiera materializado en aquella ondulante llanura.

Mientras caminábamos juntos hacia las piedras, el sol se elevó sobre la colina a lo lejos, por detrás de Stonehenge. De pronto, donde hasta entonces había habido piedras de color gris claro sobre la tierra oscura, vi contrastes cegadores. El oro refulgía sobre el negro; las sombras se deslizaban por doquier.

El monje que estaba más cerca de mí se rio al ver las sombras. Era un fornido benedictino, con unos separados ojos marrones y una barba canosa. Las lágrimas le surcaban las mejillas. Yo todavía no había hablado con él esa mañana y no había sabido de su existencia hasta la noche previa, y aun así nos sonreíamos como si fuéramos amigos de la infancia. Le tendí la mano y él la tomó. Sus ásperos dedos me acariciaron la palma. Hicimos juntos el resto del camino.

Cuando me acerqué al círculo exterior de piedras, me eché a temblar. Estaba plenamente convencida de que todo lo que había hecho en mi vida, cada una de mis decisiones, cada una de las palabras pronunciadas, me habían llevado esa mañana a esa colina.

Parte de los monjes y de los frailes caminaron alrededor de las piedras. Algunos rezaban de hinojos y otros se quedaron de pie en el centro con las palmas de las manos vueltas hacia el cielo. Vi al hermano Edmund girar en círculo, despacio, mirando las piedras. El hermano Oswald se había arrodillado a su lado, cantando.

Caminé entre dos de las piedras exteriores, que multiplicaban por tres la altura de cualquier hombre, para entrar al círculo. Las piedras gigantescas del centro estaban retorcidas, más deformadas, casi como si estuvieran dañadas. De repente se me ocurrió que las piedras exteriores eran extraordinariamente protectoras en su círculo. Era como el priorato y el modo en que las hermanas cuidábamos de las demás. La enferma, la malherida o la débil se movían al centro, y las más fuertes creaban una cadena para sanar y confortar. Nuestras vidas, nuestro compromiso, estaban allí celebrados. Importábamos.

Me arrodillé en el suelo. El sol naciente me bañó el rostro. Me puse a rezar. Apenas había empezado cuando sentí que un pie me golpeaba la rodilla. Era el hermano Edmund. Tenía la boca torcida.

—Tenemos que marcharnos —dijo.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Aquí no hay respuestas —dijo—. Solo piedras enormes que los paganos subieron hace siglos a la cima de una colina.

—¿Y el hermano Oswald? —Miré al cisterciense, que seguía concentrado en sus cánticos.

—Aquí no aprenderá nada, y mucho menos obtendrá respuestas a por qué Dios ha permitido la disolución de los monasterios. —La voz del fraile era dura—. El único modo de ayudarle, de ayudar a todos estos pobres hombres, es encontrando el modo de detener a Cromwell.

El hermano Edmund se inclinó y tiró de mí para levantarme, sujetándome con sorprendente fuerza. Se dirigió entonces a paso rápido

hacia los caballos, sin soltarme en ningún momento. Cuando pasamos junto a un gran matorral, me acerqué demasiado y una rama me arañó el brazo.

—No es necesario que me llevéis a rastras —repliqué—. Me he hecho daño.

—¿Acabo de oíros formular una queja, hermana Joanna? —preguntó—. Vaya, a fin de cuentas esta mañana sí ha ocurrido algo memorable.

Me desasí de su mano y me aparté de él.

—¿Qué os ocurre?

—Disculpadme, no debería hablar así. Es solo que siento un tremendo dolor por estos hombres inocentes. Y pena. De camino a las piedras, el hermano Oswald me ha contado que habían juntado el dinero de sus pensiones. No pretenden emplearlo para vivir de él en los años venideros, ni para pagar sus pasajes a Europa y buscar abadías que puedan acogerles. Se niegan a abandonar su país y están gastando todo el dinero de su pensión ahora, en este absurdo deambular por Inglaterra.

—¿Estáis seguro de que son ellos los absurdos y no nosotros? —pregunté.

Hizo una mueca.

—No, no lo estoy.

Seguimos andando en silencio durante unos minutos. El hermano Edmund y yo miramos por última vez a los monjes, que seguían orando y cantando, congregados alrededor de Stonehenge. Me dolió pensar que no volvería a verles.

—Aun así, podrían encontrar hoy mismo la iluminación —dije, pensando en la revelación que había experimentado mientras estaba de pie dentro del círculo de piedras—. Nadie puede ver en las plegarias de los demás.

Los labios del hermano Edmund se tensaron.

—Debemos llegar a la abadía de Malmesbury.

Montamos a nuestros caballos y partimos.

Nos dirigíamos hacia el noroeste. Luke era de gran ayuda. Mi prima estaba en lo cierto: conocía bien la zona. Fue él quien guio nuestro viaje mientras serpenteábamos entre las granjas yermas y los campos de ovejas, avanzando despacio porque los caminos eran muy estrechos y estaban en

muy malas condiciones. Parecía muy poco probable que una gran abadía, lugar de reposo eterno de un gran rey, permaneciera apartada en aquella pobre región. El hermano Edmund no dejaba de mirar al sol, que llegó a su zénit antes de iniciar su descenso por el oeste. Hablaba muy poco, salvo para decir no siempre que John o Luke sugerían hacer un alto para descansar.

En mitad de la tarde, por fin le convencí.

—Hay que dar de comer a los caballos. Quiero llegar a la abadía tan pronto como vos, pero los animales flaquearán sin comida ni agua y no tenemos monturas de recambio.

Mientras los caballos descansaban y yo compartía pan y manzanas con John y Luke, el hermano Edmund se quedó un poco alejado de nosotros con los dedos entrelazados a la espalda y la mirada fija en los árboles que bordeaban el camino. Por el recelo con el que Luke le miraba, entendí lo mucho que temía al hermano Edmund.

Cogí la última manzana y me acerqué a él con paso firme.

—Por favor, hermana. No me lo pidáis. Hoy no puedo comer nada —masculló. Vi una gota de sudor que le surcaba la frente a pesar del frío. Su aflicción era peor que nunca.

De pronto señaló a un bosquecillo alejado del camino y echó a andar súbitamente hacia allí.

—¿Qué ocurre, hermano? —grité—. Por favor, deteneos. Esperadme.

El hermano corrió aún más deprisa y yo le seguí, asustada.

Tras los árboles había una ruina de piedra. Solo quedaban en pie los cimientos y la mitad de un muro, pero en el extremo opuesto de la estructura cuadrada de los cimientos se alzaba una extraña cruz. Tenía un círculo en el centro y las puntas de la cruz se extendían justo un poco más. La base mostraba leves improntas y la cruz tenía una altura de un metro largo y el centro estaba muy cerca del suelo, de modo que la cruz parecía estar hundiéndose en el suelo.

—Podría tener setecientos años de antigüedad —me dijo, entusiasmado.

—¿Qué lengua es? —pregunté, señalando las improntas.

—No estoy seguro. Quizá sea celta —dijo. Tendió la mano, acarició la cruz con reverencia y empezó a rezar.

Cuando regresamos junto a los demás, el hermano le preguntó a Luke si había visto alguna otra cruz como esa en la zona.

—Sí, señor —dijo el joven—. Esta es la parte más antigua de Inglaterra.

—¿Antigua? —repitió afiladamente el fraile—. ¿En qué sentido?

Luke se encogió de hombros, visiblemente incómodo.

—Es lo que dice la gente, señor. Este camino, Kingsway, fue construido hace muchos, muchos años. Mi abuelo lo llamaba «el camino de Alfred».

El hermano Edmund y yo cruzamos una mirada y él se alejó a grandes zancadas hacia su caballo.

—Vamos…, reemprendamos la marcha —gritó, con sus ojos marrones brillantes.

John y Luke cruzaron miradas de preocupación mientras se dirigían con lentitud hacia sus caballos. Intenté fingir ante los dos hombres que todo iba bien.

El crepúsculo estaba cerca. El día tendría que haber estado enfriándose por momentos, pero a medida que avanzábamos hacia el norte, tan deprisa como lo permitía el camino, el aire iba temperándose. Era una sensación desconcertante. Puesto que yo no padecía la aflicción del hermano Edmund, la que le provocaba los sudores, ¿qué motivo podía explicar eso? Entonces vi que también John se aflojaba la vestidura que le hacía las veces de abrigo.

Era como si algo brotara desde el interior de la tierra para caldearnos.

Cuando llegamos a un cruce, Luke se levantó en la silla.

—Malmesbury está allí delante —gritó. Una colina plana se alzaba contra el horizonte del oeste. En la cima, una muralla circundaba un arracimado grupo de tejados. Era sin duda un núcleo mayor que una pequeña aldea.

Oí un susurro. Por nuestra izquierda bajaba un río cuyas aguas corrían sobre lisos cantos y trazaban una curva que rodeaba la villa situada en lo alto de la colina. Un antiguo puente de piedra lo cruzaba. El río se bifurcaba y el segundo brazo rodeaba Malmesbury. El camino iniciaba entonces su ascenso hasta una villa que era casi una isla entre los ríos.

—Mirad. ¿Creéis que es allí? —preguntó el hermano Edmund, señalando al edificio mayor del grupo de construcciones que se elevaban en

lo alto de la colina. Vi unas torres y un largo tejado inclinado.

—Pero es casi tan grande como una catedral —dije, maravillada.

El hermano espoleó a su caballo, cuyos cascos repiquetearon sobre la piedra del puente.

—¿Dónde está la abadía? —Oí que le gritaba a un hombre que caminaba a un lado del puente.

—En el extremo norte de la villa, señor —respondió el hombre, tocándose el gorro.

El hermano Edmund salió despedido como una exhalación, cruzando al galope las puertas de Malmesbury. Mi caballo estaba exhausto y no quise azotarlo para obligarle a subir una colina a la carrera, de modo que me limité a trotar tras él con John y Luke.

Cuando llegamos a la parte principal de la villa, le vi por delante de nosotros. El hermano Edmund detuvo su caballo y saltó al suelo, tan rápido que tropezó antes de recobrar el equilibrio e incorporarse. Corrió hasta un alto muro de ladrillo que se alzaba a la derecha de la calle y una vez que llegó allí se quedó inmóvil como una estatua.

—¡No! —le oí gritar, como si le hubieran atropellado.

Cuando le di alcance, el hermano lloraba sin disimulo. Un pequeño grupo de personas se había congregado a su alrededor: dos mujeres, un anciano y un niño, todos visiblemente preocupados por el desconsolado extranjero.

Corrí hasta donde estaba el hermano Edmund.

—En el nombre del Salvador, ¿qué os ocurre? —imploré.

—Malmesbury ha sido destruido —dijo, entre jadeos.

Miré por el arco de la entrada. Una larga y magnífica abadía se extendía al otro lado del muro, con sus imponentes torres y columnas, pero su inmensa espira yacía en el suelo, dejando un gran hueco en la estructura del edificio. Todo parecía indicar que estaban desmontando la parte delantera de la abadía, pieza a pieza. Había una montaña de ladrillos a un lado y dos carros llenos de ladrillos. Muy cerca habían excavado un agujero.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo el hermano Edmund.

OceanofPDF.com

41

Una de las mujeres del grupo que se había congregado a nuestro alrededor me dio un suave codazo.

—Pero la abadía no ha sido destruida, señora —dijo.

El hermano Edmund la oyó.

—¿Qué estáis diciendo? ¿No ha sido esto obra de los comisarios del rey?

—No, señor —respondió la mujer—. Los comisarios han venido a redactar su informe, pero todavía no han disuelto nuestra abadía. La espira se derrumbó a causa de una terrible tormenta hace ya muchos años, antes de que yo naciera. Por fin están retirando todas las partes dañadas. No tienen dinero para las reparaciones. Pero en la parte trasera la abadía sigue intacta. Hay un prior y monjes, y todas nuestras tumbas. —Hizo una pausa—. ¿No oís los cánticos?

—No oigo nada —dijo abatido el hermano Edmund.

La mujer pidió silencio. Fue entonces cuando lo oímos: desde algún punto situado detrás del muro, llegó un hermoso sonido. La musical armonía de muchas voces cantando orgullosas y al unísono los oficios de vísperas.

La mujer se volvió hacia el hermano Edmund.

—Alegraos, señor —dijo.

Los demás se adelantaron también para consolarle.

—Todavía conservamos a nuestros monjes —intervino el anciano—. La abadía de Malmesbury no os decepcionará. —Hacía mucho tiempo que no veía semejante muestra de compasión en unos desconocidos. También el hermano Edmund, que parecía profundamente conmovido.

—Oh, gracias, buenos cristianos, gracias —dijo, santiguándose antes de cruzar el arco de entrada y pasar al jardín de la abadía.

Rápidamente les di unas monedas a John y a Luke y les dije que fueran en busca de algún lugar donde cenar y que se encargaran de alimentar a los

caballos.

—Intentad encontrar una posada en la villa y volved dentro de tres horas —dije.

—Pero será noche cerrada para entonces —dijo John—. ¿Qué haremos si no hay ninguna posada?

No respondí. Me volví para ir tras los pasos del hermano Edmund, que cruzaba a toda prisa el jardín. No era fácil ver los ladrillos caídos a la luz menguante del crepúsculo. Tropecé con uno y me hice daño en la rodilla derecha. Sentí expandirse el calor de la sangre, pero hice caso omiso del dolor.

—¡Aguardad, hermano! —le grité.

Al llegar a la puerta abierta situada en un lateral de la abadía, el hermano vaciló. En cuanto le di alcance, se quitó en silencio el sombrero, dejando a la vista la tonsura.

—No voy a representar un falso papel aquí, delante de Dios —dijo.

—No conocemos a este prior, y no sabemos si podemos fiarnos de él —le advertí.

El hermano Edmund cerró los ojos y escuchó el cántico que reverberaba desde el interior de la abadía.

—¿No es hermoso, hermana Joanna? —dijo—. ¿No tenéis la sensación de haber vuelto a casa?

—Es agradable volver a oír los oficios —respondí con cuidado. Había algo en esa abadía elegante y parcialmente destruida que me trastornaba.

—Cuánto desearía poder confesarme mientras estoy aquí —dijo, echando una mirada al interior—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez y mis pecados son graves.

—Seguro que no, hermano Edmund.

Levantó la mano para agarrarse al muro de la abadía, como si lo necesitara para aunar fuerzas.

—Tengo algo que deciros, hermana Joanna.

—¿Sí?

Apartando la mirada hacia un lado de la puerta, dijo:

—Quise yacer con vos anoche. Jamás he estado con una mujer, pero en esa habitación sentí una gran tentación. Debo decir esto antes de que

entremos a la abadía.

Miré el perfil de su rostro flaco y sensible.

—Por eso salí de la habitación y por eso os he tratado con tanta frialdad esta mañana —prosiguió con la voz entrecortada—. He sido injusto con vos. No habéis hecho nada malo. Soy un hombre muy débil…, ambos lo sabemos. Sin embargo, son vuestra fe y vuestra confianza en mí las que me han sustentado durante todas estas semanas. Os juro, por mi vida, que jamás traicionaré vuestra confianza.

Las palabras se inflamaron en mi garganta. El hermano parecía esperar que dijera algo, pero yo no podía hablar.

El cántico de vísperas alcanzó un *crescendo* en el interior de la abadía: «Venid, cantemos al Señor, Nuestro Señor…».

El hermano Edmund se volvió a mirarme con unos ojos a la vez tristes y llenos de orgullo.

—¿Entramos, hermana? —preguntó.

—Sí, hermano.

Los cánticos nos guiaron hasta los monjes benedictinos de Malmesbury. Dejamos atrás las ruinas de la abadía de camino a la zona posterior, que había quedado intacta. La iglesia de la abadía era grande y antigua. Las columnas, los bancos, se parecían a los de otros lugares de culto. El ábside se elevaba trazando un arco de ojiva, lleno de vidrieras de exquisita belleza. El parpadeo de los cirios bailaba reflejado en los múltiples rostros del cristal emplomado.

El hermano Edmund y yo esperamos respetuosamente al fondo de la iglesia a que concluyeran las vísperas.

El prior advirtió nuestra presencia. Bajó del ábside y recorrió la nave para ir a nuestro encuentro.

El hermano Edmund no se movió ni se encogió, pero tuve miedo. ¿Qué iba a pensar el prior de un hombre con tonsura que no vestía el hábito de fraile ni de monje y que iba acompañado de una mujer?

El prior, un hombre alto con unos ojos de un extraordinario color verde, pómulos prominentes y de unos cuarenta años de edad, se detuvo a un par de metros de nosotros. Levantó las manos al cielo, exultante.

—¡Habéis venido! —exclamó—. Bendito sea Dios, habéis venido.

El hermano Edmund le miró de hito en hito, confundido.

—¿Nos conocéis? —le preguntó al prior.

—Todos os conocemos. Os vemos todos los días —fue la respuesta de prior.

Me acerqué más al hermano Edmund. Aquello era un gran error.

—Prior, es la primera vez en nuestra vida que estamos en esta abadía —dijo muy serio el hermano Edmund.

El prior sonrió como única respuesta.

—Soy el prior Roger Frampton y os doy la bienvenida a este lugar donde os esperábamos, y esta noche precisamente.

El prior se volvió de espaldas y nos indicó con un gesto que le siguiéramos por el pasillo central hacia el ábside de la iglesia. Había unos veinte monjes sentados en sus sillas. Todos esbozaron sonrisas de júbilo al vernos pasar, como si fuéramos dos hijos pródigos que regresaban a casa, lo cual no hizo sino atemorizarme más todavía. Me pegué al hermano Edmund. Al pasar junto a la primera silla vi a un único monje, un hombre flaco y de pelo canoso, que no sonreía y que nos lanzó una mirada llena de temor y de desconfianza.

El prior Roger señaló a una vidriera que estaba en el extremo izquierdo. Tenía varios siglos de antigüedad. Había en ella dos austeras figuras, juntas: un hombre y una mujer. El hombre era rubio y lucía en la cabeza una inconfundible tonsura. La mujer, más baja, tenía el pelo largo y oscuro. A los pies de ambos brillaba una corona dorada.

El hermano Edmund y yo nos miramos, boquiabiertos. Nuestra llegada a Malmesbury estaba anunciada y había sido inmortalizada en una vidriera bendita.

—¿Sabéis entonces por qué estamos aquí? —conseguí preguntar.

El prior asintió.

—Habéis venido a servirle. —Levantó las manos para venerar la figura de mayor tamaño que ocupaba el panel central de la vidriera. El hombre llevaba una armadura dorada, una capa roja sobre los anchos hombros y empuñaba un escudo y una espada. El pelo, largo y rubio, le caía sobre los hombros. Mostraba un rostro joven y extraordinariamente hermoso, aunque

serio. Tenía un pie en alto, como si estuviera a punto de salir de la vidriera y entrar en la iglesia.

—El rey Athelstan —dije, conteniendo el aliento.

—Athelstan el Glorioso, primer rey de Inglaterra y el benefactor de nuestra abadía. —La voz del prior reverberó por toda la iglesia. Una oleada de fervientes murmullos le respondieron—. Fuerte y valiente, también sabio y justo en todos sus actos. Un hombre de gran pureza.

—¿Su tumba está aquí, en la abadía? —preguntó el hermano Edmund.

El prior asintió.

—Os llevaré hasta él.

Prendió un cirio y nos condujo por una escalera de piedra circular que descendía desde uno de los laterales de la iglesia y que desembocaba en un vestíbulo. Desde allí nos movimos hacia un sólido arco redondeado. Pensé que quizá estábamos debajo del altar de la iglesia.

El prior prendió unos cirios cuando entramos en la sencilla sala de piedra. Nos indicó que nos situáramos delante de la inmensa figura labrada de Athelstan. Era sin duda una tumba majestuosa, aunque desnuda y desprovista de adornos. El rey yacía sobre un bloque rectangular, boca arriba, vestido con largas vestiduras y una sencilla corona. Me sentí como si me hubiera zambullido en el corazón de un reino perdido sajón.

El prior Roger se arrodilló delante de la tumba y nosotros nos situamos uno a cada lado. El suelo estaba desgastado por obra de las humildes rodillas de la multitud de personas que se habían postrado allí. Labrada en una de las esquinas del monumento leí la siguiente inscripción: «Athelstan, 895 a 939, *Anno Domini*».

El prior recitó:

—Santo rey Athelstan, renombrado en el mundo entero, cuya estima florece y cuyo honor perdura por doquier, al que Dios nombró rey de los ingleses, sustentado por la fundación del trono y como líder de las fuerzas terrenales.

Algo se agitó en el aire. Miré por encima del hombro. Tuve la impresión de que un hombre entraba a la sala, pero no vi a nadie. Me palpitaba la rodilla derecha que me había herido al caerme en el jardín. Recé para no manchar de sangre el suelo.

Me volví hacia la figura de mármol del rey e intenté retomar mi plegaria, pero me distrajo una opresiva sensación de que alguien me vigilaba, y no con bondad ni con buen juicio. Me acordé entonces de la vez que, en el pasillo que comunicaba con el claustro de Dartford, había corrido aterrada y presa de esa misma sensación. Alcé la vista hacia el rostro labrado de Athelstan y contemplé su rostro más adusto que el de la vidriera. Aquel era un rey que, siendo apenas un niño, había metido a su propio hermano en un barco sin vela, agua ni comida, y lo había abandonado en el mar.

El prior se santiguó y se levantó. Le imitamos.

Yo deseaba por encima de todo salir de la sala, pero el hermano Edmund no parecía turbado por ninguna presencia. Escudriñaba la tumba con gran interés.

—He estudiado historia toda mi vida, pero poco es lo que sé sobre este rey. No tengo ninguna explicación que justifique por qué su reinado me es tan ajeno. ¿Tuvo una reina, familia?

—Oh, no —respondió el prior con un estremecimiento, como si semejante idea fuera de mal gusto—. Athelstan jamás conoció el contacto de una mujer. Se dedicó a Dios en cuerpo y alma.

—¿Juró los votos? —preguntó el hermano Edmund—. ¿Fue monje el rey?

—No, fue algo distinto, algo jamás visto antes de su ascensión ni tampoco después de su muerte. Un rey de absoluta pureza. —El prior sonrió —. En nuestra biblioteca, que permanece intacta, conservamos muchos documentos que le honran. Las crónicas de William de Malmesbury, nuestro estimado historiador, están allí recogidas. —Pasó la mano por la esquina del monumento—. Sin embargo, temo que en nuestro país la historia está escrita por los conquistadores. Ya son pocos los que vienen a visitar la biblioteca. Desde que la familia de Alfredo, Eduardo y Athelstan se extinguió, ningún auténtico rey de Inglaterra ha ocupado el trono. Todos han llevado la sangre de los conquistadores extranjeros, los normandos y los Plantagenet. —Volvió a hacer una pausa—. A veces creo que Athelstan nos mandó una niebla para oscurecer su memoria y ayudar así a proteger

sus sagradas reliquias del alcance de quienes han mostrado ser probadamente indignos y que harían mal uso de ellas.

El hermano Edmund y yo nos tensamos.

—¿Os referís a su corona? —pregunté.

Los ojos del prior brillaron a la luz de las velas.

—Sí.

Miré inquisitivamente al hermano Edmund. Él asintió.

Di un paso hacia el prior.

—Soy la hermana Joanna Stafford, novicia de la Orden de las Dominicas del priorato de Dartford. Este es el hermano Edmund Sommerville, fraile de Dartford. Creemos que la corona del rey Athelstan está oculta en nuestro priorato desde la época en que fue fundado. Hemos viajado hasta aquí para saber más sobre el rey y su corona y entender mejor sus poderes.

El prior Roger asintió, como si eso fuera exactamente lo que había esperado oír.

—Acompañadme.

El hermano Edmund me tocó el hombro con suavidad y yo les seguí, a él y al prior, escaleras arriba. Nos adentramos en un largo pasillo que llevaba al despacho del prior.

Creí que nos ofrecería unas sillas, pero en vez de eso fue hasta una estantería situada en el rincón y levantó la mano hasta la esquina superior derecha. Empujó con fuerza. Se oyó un deslizamiento. La estantería se movió, en efecto, hacia atrás, dejando a la vista un lugar estrecho y secreto.

Me cubrí la cara con las manos. Esa era precisamente la clase de lugar que había estado buscando en Dartford, sin suerte, durante semanas. En un primer momento se me aceleró el pulso, exultante. Cuando volviera a mi priorato registraría las paredes del despacho de la priora en busca de una entrada similar. Pero me acordé entonces de que los hombres de Cromwell habían golpeado todas las paredes de esa habitación, además de levantar el suelo. Sospechaban que allí había alguna entrada, pero no habían logrado encontrar nada.

El prior nos invitó a seguirle.

—Traed el cirio —dijo.

Nos introdujimos en el interior del hueco, con el hermano Edmund a cargo de la fuente de luz. Casi de inmediato el hueco desembocó en un empinado tramo de escaleras.

—¿Creasteis este lugar para ocultar las reliquias de Athelstan? —preguntó el hermano Edmund mientras descendíamos.

—No —respondió el prior—. Conduce a nuestra casa oscura. Trasladamos aquí las reliquias más tarde.

—¿Qué es una «casa oscura»? —pregunté.

—Un lugar de castigo para quienes han pecado tan gravemente contra la orden que deben ser apartados del resto de miembros de la comunidad durante un periodo de tiempo —dijo el prior.

—¿Una celda de castigo? —preguntó, conmocionado, el hermano Edmund.

Habíamos llegado al final de la escalera.

—Por así decirlo. Había monjes que, tras ser juzgados culpables por sus priores, pasaban años aquí abajo, encadenados. —El prior se volvió a mirarnos, tranquilizador—. No lo utilizamos para eso, y de hecho hace muchos, muchísimos años que no lo hacemos, ya antes de que en 1420 el Santo Padre enviara un edicto en el que desaconsejaba su uso. Pero muchos monasterios y abadías de Inglaterra fueron construidos con ellos: habitaciones o cámaras enteras subterráneas. Tras el edicto, la mayoría tapiaron sus habitaciones. Nosotros, naturalmente, les dijimos a los comisarios que vinieron hace dos años que también habíamos tapiado la nuestra. Les mostramos la entrada original situada en otra parte de la abadía. La puerta tan solo daba acceso a un muro de fango. Esta otra entrada, situada en el despacho del prior, se construyó en secreto.

El prior empezó a conducirnos por un estrecho pasadizo. El suelo era de barro.

—¿Los comisarios del rey buscaban específicamente las reliquias de Athelstan? —preguntó el hermano Edmund—. ¿Preguntaron por la corona?

—Oh, sí. Insistieron para que les habláramos de ella, y varias veces. De algún modo han descubierto que la corona existe y sospechan que tiene grandes poderes, pero no saben dónde está oculta. Los comisarios del rey, Layton y Legh, hicieron varias visitas y sus hombres registraron hasta el

último centímetro de la abadía. Y el obispo Gardiner en persona ha hecho sus pesquisas.

—¿Gardiner ha estado aquí? —Alcé la voz, alarmada.

Un monje se adelantó, situándose ante nosotros. Había estado escuchando en la oscuridad. Era el monje nervioso de pelo canoso que habíamos visto en la parte delantera de la iglesia.

—¿Por qué lo preguntáis? —preguntó, señalándome—. ¿Qué sabéis vos de nuestro enemigo declarado, Stephen Gardiner?

OceanofPDF.com

42

Un silencio tenso llenó el pasadizo que llevaba a la casa oscura.

—Os presento al hermano Timothy —dijo el prior Roger—. Es un monje brillante donde los haya. —El tono del prior era paciente. Se volvió nuevamente hacia nosotros—. El obispo Gardiner era amigo del prior anterior. Vino varias veces a Malmesbury, a veces a buscar la guía de Dios sobre cómo navegar por la dificultad que presentaba el divorcio del rey. Pero en ocasiones era simplemente para preguntar por los detalles de las reliquias de Athelstan, en particular por la corona. Ni mi predecesor ni yo mismo ni ningún otro hombre aquí le ha contado al obispo la verdad sobre la corona. Habríamos padecido felizmente la muerte reservada a los traidores y nos habríamos dejado desmembrar delante de la chusma, antes que decirle dónde podía encontrar la corona de Athelstan.

—¿Por qué? —susurré.

—Porque es mucho más arriesgado que sea Gardiner quien se haga con la corona que lo consiga cualquier otro.

—No estamos seguros de eso —le regañó el prior.

El hermano Timothy dio un paso hacia mí al tiempo que estudiaba mi rostro.

—Con todo mi corazón, siento que no deberíamos contarle nada más a esta mujer —anunció.

—Su llegada, la de ambos, así como su misión, nos habían sido anunciadas —dijo el prior.

—Oh, sí, por el padre Eilmar. —El monje se frotó las manos, visiblemente agitado—. Hace cuatrocientos años, Eilmar tuvo una serie de visiones. Una era la de un hombre y una mujer que vendrían la víspera de la distribución. Los dibujó una y otra vez. El dibujo se copió y se trasladó a la vidriera que habéis visto en la iglesia. Pero también tuvo otras visiones. Oh, sí, el hermano Eilmar estaba convencido de que podía volar y se construyó unas alas. Un día se ató las alas al cuerpo y saltó desde una torre… y se

partió las piernas. ¡Nuestro buen monje dijo después que su único fallo había sido no haberse construido una cola!

El prior puso su mano en el brazo del hermano Timothy.

—Bien sabéis que ser elegido el receptor de grandes visiones puede ser tan inquietante como fascinante.

El hermano Timothy nos lanzó una mirada glacial.

—Pero, prior, podrían ser espías de Gardiner. Son dominicos y he oído decir que el obispo confía a los dominicos sus misiones más ladinas. El riesgo es enorme. Podríamos estar dejando las reliquias más valiosas de Inglaterra… y nuestro conocimiento sobre la mismísima corona… en manos del demonio, ¡de los protestantes!

—El obispo Gardiner no es protestante —dijo secamente el prior Roger —. Parecéis olvidarlo.

Aunque yo jamás había oído esa palabra —«protestante»—, entendí que el hermano Edmund sí y le vi negar vehementemente con la cabeza.

—Sus filas aumentan en número cada día que pasa —exclamó el hermano Timothy—. Y mirad el daño que hacen: en el norte, los pobres se mueren de hambre porque todos los monjes han sido asesinados o expulsados de sus monasterios tras la Peregrinación de Gracia. No queda nadie que dé limosna a los menesterosos y a los indigentes. Los enfermos no tienen dónde ir desde que derruyeron las enfermerías de los monjes. Cromwell dice que habrá nuevos hospitales y casas de beneficencia allí donde en su día sirvieron a ese propósito las abadías, pero todavía no han construido ninguna. Ni una sola. ¡Los hombres destruyen, pero jamás construyen!

Fue en ese momento cuando el hermano Edmund tomó la palabra.

—No hemos llegado hasta aquí guiados por una visión o una profecía —dijo—. Aun así, aquí estamos. Sabemos que la corona de Athelstan tiene un poder que los hombres buscan. Los comisarios del rey la buscan también en el priorato de Dartford, y sí, el obispo Gardiner la busca. Está frenético por dar con ella. Pero no es él quien nos ha enviado hoy aquí.

Me quedé helada. No podía creer que el hermano Edmund les estuviera contando tanto.

—Por mi alma eterna os juro que no entregaré la corona a nadie que pueda utilizarla para perjudicar a los fieles. —La voz del hermano Edmund tembló al hablar de nuevo—. No haré nada que pueda poner en peligro nuestros sagrados monasterios.

El prior asintió, dando muestras de su satisfacción, pero el hermano Timothy se volvió hacia mí con el rostro convertido en una máscara de odio.

—Ella nos engañará —insistió—. Lo sé en lo más profundo de mi alma. Es una criatura de nuestros enemigos y ya sabe lo bastante como para traicionarnos a todos. ¿No nos han enseñado acaso a todos que la mujer es poseedora de una malvada fragilidad? Su propio Tomás de Aquino dijo que la mujer es defectuosa y descabellada.

El hermano Edmund se movió hacia mí con actitud protectora, pero yo me adelanté hasta colocarme delante de él para enfrentarme a mi acusador.

—Soy una abnegada sierva de Dios, a quien entrego mi dedicación en el mismo grado que lo hacéis vos —le dije al hermano Timothy—. He visto la maldad, el defecto y la fragilidad en hombres que practicaban todas las formas de religión, más acusadas en ellos que en los actos de cualquier mujer.

El hermano Timothy se arrojó a los pies de su prior.

—¡Os imploro que no se lo digáis! —suplicó. Su hábito de benedictino le dejó un hombro al descubierto y vi los profundos surcos rojos en su espalda, algunos de ellos cubiertos de costras. Aquel era un monje que se mortificaba fustigándose con correas de nudos.

El prior Roger alzó la mano para poner fin al asunto. El hermano Timothy se levantó. Con sus turbadores ojos verdes, el prior examinó mi rostro. Me estremecí bajo el peso de su mirada, pero no me amilané.

El prior cerró los ojos y sus labios se movieron en oración.

—Prior, ¿cuál es vuestra voluntad? —imploró el hermano Timothy.

El prior abrió los ojos y dijo:

—Les llevaremos a la habitación.

El hermano Timothy bajó la cabeza en un gesto de agónica sumisión.

Apenas unos minutos más tarde se abrió una puerta en el oscuro pasadizo y parpadeé, conmocionada. Sobre un manto de terciopelo estaban

expuestos objetos de cegadora hermosura y magnificencia. Había una larga espada dorada, una lanza, un crucifijo cubierto de joyas y una copa.

—¿Son estos los objetos que envió desde Francia el padre del primer rey Capeto? —susurró el hermano Edmund, maravillado.

—Sí —respondió el prior—. Eran objetos que había heredado por su condición de heredero directo de Carlomagno. Los mandó para conquistar la mano de la hermosa hermana de Athelstan, pero lo que es aún más importante, para forjar una alianza con el hombre al que llamaban el Carlomagno inglés.

El hermano Edmund se acercó a la espada.

—¿Es esta la…?

—¿La espada del emperador Constantino, primer emperador de Roma? Así es.

El hermano Edmund se persignó, sin salir de su asombro.

Cuatro monjes entraron caminando pesadamente a la sala. Se quedaron de pie junto a la pared, murmurando plegarias.

El prior les saludó y nos dijo:

—Hoy es la primera parte de la Distribución. Estos fieles se llevarán las reliquias de Malmesbury y las ocultarán por separado.

El prior abrió un pequeño baúl y sacó de él un pergamino que contenía un puñado de frases. A juzgar por su color y delicadeza entendí que debía de ser extremadamente antiguo.

—Ha llegado la hora de que oigáis esto —dijo el prior.

El hermano Edmund y yo por fin conoceríamos el secreto. El corazón me palpitaba con tanta fuerza en el pecho que tuve la seguridad de que todos lo oirían. Sin embargo, toda la atención estaba puesta en el prior Roger.

El prior leyó en voz alta:

—«La corona de Cristo Athelstan ostentó. Si vuestra sangre es real y vuestra alma pura, llevad la corona y gobernad el reino. Para los dignos, está la victoria. Para los farsantes, la muerte».

—¿Esto fue proclamado por Athelstan? —preguntó el hermano Edmund. El prior asintió.

Mi mente se aceleró mientras asimilaba las palabras del pergamino.

—Pero ¿qué es lo que otorga a un hombre la pureza necesaria o la nobleza suficiente? —pregunté.

El prior se limitó a negar con la cabeza.

—Nadie lo sabe.

—Y si es considerado digno y ostenta la corona, ¿nadie ni nada puede derrotarle?

Un tenso silencio llenó la sala.

—Esa es la creencia, sí —respondió el prior.

—¿Es realmente la corona de espinas, la que llevó Jesús? —susurró el hermano Edmund.

El prior hizo la señal de la cruz. Los demás le imitaron.

—La corona que se entregó al rey contenía una docena de espinas incrustadas en cristal, y se decía que esas espinas se habían extraído de la corona que Cristo había llevado en el Gólgota. Athelstan ordenó al arzobispo de Canterbury que la bendijera antes de llevarla en el campo de batalla de Brunanburh. Antes de su muerte, la legó a la abadía, junto con el resto de sus más preciadas reliquias. El prior recibió instrucciones especiales al recibirlas. —Vaciló antes de proseguir—. Pero el siguiente rey de Inglaterra vino a Malmesbury y nos pidió que ocultáramos la corona del resto. Temía que la corona llevara a una gran confusión y a un gran caos al reino, que cualquier hombre por cuyas venas corriera una gota de sangre real la reclamaría para usurpar así el trono. Su petición fue concedida. Ocasionalmente, el resto de reliquias se mostraban a aquellos que eran dignos de confianza, aunque enseguida no tardaron en ser un grupo muy reducido. Hubo varios intentos de robo.

El prior nos miró sin ocultar su orgullo.

—De modo que decidimos actuar. En el siglo XII, el prior de Malmesbury legó algunas de las reliquias menores, junto con importantes documentos, a la catedral de Éxeter. En aquel momento, se proclamó que nos habíamos desprendido de todo lo que teníamos. Todo lo que veis aquí se convirtió en un secreto desde entonces. Ya no permitimos que nadie ajeno a la abadía tuviera conocimiento de la existencia de las reliquias de Athelstan.

—¿En qué momento se separó la corona del resto y se envió a Francia? —pregunté.

—Se la llevaron de Malmesbury mucho antes de que hiciéramos el legado a Éxeter. Tras la batalla de Hastings, todos aquí estuvieron de acuerdo en que había que llevársela. No podíamos correr el peligro de que gobernantes extranjeros la reclamaran.

—¿Quién se encargó de llevarla?

—Una mujer descendiente de uno de los hermanos de Athelstan. —El prior me miró—. No estamos seguros de cuál era su nombre. Como bien sabéis, Athelstan no tuvo descendientes directos. La mujer se la llevó y abandonó Inglaterra. Dijo que la devolvería a la tierra de Carlomagno. La abadía jamás volvió a saber de ella.

—¿Sabéis si la desenterraron en el sur de Francia antes de llegar a manos de Ricardo Corazón de León? —dije—. ¿Y que es muy posible que el rey muriera por ello? Intentó ponerse la corona. Eso debe de haber sido. Como les ocurrió también a Eduardo y a Arturo Tudor. Todos murieron víctimas de su deseo de hacerse con la corona y controlar sus poderes.

El prior asintió con solemnidad.

—Eso fue lo que dijo uno de nuestros hermanos que había estado en Roma y que había llegado a esa misma conclusión. Me temo que los rumores sobre la existencia de la corona han acechado a la Ciudad Santa tanto como a la propia Inglaterra. Creemos que cuando el Príncipe Negro la devolvió a Inglaterra y su padre el rey construyó el priorato de Dartford hubo otros miembros de la familia que se enteraron de su existencia. Nadie sabe quién, ni cuánto llegaron a saber. Pero el príncipe Arturo, el hermano mayor de nuestro rey, debió de oír las historias que circulaban sobre ella y fue a Dartford a intentar encontrarla en persona.

«Y Arturo llevó con él a su esposa, Catalina de Aragón», pensé. Catalina presenció el poder de la corona y temía que pudiera utilizarse para hacer daño a su hija, lady María. Por eso me había pedido que profesara en Dartford, para proteger a la princesa de la oscura sombra de la corona.

—Si sabíais que la corona estaba oculta en Dartford, ¿por qué no habéis ido a reclamarla? —preguntó el hermano Edmund.

El prior negó con la cabeza.

—La voluntad de Dios la envió allí y la ha conservado a salvo de toda transgresión humana. No es nuestra intención inmiscuirnos.

—¿Y no tenéis la menor idea de en qué lugar del priorato puede estar oculta? —Mi voz se elevó, desesperada.

—Lo lamento —dijo—. Os he dicho todo lo que sé.

—¿Qué habéis querido decir cuando habéis mencionado que esta es la primera Distribución? —preguntó el hermano Edmund un instante después.

—No podemos permitir que el cuerpo de nuestro rey caiga en manos herejes. Después de la Pascua, debemos obrar según rezan nuestras obligaciones.

Me estremecí. El cuerpo del rey Athelstan, que llevaba muerto desde hacía cinco siglos, iba a ser desenterrado e inhumado de nuevo en algún lugar secreto.

El hermano Edmund tenía otra pregunta.

—Prior, ¿por qué habéis dicho que sobre todo el obispo Gardiner no debe hacerse con la corona?

El prior se estremeció.

—Porque es posible que el obispo intente ponérsela y gobernar el reino.

—Pero él no es miembro de la realeza —protesté.

A nuestra espalda, el hermano Timothy dijo:

—No es necesario que el linaje sea legítimo. El rey Athelstan fue hijo de una concubina.

El hermano Edmund negó con la cabeza.

—¿Qué pretendéis decir?

—¿No conocéis acaso la procedencia del obispo Gardiner? —preguntó el prior—. Cierto es que no habla de ello abiertamente, pero creía que era algo conocido en ciertos círculos.

Sintiendo que el temor crecía dentro de mí, pregunté:

—¿Su procedencia?

—Procede de una familia de mercaderes, ¿no es cierto? —preguntó el hermano Edmund—. ¿No comerciaba el padre de Gardiner con telas y ganó con ello el dinero suficiente para poder mandar a estudiar a su hijo a Cambridge? Eso es lo que tengo entendido.

—La línea real viene por parte de la madre de Gardiner —dijo el hermano Timothy—. Su madre era Helen, la hija bastarda de Jasper Tudor, tío de Enrique VII. Por las venas de Jasper corría la sangre real de Francia, gracias a su madre, la reina Catalina de Valois, viuda de Enrique V.

—Entonces el obispo Gardiner es primo de Su Majestad por parte de padre —dijo el hermano Edmund. De nuevo oí esa voz, feroz en su intensidad, en mi celda de la Torre: «¡Sirvo a la Casa Tudor!».

El prior se aclaró la garganta.

—Y ahora debemos obrar cierta ceremonia. Estas reliquias han sido nuestro legado sagrado durante muchas generaciones y esta noche las separaremos y las pondremos a salvo de los agentes herejes de Thomas Cromwell. Hermano Edmund y hermana Joanna, os concederé mi bendición si así lo deseáis.

Recibimos la bendición del prior de Malmesbury. Reconozco que no atendí a sus palabras. Estaba demasiado asombrada por todo lo que había visto y oído.

Cuando el hermano Edmund y yo salimos al amplio y oscuro jardín de la abadía, se había levantado viento. Jirones de nubes como plumas recorrían veloces un cielo tachonado de estrellas. Luke y John nos esperaban en la calle junto a la entrada.

—Hermano Edmund —dije—. Debo preguntaros: ¿qué habéis querido decir exactamente cuándo le habéis prometido al prior que jamás entregaréis la corona a nadie que pueda emplearla para perjudicar a los fieles?

El hermano Edmund me miró con altivez.

—Exactamente lo que he dicho. Entiendo que estáis de acuerdo.

Cerré los puños.

—Sabéis que me mandaron a Dartford para encontrar la corona y para informar al obispo Gardiner del lugar donde se oculta. No siento el menor afecto por el obispo, pero me prometió que utilizaría la corona para salvar los monasterios, no para destruirlos.

La voz del hermano Edmund apenas se elevó.

—¿Y cómo va a hacer eso?

—No lo sé —exclamé—. En la Torre de Londres se negó a contármelo. Quizá si posee la corona podría usarla para demostrar a toda la cristiandad que las reliquias no son simplemente superstición. Sabemos que la corona tiene poderes. Mirad lo que les ocurrió a quienes intentaron apropiársela. El obispo Gardiner podría amenazar al rey con los poderes de la corona y obligarle así a poner fin a la disolución.

El hermano negó despacio con la cabeza.

—Hermano, no tiene ningún sentido que el obispo Gardiner me haya enviado en una misión secreta si su propósito era acelerar nuestra condena —protesté—. Y mi padre está encerrado en la Torre, como garante de que llevaré a cabo mi cometido.

—Pero ya habéis oído al prior —dijo el hermano Edmund—. No podemos estar seguros de lo que haría el obispo Gardiner. Hasta ahora desconocíamos el secreto de su linaje. Athelstan dijo que solo alguien «puro» podía hacer uso de la corona. Temo que un hombre del clero con sangre real, un descendiente de bastardos como Gardiner, cumple a la perfección con todos los requisitos. Ahora que sabemos esto, no podemos permitir que la corona caiga en sus manos. Gardiner ha traicionado a demasiada gente. El riesgo es demasiado grande.

No dije nada más mientras nos dirigíamos a la calle, pero sentía un frío letal. Y no a causa de la glacial brisa nocturna que me alborotaba el pelo y que hacía que me palpitara la rodilla. No. El motivo era otro: acababa de entender que el propósito del hermano Edmund y el mío ya no eran el mismo.

OceanofPDF.com

43

De regreso a Dartford, la salud del hermano Edmund mejoró. Por la mañana ya no parecía tan desmejorado. Habían desaparecido los sudores y los arrebatos de irritabilidad. Una nueva fuente de fortaleza parecía fluir por él. Y aunque debería haberme alegrado de verle así, me resultaba ominoso. Nos mostrábamos extremadamente corteses el uno con el otro durante el camino, en las posadas y durante las comidas que compartíamos. Yo anhelaba conocer cuál era su propósito cuando llegáramos al priorato, sin embargo también temía saberlo. Jamás saqué a colación el asunto de la búsqueda de la corona.

Pero pensaba en ello constantemente. Me convencí de que también en Dartford había salas subterráneas —una «casa oscura»— y que allí era donde estaba oculta la corona. En función de la historia de la visita del príncipe Arturo, la entrada de acceso tenía que estar en una de las salas delanteras del priorato, no en la zona del claustro. Los comisarios del rey ya habían registrado de arriba abajo el despacho de la priora, aunque en vano. Pero eso dejaba todavía otras habitaciones y pasillos pendientes de examen.

Se me ocurrió entonces que quizá el segundo tapiz de los Howard confeccionado en el priorato de Dartford —el que presentaba a las hermanas y que estaba colgado en la Casa Norfolk de Lambeth— me daría la última clave de la información que necesitaba para encontrar la corona. La Casa Norfolk no estaba en absoluto lejos de Dartford. Y el duque de Norfolk era conde mariscal del reino y dueño de tantas casas que a menudo se ausentaba de Londres. Su cuartel general era East Anglia. Había muy pocas posibilidades de que estuviera instalado en la Casa Norfolk.

Sin embargo, existía un problema. No quería que el hermano Edmund me acompañara.

La última mañana, cuando dábamos de beber agua a los caballos delante de la última posada en la que nos habíamos hospedado, dije:

—Deberíamos llegar a Londres a mediodía, ¿no os parece, hermano?

El hermano asintió al tiempo que comprobaba el estado de la silla de su caballo.

—Sí, y a Dartford mucho antes de la medianoche.

Intentando mantener un tono despreocupado, dije:

—Podría hacer una breve parada en Lambeth. Quizá John se prestaría a acompañarme mientras vos seguís hacia Dartford.

—¿Queréis ver el otro tapiz?

—Sí, podría tomar nota de todo de lo que vea e informaros, hermano. —También yo comprobé el estado de mi silla, agradecida por tener una excusa para no cruzar con él la mirada. Esperé su respuesta, que no llegó.

Monté en mi caballo y por fin me volví a mirarle. El hermano Edmund estaba de pie junto a su montura. Tenía una mirada tan triste que fui presa de una oleada de remordimientos.

—Hermana Joanna, me gustaría ir con vos… y seros de ayuda —dijo en voz muy baja.

Me concentré en desenredar la brida.

—Como gustéis —dije.

Aproximadamente una hora después de partir, el cielo se cubrió y una lluvia gélida nos obligó a buscar refugio. De pie junto al hermano Edmund, que sujetaba las riendas de nuestros caballos, temblando de frío, a punto estuve de hablarle abiertamente, como lo había hecho en el pasado. No se trataba solamente de nuestros divergentes deseos en lo que a la corona respectaba. Pensé en lo que había admitido delante de mí en la entrada de la abadía de Malmesbury. Había también cosas que yo quería decir, y así lo habría hecho… si John no hubiera estado a nuestro lado. Pero John no nos dejó en ningún momento, y cuando paró de llover reemprendimos el camino hacia Londres.

En esa ocasión tomamos una ruta distinta, cruzando directamente por el corazón de la ciudad, puesto que habíamos planeado detenernos en Lambeth. Cuando pasábamos por Cheapside, los londinenses se arracimaban a nuestro alrededor, estridentes y bulliciosos… Un gran cambio de lo que habíamos vivido en el campo. Aquello me recordó a un lúgubre día de mayo y a un carro lleno de barricas de cerveza vacías que traqueteaba despacio calle abajo, un mercado de especias y una pequeña

pilluela que huía por las calles. El viaje a Smithfield —el horror de la ejecución en la hoguera de Margaret— me acompañaba a diario, pero pasar por Cheapside hizo arder el recuerdo como si lo tuviera grabado a fuego.

Cuando por fin cruzamos el Támesis y llegamos a Lambeth, el bullicio remitió hasta desaparecer. Había algunos astilleros, pero aparte de eso, lo demás eran marismas que se elevaban hasta formar fríos y yermos campos, y en la distancia, colinas boscosas. Encajadas entre los bosques se veía un puñado de majestuosas casas solariegas. John preguntó dónde podíamos encontrar la Casa Norfolk.

—Me han dicho que vayamos a la calle Paradise —dijo cuando volvió a reunirse con nosotros.

El hermano Edmund me dedicó una larga mirada y juntos encontramos el camino que llevaba a la calle Paradise.

De hecho, lo único que teníamos que hacer era unirnos a la cola. Había un desfile de personas, todos ellos jóvenes y bien vestidos, que se dirigían a una de las casas solariegas de la calle. A caballo, en elegantes carruajes e incluso en literas, reían y se gritaban entre sí mientras recorrían presurosos la calle Paradise. Oímos la palabra «Howard» en sus labios. Al tiempo que recorría el largo camino privado pulcramente mantenido, vi que la Casa Norfolk era grande y distinguida, flanqueada por bosquecillos de ramas desnudas.

—Esto podría sernos de ayuda —tranquilicé al hermano Edmund—. Si los Howard reciben hoy, si celebran una fiesta multitudinaria, quizá podamos colarnos dentro sin que reparen en nosotros.

—Pero ¿no significa esto que el duque está en casa? —preguntó preocupado el fraile.

—No es un hombre muy dado a celebrar grandes fiestas, pues considera que el resto del mundo es muy inferior a él —dije—. Y tiene más de sesenta años. No, esto es idea de algún miembro más joven de la familia. Son un clan muy numeroso.

Me lanzó una mirada escéptica, pero espoleó a su caballo para seguirme por el camino que llevaba a la Casa Norfolk.

Dejamos a John a cargo de los caballos y, tan discretamente como nos fue posible, seguimos a un grupo de jóvenes y cruzamos la puerta principal.

Como había supuesto, el vestíbulo principal estaba abarrotado de invitados que parecían conocerse entre sí.

—Sonreíd —le susurre al hermano Edmund—. Parecéis demasiado taciturno para una fiesta.

—Me han pedido muchas cosas desde que salí del priorato de Dartford, pero ¿mostrarme jovial en casa del duque de Norfolk? —dijo secamente el hermano Dartford—. Esa es una petición que soy incapaz de satisfacer.

Me eché a reír y noté que una mano me tiraba de la manga.

Una joven rolliza y hermosa de cabellos rojizos, baja y de no más de catorce años, dijo:

—Bienvenidos a la Casa Norfolk. ¿Qué deseáis ser esta noche? ¿Monja o dama?

Me quedé boquiabierta.

—No os asustéis —dijo la joven con una risilla—. ¿No sabéis acaso cuál es el motivo de vuestra presencia aquí?

—Hemos venido a la fiesta —respondió el hermano Edmund.

—Pero ¿qué papel representaréis en la mascarada? —dijo la joven—. Mi primo Surrey fue muy explícito en sus condiciones. Podéis seguir siendo quienes sois, una dama y un caballero —sus ojos repasaron dubitativos nuestras vestiduras sencillas y arrugadas a causa del viaje—, o podéis llevar vestiduras religiosas. Tenemos muchas. —Se volvió hacia el hermano Edmund y sonrió al tiempo que un hoyuelo se dejaba ver en su mejilla derecha—. ¡Estaríais perfecto disfrazado de monje, señor!

Nos quedamos mirando a la pequeña, perplejos. Y entonces fue el hermano Edmund quien se echó a reír. Empezó a sacudir los hombros, creí que presa del llanto. Empecé a preocuparme cuando algunas cabezas se volvieron para ver quién hacía semejante ruido.

Las mejillas de la joven se tiñeron de rosa.

—¿Os estáis riendo de mí? —preguntó con voz temblorosa.

—No, no, no —respondió el hermano Edmund, jadeante—. Jamás. —Inspiró hondo y recobró la compostura—. Me encantaría ser monje, señora. ¿Cómo os llamáis?

Ella respondió con una pequeña reverencia.

—Catherine Howard, señor. Vivo aquí.

El hermano Edmund saludó con una inclinación de cabeza.

—Es para mí un honor conocer a un miembro de la familia.

La joven volvió a soltar una risilla.

—Oh, no debería serlo. No soy nadie importante. —Señaló a las puertas del otro extremo del vestíbulo—. Allí es donde encontraréis los disfraces. Primero bailaremos y después mi primo Surrey ha escrito una mascarada para representarla. Además hay mucho vino para todos.

Con un amable y pequeño floreo final, la pequeña pasó a atender a los siguientes invitados.

—¿Podríamos haber sido más afortunados? —le susurré al hermano Edmund—. Nos disfrazamos y buscamos el tapiz. Saldremos de aquí muy pronto.

Nos separamos y fuimos a las habitaciones dispuestas para cambiarnos de ropa. Me quité la capa de invierno y me puse un negro hábito de monja sobre la falda y el corpiño. Me dio qué pensar. Me sentí como si estuviera burlándome de nuestras tradiciones y de nuestros valores. Una criada me dio una máscara con la que ocultar la parte superior del rostro y me la até sobre mi pelo negro. Después me cubrí el cabello con el velo prestado.

Pasé a otra antecámara donde los invitados habían formado una fila. Los músicos tocaban una alegre melodía en el gran vestíbulo. Más de la mitad de esa gente vestía hábitos de monje o de monja. Vi también a tres obispos, e incluso a un cardenal de la iglesia vestido de escarlata. En la entrada había un paje con la librea ducal de los Howard: el escudo de armas mostraba un león rojo de larga cola sobre un fondo dorado. El paje tenía un pergamino en las manos. Tras escuchar lo que dijo un caballero, miró el pergamino, se volvió y gritó hacia el vestíbulo:

—¡Sir Henry Lisle!

Retrocedí. Los invitados eran anunciados…, algo que debíamos evitar. Busqué al hermano Edmund en la antecámara, pero al principio no logré dar con él en aquel mar de frailes y monjes que no dejaban de reírse.

Me moví entre los invitados con el pulso acelerado hasta que le encontré. Más alto y delgado que la mayoría de los demás hombres, llevaba un hábito de benedictino, muy parecido a los de los monjes de Malmesbury. Había cambiado su sombrero de viaje por un gran gorro de monje bajo el

que ocultaba su pelo rubio, cubriendo así la tonsura. Sus ojos marrones brillaban tras la máscara.

—No pueden anunciarnos con nuestros nombres —le susurré—. Pero tampoco podemos utilizar uno falso. No aparecería en la lista.

El hermano Edmund miró a la entrada.

—El tapiz podría estar allí —dijo—. Si tan solo pudiera tener acceso a la sala durante cinco minutos, es todo lo que necesito.

No encontrábamos una solución clara. Nos hicimos a un lado mientras los demás avanzaban para ser anunciados. No tardaríamos en levantar sospechas por no entrar a la fiesta.

Una monja de baja estatura pasó corriendo por delante de nosotros. El pelo rojizo le caía sobre la espalda por debajo del velo. La reconocí.

—¿Señora Howard? —pregunté. Acababa de ocurrírseme una idea.

Se volvió a mirarnos y rompió a aplaudir.

—Los disfraces os sientan muy bien.

Le dediqué la sonrisa más afectuosa que fui capaz de esbozar.

—Conozco a vuestro primo Surrey. De hecho, acabo de visitar a su hermana, la duquesa viuda de Richmond. Pero desearía sorprenderle. Preferiría que no nos anunciaran. ¿Hay algún modo de conseguirlo?

Sus ojos se abrieron como platos.

—A todos los Howard nos encantan las sorpresas —dijo, y se paró a pensar durante un momento—. ¡Venid conmigo!

Catherine Howard nos condujo fuera de la antecámara y salimos a un estrecho pasillo que corría en paralelo al gran vestíbulo.

—¿Veis las puertas? —pregunto—. Una da directamente al gran vestíbulo.

—¿Y cómo sabremos cuál es? —preguntó el hermano Edmund.

—Mirad la talla que corona la puerta. El león está delante de la hiedra —dijo.

—¿Qué? —preguntó el hermano, confundido.

—Ah…, el blasón —intervine—. El blasón de los Howard es un león dorado y una hiedra.

—Conocéis bien a nuestra familia —dijo ella, complacida—. Generalmente la hiedra está delante del león. Pero sobre esa puerta, el león

está delante. Así es como recuerdo cuál es la puerta que debo usar.

Nos guiñó un ojo en un gesto conspirador y volvió a unirse a la multitud.

No nos llevó mucho tiempo encontrar la puerta e incorporarnos a la fiesta que se celebraba en el gran vestíbulo de la Casa Norfolk. Debía de haber unas sesenta personas allí reunidas y casi todas ellas bailaban.

Mis ojos recorrieron presurosos la sala. Había tapices que colgaban de las dos paredes opuestas. El largo tapiz que colgaba de la pared que estaba en nuestro lado de la sala era un exquisito jardín, aunque supe enseguida que no lo habían tejido las manos de las monjas de Dartford.

—Debe de ser el del otro lado —le dije al hermano Edmund.

Un mar de gente giraba, se inclinaba y saltaba entre los tapices y nosotros, que seguíamos de pie junto a la pared. Todo el mundo bailaba, excepto dos ancianas y los criados que circulaban con el vino.

—Tenemos que encontrar un modo de llegar allí —dijo el hermano Edmund.

Desde la parte delantera del vestíbulo alguien reclamó la atención de los invitados. Habían erigido un estrado entre dos inmensos candelabros. En el centro de este vimos a un atlético joven, de unos veintiún años y vestido como un obispo, aunque sin máscara ni gorro. Tenía un rostro altivo y apuesto y un pelo entre rojo y dorado y muy corto.

—¿Es el conde de Surrey? —preguntó el hermano Edmund.

—Sí —respondí distraídamente, pues en ese momento me asaltó un recuerdo—. Y es la viva imagen de su abuelo, y de mi tío, el duque de Buckingham. —En Surrey había visto a mi tío, el duque, irrumpir en sus hermosas casas y jardines, organizando las fantásticas fiestas que tanto adoraba. Había en ello cierta justicia: el duque de Norfolk despreciaba a su esposa y a la familia de ella, pero sus dos venerados hijos habían heredado por completo el aspecto de los Stafford.

—Buena gente, antes de que dé comienzo el baile de máscaras, ¡bailaremos una alemanda! —gritó el conde de Surrey. La multitud rugió su aprobación. Los músicos levantaron sus instrumentos.

Todos corrieron a elegir a sus parejas y a ocupar su lugar para el baile. Todos excepto el hermano Edmund y yo.

—Bailar sería un modo de cruzar la sala —apunté.

—Una idea excelente, salvo por un problema —dijo él—. No bailo.

—Sé que es indecoroso, hermano, pero ¿acaso no lo requiere la situación?

Se mordió el labio.

—No es eso. Bailaría si pudiera, hermana. No sé bailar.

Me sorprendió. Creía que las lecciones de danza formaban parte de la vida de todos los niños.

—Me educaron para la vida monástica desde los ocho años —añadió con tono de disculpa.

El conde de Surrey volvió a dar una palmada al tiempo que supervisaba el vestíbulo.

—Excelente. Formad vuestras filas. —Se me paró el corazón cuando su errante atención se fijó en el hermano Edmund y en mí, que seguíamos a un lado.

—Amigos, he reunido a los mejores músicos del reino, después, claro está, de los del rey —nos gritó con una sonrisa—. ¿Por qué no bailáis?

Tomé la mano del hermano Edmund, al tiempo que daba gracias por mi máscara.

—Nos complace y nos alegra ocupar nuestro sitio, mi señor —dije, alzando la voz. Conduje al hermano Edmund al principio de la fila, junto al estrado de Surrey—. Imitad mis movimientos —susurré justo antes de que tuviéramos que movernos y ocupar nuestro sitio.

—Esa es sin duda la actitud adecuada, mi bella morena —dijo el conde con un floreo y una inclinación de cabeza—. Y ahora, antes de bailar, dejad que os presente a nuestro invitado de honor, pues existe una excelente razón para que vistamos hoy los hábitos del monasterio y del convento. Uno de sus paladines ha regresado a nuestro lado.

Se abrió entonces una puerta situada junto al estrado y aparecieron dos ancianos.

Eran Thomas Howard, tercer duque de Norfolk, y Stephen Gardiner, obispo de Winchester.

OceanofPDF.com

44

El hermano Edmund y yo nos quedamos helados a escasos centímetros del estrado. Oí el crujido de los tres escalones de piedra cuando Norfolk primero y después Gardiner subieron por ellos. ¿Qué hacía el obispo de Winchester de regreso en Inglaterra? ¿Se habría enterado acaso de que el hermano Edmund y yo no estábamos en el priorato de Dartford?

—Thomas, esto resulta sin duda halagador, pero no es la ocasión adecuada —oí decir a Gardiner con su voz grave y afable.

—Oh, vamos, obispo, animaos —gritó el conde de Surrey—. Mi padre ha echado enormemente de menos vuestra presencia. Todos os hemos echado de menos… y esperamos que os quedéis con nosotros y que no volváis demasiado pronto a Francia.

Surrey se volvió hacia la galería de los músicos.

—¡Tocad para mi padre el duque y el excelso obispo de Winchester! —ordenó.

Y el baile dio comienzo.

La alemanda es una danza sencilla. Si el conde hubiera pedido una gallarda, habríamos estado perdidos. No, la alemanda es una procesión, en fila, con cada una de las parejas de la mano cruzando el centro y separándose a continuación a ambos lados. Cada tres pasos hay una pausa, un salto y un puntapié al aire. Luego la fila vuelve a formarse. Cuando los bailarines llegan al final de la fila, se resitúan en posiciones contrarias.

Dado que el hermano Edmund no tenía la menor idea de qué hacer, no se detuvo tras los tres primeros pasos y se dio de bruces con otro bailarín, un hombre que con un respingo y un ay de dolor se volvió a mirar, visiblemente enojado. Yo me volví hacia el estrado. Los tres hombres hablaban entre sí y no repararon en la metedura de pata del hermano Edmund.

Pero la vez siguiente, el hermano Edmund sí se detuvo al dar los tres pasos y también lo hizo la que siguió. De hecho llegó incluso a dar un

brinco y el puntapié correspondiente. Estaba aprendiendo rápidamente los pasos del baile, ayudado sin duda por su amor a la música.

Centré mi atención en los tapices que colgaban de la pared situada detrás de la cabeza del hermano Edmund. Él no podía verlos sin girar la cabeza y, con las exigencias que imponía el baile, eso era del todo imposible.

Sí, uno de los tapices pertenecía a Dartford. Todos los signos identificadores de nuestra impronta estaban presentes en él. Y era el más largo que había visto jamás. Su elaboración debía de haber llevado al menos dos años. Mostraba a un grupo de figuras femeninas y, sí, bailaban. Sin embargo, e irónicamente, debido a toda la gente que bailaba, se desplazaba y daba pequeños puntapiés al aire delante de mí, no podía captar su sentido. No parecía contener historia alguna, ningún mito extraído de la antigua Grecia. Siete jóvenes brincaban en fila. Quizá había algo frenético en su danza, algo casi airado en el modo en que alzaban los brazos hacia el cielo tejido de la parte superior del tapiz.

El hermano Edmund y yo llegamos al fondo del vestíbulo. Tiré de él hacia delante y le hice girar sobre sus talones de modo que quedara situado de frente hacia lado del vestíbulo del que colgaba el tapiz.

—Decidme lo que veis —grité, intentando hacerme oír por encima de la música—. No le encuentro ningún sentido.

Iniciamos la danza de regreso en dirección al estrado. Para entonces el hermano Edmund conocía bien los pasos. Tenía los ojos pegados en el tapiz. Recé para que pudiera descifrar su significado.

Ocurrió cuando me encontraba en el centro de la sala. El hermano Edmund, que seguía con la mirada fija en el tapiz de la pared, dejó escapar un grito con tanta fuerza que los bailarines que tenía al lado le oyeron. Justo en ese momento se suponía que tocaba dar el tercer paso, pero el hermano siguió donde estaba, pegado al suelo, y el hombre que estaba a su lado levantó tanto el pie que tropezó con el hermano Edmund y los dos se tambalearon. El hermano Edmund no perdió pie, pero el gorro de monje de su disfraz se le cayó de la cabeza, dejando a la vista su tonsura.

—¿Qué es esto? —se burló su vecino—. ¿No os parece que lleváis vuestro disfraz demasiado lejos, señor? —Su risa se apagó en cuanto reparó

en la verdadera peculiaridad del hermano Edmund y su tonsura de fraile.

Los músicos siguieron tocando, ajenos al episodio que estaba produciéndose en la pista. El hermano Edmund se agachó, frenético, intentando recuperar el gorro. Las cabezas habían empezado a girarse en toda la fila hasta el mismísimo estrado. Yo vi el gorro de seda y me tiré al suelo para cogerlo. Con dedos temblorosos se lo arrojé al hermano Edmund, pero mi intento se quedó corto. El gorro cayó al suelo entre ambos.

—¡Un momento!

El duque de Norfolk saltó al suelo del vestíbulo desde el estrado. Su hijo, confundido, dio a los músicos la señal de que dejaran de tocar. El duque nos alcanzó en cuestión de segundos. Todos nos miraban y susurraban.

—¿Qué patraña es esta? —rugió el duque—. ¿Qué verdadero hombre de monasterio bailaría disfrazado?

El hermano Edmund se quitó la máscara y saludó al duque de Norfolk con una reverencia.

—Traédmelo, Señoría. —La voz del obispo de Winchester resonó en toda la sala.

—¿Conocéis a este hombre? —preguntó el duque, incrédulo.

—¡Haced lo que os digo! —ladró Gardiner.

Clavé la mirada en el suelo. No me vi capaz de mirar en la dirección del obispo.

El hermano Edmund siguió calmadamente al duque. Fingió que yo no estaba allí. Yo seguía disfrazada…, desapercibida. Entendí que me ignoraba para protegerme.

El duque le empujó para que apretara el paso hacia el estrado. Ya casi habían llegado cuando el duque se detuvo en seco.

Despacio, muy despacio, se volvió de espaldas y regresó al centro de la sala. Miró el gorro, que seguía arrugado en el suelo en mitad de la pista, y después fijó en mí la mirada: la persona que estaba más cerca del gorro y que era además la supuesta pareja de baile del hermano Edmund.

—Volveos —gruñó.

Hice lo que me ordenó y sentí sus ásperas manos de soldado en los lazos de la máscara cuando me la arrancó de la cabeza.

Jamás olvidaré la expresión del rostro del duque cuando me obligó a volverme para poder mirarme. Jamás había visto una expresión de perplejidad comparable a la que asomó al rostro de Norfolk en el instante en que me reconoció.

De nuevo me vi bajo la custodia del duque. Me volví de cara al estrado: el rostro del hermano Edmund era la viva imagen de la pesadumbre. De pie a su lado, el obispo Gardiner se había teñido de escarlata y tenía los puños apretados sobre los costados.

Intenté no ceder al pánico ni mostrar miedo. Había aprendido hacía tiempo que era de vital importancia no exponer la menor sombra de debilidad ante esos dos hombres.

«Esto es el fin», pensé mientras me acercaba al estrado. No podíamos ofrecer ninguna explicación que justificara nuestra presencia allí. Probablemente estaría de regreso en la Torre en menos de veinticuatro horas. Mi mayor pesar era el hecho de haber arrastrado al hermano Edmund conmigo. Lamenté haber desoído sus consejos y los del hermano Richard y haber insistido en ir al castillo de Wardour, a Malmesbury y también allí. «¡Eres una joven impetuosa!», oí decir a mi madre, presa de la exasperación.

El obispo Gardiner descendió los tres escalones con el hermano Edmund.

—¿Adónde les llevamos? —preguntó al duque.

Antes de que Norfolk pudiera responder, hubo un revuelo en el extremo opuesto de la sala, en la zona de la entrada. El paje de la familia Howard entró corriendo a la habitación, aturullado.

—¡Señoría, está aquí!

—¿Quién? —gruñó Norfolk.

—¡Lady María!

Todos los presentes inclinaron la cabeza e hicieron las pertinentes reverencias cuando la hija mayor del rey entró en la Casa Norfolk, seguida de dos de sus damas.

Yo no había visto a María Tudor desde que tenía tres años y yo ocho, durante las celebraciones navideñas de Greenwich. En ese momento había cumplido ya los veinte años y era más baja de lo que yo había imaginado,

no mucho más alta que Catherine Howard, aunque más delgada y vestida por entero de negro. Un crucifijo tachonado de joyas colgaba sobre su pecho. Sentí un temor reverencial, pero también protección. Muchos años atrás su madre, la reina Catalina, había querido que la ayudara.

A pesar de su escasa estatura, María Tudor se movía con una dignidad que no poseía ninguna otra mujer en la sala. Demasiado seria para que se la considerara hermosa, tenía un incuestionable encanto. La tez de la princesa era luminosa, del blanco más puro. Las cejas oscuras se arqueaban delicadamente sobre sus penetrantes ojos de color miel. Reparó en todos los detalles de la sala, fijándose en cada uno de los invitados enmascarados. Vi que se le contraía la boca en un mohín de desaprobación.

Con una voz clara y grave, dijo:

—He venido porque he oído decir que el obispo Gardiner había llegado y los Howard iban a rendirle honores, y no podía esperar a volver a verle. Debo decir que el modo de honrarle me sorprende. No me parece que sean estos tiempos para celebraciones. He estado demasiado ocupada llorando la muerte de mi madre, la bondadosa reina Juana. —Se persignó—. Y las burlas a los fieles a la religión no pueden ser motivo de satisfacción para mi buen amigo el obispo.

—No pretende ser una burla, mi señora —protestó el conde de Surrey.

El duque le fulminó con la mirada.

—Mis disculpas, lady María.

—Malcriáis a vuestros hijos, señoría —dijo ella—. Sois un padre demasiado indulgente. —Pero no fue una regañina. Había cierta melancolía en sus palabras. Aunque se había reconciliado con él tras la muerte de su madre, me costaba imaginar que el rey Enrique fuera un padre indulgente.

El obispo Gardiner se adelantó, y mi sorpresa fue mayúscula cuando le vi hincar una rodilla en el suelo delante de María Tudor.

—Os ruego que olvidéis lo que habéis visto aquí esta noche… y que aceptéis mi más sincera gratitud por haber venido a mi encuentro —dijo fervientemente—. Mis ojos se alegran de veros, lady María.

Le besó la mano, y vi que existía un vínculo entre ambos. Me acordé de lo que había oído en Malmesbury —que Gardiner era primo de la familia

real por vía ilegítima— y me pregunté si lady María estaría al corriente del nexo de sangre que les unía.

Entonces le tocó al duque de Norfolk besar su mano, con una reverencia que jamás le había visto hacer ante nadie. Sí, lady María era la heroína y la esperanza de su facción. Aunque declarada ilegítima por el rey, todavía podía recuperar su derecho a la sucesión. Si el rey no volvía a casarse, lady María sería, después del pequeño infante, la segunda en la línea de sucesión.

Gardiner me miró de soslayo. En cuestión de segundos daría una orden, y el hermano Edmund y yo desapareceríamos de la vista de lady María… para que se encargaran de nosotros más tarde.

No dispondría de otra oportunidad.

Hice una profunda reverencia como no se había visto antes en las cortes inglesas, pues era la clase de reverencia que se practicaba en los castillos de Castilla, donde se había criado mi madre. Y donde se había criado Catalina de Aragón.

—*Doña María, es un honor estar en su presencia* —dije.

Ella retrocedió, sorprendida.

—*Señorita, habla el español muy bien*.

—*Doña María, hablo la lengua de mi madre, lady Isabel Stafford*[3].

Lady María tembló y por un instante creí que iba a desplomarse. Una vena violeta palpitó a un lado de su cuello de blanco cerúleo.

—¡Sois Joanna Stafford! —jadeó—. Hace mucho tiempo que deseo conoceros. María de Salinas me dijo que atendisteis a mi madre. Deseaba encontraros, pero María murió antes de que dieran con vuestro paradero. —Se volvió hacia el duque de Norfolk, ansiosa—. ¿Hay algún sitio donde pueda hablar en privado con ella, aquí, en vuestra casa?

—Por supuesto —respondió el duque entre dientes—. Seguidme.

Vi que Norfolk lanzaba una mirada a Gardiner al tiempo que su cabeza se inclinaba casi imperceptiblemente hacia el hermano Edmund. Pretendían al menos ponerle a él las manos encima.

—Lady María —me apresuré a decir—, permitid que os presente a un amigo, el hermano Edmund.

—¿Sois realmente un hombre de los monasterios? ¿Esto no es un disfraz? —preguntó lady María, cuya radiante sonrisa tornó hermoso su delicado rostro.

El hermano Edmund respondió con una inclinación de cabeza, muy dignamente.

—En ese caso, acompañadnos, os lo ruego. —Se volvió hacia el duque de Norfolk—. Vos primero, Señoría —ordenó. Al duque no le quedó más remedio que obedecer.

No tardamos en llegar arriba. Lady María caminó todo el rato con su brazo entrelazado en el mío, como si fuéramos ya amigas íntimas. Fue un honor tremendo caminar junto a la hija de un rey y no detrás de ella. Se me aceleró el corazón mientras intentaba decidir cuánto debía revelarle.

En el tenue y silencioso salón desde el que se dominaban los jardines de la Casa Norfolk, lady María me preguntó por las últimas semanas de su madre en el castillo de Kimbolton. Estábamos de pie muy juntas delante de la ventana, viendo cómo los invitados salían en tropel de la Casa Norfolk. Al parecer, la fiesta había tocado a su fin antes de lo esperado. No habría mascarada esa noche. Mientras los ricos y jóvenes aristócratas subían a sus caballos y se marchaban, yo recreaba el frío y solitario caserón situado junto a las marismas y la valiente muerte de su madre. Las lágrimas surcaban las mejillas de lady María y no dejaba de tocarse el crucifijo mientras escuchaba. Norfolk, Gardiner y el hermano Edmund guardaban silencio a una distancia prudencial. Cuando terminé de describir cómo la reina había logrado resistir hasta el alba para oír su última misa antes de abandonarse a la muerte, bajé la cabeza. Nadie habló durante unos segundos.

Entonces lady María dijo:

—Sé que fuisteis a sustituir a vuestra madre, pero siempre atesoraré el servicio que le prestasteis a mi madre, la reina. Recompenso a quienes han sido bondadosos con mi madre. Decidme cómo puedo pagaros lo que hicisteis.

Lancé una mirada al hermano Edmund. Todavía no estaba segura de qué decir. Habría dado lo que fuera por poder consultar mi respuesta con él, pero no fue posible.

—¿Vivís ahora en la corte? —preguntó lady María—. No os he visto nunca allí, señora Joanna.

—No, mi señora. Tomé los votos de novicia tras la muerte de la reina.

Retrocedió, confundida.

—Entonces, ¿esto no es un disfraz? —preguntó, examinando mi hábito de monja.

—Es un disfraz —respondí—. Soy miembro de la Orden de las Dominicas del priorato de Dartford.

—Ah, Dartford —dijo ella con una sonrisa—. Mi madre me habló de la Orden de las Dominicas. Sé que las admiraba. En España se las venera sobre las demás.

Inspiré hondo.

—Lady María, profesé en Dartford porque vuestra madre me lo pidió.

Las lágrimas volvieron a velarle los ojos.

—Sin duda no hay otra mujer viva más querida para mí que vos. Pedidme lo que sea, hermana Joanna, y os lo concederé.

Sentí que los hombres se tensaban en el otro extremo de la habitación. Me acerqué un paso a lady María.

—No pido por mí, sino por mi padre, sir Richard Stafford, que está en la Torre de Londres. Está acusado de interferir con la justicia del rey en el asunto de la ejecución de mi prima, lady Margaret Bulmer.

Me miró, pesarosa.

—Nada puedo hacer por un prisionero encerrado en la Torre. No puedo interferir en las órdenes de mi padre.

—Pero está encarcelado bajo la autoridad del duque de Norfolk y del obispo Gardiner —dije—. No bajo la del rey.

Lady María se volvió hacia ellos.

—¿Es eso cierto? Obispo, ¿a qué es debido? ¿Se considera peligroso a este hombre? ¿Es acaso un traidor a Su Majestad?

Gardiner la miró, desgarrado por la emoción. Finalmente dijo, con la voz constreñida:

—No, no lo es. Intentó acortar el sufrimiento de un miembro de su familia al que quemaron en Smithfield, pero eso es todo. El crimen no responde a la definición de traición.

—¿Os encargaréis entonces de que le liberen? —preguntó ella—. ¿Tenéis potestad para hacerlo?

Gardiner y Norfolk cruzaron una mirada.

—¿Por qué vaciláis? —preguntó lady María, con la ira asomando a su voz.

Gardiner respondió con una inclinación de cabeza.

—Me encargaré de que así sea. Stafford será liberado antes de que concluya la semana.

—Me alegro —dijo, antes de volverse hacia mí—. ¿Hay algo más que necesitéis?

—Solo necesito volver al priorato de Dartford con el hermano Edmund, sanos y salvos. —Hice especial hincapié en mis últimas palabras para que ninguno de los presentes albergara la menor duda de su significado—. Os pido vuestra bendición, lady María.

Tomó mis manos en las suyas y las estrechó.

—Tenéis en mí a una amiga para siempre. Mi madre, la reina, sentía predilección por una bendición dominica. ¿Deseáis oírla?

El hermano Edmund y yo nos arrodillamos delante de ella y cerramos los ojos.

Lady María recitó despacio:

—Que Dios Padre os bendiga. Que Dios Padre nos cure. Que Dios Espíritu Santo nos ilumine. Y que nos dé ojos para ver, oídos para oír y manos con las que hacer realidad la obra de Dios. Amén.

Me levanté y me despedí con una última reverencia española.

—*Gracias a Dios y a la Virgen*[4] —dije.

Sonrió y sus ojos brillaron nuevamente, velados por las lágrimas.

—Sé que ahora debéis de desear conversar con el duque de Norfolk y el obispo Gardiner —dije, retirándome apresuradamente hacia la puerta, pues nadie podía volverse de espaldas a la realeza—. De modo que partiremos sin demora.

—Solo si prometéis escribirme, y a menudo —dijo.

—Será un honor. —Yo ya estaba junto a la puerta, con el hermano Edmund a mi lado.

El hermano me abrió la puerta. Miré por última vez a lady María y después al obispo Gardiner. Sus ojos de color miel claro estaban clavados en mí, aunque con una expresión que no alcancé a descifrar.

Un instante más tarde habíamos salido de la habitación y momentos después, de la Casa Norfolk. Había caído la noche.

—¿Podrías llevarnos a Dartford, John? —preguntó el hermano Edmund —. ¿Conoces lo bastante bien los caminos?

—Sí, puedo hacerlo —respondió John—. Echo mucho de menos a mi esposa, hermano. Haría cualquier cosa por volver a su lado esta noche.

Mientras nos alejábamos al trote por el camino de acceso a la casa solariega en dirección a la calle Paradise, le dije al hermano Edmund:

—¿Creéis que Gardiner liberará a mi padre?

—Debe hacerlo. Le ha dado su palabra a la princesa.

—¿Y qué me decís de nosotros? ¿Estamos a salvo de Gardiner?

Se volvió en la silla para mirar de nuevo a la Casa Norfolk.

—Por poco tiempo —dijo—. Quizá solo por esta noche. Intentará descubrir por qué estábamos en la Casa Norfolk y qué hacíamos fuera del priorato.

De repente caí en la cuenta.

—Si mi padre queda libre, eso pondrá fin a mi obligación con Gardiner.

—Sí —dijo el hermano Edmund—. Ya no tendréis que seguir buscando la corona.

Sentí una descarga de ira.

—¿Creéis acaso que si intento informarme sobre la corona y encontrarla en el priorato es solo por la amenaza que pende sobre mi padre? Deseo tanto como vos salvar los monasterios.

El hermano Edmund alargó el brazo de un modo extraño sobre los caballos. Sus dedos me rozaron el brazo. John iba delante de nosotros, deprisa. Tendríamos que dejar de hablar si queríamos ganar velocidad.

—Respeto vuestro compromiso —dijo—. Creedme.

—Entonces, ¿seguiremos… juntos? —pregunté—. Y cuando regresemos, ¿haremos lo que podamos, utilizaremos todo lo que hemos aprendido?

Asintió.

—Hermano, ¿qué visteis en el tapiz de la Casa Norfolk? —pregunté—. Algo os perturbó enormemente. ¿Cuál es la historia de las hermanas?

—Creo que se trata de las Pléyades —dijo el hermano Edmund.

—¿Quiénes son? —pregunté—. ¿Cuál es el significado de la danza?

—Bailan para alguien —respondió el hermano, bajando la voz.

—¿Para quién?

Abrió la boca, pero la cerró.

—Hermano, me parecieron frenéticas en sus movimientos, quizá hasta enfadadas. Tenéis que decírmelo: ¿para quién bailaban? —pregunté de nuevo, alzando la voz. ¿Era posible que el hermano Edmund me estuviera ocultando información después de todo lo que acabábamos de vivir en la Casa Norfolk?

Por fin me dio su respuesta.

—Bailaban para su padre, hermana Joanna.

¿Y qué había de siniestro en ello? Confusa, me volví a mirarle. Incluso en la oscuridad del camino de salida de Lambeth, alcancé a ver en los ojos del hermano Edmund un destello de temor.

Y en ese momento fustigó a su caballo, algo que jamás le había visto hacer hasta entonces, para apretar el paso por el camino que conducía al priorato de Dartford.

OceanofPDF.com

45

—Algo no va bien —dijo el hermano Edmund.

Después de más de dos semanas de ausencia, no sabía lo que podía esperar encontrar en Dartford a mi regreso. Exhaustos y ateridos, dejamos el camino principal y tomamos el que llevaba al priorato. Era pasada la medianoche. Dartford habría cerrado sus puertas hasta la mañana siguiente.

Sin embargo, cuando recorríamos la curva en la que el priorato asoma a la vista por vez primera desde el camino, vimos la luz de una antorcha en la garita del portero. Detrás, la puerta del priorato estaba abierta, a pesar del aire glacial de la noche. Había un hombre de pie en la entrada, con una linterna. Era Gregory, el portero.

Saltamos a tierra desde nuestros caballos y corrimos hacia el arco de la entrada.

—¿Qué ocurre, Gregory? —pregunté.

Gregory bajó las escaleras, no en un saludo sino con los brazos extendidos, como para impedirnos el paso.

—Atrás —dijo.

—¿Por qué? —preguntó el hermano Edmund.

—Son órdenes del alguacil. Ha dicho que no dejara entrar a nadie hasta que haya llegado ayuda de Londres. Ha prometido regresar a medianoche.

Se me encogió el estómago.

—¿Por qué necesitáis ayuda? —pregunté.

—La priora lleva dos días desaparecida —dijo. Ahora que estábamos más cerca, vi que Gregory tenía los ojos hundidos de agotamiento—. La hemos buscado por todas partes. Ha desaparecido. Esta tarde la hermana Christina y el hermano Richard también han desaparecido. —La voz de Gregory se quebró, presa de la histeria—. Están desapareciendo uno tras otro. Este priorato está maldito. Eso es lo que dicen en la villa, ¡y por Dios que es cierto!

El hermano Edmund dio un paso más hacia el agitado portero.

—Gregory, debes dejarnos entrar. Quizá podamos encontrarles.

—No. —Gregory terminó de bajar la escalera hasta quedarse plantado delante del hermano Edmund—. El alguacil ha dicho que nadie más puede entrar sin su aprobación.

Me adelanté en un intento por convencerle.

—No entraremos al área del claustro. Solo deseamos buscar en las salas delanteras. Quizá podamos…

Gregory me dio un empujón.

—No lo permitiré.

—No le pongas las manos encima —dijo muy enfadado el hermano Edmund. Nuestro portero se volvió hacia él y, antes de que pudiera darme cuenta, había golpeado al hermano Edmund.

Mientras ellos dos forcejeaban en los escalones, les rodeé a toda prisa y me colé dentro.

—Esperad, os lo ruego —me gritó el hermano Edmund—. Es demasiado peligroso que vayáis sola.

—¡Deteneos, hermana Joanna! —gritó Gregory.

No me detuve.

Corrí tan rápido como pude, dejando atrás la estatua de la Virgen María y cruzando el vestíbulo principal antes de girar. No tenía intención de buscar en el despacho de la priora una puerta que llevara a habitaciones subterráneas, pues sabía que no podía estar allí, de lo contrario los hombres de Cromwell la habrían encontrado.

Cogí un pábilo de la pared y corrí a la habitación de huéspedes. Palpé todas las paredes, tirando de estantes y de las grietas tal y como había visto empujar la pared de Malmesbury al prior Roger.

Nada.

Ardía en frustración. Tenía que estar allí. Tenía que haber algún modo de bajar. No tenía tiempo para tirar y empujar y golpear cada centímetro de pared. Incluso en el caso de que el hermano Edmund consiguiera deshacerse de Gregory, el alguacil no tardaría en llegar con sus hombres.

Necesitaba una señal que me indicara dónde estaba la puerta, como el león y la hiedra tallados sobre la puerta de la Casa Norfolk revelaban cuál era la que comunicaba con el gran vestíbulo.

Y entonces caí en la cuenta, y lo hice con tal ímpetu que no pude reprimir un fuerte chillido.

La joven Catherine Howard había dicho: «Generalmente la hiedra está delante del león. Pero sobre esa puerta, el león está delante. Así es como recuerdo cuál de las puertas debo usar».

Por todo el priorato de Dartford había visto tallas de una corona y lirios. En todas ellas la corona estaba detrás del símbolo de la Orden de los Dominicos, salvo en un lugar. La habitación donde las personas ajenas a la institución tenían permitido sentarse con las hermanas… o con la priora. El *locutorium*.

Oí los gritos de hombres procedentes del exterior del priorato cuando entré torpemente a la sala en la que había estado sentada en su día con el hermano Edmund y el hermano Richard, respondiendo al interrogatorio de los comisarios Layton y Legh.

Disponía de unos pocos minutos antes de que dieran conmigo.

Fui hasta la estantería medio vacía situada directamente debajo de la talla de la corona que estaba delante del lirio. Pasé las manos por los estantes. Empujé con fuerza contra los laterales, buscando algo que se abriera, algo que se deslizara.

La estantería por fin cedió en el estante superior. Hubo en efecto un chasquido. Empujé con fuerza y la estantería se abrió varios centímetros.

Sostuve en alto el pábilo, me colé por la abertura y cerré la estantería tras de mí.

Había una estrecha abertura detrás de la estantería. No debía de tener más de medio metro de ancho. Y estaba muy sucia. No se trataba del pasillo bien mantenido de Malmesbury. La vela iluminó un montón de migas podridas. Era un bizcocho amarillo. Perpleja, entendí que se trataba de una de las tortas de alma que habían recogido los pequeños Westerly. Así era como se movían con tanta seguridad por el priorato de Dartford.

Llegué a un tramo de escaleras desvencijadas y bajé.

Al pie de la escalera encontré un pasadizo más ancho, poco más que un túnel. Lo seguí, escudriñando las paredes en busca de otra señal de la corona.

Oí una voz de mujer. Alguien hablaba allí abajo. Quizá encontraría a la priora… y al hermano Richard. Obviamente, también ellos habían localizado esa entrada, pero lo que no entendía era por qué se habían quedado tanto tiempo allí abajo. ¿Acaso no sabían que Gregory y los demás no tardarían en dar la voz de alarma?

El sucio túnel desembocaba en un pasadizo más ancho, con las paredes cubiertas de ladrillo. La voz de mujer sonó un poco más alto. No oí a nadie más. ¿Con quién estaría hablando? La voz se desvaneció y seguí andando.

Cuando giré al llegar al final del pasadizo, vi una secuencia de tres cosas.

Un hombre con las vestiduras de fraile empapadas de sangre, muy quieto; una mujer atada con cuerdas y amordazada, sentada en un barril bajo contra la pared; junto a ella, de pie, mi compañera novicia, la hermana Christina. Estaba parcialmente de espaldas a mí y blandía un largo cuchillo en la mano derecha.

Me quedé quieta durante unos segundos antes de que la hermana Christina reparara en mi presencia. No podía moverme. No podía hablar. Estaba helada e inmóvil por el retablo que tenía ante mis ojos.

Entendí que el hombre era el hermano Richard. Tenía los ojos abiertos. No cabía la menor duda de que estaba muerto.

La priora Joan me vio. Negó muy levemente con la cabeza. El movimiento hizo que la hermana Christina se volviera rápidamente.

—Hermana Joanna —dijo con una voz ronca. Y, alzándola más, con su vigor habitual, repitió—: Hermana Joanna.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —pregunté—. No entiendo.

—Tenía que hacerlo —dijo la hermana Christina muy seria—. Debéis comprender que tenía que hacerlo. La priora encontró la puerta en el *locutorium* y bajó a los túneles. Buscaba la corona. La ataqué por detrás con esto —blandió su cuchillo— y la até.

—¿Está aquí la corona… en este momento? —pregunté, estudiando el suelo con la mirada.

La hermana Christina se rio y el sonido de su risa me devolvió a la realidad de lo que estaba ocurriendo. Había estado demasiado conmocionada y confundida hasta entonces. Vi con mis propios ojos al

hermano Richard muerto y a la priora atada y amordazada… y vi también que la hermana Christina estaba libre y tenía un cuchillo. Pero me sentí incapaz de aceptar lo que eso significaba.

Sin embargo, la risa, esa risa rabiosa y amarga, me hizo comprender por fin que la hermana Christina era una asesina. Y que casi con toda probabilidad iba a intentar matarme a mí en los próximos minutos.

—¡La corona! ¡La corona! ¡La corona! —gritó, burlona—. ¿Es eso todo lo que os importa, incluso ahora? Es lo único que le importaba a ella —agitó el cuchillo contra la priora—, y al hermano Richard. Él vino a buscarla, pero también quería encontrar la corona. Y en cambio me encontró a mí.

—¿Fuisteis vos quien encerró a la priora hace dos días? —pregunté, intentando calmarla.

—Sí, y no me causó el menor arrepentimiento —dijo—. De no haber sido por ella, nada de todo esto habría ocurrido, hermana Joanna. Fue ella quien invitó a mi padre al priorato, profanando nuestra sala capitular con su presencia.

—¿A vuestro padre?

—Yo le maté —dijo, desafiante—. Dios no me castigará por ello. Era un saqueador…, un demonio. ¿No lo sabíais acaso?

No me atreví a mencionar a su madre, pero un escalofrío de tormento cruzó el rostro de la hermana Christina.

—Yo no maté a mi madre. Fui a verla ese día, usando los túneles. Conozco su existencia desde el día que la priora Elizabeth murió. Pero los pequeños Westerly debieron de descubrir también cómo acceder a ellos, y yo sabía que si vos encontrabais a los niños ese día y hablabais con ellos, se descubriría todo. Terminarían por saber cómo podía alguien ir desde el claustro a la habitación de huéspedes y que había sido yo quien le había matado. Fui yo quien tuvo que decírselo a mi madre. Quería explicarme. —La hermana Christina se echó a llorar—. Mi madre enloqueció cuando le conté por qué lo había hecho. Dijo que la culpa era suya y que me había fallado. Cuando me marché, ella escribió esa carta y se quitó la vida para apartar cualquier sospecha que pudiera recaer sobre mí.

La hermana Christina golpeó con la otra mano la pared, a apenas unos centímetros de la cabeza de la priora. La priora se encogió, apartándose de la rabia de la novicia.

Intenté de nuevo calmar a la hermana Christina.

—¿Los túneles llegan lejos?

—Hasta los graneros —dijo—. Hace cien años hubo una estúpida priora que temía que alguien intentara llevarse la corona a la fuerza. Trajo a obreros para que cavaran otro túnel y lo conectaran al pasadizo de la casa oscura. Añadieron otra entrada desde una puerta oculta situada en el pasillo que está justo fuera de la iglesia. De ese modo creyó que si asaltaban el priorato podrían sacar a escondidas la corona y salir ellas también sin ser vistas. Hizo jurar a todos los obreros que mantendrían el secreto. Pero alguien no lo hizo.

Hubo un ruido a su espalda procedente del fondo del pasadizo y una voz de hombre dijo:

—Y así fue como lord Chester se enteró de la existencia de los túneles.

La hermana Christina se separó de un salto del muro, agitando el cuchillo con un gruñido.

Y Geoffrey Scovill apareció por la esquina.

Con un rápido vistazo, Geoffrey nos localizó a mí y a la priora, aunque sobre todo miraba a la hermana Christina. Llevaba una larga vara a un lado; la reconocí: era un garrote.

—Lord Chester halló el modo de enviar un mensaje a una joven novicia llamada hermana Beatrice a la que había visto en el priorato. La atrajo hasta aquí. Sedujo a una joven inocente, una muchacha sola y confundida.

La hermana Christina dejó escapar un grito.

—¿Cómo sabéis eso?

—Porque he encontrado a la hermana Beatrice y ella me ha contado cómo dar con las entradas de los túneles —respondió Geoffrey Scovill—. Finalmente obligué al viejo portero a que me dijera dónde se ocultaba la hermana.

Me sobresalté. Por eso nos habíamos encontrado con Geoffrey en la villa aquel día: estaba buscando a Jacob.

—Cuando vinieron los comisarios, la hermana Beatrice dijo que quería marcharse. La priora no tuvo otra elección que dejar que se fuera. Jacob la llevó a casa de su madre. Vomitó dos veces durante el camino. Cuando Jacob regresó al priorato, le contó lo de los vómitos a la priora y ella se dio cuenta de que la hermana Beatrice estaba embarazada. La priora se quedó horrorizada y fue a la casa familiar. La madre ya había echado a su hija de casa, llamándola furcia. La priora y Jacob la encontraron viviendo en un bosque y la ocultaron en una pequeña granja lejos de aquí. La priora le dio una asignación para todos sus gastos. La hermana Beatrice tenía que esconderse de lord Chester. Si él hubiera sabido de su embarazo, le habría arrebatado al niño. El pequeño fue prematuro y jamás llegó a respirar. Pero ella seguía deseosa de ocultarse. Le tenía terror a lord Chester.

Geoffrey se acercó un paso a la hermana Christina.

—Vos sabéis por qué le tenía miedo, ¿verdad? La última vez que ella se encontró aquí con él, lord Chester estaba borracho y le dijo algo terrible, algo sobre vos.

La hermana Christina blandió hacia él el cuchillo y chilló:

—¡Basta!

Geoffrey se acercó aún más.

—Vuestro padre abusaba de vos, ¿no es cierto, hermana Christina?

Me estremecí.

—No —gemí. Pero nadie me oyó, pues la hermana Christina había dejado escapar un grito. Se había inclinado hacia delante y gritaba como una bestia rabiosa.

Geoffrey dio dos pasos más hacia ella.

—Os enterasteis de lo que le había ocurrido a la hermana Beatrice por la carta que la priora Elizabeth le escribió a su sucesora. La hermana Beatrice se marchó meses antes de vuestro ingreso en Dartford, pero debisteis de oír o de sospechar algo, o no habríais robado la carta. La priora había prohibido que lord Chester volviera a poner los pies en el priorato y quería asegurarse de que la siguiente priora hiciera lo mismo. También se refería en la carta a los túneles. Así fue como descubristeis su existencia.

La hermana Christina le miró de hito en hito, jadeante.

—Lo que os hizo vuestro padre es un crimen contra natura, hermana Christina. No es de extrañar que enloquecierais. Pero no es una excusa para quitar vidas. Ahora soltad el cuchillo y acompañadme.

La hermana se incorporó con los ojos como brasas y regresó corriendo junto a la priora.

—No —dijo con una terrible sonrisa en los labios—. Si intentáis tocarme, le cortaré el cuello.

Presa del pánico, los ojos de la priora se abrieron como platos.

Me moví hacia la hermana Christina.

—Por favor —imploré—. Por favor. Haced lo que dice Geoffrey.

—Hermana Joanna, no me abandonéis —dijo—. Debéis ayudarme a escapar.

—Sabéis que no puedo hacerlo —susurré.

—Pero vos sois la única que me entiende. La única. Sé que lo que me ocurrió a mí os ocurrió también a vos. Después de todo el tiempo que hemos pasado juntas en Dartford, lo sé. Vuestro padre os violó.

Me estremecí, asqueada.

—No —dije.

—No me mintáis ahora —chilló.

—No os miento. Quiero a mi padre. Es un padre bueno y cariñoso. Jamás me haría nada semejante.

Su rostro se contrajo, presa de esa rabia terrible que había asesinado a dos personas. La hermana Christina soltó el cuchillo y se abalanzó sobre mí con las manos extendidas como un par de garras.

Retrocedí contra la pared, y ella cayó sobre mí en cuestión de segundos. Me cogió por el cuello y me golpeó la cabeza contra los ladrillos con todas sus fuerzas. Sentí un dolor penetrante, terrible y ardiente en la parte posterior de la cabeza.

El pasadizo que corría por debajo del priorato de Dartford se inclinó y quedó sumido en la oscuridad.

OceanofPDF.com

46

Palacio de Greenwich, junio de 1527

Lo primero que George Bolena me dijo fue:

—Señora Stafford, no me cabe duda de que os favorece mucho más la moda francesa.

Había entrado a las habitaciones de la reina con mi primo segundo, el rey. Yo había sido formalmente presentada a la reina Catalina como su nueva dama de honor. Tenía dieciséis años. Era uno de los momentos de mayor orgullo de la vida de mi madre. Todas sus esperanzas frustradas por fin quedarían recompensadas gracias a mi servicio. Mi ascenso en la corte volvería a acercarla a la órbita de la reina.

Catalina de Aragón era una mujer elegante, digna y afectuosa. Yo me sentía ya cómoda en esas estancias habitadas por la mujer que tenía la edad de mi madre y también su acento español. Su lúgubre vestido y su elegante decoro me recordaban asimismo a mi madre. Las damas de mayor edad también me dieron la bienvenida. Una joven, no mucho mayor que yo, se ofreció a mostrarme los rituales que tenía a su cargo para la reina después de la cena.

—Cuidaremos bien de vuestra hija. Sé que es vuestra joya —le dijo a mi madre la reina.

—No, no, Alteza —se apresuró a responder mi madre—. Es ella quien debe cuidar de vos.

Se sonrieron. La fortaleza de su amistad, forjada en la corte española, no había sufrido mengua alguna por los pasados seis años de exilio. Todo se sobreentendía.

La reina Catalina se volvió hacia mí.

—Tengo entendido que se os da bien la labor de aguja. Coseremos juntas. Tengo un montón de camisas para Su Majestad que precisan algunos retoques finales.

Respondí con una reverencia.

—Sería para mí un honor, *madame*.

La reina volvió a sonreír e hizo una señal a su confesor español. Durante todos los años que había vivido en Inglaterra —los enlaces de dos hermanos reales, el nacimiento de una hija, María, y la triste procesión de niños nacidos muertos y de abortos— siempre se había apoyado en el servicio de un confesor español.

La figura corpulenta y baja de la reina se movió hacia su capilla privada, seguida de su confesor.

Mi madre se mostró prudente y no quiso atosigarme. Debía visitar a unos viejos amigos.

—Volveré dentro de una hora para despedirme de ti y de la reina —me dijo—. Familiarízate con las demás damas mientras la reina está en la capilla.

El rey apareció cuando hacía apenas diez minutos que mi madre había salido.

Hubo un alboroto de actividad en el vestíbulo, apareció un paje y el propio rey Enrique entró con paso firme en la habitación, seguido de media docena de hombres. Yo no había estado en su presencia desde que era una niña.

Todas nos inclinamos en profundas reverencias. Mantuve la mirada fija en el suelo mientras volvía a incorporarme despacio.

—¿Dónde está la reina? —Su voz resultó sorprendentemente aguda.

—Sire, está en confesión —dijo lady Maude Parr, la camarera de la reina, una mujer alta y de digno porte.

El rey hizo un ruido impaciente que me inquietó. Seguí sin levantar la vista.

No sé exactamente qué hombre fue —no fue Bolena—, pero alguien, un cortesano, dijo:

—¿La reina tiene una nueva dama de honor?

Al hacer esa pregunta llamó la atención sobre mí, destacando mi presencia de las otras dos docenas de mujeres, viejas y jóvenes, y cambiando con ello mi vida.

Sentí que todas las miradas se clavaban en mí. Alcé la vista con el corazón tronándome en el pecho.

El rey Enrique VIII era el hombre más alto que yo había visto jamás. Más alto que mi padre o que sus hermanos. Era pelirrojo y empezaban a clarearle las sienes. Tenía unos ojos pequeños y azules y una barba inmaculadamente recortada, más dorada que roja. Aunque tenía treinta y seis años, parecía más joven. Ese día vestía de púrpura y le cubría un manto de joyas: inmensos anillos y dos medallones dispuestos uno sobre el otro. Aunque yo sabía que solo la realeza podía vestir de púrpura, no esperaba que el rey hubiera elegido ese color para pasearse por la corte en un día cualquiera. Más adelante sabría que no se trataba de un día cualquiera y que había un motivo por el que deseaba envolverse del color real para lo que pretendía hacer. Pero nadie sabía todavía nada de eso.

—Alteza —murmuré, volviendo a saludar con una reverencia.

—Os presento a la señora Joanna Stafford —dijo lady Parr, con una voz en la que se adivinó cierta sombra de nerviosismo.

El rey me miró de arriba abajo.

En ese momento odié mi vestido con todas mis fuerzas. Era una pieza cara de brocado de color burdeos y cuidadosamente seleccionado para ensalzar el color de mi tez. Tenía un cuello bajo y cuadrado, típicamente español, que dejaba a la vista la parte superior de mis pechos, algo que yo habitualmente evitaba en casa y a lo que, consiguientemente, estaba realmente desacostumbrada. Me sentí desnuda delante de esos hombres mucho mayores que yo.

El rey no dio ninguna muestra de lascivia al verme, esa es la verdad. Había sido advertida de su naturaleza lujuriosa, y no solo por mi madre sino por todos los adultos que habitaban el castillo de Stafford. El rey le había engendrado un bastardo a una camarera de la corte y había seducido a un montón más, incluida Catherine de Fitzwalter, una de mis tías Stafford.

Creo que existen dos clases de mujeres: las que se ofenden cuando un hombre no las mira con deseo y las que se sienten aliviadas. Yo pertenecía sin duda a la segunda categoría.

El rey se limitó a saludarme con una inclinación de cabeza e hizo un gesto hacia un joven que formaba parte de su grupo. Le dijo algo que no alcancé a oír antes de volverse y salir.

El joven se acercó furtivamente a lady Parr y dijo:

—Voy a llevarla con mi hermana.

Lady Parr hizo una mueca.

—Hay otra dama que sirve a la reina y la conoceréis —dijo, muy reticentemente—. Este caballero os acompañará. Es sir George Bolena.

El hombre saludó con una inclinación de cabeza y un exagerado y burlón floreo. Me sentí atónita y confundida. Si la dama servía a la reina, ¿por qué no estaba allí? Pero no tuve más remedio que seguirle.

Bolena debía de tener entre veinticinco y treinta años y era muy moreno, con unos enormes ojos negros. Vestía un caro jubón como yo jamás había visto llevarlos hasta entonces: muy ceñido. Era de mediana estatura y muy delgado.

La moda significaba mucho para él. Tras criticar mi ropa, comentó los estilos de las vestiduras de otras damas mientras recorríamos la larga galería. Su tono era educativo. Apenas dije nada durante el trayecto. Bolena provocaba en mí un profundo desagrado.

Me hizo pasar a una gran sala escasamente amueblada y profusamente iluminada a la que se accedía directamente desde la galería. Si las habitaciones de la reina eran oscuras, casi enmohecidas, esas en cambio estaban aireadas y contenían toques decorativos que yo no había visto hasta entonces: lazos de colores colgaban de las bisagras de las ventanas y había un cojín alegremente bordado en una silla.

Vi a una mujer delante de la ventana. Se parecía mucho a George Bolena —tenía los ojos y el pelo negro y era muy delgada— y aparentaba su misma edad. Se me ocurrió que quizá fueran gemelos.

—¿Quién es? —preguntó muy seria. Tenía un ligero acento francés.

—La nueva dama de honor, la joven Stafford —dijo él—. ¿Os acordáis? La que tanto ha insistido en traer la reina.

Le dediqué una mirada furiosa.

La mujer se rio. Fue una risa grave y ronca.

—No le gustáis, George.

—No, no le gusto. —Parecía encantado.

Ella se alisó la falda y se acercó a mí. Tuve que reconocer que era hermosa. Ambos lo eran, aunque mostraban una extraña actitud. Era como si estuvieran constantemente actuando y disfrutaran sobremanera de ello.

—Soy Ana Bolena —se limitó a decir.

—¿Y también vos servís a la reina? —pregunté.

Sus enormes ojos negros bailaron, conocedores de una chanza que no comprendí.

—Por el momento —dijo. George Bolena se echó a reír.

Me volví hacia él.

—Devolvedme a los apartamentos de la reina —pedí.

—Menudo carácter —dijo Ana.

—Sí, lo sé. Y tiene además una bonita figura. ¿No os gusta, hermana?

Ana me miró durante un instante antes de arrugar la nariz.

—No.

Aquello estaba yendo demasiado lejos.

—No sé por qué estoy aquí, pero insisto en regresar —repliqué, presa de la ira—. He sido llamada para servir a la reina.

Una vez más, ambos se rieron de su broma íntima.

—Me parece que no entiende nada —dijo George Bolena—. Los Stafford han metido la pata. Claro, viven demasiado apartados de la corte y han caído en absoluta desgracia. No saben nada.

—No insultéis a mi familia, señor —reclamé—. Somos una de las familias más antiguas del reino. Hasta el día de hoy jamás había oído mencionar a los Bolena.

Yo no lo sabía, pero acababa de arrojar un guante delante de personas peligrosas. Aunque lo que había querido decir era que no sabía quiénes eran los Bolena, ellos se lo tomaron como un insulto contra el prestigio de su nombre. El ánimo que impregnaba la habitación cambió de la burla a algo más maligno. Eché a andar hacia la puerta para alejarme de ellos, pero en ese momento entró un paje a toda prisa. A punto estuve de darme de bruces con él.

—El rey —anunció sin aliento.

George Bolena me tomó del brazo. Creí que pretendía sacarme de la habitación y apartarme así de la presencia del rey que, por algún motivo, había decidido detenerse allí, pero un instante después me encontré en una diminuta alcoba a la que se accedía por un lateral de la habitación, separada de ella por una pesada cortina.

Una mano me tapó la boca.

—Ni una palabra —me jadeó al oído George Bolena.

Intenté desasirme, pero él me rodeó con la otra mano y pegó mi cuerpo al suyo. Era un hombre fuerte.

Dejé de forcejear al oír las voces procedentes de la habitación contigua. Una de ellas era la del rey.

—Confesándose —gimió, como si agonizara—. Estaba dispuesto… estaba total y absolutamente dispuesto, Nan. Pero está confesándose.

—No tardará mucho —dijo Ana Bolena con tono tranquilizador.

—No estoy seguro de que deba hacerlo hoy.

—Lo prometisteis —continuó ella, esta vez con una voz mucho más afilada—. Y es peligroso seguir postergándolo. Corren demasiados rumores. Dijisteis que lo peor que podía ocurrir era que enviara un mensaje a su sobrino, el emperador. Tenéis que decírselo y tenéis que obligarla a que acceda. Nada de mensajes.

No podía creer que esa joven le hablara de ese modo al rey de Inglaterra.

—Dieciocho años de matrimonio… No es tan sencillo —gimió él—. Estaba dispuesto cuando he entrado hace un rato, pero ahora…

—Esta noche todo habrá terminado y habrá quedado atrás. Pensad en eso.

Hubo unos segundos de silencio y, con una voz preñada de súplica, él dijo:

—¿Me dejáis…?

—No, no, no —se rio Ana.

—Por favor, Nan. Por favor.

Hubo un silencio seguido de un suave gemido.

Al oír el gemido, George Bolena se agitó. Su mano izquierda permaneció rígidamente pegada a mi boca mientras la otra empezaba a moverse sobre mí. Su mano se cerró sobre mi pecho. Intenté zafarme, horrorizada. Una vez más susurró, débilmente aunque con una renovada y aterradora tosquedad:

—Si hacéis algún ruido, será vuestro final.

Y entonces me introdujo la mano por debajo del vestido.

¿Cuántos minutos transcurrieron? No lo sé. Podrían haber sido cinco o quizá quince. O muchos más. Pero George Bolena se detuvo en cuanto el rey y su hermana también lo hicieron. El rey dijo algo, ella respondió y después les oí moverse antes de que alguien más entrara en la habitación. Un minuto más tarde reinaba el más absoluto silencio. Todos se habían ido.

George Bolena se recolocó la cadena, que se le había soltado del jubón, e hizo lo propio con la bragueta.

—Y ahora, señora Stafford —dijo con una risotada—, os devolveré a los apartamentos de la reina.

Cuando me había sacado a rastras a la habitación que acababan de abandonar su hermana y el rey, dijo:

—No diréis a nadie lo que acaba de ocurrir. Si lo hacéis, lo negaré. Soy el favorito del rey. Me creerá a mí. O temerá que haga pública su conversación con mi hermana. Eso no puede permitirse en ningún caso. Vuestros padres serán castigados y vos y vuestra familia quedaréis mancillados para siempre. Nadie se casará jamás con vos. —Pegó sus labios a mi oreja—. Este será nuestro secreto. ¿Y quién sabe? Quizá termine por gustaros. Después de hoy, creo que soy yo quien debería tomar vuestra virginidad. ¿No estáis de acuerdo?

La galería era un borrón durante el camino de regreso. Me costaba un sobreesfuerzo andar. George Bolena tuvo que sostenerme varias veces para evitar que me cayera. No sé si alguien reparó en mi estado. Si fue así, nadie preguntó.

Cuando estábamos delante de los apartamentos de la reina, apareció mi madre.

—¿Adónde has ido? ¿Te ha dado permiso la reina o lady Parr? —Me observó más atentamente—. ¿Qué te ocurre, Joanna?

Negué con la cabeza, aturdida. Me volví. George Bolena había desaparecido. Ni siquiera estoy segura de que mi madre le hubiera visto.

—El rey está hablando en privado con la reina —dijo. Me habló de los amigos a los que había visto, pero estaba agitada. Me miraba, preocupada, y volvía a asomarse a la cámara de la reina, preocupada por otros motivos.

El rey apareció por fin de pronto, y sus cortesanos y pajes se arracimaron de nuevo a su alrededor como los percebes a un barco.

Tenía el rostro encendido y furioso. Ver ese aspecto, tan rabioso, en un hombre tan alto y poderoso resultó aterrador. Mi madre literalmente se pegó contra la pared cuando él pasó con grandes zancadas delante de ella.

Oímos entonces a la reina. Un sollozo herido.

Mi madre entró presurosa a la habitación justo después de lady Parr y de las demás damas mayores. Yo la habría acompañado. A fin de cuentas, servía a las órdenes de la reina. Pero no me moví.

Mi madre volvió a aparecer, muy pálida, minutos más tarde.

—Es increíble —dijo—. Increíble. Le ha dicho a la reina que quiere la anulación, que jamás han estado realmente casados. *Madre de Dios*[5].

La reina seguía sollozando, aunque sus sollozos no tardaron en quedar silenciados por un sonido mucho más intenso: un grito histérico.

Era mío. Y duró el tiempo que tardó mi madre en sacarme a toda prisa del palacio real de Enrique VIII.

OceanofPDF.com

Cuarta parte

OceanofPDF.com

47

Priorato de Dartford, enero de 1538

Todo se tiñó de gris durante un largo tiempo, un gris suave, aislante y tranquilo. Era como si de nuevo viajara en una gabarra desde Dartford a Londres por el Támesis, resguardada en la niebla matinal. Recuerdo que, mientras iba sentada en el barco y había mirado por la borda al agua, en ningún momento había logrado ver el lecho del río. Siempre veía un yeso opaco y líquido.

Oí retazos de voces. Mi nombre: «Hermana Joanna». A veces era solo «Joanna». No quería hablar. Ignoraba las voces, testaruda. Lo único que deseaba era flotar en aquel reconfortante gris.

Sin embargo, pasado un tiempo apareció un jardín, un lugar conocido. Era el castillo de Stafford, sus jardines, uno de mis lugares favoritos. No, no era ninguna pesadilla. No sentía la necesidad de huir ni de ocultarme. No, los jardines me acogían. Pude oler las flores, oí el trino de los pájaros y sentí las seductoras alas de los insectos.

Sin embargo, alguien lloraba, y su llanto estaba destrozando el jardín. Miré en derredor para ver quién era. No había nadie.

—Por favor, hermana Joanna —sollozaba una mujer—. Por favor.

No había modo de ayudarla. Tenía que abandonar el jardín. No podía permitir que continuaran los sollozos…, sería egoísta y negligente. Intenté desplazarme hacia el lugar de donde provenía el llanto, pero mis piernas no se movieron. Levanté los brazos, con todas mis fuerzas. Las vibrantes flores y el cálido sol me abandonaron. Regresó el gris. El llanto ganó en intensidad y por fin supe quién era: la hermana Winifred.

Finalmente abrí los ojos. Estaba acostada en una cama y tenía junto a mí el pelo rubio de la hermana Winifred, que sollozaba con el rostro pegado al lecho.

Alargué la mano hacia ella. El esfuerzo fue muy superior a lo que había imaginado. Mis dedos se movieron apenas unos centímetros, pero ella notó

el movimiento. Levantó bruscamente la cabeza.

—¡Hermana Joanna! —gritó—. Oh, gracias a la Virgen.

—No os alteréis, no es bueno para vuestra salud. —Mi voz sonó terrible, como un graznido.

La hermana Winifred se rio, feliz.

—¡Hermano Edmund, hermano Edmund! —chilló.

Y enseguida él estuvo a mi lado. Sus manos tiernas y huesudas me palparon las muñecas y el cuello. Me levantó los párpados y me examinó los ojos. Yo le devolví la mirada. Parecía cansado, aunque sin duda era él. Sus ojos no mostraban ese marrón sereno aunque mortecino que para entonces yo sabía que era el producto de una peligrosa flor. Estaban colmados de dolorosa preocupación.

—Me alegro de veros, hermano Edmund —dije.

Sonrió.

—Yo también me alegro de veros, hermana Joanna.

De pronto cayó sobre mí el miedo y el horror vivido en los túneles que corrían por debajo del priorato. Me encogí al recordar y de inmediato sentí un terrible ardor en la parte posterior de la cabeza.

—¡No, hermana Christina! ¡No! —Estaba frenética.

—Calmaos, calmaos —dijo rápidamente el hermano Edmund—. La hermana Christina ya no está. No puede haceros daño. No os mováis, hermana.

—Mi cabeza —gemí.

—Habéis sufrido una seria herida en la cabeza —dijo—. Ha estado también aquí el barbero, y ayer vino un médico de Londres.

Le miré de hito en hito.

—¿Ayer? ¿Cuánto… cuánto tiempo llevo dormida?

—Lleváis varias semanas incapaz de hablar o de moveros —respondió con voz muy baja.

La hermana Winifred me tomó la mano y la estrechó con fuerza.

—Creíamos que moriríais —dijo.

La miré y contemplé su cariñoso rostro. Y miré después al hermano Edmund, que examinaba el estado de los vendajes que me cubrían la

cabeza. Oí el crepitar de un buen fuego en la chimenea de la enfermería. Estábamos en pleno invierno.

—¿No moriré? —pregunté.

—No, no moriréis —aseveró con firmeza el hermano Edmund—. Os repondréis, aunque quizá lleve algún tiempo.

Apreté la mano de la hermana Winifred.

—Mi padre —dije.

Cruzaron una fugaz mirada. El hermano Edmund se inclinó hacia delante y dijo:

—Todavía no le hemos encontrado.

—¡Pero iban a dejarle en libertad! —exclamé—. El obispo Gardiner se lo prometió a la princesa.

—Y así lo hicieron tres días después de nuestra visita a Lambeth. Estamos seguros. Geoffrey Scovill fue a Londres y lo confirmó.

—Le escribimos una carta a vuestro primo, sir Henry. Respondió que no había visto a vuestro padre ni tampoco había tenido noticias suyas. La carta llegó ayer mismo al priorato.

Lágrimas saladas ardieron en mis ojos.

—Geoffrey Scovill le está buscando, hermana Joanna —dijo—, y ambos sabemos que cuando el señor Scovill se propone dar con alguien, lo consigue. Es un hombre muy testarudo.

—Como yo —añadí.

—Sí —dijo el hermano Edmund—. Es como vos. —Bajó la cabeza y desvió la mirada.

Repicaron las campanas. Era la hora de la oración. La hermana Winifred nos miró, interrogante.

—Id, os lo ruego —supliqué—. Deseo que vayáis.

—Contadles de la hermana Joanna —dijo el hermano Edmund—. Hoy podrán rezar plegarias de agradecimiento.

Cuando la hermana Winifred salió, le pregunté por la corona.

El hermano negó con la cabeza.

—Tampoco hemos dado con ella. Había un lugar donde ha debido de estar oculta, una habitación muy parecida a la de Malmesbury, pero estaba vacía. He revisado cada centímetro de los túneles, en vano.

—La hermana Christina.

—Sí —dijo—. Cuando los hombres se la llevaban, una de las cosas que gritó fue que nunca encontraríamos la corona. Que la había santificado.

Tragué saliva.

—Sí, hermano Edmund, la maldad de su padre la volvió loca. La hermana Helen… debió de ver cosas que nadie más contempló y sospechaba que la hermana Christina había asesinado a lord Chester. Pero los tapices… ¿qué significaban?

—Las hermanas bailan para su padre, Atlas, un dios al que Zeus condenó a sostener el peso del cielo sobre sus hombros. Ellas lloran por él, pero en algunos mitos también le culpan por no haberlas protegido y haber impedido que las capturaran. Todas las Pléyades engendraron hijos concebidos por dioses o semidioses, a veces por la fuerza. Existe una versión en la que las hermanas se rebelan contra su padre. Le odian. En ese tapiz hay enfado en su danza, sí.

Asentí.

—Por eso quería que viera la historia, aunque habían sido otras las monjas que la habían tejido hace mucho tiempo.

Me asaltó de pronto otra idea aterradora.

—¿Y qué me decís del obispo Gardiner?

—Regresó a Francia después de pasar una semana en Londres. Había sido convocado por el rey para oír los requisitos que esperaba de una nueva esposa. Gardiner está a cargo de negociar con el rey Francisco para encontrar una princesa francesa.

—Pobre princesa. —Me estremecí. Algo cambió en la expresión del hermano Edmund. Vi que le quedaba algo por decirme. No se trataba de algo agradable.

—¿Qué ocurre, hermano? —le apremié.

—La hermana Christina ya ha sido acusada de asesinato y considerada culpable en los Juicios de Assize —dijo. Luego vaciló.

—Decidme —susurré.

—La hermana Christina morirá en la horca —afirmó.

Tuve que asimilarlo. No dije nada durante un buen rato. Por fin, conseguí susurrar:

—Ella preferiría que la quemaran.

La habitación estaba empezando a desdibujarse ante mis ojos.

—Ahora debéis descansar —dijo con suavidad—. No penséis en estos momentos en la hermana Christina, ni en la corona, ni tampoco en el obispo Gardiner. Todo irá bien.

Volvió a envolverme el manto gris.

Empecé a recuperarme. Tardé dos días en poder sentarme sin desmayarme. Y tenía los brazos y las piernas tan débiles y tan poco colaboradores, que resultaba extraordinariamente frustrante. El hermano Edmund y la hermana Winifred me diseñaron una rutina diaria. Cada día debía esforzarme un poco más. Sentarme, estirar una mano y después la otra. Por fin, pude levantarme, aunque no andar. Me aterró ver que mis piernas se derrumbaban bajo mi cuerpo.

Tenía visitas. Cada vez que estaba con ánimos para ello, una hermana distinta venía a sentarse a mi lado y rezaba conmigo. Hubo que recordarle a la hermana Agatha que no era justo que monopolizara todo el tiempo destinado a las visitas.

La priora Joan pidió verme a solas, con tan solo el hermano Edmund presente. Se sentó junto a mi cama con el rostro muy serio, aunque no había en él el menor signo de ira o desconfianza.

—Creo que si no hubierais llegado cuando lo hicisteis, la hermana habría terminado con mi vida —dijo la priora—. La hermana Christina tenía intención de matarme. En varias ocasiones así lo manifestó. Pero para ella era muy duro matar a una priora de Dartford. Las enseñanzas que había recibido habían hecho efecto, incluso en una muchacha que había perdido la cabeza. Me odiaba, y aun así también me respetaba y me temía. Cuando aparecisteis vos, estaba rezando con el fin de reunir la fortaleza necesaria para matarme.

—¿Y el hermano Richard? —pregunté.

La priora bajó la cabeza. Entendí lo difícil que aquello iba a resultarle.

—La hermana Christina estaba sentada a mi lado, apuntándome con el cuchillo al cuello mientras le oíamos acercarse por el pasillo. El hermano gritaba una y otra vez: «¿Priora? ¿Priora?». Parecía preocupado por mí. Yo deseaba desesperadamente advertirle. El sonido de su voz, el modo en que

me llamaba, no puedo quitármelo de la cabeza. Lo oigo todas las noches, y todos los días yo… —Su voz se apagó. Tras un largo instante de silencio, prosiguió—. Cuando dobló la esquina, ella se abalanzó sobre él. El hermano Richard no tardó en morir.

Los tres guardamos silencio, mientras lamentábamos enormemente la pérdida del brillante hermano Richard.

Por fin la priora se aclaró la garganta.

—Deseo hablar con vos sobre la corona de Athelstan.

Me tensé. Una rápida mirada al hermano Edmund reveló que el asunto no le ponía nervioso. Sí, por supuesto. Ya habían hablado de ello mientras yo estaba inconsciente.

—Los agentes Legh y Layton me dijeron que estaban convencidos de que vos habíais sido la elegida del obispo Gardiner para buscar en el priorato una reliquia llamada la corona de Athelstan. Dijeron que se rumoreaba sobre su existencia desde hacía muchos años y Cromwell les había mandado investigar en todos los monasterios, en particular en la abadía de Malmesbury, donde está enterrado el rey Athelstan, pero que nadie había dado con ella. Ciertos informes recientes les habían llevado a creer que la corona estaba aquí, en Dartford. Me dijeron que si la encontraba, Dartford no sería disuelto…, que seguiríamos aquí. Pero dijeron que no debía, bajo ningún concepto, enfrentarme a vosotros tres y provocar con ello la intervención directa de Gardiner. Debía buscar con discreción. Me aseguraron que el rey honraría la vieja corona de un rey.

Solté un bufido de incredulidad.

La priora se sonrojó y prosiguió.

—Obviamente, cuando el hermano Richard dijo que el obispo Gardiner os reclamaba a vos y al hermano Edmund a Londres, me pareció mentira, pero no intenté deteneros, porque creí que sería más fácil conseguir mi propósito con tan solo uno y no tres agentes de Gardiner compitiendo conmigo. Tras muchos días de esfuerzo, y después de estudiar los diagramas de otros prioratos y monasterios, entendí que la diferencia entre las tallas de piedra que había encima de la estantería del *locutorium* debía de tener alguna importancia y pude acceder a las escaleras, pero nunca conseguí encontrar la habitación correcta. La hermana Christina me atrapó.

—La hermana Christina encontró la corona —dije.

La priora asintió.

—Se mofó de mí cuando me lo dijo. Me contó que se la había llevado del priorato hacía semanas y que la había santificado.

«Santificado». Esa palabra otra vez.

—Pero ¿cómo lo hizo? —pregunté.

—Según me dijo, la arrojó al fuego y la fundió. La rompió en pedazos. Luego tiró los trozos al río.

Me estremecí ante la locura de la hermana Christina.

—Lo cierto es que estaba mucho más interesada en su padre y los crímenes que este había cometido contra ella y contra la hermana Beatrice que en la corona. El mayor error de mi vida fue acceder a que lord Chester viniera al priorato de Dartford. La priora Elizabeth le había prohibido venir, pero yo desconocía la causa porque jamás llegué a leer la carta. Creo que la intención de lord Chester era jactarse de su poder delante de su hija. Lo que le hizo a la hermana Christina fue un espantoso crimen contra Dios y contra el hombre. —Negó con la cabeza—. La hermana dijo que su padre se enfadó cuando ella anunció que quería profesar aquí, pero consiguió enviar una carta a su tío, el obispo de Dover, y ganarse su apoyo. Quería reconstruir aquí su vida, intentar olvidar el pasado y dedicarse a Dios. Quizá si lord Chester no hubiera venido al banquete, ella lo habría logrado. No lo sé. Dios es misericordioso. Pero cuando su padre puso las manos en el relicario durante el banquete algo en ella estalló. Ya no hubo marcha atrás.

La priora se incorporó en la silla.

—Debo encontrar el modo de vivir con ese error que se ha cobrado todas estas vidas. Pediré perdón y guía espiritual todos los días que me queden en la tierra.

Alargué la mano hacia ella y le toqué la suya. Ella me miró, sorprendida… y también agradecida.

—¿Qué será ahora de nosotras?

—El priorato de Dartford será disuelto —se limitó a responder—. He escrito a Cromwell y le he informado de lo ocurrido, él me envió hace dos semanas una carta dejando claro lo que ha de pasar. Debo ceder el priorato a

la voluntad del rey. No habrá persecuciones ni arrestos. Nos ocurrirá lo mismo que está sucediendo con todos los monasterios mayores en toda Inglaterra. Al menos nos libraremos de una nueva visita de los agentes Legh y Layton. Después de Pascua, todas deberemos abandonar el priorato de Dartford. Se han acordado las respectivas pensiones.

La priora se inclinó, acercándose a mí.

—Durante el tiempo que nos queda, nos comportaremos con dedicación a Cristo y con la dignidad que nos confiere ser miembros de la Orden de las Dominicas. Os sugiero lo mismo que les he planteado a las demás hermanas. Pensad bien en cómo deseáis vivir cuando Dartford os cierre sus puertas. Vos, hermana Joanna, disponéis de opciones que las demás no tienen. Sois mitad española y la Orden de los Dominicas es muy fuerte en España. Podríais viajar allí. Yo os ayudaría con las disposiciones necesarias. No os faltan medios. Contáis con la herencia de vuestro padre…

Negué violentamente con la cabeza.

—Soy inglesa.

—No podéis ser monja aquí —dijo muy suavemente—. No es posible celebrar la ceremonia de vuestra profesión definitiva la víspera de nuestra destrucción. He solicitado permiso para vos y para la hermana Winifred a nuestro prelado en funciones. Envié una carta el día después de mi rescate. Quería hacerlo por vos, hermana Joanna. Sois la última novicia en profesar en Dartford. Quería que fuerais la última monja. Pero está demasiado cerca del final de nuestros días. Mi solicitud ha sido denegada.

Me agarré al borde de la cama. Habían ocurrido demasiadas tragedias, demasiadas pérdidas y misterios que jamás llegaríamos a entender. Pero aquel se me antojó el más cruel de los golpes. ¿Debía entonces vivir mi vida en ese extraño limbo, sin ser una mujer de mundo ni tampoco una auténtica monja?

—Deseo estar a solas —dije.

Ella asintió y salió en silencio con el hermano Edmund. Esa noche lloré sin cesar hasta que por fin caí en un sueño oscuro, hueco y vacío. La búsqueda, el terror y el esfuerzo… Tanto para nada. Todo había terminado.

La semana siguiente fue para mí muy dura. Casi sentía que volvía a estar en la Torre, de nuevo inmersa en ese último periodo de apatía, de

desesperanzado estupor. A fin de animarme, la hermana Agatha me trajo una carta de lady María. La encargada de las novicias no cabía en sí de la excitación. La leí con ella de pie junto a mí y después compartí con ella las hermosas palabras de la hija del rey. La carta la satisfizo más a ella que a mí. Yo siempre reverenciaría a lady María y le estaría eternamente agradecida, pero en ese momento era parte de un modo de vida que llegaba a su fin: una vida de gracia, sacrificio y orden que daba paso a la fealdad y a la confusión. La tragedia era demasiado enorme.

La hermana Winifred hizo cuanto estuvo en su mano para animarme. Llegó incluso a suplicarme que viviera con ella después de que Dartford cerrara sus puertas.

—El hermano Edmund dice que intentará mantener abierta la enfermería de la aldea, trabajando de boticario en vez de seguir siendo fraile —dijo—. Hay en la villa quien le ha pedido que se quede, que lo intente. Yo le ayudaré en la enfermería y cuidaré la casa, cocinaré y limpiaré. Encontraremos una casa en la villa. Todavía no se lo he preguntado, pero estoy segura de que os querrá con nosotros.

—No, debo estar con mi padre —dije—. Sé que puedo encontrarle. Cuando haya recuperado las fuerzas, compraré un caballo y yo misma le buscaré.

—Sí, claro, hermana —murmuró, intentando disimular su decepción—. Lo comprendo.

Poco después me enteré de lo de la hermana Beatrice.

Al principio no me lo habían dicho. Por algún motivo, decidieron que me alteraría demasiado. Pero finalmente me enteré de que la hermana Beatrice había regresado a Dartford. Los crímenes de la hermana Christina la habían turbado de tal modo que había escrito una carta a la priora en la que le pedía audiencia. Durante una larguísima conversación, se acordó que podría regresar en calidad de hermana laica mientras existiera el priorato. Otros prioratos las tenían también: mujeres que se encargaban sobre todo de las labores manuales, liberando así a las monjas y a las novicias para que estas pudieran dedicarse al estudio religioso. Las hermanas laicas llevaban hábitos distintos y dormían con los criados, pero se requería que obedecieran las leyes de la castidad, la obediencia y la humildad.

La hermana Agatha me preguntó, muy nerviosa, si quería conocerla.

Me encogí de hombros.

—No veo por qué no.

A la mañana siguiente, la hermana Beatrice vino a verme a la enfermería. No había dormido bien y temía enfrentarme a una larga confesión de una mujer penitente y caída en desgracia.

Era más alta de lo que había imaginado, con unos ojos de color miel y una espesa mata de cabello recogido bajo una toca. Se sentó sigilosamente en un taburete y me miró fijamente durante tanto rato que me sentí incómoda.

—Y bien —dijo—. Me han dicho que os gusta tejer tapices.

Me reí.

—¿A vos no?

—Me resulta muy aburrido y se me da muy mal. Pero, a decir verdad, aquí todo se me daba mal salvo la música. En capítulo, mis faltas eran el doble que las del resto. Estoy segura de que fui la peor novicia en la historia de la Orden de las Dominicas.

—Entonces ¿por qué habéis vuelto? —pregunté.

—La priora Elizabeth y las demás monjas me trataron mejor de lo que nadie me ha tratado jamás —dijo—. Exceptuando a Geoffrey Scovill. —Para mi asombro, se ruborizó al pronunciar su nombre. Apartó la mirada hasta que el sonrojo remitió.

—Geoffrey me habló de vos —masculló.

Debería haberme importado, pero por alguna razón no lo hizo.

—Dijo que sois una persona extraordinaria —prosiguió.

—No lo soy —repliqué, cansada.

Se mordió la uña del pulgar. Vi que tenía todas las uñas mordidas hasta el pellejo. Me había mostrado algo de acritud, pero enseguida se transformó en tristeza.

—¿Me culpáis, hermana Joanna? —preguntó—. ¿Creéis que todo lo que ha ocurrido aquí, en el priorato, es culpa mía?

—No.

Asintió. Sin embargo, seguía preocupada.

—Creo —dije despacio— que durante el resto del tiempo que sigamos aquí no deberíamos culparnos ni buscarnos faltas la una a la otra. La vida en el priorato de Dartford es demasiado preciosa y hermosa. Deberíamos atesorarla hasta que sea imposible seguir haciéndolo.

Ella se levantó del taburete.

—Os equivocáis en una cosa, hermana Joanna. Sois extraordinaria.

OceanofPDF.com

48

Mi recuperación siguió su curso. Con esfuerzo, y con mucha paciencia por parte del hermano Edmund, un lunes por la tarde pude por fin cruzar andando la enfermería. Al día siguiente, la priora me hizo saber que se esperaba mi presencia en la iglesia.

La noticia me animó. Creía firmemente en lo que le había dicho a la hermana Beatrice. Durante toda mi ausencia había deseado rezar las oraciones, unirme a los cánticos y buscar la unión sagrada con el amor de Cristo. Con la hermana Winifred a un lado y la hermana Agatha al otro, fui desde la enfermería a la iglesia de Dartford. Me arrodillé y cumplí con mis obligaciones.

A pesar de que no podía moverme deprisa, ese día asistí a todos los oficios celebrados en la iglesia, y también al siguiente, y al siguiente. Poder confesarme me llenó de alivio y de gratitud, además de liberarme de parte de la angustia que me acuciaba. El hermano Edmund declaró que estaba lo bastante recuperada como para dormir en mi habitación. Me alegró descansar en mi viejo camastro, aunque se me encogió el corazón al ver vacío el que estaba contra la pared contraria, donde había dormido la hermana Christina.

Al día siguiente, abordé a la priora.

—¿Podríamos terminar de tejer el tapiz de la hermana Helen antes del cierre de Dartford? —pregunté.

Me miró durante un largo rato.

—Solo si vos os hacéis cargo del trabajo de las demás hermanas —dijo.

—No estoy capacitada —contesté, aturullada.

—No hay nadie más capacitado que vos —sentenció con firmeza—. Hermana Joanna, sois una novicia dotada de un talento extraordinario. El estudio, el dominio del latín, la costura, la música, las matemáticas, el francés y el español… Vuestros logros en todos los ámbitos son sobresalientes. —Guardó silencio—. No os lo había dicho hasta ahora

porque creía que os afligiría saberlo, pero la priora Elizabeth me dijo en una ocasión que con vuestras dotes y vuestro linaje esperaba que llegarais a ser priora muy joven. Me contó en su día que os consideraba una joven capaz de brillar.

Sus palabras me sorprendieron, me entristecieron y… me resultaron increíblemente conmovedoras.

—Gracias. Os estoy muy agradecida por hacerme sabedora de la confianza que la priora tenía depositada en mí. Y también de la vuestra.

Me despedí con una inclinación de cabeza y fui en busca de la hermana Winifred, que no cupo en sí de felicidad en cuanto se enteró de que volveríamos a tejer juntas en nuestro telar.

A la mañana siguiente, la hermana Winifred y yo abrimos de nuevo la sala de los tapices, que había permanecido cerrada desde la muerte de la hermana Helen. El telar, y todo lo demás, estaba cubierto de polvo. Trabajamos duro para limpiarlo y después revisé el estado de las sedas de la cesta, que seguía abierta en el suelo, en el mismo sitio donde había caído el día que la hermana Helen se había desplomado.

El hermano Edmund y yo habíamos compartido nuestras distintas teorías sobre los tapices. Nos parecía evidente que la hermana Helen nunca había llegado a saber de la existencia de la corona escondida, aunque quizá sí estaba al corriente de los túneles que recorrían el priorato por debajo, y desde luego sabía de la lujuria predadora de lord Chester. Las historias de Dafne y Perséfone giraban en torno a inocentes muchachas que eran atacadas o abatidas por un hombre, a pesar de los esfuerzos por salvarlas. En el tapiz de Dafne, la hermana Helen había llegado muy lejos al contarle al mundo lo que ocurría en Dartford, incorporando el rostro de la auténtica hermana Beatrice a los hilos y colocando a la priora Elizabeth entre los juncos del río en el papel de padre que intentaba rescatarla. Tras el asesinato de lord Chester, la hermana Helen debía de haber adivinado que la hermana Christina había sido la única responsable de lo ocurrido, y eso explicaba su agitación. Y eso debió también de llevarla a acordarse de un antiguo tapiz, el que mostraba a las Pléyades.

Encontré el pequeño dibujo original que la hermana había creado para su último tapiz. Lo había trasladado a un gran cartón que había seccionado

en piezas verticales. Pero el dibujo lo revelaba todo.

—Sí —exclamé, dirigiéndome a la hermana Winifred—. Ahora lo veo. —Empecé a unir los diseños de color de hilo y sedas.

—¿Podemos ayudaros, hermana Joanna?

De pie en la entrada estaban la hermana Agatha y la hermana Rachel y, apoyada sobre su bastón, la hermana Anne, la más anciana de la congregación.

—Yo era novicia cuando este telar llegó a Dartford —dijo la hermana Anne—. Creo que recuerdo todavía los secretos de un buen hilado.

—Pero yo no puedo enseñar a monjas de vuestra antigüedad. No soy merecedora de eso —protesté.

—Ocupad vuestros puestos, hilanderas —dijo la hermana Agatha con su voz potente. Señaló al taburete de la hermana Helen, situado junto a la ventana. Tragué saliva, me senté y empecé a distribuir el trabajo.

Ese día hicimos un gran progreso, y al día siguiente aparecieron otras dos monjas. Cumplieron con sus turnos en los bancos para completar el último tapiz que Dartford elaboraría antes de nuestra disolución.

Era la segunda semana de febrero y acabábamos de terminar de poner punto final a la labor del día en el telar. Estiré los brazos y, con la hermana Winifred a mi lado, avanzábamos por el pasillo cuando oí risas delante de nosotras.

Nos miramos, intrigadas.

Las risas procedían del jardín del claustro. Cuando giramos al llegar al fondo del pasillo este las vimos: media docena de hermanas, jóvenes y ancianas. Estaban plantadas en el centro del jardín con las manos en alto hacia la nieve.

Era una nevada como yo no había visto en años. Los copos caían rápido, cubriendo por completo el suelo. Habían alcanzado ya una altura de al menos seis centímetros y se tambaleaban sobre las ramas de los membrillos.

Corrí a reunirme con ellas. Dábamos puntapiés a la nieve, girábamos y nos agachábamos. Saqué la lengua para saborear aquellos inmensos y exquisitos copos que caían desde el cielo de Dios.

Cerré los ojos y ejecuté la pirueta de una danza que recordé de una lección tomada en un pasado muy lejano.

Una mano me sacudió el hombro.

—¡Hermana Joanna! —exclamó alguien con voz apremiante.

Abrí los ojos. Un hombre se acercaba a mí por la nieve. Era Geoffrey Scovill, con la cabeza y la ropa empapadas y arrugadas a causa de la nieve y la cara roja por el frío.

—Hermana Joanna —dijo. Una sonrisa le iluminó el rostro—. Me habían dicho que os habíais recuperado, pero no creí jamás que os encontraría bailando.

—¡Geoffrey! —grité. Estaba feliz de verle. Las otras hermanas dejaron de moverse a mi alrededor. Se sentían tímidas y cohibidas ante ese joven, aunque fuera el reconocido rescatador de la priora y de mí misma.

Fui hacia él, consciente de que no debía mostrarme tan familiar con un hombre, aunque sencillamente en ese momento me traía sin cuidado.

—Me alegra que hayáis venido —dije. Con ánimo bromista, le arrojé un puñado de nieve, que tembló en el aire y se estampó en su manga.

Geoffrey se rio. Siempre me había gustado el sonido de su risa, incluso cuando me molestaba, lo cual sucedía a menudo.

Alguien más apareció tras él. Era el hermano Edmund, y parecía triste. No le tenía simpatía a Geoffrey Scovill y supuse que eso jamás cambiaría.

Volví a mirar a Geoffrey. Ya no se reía, ni siquiera sonreía. Ambos cruzaron una larga mirada, pero no fue de enemistad. Había en ella un conocimiento compartido de algo.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Vuestro padre está aquí —anunció Geoffrey.

Durante unos segundos no pude creerlo.

—Oh, Geoffrey, gracias, gracias —dije.

—No he tenido nada que ver. Ya casi había llegado a Dartford cuando me crucé con él —añadió Geoffrey.

—Entonces, ¿venía a verme?

—Sí —dijo el hermano Edmund.

—¿Dónde está?

Los dos hombres cruzaron una nueva mirada.

—En la enfermería —respondió el hermano Edmund—. Os llevaré hasta él. Pero antes debéis saber que…

Yo ya había echado a correr. Corrí a pesar de que me habían desaconsejado hacerlo, forzando mis débiles piernas en la carrera. A punto estuve de caerme contra un muro, pero me aparté de él y seguí adelante.

En cuanto entré le vi, sentado en el mismo camastro de la enfermería en el que yo había convalecido no hacía mucho tiempo. Se me encogió el corazón al ver su rostro quemado y lleno de cicatrices.

La hermana Rachel le estaba dando algo de comer.

—Padre —dije.

—Joanna, ah, Joanna. —Su voz sonó débil, pero estaba vivo.

La hermana Rachel dio un paso atrás mientras yo abrazaba a mi padre. Tenía frío y, como bien pude notar bajo la ropa, estaba mucho más delgado. Las lágrimas surcaron mis mejillas mientras le abrazaba y daba gracias a Dios por habérmelo devuelto.

—Mi pequeña —susurró, acariciándome el pelo como tantas veces lo había hecho en el pasado—. Mi pequeña.

Algo cayó al suelo a mi espalda con un tintineo. Me volví a mirar. Me encontré con un niño de no más de cuatro años, con un lustroso pelo rojo y una amplia sonrisa. Había cogido una sartén de plata de la encimera y la había arrojado al suelo.

—No, Arthur —dijo mi padre—. Eso no se hace.

—¿Quién es este niño? —pregunté.

Mi padre me agarró del brazo con fuerza.

—Es Arthur Bulmer, el hijo de Margaret.

OceanofPDF.com

49

Minutos más tarde nos habíamos quedado a solas. Mi padre así lo pidió y su tono fue tan insistente que todos obedecieron. La hermana Winifred dijo que se llevaría a Arthur a la cocina para que la cocinera le preparara algo especial para comer. El hermano Edmund también se retiró, no sin antes preparar una cataplasma de hierbas para mi padre. De brazos cruzados, Geoffrey lo observaba todo desde la puerta.

—¿Hablaré con vos más tarde, señor Scovill? —preguntó mi padre. Incluso entonces, gravemente debilitado como estaba, su voz se percibía impregnada de la autoridad de un Stafford.

—Por supuesto, sir Richard —respondió respetuosamente Geoffrey. Se despidió de mí con una inclinación de cabeza y se marchó con el hermano Edmund.

—Bebed, os lo ruego —dije, dándole el tazón humeante.

—Espera un momento, Joanna.

—No —insistí—. Ahora. —Le sonreí—. Vais a tener que acostumbraros a que os dé órdenes en lo que respecta a la comida y a la bebida.

Me miró inquisitivamente.

—El priorato de Dartford será disuelto en primavera —dije—. Me gustaría quedarme aquí hasta que eso ocurra. Después me uniré con vos dondequiera que creáis que debemos vivir.

Tomó un sorbo de la bebida caliente. La noticia no provocó en él toda la felicidad que yo había esperado. Quizá fuera porque tenía frío y porque estaba cansado.

—Tengo que hablar contigo, Joanna. Por favor, escúchame bien. Esta conversación no será fácil. Creo que va a ser la más difícil de toda mi vida.

Con el corazón acelerado en el pecho, cogí un taburete y me coloqué a su lado. Él permaneció sentado en el borde del camastro de la enfermería, justo un poco por encima de mí y con las manos sobre las rodillas.

—Se trata de Arthur —dijo.

Asentí. Entonces lo entendí.

—¿Queréis que viva con nosotros? Por supuesto, padre. Deseo ayudar a criar al hijo de Margaret. Sin embargo, me sorprende que la familia de su esposo os lo haya cedido.

Cerró los ojos. Pasó un instante. Oí el murmullo de voces procedente del exterior. Una de ellas era la de Geoffrey. Tal y como mi padre había ordenado, no se había alejado demasiado.

Mi padre volvió a abrir los ojos.

—Joanna, es hijo mío.

Me sentí confundida.

—No, es hijo de Margaret. Acabáis de decirlo.

Vi que le temblaban las manos que tenía apoyadas sobre las rodillas.

—Es el hijo que tuve con Margaret.

—Eso no es posible —dije.

Volvió a cerrar los ojos.

—No os encontráis bien, padre, o jamás se os ocurriría vileza semejante. Llamaré al hermano Edmund. Él puede daros algún remedio.

—¡No! —Me cogió la muñeca—. No llames a nadie. Escúchame, hija. No tienes elección.

Me quedé de una pieza. Jamás le había desobedecido en toda mi vida, pero sentí un dolor terrible en lo más profundo de mi cuerpo.

—En el verano de 1533 fui a Londres a supervisar las propiedades de la familia, ¿te acuerdas? —No respondí ni asentí y él prosiguió—. La vi en la calle. Era Margaret. Había huido de su esposo la noche anterior y había estado deambulando por Londres sin saber adónde ir ni qué hacer. —Hizo una pausa en su relato antes de proseguir—. No sé hasta dónde sabes sobre cómo era su primer marido, William Cheyne. Un hombre infame, lleno de crueldad. Norfolk jamás debería haber concertado ese matrimonio. Cheyne contrajo la sífilis poco después de casarse con ella. Margaret hizo cuanto pudo por mantenerse apartada de él, pero de vez en cuando Cheyne reclamaba hacer uso de su esposa. En 1533, Ana Bolena estaba embarazada de un bebé que, según esperaba todo el mundo, sería un príncipe. Norfolk atendía al rey, y Cheyne estaba un día con él y ordenó a Margaret que le

acompañara, a pesar de que ella había odiado desde siempre la corte. Ese fue el día que el rey la vio por primera vez.

El rostro de mi padre estaba lleno de odio. Hablaba más deprisa de lo que jamás le había oído hacerlo. Era como si se sintiera obligado a contarme todas esas cosas sórdidas y terribles.

—Con el embarazo de la reina, Enrique había empezado a tener amantes de nuevo. Naturalmente, cuando se fijó en Margaret, decidió que tenía que hacerla suya. Le dijo a alguien que era la mujer más hermosa que había visto jamás. Sabía además que era la hija de Buckingham. Eso debió de sumar enteros a la perversidad de su atracción. Le pidió a Norfolk, que siempre estaba ansioso por ejercer de procurador, que se la consiguiera. Norfolk estaba encantado porque eso significaba que alguien leal a los Howard entretendría al rey. Ordenaron a Cheyne que entregara esa noche a Margaret al camarero personal del rey, que se encargaría de llevarla al lecho de este.

Sentí que volvía la náusea y el horror que provocaba en mí la corte.

—Pero Margaret huyó —dijo mi padre sin más—. Escapó de su esposo. Huyó de Hampton Court, donde residía en ese momento la familia real. No tenía adónde ir. Obviamente, su marido la buscaría en la pequeña casa que tenían en Londres. Su hermana, la duquesa, no podría luchar contra esa suerte de presión. Margaret no disponía de dinero propio con el que cruzar Inglaterra y regresar al castillo de Stafford. Cuando la encontré, estaba medio muerta de hambre y exhausta. Me dijo que se había escondido toda la noche en una iglesia. Nos cruzamos esa mañana en la calle y al principio no podía creer que fuera ella. Sollozaba y me suplicó que la ayudara.

»La llevé a mi casa y soborné a los criados para que me ayudaran a ocultarla. Frenéticos, Cheyne y Norfolk aparecieron horas después, esa misma tarde, buscándola. Me hice el inocente y les dije que ni siquiera sabía que estuviera en la corte. Margaret y yo creímos que el único modo de ponerla a salvo era que viajara lejos, al norte de Inglaterra, y buscara allí refugio con su otra hermana, la condesa de Westmoreland. Haría falta un ejército para sacarla de aquel castillo tan próximo a la frontera escocesa y situado en esa parte del país tan poco amiga de los Tudor. Yo tenía algo de dinero y pude reunir más para costear su viaje.

Mi padre guardó silencio. Parecía que tuviera que sacar fuerzas de alguna parte para poder proseguir.

—Nos sentíamos muy solos ambos. E infelices. Lo que ocurrió fue pecado. No digo que no lo fuera. Fue adulterio por ambas partes y fue también incesto. Pero no te mentiré, Joanna, y te diré que lo lamenté, porque eso sería una terrible injusticia a su memoria. El tiempo que pasamos juntos duró solo una semana, pero Margaret fue el amor de mi vida.

Bajó la cabeza y rompió a llorar.

Junto a la repulsión, al dolor y a la rabia que me embargó al tener noticia de las mentiras, hubo algo que se removió en mi interior. Sentí lástima por mi padre y también por Margaret.

—No pude acompañarla al norte. Habría despertado demasiadas sospechas en Norfolk si me hubiera ausentado durante tanto tiempo. Norfolk sospechaba que yo sabía algo del paradero de Margaret, de modo que contraté a criados para que la acompañaran y ella se marchó al norte. No volví a verla hasta… Smithfield.

»Me dijeron que conoció a Bulmer en el castillo de su hermana poco después de su llegada y que se fue a vivir con él enseguida. Más tarde me dijeron que estaba encinta. Me extrañó. A decir verdad, me obsesionó. Intenté una y otra vez obtener más información, procurando no parecer demasiado indecoroso. ¿Para cuándo esperaban al bebé? Cuando el niño nació, la fecha de su nacimiento indicó que en efecto podía ser mío. No pude soportarlo más. Le escribí, exigiendo saber. Le dije que si era cierto, viajaría al norte para reclamarles a ambos, costara lo que costara.

»Ella me respondió. Decía en su carta que el niño era mío y que Bulmer lo sabía. Lo sabía todo. Bulmer la amaba y aceptaba la situación. Criaría al pequeño como si fuera suyo. Margaret decía en su carta que Bulmer era un hombre bueno y que viviría con él el resto de sus días, que le daría hijos propios que sumaría a los hijos e hijas mayores que él ya tenía. Decía que no accedería a nada que pudiera perjudicar a mi esposa… ni a ti. Nunca quiso que lo supieras.

Asentí. Por fin entendía por qué, en su última carta, Margaret rezaba a diario para que la perdonara. Y percibí también el odio y la saña que el rey

había mostrado por mi pobre prima, una mujer que había huido al norte para no acostarse con él. Y por qué Enrique VIII la había condenado a morir en la hoguera delante de una inclemente chusma.

—Cuando me liberaron de la Torre, quise venir a verte, hija, pero antes tenía que saber lo que había sido de Arthur. No fue fácil viajar hasta allí en invierno. —De pronto se estremeció y se frotó el brazo—. Me encontré con sir Ralph, el hijo mayor de Bulmer. Si él me hubiera dicho que el sitio de Arthur estaba con los Bulmer, yo lo habría aceptado, pero no fue así. Saltó de alegría cuando me ofrecí a llevarme a Arthur.

—¿Sabe él que sois el verdadero padre? —Yo estaba horrorizada.

—¡No! —Se encogió—. Pero creo que siempre ha sospechado que el niño no era de su padre. Pidieron quedarse con la niña. Su esposa le había tomado cariño. A Arthur no. Y los Bulmer culpan a Margaret por haber tomado un papel activo en la rebelión, en vez de intentar pacificar a su esposo, como según dicen debería haber hecho.

—Creía que esas eran mentiras que contaba Norfolk.

Mi padre dejó escapar un profundo suspiro.

—Como mucha otra gente del norte, Margaret se opuso a las reformas religiosas, aunque en su caso albergaba un odio personal contra el rey y contra su cuñado, Norfolk. Cuando el pasado febrero todo estaba perdido, Bulmer seguía intentando todavía reunir tropas por última vez para enfrentarse a Norfolk en el campo de batalla. Bulmer se declaró culpable en su juicio e intentó absolver a Margaret, pero mucha gente la había oído proferir declaraciones condenatorias contra el rey… y en apoyo a los monasterios y las viejas formas.

Miré a mi padre, desolada.

—En apoyo a mí.

—Pero hay más, Joanna. —Parecía profundamente exhausto, pero yo conocía bien a mi padre. Era un hombre testarudo, en eso éramos iguales, y me contaría lo que necesitaba decirme.

—Arthur no es como los demás niños —dijo muy apesadumbrado—. Casi ha cumplido cuatro años y apenas dice unas cuantas palabras. No es fácil lidiar con él. A decir verdad, es lo opuesto a ti a su edad. Creo que los

Bulmer a punto estuvieron de enloquecer intentando criarle. Y yo también he sufrido lo mío.

—Padre, el pequeño ha pasado por una terrible tragedia al perder a su madre y a Bulmer, que sin duda hizo las veces de padre para él. Saldrá adelante con amor y paciencia.

Lágrimas de alivio llenaron los ojos de mi padre.

—Gracias, Joanna. Gracias a Cristo y a san Pedro he podido llegar hasta aquí a tiempo para hablar contigo.

—¿Qué queréis decir?

Cerró con fuerza su mano sobre la mía.

—No estoy bien, hija.

—No digáis eso —le regañé—. No sois viejo.

Sonrió.

—No es la edad. Quedé herido en Smithfield y el tiempo que he pasado en la Torre me ha dejado debilitado. Durante el viaje a caballo a Dartford me he encontrado mal. Cuando he llegado a las tierras del priorato, me he caído del caballo.

Mi padre, uno de los mejores jinetes de Inglaterra, ¿se había caído de su montura? De repente me quedé helada de miedo.

—Perdí la consciencia y podría haber muerto en la nieve si Geoffrey Scovill no me hubiera encontrado. Arthur lloraba sentado a mi lado. No había podido despertarme. El señor Scovill logró reanimarme, me puso en pie y me trajo aquí. Te conocía tan bien que me parecía increíble. Y había estado en Smithfield… ¡y nos había visto allí! Sin duda ha sido obra de la divina providencia que precisamente viniera hoy a Dartford y me haya salvado.

—Escuchadme, padre —dije—. El hermano Edmund es un gran curandero, el mejor que he visto jamás. Él os ayudará. Y yo me dedicaré a cuidar de vuestro bienestar, del vuestro y también del de Arthur.

Mi padre abrió los brazos.

—Deja que te abrace, Joanna.

Nos abrazamos durante un largo rato. Y, a pesar de todo lo que había oído, de todo lo que tanto me había conmocionado, dolido y hasta

asqueado, volver a recibir el abrazo de mi padre fue la respuesta a todas mis plegarias.

Más tarde, llevé al hermano Edmund a un rincón.

—Debéis curarle —le dije sin contener mi vehemencia—. Prometédmelo.

—Emplearé todos mis conocimientos y haré todo lo que pueda, bien que lo sabéis, hermana Joanna —respondió—. Pero no estaría bien engañaros. Y tenéis la edad y la fortaleza necesarias para oír la verdad. El corazón de vuestro padre está dañado. El viaje en mitad del invierno desde el norte de Inglaterra a punto ha estado de terminar con él.

—¿Por qué lo ha hecho? —gemí—. ¿Por qué no ha esperado hasta la primavera?

—Deseaba venir a veros, hermana Joanna —respondió el hermano Edmund—, y hablar con vos antes de que fuera demasiado tarde. Y traeros a vuestro primo.

—¿Primo?

Me miró.

—¿No es Arthur Bulmer vuestro primo?

—Ah, sí. —Inspiré hondo—. Sí, lo es.

Dispuse de cinco días con mi padre en Dartford. Él se quedó en la enfermería, a cargo del hermano Edmund y de mí. A pesar de todo lo que hicimos por él, fue debilitándose gradualmente. En otro tiempo me habría negado a verlo…, a ver que mi padre se moría, pero el hermano Edmund tenía razón. Ya contaba con una edad y la fortaleza suficientes como para enfrentarme a la verdad, por muy dolorosa que fuera. Yo misma planteé la posibilidad de encargarme de criar a Arthur, de crear con él un hogar después de que Dartford cerrara sus puertas, y mi padre asintió en señal de agradecimiento.

—Contigo, Arthur estará a salvo —jadeó.

Mi padre murió la noche del 23 de febrero de 1538. Había recibido la extremaunción antes de quedarse dormido para no volver a despertar.

La priora Joan me concedió mi deseo. Enterramos a mi padre en el cementerio de Dartford, en una colina situada a medio camino entre el priorato y la leprosería. Eran muchos los lugareños que pedían ser

enterrados allí, deseosos de estar cerca de las monjas y de que se rezaran oraciones por sus almas mientras estas vagaban por el purgatorio al tiempo que sus cuerpos se convertían lentamente en polvo.

Le enterramos en la tumba situada junto a la del hermano Richard.

Y durante varios días en la iglesia del priorato se rezaron plegarias especiales por el alma del difunto sir Richard Stafford, hijo menor del segundo duque de Buckingham, hermano del tercer duque de Buckingham y padre de la hermana Joanna, novicia de la Orden de las Dominicas.

OceanofPDF.com

50

Cuando tienes a tu cargo a un niño, poco tiempo queda para el duelo, la tristeza, el arrepentimiento, la ira o cualquier otra cosa.

Mi padre había dicho la verdad. Arthur era sin duda un niño difícil. Entendía lo que le decía, pero hablaba muy poco. Su único deseo era explorar: correr, trepar, descubrir, derramar. Entendió que yo era a partir de entonces su única familia, y se aferró a mí, pero todavía se comportaba de un modo salvaje y descontrolado conmigo y con el resto de las hermanas. Se calmaba un poco en presencia del hermano Edmund, pero el peor sitio para Arthur era una enfermería, llena de objetos rompibles y de pociones peligrosas.

Quien mejor le manejaba era John. Inventaba juegos para Arthur en los establos, aunque fueran pequeños y sencillos encargos. Yo me sentía desgraciada dejando a mi hermanastro en manos de un mozo de cuadras mientras no podía atenderle, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Tenía que ir a misa, rezar y coordinar las sesiones de tejido. Sin esas obligaciones y observancias no tenía sentido seguir allí.

La priora había hecho una enorme excepción y había permitido que Arthur durmiera en el priorato. Winifred se trasladó a las dependencias de las monjas y Arthur dormía conmigo. Era diferente cuando dormía: su rostro era dulce, puro, afable. Podía ver en él a mi padre y sí, también a Margaret, y eso me daba una sensación de conexión con él, la sensación de que ese niño y yo estábamos unidos por un vínculo de sangre. Durante el día, cuando batallaba por criarle, no estaba segura de cuáles eran los sentimientos que albergaba hacia él. Los múltiples momentos de frustración podían con mi paciencia. Pero de noche, mientras le veía dormir, tan indefenso, sabía que le quería. Estaba dispuesta a morir por él sin la menor vacilación.

El tercer martes de marzo, un ventoso día en el que amenazaba lluvia, terminé mi labor con el tapiz un poco más tarde de lo habitual.

La hermana Eleanor asomó la cabeza por la puerta.

—Tenéis visita —dijo, y desapareció antes de que pudiera preguntarle de quién se trataba.

Fui al *locutorium*, la sala que seguía incomodándome profundamente. Me alivió encontrarla vacía. Continué con mi búsqueda por las habitaciones delanteras del priorato, pero tan solo encontré a Gregory y a la priora trabajando en su despacho rehabilitado y limpio.

Era la hora de ir a ver cómo estaba Arthur, de modo que me dirigí al granero. El misterioso visitante podría esperar. Quizá la hermana Eleanor se había confundido. A fin de cuentas, ¿quién iba a visitarme? Estaba sola en el mundo, salvo por el pobre Arthur. Saboreé la amargura de la autocompasión y la reprimí. No podía ni debía abandonarme a ella.

Oí gritos de alegría en el granero. La risa de una joven y la voz de un hombre, sin duda, pero no la de John. Me deslicé entre las puertas. Arthur estaba de pie en el borde de un taburete con los ojos chispeantes. Arrojaba puñados de paja a Geoffrey, que se había puesto un enorme sombrero de granjero y hacía el payaso delante del niño. Sentada en una gran caja, mirándoles, estaba la hermana Beatrice, con el rostro iluminado de satisfacción.

Geoffrey me vio y la infantil pantomima tocó a su fin.

—Hermana Joanna, tengo que hablar con vos —dijo, con su actitud respetuosa, casi formal—. Es importante.

Una vez más, sentí el sabor de la amargura en la boca. ¿Acaso no iba a disfrutar jamás de la risa despreocupada y tonta ni del juego? ¿Por qué Geoffrey siempre adoptaba esa actitud oficial al verme? La hermana Beatriz cogió a Arthur. Tras ofrecer una última sonrisa a Geoffrey y dedicarme a mí una extraña mirada, se llevó al niño. Geoffrey y yo nos quedamos a solas en el granero.

—He venido a hablaros de la hermana Christina —dijo Geoffrey.

—Ha muerto.

Pareció levemente sorprendido por el modo en que me apresuré a decirlo.

—Sí.

—Naturalmente, fuisteis a ver la ejecución.

Ladeó la cabeza sin dejar de mirarme.

—¿Por qué os enoja eso?

—No me enoja —repliqué. Y en ese momento me sentí enfadada porque sabía que estaba siendo injusta. Aun así, no pude evitarlo—. Al fin y al cabo, a eso os dedicáis, Geoffrey, a asistir a la ejecución de mujeres.

Me miró de hito en hito, perplejo.

—Lo siento —me disculpé. Me senté en la misma caja en la que momentos antes había estado la hermana Beatrice—. Es demasiado duro oír una y otra vez que las cosas son terribles y verlas con mis propios ojos, y saber que no tardarán en empeorar. El lugar que amo más que nada en el mundo será destruido. Dejaré de servir junto a las demás hermanas, y quizá incluso no vuelva a verlas. No hay nada a lo que aspirar, tan solo pérdidas y más pérdidas.

—Está Arthur.

Asentí.

—Sí —dije, exhausta—. Está Arthur.

—¿Adónde iréis?

Le conté que mi primo Henry había respondido a mi carta. Arthur y yo podríamos vivir en el castillo de Stafford con la familia. A pesar de que la carta no mostraba demasiado entusiasmo, tampoco lo había esperado. Los Stafford no éramos afectuosos entre nosotros, pero cerrábamos filas cuando la situación así lo requería. Tendríamos un techo sobre nuestras cabezas de por vida.

Inspiré hondo.

—Ahora contadme de la hermana Christina.

—La colgaron en Tyburn. No hubo nadie que la representara. El oficial de la corte dijo unas palabras y la subieron al cadalso. Me dicen que hacía semanas que había perdido el juicio. Justo antes de que la colgaran, dijo una oración en latín.

—Debió de ser la oración de la salvación de las dominicas —susurré.

—Al término de su plegaria, se volvió a mirar a los espectadores. Me temo que había una gran multitud de desconocidos. La hermana se había convertido en todo un personaje. Me reconoció y me gritó.

—¿Qué dijo?

—Quería que os dijera algo.

Me tensé, recelosa.

—Dijo: «Decidle a la hermana Joanna que hay fuego en la colina».

Guardé silencio durante un largo instante y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¿Sabéis lo que quiere decir? —preguntó.

Asentí.

—En cierto modo, la hermana y yo nos entendíamos. Por eso sus crímenes me resultan especialmente turbadores. Yo llegué a ver una parte de su espíritu. La hermana me reveló a mí más que a nadie, aunque no lo suficiente. Si yo no hubiera estado tan ciega ni hubiera sido tan estúpida, podría haberla ayudado y haberla alejado de toda esa violencia.

Geoffrey se sentó junto a mí. La caja crujió bajo el peso de ambos.

—Podemos pasar horas, días, semanas y años en compañía de alguien y no llegar a comprender del todo a esa persona. Creedme, sé de lo que hablo. Y vos, vos no estáis ciega ni sois ninguna estúpida. Sois la mujer más inteligente y más valiente que he conocido.

Me rodeó los hombros con el brazo y yo me fundí con la reconfortante fortaleza de Geoffrey Scovill.

Todo ocurrió tan rápido que perdí el aliento.

Lo más parecido a lo que sentí era como si me hubiera sumergido en el agua. No podía nadar, pero cuando era niña me caí a un lago y mi padre me sacó del agua en cuestión de segundos. Recuerdo la sensación de dar vueltas mientras me sumergía en algo que era muy poderoso.

Tendría que haberme apartado de Geoffrey y sin embargo respondí a sus besos. Me comporté como jamás debería haberlo hecho la novicia de un priorato. Pegué mi cuerpo al suyo, tirándole del pelo y buscando sus labios, que sentí duros sobre los míos, suaves después y duros de nuevo. Esperé que la sensación de repulsión me embargara. No lo hizo.

Sentí su excitación, su pasión, pero también su experiencia. Había práctica en sus caricias. Sentí una punzada al entender que había acariciado a otras mujeres antes.

Me separé de él. Nos quedamos allí sentados, perplejos. Vacilantes. Fue entonces cuando la decepción por mi conducta me asaltó. El pesar al tomar

conciencia de mi lapso.

La risa tímida de Geoffrey interrumpió mis cavilaciones.

—Lo que daría porque supierais cuánto he planeado llegar a esto, los cautelosos pasos…, nada que pudiera asustaros. Todo correctamente, con el mayor respeto. Y de repente saltamos el uno sobre el otro. Ah, Joanna, nada ocurre jamás según los trazos de un plan juicioso.

Me fijé en que había omitido el «hermana». Sentí una nueva punzada.

Me tomó la mano y la mantuvo cuidadosamente en la suya.

—No parece que os entusiasme demasiado la idea de volver a casa de vuestra familia. Tengo que saber qué tenéis pensado para vuestro futuro.

—Nada —susurré—. No hay nada.

—¿Sería quizá posible que vuestro futuro pudiera…? —Su voz se apagó. Geoffrey parecía más nervioso de lo que jamás le había visto, incluso cuando nos trasladaban en la gabarra a la Torre de Londres.

—No digáis nada más —le imploré—. Os lo ruego.

Retiró la mano y se levantó.

—He sido un estúpido al albergar la esperanza de que pudierais considerarme —dijo, sonrojándose—. Mi condición está muy por debajo de la vuestra. Vos descendéis de la realeza. Conocí a vuestro padre. Si hubierais conocido a mi padre… —Su voz volvió a apagarse y negó con la cabeza.

—¿Es eso lo que pensáis de mí? —pregunté—. ¿Que rechazaría a alguien por motivos de cuna?

George no dijo nada.

—No es eso. —Lágrimas de frustración me aguijonearon en los ojos—. Oh, Geoffrey, es lo que habita mi alma. Juré el voto de convertirme en novia de Cristo… Eso era lo que deseaba, el camino que elegí y para el que trabajé. Mi compromiso. Si no entendéis eso, no me entendéis en absoluto.

Geoffrey me miró detenidamente al tiempo que una triste sonrisa le curvaba los labios.

—No, no os comprendo, Joanna Stafford. Y sin embargo lo que siento por vos es más fuerte que lo que he sentido por cualquier mujer que haya conocido hasta ahora.

Se dirigió hacia la puerta del granero y se detuvo.

—Decidáis lo que decidáis, o vayáis donde vayáis, no creo que eso pueda cambiar jamás.

Las lágrimas llegaron enseguida. Mientras me balanceaba adelante y atrás, los sollozos, desagarrados y a viva voz, llenaban el granero vacío. Lloré más de lo que lo había hecho desde la muerte de mi padre. Lloraba por mis debilidades al tiempo que me arrepentía por haber herido a Geoffrey. Una parte de mí quería salir corriendo del granero y encontrar el camino a Rochester para pedirle que me llevara con él. Pero no lo hice. Por fin, cuando los sollozos remitieron, fui consciente de una sensación nueva y extraña. Para mi asombro, era una sensación de alivio. Estaba colmada de angustia y aun así también me sentía más liviana.

Aunque tardé un largo rato en entender por qué, por fin lo conseguí. Había respondido a Geoffrey Scovill. Aunque fuera un acto moralmente reprochable, había sido capaz de hacerlo. Durante años había estado llena de vergüenza, temor y asco a causa de lo que me había hecho George Bolena cuando tenía dieciséis años, y desde entonces me había encogido al pensar en que cualquier hombre pudiera volver a tocarme. La hermana Christina, incluso a pesar de su locura, había intuido que algo me ocurría. Pero la deshonra que me había infligido Bolena no me había dañado de un modo permanente, como había creído durante todos esos años. Por fin sabía algo con certeza: no había buscado entrar como novicia en el priorato de Dartford por temor a los hombres, sino por la esperanza de acceder a una vida espiritual y encontrar la verdadera fe en Cristo.

Cuando ya no me quedaron más lágrimas, me levanté y regresé a mis obligaciones en el priorato.

Esa noche tuve el sueño más inquietante desde mi confinamiento en la Torre. Las mujeres nos aferrábamos las unas a las otras, aterradas. Las hachas golpeaban la puerta y se oían ya los gritos. El humo impregnaba la habitación. Presa del pánico, busqué a tientas la ventana. La hermana Christina intentaba tirar de mí hacia atrás. Sus dedos se cerraron alrededor de mi cuello.

—No, hermana Christina, no. ¡No me hagáis daño! —grité, emergiendo bruscamente del sueño.

Me quedé tumbada en la oscuridad, sudando y confusa. El corazón me palpitaba tan fuerte que los latidos resonaban en mis oídos.

—¿Jana? —dijo Arthur.

—Estoy bien, duérmete —dije con la voz ahogada al tiempo que le acariciaba su bracito regordete.

Inspiré hondo varias veces y planifiqué el día siguiente.

A veces la primavera temprana nos regala un día, uno de esos días espléndidos que deshielan y activan nuestros cuerpos y nuestras almas. El sol brillaba, caliente y luminoso, cuando, al término de las plegarias matinales, tomé a Arthur de la mano y le llevé al lugar situado en lo alto de la colina donde estaba el antiguo convento en ruinas.

En la otra mano Arthur llevaba una larga pala de jardín. A Arthur le encantaba cavar. De hecho, habíamos reservado una parte del granero a esa actividad cuando habíamos descubierto que eso le mantenía felizmente ocupado durante largos ratos.

—Mira, Arthur, podemos trazar un cuadrado con los pies —dije—. Mírame. —Encontré los cimientos de piedra en el suelo, donde los brotes verdes estaban empezando a emerger de la tierra cicatrizada por el invierno. Caminé con cuidado, encontrando las piedras con los pies. Arthur me seguía, encantado.

Me dirigí al centro del cuadrado de santa Juliana, cosa que no había hecho con la hermana Christina la víspera de Halloween. ¿Sería ese el lugar donde se habían congregado las monjas para inmolarse? Bajé la vista y vi un punto donde la tierra parecía removida y más nueva.

Me quedé un buen rato mirándolo mientras Arthur saltaba entre risas y lanzaba piedrecillas.

—Arthur —dije por fin—. Dame la pala.

No me entendió, de modo que intenté quitársela con suavidad de la mano.

—Cavaremos —le dije—. Ahora cavaremos.

Cavamos durante al menos media hora. Al final me dolían las manos y la espalda, pero Arthur no se cansaba nunca. Fue él quien golpeó con la pala la parte superior de la caja y me sonrió, feliz, como lo habría hecho cualquier niño al encontrar un tesoro escondido.

Saqué la caja de la tierra. Intenté abrirla, pero me temblaban tanto las manos que no pude.

—Ábrela, Arthur —dije—. Ábrela.

Y él así lo hizo. Mi pequeño hermano introdujo las manos en el agujero que habíamos hecho en el suelo y abrió la tapa. No pude mirar lo que había en su interior porque estaba demasiado aterrada. Miré el rostro maravillado de Arthur.

Y vi las joyas de la corona de Athelstan reflejadas en sus ojos.

Intenté calmar el pánico que me embargaba y recé, buscando humilde guía y sabiduría. Alcé las manos al cielo y supliqué para que me fueran concedidas con los ojos cerrados.

Arthur hizo un ruido. Supe lo que había ocurrido en el segundo que tardé en abrir los ojos.

Arthur se había puesto la corona.

—¡No! —grité—. No, Arthur. Oh, no.

Se la quité bruscamente de la cabeza —era tan pesada que no entendí cómo había conseguido ponérsela— y volví a meterla en la caja.

Mi llanto inquietó a Arthur. No entendía lo que ocurría. Le abracé, desesperada y aplastándole contra mí con un abrazo aterrado.

—¿Estás bien, Arthur? —le pregunté una y otra vez. Pero por supuesto él no me respondió. Le sequé los ojos y le besé las mejillas. Una sonrisa vacilante volvió a asomar a sus labios—. Todo saldrá bien, Arthur —dije—. Todo saldrá bien.

OceanofPDF.com

51

—Un grupo de hermanas han decidido vivir juntas cuando el priorato de Dartford se vea obligado a cerrar sus puertas —dijo la priora—. En otros prioratos y abadías se han tomado decisiones similares. Algunas de vosotras regresaréis con vuestras familias, pero otras juntaréis vuestras pensiones y viviréis en una casa, no muy lejos de aquí, e intentaréis seguir las reglas de vida de las dominicas. No existirá la clausura oficial, pero podréis así, en la medida de lo posible, intentar llevar una vida acorde con vuestros ideales.

Nos hablaba en la sala capitular, durante las últimas semanas oficiales de la existencia del priorato de Dartford.

—Muchas de las mayores abadías y prioratos se están sometiendo a la voluntad del rey —dijo—. A finales de este año, o probablemente el año que viene, creo que todos habremos sido suprimidos.

Bajé la cabeza.

—El destino del priorato de Dartford está decidido —prosiguió—. Varios nobles y hombres de la corte, incluso hasta un clérigo, han cursado sus peticiones para recibir el priorato. El obispo de Dover ha expresado su interés por Dartford. —Era repugnante que un obispo intentara hacerse con un priorato por interés personal, pero no le sorprendió a nadie que el hermano de lord Chester hubiera cursado tamaña petición—. Debo deciros que el rey ha decidido no conceder Dartford a nadie y quedárselo. El priorato pasará a ser propiedad real.

Se oyeron algunos sollozos en la sala procedentes de los bancos de piedra. A pesar de que todas lo sabíamos desde hacía meses y nos habíamos ido preparando para aceptarlo, el final de algo que había pervivido durante siglos seguía resultando profundamente aterrador. El rey Enrique VIII nos había robado personalmente nuestro hogar y a partir de ese momento nos veíamos abocadas a una vida yerma, desprovista de la plena hermosura de nuestra fe.

—El monasterio ha enviado un limosnero para que dispense las pensiones, puesto que nuestra abadía ya no dispone de presidente ni de secretario para ello —dijo la priora. Durante el instante que la sombra del hermano Richard se cernió sobre la sala, perdió la entereza, pero enseguida se recobró y prosiguió—: La hermana Joanna y su pequeño primo se irán al castillo de Stafford la semana que viene. El hermano Edmund y la hermana Winifred les acompañarán en este viaje. Cuando el hermano regrese, intentará continuar con su labor en la enfermería de la aldea, ya no como fraile dominico sino como boticario y curandero.

Todos dejaron escapar sonidos y exclamaciones de aprobación.

—Y ahora —dijo la priora—, no celebraremos nuestra llamada a capítulo. En vez de eso iremos a la sala de tapices para ver la obra que acaba de quedar concluida bajo las órdenes de la hermana Joanna.

Las hermanas salieron despacio de la sala capitular en dirección a la sala de tapices. Habíamos colgado nuestro tapiz de la pared para que todos pudieran verlo. Me situé orgullosa delante de él mientras los demás se congregaban a mi alrededor.

—El mito griego elegido por la hermana Helen para su último tapiz fue el de Ícaro —dije—. El hermano Edmund me ha contado la historia completa del mito y ahora la dejo en vuestras manos.

A un lado del tapiz había un anciano de pie en la orilla de un mar.

—Este es Dédalo, un artesano de gran talento. Un rey cruel encarceló a Dédalo y a su hijo Ícaro en la isla de Creta. Ambos estaban desesperados por recuperar su libertad. Se construyeron unas alas para volar a la libertad.

Señalé al hermoso joven situado en el centro del tapiz, de cuya espalda emergían unas inmensas alas blancas. El joven volaba hacia un palpitante sol con las manos estiradas hacia arriba.

—Ícaro fue advertido de que no debía volar cerca del sol, pero le parecía tan hermoso que se vio atraído por él, por su magnificencia. Voló demasiado alto… —Se me quebró la voz—. Voló demasiado alto… —No pude continuar. Miré a las monjas y vi que también ellas intentaban reprimir las lágrimas. Todos sabíamos por qué la hermana Helen había elegido ese mito para el último tapiz de Dartford.

La hermana Winifred se adelantó.

—Las alas de Ícaro se fundieron, abrasadas por el sol hacia el que volaba y cayó al mar —explicó. Le agradecí enormemente su ayuda y su fortaleza. Prosiguió—: Pero la intención de la hermana Helen no era mostrar a Ícaro cayendo y muriendo. Lo que quería evidenciar era la valentía de su ascenso. Y eso es precisamente lo que la hermana Joanna y el resto de nosotras queremos mostraros ahora.

Juntas todas, allí de pie, las monjas de Dartford celebramos el vuelo de Ícaro. Y entonces repicaron las campanas y nos dirigimos en fila a nuestra iglesia, a cantar himnos y cánticos y a rezar y honrar a Dios en toda Su gloria magnífica.

Una semana más tarde, el hermano Edmund, la hermana Winifred, Arthur y yo estábamos preparados para partir. El hermano y la hermana, a los que me sentía tan unida, regresarían durante un breve intervalo a Dartford y se marcharían después con los demás. Yo no volvería a ver el priorato.

Recibí la bendición de la priora. La acompañaban la hermana Agatha, la hermana Rachel y la hermana Anne. Le había pedido a la priora que no convocara a toda la comunidad para despedirme, tan solo a unas pocas monjas. Necesitaba asegurarme de que mi partida sería tan tranquila como fuera posible. A Arthur le alteraba mucho verme llorar. Naturalmente, la priora supo a qué monjas seleccionar, cuáles habían conmovido más profundamente mi vida. Durante mucho tiempo habíamos estado enfrentadas, pero a esas alturas la priora Joan y yo nos entendíamos a la perfección.

El hermano Edmund enderezó la silla del palafrén gris que en su día había pertenecido al hermano Richard. Según había podido saber, al día siguiente de nuestra partida con destino a Malmesbury, el hermano Richard había hecho testamento y había especificado que todas sus pertenencias debían quedar en manos del hermano Edmund. Conocía a la perfección los peligros a los que se enfrentaba y había tomado las medidas pertinentes. Su gesto aumentó el respeto que sentía hacia él y agudizó el dolor que su muerte había provocado en mí.

John nos acompañaría al norte. Su esposa había dado a luz a una hija y el hermano Edmund le había contratado como sirviente para cuando el

priorato cerrara sus puertas. John había colocado nuestras pertenencias en las alforjas, y cuando a punto estábamos de subir a nuestros caballos se oyó un revuelo en el camino de acceso al priorato.

La hermana Winifred se quedó boquiabierta.

—¿Qué es eso? —susurró.

Se acercaban dos hombres a caballo. Tras ellos apareció algo que parecía una pequeña estancia rectangular de la que tiraban otros caballos por delante y por detrás.

—Es una litera —dije. Hacía años que no veía una.

Esperamos la llegada de la litera, esa plataforma cubierta de cortinas en la que viajaban los ancianos, los enfermos o los acaudalados. El hermano Edmund negó con la cabeza, desconcertado, aunque yo sabía quién iba dentro, porque había irrumpido en mis sueños en muchas ocasiones antes.

Cuando el grupo llegó hasta donde estábamos, una gran mano blanca apareció y descorrió las cortinas, y Stephen Gardiner, obispo de Winchester, asomó la cabeza.

Observó despacio nuestros caballos cargados y dispuestos para la partida y la ropa de viaje.

—*Salve* —dijo afablemente.

Tal y como era de rigor, la priora fue la primera que se adelantó a saludarle.

—He venido a las misas de Pascua. Regreso a Francia mañana —le informó el obispo—. Ardía en deseos de ver el priorato de Dartford antes de… de su siguiente fase. —Se movió hacia la entrada—. Sí, las estatuas de los reyes —murmuró, señalando a Eduardo III y al Príncipe Negro—. El cardenal Wolsey las contempló en su día. Vino en el año 1527, de camino a Francia, con un séquito de cientos de personas, pero yo no iba con él. Ya me había ido a Roma. —Me estremecí involuntariamente. ¿Qué misión le habrían encomendado en Roma en esa ocasión? ¿Las argumentaciones ante el Santo Padre para conseguir el divorcio del rey y Catalina de Aragón? ¿O estaría registrando documentos guardados en el Vaticano, buscando alguna prueba de los poderes de la corona de Athelstan?

Con la cabeza levemente inclinada a un lado, el obispo Gardiner estudió las tallas que coronaban la puerta, la Ascensión de la Virgen. Sus ojos se

abrieron y supe entonces que se debía a que había detectado la silueta labrada de la corona.

Arthur, aburrido, golpeó con un juguete una roca emplazada a un lado del camino. El obispo Gardiner se volvió a mirarle y acto seguido fijó en mí esos ojos claros de color miel.

—Ah, el pequeño Arthur Bulmer.

Horrorizada al ver que el obispo sabía quién era, cogí a Arthur en brazos.

—Obispo Gardiner —dijo con firmeza la priora—, será para mí un honor acompañaros al interior del priorato. Hay mucho que enseñaros. Pero primero debemos despedir a la hermana Joanna y a sus acompañantes. Tienen por delante un largo viaje hasta el castillo de Stafford.

El obispo la miró detenidamente.

—¿Dónde está enterrado el hermano Richard, priora? —preguntó.

—El cementerio está en la colina situada al oeste, entre el priorato y un edificio abandonado, una leprosería —respondió la priora.

—Iré allí ahora —anunció—. La hermana Joanna me acompañará.

—Desearía ir también con vos, obispo —intervino el hermano Edmund.

—No, hermano, no será necesario —dijo Gardiner con tono despectivo —. La hermana Joanna puede arreglárselas durante un rato sin vos.

Los labios del hermano Edmund se contrajeron. Dejé a Arthur en el suelo y le susurré al fraile:

—Cuidad de mi primo.

Y me volví hacia el obispo de Winchester para llevarle hasta las tumbas.

Caminamos en silencio. Sentí las miradas de los demás mientras doblábamos la esquina del priorato, algunas temerosas, otras confundidas y las más, sin duda, impresionadas por la llegada de un famoso obispo a Dartford.

Cuando llegamos a la tumba del hermano Richard, Gardiner se arrodilló para rezar una oración. Me volví hacia la tumba de mi padre, que ya había visitado la víspera para dejar allí algunos recuerdos. Me habría gustado saber si el obispo sentía algún remordimiento por lo que les había hecho a esos hombres, a todos nosotros.

El obispo Gardiner terminó su plegaria y se levantó.

—Hermana Joanna, quiero que sepáis que os perdono por haberme fallado.

No podía creer lo que acababa de oír.

—¿Que yo os… he… fallado? —dije, falta de aire.

—Dartford será suprimido, como lo serán también Syon y Glastonbury y el resto de las grandes casas religiosas —afirmó con dureza—. Los subalternos de Cromwell las derruirán, las distribuirán y las liquidarán. Nueve siglos de belleza y dedicación espiritual… destruidos. Los centros de oración y estudio, de civilización e incalculables bendiciones de Inglaterra. Todos desvalijados para engrosar el tesoro real.

Sus ojos encontraron los míos durante un fugaz instante. Vi brillar en ellos el dolor, la culpa y el arrepentimiento.

Con una voz sofocada dijo:

—Si hubiéramos logrado hacernos con la corona de Athelstan, habríamos podido poner freno a todo esto. —Señaló las tumbas de mi padre y del hermano Richard—. ¿No os parece que la empresa bien merecía algún sacrificio y alguna adversidad?

Estaba tan enfadada que escupí la pregunta que llevaba atormentándome desde que había estado en Malmesbury.

—¿Qué habríais hecho si la hubiera encontrado para vos? ¿Habríais usado la corona como arma en vuestra guerra privada con Cromwell? ¿O la habríais quizá conservado para otros propósitos?

Me miró fijamente al tiempo que un nervio le palpitaba a un lado del cuello.

—Llevadme a la leprosería —dijo.

Eché a andar delante de él mientras las lágrimas de rabia e impotencia surcaban mis mejillas. Me abrí paso por el bosquecillo, envuelto en la fragancia del nuevo sotobosque, y bajé por la colina.

Le esperé en la puerta abierta. Un estallido de flores blancas y amarillas cubría el muro delantero bajo la desvencijada ventana en la que yo le había dejado mis cartas.

El obispo se detuvo al llegar a las ruinas. No parecía deseoso de entrar.

—Me pregunto si con el paso de los años la gente caminará entre las ruinas de nuestras abadías y se preguntará por la suerte de quienes habitaron

entre sus muros —dijo.

Me asombró que se le hubiera ocurrido reflexionar algo tan parecido a lo que había pensado yo.

Dio un paso hacia mí. Había en sus ojos una feroz determinación.

—Habéis dejado una profunda impresión en lady María. Os menciona constantemente en las cartas que me escribe, a mí y a todos. No será tarea fácil, pero deberíamos lograr convertiros en una de sus damas de compañía para que podáis de ese modo sernos de utilidad. Creo que antes deberíais casaros. Tengo a un puñado de candidatos de confianza en mente.

—No, no, no…, basta —exclamé, tapándome los oídos con las manos.

—Se os respetará vuestra castidad. Puede ser simplemente un matrimonio sobre el papel —continuó, tranquilizador, como si fuera eso lo que más me ofendía—. El matrimonio marcará cierta distancia entre vuestros votos de novicia y vuestro servicio a la princesa. Levantaréis menos sospechas si ostentáis el apellido de un marido y también su título.

—¿Por qué os tomáis la molestia de disponer así las cosas y colocarme a su servicio? —pregunté—. Me consideráis una pobre fracasada.

Vaciló antes de reconocer:

—Es posible que esa maldita muchacha demente haya destruido la corona durante los primeros días de vuestro regreso al priorato.

Me estremecí ante su modo de describir a la hermana Christina.

El obispo me estudió más detenidamente aún.

—Sois testaruda y difícil, cierto, pero el modo en que os manejasteis para huir del peligro en la Casa Norfolk… No había visto nunca nada igual. Sois excepcional, hermana Joanna, lo supe antes de visitaros en vuestra celda de la Torre. No podéis pasaros el resto de vuestra vida en el castillo de Stafford, convertida en un miembro insignificante de una casa caída en desgracia. Y tampoco creo que sea eso lo que realmente deseáis. Si no ¿por qué ibais a abandonar la casa familiar para jurar los votos en el priorato de Dartford? Deseabais un papel más importante para vos. Una existencia espiritual.

Tragué saliva. No tenía respuesta para eso.

—Y después, durante vuestra estancia aquí, ¿por qué os tomasteis la molestia de investigar sobre la corona y sobre todo lo que había ocurrido en

el priorato? No fue esa la misión que se os encargó. Pero quisisteis aprenderlo todo, adquirir conocimiento y experiencia. —Había alzado la voz, que sonaba casi atronadora. Jamás le había oído hablar de ese modo, como si no estuviera en una hondonada perdida, sino en el púlpito de una catedral—. Deseabais dar un sentido a vuestra vida, hermana Joanna. Y ahora eso no tiene por qué terminar. Esto no es más que el principio. Las fuerzas que se han levantado contra nosotros son fuertes y taimadas. Con mi guía, podéis seguir sirviendo a Dios y a la recta causa de la restauración de nuestra fe.

—Pero no mediante maquinaciones políticas —insistí—. No tengo interés en la política.

—¿No? —Me rodeó—. Fuisteis a Smithfield a consolar a vuestra prima, la rebelde lady Bulmer, y a rezar por ella. Arriesgasteis mucho en aras del vínculo familiar, pero hace tiempo que tengo el convencimiento de que fue mucho más que eso. Vos creíais en lo que ella creía… y seguís creyendo ahora. Si no os implicáis en nuestra causa por vos, hacedlo por ella, por la memoria de vuestra prima, que sufrió y murió en el patíbulo.

Me eché a temblar. No podía negar la verdad que contenían sus palabras, pero sumarme a las fuerzas del obispo Gardiner, vincularme a ese hombre, era peligroso. Peligroso no solo para mi cuerpo, sino también para mi alma.

Como si pudiera leerme el pensamiento y supiera que vacilaba, el obispo dijo, esta vez empleando un tono mucho más reposado:

—No voy por ahí autoproclamándome un santo, pero tampoco soy un completo demonio. Aceptad mi propuesta, hermana.

Algo se removió dentro de mí, espoleado por el recuerdo de mi padre estirado en el potro.

—Y si no accedo, ¿qué haréis esta vez para obligarme? ¿Os llevaréis a Arthur, le encerraréis, le haréis daño?

La ira se encendió en los ojos de Gardiner. La máscara del obispo halagador, sincero y persuasivo cayó, revelando al despiadado y desalmado intrigante.

—Obispo Gardiner, jamás volveré a ser vuestra herramienta —dije.

Empecé a subir la colina. Él corrió detrás de mí y me agarró del brazo.

—No he terminado de hablar con vos, hermana Joanna.

Solté mi brazo de un tirón.

—Han suprimido mi priorato, obispo. A partir de hoy quedo liberada y ya no estoy sujeta a la jurisdicción de la Iglesia.

—¿Cómo osáis hablarme de ese modo? —rugió—. No soy un párroco cualquiera al que podéis apartar de un manotazo. Soy consejero electo del rey Enrique de Inglaterra. Fui en su día su principal secretario y algún día volveré a gobernar su consejo. Desafiadme y lo lamentaréis amargamente, como lo harán todos mis enemigos.

—Entonces llevadme ahora —le grité—. Devolvedme a la Torre. Ponedme en el potro. Torturadme… y esta vez tirad vos mismo de las palancas. Pero no volveré a ser vuestra criatura, ni la vuestra ni la de ningún otro hombre.

Me volví y retomé el ascenso de la colina. Esperé que me agarrara para obligarme a obedecer, pero no me retuvo. Con todas las fuerzas que poseía, me resistí a la tentación de volverme a mirar al obispo por última vez.

Me abrí paso a empellones entre los árboles y corrí a reunirme con la gente que me esperaba.

—¿Dónde está el obispo? —preguntó la priora Joan, mirando recelosa detrás de mí.

—El obispo Gardiner está reflexionando —respondí, volviéndome hacia el hermano Edmund—. Vamos. Ahora.

Subimos a nuestros caballos y sacudí las riendas, con Arthur sentado en la silla delante de mí. Las campanas repicaron cuando pasamos por delante de la portería. Debía de ser la hora del oficio de sextas. Todas se dirigirían en fila a la iglesia, ocuparían sus asientos y darían comienzo los salmos y los cánticos.

Mientras avanzábamos hacia el camino principal, oí la voz del hermano Richard: «No se trata ya de salvar nuestros hogares ni nuestras formas de vida. Estos monasterios no son más que ladrillo, mortero y cristal. Lo que ha sido derruido puede reconstruirse. Los proscritos pueden ser convocados de nuevo. Santo Domingo caminó descalzo y pobre entre la gente para predicar la palabra de Dios. No hay motivo alguno para que no podamos seguir esa sabiduría en nuestra búsqueda de un sentido».

OceanofPDF.com

52

Al término de nuestro tercer día de viaje, el hermano Edmund se convenció por fin de que no nos seguían. Se habían creído nuestra explicación de que nos dirigíamos al noroeste con destino al castillo de Stafford. Y en efecto, hacia allí nos dirigíamos. Pero de camino teníamos intención de detenernos en un lugar de suma importancia.

Encontramos la cruz celta en el suelo, a escasas horas de camino al sur de la abadía de Malmesbury. El hermano Edmund y yo la examinamos mientras la hermana Winifred jugaba con Arthur. Era un día caluroso, preñado de promesas.

Mientras veía al hermano Edmund estudiar la inscripción de la cruz, se me ocurrió que era una lástima que no hubiera decidido ser sacerdote y compartir así, directamente, su visión espiritual con la gente. Yo sabía que no se debía tanto a que rechazara los cambios en la religión ordenados por el rey Enrique, por difíciles que fueran, sino porque se sentía demasiado indigno. El hermano Edmund quizá jamás llegara a perdonarse por haber sido presa de los entumecedores poderes de la tintura. Deseé que con el tiempo, y después de dedicarse a curar a los enfermos, los moribundos y los pobres, pudiera por fin encontrar un poco de paz.

El fantasma de la enfermedad detonaba siempre en mí mi temor más profundo, el mismo que me acuciaba noche y día.

—Arthur tiene buen aspecto, ¿verdad? —pregunté, ansiosa—. ¿No veis ningún síntoma?

—No, y no creo que lo veamos jamás. Al menos no de la clase que teméis.

Miré horrorizada al hermano Edmund.

—Sí. Naturalmente. Arthur tiene sangre real. Creéis que algún día será él quien… quien… —Fui incapaz de expresarlo con palabras.

—No, tampoco espero eso, hermana Joanna.

Entonces lo comprendí.

—No creéis en el poder de la corona ni en su maldición. Pero, hermano Edmund, ¿cómo podéis decir eso? Siempre habéis gozado de la bendición de la fe.

—Todavía conservo la fe —dijo—, pero soy también un hombre que conoce la enfermedad y la cura. Y esos tres príncipes que supuestamente tocaron la corona bien pudieron morir víctimas de las mismas enfermedades comunes y fatales que matan a los hombres a diario, sean miembros de la realeza o simples herreros.

Reflexioné sobre sus palabras. Una parte de mí deseaba desesperadamente estar de acuerdo con él por el bien de Arthur, pero me acordé entonces de la noche en que las paredes del priorato de Dartford habían vuelto a la vida, o cuando había sentido un escalofrío en presencia de una fuerza inexorable en la cripta de la abadía. Y no estuve segura de nada.

El hermano Edmund dejó escapar un sonido de júbilo.

—Creo que lo tengo —exclamó, refiriéndose a las palabras grabadas en la cruz celta que había estado intentando traducir—. Dice: «Sin oscuridad, no puede haber luz».

Nos miramos durante un instante y regresamos después con los demás para continuar el viaje hacia Malmesbury.

Del mismo modo que no se había mostrado sorprendido al vernos aparecer por vez primera en su abadía parcialmente derruida, el prior Roger Frampton nos recibió calmadamente cuando llegamos la segunda vez.

—El rey será enterrado con su posesión más sagrada —dije con voz firme, ofreciéndole la pesada caja que contenía la corona.

—Lo sabía. Alabado sea Dios en toda Su Compasión —dijo fervientemente el prior—. Sabía que volveríais a visitarnos.

—¿Lo predijo quizá el hermano Eilmar? —preguntó el hermano Edmund.

El prior sonrió.

—No todo está predicho. A veces son cosas que uno siente en el alma y en el corazón —respondió al tiempo que sus ojos verdes se llenaban de lágrimas.

El prior nos invitó a presenciar la ceremonia que por fin podía celebrar: la reunificación del rey de toda Inglaterra con la corona que había llevado en la histórica batalla. Después el sajón, fallecido tiempo ha, sería enterrado en un lugar muy secreto.

Pero yo no tenía el menor deseo de volver a ver la corona. Vislumbraba sus destellos a diario y asomaba a mis sueños todas las noches. La puntiaguda y alabeada corona: sencilla, antigua, con los refulgentes cristales tachonando el borde y en los que podían verse las diminutas motas oscuras de lo que podían —o no— ser espinas arrancadas de una colina del desierto quince siglos atrás. Tampoco deseaba estar cerca del espíritu del rey y contemplar el desastre causado por su irresistible desafío.

En el exterior de la abadía, Arthur saltaba sobre los ladrillos del jardín mientras la hermana Winifred aplaudía y sonreía. La despreocupada risa del pequeño tornaba menos trágica la ruina de Malmesbury y restaba ominosidad al rey.

—¿Cuántos días más creéis que tardaremos en llegar al castillo de Stafford? —preguntó el hermano Edmund.

—No muchos —respondí, extendiendo la mano para tocarle el brazo—. Aunque Arthur y yo no viajaremos al castillo de Stafford, hermano Edmund.

Me miró durante un instante y su rostro flaco, sensible y sufriente se iluminó de felicidad.

—¿Emprendemos pues el viaje de regreso a Dartford? —preguntó.

Asentí. No sabía lo que haría en la aldea después de que el priorato quedara disuelto, ni con quién me quedaría, o dónde encontraría dirección y consejo, pero mi destino estaba allí y no en el castillo de Stafford con mis parientes. De eso estaba segura.

Así pues, el hermano Edmund y yo recogimos a Arthur y a la hermana Winifred y dejamos atrás el hermoso y deteriorado jardín de la abadía de Malmesbury para ir en busca del camino que cruzaba el río y que nos habría de llevar de nuevo hacia el sur.

OceanofPDF.com

Agradecimientos

Quiero agradecer la ayuda y los ánimos que he recibido durante la escritura de este libro.

Todo empezó en 2005. Durante más de un año, subí la multitud de escalones que llevaban al apartamento de la novelista Rosemarie Santini, que impartía un taller de escritura creativa. Fue Rosemarie quien me ayudó en los dolorosos principios. Me guio hacia las novelas históricas, que yo jamás había leído, y hacia posibilidades espirituales que no había explorado. Durante los años que dediqué a investigar para *La corona* y escribía —y reescribía— sus capítulos, aprendí infinitamente de la sabiduría del guionista y profesor Max Adams y de las enseñanzas y consejos del novelista y profesor Russell Rowland. En el taller de ficción *Gotham Writer's Workshop* de Russell recibí el ánimo y el constructivo *feedback* que tanto necesitaba para concluir mi novela. Doy gracias a mis compañeras de curso —en particular a Rachel Andrews y a Barbara Sachs — por tanto esfuerzo a pesar de las dificultades. Los instructores Greg Fallis y Brandi Reissenweber me dieron también valiosas lecciones en el manejo de la ficción.

La corona no existiría sin mi maravilloso agente literario, Josh Getzler, de la Hannigan, Salky, Getzler Agency. Josh respondió con enorme entusiasmo a mi manuscrito y me ha tenido en todo momento informada, con los pies en el suelo y en mis cabales. Siempre me acordaré de él cuando llegue el Cuatro de Julio. Doy también gracias a Jesseca Salky de Hannigan, Salky, Getzler y a Kate McLennan de Abner Stein. Por supuesto, los auténticos fuegos artificiales empezaron cuando Trish Todd, la increíble editora en jefe de Touchstone Books, compró mi libro. La meticulosa y perspicaz edición de Trish llevó mi novela a un estadio superior. Fue un

placer trabajar con ella en todo momento, como lo fue trabajar con la editora Stacy Creamer, la directora editorial Sally Kim, la editora senior Heather Lazare, la segunda editora senior Jessica Roth y la asistente editorial Allegra Ben-Amotz. Me siento también profundamente agradecida a Genevieve Pegg, editora senior comisionada de Orion Publishing Group en Inglaterra. Soy incapaz de describir las emociones que me embargaron cuando supe que a Genevieve le había gustado mi libro, excepto para decir que la noticia hizo que merecieran la pena todas las vacaciones de las que no pude disfrutar y las sesiones de escritura a las 5 de la mañana.

Mucha gente maravillosa me ayudó con mi investigación de *La corona*. El primero de la lista es Mike Still, asistente de dirección del Dartford Borough Museum, en Kent. Compartió generosamente conmigo sus conocimientos y me advirtió de la existencia de los dos libros que Peter Boreham, ahora comisario del Medway Council de Rochester, tiene escritos sobre el priorato de Dartford. Deseo también dar las gracias a Sandie Brown, administradora parroquial de la abadía de Malmesbury; al historiador Ron Bartholomew; a Christopher Warleigh-Lack, comisario de la Architectural Drawing Collection of Historic Royal Palaces; a Emily Fildes, comisaria en prácticas de la Torre de Londres, y a Jarbel Rodriguez, profesor adjunto de Historia Medieval de San Francisco State University. Sandra Font fue de una gran ayuda en mi diálogo en español.

Dediqué muchas horas productivas trabajando en mi novela en el edificio Stephen A. Schwarzman de la Biblioteca de Nueva York, situado en la Quinta Avenida. La arquitectura estilo *Beaux Arts* y los exquisitos frescos del techo de la sala de lectura Rose Main nunca han dejado de conmoverme. Doy gracias a Jay Barksdale, coordinador de las salas de estudio, por aceptar mi solicitud para trabajar en el Wertheim Study. Una fuente importante de inspiración en la ciudad de Nueva York fueron el Cloisters Museum and Gardens del Metropolitan Museum of Art, situados en Fort Tryon Park. Doy gracias al equipo de comisarios por su paciencia mientras les molestaba con mis preguntas o pasaba horas en la sala capitular, las salas de tapices o junto a la efigie de la tumba de Jean d’Alluye. Gracias también a la maravillosa lista de fuentes sugeridas que me envió Egle Zygas, jefe de prensa senior del museo, en especial los libros

sobre tapices del siglo XVI, obra de Thomas P. Campbell, ahora director del Metropolitan Museum of Art.

El grupo Tudor de Yahoo.com, liderado por la incomparable Lara Eakins, ha sido para mí un rincón venerado de discusión y de debate históricos. Mi especial gratitud para uno de sus miembros, Hans van Felius, que leyó mi libro y me hizo algunos apuntes. Mi querida amiga Harriet Sharrard también leyó y compartió conmigo sus útiles observaciones. Mi novela se ha beneficiado de sus conocimientos sobre tapices y bordados. Gracias a Kurt Buker por sus comentarios sobre la música de laúd del siglo XVI y al reverendo William Collins por sus estimulantes discusiones teológicas. Deseo dar también gracias a otros amigos que me apoyaron durante este viaje: Meredith O'Donnell, Lorraine Glennon, Donna Bulseco, Ariel Foxman, Isabel Gonzalez, Nikki Ogunnaike, Megan Deem, Nicole Vecchiarelli, Natasha Wolfe, Erik Jackson, Joanna Bober, Marcia Lawther, Eilidh MacAskill, Catherine Hong, Faye Wright Penn, Elaine Devlin Beigelman y su marido, Mark Beigelman, Patricia Burroughs, Tina Jordan, Megan Kelley Hall, Jim Sullivan, Evelyn Nunlee, Nina Burleigh, Anthony DeCurtis, Patty Keefe Durso, Tish Hamilton, Sandy y Brechin Morgan, Karen Park, Sulya Fenichel, Ilissa y David Sternlicht, Michele Koop, Kitty Sibille, Rhonda Riche, Beth Arky, Diane Salvatore, Jessica Branch, Toni Hope, Ellen Levine y todos los miembros de 5150. Deseo especialmente dar las gracias a Maggie Murphy, Lisa Arbetter, Alison Gwinn y Daryl Chen, de *Parade*.

Y mi familia merece mi más profunda gratitud: mi madre y mi hermana, y mi marido y mis dos hijos, Alexandre y Nora. Ellos son quienes han tenido que vivir conmigo mientras yo vivía angustiada por mi libro. Sin su aceptación, su amor y su paciencia, no habría podido terminarlo.

Por fin, rindo homenaje al artista que fue mi padre, Wally Bilyeau. Si estuviera vivo, sin duda compartiría la felicidad que me embarga por haber creado algo propio.

OceanofPDF.com



NANCY BILYEAU nació en Chicago, Illinois, y creció en Michigan. Estudió literatura inglesa e historia estadounidense en la Universidad de Michigan y obtuvo una licenciatura antes de mudarse a la ciudad de Nueva York para trabajar en el negocio de las revistas. Fue editora de personal en Rolling Stone, Entertainment Weekly, Good Housekeeping e InStyle.

En 2010 vendió su primera novela, *The Crown* (La corona). Un thriller ambientado en la Inglaterra Tudor, fue elegido por la revista Oprah y nominado para el premio Ellis Peters Historical Dagger de la Crime Writers Association. Escribió dos libros más con el mismo personaje principal, una novicia dominicana llamada Joanna Stafford.

Con su cuarta novela, un thriller independiente ambientado en el mundo del arte del siglo XVIII titulado *The Blue*, contó una historia de espionaje y obsesión con el color más hermoso del mundo. Al crear a Genevieve, la artista hugonote que trabaja de incógnita en un taller de porcelana, se basó en su propia ascendencia. Nancy es descendiente del hugonote francés Pierre Billiou, quien llegó a lo que entonces era Nueva Ámsterdam en 1665 y construyó una casa de piedra en Staten Island. Es la tercera casa más antigua del estado de Nueva York.

Nancy ahora está volcando su talento como escritora en la creación de novelas ambientadas en la ciudad de Nueva York del pasado. Para su quinta novela, *Dreamland*, pasó un tiempo en Coney Island y fue asistida por el personal del Museo de Coney Island. También investigó en la Biblioteca Pública de Nueva York, la Sociedad Histórica de Nueva York, el Museo de la Ciudad de Nueva York y la Sociedad Histórica de Brooklyn.

Su novela, *The Ghost of Madison Avenue*, también está ambientada en la ciudad de Nueva York de la década de 1910, con una viuda irlandesa estadounidense que resuelve un misterio en la suntuosa biblioteca privada de JP Morgan.

OceanofPDF.com

Notas

[1] En el original *smooth field*, traducido aquí por «campo llano». Ese fue el nombre que derivó en Smithfield. (*Esta y todas las notas que aparecen después son del traductor*). <<

[2] En cursiva, en español en el original. <<

[3] En español en el original. <<

[4] En español en el original. <<

[5] En español en el original. <<

OceanofPDF.com